

# ILÍADA



HOMERO

LIBRO LIBERADO

HOMERO

# La Ilíada



*Libro Liberado · libroliberado.cl*

La Ilíada

Homero

Traducción: de dominio público, según la edición de origen

Texto de dominio público. Libre para leer, copiar y compartir.

Edición digital: *Libro Liberado*, 2026.

libroliberado.cl

## Íliada canto i\*



### Peste - Cólera

Después de una corta invocación a la divinidad para que cante "la perniciosa ira de Aquiles", nos iere el poeta que Crises, sacerdote de Apolo, va al campamento aqueo para rescatar a su hija, que bía sido hecha cautiva y adjudicada como esclava a Agamenón; éste desprecia al sacerdote, se niega a le la hija y lo despide con amenazadoras palabras; Apolo, indignado, suscita una terrible peste en el mpamento; Aquiles reúne a los guerreros en el ágora por inspiración de la diosa Hera, y, habiendo ho al adivino Calcante que hablara sin miedo, aunque tuviera que referirse a Agamenón, se sabe por que el comportamiento de Agamenón con el sacerdote Crises ha sido la causa del enojo del dios. Esta claración irrita al rey, que pide que, si ha de devolver la esclava, se le prepare otra recompensa; y uiles le responde que ya se la darán cuando tomen Troya. Así, de un modo tan natural, se origina la cordia entre el caudillo supremo del ejército y el héroe más valiente. La riña llega a tal punto que uiles desenvaina la espada y habría matado a Agamenón si no se lo hubiese impedido la diosa Atenea; onces Aquiles insulta a Agamenón, éste se irrita y amenaza a Aquiles con quitarle la esclava Briseida, esar de la prudente amonestación que le dirige Néstor; se disuelve el ágora y Agamenón envía a dos aldios a la tienda de Aquiles que se llevan a Briseide; Ulises y otros griegos se embarcan con Criseida a devuelven a su padre; y, mientras tanto, Aquiles pide a su madre Tetis que suba al Olimpo a impetre Zeus que conceda la victoria a los troyanos para que Agamenón comprenda la falta que ha cometido; tis cumple el deseo de su hijo, Zeus accede, y este hecho produce una violenta disputa entre Zeus y ra, a quienes apacigua su hijo Hefesto; la concordia vuelve a reinar en el Olimpo y los dioses celebran festín espléndido hasta la puesta del sol, en que se recogen en sus palacios.

Canta, oh diosa, la cólera del Pelida Aquiles; cólera funesta que causó infinitos males s aqueos y precipitó al Hades muchas almas valerosas de héroes, a quienes hizo presa perros y pasto de aves -cumplíase la voluntad de Zeus- desde que se separaron utando el Atrida, rey de hombres, y eldivino Aquiles.

¿Cuál de los dioses promovió entre ellos la contienda para que pelearan? El hijo de o y de Zeus. Airado con el rey, suscitó en el ejército maligna peste, y los hombres pean por el ultraje que el Atrida infiriera al sacerdote Crises. Éste, deseando redimir a su se había presentado en las veleras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas Apolo, el que hiere de lejos, que pendían de áureo cetro, en la mano; y a todos los eos, y particularmente a los dos Atridas, caudillos de pueblos, así les suplicaba:

¡Atridas y demás aqueos de hermosas grebas! Los dioses, que poseen olímpicos cios, os permitan destruir la ciudad de Príamo y regresar felizmente a la patria! Poned bertad a mi hija y recibid el rescate, venerando al hijo de Zeus, a Apolo, el que hiere Todos los aqueos aprobaron a voces que se respetara al sacerdote y se admitiera el éndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a quien no plugo el acuerdo, le despidió de modo y con altaneras voces:

No dé yo contigo, anciano, cerca de las cóncavas naves, ya porque ahora demores artida, ya porque vuelvas luego, pues quizás no te valgan el cetro y las ínfulas del . A aquélla no la soltaré; antes le sobrevendrá la vejez en mi casa, en Argos, lejos de atria, trabajando en el telar y aderezando mi lecho. Pero vete; no me irrites, para que das irte más sano y salvo.

Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. Fuese en silencio por la a del estruendoso mar; y, mientras se alejaba, dirigía muchos ruegos al soberano lo, a quien parió Leto, la de hermosa cabellera:

¡Oyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila, a imperas Ténedos poderosamente! ¡Oh Esminteo! Si alguna vez adorné tu gracioso templo o mé en tu honor pingües muslos de toros o de cabras, cúmpleme este voto: ¡Paguen los aos mis lágrimas con tus flechas!

Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo e, irritado en su corazón, descendió de las bres del Olimpo con el arco y el cerrado carcaj en los hombros; las saetas resonaron e la espalda del enojado dios, cuando comenzó a moverse. Iba parecido a la noche. óse lejos de las naves, tiró una flecha y el arco de plata dio un terrible chasquido. Al cipio el dios disparaba contra los mulos y los ágiles perros; mas luego dirigió sus rgas saetas a los hombres, y continuamente ardían muchas piras de cadáveres. Durante nueve días volaron por el ejército las flechas del dios. En el décimo, iles convocó al pueblo al ágora: se lo puso en el corazón Hera, la diosa de los níveos os, que se interesaba por los dánaos, a quienes veía morir. Acudieron éstos y, una vez idos, Aquiles, el de los pies ligeros, se levantó y dijo:

¡Atrida! Creo que tendremos que volver atrás, yendo otra vez errantes, si pamos de la muerte; pues, si no, la guerra y la peste unidas acabarán con los aqueos. , ea, consultemos a un adivino, sacerdote o intérprete de sueños -pues también el ño procede de Zeus-, pa ra que nos diga por qué se irritó tanto Febo Apolo: si está oso con motivo de algún voto o hecatombe, y si quemando en su obsequio grasa de eros y de cabras escogidas, querrá libramos de la peste.

Cuando así hubo hablado, se sentó. Levantóse entre ellos Calcante Testórida, el or de los augures -conocía lo presente, lo futuro y lo pasado, y había guiado las naves eas hasta Ilio por medio del arte adivinatoria que le diera Febo Apolo-, y benévolo los gó diciendo:

¡Oh Aquiles, caro a Zeus! Mándasme explicar la cólera de Apolo, del dios que hiere ejos. Pues bien, hablaré; pero antes declara y jura que estás pronto a defenderme de bra y de obra, pues temo irritar a un varón que goza de gran poder entre los argivos s y es obedecido por los aqueos. Un rey es más poderoso que el inferior contra quien noja; y, si bien en el mismo día

refrena su ira, guarda luego rencor hasta que logra utarlo en el pecho de aquél. Dime, pues, si me salvarás.

Y contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

Manifiesta, deponiendo todo temor, el vaticinio que sabes; pues ¡por Apolo, caro a s; a quien tú, Calcante, invocas siempre que revelas oráculos a los dánaos!, ninguno llos pondrá en ti sus pesadas manos, cerca de las cóncavas naves, mientras yo viva y la luz acá en la tierra, aunque hablares de Agamenón, que al presente se jacta de ser mucho el más poderoso de todos los aqueos.

Entonces cobró ánimo y dijo el eximio vate:

No está el dios quejoso con motivo de algún voto o hecatombe, sino a causa del aje que Agamenón ha inferido al sacerdote, a quien no devolvió la hija ni admitió el ate. Por esto el que hiere de lejos nos causó males y todavía nos causará otros. Y no ará a los dánaos de la odiosa peste, hasta que sea restituida a su padre, sin premio ni ate, la joven de ojos vivos, y llevemos a Crisa una sagrada hecatombe. Cuando así le amos aplacado, renacerá nuestra esperanza.

1 Dichas estas palabras, se sentó. Levantóse al punto el poderoso héroe Agamenón da, afligido, con las negras entrañas llenas de cólera y los ojos parecidos al mbrante fuego; y, encarando a Calcante la torva vista, exclamó:

¡Adivino de males! jamás me has anunciado nada grato. Siempre te complaces en etizar desgracias y nunca dijiste ni ejecutaste nada bueno. Y ahora, vaticinando ante dánaos, afirmas que el que hiere de lejos les envía calamidades, porque no quise itir el espléndido rescate de la joven Criseide, a quien anhelaba tener en mi casa. La ro, ciertamente, a Clitemnestra, mi legítima esposa, porque no le es inferior ni en el , ni en el natural, ni en inteligencia, ni en destreza. Pero, aun así y todo, consiento en olverla, si esto es lo mejor; quiero que el pueblo se salve, no que perezca. Pero aradme pronto otra recompensa, para que no sea yo el único argivo que sin ella se de; lo cual no parecería decoroso. Ved todos que se va a otra parte la que me había espondido.

1 Replicó en seguida el celerépide divino Aquiles:

¡Atrida gloriosísimo, el más codicioso de todos! ¿Cómo pueden darte otra mpensa los magnánimos aqueos? No sabemos que existan en parte alguna cosas de la unidad, pues las del saqueo de las ciudades están repartidas, y no es conveniente gar a los hombres a que nuevamente las junten. Entrega ahora esa joven al dios, y los eos te pagaremos el triple o el cuádruple, si Zeus nos permite algún día tomar la bien ada ciudad de Troya.

0 Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

1 Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no ocultes así tu pensamiento, pues no rás burlarme ni persuadirme. ¿Acaso quieres, para conservar tu recompensa, que me de sin la mía, y por esto me aconsejas que la devuelva? Pues, si los magnánimos eos me dan otra conforme a mi deseo para que sea equivalente... Y si no me la dieran, mismo me apoderaré de la tuya o de la de Ayante, o me llevaré la de Ulises, y montará ólera aquél a quien me llegue. Mas sobre esto

deliberaremos otro día. Ahora, ea, emos una negra nave al mar divino, reunamos los convenientes remeros, arquemos víctimas para una hecatombe y a la misma Criseide, la de hermosas llas, y sea capitán cualquiera de los jefes: Ayante, Idomeneo, el divino Ulises o tú, da, el más portentoso de todos los hombres, para que nos aplaques con sacrificios al hiere de lejos.

8 Mirándolo con torva faz, exclamó Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Ah, impudente y codicioso! ¿Cómo puede estar dispuesto a obedecer tus órdenes n aqueo siquiera, para emprender la marcha o para combatir valerosamente con otros bres? No he venido a pelear obligado por los belicosos troyanos, pues en nada se me eron culpables - no se llevaron nunca mis vacas ni mis caballos, ni destruyeron jamás osecha en la fértil Ftía, criadora de hombres, porque muchas umbrías montañas y el oso mar nos separan-, sino que te seguimos a ti, grandísimo insolente, para darte el o de vengaros de los troyanos a Menelao y a ti, ojos de perro. No fijás en esto la ción, ni por ello te tomas ningún cuidado, y aun me amenazas con quitarme la mpensa que por mis grandes fatigas me dieron los aqueos. Jamás el botín que ngo iguala al tuyo cuando éstos entran a saco una populosa ciudad de los troyanos: que la parte más pesada de la impetuosa guerra la sostienen mis manos, tu mpensa, al hacerse el reparto, es mucho mayor; y yo vuelvo a mis naves, teniéndola ña, aunque grata, después de haberme cansado en el combate. Ahora me iré a Ftía, s lo mejor es regresar a la patria en las cóncavas naves: no pienso permanecer aquí sin ra para procurarte ganancia y riqueza.

2 Contestó en seguida el rey de hombres, Agamenón:

Huye, pues, si tu ánimo a ello te incita; no te ruego que por mí te quedes; otros hay i lado que me honrarán, y especialmente el pródigo Zeus. Me eres más odioso que ún otro de los reyes, alumnos de Zeus, porque siempre te han gustado las riñas, as y peleas. Si es grande tu fuerza, un dios te la dio. Vete a la patria, llevándote las es y los compañeros, y reina sobre los mirmidones, no me importa que estés irritado, or ello me preocupo, pero te haré una amenaza: Puesto que Febo Apolo me quita a eide, la mandaré en mi nave con mis amigos; y encaminándome yo mismo a tu da, me llevaré a Briseide, la de hermosas mejillas, tu recompensa, para que sepas bien nto más poderoso soy y otro tema decir que es mi igual y compararse conmigo. 8 Así dijo. Acongojóse el Pelida, y dentro del velludo pecho su corazón discurrió dos s: o, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, abrirse paso y matar al da, o calmar su cólera y reprimir su furor. Mientras tales pensamientos revolvía en su te y en su corazón y sacaba de la vaina la gran espada, vino Atenea del cielo: envíola a, la diosa de los níveos brazos, que amaba cordialmente a entrambos y por ellos se resaba. Púsose detrás del Pelida y le tiró de la blanca cabellera, apareciéndose a él tan ; de los demás, ninguno la veía. Aquiles, sorprendido, volvióse y al instante conoció a s Atenea, cuyos ojos centelleaban de un modo terrible. Y hablando con ella, nunció estas aladas palabras:

¿Por qué nuevamente, oh hija de Zeus, que lleva la égida, has venido? ¿Acaso para enciar el ultraje que me infiere Agamenón Atrida? Pues te diré lo que me figuro que ocurrir: Por su insolencia perderá pronto la vida.

6 Díjole a su vez Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

Vengo del cielo para apaciguar tu cólera, si obedecieres; y me envía Hera, la diosa os niveos brazos, que os ama cordialmente a entrambos y por vosotros se interesa. Ea, de disputar, no desenvaines la espada a injúrialo de palabra como te parezca. Lo que ecir se cumplirá: Por este ultraje se te ofrecerán un día triples y espléndidos prees. Domínate y obedécenos.

3 Y, contestándole, Aquiles, el de los pies ligeros, le dijo:

Preciso es, oh diosa, hacer lo que mandáis, aunque el corazón esté muy irritado. ceder así es lo mejor. Quien a los dioses obedece es por ellos muy atendido.

9 Dijo; y puesta la robusta mano en el argénteo puño, envainó la enorme espada y no obedeció la orden de Atenea. La diosa regresó al Olimpo, al palacio en que mora s, que lleva la égida, entre las demás deidades.

3 El Pelida, no amainando en su cólera, denostó nuevamente al Atrida con injuriosas

¡Ebrioso, que tienes ojos de perro y corazón de ciervo! Jamás te atreviste a tomar armas con la gente del pueblo para combatir, ni a ponerte en emboscada con los más entes aqueos: ambas cosas te parecen la muerte. Es, sin duda, mucho mejor arrebatat dones, en el vasto campamento de los aqueos, a quien te contradiga. Rey devorador de lo, porque mandas a hombres abyectos...; en otro caso, Atrida, éste fuera tu último aje. Otra cosa voy a decirte y sobre ella prestaré un gran juramento: Sí, por este cetro ya no producirá hojas ni ramos, pues dejó el tronco en la montaña; ni reverdecerá, que el bronce lo despojó de las hojas y de la corteza, y ahora lo empuñan los aqueos administran justicia y guardan las leyes de Zeus (*grande será para ti este juramento*): n día los aqueos todos echarán de menos a Aquiles, y tú, aunque te aflijas, no podrás orrerlos cuando muchos sucumban y perezcan a manos de Héctor, matador de bres. Entonces desgarrarás tu corazón, pesaroso por no haber honrado al mejor de los 5 Así dijo el Pelida; y, tirando a tierra el cetro tachonado con clavos de oro, tomó nto. El Atrida, en el opuesto lado, iba enfureciéndose. Pero levantóse Néstor, suave l hablar, elocuente orador de los pilios, de cuya boca las palabras fluían más dulces la miel -había visto perecer dos generaciones de hombres de voz articulada que eron y se criaron con él en la divina Pilos y reinaba sobre la tercera-, y benévolo los gó diciendo:

¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! grananse Príamo y sus hijos, y regocijaríanse los demás troyanos en su corazón, si an las palabras con que disputáis vosotros, los primeros de los dánaos así en el sejo como en el combate. Pero dejasos convencer, ya que ambos sois más jóvenes que En otro tiempo traté co n hombres aún más esforzados que vosotros, y jamás me dañaron. No he visto todavía ni veré hombres como Pirítoo, Driante, pastor de blos, Ceneo, Exadio, Polifemo, igual a un dios, y Teseo Egeida, que parecía un intal. Criáronse éstos los más fuertes de los hombres; muy fuertes eran y con otros muy tes combatieron: con los montaraces centauros, a quienes exterminaron de un modo pendo. Y yo estuve en su compañía - habiendo acudido desde Pilos, desde lejos, desde apartada tierra, porque ellos mismos me llamaron- y combatí según mis fuerzas. Con s hombres no

pelearía ninguno de los mortales que hoy pueblan la tierra; no obstante ual, seguían mis consejos y escuchaban mis palabras. Prestadme también vosotros diencia, que es lo mejor que podéis hacer. Ni tú, aunque seas valiente, le quites la n, sino déjasela, puesto que se la dieron en recompensa los magnánimos aqueos; ni Pelida, quieras altercar de igual a igual con el rey, pues jamás obtuvo honra como la a ningún otro soberano que usara cetro y a quien Zeus diera gloria. Si tú eres más zado, es porque una diosa te dio a luz; pero éste es más poderoso, porque reina sobre or número de hombres. Atrida, apacigua tu cólera; yo te suplico que depongas la ira ra Aquiles, que es para todos los aqueos un fuerte antemural en el pernicioso bate.

5 Y, contestándole, el rey Agamenón le dijo:

Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero este hombre quiere eponerse a todos los demás; a todos quiere dominar, a todos gobernar, a todos dar nes que alguien, creo, se negará a obedecer. Si los sempiternos dioses le hicieron coso, ¿le permiten por esto proferir injurias?

2 Interrumpiéndole, exclamó el divino Aquiles:

Cobarde y vil podría llamárseme si cediera en todo lo que dices; manda a otros, no des órdenes, pues yo no pienso ya obedecerte. Otra cosa te diré que fijarás en la moria: No he de combatir con estas manos por la joven ni contigo, ni con otro alguno, s al fin me quitáis lo que me disteis; pero, de lo demás que tengo junto a mi negra y z embarcación, nada podrías llevarte tomándolo contra mi voluntad. Y si no, ea, ntalo, para que éstos se enteren también; y presto tu negruzca sangre brotará en torno nza.

4 Después de altercar así con encontradas razones, se levantaron y disolvieron el a que cerca de las naves aqueas se celebraba. Fuese el Pelida hacia sus tiendas y sus proporcionados bajeos con el Menecfada y otros amigos; y el Atrida echó al mar velera nave, escogió veinte remeros, cargó las víctimas de la hecatombe para el dios, duciendo a Criseide, la de hermosas mejillas, la embarcó también; fue capitán el nioso Ulises.

2 Así que se hubieron embarcado, empezaron a navegar por líquidos caminos. El da mandó que los hombres se purificaran, y ellos hicieron lustraciones, echando al las impurezas, y sacrificaron junto a la orilla del estéril mar hecatombes perfectas de s y de cabras en honor de Apolo. El vapor de la grasa llegaba al cielo, enroscándose dedor del humo.

8 En tales cosas ocupábanse éstos en el ejército. Agamenón no olvidó la amenaza en la contienda había hecho a Aquiles, y dijo a Taltibio y Eurfbates, sus heraldos y gentes servidores:

Id a la tienda del Pelida Aquiles, y asiendo de la mano a Briseide, la de hermosas llas, traedla acá, y, si no os la diere, ire yo mismo a quitársela, con más gente, y vía le será más duro.

6 Hablándoles de tal suerte y con altaneras voces, los despidió. Contra su voluntad onse los heraldos por la orilla del estéril mar, llegaron a las tiendas y naves de los dones, y hallaron al rey cerca de su tienda y de su negra nave. Aquiles, al verlos, no legró. Ellos se turbaron, y, habiendo hecho una reverencia, paráronse sin decir ni untar nada. Pero el héroe lo comprendió todo y dijo:

¡Salud, heraldos, mensajeros de Zeus y de los hombres! Acercaos; pues para mí no vosotros los culpables sino Agamenón, que os envía por la joven Briseide. ¡Ea, Palo, del linaje de Zeus! Saca la joven y entrégasela para que se la lleven. Sed ambos gos ante los bienaventurados dioses, ante los mortales hombres y ante ese rey cruel, guna vez tienen los demás necesidad de mí para librarse de funestas calamidades que él tiene el corazón poseído de furor y no sabe pensar a la vez en lo futuro y en lo do, a fin de que los aqueos se salven combatiendo junto a las naves.

5 Así dijo. Patroclo, obedeciendo a su amigo, sacó de la tienda a Briseide, la de mosas mejillas, y la entregó para que se la llevaran. Partieron los heraldos hacia las es aqueas, y la mujer iba con ellos de mala gana. Aquiles rompió en llanto, alejóse de compañeros, y, sentándose a orillas del blanquecino mar con los ojos clavados en el o inmenso y las manos extendidas, dirigió a su madre muchos ruegos:

¡Madre! Ya que me pariste de corta vida, el olímpico Zeus altitonante debía rarme y no lo hace en modo alguno. El poderoso Agamenón Atrida me ha ultrajado, s tiene mi recompensa, que él mismo me arrebató.

7 Así dijo derramando lágrimas. Oyóle la veneranda madre desde el fondo del mar, de se hallaba junto al padre anciano, a inmediatamente emergió de las blanquecinas como niebla, sentóse delante de aquél, que derramaba lágrimas, acariciólo con la o y le habló de esta manera:

¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me ocultes lo piensas, para que ambos lo sepamos.

4 Dando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

Lo sabes. ¿A qué referirte lo que ya conoces? Fuimos a Teba, la sagrada ciudad de ón; la saqueamos, y el botín que trajimos se lo distribuyeron equitativamente los eos, separando para el Atrida a Criseide, la de hermosas mejillas. Luego Crises, rdote de Apolo, el que hiere de lejos, deseando redimir a su hija, se presentó en las ras naves aqueas con un inmenso rescate y las ínfulas de Apolo, el que hiere de lejos, pendían de áureo cetro, en la mano; y suplicó a todos los aqueos, y particularmente a dos Atridas, caudillos de pueblos. Todos los aqueos aprobaron a voces que se etase al sacerdote y se admitiera el espléndido rescate; mas el Atrida Agamenón, a n no plugo el acuerdo, to despidió de mal modo y con altaneras voces. El anciano se rritado; y Apolo, accediendo a sus ruegos, pues le era muy querido, tiró a los argivos sta saeta: morían los hombres unos en pos de otros, y las flechas del dios volaban por s partes en el vasto campamento de los aqueos. Un adivino bien enterado nos explicó aticinio del que hiere de lejos, y yo fui el primero en aconsejar que se aplacara al dios. Atrida encendióse en ira; y, levantándose, me dirigió una amenaza que ya se ha plido. A aquélla los aqueos de ojos vivos la conducen a Crisa en velera nave con entes para el dios; y a la hija de Briseo, que los aqueos me dieron, unos heraldos se la llevado ahora mismo de mi tienda. Tú, si puedes, socorre a tu buen hijo; ve al Olimpo ega a Zeus, si alguna vez llevaste consuelo a su corazón con palabras o con obras. chas veces, hallándonos en el palacio de mi padre, of que te gloriabas de haber ado, tú sola entre los inmortales, una afrentosa desgracia al Cronida, el de las brías pubes, cuando

quisieron atarlo otros dioses olímpicos, Hera, Posidón y Palas nea. Tú, oh diosa, acudiste y lo libraste de las ataduras, llamando en seguida al cioso Olimpo al centímano a quien los dioses nombran Briareo y todos los hombres ón, el cual es superior en fuerza a su mismo padre, y se sentó entonces al lado de s, ufano de su gloria; temieronlo los bienaventurados dioses y desistieron del miento. Recuérdaselo, siéntate a su lado y abraza sus rodillas: quizás decida favorecer s troyanos y acorralar a los aqueos, que serán muertos entre las popas, cerca del mar; que todos disfruten de su rey y comprenda el poderoso Agamenón Atrida la falta que ometido no honrando al mejor de los aqueos.

3 Respondióle en seguida Tetis, derramando lágrimas:

¡Ay, hijo mío! ¿Por qué te he criado, si en hora aciaga te di a luz? ¡Ojalá vieras en las naves sin llanto ni pena, ya que tu vida ha de ser corta, de no larga ción! Ahora eres juntamente de breve vida y el más infortunado de todos. Con hado sto te parí en el palacio. Yo misma iré al nevado Olimpo y hablaré a Zeus, que se place en lanzar rayos, por si se deja vencer. Tú quédate en las naves de ligero ar, conserva la cólera contra los aqueos y abstente por entero de combatir. Ayer se chó Zeus al Océano, al país de los probos etíopes, para asistir a un banquete, y todos ses lo siguieron. De aquí a doce días volverá al Olimpo. Entonces acudiré a la ada de Zeus, sustentada en bronce; le abrazaré las rodillas, y espero que lograré uadirlo.

8 Dichas estas palabras partió, dejando a Aquiles con el corazón irritado a causa de la er de bella cintura que violentamente y contra su voluntad le habían arrebatado. 0 En tanto, Ulises llegaba a Crisa con las víctimas para la sagrada hecatombe. ndo arribaron al profundo puerto, amainaron las velas, guardándolas en la negra nave; ron rápidamente por medio de cuerdas el mástil hasta la crujía, y llevaron la nave, a za de remos, al fondeadero. Echaron anclas y ataron las amarras, saltaron a la playa, mbarcaron las víctimas de la hecatombe para Apolo, el que hiere de lejos, y Criseide ó de la nave surcadora del ponto. El ingenioso Ulises llevó la doncella al altar y, éndola en manos de su padre, dijo:

¡Oh Crises! Envíame al rey de hombres, Agamenón, a traerte la hija y ofrecer en r de los dánaos una sagrada hecatombe a Febo, para que aplaquemos a este dios que deplorables males ha causado a los argivos.

6 Habiendo hablado así, puso en sus manos la hija amada, que aquél recibió con ría. Acto continuo, ordenaron la sagrada hecatombe en torno del bien construido váronse las manos y tomaron la mola. Y Crises oró en alta voz y con las manos ntadas:

¡Óyeme, tú que llevas arco de plata, proteges a Crisa y a la divina Cila a imperas Ténedos poderosamente! Me escuchaste cuando te supliqué, y, para honrarme, oprie duramente al ejército aqueo; pues ahora cúmpleme este voto: ¡Aleja ya de los aos la abominable peste!

7 Así dijo rogando, y Febo Apolo lo oyó. Hecha la rogativa y esparcida la mola, eron las víctimas por la cabeza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; guida cortaron los muslos, y, después de pringarlos con gordura por uno y otro lado cubrirlos con trozos de carne,

el anciano los puso sobre la leña encendida y los roció con vino. Cerca de él, unos jóvenes tenían en las manos asadores de cinco puntas.

Los dos muslos, probaron las entrañas, y, dividiendo lo restante en pedazos muy pequeños, lo atravesaron con pinchos, lo asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Minada la faena y dispuesto el banquete, comieron, y nadie careció de su respectiva ración. Cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, los mancebos trajeron de vino las crateras y lo distribuyeron a todos los presentes después de haber bebido en copas las primicias. Y durante todo el día los aqueos aplacaron a los dios con el vino, entonando un hermoso cántico a Apolo, el que hiere de lejos, que los oía con el corazón complacido.

5 Cuando el sol se puso y sobrevino la noche, durmieron cerca de las amarras de la nave. Mas, así que apareció la hija de la mañana, la Aurora de rosados dedos, hiciéronse a mar para volver al espacioso campamento aqueo, y Apolo, el que hiere de lejos, les dio próspero viento. Izaron el mástil, descogieron las velas, que hinchó el viento, y las purpúreas olas resonaban en torno de la quilla mientras la nave corría siguiendo su rumbo. Una vez llegados al vasto campamento de los aqueos, sacaron la negra nave a su firme y la pusieron en alto sobre la arena, sosteniéndola con grandes maderos. Y o se dispersaron por las tiendas y los bajeles.

8 El hijo de Peleo y descendiente de Zeus, Aquiles, el de los pies ligeros, seguía adentro en las veleras naves, y ni frecuentaba el ágora donde los varones cobran fama, ni peraba a la guerra; sino que consumía su corazón, permaneciendo en las naves, y estaba de menos la gritería y el combate.

3 Cuando, después de aquel día, apareció la duodécima aurora, los sempiternos dioses volvieron al Olimpo con Zeus a la cabeza. Tetis no olvidó entonces el encargo de hijo: saliendo de entre las olas del mar, subió muy de mañana al gran cielo y al campo, y halló al largovidente Cronida sentado aparte de los demás dioses en la más alta de muchas cumbres del monte. Acomodóse ante él, abrazó sus rodillas con la mano izquierda, tocóle la barba con la derecha y dirigió esta súplica al soberano Zeus Cronión:

¡Padre Zeus! Si alguna vez te fui útil entre los inmortales con palabras o obras, plegue este voto: Honra a mi hijo, el héroe de más breve vida, pues el rey de hombres, Menelao, lo ha ultrajado, arrebatándole la recompensa que todavía retiene. Vengalo tú, oído Zeus Olímpico, concediendo la victoria a los troyanos hasta que los aqueos den facción a mi hijo y lo colmen de honores.

1 Así dijo. Zeus, que amontona las nubes, nada contestó guardando silencio un buen rato. Pero Tetis, que seguía como cuando abrazó sus rodillas, le suplicó de nuevo:

Prométemelo claramente, asintiendo, o niegámelo -pues en ti no cabe el temor que sepa cuán despreciada soy entre todas las deidades.

7 Zeus, que amontona las nubes, díjole afligidísimo:

¡Funestas acciones! Pues harás que me malquiste con Hera, cuando me zahiera con riosas palabras. Sin motivo me riñe siempre ante los inmortales dioses, porque dice en las batallas

favorezco a los troyanos. Pero ahora vete, no sea que Hera advierta ; yo me cuidaré de que esto se cumpla. Y si lo deseas, te haré con la cabeza la señal timiento para que tengas confianza. Éste es el signo más seguro, irrevocable y z para los inmortales; y no deja de efectuarse aquello a que asiento con la cabeza. 8 Dijo el Cronida, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento; los divinos ellos se agitaron en la cabeza del soberano inmortal, y a su intlujo estremeciósse el ado Olimpo.

1 Después de deliberar así, se separaron: ella saltó al profundo mar desde el landeciente Olimpo, y Zeus volvió a su palacio. Todos los dioses se levantaron al ver dre, y ninguno aguardó que llegara, sino que todos salieron a su encuentro. óse Zeus en el trono; y Hera, que, por haberlo visto, no ignoraba que Tetis, la de nteos pies, hija del anciano del mar, con él había departido, dirigió al momento riosas palabras a Zeus Cronida:

¿Cuál de las deidades, oh doloso, ha conversado contigo? Siempre te es grato, ndo estás lejos de mí, pensar y resolver algo secretamente, y jamás te has dignado rme una sola palabra de to que acuerdas.

4 Respondióle el padre de los hombres y de los dioses:

¡Hera! No esperes conocer todas mis decisiones, pues te resultará difícil aun do mi esposa. Lo que pueda decirse, ningún dios ni hombre lo sabrá antes que tú; lo que quiera resolver sin contar con los dioses, no lo preguntes ni procures iguarlo.

1 Replicó en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! No será mucho lo que te haya untado o querido averiguar, puesto que muy tranquilo meditas cuanto te place. Mas a mucho recela mi corazón que te haya seducido Tetis, la de argénteos pies, hija del ano del mar. A1 amanecer el día sentóse cerca de ti y abrazó tus rodillas; y pienso le habrás prometido, asintiendo, honrar a Aquiles y causar gran matanza junto a las es aqueas.

0 Y contestándole, Zeus, que amontona las nubes, le dijo:

¡Ah, desdichada! Siempre sospechas y de ti no me oculto. Nada, empero, podrás seguir sino alejarte de mi corazón; lo cual todavía te será más duro. Si es cierto lo que echas, así debe de serme grato. Pero siéntate en silencio y obedece mis palabras. No que no te valgan cuantos dioses hay en el Olimpo, acercándose a ti, cuando te ponga ma mis invictas manos.

9 Así dijo. Temió Hera veneranda, la de ojos de novilla, y, refrenando el coraje, óse en silencio. Indignáronse en el palacio de Zeus los dioses celestiales. Y Hefesto, ustre artífice, comenzó a arengarlos para consolar a su madre Hera, la de los niveles

Funesto a insoportable será lo que ocurra, si vosotros disputáis así por los mortales omovéis alborotos entre los dioses; ni siquiera en el banquete se hallará placer no, porque prevalece lo peor. Yo aconsejo a mi madre, aunque ya ella tiene juicio, obsequie al padre querido, a Zeus, para que no vuelva a refirla y a turbarnos el festín. s, si el Olímpico fulminador quiere echarnos del asiento... nos aventaja mucho en er. Pero halágalo con palabras carifiosas y en seguida el

Olímpico nos será propicio. 4 De este modo habló y, tomando una copa de doble asa, ofreciéndola a su madre, endo:

Sufre, madre mía, y sopórtalo todo, aunque estés afligida; que a ti, tan querida, no ean mis ojos apaleada sin que pueda socorrerte, porque es difícil contrarrestar al pico. Ya otra vez que quise defenderte me asió por el pie y me arrojó de los divinos rales. Todo el día fui rodando y a la puesta del sol caí en Lemnos. Un poco de vida quedaba y los sinties me recogieron tan pronto como hube caído.

5 Así dijo. Sonrióse Hera, la diosa de los níveos brazos; y, sonriente aún, tomó la a que su hijo le presentaba. Hefesto se puso a escanciar dulce néctar para las otras ades, sacándolo de la cratera; y una risa inextinguible se alzó entre los aventurados dioses viendo con qué afán los servía en el palacio.

1 Todo el día, hasta la puesta del sol, celebraron el festín; y nadie careció de su ectiva porción, ni faltó la hermosa cítara que tañía Apolo, ni las Musas que con linda cantaban alternando.

5 Mas, cuando la fúlgida luz del sol llegó al ocaso, los dioses fueron a recogerse a respectivos palacios, que había construido Hefesto, el ilustre cojo de ambos pies, con a inteligencia. Zeus olímpico, fulminador, se encaminó al lecho donde acostumbraba mir cuando el dulce sueño le vencía. Subió y acostóse; y a su lado descansó Hera, la ureo trono.

## Canto ii\*



Sueño- Beocia o catálogo de las naves

Para cumplir lo prometido a Tetis, Zeus envía un engadoso sueño a Agamenón, y le aconseja que ante el campamento y regrese a casa; Agamenón convoca el consejo de los jefes y luego la asamblea neral de todos los guerreros, que aceptan la propuesta, por lo que Agamenón (*bajo la incitación de enea*) debe intervenir para insuflar coraje y buenas esperanzas a los aqueos. Después de varios identes y de enumerar cuantos pueblos formaban los ejércitos griego y troiano, sucédense tres grandes allas.

Las demás deidades y los hombres que en carros combaten, durmieron toda la noche; Zeus no probó las dulzuras del sueño, porque su mente buscaba el medio de honrar a iles y causar gran matanza junto a las naves aqueas. Al fin creyó que lo mejor sería ar un pernicioso sueño al Atrida Agamenón; y, hablándole, pronunció estas aladas bras:

Anda, ve, pernicioso Sueño, encamínate a las veleras naves aqueas, introdúcete en la da de Agamenón Atrida, y dile cuidadosamente lo que voy a encargarte. Ordénale que e a los melenudos aqueos y saque toda la hueste: ahora podría tomar a Troya, la ad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están des, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios naza a los troianos.

Así dijo. Partió el Sueño al oír el mandato, llegó en un instante a las veleras naves eas, y, hallando dormido en su tienda al Atrida Agamenón -alrededor del héroe habíaifundido el sueño inmortal-, púsose sobre su cabeza, y tomó la figura de Néstor, hijo Neleo, que era el anciano a quien aquél más honraba. Así transfigurado, dijo el divino

¿Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de caballos? No debe dormir toda la he el príncipe a quien se han confiado los guerreros y a cuyo cargo se hallan tantas s. Ahora atiéndeme en seguida, pues vengo como mensajero de Zeus; el cual, aun ndo lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. Armar te ordena a los melenudos eos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar Troya, la ciudad de anchas calles, pues inmortales que poseen olímpicos palacios ya no están discordes, por haberlos uadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortunios amenaza a los troianos por la ntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria, para que no las olvides cuando el e sueño to desampare.

Así habiendo hablado, se fue y dejó a Agamenón revolviendo en su ánimo lo que nó a cumplirse. Figurábase que iba a tomar la ciudad de Troya aquel mismo día. ensato! No sabía lo que tramaba Zeus, quien había de causar nuevos males y llanto a royanos y a los dánaos por medio de terribles peleas. Cuando despertó, la voz divina naba aún en torno suyo. Incorporóse,

y, habiéndose sentado, vistió la túnica fina, mosa, nueva; se echó el gran manto, calzó sus nítidos pies con bellas sandalias y colgó hombro la espada guarnecida con clavazón de plata. Tomó el imperecedero cetro de adre y se encaminó hacia las naves de los aqueos, de bronceínas corazas.

Subía la diosa Aurora al vasto Olimpo para anunciar el día a Zeus y a los demás ortales, cuando Agamenón ordenó que los heraldos de voz sonora convocaran al a a los melenudos aqueos. Convocáronlos aquéllos, y éstos se reunieron en seguida. Pero celebróse antes un consejo de magnánimos próceres junto a la nave del rey tor, natural de Pilos. Agamenón los llamó para hacerles una discreta consulta: ¡Oíd, amigos! Dormía durante la noche inmortal, cuando se me acercó un Sueño no muy semejante al ilustre Néstor en la forma, estatura y natural. Púsose sobre mi za y profirió estas palabras: «¿Duermes, hijo del belicoso Atreo, domador de allos? No debe dormir toda la noche el príncipe a quien se han confiado los guerreros cuyo cargo se hallan tantas cosas. Ahora atiéndeme en seguida, pues vengo como sajero de Zeus; el cual, aun estando lejos, se interesa mucho por ti y te compadece. mar te ordena a los melenudos aqueos y sacar toda la hueste: ahora podrías tomar ya, la ciudad de anchas calles, pues los inmortales que poseen olímpicos palacios ya stán discordes, por haberlos persuadido Hera con sus ruegos, y una serie de infortuamenaza a los troyanos por la voluntad de Zeus. Graba mis palabras en tu memoria.» iendo hablado así, fuese volando, y el dulce sueño me desamparó. Mas, ea, veamos o podremos conseguir que los aqueos tomen las armas. Para probarlos como es do, les aconsejaré que huyan en las naves de muchos bancos; y vosotros, hablándoles s por un lado y otros por el opuesto, procurad detenerlos.

Habiéndose expresado en estos términos, se sentó. Seguidamente levantóse Néstor, era rey de la arenosa Pilos, y benévolo les arengó diciendo:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Si algún otro aqueo nos refiriese ueño, te creeríamos falso y desconfiaríamos aún más; pero lo ha tenido quien se gloria er el más poderoso de los aqueos. Ea, veamos cómo podremos conseguir que los eos tomen las armas.

Habiendo hablado así, fue el primero en salir del consejo. Los reyes portadores de o se levantaron, obedeciendo al pastor de hombres, y la gente del pueblo acudió urosa. Como de la hendedura de un peñasco salen sin cesar enjambres copiosos de as que vuelan arracimadas sobre las flores primaverales y unas revolotean a este lado ras a aquél; así las numerosas familias de guerreros marchaban en grupos, por la baja ra, desde las naves y tiendas al ágora. En medio, la Fama, mensajera de Zeus, decida, los instigaba a que acudieran, y ellos se iban reuniendo. Agitóse el ágora, ió la tierra y se produjo tumulto, mientras los hombres tomaron sitio. Nueve heraldos an voces para que callaran y oyeran a los reyes, alumnos de Zeus. Sentáronse al fin, que con dificultad, y enmudecieron tan pronto como ocuparon los asientos. Entonces tó el rey Agamenón, empuñando el cetro que Hefesto hizo para el soberano Zeus nión - éste lo dio al mensajero Argicida; Hermes lo regaló al excelente jinete Pélope, n, a su vez, lo entregó a Atreo, pastor de hombres; Atreo al morir lo legó a Tiestes, en ganado, y Tiestes lo dejó a Agamenón

para que reinara en muchas islas y en todo aís de Argos-, y, descansando el rey sobre el arrimo del cetro, habló así a los argivos:

¡Oh amigos, héroes dánaos, ministros de Ares! En grave infortunio envolvióme s Cronida. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada y todo ha sido funesto engaño; pues ahora me ordena regresar a Argos, sin gloria, pués de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que estruido las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras porque su poder es enso. Vergonzoso será para nosotros que lleguen a saberlo los hombres de mañana. ejército aqueo tal y tan grande hacer una guerra vana a ineficaz! ¡Combatir contra un ero menor de hombres y no saberse aún cuándo la contienda tendrá fin! Pues, si eos y troyanos, jurando la paz, quisiéramos contarnos, y reunidos cuantos troyanos en sus hogares y agrupados nosotros los aqueos en décadas, cada una de éstas eligiera oyano para que escanciara el vino, muchas décadas se quedarían sin escanciador. ¡En o digo que superan los aqueos a los troyanos que en la ciudad moran! Pero han venido u ayuda hombres de muchas ciudades, que saben blandir la lanza, me apartan de mi nto y no me permiten, como quisiera, tomar la populosa ciudad de Ilio. Nueve años gran Zeus transcurrieron ya; los maderos de las naves se han podrido y las cuerdas esdeshechas; nuestras esposas a hijitos nos aguardan en los palacios; y aún no hemos o cima a la empresa para la cual vinimos. Ea, procedamos todos como voy a decir: amos en las naves a nuestra patria tierra, pues ya no tomaremos Troya, la de anchas 2 Así dijo; y a todos los que no habían asistido al consejo se les conmovió el corazón l pecho. Agitóse el ágora como las grandes olas que en el mar Icario levantan el Euro Noto cayendo impetuosos de las nubes amontonadas por el padre Zeus. Como el ro mueve con violento soplo un crecido trigal y se cierne sobre las espigas, de igual era se movió toda el ágora. Con gran gritería y levantando nubes de polvo, corren a los bajeles; exhórtanse a tirar de ellos para echarlos al mar divino; limpian los cas; quitan los soportes, y el vocerío de los que se disponen a volver a la patria llega a el cielo.

5 Y efectuárase entonces, antes de lo dispuesto por el destino, el regreso de los vos, si Hera no hubiese dicho a Atenea:

¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! ¿Huirán los argivos a sus s, a su patria tierra por el ancho dorso del mar, y dejarán como trofeo a Príamo y a royanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos perecieron en Troya, lejos de su ia? Ve en seguida al ejército de los aqueos de broncéas corazas, detén con suaves bras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los corvos bajeles.

6 Así habló. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no fue desobediente. Bajando en o vuelo de las cumbres del Olimpo llegó presto a las veloces naves aqueas y halló a es, igual a Zeus en prudencia, que permanecía inmóvil y sin tocar la negra nave de hos bancos, porque el pesar le llegaba al corazón y al alma. Y poniéndose a su lado, le Atenea, la de ojos de lechuza:

¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! ¡Así, pues, huiréis a stras casas, a la patria tierra, embarcados en las naves de muchos bancos, y dejaréis o trofeo a Príamo y a los

troyanos la argiva Helena, por la cual tantos aqueos cieron en Troya, lejos de su patria? Ve en seguida al ejército de los aqueos y no s: detén con suaves palabras a cada guerrero y no permitas que echen al mar los os bajeles.

2 Así dijo. Ulises conoció la voz de la diosa en cuanto le habló; tiró el manto, que giró el heraldo Euríates de Ítaca, que lo acompañaba; corrió hacia el Atrida menor, para que le diera el imperecedero cetro paterno; y, con éste en la mano, erizó a las naves de los aqueos, de bronceas corazas.

8 Cuando encontraba a un rey o a un capitán eximio, parábase y lo detenía con ves palabras.

¡Ilustre! No es digno de ti temblar como un cobarde. Detente y haz que los demás etengan también. Aún no conoces claramente la intención del Atrida: ahora nos ba, y pronto castigará a los aqueos. En el consejo no todos comprendimos lo que No sea que, irritándose, maltrate a los aqueos; la cólera de los reyes, alumnos de s, es terrible, porque su dignidad procede del pródigo Zeus y éste los ama.

8 Cuando encontraba a un hombre del pueblo gritando, dábale con el cetro y lo epaba de esta manera:

¡Desdichado! Estáte quieto y escucha a los que te aventajan en bravura; tú, débil a to para la guerra, no eres estimado ni en el combate ni en el consejo. Aquí no todos aqueos podemos ser reyes; no es un bien la soberanía de muchos; uno solo sea cipe, uno solo rey: aquél a quien el hijo del artero Crono ha dado cetro y leyes para ne sobre nosotros.

Así Ulises, actuando como supremo jefe, imponía su voluntad al ejército; y ellos presuraban a volver de las tiendas y naves al ágora, con gran vocerío, como cuando el je del estruendoso mar brama en la playa anchurosa y el ponto resuena.

1 Todos se sentaron y permanecieron quietos en su sitio, a excepción de Tersites, sin poner freno a la lengua, alborotaba. Ése sabía muchas palabras groseras para utar temerariamente, no de un modo decoroso, con los reyes, y lo que a él le ciera hacerlo ridículo para los argivos. Fue el hombre más feo que llegó a Troya, s era bizco y cojo de un pie; sus hombros corcovados se contraían sobre el pe cho, y a la cabeza puntiaguda y cubierta por rala cabellera. Aborrecíanlo de un modo cial Aquiles y Ulises, a quienes zahería; y entonces, dando estridentes voces, decía obios al divino Agamenón. Y por más que los aqueos se indignaban a irritaban mucho ra él, seguía increpándolo a voz en grito:

¡Atrida! ¿De qué te quejas o de qué careces? Tus tiendas están repletas de bronce ellas tienes muchas y escogidas mujeres que los aqueos te ofrecemos antes que a e cuando tomamos alguna ciudad. ¿Necesitas, acaso, el oro que alguno de los anos, domadores de caballos, te traiga de Ilio para redimir al hijo que yo a otro aqueo a hecho prisionero? ¿O, por ventura, una joven con quien te junte el amor y que tú poseas? No es justo que, siendo el caudillo, ocasiones tantos males a los aqueos. ¡Oh des, hombres sin dignidad, aqueas más bien que aqueos! Volvamos en las naves a la ia y dejémoslo aquí, en Troya, para que devore el botín y sepa si le sirve o no nuestra da; ya que ha ofendido a Aquiles, varón muy superior, arrebatándole la recompensa

todavía retiene. Poca cólera siente Aquiles en su pecho y es grande su indolencia; si uera así, Atrida, éste sería tu último ultraje.

3 Tales palabras dijo Tersites, zahiriendo a Agamenón, pastor de hombres. En uida el divino Ulises se detuvo a su lado; y mirándolo con torva faz, lo increpó mente:

¡Tersites parlero! Aunque seas orador facundo, calla y no quieras tú solo disputar los reyes. No creo que haya un hombre peor que tú entre cuantos han venido a Ilio los Atridas. Por tanto, no tomes en boca a los reyes, ni los injurias, ni pienses en el eso. No sabemos aún con certeza cómo esto acabará y si la vuelta de los aqueos será o desgraciada. Mas tú denuestras al Atrida Agamenón, porque los héroes dánaos le muchas cosas; por esto lo zahieres. Lo que voy a decir se cumplirá: Si vuelvo a enarte delirando como ahora, no conserve Ulises la cabeza sobre los hombros, ni sea ado padre de Telémaco, si no te echo mano, te despojo del vestido (*el manto y la túque cubren tus partes verendas*) y te envío lloroso del ágora a las veleras naves pués de castigarte con afrentosos azotes.

5 Así, pues, dijo, y con el cetro diole un golpe en la espalda y los hombros. Tersites ncorvó, mientras una gruesa lágrima caía de sus ojos y un cruento cardenal aparecía u espalda debajo del áureo cetro. Sentóse, turbado y dolorido; miró a todos con aire imple, y se enjugó las lágrimas. Ellos, aunque afligidos, rieron con gusto y no faltó n dijera a su vecino:

¡Oh dioses! Muchas cosas buenas hizo Ulises, ya dando consejos saludables, ya arando la guerra; pero esto es lo mejor que ha ejecutado entre los argivos: hacer ar al insolente charlatán, cuyo ánimo osado no lo impulsará en lo sucesivo a zaherir injuriosas palabras a los reyes.

Así hablaba la multitud. Levantóse Ulises, asolador de ciudades, con el cetro en la o (*Atenea, la de ojos de lechuza, que, transfigurada en heraldo, junto a él estaba, imo silencio para que todos los aqueos, desde los primeros hasta los últimos, oyeran su urso y meditaran sus consejos*), y benévolo los arengó diciendo:

¡Atrida! Los aqueos, oh rey, quieren cubrirt de baldón ante todos los mortales de articulada y no cumplen lo que te prometieron al venir de Argos, criador de caballos: no te irías sin destruir la bien murada Ilio. Cual si fuesen niños o viudas, se lamentan s con otros y desean regresar a su casa. Y es, en verdad, penoso que hayamos de volafligidos. Cierta que cualquiera se impacienta al mes de estar separado de su mujer, ndo ve detenida su nave de muchos bancos por las borrascas invernales y el mar tado; y nosotros hace ya nueve años, con el presence, que aquí permanecemos. No enojo, pues, porque los aqueos se impacienten junto a las cóncavas naves; pero sería hornoso haber estado aquí tanto tiempo y volvernos sin conseguir nuestro propósito. ed paciencia, amigos, y aguardad un poco más, para que sepamos si fue verídica la icción de Calcante. Bien grabada la tenemos en la memoria, y todos vosotros, los que abéis sido arrebatados día tras día por las parcas de la muerte, sois testigos de lo que rió en Áulide cuando se reunieron las naves aqueas que cantos males habían de traer fámo y a los troyanos. En sacros altares inmolábamos hecatombes perfectas a los ortales; junto a una fuente y a la sombra de un hermoso plátano a cuyo pie manaba a cristalina. Allí se nos ofreció un gran portento. Un

horrible dragón de roja espalda, el mismo Olímpico sacara a la luz, saltó de debajo del altar al plátano. En la rama era de éste hallábanse los hijuelos recién nacidos de un ave, que medrosos se rucaban debajo de las hojas; eran ocho, y, con la madre que los parió, nueve. El ón devoró a los pajarillos, que piaban lastimeramente; la madre revoleaba en torno de hijos quejándose, y aquél volvióse y la cogió por el ala, mientras ella chillaba.pués que el dragón se hubo comido al ave y a los polluelos, el dios que lo había trado obró en él un prodigio: el hijo del artero Crono transformólo en piedra, y otros, inmóviles, admirábamos lo que ocurría. De este modo, las grandes y entosas acciones de los dioses interrumpieron las hecatombes. Y en seguida Calcante, cinando, exclamó: «¿Por qué enmudecéis, melenudos aqueos? El pródigo Zeus es n nos muestra ese prodigio grande, tardío, de lejano cumplimiento, pero cuya gloria ás perecerá. Como el dragón devoró a los polluelos del ave y al ave misma, los cuales ocho, y, con la madre que los dio a luz, nueve, así nosotros combatiremos allí igual ero de años, y al décimo tomaremos la ciudad de anchas calles.» Tal fue lo que dijo y se va cumpliendo. ¡Ea, aqueos de hermosas grebas, quedaos todos hasta que emos la gran ciudad de Príamo!

3 Así habló. Los argivos, con agudos gritos que hacían retumbar horriblemente las es, aplaudieron el discurso del divino Ulises. Y Néstor, caballero gerenio, los arengó endo:

¡Oh dioses! Habláis como niños chiquitos que no están ejercitados en los bélicos ajos. ¿Qué es de nuestros convenios y juramentos? ¿Se fueron, pues, en humo los sejos, los afanes de los guerreros, los pactos consagrados con libaciones de vino puro s apretones de manos en que confiábamos? Nos entretenemos en contender con bras y sin motivo, y en tan largo espacio no hemos podido encontrar un medio eficaz conseguir nuestro intento. ¡Atrida! Tú, como siempre, manda con firme decisión a argivos en el duro combate y deja que se consuman uno o dos que en discordancia los demás aqueos desean, aunque no logran su propósito, regresar a Argos antes de r si fue o no falsa la promesa de Zeus, que lleva la égida. Pues yo os aseguro que el otente Cronida nos prestó su asentimiento, relampagueando por el diestro lado y donos favorables señales, el día en que los argivos se embarcaron en las naves de ro andar para traer a los troyanos la muerte y el destino. Nadie, pues, se dé prisa por er a su casa, hasta haber dormido con la esposa de un troyano y haber vengado la a y los gemidos de Helena. Y si alguno tanto anhelare el regreso, toque la negra nave muchos bancos para que delante de todos sea muerto y cumpla su destino. ¡Oh rey! No s de pensar tú mismo y sigue también los consejos que nosotros lo damos. No es desiable lo que voy a decirte: Agrupa a los hombres, oh Agamenón, por tribus y ilias, para que una tribu ayude a otra tribu y una familia a otra familia. Si así lo eres y lo obedecieren los aqueos, sabrás pronto cuáles jefes y soldados son cobardes y es valerosos, pues pelearán distintamente; y conocerás si no puedes tomar la ciudad la voluntad de los dioses o por la cobardía de tus hombres y su impericia en la guerra. 9 Y, respondiéndole, el rey Agamenón le dijo:

De nuevo, oh anciano, superas en el ágora a los aqueos todos. Ojalá, ¡padre Zeus, nea, Apolo!, tuviera yo entre los aqueos diez consejeros semejantes; entonces la ad del rey Príamo

sería pronto tomada y destruida por nuestras manos. Pero Zeus nida, que lleva la égida, me envía penas, enredándome en inútiles disputas y riñas. ¡Iles y yo peleamos con encontradas razones por una joven, y fui el primero en arme; si ambos procediéramos de acuerdo, no se diferiría ni un solo momento la ruina os troyanos. Ahora, id a comer para que luego trabemos el combate; cada uno afile la a, prepare el escudo, dé el pasto a los corceles de pies ligeros a inspeccione el carro, cibiéndose para la lucha; pues durante todo el día nos pondrá a prueba el horrendo s. Ni un breve descanso ha de haber siquiera, hasta que la noche obligue a los entes guerreros a separarse. La correa del escudo que al combatiente cubre, sudará en o del pecho; el brazo se fatigará con el manejo de la lanza, y también sudarán los eles arrastrando los pulimentados carros. Y aquél que se quede voluntariamente en corvas naves, lejos de la batalla, como yo lo vea, no se librará de los perros y de las de rapiña.

4 Así dijo. Los argivos promovían gran clamoreo, como cuando las olas, movidas el Noto, baten un elevado risco que se adelanta sobre el mar y no to dejan mientras an los vientos en contrarias direcciones. Luego, levantándose, se dispersaron por las es, encendieron lumbré en las tiendas, tomaron la comida y ofrecieron sacrificios, nes a uno, quiénes a otro de los sempiternos dioses, para que los librasen de la muerte l fatigoso trabajo de Ares. Agamenón, rey de hombres, inmoló un pingüe buey de o años al prepotente Cronión, habiendo llamado a su tienda a los principales caudillos os aqueos todos: primeramente a Néstor y al rey Idomeneo, luego a entrambos ntes y al hijo de Tideo, y en sexto lugar a Ulises, igual a Zeus en prudencia. Es - áneamente se presentó Menelao, valiente en la pelea, porque sabía lo que su hermano ba preparando. Colocaronsé todos alrededor del buey y tomaron la mola. Y puesto en io, el poderoso Agamenón oró diciendo:

¡Zeus gloriosísimo, máximo, que amontonas las sombrías nubes y vives en el éter! se ponga el sol ni sobrevenga la obscuridad antes que yo destruya el palacio de mo, entregándolo a las llamas; pegue voraz fuego a las puertas; rompa con mi lanza oraza de Héctor en su mismo pecho, y vea a muchos de sus compañeros caídos de en el polvo y mordiendo la tierra!

9 Dijo; pero el Cronión no accedió y, aceptando los sacrificios, preparóles no diable labor. Hecha la rogativa y esparcida la mola, cogieron las víctimas por la eza, que tiraron hacia atrás, y las degollaron y desollaron; cortaron los muslos, y pués de pringarlos con gordura por uno y otro lado y de cubrirlos con trozos de carne, quemaron con leña sin hojas; y atravesando las entrañas con los asadores, las pusieron uego. Quemados los muslos, probaron las entrañas; y dividiendo to restante en azos muy pequeños, atravesáronlo con pinchos, to asaron cuidadosamente y lo reon del fuego. Terminada la faena y dispuesto el festín, comieron y nadie careció de espectiva porción. Y cuando hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, Nés - el caballero gerenio, comenzó a decirles:

¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! No nos entretengamos en hablar, firmos por más tiempo la empresa que un dios pone en nuestras manos. Mas, ea, los lidos de los

aqueos, de bronceas corazas, pregonen que el ejército se reúna cerca de bajeles, y nosotros recorramos juntos el espacioso campamento para promover cuanto a un vivo combate.

1 Así dijo; y Agamenón, rey de hombres, no desobedeció. Al momento dispuso que heraldos de voz sonora llamaran al combate a los melenudos aqueos; hízose el ón, y ellos se reunieron prontamente. El Atrida y los reyes, alumnos de Zeus, hacían mar a los guerreros, y los acompañaba Atenea, la de ojos de lechuza, llevando la iosa inmortal égida que no envejece y de la cual cuelgan cien áureos borlones, bien ados y del valor de cien bueyes cada uno. Con ella en la mano, movíase la diosa entre aqueos, instigábalos a salir al campo y ponía fortaleza en sus corazones para que aran y combatieran sin descanso. Pronto les fue más agradable el combate, que er a la patria tierra en las cóncavas naves.

5 Cual se columbra desde lejos el resplandor de un incendio, cuando el voraz fuego ropaga por vasta selva en la cumbre de un monte, así el brillo de las bronceas armas de los que se ponían en marcha llegaba al cielo a través del éter.

9 De la suerte que las aligeras aves - gansos, grullas o cisnes cuellilargos- se posan en erosas bandadas y chillando en la pradera Asia, cerca de la corriente del Caístro, an acá y allá ufanas de sus alas, y el campo resuena; de esta manera las numerosas stes aflúan de las naves y tiendas a la llanura escamandria y la tierra retumbaba mente bajo los pies de los guerreros y de los caballos. Y los que en el florido o del Escamandrio llegaron a juntarse fueron innumerables; tantos, cuantas son las s y Bores que en la primavera nacen.

9 Como enjambres copiosos de moscas que en la primaveral estación vuelan padas por el establo del pastor, cuando la leche llena los tarros, en tan gran número ronse en la llanura los melenudos aqueos, deseosos de acabar con los troyanos. 4 Poníanlos los caudillos en orden de batalla fácilmente, como los pastores separan cabras de grandes rebaños cuando se mezclan en el pasto; y en medio aparecía el poso Agamenón, semejante en la cabeza y en los ojos a Zeus, que se goza en lanzar s, en el cinturón, a Ares, y en el pecho, a Posidón. Como en el ható el macho vacuno excelente es el toro, que sobresale entre las vacas reunidas, de igual manera hizo s que Agamenón fuera aquel día insigne y eximio entre muchos héroes.

4 Decidme ahora, Musas que poseéis olímpicos palacios y como diosas lo presenciáis nocéis todo, mientras que nosotros oímos tan sólo la fama y nada cierto sabemos, es eran los caudillos y príncipes de los dánaos. A la muchedumbre no podría merarla ni nombrarla, aunque tuviera diez lenguas, diez bocas, voz infatigable y zón de bronce: sólo las Musas olímpicas, hijas de Zeus, que lleva la égida, podrían r cuántos a Ilio fueron. Pero mencionaré los caudillos y las naves todas.

4 Mandaban a los beocios Penéleo, Leito, Arcesilao, Protoenor y Clonio. Los que vaban los campos de Hiria, Áulide pétrea, Esqueno, Escolio, Eteono fragosa, Tespía, a y la vasta Micaleso, los que moraban en Harma, Ilesio y Eritras; los que residían en ón, Hila, Peteón, Ocálea, Medeón, ciudad bien construida, Copas, Eutresis y Tisbe, ndante en palomas; los que habítaban en Coronea, Haliarto herbosa, Platea y Glisante; que poseían la bien edificada

ciudad de Hipotebas, la sacra Onquesto, delicioso que de Posidón, y las ciudades de Arne, abundante en uvas, Mídea, Nisa divina y edón fronteriza: todos estos llegaron en cincuenta naves. En cada una se habían arcado ciento veinte beocios.

1 De los que habitaban en Aspledón y Orcómeno Minieo eran caudillos Ascálo y meno, hijos de Ares y de Astíoque, que los había dado a luz en el palacio de Áctor da. Astíoque, que era virgen ruborosa, subió al piso superior, y el terrible dios se unió ella clandestinamente. Treinta cóncavas naves en orden los seguían.

7 Mandaban a los focos Esquedio y Epístrofo, hijos del magnánimo Ífito Naubólida. de Cipariso, Pitón pedregosa, Crisa divina, Dáulide y Panopeo; los que habitaban en moria, Jámpolis y la ribera del divinal río Cefiso; los que poseían la ciudad de Lilea as fuentes del mismo río: todos éstos habían llegado en cuarenta negras naves. Los dillos ordenaban entonces las filas de los focios, que en las batallas combatían a la ierda de los beocios.

7 Acaudillaba a los locrios que vivían en Cino, Opunte, Calfaro, Besa, Escarfe, ías amena, Tarfe y Tronio, a orillas del Boagrio, el ligero Ayante de Oileo, menor, ho menor que Ayante Telamonio: era bajo de cuerpo, llevaba coraza de lino y en el ojo de la lanza superaba a todos los helenos y aqueos. Seguíanlo cuarenta negras es, en las cuales habían venido los locrios que viven más allá de la sagrada Eubea. 6 Los abantes de Eubea, que respiraban valor y residían en Calcis, Eretria, Histia, ndante en uvas, Cerinto marítima, Dío, ciudad excelsa, Caristo y Estira, eran taneados por el magnánimo Elefénor Calcodontiada, vástago de Ares. Con tal dillo llegaron los ligeros abantes, que dejaban crecer la cabellera en la parte posterior a cabeza: eran belicosos y deseaban siempre romper con sus lanzas de fresno las zas en los pechos de los enemigos. Seguíanlo cuarenta negras naves.

6 Los que habitaban en la bien edificada ciudad de Atenas y constituían el pueblo del nimo Erecteo, a quien Atenea, hija de Zeus, crió - habíale dado a luz la fértil tierraso en su rico templo de Atenas, donde los jóvenes atenienses ofrecen todos los años íficios propiciatorios de toros y corderos a la diosa, tenían por jefe a Menesteo, hijo éteo. Ningún hombre de la tierra sabía como ése poner en orden de batalla, así a los combatían en carros, como a los peones armados de escudos; sólo Néstor competía él, porque era más anciano. Cincuenta negras naves to seguían.

7 Ayante había partido de Salamina con doce naves, que colocó cerca de las falanges ienses.

9 Los habitantes de Argos, Tirinto amurallada, Hermíone y Ásine en profundo golfo adas, Trecén, Eyones y Epidauro, abundante en vides, y los jóvenes aqueos de Egina asete, eran acaudillados por Diomedes, valiente en la pelea; Esténelo, hijo del famoso aneo, y Euríalo, igual a un dios, que tenía por padre al rey Mecisteo Talayónida. Era supremo Diomedes, valiente en la pelea. Ochenta negras naves los seguían.

9 Los que poseían la bien construida ciudad de Micenas, la opulenta Corinto y la edificada Cleonas; los que cultivaban la tierra en Ornías, Aretírea deleitosa y Sición, de antiguamente reinó Adrasto; los que residían en Híperesia y Gonoesa excelsa, y los habitaban en Pelene, Egio,

el Egíalo todo y la espaciosa Hélice: todos éstos habían ado en cien naves a las órdenes del rey Agamenón Atrida. Muchos y valientes nes condujo este príncipe que entonces vestía el luciente bronce, ufano de sobresalir dos los héroes por su valor y por mandar a mayor número de hombres.

1 Los de la honda y cavernosa Lacedemonia que residían en Faris, Esparta y Mesa, ndante en palomas; moraban en Brisías o Augías amena; poseían las ciudades de clas y Helos marítima, y habitaban en Laa y Étilo: todos éstos llegaron en sesenta es al mando del hermano de Agamenón, de Menelao, valiente en el combate, y se aban formando unidad aparte. Menelao, impulsado por su propio ardor, los animaba a batir y anhelaba en su corazón vengar la huida y los gemidos de Helena.

1 Los que cultivaban el campo en Pilos, Arene deliciosa, Trío, vado del Alfeo, y la edificada Epi, y los que habitaban en Ciparisente, Anfigenia, Pteleo, Helos y Dorio nde las Musas, saliéndole al camino a Támiris el tracio, lo privaron de cantar cuando ía de la casa de Éurito el ecalieo; pues jactóse de que saldría vencedor, aunque aran las propias Musas, hijas de Zeus, que lleva la égida, y ellas irritadas lo ce garon, rivaron del divino canto y le hicieron olvidar el arte de pulsar la cítara) eran dados por Néstor, caballero gerenio, y habían llegado en noventa cóncavas naves. 3 Los que habitaban en la Arcadia al pie del alto monte de Cilene y cerca de la tumba Épito, país de belicosos guerreros; los de Féneo, Orcómeno, abundante en ovejas, e, Estratia y Enispe ventosa; y los que poseían las ciudades de Tegea, Mantinea ciosa, Estínfalo y Parrasia: todos éstos llegaron al mando del rey Agapenor, hijo de eo, en sesenta naves. En cada una de éstas se embarcaron muchos arcadios citados en la guerra. El mismo rey de hombres, Agamenón, les facilitó las naves de hos bancos, para que atravesaran el vinoso ponto; pues ellos no se cuidaban de las s del mar.

5 Los que habitaban en Buprasio y en el resto de la divina Élide, desde Hirmina y sino, la fronteriza, por un lado y la roca Olenia y Alesio por el otro, tenían cuatro dillos y cada uno de éstos mandaba diez veleras naves tripuladas por muchos epeos. dos divisiones eran respectivamente jefes Anfímaco y Talpio, hijo aquél de Ctéato y de Éurito y nietos de Actor; de la tercera, el fuerte Diore Amarincida, y de la cuarta, eiforme Polixino, hijo del rey Agástenes Augeida.

5 Los de Duliquio y las sagradas islas Equinas, situadas al otro lado del mar frente a lide, eran mandados por Meges Filida, igual a Ares, a quien engendró el jinete Fileo, a Zeus, cuando por haberse enemistado con su padre emigró a Duliquio. Cuarenta as naves to seguían.

1 Ulises acaudillaba a los cefalénios de ánimo altivo. Los de Ítaca y su frondoso to; los que cultivaban los campos de Crocilea y de la escarpada Egílope; los que taban en Zacinto; los que vivían en Samos y sus alrededores; los que estaban en el inente y los que ocupaban la orilla opuesta: todos ellos obedecían a Ulises, igual a s en prudencia. Doce naves de rojas proas lo seguían.

8 Toante, hijo de Andremón, regía a los etolios que habitaban en Pleurón, Oleno, ne, Calcis marítima y Calidón pedregosa. Ya no existían los hijos del magnánimo o, ni éste; y muerto también el rubio Meleagro, diéronse a Toante todos los poderes que reinara sobre los etolios. Cuarenta negras naves los seguían.

5 Mandaba a los cretenses Idomeneo, famoso por su lanza. Los que vivían en Cnoso, tina amurallada, Licto, Mileto, blanca Licasto, Festo y Ritio, ciudades populosas, y que ocupaban la isla de Creta con sus cien ciudades: todos éstos eran gobernados por meneo, famoso por su lanza, que con Meriones, igual al homicida Enialio, compartía ando. Seguíanlo ochenta negras naves.

3 Tlepólemo Heraclida, valiente y alto de cuerpo, condujo en nueve buques a los os rodios que vivían, divididos en tres pueblos, en Lindo, Yálisho y Camiro la blanca. éstos era caudillo Tlepólemo, famoso por su lanza, a quien Astioquía concibió del ido Heracles, cuando el héroe se la llevó de Éfira, de la ribera del río Seleente, pues de haber asolado muchas ciudades defendidas por nobles mancebos. Cuando pólemo, criado en el magnífico palacio, hubo llegado a la juventud, mató al anciano materno de su padre, a Licimnio, vástago de Ares; y como los demás hijos y nietos del te Heracles lo amenazaron, construyó naves, reunió mucha gente y huyó por el ponto. nte y sufriendo penalidades pudo llegar a Rodas, y allí se estableció con los suyos, formaron tres tribus. Se hicieron querer de Zeus, que reina sobre los dioses y los bres, y el Cronión les dio abundante riqueza.

1 Nireo condujo desde Sime tres naves bien proporcionadas; Nireo, hijo de Aglaya y ey Cáropo; Nireo, el más hermoso de los dánaos que fueron a Illo, si exceptuamos al mio Pelida; pero era tímido, y poca la gente que mandaba.

6 Los que habitaban en Nísiros, Crápato, Caso, Cos, ciudad de Eurípilo, y las islas dnas, tenían por jefes a Fidipo y Antifó, hijos del rey Téssalo Heraclida. Treinta cavas naves en orden to seguían.

1 Cuantos ocupaban el Argos pélásgico, los que vivían en Alo, Álope y Traquine y que poseían la Ftía y la Hélade de lindas mujeres, y se llamaban mirmidones, helenos ueos, tenían por capitán a Aquiles y habían llegado en cincuenta naves. Mas éstos no uidaban entonces del combate horrísono, por no tener quien los llevara a la pelea: el no Aquiles, el de los pies ligeros, no salía de las naves, enojado a causa de la joven eide, de hermosa cabellera, a la cual había hecho cautiva en Lirneso, cuando después grandes fatigas destruyó esta ciudad y las murallas de Teba, dando muerte a los cosos Mines y Epístrofo, hijos del rey Eveno Selepiada. Afigido por ello, se egaba al ocio; pero pronto había de levantarse.

5 Los que habitaban en Filace, Píraso florida, que es lugar consagrado a Deméter; , criadora de ovejas; Antrón marítima y Pteleo herbosa, fueron acaudillados por el rrido Protesilao mientras vivió, pues ya entonces tenía en su seno la negra tierra: ólo un dárdano cuando saltó de la nave mucho antes que los demás aqueos, y en ce quedaron su desolada esposa y la casa a medio acabar. Con todo, no carecían ellos de jefe, aunque echaban de menos al que antes

tuvieron, pues los ordenaba para ombate Podarces, vástago de Ares, hijo de Ificlo Filácida, rico en gana do, y hermano or del animoso Protesilao. Éste era mayor y más valiente. Sus hombres, pues, no ban sin caudillo; pero sentían soledad de aquél, que tan esforzado había sido. renta negras naves lo seguían.

1 Los que moraban en Feras situada a orillas del lago Bebeide, Beba, Gláfiras y co bien edificada, habían llegado en once naves al mando de Eumelo, hijo querido de meto y de Alcestis, divina entre las mujeres, que era la más hermosa de las hijas de 6 Los que cultivaban los campos de Metone y Taumacia y los que poseían las ades de Melibea y Olizón fragosa, tuvieron por capitán a Filoctetes, hábil arquero, y aron en siete naves: en cada una de éstas se embarcaron cincuenta remeros muy ertos en combatir valerosamente con el arco. Mas Filoctetes se hallaba padeciendo tes dolores en la divina isla de Lemnos, donde lo dejaron los aqueos después que lo dió ponzoñoso reptil. Allí permanecía afligido; pero pronto en las na ves habían de darse los argivos del rey Filoctetes. No carecían aquéllos de jefe, aunque echaban de os a su caudillo, pues los ordenaba para el combate Medonte, hijo bastardo de Oileo, ador de ciudades, de quien lo tuvo Rena.

9 De los de Trica, Itome de quebrado suelo, y Ecalia, ciudad de Éurito el ecalieo, capitanes dos hijos de Asclepio y excelentes médicos: Podalirio y Macaón. Treinta cavas naves en orden los seguían.

4 Los que poseían la ciudad de Ormenio, la fuente Hiperea, Asterio y las blancas as del Titano, eran mandados por Eurípilo, hijo preclaro de Evemón. Cuarenta negras es lo seguían.

9 A los de Argisa, Girtone, Orte, Elone y la blanca ciudad de Olosón, los regía el épido Polipetes, hijo de Pirítoo y nieto de Zeus inmortal (*habíalo dado a luz la inclita mía el mismo día en que Pirítoo, castigando a los hirsutos centauros, los echó del o y los obligó a retirarse hacia los étices*). Pero no estaba solo, sino que con él partía el mando Leonteo, vástago de Ares, hijo del animoso Corono Ceneida. renta negras naves los seguían.

8 Guneco condujo desde Cifo en veintidós naves a los enienes a intrépidos perebos; ellos tenían su morada en Dodona, de fríos inviernos, y éstos cultivaban los campos a as del hermoso Titareso, que vierte sus cristalinas aguas en el Peneo de argénteos ices; pero no se mezcla con él, sino que sobrenada como aceite, porque es un arroyo agua de la Éstige, que se invoca en los terribles juramentos.

6 A los magnetes gobernábalos Prótoo, hijo de Tentredón. Los que habitaban a as del Peneo y en el frondoso Pelio tenían, pues, por jefe al ligero Prótoo. Cuarenta as naves lo seguían.

0 Tales eran los caudillos y príncipes de los dánaos. Dime, Musa, cuál fue el mejor os varones y cuáles los más excelentes caballos de cuantos con los Atridas llegaron. 3 Entre los corceles sobresalían las yeguas del Feretfada, que guiaba Eumelo: eran ras como aves, apeladas, y de la misma edad y altura; criólas Apolo, el del arco de a, en Perea, y llevaban consigo el terror de Ares. De los guerreros el más valiente fue nte Telamonio mientras duró la cólera de Aquiles, pues éste lo superaba mucho; y bién eran los mejores caballos los que llevaban al eximio Pelión.

Mas Aquiles manecía entonces en las corvas naves surcadoras del ponto, por estar irritado contra menón Atrida, pastor de hombres; su gente se solazaba en la playa tirando discos, ablos o flechas; los corceles comían loto y apio palustre cerca de los carros de los tanes que permanecían enfundados en las tiendas, y los guerreros, echando de menos jefe, caro a Ares, discurrían por el campamento y no peleaban.

0 Ya los demás avanzaban a modo de incendio que se propagase por toda la comarca; mo la tierra gime cuando Zeus, que se complace en lanzar rayos, airado, la azota en mos, donde dicen que está el lecho de Tífoeo; de igual manera gemía grandemente ajo de los que iban andando y atravesaban con ligero paso la llanura.

6 Dio a los troyanos la triste noticia Iris, la de los pies ligeros como el viento, a quien s, que lleva la égida, había enviado como mensajera. Todos ellos, jóvenes y viejos, ábanse reunidos en los pórticos del palacio de Príamo y deliberaban. Iris, la de los ligeros, se les presentó tomando la figura y voz de Polites, hijo de Príamo; el cual, iando en la agilidad de sus pies, se sentaba como atalaya de los troyanos en la cima úmulo del anciano Esietes y observaba cuando los aqueos partían de las naves para batir. Así transfigurada, dijo Iris, la de los pies ligeros:

¡Oh anciano! Te placen los discursos interminables como cuando teníamos paz, y obstinada guerra se ha promovido. Muchas batallas he presenciado, pero nunca vi un cito tal y tan grande como el que viene por la llanura a pelear contra la ciudad, mado por tantos hombres cuantas son las hojas o las arenas. ¡Héctor! Te recomiendo recidamente que procedas de este modo: Como en la gran ciudad de Príamo hay hos auxiliares y no hablan una misma lengua hombres de países tan diversos, cada mande a aquellos de quienes es príncipe y acaudille a sus conciudadanos, después de erlos en orden de batalla.

6 Así dijo; y Héctor, conociendo la voz de la diosa, disolvió el ágora. Apresuráronse mar las armas, abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que arros combatían, y se produjo un gran tumulto.

1 Hay en la llanura, frente a la ciudad, una excelsa colina aislada de las demás y sible por todas partes, a la cual los hombres llaman Batiea y los inmortales tumba de gil Mirina: a11í fue donde los troyanos y sus auxiliares se pusieron en orden de 6 A los troyanos mandábalos el gran Héctor Priámida, el de tremolante casco. Con él rmaban las tropas más copiosas y valientes, que ardían en deseos de blandir las

9 De los dardanios era caudillo Eneas, valiente hijo de Anquises, de quien lo tuvo la na Afrodita después que la diosa se unió con el mortal en un bosque del Ida. Con as compartían el mando dos hijos de Anténor: Arquéloco y Acamante, diestros en suerte de pelea.

4 Los ricos troyanos que habitaban en Zelea, al pie del Ida, y bebían el agua del daloso Esepo, eran gobernados por Pándaro, hijo ilustre de Licaón, a quien Apolo en na dio el arco.

8 Los que poseían las ciudades de Adrastea, Apeso, Pitiea y el alto monte de Terea, ban a las órdenes de Adrasto y Anfio, de coraza de lino: ambos eran hijos de Mérope sio, el cual conocía como nadie el arte adivinatoria y no quería que sus hijos fuesen homicida guerra; pero ellos no

lo obedecieron, impelidos por las parcas de la negra 5 Los que moraban en Percote, a orillas del Practio, y los que habitaban en Sesto, dos y la divina Arisbe eran mandados por Asio Hirtácida, príncipe de hombres, a gosos y corpulentos corceles condujeron desde Arisbe, desde la ribera del río ente.

0 Hipótoo acaudillaba las tribus de los valerosos pelasgos que habitaban en la fértil sa. Mandábanlos.él y Pileo, vástago de Ares, hijos del pelasgo Leto Teutámida. 4 A los tracios, que viven a orillas del alborotado Helesponto, los regían Acamante y éroe Píroo.

6 Eufemo, hijo de Treceno Céada, alumno de Zeus, era el capitán de los belicosos

8 Pírecmes condujo los peonios, de corvos arcos, desde la lejana Amidón, desde la ra del anchuroso Axio; del Axio, cuyas límpidas aguas se esparcen por la tierra. 1 A los paflagonios, procedentes del país de los énetos, donde se crían las mulas iles, los mandaba Pilémenes, de corazón varonil: aquéllos poseían la ciudad de ro, cultivaban los campos de Sésamo y habitaban magníficas casas a orillas del río enio, en Cromna, Egíalo y los altos montes Eritinos.

6 Los halizones eran gobernados por Odio y Epístrofo y procedían de lejos: de Álibe, de hay yacimientos de plata.

8 A los misios los regían Cromis y el augur Énnomo, que no pudo librarse, a pesar de güeros, de la negra muerte; pues sucumbió a manos del Eácida, el de los pies ligeros, l río donde éste mató también a otros troyanos.

2 Forcis y el deiforme Ascanio acaudillaban a los frigios que habían llegado de la ota Ascania y anhelaban entrar en batalla.

4 A los meonios los gobernaban Mestles y Antifo, hijos de Talémenes, a quienes dio z la laguna Gigea. Tales eran los jefes de los meonios, nacidos al pie del Tmolo. 7 Nastes estaba al frente de los carios de bárbaro lenguaje. Los que ocupaban la ad de Mileto, el frondoso monte Ftirón, las orillas del Meandro y las altas cumbres de ale tenían por caudillos a Nastes y Anfímaco, preclaros hijos de Nomión; Nastes y ímaco, que iba al combate cubierto de oro como una doncella. ¡Insensato! No por ello bró de la triste muerte, pues sucumbió en el río a manos del celerípede Eácida del errido Aquiles, el de los pies ligeros; y éste se apoderó del oro.

6 Sarpedón y el eximio Glauco mandaban a los licios, que procedían de la remota , de la ribera del voraginoso Janto.

## Canto iii\*



Juramentos- Contemplando desde la muralla –

Combate singular de Alejandro y Menelao

La primera se interrumpe para que se verifique el combate singular de Alejandro y Menelao, que no oduce ningún resultado, pues, cuando aquél va a ser vencido, lo arrebató por los aires su madre la diosa rodita y lo lleva al lado de Helena.

Puestos en orden de batalla con sus respectivos jefes, los troyanos avanzaban ando y gritando como aves -así profieren sus voces las grullas en el cielo, cuando, huir del frío y de las lluvias torrenciales, vuelan gruendo sobre la corriente del ano y llevan la ruina y la muerte a los pigmeos, moviéndolos desde el aire cruda y los aqueos marchaban silenciosos, respirando valor y dispuestos a ayudarse uamente.

Así como el Noto derrama en las cumbres de un monte la niebla tan poco grata al or y más favorable que la noche para el ladrón, y sólo se ve el espacio a que alcanza pedrada; así también, una densa polvareda se levantaba bajo los pies de los que se an en marcha y atravesaban con gran presteza la llanura.

Cuando ambos ejércitos se hubieron acercado el uno al otro, apareció en la primera de los troyanos Alejandro, semejante a un dios, con una piel de leopardo en los hom, el corvo arco y la espada; y, blandiendo dos lanzas de bronceña punta, desafiaba a más valientes argivos a que con él sostuvieran terrible combate.

Menelao, caro a Ares, violó venir con arrogante paso al frente de la tropa, y, como el hambriento que ha encontrado un gran cuerpo de cornífero ciervo o de cabra tés, se alegra y tl devora, aunque o persigan ágiles perros y robustos mozos; así nelao se holgó de ver con sus propios ojos al deiforme Alejandro - figuróse que podría gar al culpable- y al momento saltó del carro al suelo sin dejar las armas.

Pero el deiforme Alejandro, apenas distinguió a Menelao entre los combatientes nteros, sintió que se le cubría el corazón, y, para librarse de la muerte, retrocedió al po de sus amigos. Como el que descubre un dragón en la espesura de un monte, se a con prontitud hacia atrás, tiémblanle las carnes y se aleja con la palidez pintada en mejillas; así el deiforme Alejandro, remiendo al hijo de Atreo, desapareció en la turba os altivos troyanos.

Advirtiólo Héctor y lo reprendió con injuriosas palabras:

¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! Ojalá no te aras en el número de los nacidos o hubieses muerto célibe. Yo así lo quisiera y te ría más que ser la vergüenza y el oprobio de los tuyos. Los melenudos aqueos se ríen aberte considerado como un

bravo campeón por tu gallarda figura, cuando no hay en echo ni fuerza ni valor. Y siendo cual eres, ¿reuniste a tus amigos, surcaste los mares igeros buques, visitaste a extranjeros y trajiste de remota tierra una mujer linda, osa y cuñada de hombres belicosos, que es una gran plaga para tu padre, la ciudad y el blo todo, y causa de gozo para los enemigos y de confusión para ti mismo? ¿No ras a Menelao, caro a Ares? Conocerías de qué varón tienes la floreciente esposa, y e valdrían la cítara, los dones de Afrodita, la cabellera y la hermosura, cuando rodaras l polvo. Los troyanos son muy tímidos; pues, si no, ya estarías revestido de una ca de piedras por los males que les has causado.

Respondióle el deiforme Alejandro:

¡Héctor! Con motivo me increpas y no más de lo justo; pero tu corazón es inflexible o el hacha que hiende un leño y multiplica la fuerza de quien la maneja hábilmente cortar maderos de navío: tan intrépido es el ánimo que en tu pecho se encierra. No echés en cara los amables dones de la dorada Afrodita, que no son despreciables los mios presentes de los dioses y nadie puede escogerlos a su gusto. Y si ahora quieres luce y combata, detén a los demás troyanos y a los aqueos todos, y dejadnos en io a Menelao, caro a Ares, y a mí para que peleemos por Helena y sus riquezas: el vena, por ser más valiente, lleve a su casa mujer y riquezas; y, después de jurar paz tad, seguid vosotros en la fértil Troya y vuelvan aquéllos a Argos, criadora de allos, y a la Acaya, de lindas mujeres.

Así dijo. Oyólo Héctor con intenso placer, y, corriendo al centro de ambos ejércitos la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se que - n quietas. Los melenudos aqueos le arrojaban flechas, dardos y piedras. Pero menón, rey de hombres, gritóles con voz recia:

Deteneos, argivos; no tiréis, jóvenes aqueos; pues Héctor, el de tremolante casco, re decirnos algo.

Así se expresó. Abstuvieron de combatir y pronto quedaron silenciosos. Y Héctor, cándose entre unos y otros, dijo:

Oíd de mis labios, troyanos y aqueos de hermosas grebas, el ofrecimiento de andro por quien se suscitó la contienda. Propone que troyanos y aqueos dejemos las as armas en el fértil suelo, y él y Menelao, caro a Ares, peleen en medio por Helena y riquezas todas: el que vena, por ser más valiente, llevará a su casa mujer y riquezas, más juraremos paz y amistad.

Así dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y Menelao, valiente en la a, les habló de este modo:

Ahora oídme también a mí. Tengo el corazón traspasado de dolor, y creo que ya, vos y troyanos, debéis separaros, pues padecisteis muchos males por mi contienda, Alejandro originó. Aquél de nosotros para quien se hallen aparejados el destino y la rte perezca; y los demás separaos cuanto antes. Traed un cordero blanco y una cornegra para la Tierra y el Sol; nosotros traeremos otro para Zeus. Conducid acá a mo para que en persona sancione los juramentos, pues sus hijos son soberbios y entidos: no sea que por alguna transgresión se quebranten los

juramentos prestados cuando a Zeus. El alma de los jóvenes es siempre voluble, y el viejo, cuando viene en algo, tiene en cuenta lo pasado y lo futuro a fin de que se haga lo más veniente para ambas partes.

1 Así dijo. Gozaronse aqueos y troyanos con la esperanza de que iba a terminar la mitosa guerra. Detuvieron los corceles en las filas, bajaron de los carros y, dejando la adura en el suelo, se pusieron muy cerca los unos de los otros. Un corto espacio había entre ambos ejércitos.

6 Héctor despachó dos heraldos a la ciudad para que en seguida le trajeran las mas y llamaran a Príamo. El rey Agamenón, por su parte, mandó a Taltibio que se fuera a las cóncavas naves por un cordero. El heraldo no desobedeció al divino menón.

1 Entonces la mensajera Iris fue en busca de Helena, la de níveos brazos, tomando la ra de su cuñada Laódice, mujer del rey Helicaón Antenórida, que era la más hermosa de las hijas de Príamo. Hallóla en el palacio tejiendo una gran tela doble, purpúrea, en la entretejía muchos trabajos que los troyanos, domadores de caballos, y los aqueos, de bronceas corazas, habían padecido por ella por mano de Ares. Paróse Iris, la de los pies ros, junto a Helena, y así le dijo:

Ven acá, ninfa querida, para que presencias los admirables hechos de los troyanos, adores de caballos, y de los aqueos, de bronceas corazas. Los que antes, ávidos del sto combate, llevaban por la llanura al luctuoso Ares unos contra otros, se sentaron en la batalla se ha suspendido- y permanecen silenciosos, reclinados en los escudos, las luengas picas clavadas en el suelo. Alejandro y Menelao, caro a Ares, lucharán ti con ingentes lanzas, y el que venza te llamará su amada esposa.

9 Cuando así hubo hablado, le infundió en el corazón dulce deseo de su anterior ido, de su ciudad y de sus padres. Y Helena salió al momento de la habitación, erta con blanco velo, derramando tiernas lágrimas; sin que fuera sola, pues la acompañaban dos doncellas, Etra, hija de Piteo, y Clímene, la de ojos de novilla. Pronto aron a las puertas Esceas.

6 Allí, sobre las puertas Esceas, estaban Príamo, Pántoo, Tímetes, Lampo, Clitio, etaón, vástago de Ares, y los prudentes Ucalegonte y Anténor, ancianos del pueblo; les a causa de su vejez no combatían, pero eran buenos arengadores, semejantes a igarras que, posadas en los árboles de la selva, dejan oír su aguda voz. Tales próceres años había en la torre. Cuando vieron a Helena, que hacia ellos se encaminaba, ronse unos a otros, hablando quedo, estas aladas palabras:

No es reprehensible que troyanos y aqueos, de hermosas grebas, sufran prolijos es por una mujer como ésta, cuyo rostro tanto se parece al de las diosas inmortales. o, aun siendo así, váyase en las naves, antes de que llegue a convertirse en una plaga nosotros y para nuestros hijos.

1 Así hablaban. Príamo llamó a Helena y le dijo:

Ven acá, hija querida; siéntate a mi lado para que veas a tu anterior marido y a sus entes y amigos -pues a ti no te considero culpable, sino a los dioses que promovieron ra nosotros la luctuosa guerra de los aqueos- y me digas cómo se llama ese ingente n, quién es ese aqueo

gallardo y alto de cuerpo. Otros hay de mayor estatura, pero ás vieron mis ojos un hombre tan hermoso y venerable. Parece un rey.

1 Contestó Helena, divina entre las mujeres:

Me inspiras, suegro amado, respeto y temo r. ¡Ojalá la muerte me hubiese sido a cuando vine con tu hijo, dejando, a la vez que el tálamo, a mis hermanos, mi hija ida y mis amables compañeras! Pero no sucedió así, y ahora me consumo llorando. a responder a tu pregunta: Ése es el poderosísimo Agamenón Atrida, buen rey y rzado combatiente, que fue cuñado de esta desvergonzada, si todo no ha sido sueño. 1 Así dijo. El anciano contemplólo con admiración y exclamó:

¡Atrida feliz, nacido con suerte, afortunado! Muchos son los aqueos que lo decen. En otro tiempo fui a la Frigia, en viñas abundosa, y vi a muchos de sus rales - los pueblos de Otreo y de Migdón, igual a un dios- que con los ágiles corceles mpaban a orillas del Sangario. Entre ellos me hallaba, a fuer de aliado, el día en que aron las varoniles amazonas. Pero no eran tantos como los aqueos de ojos vivos. 1 Fijando la vista en Ulises, el anciano volvió a preguntar:

Ea, dime también, hija querida, quién es aquél, menor en estatura que Agamenón da, pero más ancho de espaldas y de pecho. Ha dejado en el fértil suelo las armas y rre las filas como un carnero. Parece un vellosa carnero que atraviesa un gran rebaño ándidas ovejas.

9 Al momento le respondió Helena, hija de Zeus:

Aquél es el hijo de Laertes, el ingenioso Ulises, que se crió en la áspera ítaca; tan l en urdir engaños de toda especie, como en dar prudentes consejos.

3 El sensato Anténor replicó al momento:

Mujer, mucha verdad es lo que dices. Ulises vino por ti, como embajador, con nelao, caro a Ares; yo los hospedé y agasajé en mi palacio y pude conocer la dición y los prudentes consejos de ambos. Entre los troyanos reunidos, de pie, esalía Menelao por sus anchas espaldas; sentados, era Ulises más majestuoso. ndo hilvanaban razones y consejos para todos nosotros, Menelao hablaba de prisa, o, pero muy claramente: pues no era verboso, ni, con ser el más joven, se apartaba del nto; el ingenioso Ulises, después de levantarse, permanecía en pie con la vista baja y ojos clavados en el suelo, no meneaba el cetro que tenía inmóvil en la mano, y parecía gnorante: lo hubieras tomado por un iracundo o por un estúpido. Mas tan pronto o salían de su pecho las palabras pronunciadas con voz sonora, como caen en erno los copos de nieve, ningún mortal hubiese disputado con Ulises. Y entonces ya dmirábamos tanto la figura de héroe.

5 Reparando la tercera vez en Ayante, dijo el anciano:

¿Quién es ese otro aqueo gallardo y alto, que descuella entre los argivos por su eza y anchas espaldas?

8 Respondió Helena, la de largo peplo, divina entre las mujeres:

Ése es el ingente Ayante, antemural de los aqueos. Al otro lado está Idomeneo, o un dios, entre los cretenses; rodéanlo los capitanes de sus tropas. Muchas veces nelao, cáro a Ares, lo hospedó en nuestro palacio cuando venía de Creta. Distingo a demás aqueos de ojos vivos, y

me sería fácil reconocerlos y nombrarlos; mas no veo a caudillos de hombres, Cástor, domador de caballos, y Pólux, excelente púgil, manos carnales que me dio mi madre. ¿Acaso no han venido de la amena edemonia? ¿O llegaron en las naves, surcadoras del ponto, y no quieren entrar en bate para no hacerse partícipes de mi deshonra y de mis muchos oprobios?

3 Así habló. A ellos la fértil tierra los tenía ya consigo, en Lacedemoma, en su misma 3 Los heraldos atravesaban la ciudad con las víctimas para los divinos juramentos, dos corderos, y el regocijador vino, fruto de la tierra, encerrado en un odre de piel de a. El heraldo Ideo llevaba además una reluciente cratera y copas de oro; y, cándose al anciano, invitólo diciendo:

¡Levántate, Laomedontíada! Los próceres de los troyanos, domadores de caballos, los aqueos, de broncíneas corazas, to piden que bajes a la llanura y sanciones los s juramentos; pues Alejandro y Menelao, caro a Ares, combatirán con luengas lanzas la esposa: mujer y riquezas serán del que venza, y, después de pactar amistad con s juramentos, nosotros seguiremos habitando la fértil Troya, y aquéllos volverán a os, criador de caballos, y a Acaya, la de lindas mujeres.

9 Así dijo. Estremecióse el anciano y mandó a los amigos que engancharan los allos. Obedecieronlo solícitos. Subió Príamo y cogió las riendas; a su lado, en el nífico carro, se puso Anténor. E inmediatamente guiaron los ligeros corceles hacia la ura por las puertas Esceas.

4 Cuando hubieron llegado al campo, descendieron del carro al almo suelo y se aminoraron al espacio que mediaba entre los troyanos y los aqueos. Levantóse al punto ey de hombres, Agamenón, levantóse también el ingenioso Ulises; y los heraldos spicuos juntaron las víctimas que debían inmolarse para los sagrados juramentos, claron vinos en la cratera y dieron aguamanos a los reyes. El Atrida, con la daga que aba junto a la gran vaina de la espada, cortó pelo de la cabeza de los corderos, y los lds lo repartieron a los próceres troyanos y aqueos. Y, colocándose el Atrida en io de todos, oró en alta voz con las manos levantadas:

¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! ¡Sol, que todo lo ves do lo oyes! ¡Ríos! ¡Tierra! ¡Y vosotros que en lo profundo castigáis a los muertos que on perjuros! Sed todos testigos y guardad los fieles juramentos: Si Alejandro mata a nelao, sea suya Helena con todas las riquezas y nosotros volvámonos en las naves, adoras del ponto; mas si el rubio Menelao mata a Alejandro, devuélvannos los anos a Helena y las riquezas todas, y paguen a los argivos la indemnización que sea a para que llegue a conocimiento de los hombres venideros. Y, si, vencido Alejandro, mo y sus hijos se negaren a pagar la indemnización, me quedaré a combatir por ella a que termine la guerra.

2 Dijo, cortóles el cuello a los corderos y los puso palpitantes, pero sin vida, en el o; el cruel bronce les había quitado el vigor. Llenaron las copas sacando vino de la era, y derramándolo oraban a los sempiternos dioses. Y algunos de los aqueos y de royanos exclamaron:

¡Zeus gloriosísimo, máximo! ¡Dioses inmortales! Los primeros que obren contra urado, vean derramárseles a tierra, como este vino, sus sesos y los de sus hijos, y sus caigan en poder de extraños.

2 De esta manera hablaban, pero el Cronión no ratificó el voto. Y Príamo Dardánida ¡Oídmme, troyanos y aqueos, de hermosas grebas! Yo regresaré a la ventosa Ilio, s no podría ver con estos ojos a mi hijo combatiendo con Menelao, caro a Ares. Zeus s demás dioses inmortales saben para cuál de ellos tiene el destino preparada la

0 Dijo, y el varón igual a un dios colocó los corderos en el carro, subió él mismo y ó las riendas; a su lado, en el magnífico carro, se puso Anténor. Y al instante ieron a Ilio.

4 Héctor, hijo de Príamo, y el divino Ulises midieron el campo, y, echando dos tes en un casco de bronce, lo meneaban para decidir quién sería el primero en arrojar roncínea lanza. Los hombres oraban y levantaban las manos a los dioses. Y algunos os aqueos y de los troyanos exclamaron:

¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concede que quien os males nos causó a unos y a otros, muera y descienda a la morada de Hades, y nosodisfrutemos de la jurada amistad.

4 Así decían. El gran Héctor, el de tremolante casco, agitaba las suertes volviendo el ro atrás: pronto saltó la de Paris. Sentáronse los guerreros, sin romper las filas, donde o tenía los briosos corceles y las labradas armas. El divino Alejandro, esposo de ena, la de hermosa cabellera, vistió una magnífica armadura: púsose en las piernas antes grebas ajustadas con broches de plata; protegió el pecho con la coraza de su mano Licaón, que se le acomodaba bien; colgó del hombro una espada de bronce necida con clavos de plata; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la robusta eza con un hermoso casco, cuyo terrible penacho de crines de caballo ondeaba en la era, y asió una fornida lanza que su mano pudiera manejar. De igual manera vistió las as el aguerrido Menelao.

0 Cuando hubieron acabado de armarse separadamente de la muchedumbre, ecieron en el lugar que mediaba entre ambos ejércitos, mirándose de un modo ble; y así los troyanos, domadores de caballos, como los aqueos, de hermosas grebas, uedaron atónitos al contemplarlos. Encontráronse aquéllos en el medido campo, y se vieron blandiendo las lanzas y mostrando el odio que recíprocamente se tenían. andro arrojó el primero la luenga lanza y dio un bote en el escudo liso del Atrida, sin el bronce lo rompiera: la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. Y Menelao da, disponiéndose a acometer con la suya, oró al padre Zeus:

¡Soberano Zeus! Permíteme castigar al divino Alejandro, que me ofendió primero, zlo sucumbir a mis manos, para que los hombres venideros teman ultrajara quien los pedare y les ofreciere su amistad.

5 Dijo, y blandiendo la luenga lanza, acertó a dar en el escudo liso del Priámida. La nte lanza atravesó el terso escudo, se clavó en la labrada coraza y rasgó la túnica e el ijar. Inclínose el troyano y evitó la negra muerte. El Atrida desenvainó entonces spada guarnecida de argénteos clavos; pero, al herir al enemigo en la cimera del casse le cayó de la mano, rota en tres o cuatro pedazos. Y el Atrida, alzando los ojos al huroso cielo, se lamentó diciendo:

¡Padre Zeus, no hay dios más funesto que tú! Esperaba castigar la perfidia de andro, y la espada se quiebra en mis manos, la lanza es arrojada inútilmente y no sigo vencerlo.

9 Dice, y arremetiendo a Paris, cógelo por el casco adornado con espesas crines de allo, que retuerce, y lo arrastra hacia los aqueos de hermosas grebas, medio ahogado a bordada correa que, atada por debajo de la barba para asegurar el casco, le apretaba elicado cuello. Y se lo hubiera llevado, consiguiendo inmensa gloria, si al punto no lo ese advertido Afrodita, hija de Zeus, que rompió la correa hecha del cuero de un y degollado: el casco vacío siguió a la robusta mano, el héroe lo volteó y arrojó a los eos, de hermosas grebas, y sus fieles compañeros lo recogieron. De nuevo asaltó nelao a Paris para matarlo con la bronceína lanza; pero Afrodita arrebató a su hijo con facilidad, por ser diosa, y llevólo, envuelto en densa niebla, al oloroso y perfumado mo. Luego fue a llamar a Helena, hallándola en la alta torre con muchas troyanas; tiró mente de su perfumado velo, y, tomando la figura de una anciana cardadora que allá Lacedemonia le preparaba a Helena hermosas lanas y era muy querida de ésta, díjole osa Afrodita:

Ven acá. Te llama Alejandro para que vuelvas a tu casa. Hállase, esplendente por elleza y sus vestidos, en el torneado lecho de la cámara nupcial. No dirías que viene ombatir, sino que va al baile o que reposa de reciente danza.

5 Así dijo. Helena sintió que en el pecho le palpitaba el corazón; pero, al ver el mosísimo cuello, los lindos pechos y los refulgentes ojos de la diosa, se asombró y le

¡Cruel! ¿Por qué quieres engañarme? ¿Me llevarás acaso más allá, a cualquier ulosa ciudad de la Frigia o de la Meonia amena donde algún hombre dotado de bra te sea querido? ¿Vienes con engaños porque Menelao ha vencido al divino andro, y quieres que yo, la odiosa, vuelva a su casa? Ve, siéntate al lado de Paris, el camino de las diosas, no te conduzcan tus pies al Olimpo; y llora, y vela por él, a que te haga su esposa o su esclava. No iré a llá, ¡vergonzoso fuera!, a compartir su o; todas las troyanas me lo vituperarían, y ya son muchos los pesares que conturban orazón.

3 La divina Afrodita le respondió airada:

No me irrites, desgraciada! No sea que, enojándome, te desampare; te aborrezca modo tan extraordinario como hasta aquí te amé; ponga funestos odios entre troyanos naos, y tú perezcas de mala muerte.

8 Así dijo. Helena, hija de Zeus, tuvo miedo; y, echándose el blanco y espléndido , salió en silencio tras la diosa, sin que ninguna de las troyanas lo advirtiera. 1 Tan pronto como llegaron al magnífico palacio de Alejandro, las esclavas ieron a sus labores, y la divina entre las mujeres se fue derecha a la cámara nupcial levado techo. La risueña Afrodita colocó una silla delante de Alejandro; sentóse ena, hija de Zeus, que lleva la égida, y, apartando la vista de su esposo, lo increpó con s palabras:

¡Vienes de la lucha, y hubieras debido perecer a manos del esforzado varón que mi anterior marido! Blasonabas de ser superior a Menelao, caro a Ares, en fuerza, en os y en el manejo de la

lanza; pues provócalo de nuevo a singular combate. Pero no: consejo que desistas, y no quieras pelear ni contender temerariamente con el rubio nelao; no sea que en seguida sucumbas, herido por su lanza.

7 Respondióle Paris con estas palabras:

Mujer, no me zahieras con amargos baldones. Hoy ha vencido Menelao con el lio de Atenea; otro día lo venceré yo, pues también tenemos dioses que nos protegen. , ea, acostémonos y volvamos a ser amigos. Jamás la pasión se apoderó de mi espíritu o ahora; ni cuando, después de robarte, partimos de la amena Lacedemonia en las es surcadoras del ponto y llegamos a la isla de Cránae, donde me unió contigo roso consorcio: con tal ansia te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de e apodera.

7 Dijo, y empezó a encaminarse al tálamo; y en seguida lo siguió la esposa. 8 Acostáronse ambos en el torneado lecho, mientras el Atrida se revolvía entre la hedumbre, como una fiera, buscando al deiforme Alejandro. Pero ningún troyano ni do ilustre pudo mostrárselo a Menelao, caro a Ares; que no por amistad lo hubiesen tado, pues a todos se les había hecho tan odioso como la negra muerte. Y Agamenón, de hombres, les dijo:

¡Oíd, troyanos, dárđanos y aliados! Es evidente que la victoria quedó por Menelao, a Ares; entregadnos la argiva Helena con sus riquezas y pagad una indemnización, la sea justa, para que llegue a conocimiento de los hombres venideros.

1 Así dijo el Atrida, y los demás aqueos aplaudieron.

## Canto iv\*



Violación de los juramentos

—Agamenón reuista las tropas

Menelao lo busca por el cameo de batalla y recibe en la cintura el impacto de una flecha lanzada por ndaro, que así rompe la tregua convenida por los dos ejércitos antes de empezar el singular desafío. tonces comienza una encarnizada lucha entre aqueos y troyanos.

Sentados en el áureo pavimento junto a Zeus, los dioses celebraban consejo. La erable Hebe escanciaba néctar, y ellos recibían sucesivamente la copa de oro y emplaban la ciudad de Troya. Pronto el Cronida intentó zaherir a Hera con mordaces ras; y, hablando fingidamente, dijo:

Dos son las diosas que protegen a Menelao, Hera argiva y Atenea alalcomenia; pero, adas a distancia, se contentan con mirarlo; mientras que Afrodita, amante de la risa, mpañña constantemente al otro y to Libra de Las parcas, y ahora lo acaba de salvar ndo él mismo creía perecer. Pero, comp la victoria quedó por Menelao, caro a Ares, mos sobre sus futuras consecuencias: si conviene promover nuevamente el sto combate y la terrible pelea, o reconciliar a entrambos pueblos. Si a todos uiera y agradara, la ciudad del rey Príamo continuaría poblada y Menelao se llevaría giva Helena.

Así dijo. Atenea y Hera, que tenían Los asientos contiguos y pensaban en causar o a Los troyanos, se mordieron Los labios. Atenea, aunque airada contra su padre s y poseída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera no le cupo la ira l pecho, y exclamó:

¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¿Quieres que sea vano a ineficaz rabajo y el sudor que me costó? Mis corceles se fatigaron, cuando reunía el ejército ra Príamo y sus hijos. Haz lo que dices, pero no todos los dioses te lo aprobaremos. Respondióle muy indignado Zeus, que amontona las nubes:

¡Desdichada! ¿Qué graves ofensas te infieren Príamo y sus hijos para que inuamente anheles destruir la bien edificada ciudad de Ilio? Si trasponiendo las tas de los altos muros, te comieras crudo a Príamo, a sus hijos y a los demás anos, quizá tu cólera se apaciguara. Haz lo que te plazca; no sea que de esta disputa rigne una gran riña entre nosotros. Otra cosa voy a decirte que fijarás en la memoria: do yo tenga vehemente deseo de destruir alguna ciudad donde vivan amigos tuyos, retardes mi cólera y déjame hacer lo que quiera, ya que ésta te la cedo ontáneamente, aunque contra los impulsos de mi alma. De las ciudades que los homterrestres habitan debajo del sol y del cielo estrellado, la sagrada Ilio era la preferida mi corazón, con Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno. Mi altar jamás ció en ella del alimento debido, libaciones y vapor de grasa quemada; que tales son honores que se nos deben.

Contestóle en seguida Hera veneranda, la de ojos de novilla:

Tres son las ciudades que más quiero: Argos, Esparta y Micenas, la de anchas es; destrúyelas cuando las aborrezca tu corazón, y no las defenderé, ni me opondré iera. Y si me opusiere y no lo permitiere destruirlas, nada conseguiría, porque tu er es muy superior. Pero es preciso que mi trabajo no resulte inútil. También yo soy deidad, nuestro linaje es el mismo y el artero Crono engendróme la más venerable, mi abolengo y por llevar el nombre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los ortales todos. Transijamos, yo contigo y tú conmigo, y los demás dioses inmortales seguirán. Manda presto a Atenea que vaya al campo de la terrible batalla de los anos y los aqueos, y procure que los troyanos empiecen a ofender, contra lo jurado, a vanecidos aqueos.

Así dijo. No desobedeció el padre de los hombres y de los dioses; y, dirigiéndose a nea, profirió en seguida estas aladas palabras:

Ve muy presto al campo de los troyanos y de los aqueos, y procura que los troyanos iecen a ofender, contra lo jurado, a los envanecidos aqueos.

Con tales voces instigóla a hacer lo que ella misma deseaba; y Atenea bajó en raudos de las cumbres del Olimpo. Cual fúlgida estrella que, enviada como señal por el del artero Crono a los navegantes o a los individuos de un gran ejército, despidió gran erro de chispas; de igual modo Palas Atenea se lanzó a la tierra y cayó en medio del po. Asombráronse cuantos la vieron, así los troyanos, domadores de caballos, como ueos, de hermosas grebas, y no faltó quien dijera a su vecino:

O empezará nuevamente el funesto combate y la terrible pelea, o Zeus, árbitro de la ra humana, pondrá amistad entre ambos pueblos.

De esta manera hablaban algunos de los aqueos y de los troyanos. La diosa, sfigurada en varón -parecíase a Laódoco Antenórida, esforzado combatiente-, penetró el ejército troyano buscando al deiforme Pándaro. Halló por fin al eximio y fuerte de Licaón en medio de las filas de hombres valientes, escudados, que con él habían ado de las orillas del Eseo; y, deteniéndose cerca de él, le dijo estas aladas palabras: ¿Querrás obedecerme, hijo valeroso de Licaón? ¡Te atrevieras a disparar una veloz ha contra Menelao! Alcanzarías gloria entre los troyanos y te lo agradecerían todos, y icularmente el príncipe Alejandro; éste te haría espléndidos presentes, si viera que a nelao, belicoso hijo de Atreo, lo subían a la triste pira, muerto por una de tus flechas. tira una saeta al ínclito Menelao, y vota sacrificar a Apolo nacido en Licia, célebre su arco, una hecatombe perfecta de corderos primogénitos cuando vuelvas a tu patria, agrada ciudad de Zelea.

sí dijo Atenea. El insensato se dejó persuadir, y asíó en seguida el pulido arco hecho las astas de un lascivo buco montés, a quien él había acechado y herido en el pecho ndo saltaba de un peñasco: el animal cayó de espaldas en la roca, y sus cuernos de iséis palmos fueron ajus tados y pulidos por hábil artífice y adornados con anillos de Pándaro tendió el arco, bajándolo a inclinándolo al suelo, y sus valientes amigos lo ieron con los escudos, para que los belicosos

aqueos no arremetieran contra él antes Menelao, aguerrido hijo de Atreo, fuese herido. Destapó el carcaj y sacó una flecha va, alada, causadora de acerbos dolores; adaptó en seguida a la cuerda del arco larga saeta, y votó a Apolo nacido en Licia, el de glorioso arco, sacrificarle una éndida hecatombe de corderos primogénitos cuando volviera a su patria, la sagrada ad de Zelea. Y, cogiendo a la vez las plumas y el bovino nervio, tiró hacia su pecho y có la punta de hierro al arco. Armado así, rechinó el gran arco circular, crujió la da y saltó la puntiaguda flecha deseosa de volar sobre la multitud.

7 No se olvidaron de ti, oh Menelao, los felices a inmortales dioses y especialmente ja de Zeus, que impera en las batallas; la cual, poniéndose delante, desvió la amarga ha: apartóla del cuerpo como la madre ahuyenta una mosca de su niño que duerme plácido sueño, y la dirigió al lugar donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y la za era doble. La amarga saeta atravesó el ajustado cinturón, obra de artífice; se clavó a magnífica coraza, y, rompiendo la chapa que el héroe llevaba para proteger el po contra las flechas y que lo defendió mucho, rasguñó la piel y al momento brotó de erida la negra sangre.

1 Como una mujer meonia o caria tiñe en púrpura el marfil que ha de adornar el o de un caballo, muchos jinetes desean llevarlo y aquélla lo guarda en su casa para un a fin de que sea ornamento para el caballo y motivo de gloria para el caballero; de la ma manera, oh Menelao, se tiñeron de sangre tus bien formados muslos, las piernas, y abajo los hermosos tobillos.

8 Estremecióse el rey de hombres, Agamenón, al ver la negra sangre que manaba de erida. Estremecióse asimismo Menelao, caro a Ares; mas, como advirtiera que quean fuera el nervio y las plumas, recobró el ánimo en su pecho. Y el rey Agamenón, ndo de la mano a Menelao, dijo entre hondos suspiros mientras los compañeros

¡Hermano querido! Para tu muerte celebré el jurado convenio cuando te puse nte de todos a fin de que lucharas por los aqueos, tú solo, con los troyanos. Así te han do: pisoteando los juramentos de fidelidad. Pero no serán inútiles el pacto, la sangre os corderos, las libaciones de vino puro y el apretón de manos en que confiábamos. Si límpico no los castiga ahora, lo hará más tarde, y pagarán cuanto hicieron con una pena: con sus propias cabezas, sus mujeres y sus hijos. Bien lo conoce mi igencia y lo presiente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada llio, y mo, y su pueblo armado con lanzas de Fresno; el excelso Zeus Cronida, que vive en er, irritado por este engaño, agitará contra ellos su égida espantosa. Todo esto ha de der irremisiblemente. Pero será grande mi pesar, oh Menelao, si mueres y llegas al o fatal de to vida, y he de volver con gran oprobio a la árida Argos; porque los eos se acordarán en seguida de su tierra patria, dejaremos como trofeos en poder de mo y de los troyanos a la argiva Helena, y tus huesos se pudrirán en Troya a causa de empresa no llevada a cumplimiento. Y alguno de los troyanos soberbios exclamará, ando sobre la tumba del glorioso Menelao: «Así efectúe Agamenón todas sus ganzas como ésta; pues trajo inútilmente un ejército aqueo y regresó a su patria con naves vacías, dejando aquí al valiente Menelao.» Y cuando esto diga, ábraseme la hurosa tierra.

3 Para tranquilizarlo, respondió el rubio Menelao:

Tén ánimo y no espantes a los aqueos. La aguda flecha no se me ha clavado en mortal, pues me protegió por fuera el labrado cinturón y por dentro la faja y la chapa forjaron obreros bronceistas.

8 Contestóle el rey Agamenón, diciendo:

¡Ojalá sea así, querido Menelao! Un médico recono cerá la herida y le aplicará gas que calmen los terribles dolores.

2 Dijo, y en seguida dio esta orden al divino heraldo Taltibio:

¡Taltibio! Llama pronto a Macaón, el hijo del insigne médico Asclepio, para que nozca al aguerrido Menelao, hijo de Atreo, a quien ha flechado un hábil arquero ano o licio; gloria para él y llanto para nosotros.

8 Así dijo, y el heraldo al oírlo no desobedeció. Fuese por entre los aqueos, de ncéneas corazas, buscó con la vista al héroe Macaón y lo halló en medio de las fuertes de hombres escudados que lo habían seguido desde Trica, criadora de caballos. Y, niéndose cerca de él, le dirigió estas aladas palabras:

¡Ven, Asclepíada! Te llama el rey Agamenón para que reconozcas al aguerrido nelao, caudillo de los aqueos, a quien ha flechado hábil arquero troyano o licio; gloria él y llanto para nosotros.

8 Así dijo, y Macaón sintió que en el pecho se le conmovía el ánimo. Atravesaron, diendo por la gente, el espacioso campamento de los aqueos; y llegando al lugar de fue herido el rubio Menelao (*éste aparecía como un dios entre los principales dillos que en torno de él se habían congregado*), Macaón arrancó la flecha del ajustado ulo; pero, al tirar de ella, rompiéronse las plumas, y entonces desató el vistoso urón y quitó la faja y la chapa que habían hecho obreros bronceistas. Tan pronto como la herida causada por la cruel saeta, chupó la sangre y aplicó con pericia drogas mantes que a su padre había dado Quirón en prueba de amistad.

0 Mientras se ocupaban en curara Menelao, valiente en la pelea, llegaron las huestes os escudados troyanos; vistieron aquéllos la armadura, y ya sólo pensaron en el bate.

3 Entonces no hubieras visto que el divino Agamenón se durmiera, temblara o yera el combate, pues iba presuroso a la lid, donde los varones alcanzan gloria. Dejó ballos y el carro de bronceíneos adornos -Eurimedonte, hijo de Ptolomeo Piraída, se dó a cierta distancia con los fogosos corceles-, encargó al auriga que no se alejara por cansancio se apoderaba de sus miembros, mientras ejercía el mando sobre aquella titud de hombres y empezó a recorrer a pie las hileras de guerreros. A cuantos veía, ntre los dánaos de ágiles corceles, que se apercibían para la pelea, los animaba endo:

¡Argivos! No desmaye vuestro impetuoso valor. El padre Zeus no protegerá a los idos: como han sido los primeros en faltar a lo jurado, sus tiernas carnes serán pasto uîtres y nosotros nos llevaremos en las naves a sus esposas e hijos cuando tomemos udad.

0 A los que veía remisos en marchar al odioso combate, los increpaba con iracundas

¡Argivos que sólo con el arco sabéis pelear, hombres vituperables! ¿No os gonzáis? ¿Por qué os hallo atónitos como cervatos que, habiendo corrido por cioso campo, se detienen cuando ningún vigor queda en su pecho? Así estáis otros: pasmados y sin combatir. ¿Aguardáis acaso que los troyanos lleguen a la orilla espumoso mar donde tenemos las naves de lindas popas, para ver si el Cronión exde su mano sobre vosotros?

0 De tal suerte revistaba, como generalísimo, las filas de guerreros. Andando por e la muchedumbre, llegó al sitio donde los cretenses vestían las armas con el errido Idomeneo. Éste, semejante a un jabalí por su bravura, se hallaba en las meras filas, y Meriones enardecía a los soldados de las últimas falanges. Al verlos, el de hombres, Agamenón, se alegró y al punto dijo a Idomeneo con suaves voces:

¡Idomeneo! Te honro de un modo especial entre los dánaos, de ágiles corceles, así a guerra a otra empresa, como en el banquete, cuando los próceres argivos beben el o vino de honor mezclado en las crateras. A los demás aqueos de larga cabellera se da su ración; pero tú tienes siempre la copa llena, como yo, y bebes cuanto te place. re ahora a la batalla y muestra el denuedo de que te jactas.

5 Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

¡Atrida! Siempre he de ser tu amigo fiel, como lo aseguré y prometí que lo sería. o exhorta a los demás melencidos aqueos, para que cuanto antes peleemos con los anos, ya que éstos han roto los pactos. La muerte y toda clase de calamidades les ardan, por haber sido los primeros en faltar a lo jurado.

2 Así dijo, y el Atrida con el corazón alegre pasó adelante. Andando por entre la hedumbre llegó al sitio donde estaban los Ayantes. Éstos se armaban, y una nube de tes los seguía. Como el nubarrón, impelido por el céfiro, camina sobre el mar y se le to lejos negro como la pez y preñado de tempestad, y el cabrero se estremece al lo desde una altura, y, antecogiendo el ganado, lo conduce a una cueva; de igual o iban al dañoso combate, con los Ayantes, las densas y oscuras falanges de jóvenes res, erizadas de lanzas y escudos. Al verlos, el rey Agamenón se regocijó, y dijo estas as palabras:

¡Ayantes, príncipes de los argivos de bronceas corazas! A vosotros -inoportuno a exhortaros- nada os encargo, porque ya instigáis al ejército a que pelee valerosate. Ojalá, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, que hubiese el mismo ánimo en todos los hos, pues pronto la ciudad del rey Príamo sería tomada y destruida por nuestras 2 Cuando así hubo hablado, los dejó y se fue hacia otros. Halló a Néstor, elocuente or de los pilios, ordenando a los suyos y animándolos a pelear, junto con el gran gonte, Alástor, Cromio, el poderoso Hemón y Biante, pastor de hombres. Ponía nte, con los respectivos carros y corceles, a los que desde aquéllos combatían; detrás, an copia de valientes peones que en la batalla formaban como un muro, y en medio, a cobardes para que mal de su grado tuviesen que combatir. Y, dando instrucciones a primeros, les encargaba que sujetaran los caballos y no promoviesen confusión entre uchedumbre:

Nadie, confiando en su pericia ecuestre o en su valor, quiera luchar solo y fuera de filas con los troyanos; que asimismo nadie retroceda; pues con mayor facilidad seréis heridos. El que caiga del carro y suba al de otro pelee con la lanza, pues hacerlo así es lo mejor. Con tal prudencia y ánimo en el pecho destruyeron los antiguos muchas aldeas y murallas.

0 De tal suerte el anciano, diestro desde antiguo en la guerra, los enardecía. Al verlo, y Agamenón se alegró, y le dijo estas aladas palabras:

¡Oh anciano! ¡Así como conservas el ánimo en tu pecho, tuvieras ágiles las piernas y sin menoscabo las fuerzas! Pero te abruma la vejez, que a nadie respeta. Ojalá otro cargase con ella y tú fueras contado en el número de los jóvenes.

7 Respondióle Néstor, caballero griego:

¡Atreída! También yo quisiera ser como cuando maté al divino Euforión. Pero las edades lo dieron todo y a un mismo tiempo a los hombres: si entonces era niño, ya para mí llegó la senectud. Esto no obstante, acompañaré a los que combaten en los campos para exhortarlos con consejos y palabras, que tal es la misión de los ancianos. Las armas blandirán los jóvenes, que son más vigorosos y pueden confiar en sus fuerzas. 6 Así dijo, y el Atreída pasó adelante con el corazón alegre. Halló al excelente jinete griego, hijo de Pélope, de pie entre los atenienses ejercitados en la guerra. Estaba cerca de ellos el ingenioso Ulises, y a poca distancia las huestes de los fuertes cefalénios, los griegos, no habiendo oído el grito de guerra -pues así las falanges de los troyanos, adoras de caballos, como las de los aqueos, se ponían entonces en movimiento-, ardaban que otra columna aquea cerrara con los troyanos y diera principio la batalla. Entonces el rey Agamenón los increpó con estas aladas palabras:

¡Hijo del rey Pélope, alumno de Zeus; y tú, perito en malas artes, astuto! ¿Por qué, griegos, os absteneis de pelear y esperáis que otros tomen la ofensiva? Debierais estar en los delanteros y correr a la ardiente pelea, ya que os invito antes que a nadie cuando aqueos damos un banquete a los próceres. Entonces os gusta comer carne asada y beber sin tasa copas de dulce vino, y ahora veríais con placer que diez columnas aqueas batieran delante de vosotros con el cruel bronce.

9 Encarándole la torva vista, exclamó el ingenioso Ulises:

¡Atreída! ¡Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes! ¿Por qué dices que os remisos en ir al combate? Cuando los aqueos excitemos al feroz Ares contra los griegos domadores de caballos, verás, si quieres y te importa, cómo el padre amado de Macao penetra por las primeras filas de los troyanos, domadores de caballos. Vano y fundamento es tu lenguaje.

6 Cuando el rey Agamenón comprendió que el héroe se irritaba, sonrióse y, actuándose dijo:

¡Laetífida, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! No ha sido mi intento prenderte en demasía, ni darte órdenes. Conozco los benévolos sentimientos del griego que tienes en el pecho, pues tu modo de pensar coincide con el mío. Pero ve, y si te algo ofensivo, luego arreglaremos este asunto. Hagan los dioses que todo se lo lleve esto.

Esto dicho, los dejó allí, y se fue hacia otros. Halló al animoso Diomedes, hijo de Eo, de pie entre los corceles y los sólidos carros; y a su lado a Esténelo, hijo de Eoneo. En viendo a aquél, el

rey Agamenón lo reprendió, profiriendo estas aladas bras:

¡Ay, hijo del aguerrido Tideo, domador de caballos! ¿Por qué tiemblas? ¿Por qué as azorado el espacio que de los enemigos nos separa? No solía Tideo temblar de este o, sino que, adelantándose a sus compañeros, peleaba con el enemigo. Así lo refieren nes to vieron combatir, pues yo no to presencié ni to vi, y dicen que a todos superaba. vo en Micenas, no para guerrear, sino como huésped, junto con el divino Polinices, ndo ambos reclutaban tropas para dirigirse contra los sagrados muros de Teba. Mucho rogaron que les diéramos auxiliares ilustres, y los ciudadanos querían concedérselos estaban asenso a lo que se les pedía; pero Zeus, con funestas señales, les hizo variar pinión. Volviéronse aquéllos; después de andar mucho, llegaron al Asopo, cuyas as pueblan juncales y prados, y los aqueos nombraron embajador a Tideo para que a a Teba. En el palacio del fuerte Eteocles encontrábanse muchos cadmeos reunidos anquete; pero ni a lllí, siendo huésped y solo entre tantos, se turbó el eximio jinete eo: los desafiaba y vencía fácilmente en toda clase de luchas. ¡De tal suerte lo protegía nea! Cuando se fue, irritados los cadmeos, aguijadores de caballos, pusieron en oscada a cincuenta jóvenes al mando de dos jefes: Meón Hemónida, que parecía un ortal, y Polifonte, intrépido hijo de Autófono. A todos les dio Tideo ignominiosa rte menos a uno, a Meón, a quien permitió, acatando divinales indicaciones, que iera a la ciudad. Tal fue Tideo etolio, y el hijo que engendró le es inferior en el bate y superior en el ágora.

1 Así dijo. El fuerte Diomedes oyó con respeto la increpación del venerable rey y dó silencio, pero el hijo del glorioso Capaneo hubo de replicarle:

¡Atrida! No mientas, pudiendo decir la verdad. Nos gloriamos de ser más valientes nuestros padres, pues hemos tomado a Teba, la de las siete puertas, con un ejército os numeroso, que, confiando en divinales indicaciones y en el auxilio de Zeus, imos al pie de su muralla, consagrada a Ares; mientras que aquéllos perecieron por curas. No nos consideres, pues, a nuestros padres y a nosotros dignos de igual mación.

1 Mirándolo con torva faz, le contestó el fuerte Diomedes:

Calla, amigo; obedece mi consejo. Yo no me enfado porque Agamenón, pastor de bres, anime a los aqueos, de hermosas grebas, antes del combate. Suya será la gloria, s aqueos rindieren a los troyanos y tomaren la sagrada Ilio; suyo el gran pesar, si los eos fueren vencidos. Ea, pensemos tan sólo en mostrar nuestro impetuoso valor. 9 Dijo, saltó del carro al suelo sin dejar las armas, y tan terrible fue el resonar del nce sobre su pecho, que hubiera sentido pavor hasta un hombre muy esforzado. 2 Como las olas impelidas por el Céfiro se suceden en la ribera sonora, y primero se ntan en alta mar, braman después al romperse en la playa y en los promontorios, sucombándose a to alto y escupen la espuma; así las falanges de los dánaos marchaban sivamente y sin interrupción al combate. Los capitanes daban órdenes a los suyos ectivos, y éstos andaban callados (*no hubieras dicho que los siguieran a aquéllos os hombres con voz en el pecho*) y temerosos de sus caudillos. En todos relucían las adas armas de que iban revestidos.- Los troyanos avanzaban también, y como muchas as balan sin cesar en el establo de

un hombre opulento, cuando, al series extraída la ca leche, oyen la voz de los corderos; de la misma manera elevábase un confuso en el vasto ejército de aquéllos. No era igual el sonido ni el modo de hablar de s y las lenguas se mezclaban, porque los guerreros procedían de diferentes países.- A unos los excitaba Ares; a los otros, Atenea, la de ojos de lechuza, y a entrambos pue, el Terror, la Fuga y la Discordia, insaciable en sus furores y hermana y compañera homicida Ares, la cual al principio aparece pequeña y luego toca con la cabeza el ciemientras anda sobre la tierra. Entonces la Discordia, penetrando por la muchedumbre, jó en medio de ella el combate funesto para todos y aumentó el afán de los guerreros. 6 Cuando los ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas y alor de los hombres armados de broncíneas corazas, y al aproximarse los abollonados dos se produjo un gran alboroto. Allí se oían simultáneamente los lamentos de los ibundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba sangre. Como torrentes nacidos en grandes manantiales se despeñan por los montes, reúnen las ientes aguas en hondo barranco abierto en el valle y producen un estruendo que oye de lejos el pastor en la montaña, así eran la gritería y el trabajo de los que vinieron a manos.

7 Fue Antíloco quien primeramente mató a un guerrero troyano, a Equepolo sáda, que peleaba valerosamente en la vanguardia: hiriólo en la cimera del achudo casco, y la broncínea lanza, clavándose en la frente, atravesó el hueso, las blas cubrieron los ojos del guerrero y éste cayó como una torre en el duro combate. unto asíole de un pie el rey Elefénor Calcodontíada, caudillo de los bravos abantes, y rrastraba para ponerlo fuera del alcance de los dardos y quitarle la armadura. Poco ó su intento. El magnánimo Agenor lo vio arrastrar el cadáver, e, hiriéndolo con la cínea lanza en el costado, que al bajarse quedó descubierto junto al escudo, dejóle sin r los miembros. De este modo perdió Elefénor la vida y sobre su cuerpo trabaron da pelea troyanos y aqueos: como lobos se acometían y unos a otros se mataban. 3 Ayante Telamonio tiróle un bote de lanza a Simoesio, hijo de Antemión, que se aba en la flor de la juventud. Su madre hablale dado a luz a orillas del Simoente, ndo bajó del Ida con sus padres para ver las ovejas: por esto le llamaron Simoesio. no pudo pagar a sus progenitores la crianza ni fue larga su vida, porque sucumbió cido por la lanza del magnánimo Ayante: acometía el troyano, cuando Ayante lo hirió l pecho junto a la tetilla derecha, y la broncínea punta salió por la espalda. Cayó el rero en el polvo como el terso álamo nacido en la orilla de una espaciosa laguna y nado de ramas que corta el carrero con el hierro reluciente, para hacer las pinas de un moso carro, dejando que el tronco se seque en la ribera; de igual modo, Ayante, del e de Zeus despojó a Simoesio Antémida.- Antifo Priámida, que iba revestido de ada coraza, lanzó por entre la muchedumbre su agudo dardo contra Ayante y no lo ; pero hirió en la ingle a Leuco, compañero valiente de Ulises, mientras arrastraba el áver: desprendióse éste y el guerrero cayó junto al mismo. - Ulises, muy irritado por muerte, atravesó las primeras filas cubierto de refulgente bronce, detúvose muy cerca matador, y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la brillante lanza. Al verlo, eron los troyanos. No fue vano el tiro, pues hirió a Democoonte, hijo

bastardo de mo, que había venido de Abidos, país de corredoras yeguas: Ulises, irritado por la rre de su compañero, le envasó la lanza, cuya broncínea punta le entró por una sien y alió por la otra; la oscuridad cubrió los ojos del guerrero, cayó éste con estrépito y armas resonaron. Arredráronse los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor; y argivos dieron grandes voces, retiraron los muertos y avanzaron un buen trecho. Mas lo, que desde Pérgamo lo presenciaba, se indignó y con recios gritos exhortó a los anos:

¡Acometed, troyanos domadores de caballos! No cedáis en la batalla a los argivos, que sus cuerpos no son de piedra ni de hierro para que puedan resistir, si los herís, el nte bronce; ni pelea Aquiles, hijo de Tetis, la de hermosa cabellera, que se quedó en naves y allí rumia la dolorosa cólera.

4 Así dijo el terrible dios desde la ciudadela. A su vez, la hija de Zeus, la iosísima Tritogenia, recorría el ejército aqueo y animaba a los remisos.

7 Fue entonces cuando el hado echó los lazos de la muerte a Dioces Amarincida. do en el tobillo derecho por puntiaguda piedra que le tiró Píroo Imbrásida, caudillo os tracios, que había llegado de Eno - la insolente piedra rompió los tendones y uesto-, cayó de espaldas en el polvo, y expirante tendía los brazos a sus camaradas do el mismo Píroo, que lo había herido, acudió presuroso e hiriólo nuevamente con nza junto al ombligo; derramáronse los intestinos y las tinieblas velaron los ojos del ro.

7 Mientras Píroo arremetía, Toante el etolio alanceólo en el pecho, por cima de una la, y el bronce se le clavó en el pulmón. Acercósele Toante, le arrancó del pecho la nte lanza y, hundiéndole la aguda espada en medio del vientre, le quitó la vida. Mas pudo despojarlo de la armadura, porque se vio rodeado por los compañeros del rto, los tracios que dejan crecer la cabellera en lo más alto de la cabeza, quienes le taban sus largas picas; y, aunque era corpulento, vigoroso a ilustre, fue rechazado y o de retroceder. Así cayeron y se juntaron en el polvo el caudillo de los tracios y el de epeos, de broncíneas corazas, y a su alrededor murieron otros muchos.

9 Y quien, sin haber sido herido de cerca o de lejos por el agudo bronce, hubiera rrido el campo, llevado de la mano y protegido de las saetas por Palas Atena, no ía baldonado los hechos de armas; pues aquel día gran número de troyanos y de eos yacían, unos junto a otros, caídos de cara al polvo.

## Canto v\*



Principalía de Diomedes

Entre los primeros, los aqueos, destaca Diomedes, siendo capaz de hacer huir a los mismísimos dioses es y Afrodita.

Entonces Palas Atenea infundió a Diomedes Tidida valor y audacia, para que brillara e todos los argivos y alcanzase inmensa gloria, a hizo salir de su casco y de su escudo incesante llama parecida al astro que en otoño luce y centellea después de bañarse en céano. Tal resplandor despedían la cabeza y los hombros del héroe, cuando Atenea lo ó al centro de la batalla, allí donde era mayor el número de guerreros que ultuosamente se agitaban.

Hubo en Troya un varón rico a irrepreensible, sacerdote de Hefesto, llamado Dares; y l eran hijos Fegeo a Ideo, ejercitados en toda especie de combates. Éstos iban en un mo carro; y, separándose de los suyos, cerraron con Diomedes, que desde tierra y en os aguardó. Cuando se hallaron frente a frente, Fegeo tiró el primero la lengua lanza, pasó por cima del hombro izquierdo del Tidida sin herirlo; arrojó éste la suya y no en vano, pues se la clavó a aquél en el pecho, entre las tetillas, y lo derribó por tierra. saltó al suelo, desamparando el magnífico carro, sin que se atreviera a defender el áver de su hermano -no se hubiese librado de la negra muerte-, y Hefesto lo sacó o, envolviéndolo en densa nube, a fin de que el anciano padre no se afligiera en asía. El hijo del magnánimo Tideo se apoderó de los corceles y los entregó a sus pañeros para que los llevaran a las cóncavas naves. Cuando los altivos troyanos que uno de los hijos de Dares huía y el otro quedaba muerto entre los carros, a s se les conmovió el corazón. Y Atenea, la de ojos de lechuza, tomó por la mano al bundo Ares y le habló diciendo:

¡Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de allas! ¿No dejaremos que troyanos y aqueos peleen solos -sean éstos o aquéllos a nes el padre Zeus quiera dar gloria- y nos retiraremos, para librarnos de la cólera de Dicho esto, sacó de la liza al furibundo Ares y lo hizo sentar en la herbosa ribera del amandro. Los dánaos pusieron en fuga a los troyanos, y cada uno de sus caudillos ó a un hombre. Empezó el rey de hombres, Agamenón, con derribar del carro al ulento Odio, caudillo de los halizones; al volverse para huir, envasóle la pica en la lida, entre los hombros, y la punta salió por el pecho. Cayó el guerrero con estrépito y armas resonaron.

Idomeneo quitó la vida a Festo, hijo de Boro el meonio, que había llegado de la fértil hiriéndolo con la formidable lanza en el hombro derecho, cuando subía al carro: plomóse Festo, tinieblas horribles to envolvieron y los servidores de Idomeneo lo pojaron de la armadura.

El Atrida Menelao mató con la aguda pica a Escamandrio, hijo de Estrofo, citado en la caza. A tan excelente cazador la misma Ártemis le había enseñado a tirar uantas fieras crían las selvas de los montes. Mas no le valió ni Ártemis, que se place en tirar flechas, ni el arte de arrojarlas en que tanto descollaba: tuvo que huir, y trida Menelao, famoso por su lanza, lo hirió con un dardo en la espalda, entre los bros, y le atravesó el pecho. Cayó de cara y sus armas resonaron.

Meriones dejó sin vida a Fereclo, hijo de Tectón Harmónida, que con las manos icaba toda clase de obras de ingenio, porque era muy caro a Palas Atenea. Éste, no ociendo los oráculos de los dioses, construyó las naves bien proporcionadas de andro, las cuales fueron la causa primera de todas las desgracias y un mal para los anos y para él mismo. Meriones, cuando alcanzó a aquél, lo alanceó en la nalga cha; y la punta, pasando por debajo del hueso y cerca de la vejiga, salió al otro lado. uerrero cayó de hinojos, gimiendo, y la muerte lo envolvió.

Meges hizo perecer a Pedeo, hijo bastardo de Anténor, a quien Teano, la divina, a criado con igual solicitud que a los hijos propios, para complacer a su esposo. El de Fileo, famoso por su pica, fue a clavarle en la nuca la puntiaguda lanza, y el hierro ó la lengua y asomó por los dientes del guerrero. Pedeo cayó en el polvo y mordía el bronce.

Eurípilo Evemónida dio muerte al divino Hipsenor, hijo del animoso Dolopión, que sacerdote de Escamandro y el pueblo lo veneraba como a un dios. Perseguíalo pilo, hijo preclaro de Evemón; el cual, poniendo mano a la espada, de un tajo en el bro le cercenó el robusto brazo, que ensangrentado cayó al suelo. La purpúrea muerte hado cruel velaron los ojos del troyano.

Así se portaban éstos en el reñido combate. En cuanto al Tidida, no hubieras ocido con quiénes estaba, ni si pertenecía a los troyanos o a los aqueos. Andaba oso por la llanura cual hinchado torrente que en su rápido curso derriba los diques es ni los diques más trabados, ni los setos de los floridos campos lo detienen-, y entándose repentinamente, cuando cae espesa la lluvia de Zeus, destruye muchas mosas labores de los jóvenes; tal tumulto promovía el Tidida en las densas falanges anas que, con ser tan numerosas, no se atrevían a resistirlo.

Tan luego como el preclaro hijo de Licaón vio que Diomedes corna furioso por la ura y desordenaba las falanges, tendió el corvo arco y lo hirió en el hombro derecho, el hueco de la coraza, mientras aquél acometía. La cruel saeta atravesó el hombro y la za y se manchó de sangre. Y el preclaro hijo de Licaón, al notarlo, gritó con voz

¡Arremeted, troyanos de ánimo altivo, aguijadores de caballos! Herido está el más te de los aqueos; y no creo que pueda resistir mucho tiempo la fornida saeta, si fue reente Apolo, hijo de Zeus, quien me movió a venir aquí desde la Licia.

6 Así dijo gloriándose. Pero la veloz flecha no postró a Diomedes; el cual, ocediendo hasta el carro y los caballos, se detuvo y dijo a Esténelo, hijo de Capaneo:

Corre, buen hijo de Capaneo, baja del carro y arráncame del hombro la amarga 1 Así dijo. Esténelo saltó del carro al suelo, se le acercó, y sacóle del hombro la da flecha; la sangre chocaba, al salir a borbotones, contra las mallas de la túnica. Y nces Diomedes, valiente en el combate, hizo esta plegaria:

¡Óyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Si alguna vez amparaste évola a mi padre en la cruel guerra, séme ahora propicia, ¡oh Atenea!, y haz que se ga a tiro de lanza y reciba la muerte de mi mano quien se me anticipó hiriéndome, y a se jacta de que pronto dejaré de contemplar la fúlgida luz del sol.

1 Así dijo rogando. Palas Atenea lo oyó, agilitó los miembros todos y cialmente los pies y las manos, y poniéndose a su lado pronunció estas aladas bras:

Cobra ánimo, Diomedes, y pelea con los troyanos; pues ya infundí en tu pecho el rno intrépido valor que acostumbraba tener el jinete Tideo, agitador del escudo, y té la niebla que cubría tus ojos para que en la batalla conozcas bien a los dioses y a hombres. Si alguno de aquéllos viene a tentarte, no quieras combatir con los ortales; pero, si se presentara en la lid Afrodita, hija de Zeus, hiérela con el agudo 3 Dicho esto, fuese Atenea, la de ojos de lechuza. El Tidida volvió a mezclarse con combatientes delanteros; y, si antes ardía en deseos de pelear contra los troyanos, enes sintió que se le triplicaba el bno, como un león a quien el pastor hiere levemente l campo, al asaltar un redil de lanudas ovejas, y no lo mata, sino que lo excita la za: el pastor desiste de rechazarlo y entra en el establo; las ovejas, al verse sin a, huyen para caer pronto ha cinadas unas sobre otras, y la fiera salta afuera de la da cerca. Con tal furia penetró en las filas troyanas el fuerte Diomedes.

4 Entonces hizo morir a Astínoo y a Hipirón, pastor de hombres. Al primero lo hirió a broncínea lanza encima del pecho; contra Hipirón desnudó la gran espada, y de un en la clavícula separó el hombro del cuello y la espalda. Dejólos y fue al encuentro Abante y Polüdo, hijos de Euridamante, que era de provecta edad a intérprete de sus ños: cuando fueron a la guerra, el anciano no les interpretaría los sueños, pues umbieron a manos del fuerte Diomedes, que los despojó de las armas. Enderezó luego pasos hacia Janto y Toón, hijos de Fénope - éste los había tenido en la triste vejez que brumaba y no engendró otro hijo que heredara sus riquezas-, y a entrambos les quitó ulce vida, causando llanto y triste pesar al anciano, que no pudo recibirlos de vuelta a guerra; y más tarde los parientes se repartieron la herencia.

9 En seguida alcanzó a Equemón y a Cromio, hijos de Príamo Dardánida, que iban l mismo carro. Cual león que, penetrando en la vacada, despedaza la cerviz de una a o de una becerra que pace en el soto, así el hijo de Tideo los derribó violentamente carro, les quitó la armadura y entregó los corceles a sus camaradas para que los aran a las naves.

6 Eneas advirtió qué Diomedes destruía las hileras de los troyanos, y fue en busca del no Pándaro por la liza y entre el estruendo de las lanzas. Halló por fin al fuerte y exihijo de Licaón; y deteniéndose a su lado, le dijo:

¡Pándaro! ¿Dónde guardas el arco y las voladoras flechas? ¿Qué es de tu fama? ¿í no tienes rival y en la Licia nadie se gloria de aventajarte. Ea, levanta las manos a s y dispara una flecha contra ese hombre que triunfa y causa males sin cuento a los anos -de muchos valientes ha

quebrado ya las rodillas-, si por ventura no es un dios do con los troyanos a causa de los sacrificios, pues la cólera de una deidad es terrible. 9 Respondióle el preclaro hijo de Licaón:

¡Eneas, consejero de los troyanos, de bronceíneas túnicas! Parece por entero al errido Tidida: reconozco su escudo, su casco de alta cimera y agujeros a guisa de ojos s corceles, pero no puedo asegurar si es un dios. Si ese guerrero es en realidad el coso hijo de Tideo, no se mueve con tal furia sin que alguno de los inmortales lo ñe, cubierta la espalda con una nube, y desvíe las veloces flechas que hacia él an. Arrojele una saeta que lo hirió en el hombro derecho, penetrando por el hueco de za; creí enviarle a Aidoneo, y sin embargo de esto no lo maté; sin duda es un dios ado. No tengo aquí corceles ni carros que me lleven, aunque en el palacio de Licaón ron once carros hermosos, sólidos, de reciente construcción, cubiertos con fundas y sus respectivos pares de caballos que comen blanca cebada y avena. Licaón, el rero anciano, entre los muchos consejos que me dio cuando partí del magnífico cio, me recomendó que en el duro combate mandara a los troyanos subido en un o; mas yo no me dejé convencer - mucho mejor hubiera sido seguir su consejo- y sé llevarme los corceles por el temor de que, acostumbrados a comer bien, se ontraran sin pastos en una ciudad sitiada. Dejélos, pues, y vine como infante a Ilio, iando en el arco que para nada me había de servir. Contra dos próceres lo he arado, el Tidida y el Atrida; a entrambos les causé heridas, de las que ma naba adera sangre, y sólo conseguí excitarlos más. Con mala suerte descolgué del clavo el o arco el día en que vine con mis troyanos a la amena Ilio para complacer al divino tor. Si logro regresar y ver con estos ojos mi patria, mi mujer y mi casa espaciosa y levado techo, córteme la cabeza un enemigo si no rompo y tiro al relumbrante fuego arco, ya que su compañía me resulta inútil.

7 Replicó Eneas, caudillo de los troyanos:

No hables así. Las cosas no cambiarán hasta que, mo ntados nosotros en el carro, metamos a ese hombre y probemos la suerte de las armas. Sube a mi carro, para que cuáles son los corceles de Tros y cómo saben así perseguir acá y acullá de la llanura o huir ligeros; ellos nos llevarán salvos a la ciudad, si Zeus concede de nuevo la vica a Diomedes Tidida. Ea, coma el látigo y las lustrosas riendas, y bajaré del carro para batir; o encárgate tú de pelear, y yo me cuidaré de los caballos.

9 Contestó el preclaro hijo de Licaón:

¡Eneas! Recoge tú las riendas y guía los corceles, porque tirarán mejor del corvo o obedeciendo al auriga a que están acostumbrados, si nos pone en fuga el hijo de eo. No sea que, echando de menos tu voz, se espanten y desboquen y no quieran rnos de la liza, y el hijo del magnánimo Tideo nos embista y mate y se lleve los pedos caballos. Guía, pues, el carro y los corceles, y yo con la aguda lanza esperaré su metida.

9 Así hablaron; y, subidos en el labrado carro, guiaron animosamente los briosos eles en derecha al Tidida. Advirtiólo Esténelo, preclaro hijo de Capaneo, y al punto al Tidida estas aladas palabras:

¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! Veo que dos robustos varones, cuya raza es grandísima, desean combatir contigo: el uno, Pándaro, es hábil arquero y se a de ser hijo de Licaón; el otro, Eneas, se gloria de haber sido engendrado por el ánimo Anquises y su madre es Afrodita. Ea, subamos al carro, retirémonos, y cesa evolverte furioso entre los combatientes delanteros para que no pierdas la dulce vida. 1 Mirándolo con torva faz, le respondió el fuerte Diomedes:

No me hables de huir, pues no creo que me persuadas. Sería impropio de míirme en retirada o amedrentarme. Mis fuerzas aún siguen sin menoscabo. Desdeñe r al carro, y tal como estoy iré a encontrarlos, pues Palas Atenea no me deja temblar. ágiles corceles no los llevarán lejos de aquí, si por ventura alguno de aquéllos puede par. Otra cosa voy a decir que tendrás muy presente: Si la sabia Atenea me concede loria de matar a entrambos, sujeta estos veloces caballos, amarrando las bridas al ndal, y no se te olvide de apoderarte de los corceles de Eneas para sacarlos de los anos y traerlos a los aqueos de hermosas grebas; pues pertenecen a la raza de aquéllos el largovidente Zeus dio a Tros en pago de su hijo Ganimedes, y son, por canto, los ores de cuantos viven debajo del sol y la aurora. Anquises, rey de hombres, logró uirir, a hurto, caballos de esta raza ayuntando yeguas con aquéllos sin que medonte lo advirtiera; nacióronse seis en el palacio, crió cuatro en su pesebre y dio dos a Eneas, que pone en fuga a sus enemigos. Si los cogiéramos, alcanzaríamos ia no pequeña.

4 Así éstos conversaban. Pronto Eneas y Pándaro, picando a los ágiles corceles, se cercaron. Y el preclaro hijo de Licaón exclamó el primero:

¡Corazón fuerte, hombre belicoso, hijo del ilustre Tideo! Ya que la veloz y dañosa ha no lo derribó, voy a probar si lo hiero con la lanza.

0 Dijo; y blandiendo la ingente arma, dio un bote en el escudo del Tidida: la néenea punta atravesó la rodela y llegó muy cerca de la coraza. El preclaro hijo de ón gritó en seguida:

Tienes el ijar atravesado de parte a parte, y no creo que resistas largo tiempo. ensa es la gloria que acabas de darme.

6 Sin turbarse, le replicó el fuerte Diomedes:

Erraste el golpe, no has acertado; y creo que no dejaréis de combatir, hasta que de vosotros caiga y harte de sangre a Ares, el infatigable luchador.

0 Dijo, y le arrojó la lanza que, dirigida por Atenea a la nariz junto al ojo, le atravesó blancos dientes. El duro bronce cortó la punta de la lengua y apareció por debajo de la a. Pándaro cayó del carro, sus lucientes y labradas ar mas resonaron, espantáronse los eles de ágiles pies, y a11í acabaron la vida y el valor del guerrero.

7 Saltó Eneas del carro con el escudo y la larga pica; y, temiendo que los aqueos le aran el cadáver, defendíalo como un león que confía en su bravura: púsose delante del rto enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, y profiriendo horribles gritos se onía a matar a quien se le opusiera. Mas el Tidida, cogiendo una gran piedra que dos os hombres actuales no podrían llevar y que él manejaba fácilmente, hirió a Eneas en rticulación del isquion con el fémur que se

llama cótila; la áspera piedra rompió la a, desgarró ambos tendones y arrancó la piel. El héroe cayó de rodillas, apoyó la ta mano en el suelo y la noche oscura cubrió sus ojos.

1 Y allí pereciera el rey de hombres Eneas, si al punto no lo hubiese advertido su re Afrodita, hija de Zeus, que lo había concebido de Anquises, pastor de bueyes. La a tendió sus nívneos brazos al hijo amado y lo cubrió con un doblez del refulgente to, para defenderlo de los tiros; no fuera que alguno de los dánaos, de ágiles corceles, dole el bronce en el pecho, le quitara la vida.

8 Mientras Afrodita sacaba a Eneas de la liza, el hijo de Capaneo no echó en olvido órdenes que le diera Diomedes, valiente en el combate: sujetó allí, separadamente de friega, sus solípedos caballos, amarrando las bridas al barandal; y, apoderándose de corceles, de lindas crines, de Eneas, hízolos pasar de los troyanos a los aqueos de mosas grebas y entrególos a Deípilo, el compañero a quien más honraba entre los de la ma edad a causa de su prudencia, para que los llevara a las cóncavas naves. Acto inuo el héroe subió al carro, asió las lustrosas riendas y guió solícito hacia el Tidida caballos de duros cascos. El héroe perseguía con el cruel bronce a Cipris, conociendo era una deidad débil, no de aquéllas que imperan en el combate de los hombres, o Atenea o Enio, asoladora de ciudades. Tan pronto como llegó a alcanzarla por entre ultitud, el hijo del magnánimo Tideo, calando la afilada pica, rasguñó la tierna mano a diosa: la punta atravesó el peplo divino, obra de las mismas Gracias, y rompió la de la palma. Brotó la sangre divina, o por mejor decir, el icor; que tal es lo que tienen bienaventurados dioses, pues no comen pan ni beben el negro vino, y por esto carecen angre y son llamados inmortales. La diosa, dando una gran voz, apartó a su hijo, que o Apolo recibió en sus brazos y envolvió en espesa nube; no fuera que alguno de los aos, de ágiles corceles, clavándole el bronce en el pecho, le quitara la vida. Y medes, valiente en el combate, dijo a voz en cuello:

¡Hija de Zeus, retírate del combate y la pelea! ¿No te basta engañar a las débiles eres? Creo que, si intervienes en la batalla, te dará horror la guerra, aunque te uentres a gran distancia de donde la haya.

2 Así dijo. La diosa retrocedió turbada y muy afligida; Iris, de pies veloces como el to, asiéndola por la mano, la sacó del tumulto cuando ya el dolor la abrumaba y el moso cutis se ennegrecía; y como aquélla encontrara al furibundo Ares sentado a la ierda de la batalla, con la lanza y los veloces caballos envueltos en una nube, se hincó odillas y pidióle con instancia los corceles de áureas bridas:

¡Querido hermano! Compadécete de mí y dame los caballos para que pueda volver limpo, a la mansión de los inmortales. Me duele mucho la herida que me infirió un bre, el Tidida, quien sería capaz de pelear con el padre Zeus.

3 Dijo, y Ares le cedió los corceles de áureas bridas. Afrodita subió al carro con el zón afligido; Iris se puso a su lado, y tomando las riendas avispó con el látigo a éellos, que gozosos alaron el vuelo. Pronto llegaron a la morada de los dioses, al alto mpo; y la diligente Iris, la de pies ligeros como el viento, detuvo los caballos, los unció del carro y les echó un pasto divino.

La diosa Afrodita se refugió en el regazo u madre Dione; la cual, recibiénola en los brazos y halagándola con la mano, le dijo:

¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te maltrató, como si a su enca hubieses cometido alguna falta?

5 Respondióle al punto Afrodita, amante de la risa:

Hiríome el hijo de Tideo, Diomedes soberbio, porque sacaba de la liza a mi hijo as, carísimo para mí más que otro alguno. La enconada lucha ya no es sólo de troyay aqueos, pues los dánaos ya se atreven a combatir con los inmortales.

1 Contestó Dione, divina entre las diosas:

Sufre el dolor, hija mía, y sopórtalo aunque estés afligida; que muchos de los que tamos olímpicos palacios hemos tenido que tolerar ofensas de los hombres, a quienes tamos para causarnos, unos dioses a otros, horribles males.- Las toleró Ares cuando y el fornido Efiltes, hijos de Aloeo, lo tuvieron trece meses atado con fuertes enas en una cárcel de bronce: a11í pereciera el dios insaciable de combate, si su rastra, la bellísima Eribea, no lo hubiese participado a Hermes, quien sacó vamente de la cárcel a Ares casi exánime, pues las crueles ataduras lo agobiaban.- toleró Hera cuando el vigoroso hijo de Anfitrión hirióla en el pecho diestro con rcada flecha; vehementísimo dolor atormentó entonces a la diosa.- Y las toleró bién el ingente Hades cuando el mismo hijo de Zeus, que lleva la égida, disparándole Pilos veloz saeta, to entregó al dolor entre los muertos: con el corazón afligido, pasado de dolor, pues la flecha se le había clavado en la robusta espalda y abatía su mo, fue el dios al palacio de Zeus, al vasto Olimpo, y, como no había nacido mortal, lo Peón, esparciendo sobre la herida drogas calmantes. ¡Osado! ¡Temerario! No se enía de cometer acciones nefandas y contristaba con el arco a los dioses que habitan limpo.- A ése lo ha excitado contra ti Atenea, la diosa de ojos de lechuza. ¡Insensato! ora el hijo de Tideo que quien lucha con los inmortales ni llega a viejo ni los hijos lo ben, llamándole padre y abrazando sus rodillas, de vuelta del combate y de la terrible a. Aunque es valiente, tema el Tidida que le salga al encuentro alguien más fuerte tú: no sea que luego la prudente Egialea, hija de Adrasto y cónyuge ilustre de medes, domador de caballos, despierte con su llanto a los domésticos por sentir dad de su legítimo esposo, el mejor de los aqueos todos.

6 Dijo, y con ambas manos restañó el icor; la mano se curó y los acerbos dolores se maron. Atenea y Hera, que lo presenciaban, intentaron zaherir a Zeus Cronida con daces palabras; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, empezó a hablar de esta ¡Padre Zeus! ¿Te irritarás conmigo por lo que diré? Sin duda Cipris quiso uadir a alguna aquea de hermoso peplo a que se fuera con los troyanos, que tan idos le son; y, acariciándola, áureo broche le rasguñó la delicada mano.

6 Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y llamando a la áurea odita, le dijo:

A ti, hija mía, no te han sido asignadas las acciones bélicas: dedícate a los dulces ajos del himeneo, y el impetuoso Ares y Atenea cuidarán de aquéllas.

1 Así los dioses conversaban. Diomedes, valiente en el combate, cerró con Eneas, no ante comprender que el mismo Apolo extendía la mano sobre él; pues, impulsado por eso de acabar con el héroe y despojarlo de las magníficas armas, ya ni al gran dios etaba. Tres veces asaltó a Eneas con intención de matarlo; tres veces agitó Apolo el lgente escudo. Y cuando, semejante a un dios, atacaba por cuarta vez, Apolo, el que e de lejos, lo increpó con aterradoras voces:

¡Tidida, piénsalo mejor y retírate! No quieras igualarte a las deidades, pues jamás on semejantes la raza de los inmortales dioses y la de los hombres que andan por la 3 Así dijo. El Tidida retrocedió un poco para no atraerse la cólera de Apolo, el que e de lejos; y el dios, sacando a Eneas del combate, lo llevó al templo que tenía en la a Pérgamo: dentro de éste, Leto y Artemis, que se complace en tirar fechas, curaron éroe y le aumentaron el vigor y la belleza del cuerpo. En tanto Apolo, que lleva arco lata, formó un simulacro de Eneas y su armadura; y, alrededor del mismo, troyanos y nos aqueos chocaban las rodela de cuero de buey y los alados broques que egían sus cuerpos. Y Febo Apolo dijo entonces al furibundo Ares:

¡Ares, Ares, funesto a los mortales, manchado de homicidios, demoledor de allas! ¿Quieres entrar en la liza y sacar a ese hombre, al Tidida, que sería capaz de batir hasta con el padre Zeus? Primero hirió a Cipris en el puño, y luego, semejante a ios, cerró conmigo.

0 Cuando esto hubo dicho, sentóse en la excelsa Pérgamo. El funesto Ares, tomando gura del ágil Acamante, caudillo de los tracios, enardeció a los que militaban en las troyanas y exhortó a los ilustres hijos de Príamo, alumnos de Zeus:

¡Hijos del rey Príamo, alumno de Zeus! ¿Hasta cuándo dejaréis que el pueblo zca a manos de los aqueos? ¿Acaso hasta que el enemigo llegue a las sólidas puertas os muros? Yace en tierra un varón a quien honrábamos como al divino Héctor: Eneas, del magnánimo Anquises. Ea, saquemos del tumulto al valiente amigo.

0 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. A su vez, Sarpedón endía así al divino Héctor:

¡Héctor! ¿Qué se hizo el valor que antes mostrabas? Dijiste que defenderías la ad sin tropas ni aliados, solo, con tus hermanos y tus deudos. De éstos a ninguno veo descubrir puedo: temblando están como perros en torno de un león, mientras batimos los que únicamente somos auxiliares. Yo, que figuro como tal, he venido de lejos, de Licia, situada a orillas del voraginoso Janto; allí dejé a mi esposa amada, al no infante y riquezas muchas que el menesteroso apetece. Mas, sin embargo de esto y o tener aquí nada que los aqueos puedan llevarse o apresar, animo a los licios y deseo ar con ese guerrero; y tú estás parado y ni siquiera exhortas a los demás hombres a tan al enemigo y defiendan a sus esposas. No sea que, como si hubierais caído en red de lino que todo lo envuelve, lleguéis a ser presa y botín de los enemigos, y éstos yan vuestra populosa ciudad. Preciso es que lo ocupes en ello día y noche y iques a los

caudillos de los auxiliares venidos de lejas tierras, que resistan firmemente se hagan acreedores a graves censuras.

3 Así habló Sarpedón. Sus palabras royéronle el ánimo a Héctor, que en seguida saltó carro al suelo, sin dejar las armas; y, blandiendo un par de afiladas picas, recorrió el cito, animóle a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara s aqueos para embestirlos, y los argivos sostuvieron apiñados la acometida y no se draron. Como en el abaleo, cuando la rubia Deméter separa el grano de la paja al o del viento, el aire lleva el tamo por las sagradas eras y los montones de paja quean; del mismo modo los aqueos se tornaban blanquecinos por el polvo que ntaban hasta el cielo de bronce los pies de los corceles de cuantos volvían a ontrarse en la refriega. Los aurigas guiaban los caballos al combate y los guerreros metían de frente con toda la fuerza de sus brazos. El furibundo Ares cubrió el campo spesa niebla para socorrer a los troyanos y a todas partes iba; cumpliendo así el go que le hizo Febo Apolo, el de la áurea espada, de que excitara el ánimo de ellos, cuando vio que Palas Atenea, la protectora de los dánaos, se ausentaba. 2 El dios sacó a Eneas del suntuoso templo; e, infundiendo valor al pastor de bres, le dejó entre sus compañeros, que se alegraron de verlo vivo, sano y revestido alor; pero no le preguntaron nada, porque no se lo permitía el combate suscitado por os del arco de plata, por Ares, funesto a los mortales, y por la Discordia, cuyo furor nsaciable.

9 Ambos Ayantes, Ulises y Diomedes enardecían a los dánaos en la pelea; y éstos, en de atemorizarse ante la fuerza y las voces de los troyanos, aguardábanlos tan firmes o las nubes que el Cronida deja inmóviles en las cimas de los montes durante la ma, cuando duermen el Bóreas y demás vientos fuertes que con sonoro soplo disipan pardos nubarrones; tan firmemente esperaban los dánaos a los troyanos, sin pensar en uga. El Atrida bullía entre la muchedumbre y a todos exhortaba:

¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón esforzado y gonzaos de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son los que se salvan que los que mueren; los que huyen ni alcanzan gloria, ni entre sí se

3 Dijo, y despidiendo con ligereza el dardo hirió al caudillo Deicoonte Pergásida, pañero del magnánimo Eneas; a quien veneraban los troyanos como a la prole de mo, por su arrojo en pelear en las primeras filas. El rey Agamenón acertó a darle un en el escudo, que no logró detener el dardo; éste lo atravesó, y, rasgando el cinturón, óse el bronce en el empeine del guerrero. Deicoonte cayó con estrépito y sus armas naron.

1 Eneas mató a dos hijos de Diocles, Cretón y Orsíloco, varones valentísimos, cuyo e vivía en la bien construida Fera abastado de bienes, y era descendiente del huroso Alfeo, que riega el país de los pilios. El Alfeo engendró a Ortíloco, que reinó e muchos hombres; Ortíloco fue padre del magnánimo Diocles, y de éste nacieron los mellizos Cretón y Orsíloco, diestros en toda especie de combates; quienes, apenas ados a la juventud, fueron en negras naves y junto con los argivos a Ilio, la de mosos corceles, para vengar a los Atridas Agamenón y Menelao, y allí

hallaron su fin, s los envolvió la muerte. Como dos leones, criados por su madre en la espesa selva de umbre de un monte, devastan los establos, robando bueyes y pingües ovejas, hasta los hombres los matan con afilado bronce; del mismo modo, aquéllos, que parecían s abetos, cayeron vencidos por las manos de Eneas.

1 Al verlos derribados en el suelo, condolióse Menelao, caro a Ares, y en seguida, stido de luciente bronce y blandiendo la lanza, se abrió camino por las primeras filas: s le excitaba el valor para que sucumbiera a manos de Eneas. Pero Antíloco, hijo del nánimo Néstor, que lo advirtió, se fue en pos del pastor de hombres temiendo que le riera algo y les frustrara la empresa. Cuando los dos guerreros, deseosos de pelear, ban las agudas lanzas para acometerse, colocóse Antíloco muy cerca del pastor de bres; Eneas, al ver a los dos varones que estaban juntos, aunque era luchador brioso, e atrevió a esperarlos; y ellos pudieron llevarse hacia los aqueos los cadáveres de ellos infelices, ponerlos en las manos de sus amigos y volver a combatir en el punto avanzado.

6 Entonces mataron a Pilémenes, igual a Ares, caudillo de los valientes y escudados agones: el Atrida Menelao, famoso por su pica, envasóle la lanza junto a la clavícula. loco hirió de una pedrada en el codo al buen escudero Midón Atimníada, cuando éste lvía los solípedos caballos - las ebúrneas riendas cayeron de sus manos al polvo-, y, metiéndolo con la espada, le dio un tajo en las sienas. Midón, anhelante, cayó del bien struido carro: hundióse su cabeza con el cuello y parte de los hombros en la arena que abundaba, y así permaneció un buen espacio hasta que los corceles, pataleando, lo on al suelo; Antíloco se apoderó del carro, picó a los corceles, y se los llevó al mento aqueo.

0 Héctor atisbó a los dos guerreros en las filas, arremetió a ellos, gritando, y lo ieron las fuertes falanges troyanas que capitaneaban Ares y la venerable Enio; ésta movía el horrible tumulto de la pelea; Ares manejaba una lanza enorme, y ya precedía éctor, ya marchaba detrás del mismo.

6 Al verlo, estremecióse Diomedes, valiente en el combate. Como el inexperto ero, después que ha atravesado una gran llanura, se detiene al llegar a un río de rápida iente que desemboca en el mar, percibe el murmurio de las espumosas aguas y vuelve presteza atrás, de semejante modo retrocedió el Tidida, gritando a los suyos:

¡Oh amigos! ¿Cómo nos admiramos de que el divino Héctor sea hábil lancero y az luchador? A su lado hay siempre alguna deidad para librarlo de la muerte, y ahora Ares, transfigurado en mortal, quien lo acompaña. Emprended la retirada, con la cara ta hacia los troyanos, y no queráis combatir denodadamente con los dioses.

7 Así dijo. Los troyanos llegaron muy cerca de ellos, y Héctor mató a dos varones tros en la pelea que iban en un mismo carro: Menestes y Anquíalo. Al verlos ibados por el suelo, compadecióse el gran Ayante Telamonio; y, deteniéndose muy a del enemigo, arrojó la pica reluciente a Anfio, hijo de Sélago, que moraba en Peso, iquísimo en bienes y sembrados y había ido - impulsábale el hado- a ayudar a Príamo s hijos. Ayante Telamonio acertó a darle en el

cinturón, la larga pica se clavó en el escudo, y el guerrero cayó con estrépito. Corrió el esclarecido Ayante a despojarlo de armas - los troyanos hicieron llover sobre el héroe agudos relucientes dardos, de los que recibió muchos el escudo-, y, poniendo el pie encima del cadáver, arrancó la encínica lanza; pero no pudo quitarle de los hombros la magnífica armadura, porque estaba abrumado por los tiros. Temió verse encerrado dentro de un fuerte círculo por los gantes troyanos, que en gran número y con valentía le enderezaban sus lanzas; y, que era corpulento, vigoroso e ilustre, fue rechazado y hubo de retroceder.

7 Así se portaban éstos en el duro combate. El hado poderoso llevó contra Sarpedón, a un dios, a Tlepólemo Heraclida, valiente y de gran estatura. Cuando ambos héroe, hijo y nieto de Zeus, que amontona las nubes, se hallaron frente a frente, Tlepólemo el primero en hablar y dijo:

¡Sarpedón, príncipe de los licios! ¿Qué necesidad tienes, no estando ejercitado en guerra, de venir a temblar? Mienten cuantos afirman que eres hijo de Zeus, que lleva la palma, pues desmereces mucho de los varones engendrados en tiempos anteriores por este, como dicen que fue mi intrépido padre, el fornido Heracles, que resistía audazmente a la furia del ánimo de un león; el cual, habiendo venido por los caballos de Laomedonte, seis solas naves y pocos hombres, consiguió saquear la ciudad y despoblar sus calles. o tú eres de ánimo apocado, dejas que las tropas perezcan, y no creo que tu venida de aquí sirva para la defensa de los troyanos por muy vigoroso que seas; pues, vencido mí, entrarás por las puertas del Hades.

7 Respondióle Sarpedón, caudillo de los licios:

¡Tlepólemo! Aquél destruyó, con efecto, la sacra Ilio a causa de la perfidia del rey Laomedonte, que pagó con injuriosas palabras sus beneficios y no quiso entregarle caballos por los que había venido de tan lejos. Pero yo te digo que la perdición y la muerte de mi mano te vendrán; y muriendo, herido por mi lanza, me darás gloria, y además, el de los famosos corceles, el alma.

5 Así dijo Sarpedón, y Tlepólemo alzó la lanza de fresno. Las luengas lanzas cayeron a un mismo tiempo de las manos. Sarpedón hirió a Tlepólemo: la dañosa punta cesó el cuello, y las tinieblas de la noche velaron los ojos del guerrero. Tlepólemo dio su gran lanza en el muslo izquierdo de Sarpedón y el bronce penetró con ímpetu a el hueso; pero todavía su padre lo libró de la muerte.

3 Los ilustres compañeros de Sarpedón, igual a un dios, sacáronlo del combate, con gran lanza que, al arrastrarse, le pesaba; pues con la prisa nadie advirtió la lanza de no, ni pensó en arrancársela del muslo, para que aquél pudiera subir al carro. Tanto a fatiga con que lo cuidaban.

8 A su vez, los aqueos, de hermosas grebas, se llevaron del campo a Tlepólemo. El no Ulises, de ánimo paciente, vio, sintió que se le enardecía el corazón, y revolvió su mente y en su espíritu si debía perseguir al hijo de Zeus tan pronto o privar de la vida a los licios. No le había concedido el hado al magnánimo Ulises matar con el agudo dardo al esforzado hijo de Zeus, y por

esto Atenea le inspiró que acometiera a la títid de los licios. Mató entonces a Cérano, Alástor, Cromio, Alcandro, Halio, món y Pritanis, y aun a más licios hiciera morir el divino Ulises, si no lo hubiese do muy presto el gran Héctor, el de tremolante casco; el cual, cubierto de luciente nce, se abrió calle por los combatientes delanteros a infundió terror a los dánaos. góse de su llegada Sarpedón, hijo de Zeus, y profirió estas lastimeras palabras:

¡Priámda! No permitas que yo, tendido en el suelo, llegue a ser presa de los aos; socórreme y pierda la vida luego en vuestra ciudad, ya que no he de alegrar, iendo a mi casa y a la patria tierra, ni a mi esposa querida ni al tierno infante. 9 Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, pasó corriendo, sin responderle, porque a en deseos de rechazar cuanto antes a los argivos y quitar la vida a muchos reros. Los ilustres camaradas de Sarpedón, igual a un dios, llevaronlo al pie de una mosa encina consagrada a Zeus, que lleva la égida; y el valeroso Pelagonte, su pañero amado, le arrancó del muslo la lanza de fresno. Amortecido quedó el héroe y cura niebla cubrió sus ojos; pero pronto volvió en su acuerdo, porque el soplo del eas lo reanimó cuando ya apenas respirar podía.

9 Los argivos, al acometerlos Ares y Héctor armado de bronce, ni se volvían hacia negras naves, ni rechazaban el ataque, sino que se batían en retirada desde que eron que aquel dios se hallaba con los troyanos.

3 ¿Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mataron Héctor, hijo de mo, y el broncíneo Ares? Teutrante, igual a un dios; Orestes, aguijador de caballos; co, lancero etolio; Enómao; Héleno Enópida y Oresbio, el de tremolante mitra, quien, ocupado en cuidar de sus bienes, moraba en Hila, a orillas del lago Cefisis, con otros cios que constituían un opulento pueblo.

1 Cuando Hera, la diosa de níveos brazos, vio que ambos mataban a muchos argivos l duro combate, dijo a Atenea estas aladas palabras:

¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Vana será la promesa hicimos a Menelao de que no se iría sin destruir la bien murada Ilio, si dejamos que nicioso Ares ejerza sus furores. Ea, pensemos en prestar al héroe poderoso auxilio. 9 Dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no desobedeció. Hera, deidad eranda hija del gran Crono, aparejó los corceles con sus áureas bridas, y Hebe puso gentemente en el férreo eje, a ambos lados del carro, las corvas ruedas de bronce que an ocho rayos. Era de oro la indestructible pina, de bronce las ajustadas admirables as, y de plata los torneados cubos. El asiento descansaba sobre tiras de oro y de plata, doble barandal circundaba el carro. Por delante salía argénteo lanza, en cuya punta a diosa un hermoso yugo de oro con bridas de oro también; y Hera, que anhelaba el bate y la pelea, unció los corceles de pies ligeros.

3 Atenea, hija de Zeus, que lleva la égida, dejó caer al suelo, en el palacio de su e, el hermoso peplo bordado que ella misma había tejido y labrado con sus manos; ó la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y se armó para la luctuosa guerra. pendió de sus hombros la espantosa égida floqueada que el terror corona: allí están la cordia, la Fuerza y la Persecución horrenda;

a11f la cabeza de la Gorgona, monstruo l y horripilante, portento de Zeus, que lleva la égida. Cubrió su cabeza con áureo o de doble cimera y cuatro abolladuras, apto para resistir a la infantería de cien ades. Y, subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa, larga, fornida, con que ja del prepotente padre destruye filas enteras de héroes cuando contra ellos monto en ra. Hera picó con el látigo a los corceles, y de propio impulso abriéronse rechinando puertas del cielo de que cuidan las Horas -a ellas está confiado el espacioso cielo y el para remover o colocar delante la densa nube. Por a11f, por entre las puertas, gieron los corceles dóciles al látigo y hallaron al Cronión, sentado aparte de los otros es, en la más alta de las muchas cumbres del Olimpo. Hera, la diosa de los níveos os, detuvo entonces los corceles, para hacer esta pregunta al excelso Zeus Cronida:

¡Padre Zeus! ¿No te indignas contra Ares al presenciar sus atroces hechos? ántos y cuáles varones aqueos ha hecho perecer temeraria a injustamente! Yo me , y Cipris y Apolo, que lleva arco de plata, se alegran de haber excitado a ese loco no conoce ley alguna. Padre Zeus, ¿te irritarás conmigo si a Ares le ahuyento del bate causándole funestas heridas?

4 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

Ea, aguija contra él a Atenea, que impera en las batallas, pues es quien suele arle más vivos dolores.

7 Así dijo. Hera, la diosa de los níveos brazos, le obedeció, y picó a los corceles, que ron gozosos entre la tierra y el estrellado cielo. Cuanto espacio alcanza a ver el que, ado en alta cumbre, fija sus ojos en el vinoso ponto, otro tanto salvan de un brinco los allos, de sonoros relinchos, de los dioses. Tan luego como ambas deidades llegaron a ya, Hera, la diosa de los níveos brazos, paró el carro en el lugar donde los dos ríos oente y Escamandro juntan sus aguas; desunció los corceles, cubriólos de espesa la, y el Simoente hizo nacer la ambrosía para que pacieran.

8 Las diosas empezaron a andar, semejantes en el paso a tímidas palomas, acientes por socorrer a los argivos. Cuando llegaron al sitio donde estaba el fuerte medes, domador de caballos, con los más y mejores de los adalides que parecían iceros leones o puercos monteses, cuya fuerza es grande, se detuvieron; y Hera, la a de los níveos brazos, tomando el aspecto del magnánimo Esténtor, que tenía arrón de bronce y gritaba tanto como otros cincuenta, exclamó:

¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! ntras el divino Aquiles asistía a las batallas, los troyanos, amedrentados por su midable pica, no pasaban de las puertas dardánias; y ahora combaten lejos de la ad, junto a las cóncavas naves.

2 Con tales palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Atenea, la diosa de ojos de uza, fue en busca del Tidida y halló a este príncipe junto a su carro y sus corceles, escando la herida que Pándaro con una flecha le había causado. El sudor le molestaba ajo de la ancha abrazadera del redondo escudo, cuyo peso sentía el héroe; y, alzando con su cansada mano la correa, se enjugaba la denegrida sangre. La diosa apoyó la tra en el yugo de los caballos y dijo:

¡Cuán poco se parece a su padre el hijo de Tideo! Era éste de pequeña estatura, belicoso. Y aunque no le dejase combatir ni señalarse -como en la ocasión en que, endo ido por embajador a Teba, se encontró lejos de los suyos entre multitud de meos y le di orden de que comiera tranquilo en el palacio-, conservaba siempre su esu valeroso, y, desafiando a los jóvenes cadmeos, los vencía fácilmente en toda clase uchas. ¡De tal modo lo protegía! Ahora es a ti a quien asisto y defendo, exhortándote lear animosamente con los troyanos. Mas, o el excesivo trabajo de la guerra ha gado tus miembros, o te domina el exánime terror. No, tú no eres el hijo del aguerrido eo Enida.

4 Y, respondiéndole, el fuerte Diomedes le dijo:

Te conozco, oh diosa, hija de Zeus, que lleva la égida. Por esto te hablaré gustoso, ocultarte nada. No me domina el exánime terror ni flojedad alguna; pero recuerdo vía las órdenes que me diste. No me dejabas combatir con los bienaventurados es; pero, si Afrodita, hija de Zeus, se presentara en la pelea, debía herirla con el do bronce, Pues bien: ahora retrocedo y he mandado que todos los argivos se ieguen aquí, porque comprendo que Ares impera en la batalla.

5 Contestóle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

¡Diomedes Tidida, carísimo a mi corazón! No temas a Ares ni a ninguno de los ortales; tanto te voy a ayudar. Ea, endereza los solípedos caballos a Ares el primero, le de cerca y no respetes al furibundo dios, a ese loco voluble y nacido para dañar, a Hera y a mí nos prometió combatir contra los troyanos en favor de los argivos y a está con aquéllos y se ha olvidado de sus palabras.

5 Apenas hubo dicho estas palabras, asió de la mano a Esténelo, que saltó diligente carro a tierra. Montó la enardecida diosa, colocándose al lado del ilustre Diomedes, y e de encina recrujió a causa del peso porque llevaba a una diosa terrible y a un varón simo. Palas Atenea, habiendo recogido el látigo y las riendas, guió los solípedos allos hacia Ares el primero; el cual quitaba la vida al gigantesco Perifante, preclaro de Oquesio y el más valiente de los etolios. A tal varón mataba Ares, manchado de icidios; y Atenea se puso el casco de Hades para que el furibundo dios no la ociera.

6 Cuando Ares, funesto a los mortales, vio al ilustre Diomedes, dejó al gigantesco fante tendido donde le había muerto y se encaminó hacia Diomedes, domador de llos. Al hallarse a corta distancia, Ares, que deseaba quitar la vida a Diomedes, le gió la broncínea lanza por cima del yugo y las riendas; pero Atenea, la diosa de ojos echuza, cogiéndola y alejándola del carro, hizo que aquél diera el golpe en vano. A su Diomedes, valiente en el combate, atacó a Ares con la broncínea lanza, y Palas nea, apuntándola a la ijada del dios, donde el cinturón le ceñía, hirióle, desgarró el moso cutis y retiró el arma. El broncíneo Ares cla mó como gritarían nueve o diez mil bres que en la guerra llegaran a las manos; y temblaron, amedrentados, aqueos y anos. ¡Tan fuerte bramó Ares, insaciable de combate!

4 Cual vapor sombrío que se desprende de las nubes por la acción de un impetuoso to abrasador, tal le parecía a Diomedes Tidida el broncíneo Ares cuando, cubierto de la, se dirigía

al anchuroso cielo. El dios llegó en seguida al alto Olimpo, mansión de deidades; se sentó, con el corazón afligido, al lado de Zeus Cronión, mostró la sangre ortal que manaba de la herida, y suspirando dijo estas aladas palabras:

¡Padre Zeus! ¿No te indignas al presenciar tan atroces hechos? Siempre los dioses os padecido males horribles que recíprocamente nos causamos para complacer a los bres; pero todos estamos airados contigo, porque engendraste una hija loca, funesta, sólo se ocupa en acciones inicuas. Cuantos dioses hay en el Olimpo, todos te decen y acatan; pero a ella no la sujetas con palabras ni con obras, sino que la gas, por ser tú el padre de esa hija perniciosa que ha movido al insolente Diomedes, de Tideo, a combatir, en su furia, con los inmortales dioses. Primero hirió de cerca a is en el puño, y después, cual si fuese un dios, arremetió contra mí. Si no llegan a arme mis ligeros pies, hubiera tenido que sufrir padecimientos durante largo tiempo e espantosos montones de cadáveres, o quedar inválido, aunque vivo, a causa de las das que me hiciera el bronce.

8 Mirándolo con torva faz, respondió Zeus, que amontona las nubes:

¡Inconstante! No te lamentes, sentado junto a mí, pue me eres más odioso que ún otro de los dioses del Olimpo. Siempre te han gustado las riñas, luchas y peleas, y es el espíritu soberbio, que nunca cede, de tu madre Hera a quien apenas puedo inar con mis palabras. Creo que cuanto te ha ocurrido lo debes a sus consejos. Pero ermitiré que los dolores te atormenten, porque eres de mi linaje y para mí te parió tu re. Si, siendo tan perverso hubieses nacido de algún otro dios, tiempo ha que estaría n abismo más profundo que el de los hijos de Urano

9 Dijo, y mandó a Peón que lo curara. Éste lo sanó, aplicándole drogas calmantes; nada mortal en él había. Como el jugo cuaja la blanca y líquida leche cuando se le ve rápidamente con ella, con igual presteza curó aquél al furibundo Ares, a quien e lavó y puso lindas vestiduras. Y el dios se sentó al lado de Zeus Cronión, ufano de s 7 Hera argiva y Atenea alalcomenia regresaron también al palacio del gran Zeus, ndo hubieron conseguido que Ares, funesto a los mortales, de matar hombres se viera.

## Canto vi\*



Coloquio de Héctor y Andrómaca

Entre los segundos, los troyanos, Héctor, que ha regresado a Troya para ordenar que las mujeres se engracien con Atenea con plegarias y ofrendas, cuando vuelve al campo de batalla, se encuentra con su posa y con su hijo, aún de tierna edad. Y se destaca el comportamiento de Héctor, héroe inocente que fica por Troya, y de Paris, culpable y egoísta, que sólo piensa en él.

Quedaron solos en la batalla horrenda troyanos y aqueos, que se arrojaban bronceas as; y la pelea se extendía, acá y acullá de la llanura, entre las corrientes del Simoente l Janto.

Ayante Telamonio, antemural de los aqueos, rompió el primero la falange troyana a aparecer la aurora de la salvación entre los suyos, hiriendo de muerte al tracio más odado, al alto y valiente Acamante, hijo de Eusoro. Acertóle en la cimera del casco necido con crines de caballo, la lanza se clavó en la frente, la broncea punta vesó el hueso y las tinieblas cubrieron los ojos del guerrero.

Diomedes, valiente en el combate, mató a Axilo Teutránida, que, abastado de es, moraba en la bien construida Arisbe; y era muy amigo de los hombres, porque en asa, situada cerca del camino, a todos les daba hospitalidad. Pero ninguno de ellos entonces a librarlo de la lúgubre muerte, y Diomedes le quitó la vida a él y a su dero Calesio, que gobernaba los caballos. Ambos penetraron en el seno de la tierra. Euríalo dio muerte a Dresio y Ofeltio, y fuese tras Esepo y Pédaso, a quienes la ade Abarbárea había concebido en otro tiempo del eximio Bucolión, hijo primogénito stardo del ilustre Laomedonte (*Bucolión apacentaba ovejas y tuvo amoroso consorcio la ninfa, la cual quedó encinta y dio a luz a los dos mellizos*): el Mecisteida acabó el valor de ambos, privó de vigor a sus bien formados miembros y les quitó la adura de los hombros.

El belicoso Polipetes dejó sin vida a Astíalo; Ulises, con la broncea lanza, a Pidites osio; y Teucro, a Aretaón divino. Antífloco Nestórida mató con la pica reluciente a ro; Agamenón, rey de hombres, a Élato, que habitaba en la excelsa Pédaso, a orillas Satnioente, de hermosa corriente; el héroe Leito, a Fílico mientras huía; y Eurípilo, a antio.

Menelao, valiente en la pelea, cogió vivo a Adrasto, cuyos caballos, corriendo pavoridos por la llanura, chocaron con las ramas de un tamarisco, rompieron el corvo o por el extremo del timón, y se fueron a la ciudad con los que huían espantados. El e cayó al suelo y dio de boca en el polvo junto a la rueda; acercósele Menelao Atrida la ingente lanza, y aquél, abrazando sus rodillas, así le suplicaba:

Hazme prisionero, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de valor e mi opulento padre en casa: bronce, oro, hierro labrado; con ellas te pagaría inmenso ate, si supiera

que estoy vivo en las naves aqueas.

Así dijo, y le conmovió el corazón. E iba Menelao a ponerlo en manos del escudero, que lo llevara a las veleras naves aqueas, cuando Agamenón corrió a su encuentro y crepó diciendo:

¡Ah, bondoso! ¡Ah, Menelao! ¿Por qué así te apiadas de estos hombres? celentes cosas hicieron los troyanos en tu casa! Ninguno de los que caigan en nuestras os se libre de tener nefanda muerte, ni siquiera el que la madre lleve en el vientre, ni escape! ¡Perezcan todos los de Ilio, sin que sepultura alcancen ni memoria dejen! Así diciendo, cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. Repelió nelao al héroe Adrasto, que, herido en el ijar por el rey Agamenón, cayó de espaldas. Atrida le puso el pie en el pecho y le arrancó la lanza.

Néstor, en tanto, animaba a los argivos, dando grandes voces:

¡Oh queridos, héroes dánaos, servidores de Ares! Nadie se quede atrás para recoger pojos y volver, llevando los más que pueda, a las naves; ahora matemos hombres y o con más tranquilidad despojaréis en la llanura los cadáveres de cuantos mueran. Así diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Y los troyanos hubieran vuelto a ar en Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por su cobardía, si Heleno mida, el mejor de los augures, no se hubiese presentado a Eneas y a Héctor para ¡Eneas y Héctor! Ya que el peso de la batalla gravita principalmente sobre vosotros e los troyanos y los licios, porque sois los primeros en toda empresa, ora se trate de batir, ora de razonar, quedaos aquí, recorred las filas, y detened a los guerreros antes se encaminen a las puertas, caigan huyendo en brazos de las mujeres y sean motivo gozo para los enemigos. Cuando hayáis reanimado todas las falanges, nosotros, que estamos muy abatidos, nos quedaremos aquí a pelear con los dánaos porque la dad nos apremia. Y tú, Héctor, ve a la ciudad y di a nuestra madre que Name a las erables matronas; vaya con ellas al templo dedicado a Atenea, la de ojos de lechuza, a acrópolis; abra con la llave la puerta del sacro recinto; ponga sobre las rodillas de la ad, de hermosa cabellera, el peplo que mayor sea, más lindo le parezca y más aprecie tos haya en el palacio, y le vote sacrificar en el templo doce vacas de un año, no tas aún al yugo, si apiadándose de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los anos, aparta de la sagrada Ilio al hijo de Tideo, feroz guerrero, cuya bravura causa stra derrota y a quien tengo por el más esforzado de los aqueos todos. Nunca temimos o ni al mismo Aquiles, príncipe de hombres, que es, según dicen, hijo de una diosa. gran furia se mueve el hijo de Tideo y en valentía nadie te iguala.

2 Así dijo; y Héctor obedeció a su hermano. Saltó del carro al suelo sin dejar las as; y, blandiendo dos puntiagudas lanzas, recorrió el ejército por todas partes, mólo a combatir y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara y ntaron a los argivos; y éstos retrocedieron y dejaron de matar, figurándose que alguno os inmortales habría descendido del estrellado cielo para socorrer a aquéllos; de tal o se volvieron. Y Héctor exhortaba a los troyanos diciendo en alta voz:

¡Animosos troyanos, aliados de lejas tierras venidos! Sed hombres, amigos, y trad vuestro impetuoso valor, mientras voy a Ilio y encargo a los respetables próceres nuestras esposas que

oren y ofrezcan hecatombes a los dioses.

6 Dicho esto, Héctor, el de tremolante casco, partió; y la negra piel que orlaba el lonado escudo como última franja le batía el cuello y los talones.

9 Glauco, vástago de Hipóloco, y el hijo de Tideo, deseosos de combatir, fueron a ontrarse en el espacio que mediaba entre ambos ejércitos. Cuando estuvieron cara a , Diomedes, valiente en la pelea, dijo el primero:

¿Cuál eres tú, guerrero valentísimo, de los mortales hombres? Jamás te vi en las llas, donde los varones adquieren gloria, pero al presente a todos los vences en audacuando te atreves a esperar mi fornida lanza. ¡Infelices de aquéllos cuyos hijos se nen a mi furor! Mas si fueses inmortal y hubieses descendido del cielo, no quisiera yo ar con dioses celestiales. Poco vivió el fuerte Licurgo, hijo de Driante, que contendía las celestes deidades: persiguió en los sacros montes de Nisa a las nodrizas de que estaba agitado por el delirio báquico, las cuales tiraron al suelo los tirsos al que el homicida Licurgo las acometía con la aguijada; el dios, espantado, se arrojó al y Tetis le recibió en su regazo, despavorido y agitado por fuerte temblor por la naza de aquel hombre; pero los felices dioses se irritaron contra Licurgo, cególe el de Crono y su vida no fue larga, porque se había hecho odioso a los inmortales todos. los bienaventurados dioses no quisiera combatir; pero, si eres uno de los mortales comen los frutos de la tierra, acércate para que más pronto llegues al término de tu ición.

4 Respondióle el preclaro hijo de Hipóloco:

¡Magnánimo Tidida! ¿Por qué me interrogas sobre el abolengo? Cual la eración de las hojas, así la de los hombres. Esparce el viento las hojas por el suelo, y elva, reverdeciendo, produce otras al llegar la primavera: de igual suerte, una eración humana nace y otra perece. Pero ya que deseas saberlo, te diré cuál es mi e muchos conocido. Hay una ciudad llamada Éfira en el riñón de Argos, criadora aballos, y en ella vivía Sísifo Eólida, que fue el más ladino de los hombres. Sísifo endró a Glauco, y éste al exímio Belerofonte, a quien los dioses concedieron gentileza vidioble valor. Mas Preto, que era muy poderoso entre los argivos, pues Zeus los a sometido a su cetro, hízole blanco de sus maquinaciones y to echó de la ciudad. La na Antea, mujer de Preto, había deseado con locura juntarse clandestinamente con erofonte; pero no pudo persuadir al prudente héroe, que sólo pensaba en cosas estas, y mintiendo dijo al rey Preto: «¡Preto! Ojalá te mueras, o mata a Belerofonte, ha querido juntarse conmigo, sin que yo lo deseara.» Así dijo. El rey se encendió en l ofrla; y, si bien se abstuvo de matar a aquél por el religioso temor que sintió su zón, le envió a la Licia; y, haciendo mortíferas señales en una tablita que se doblaba, ególe los perniciosos signos con orden de que los mostrase a su suegro para que éste erdiera. Belerofonte, poniéndose en camino debajo del fausto patrocínio de los dioses, ó a la vasta Licia y a la corriente del Janto: el rey recibióle con afabilidad, hospedóle nte nueve días y mandó matar otros tantos bueyes; pero, al aparecer por décima vez urora, la de rosáceos dedos, lo interrogó y quiso ver la nota que de su yerno Preto le . Y así que tuvo la funesta nota, ordenó a Belerofonte que lo primero de todo matara ineluctable Quimera, ser de naturaleza no humana,

sino divina, con cabeza de león, de dragón y cuerpo de cabra, que respiraba encendidas y horribles llamas; y aquél le muerte, alentado por divinales indicaciones. Luego tuvo que luchar con los afamados mos, y decía que éste fue el más recio combate que con hombres sostuvo. En tercer r quitó la vida a las varoniles amazonas. Y, cuando regresaba a la ciudad, el rey, endo otra dolosa trama, armóle una celada con los varones más fuertes que halló en la sa Licia; y ninguno de éstos volvió a su casa, porque a todos les dio muerte. el mio Belerofonte. Comprendió el rey que el héroe era vástago ilustre de alguna deidad retuvo allí, lo casó con su hija y compartió con él la dignidad regia; los licios, a su acotáronle un hermoso campo de frutales y sembradío que a los demás aventajaba, que pudiese cultivarlo. Tres hijos dio a luz la esposa del aguerrido Belerofonte: dro, Hipóloco y Laodamia; y ésta, amada por el pródigo Zeus, dio a luz al deiforme pedón, que lleva armadura de bronce. Cuando Belerofonte se atrajo el odio de todas deidades, vagaba solo por los campos de Alea, royendo su ánimo y apartándose de los bres; Ares, insaciable de pelea, hizo morir a Isandro en un combate con los afamados mos, y Artemis, la que usa riendas de oro, irritada, mató a su hija. A mí me engendró óloco -de éste, pues, soy hijo- y envióme a Troya, recomendándome muy mucho que ollara y sobresaliera siempre entre todos y no deshonrase el linaje de mis pasados, que fueron los hombres más valientes de Efira y la extensa Licia. Tal alcury tal sangre me glorió de tener.

2 Así dijo. Alegróse Diomedes, valiente en el combate; y, clavando la pica en el o suelo, respondió con cariñosas palabras al pastor de hombres:

Pues eres mi antiguo huésped paterno, porque el divino Eneo hospedó en su cio al eximio Belerofonte, le tuvo consigo veinte días y ambos se obsequiaron con níficos presentes de hospitalidad. Eneo dio un vistoso tahalí teñido de púrpura, y erofonte una áurea copa de doble asa, que en mi casa quedó cuando me vine. A Tideo o recuerdo; dejóme muy niño al salir para Teba, donde pereció el ejército aqueo. Soy, consiguiente, tu caro huésped en el centro de Argos, y tú lo serás mío en la Licia ndo vaya a to pueblo. En adelante no nos acometamos con la lanza por entre la turba. chos troyanos y aliados ilustres me restan, para matar a quien, por la voluntad de un cance en la carrera; y asimismo te quedan muchos aqueos, para quitar la vida a n te sea posible. Y ahora troquemos la armadura, a fin de que sepan todos que de ser spedes paternos nos gloriamos.

2 Habiendo hablado así, descendieron de los carros y se estrecharon la mano en ba de amistad. Entonces Zeus Cronida hizo perder la razón a Glauco; pues permutó mas por las de Diomedes Tidida, las de oro por las de bronce, las valoradas en cien yes por las que en nueve se apreciaban.

7 Al pasar Héctor por la encina y las puertas Esceas, acudieron corriendo las esposas as de los troyanos y preguntáronle por sus hijos, hermanos, amigos y esposos; y él les argó que unas tras otras orasen a los dioses, porque para muchas eran inminentes las gracias.

2 Cuando llegó al magnífico palacio de Príamo, provisto de bruñidos pórticos (en él a cincuenta cámaras de pulimentada piedra, seguidas, donde dormían los hijos de Prícon sus

legítimas esposas; y enfrente, dentro del mismo patio, otras doce construidas lmente con sillares, continuas y techadas, donde se acostaban los yernos de Príamo y castas mujeres), le salió al encuentro su alma madre que iba en busca de Laódice, la hermosa de las princesas; y, asíndole de la mano, le dijo:

¡Hijo! ¿Por qué has venido, dejando el áspero combate? Sin duda los aqueos, de recido nombre, deben de estrecharnos, combatiendo alrededor de la ciudad, y tu con lo ha impulsado a volver con el fin de levantar desde la acrópolis las manos a Zeus. o, aguarda, traeré vino dulce como la miel para que primeramente lo libes al padre s y a los demás inmortales, y luego te aproveche también a ti, si bebes. El vino enta mucho el vigor del hombre fatigado y tú lo estás de pelear por los tuyos. 3 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

No me des vino dulce como la miel, veneranda madre; no sea que me enerves y prives del valor, y yo me olvide de mi fuerza. No me atrevo a libar el negro vino en or de Zeus sin lavarme las manos, ni es lícito orar al Cronión, el de las sombrías es, cuando uno está manchado de sangre y polvo. Pero tú congrega a las matronas, ate perfumes, y, entrando en el templo de Atenea, que impera en las batallas, pon e las rodillas de la deidad de hermosa cabellera el peplo mayor, más lindo y que más cies de cuantos haya en el palacio; y vota a la diosa sacrificar en su templo doce as de un año, no sujetas aún al yugo, si, apiadándose de la ciudad y de las esposas y nos niños de los troyanos, aparta de la sagrada Ilio al hijo de Tideo, feroz guerrero, a valentía causa nuestra derrota. Encamínate, pues, al templo de Atenea, que impera as batallas, y yo iré a la casa de Paris a llamarlo, si me quiere escuchar. ¡Así la tierra o tragara! Criólo el Olímpico como una gran plaga para los troyanos y el magnánimo mo y sus hijos. Creo que, si le viera descender al Hades, mi alma se olvidaría de los osos pesares.

6 Así dijo. Hécuba, volviendo al palacio, llamó a las esclavas, y éstas anduvieron por udad y congregaron a las matronas; bajó luego al fragante aposento donde se guardalos peplos bordados, obra de las mujeres que se había llevado de Sidón el deiforme andro en el mismo viaje por el ancho ponto en que se llevó a Helena, la de nobles pa; tomó, para ofrecerlo a Atenea, el peplo mayor y más hermoso por sus bordaduras, resplandecía como un astro y se hallaba debajo de todos, y partió acompañada de mumatronas.

7 Cuando llegaron a la acrópolis, abríóles las puertas del templo de Atenea Teano, la ermosas mejillas, hija de Ciseide y esposa de Anténor, domador de caballos, a la cual an elegido los troyanos sacerdotisa de Atenea. Todas, con lúgubres lamentos, ntaron las manos a la diosa. Teano, la de hermosas mejillas, tomó el peplo, lo puso e las rodillas de Atenea, la de hermosa cabellera, y orando rogó así a la hija del gran

¡Veneranda Atenea, protectora de la ciudad, divina entre las diosas! ¡Quiébrale la a a Diomedes y concédenos que caiga de pechos en el suelo, ante las puertas Esceas, que to sacrifiquemos en este templo doce vacas de un año, no sujetas aún al yugo, si ste modo to apiadas de la ciudad y de las esposas y tiernos niños de los troyanos! 1 Así dijo rogando, pero Palas Atenea no accedió. Mientras invocaban de este modo hija del gran Zeus, Héctor se

encaminó al magnífico palacio que para Alejandro a labrado él mismo con los más hábiles constructores de la fértil Troya; éstos le hicieron una cámara nupcial, una sala y un patio, en la acrópolis, cerca de los palacios de Meno y de Héctor. Allí entró Héctor, caro a Zeus, llevando una lanza de once codos, a bronceínea y reluciente punta estaba sujeta por áureo anillo. En la cámara halló a Meno que acicalaba las magníficas armas, escudo y coraza, y probaba el corvo arco; a Argiva Helena, que, sentada entre sus esclavas, ocupábalas en primorosas labores. Y viniendo a aquél, increpólo con injuriosas palabras:

¡Desgraciado! No es decoroso que guardes en el corazón ese rencor. Los hombres se combaten al pie de los altos muros de la ciudad; el bélico clamor y la lucha se endieron por tu causa alrededor de nosotros, y tú mismo reconvendrías a quien cejara lea horrenda. Ea, levántate. No sea que la ciudad llegue a ser pasto de las voraces 2 Respondióle el deiforme Alejandro:

¡Héctor! Justos y no excesivos son tus baldones, y por lo mismo voy a contestarte. No me doy y óyeme. Permanecía aquí, no tanto por estar airado o resentido con los troyanos, sino porque deseaba entregarme al dolor. En este instante mi esposa me exhortaba con muchas palabras a volver al combate; y también a mí me parece preferible, porque la vida tiene sus alternativas para los guerreros. Ea, pues, aguarda, y visto las marciales armas; o vete y te sigo, y creo que lograré alcanzarte.

2 Así dijo. Héctor, el de tremolante casco, nada contestó. Y Helena hablóle con esas palabras:

¡Cuñado mío, de esta perra maléfica y abominable! ¡Ojalá que, cuando mi madre dio a luz, un viento tempestuoso se me hubiese llevado al monte o al estruendoso mar, hacerme juguete de las olas, antes que tales hechos ocurrieran! Y ya que los dioses quisieron causar estos males, debió tocarme ser esposa de un varón más fuerte, a quien dolieran la indignación y los muchos baldones de los hombres. Éste ni tiene piedad de ánimo ni la tendrá nunca, y creo que recogerá el debido fruto. Pero entra y sítate en esta silla, cuñado, que la fatiga te oprime el corazón por mí, perra, y por la de Alejandro; a quienes Zeus nos dio mala suerte a fin de que a los venideros les amos de asunto para sus cantos.

9 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

No me ofrezcas asiento, Helena, aunque me aprecies, pues no lograrás ayudarme: ya mi corazón desea socorrer a los troyanos que me aguardan con acicencia. Pero tú haz levantar a éste y él mismo se dé prisa para que me alcance dentro a ciudad, mientras voy a mi casa y veo a los criados, a la esposa querida y al tierno ; que ignoro si volveré de la batalla, o los dioses dispondrán que sucumba a manos de aqueos.

9 Apenas hubo dicho estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, se fue. Llegó en donde a su palacio, que abundaba de gente, mas no encontró a Andrómaca, la de niveos pies, pues con el niño y la criada de hermoso peplo estaba en la torre llorando y entándose. Héctor, como no hallara dentro a su excelente esposa, detúvose en el y habló con las esclavas:

¡Ea, esclavas, decidme la verdad! ¿Adónde ha ido Andrómaca, la de níveos os, desde el palacio? ¿A visitar a mis hermanas o a mis cuñadas de hermosos peplos?

so, al templo de Atenea, donde las troyanas, de lindas trenzas, aplacan a la terrible 1 Respondióle con estas palabras la fiel dispensera:

¡Héctor! Ya que tanto nos mandas decir la verdad, no fue a visitar a tus hermanas tus cuñadas de hermosos peplos, ni al templo de Atenea, donde las troyanas, de as trenzas, aplacan a la terrible diosa, sino que subió a la gran torre de Ilio, porque o que los troyanos llevaban la peor parte y era grande el ímpetu de los aqueos. Partió a la muralla, ansiosa, como loca, y con ella se fue la nodriza que lleva el niño. O Así habló la dispensera, y Héctor, saliendo presuroso de la casa, desanduvo el ino por las bien trazadas calles. Tan luego como, después de atravesar la gran ciudad, ó a las puertas Esceas -por allí había de salir al campo-, corrió a su encuentro su rica osa Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, que vivía bajo el boscoso Placo, en Teba el Placo, y era rey de los cilicios. Hija de éste era, pues, la esposa de Héctor, de ncínea armadura, que entonces le salió al camino. Acompañábale una sirvienta ando en brazos al tierno infante, al Hectórida amado, parecido a una hermosa estrella. ien su padre llamaba Escamandrio y los demás Astianacte, porque sólo por Héctor se aba Ilio. Vio el héroe al niño y sonrió silenciosamente. Andrómaca, llorosa, se detuvo lado, y asiéndole de la mano le dijo:

¡Desgraciado! Tu valor te perderá. No te apiadas del tierno infante ni de mí, rtunada, que pronto seré tu viuda; pues los aqueos te acometerán todos a una y barán contigo. Preferible sería que, al perderte, la tierra me tragara, porque si mueres abrá consuelo para mí, sino pesares, que ya no tengo padre ni venerable madre. A mi e matólo el divino Aquiles cuando tomó la populosa ciudad de los cilicios, Teba, la ltas puertas: dio muerte a Eetión, y sin despojarlo, por el religioso temor que le entró l ánimo, quemó el cadáver con las labradas armas y le erigió un túmulo, a cuyo redor plantaron álamos las ninfas monteses, hijas de Zeus, que lleva la égida. Mis e hermanos, que habitaban en el palacio, descendieron al Hades el mismo día; pues a s los mató el divino Aquiles, el de los pies ligeros, entre los flexípedes bueyes y las didas ovejas. A mi madre, que reinaba al pie del selvoso Placo, trájola aquél con otras ezas y la puso en libertad por un inmenso rescate; pero Ártemis, que se complace en flechas, hirióla en el palacio de mi padre. Héctor, tú eres ahora mi padre, mi veble madre y mi hermano; tú, mi floreciente esposo. Pues, ea, sé compasivo, quédate en la tome -jno hagas a un niño huérfano y a una mujer viuda!- y pon el ejército o al cabrahígo, que por allí la ciudad es accesible y el muro más fácil de escalar. Los valientes - los dos Ayantes, el célebre Idomeneo, los Atridas y el fuerte hijo de Tideo los suyos respectivos- ya por tres veces se han encaminado a aquel sitio para intentar salto: alguien que conoce los oráculos se to indicó, o su mismo arrojó los impele y ontestóle el gran Héctor, el de tremolante casco:

1 Todo esto me da cuidado, mujer, pero mucho me sonrojaría ante los troyanos y las anas de rozagantes peplos, si como un cobarde huyera del combate; y tampoco mi con me incita a ello, que siempre supe ser valiente y pelear en primera fila entre los anos, manteniendo la

inmensa gloria de mi padre y de mí mismo. Bien lo conoce mi gencia y lo presente mi corazón: día vendrá en que perezcan la sagrada Ilio, Príamo pueblo de Príamo, armad con lanzas de fresno. Pero la futura desgracia de los troyade la misma Hécuba, del rey Príamo y de muchos d mis valientes hermanos que án en el polvo a manos d los enemigos, no me importa tanto como la que padecerá tú ndo alguno de los aqueos, de broncéneas corazas, se te lleve llorosa, privándote de rtad, y luego tejas tela e Argos, a las órdenes de otra mujer, o vayas por agua a la te Meseide o Hiperea, muy contrariada porque la dura necesidad pesará sobre ti. Y ás alguien exclame, al verte derramar lágrimas: «Ésta fue la esposa de Héctor, el rero que más se señalaba entre los troyanos, domadores de caballos, cuando en torno io peleaban.» Así dirán, y sentirás un nuevo pesar al verte sin el hombre que pudiera e de la esclavitud. Pero ojalá un montón de tierra cubra mi cadáver, antes que oiga clamores o presencie tu rapto.

6 Así diciendo, el esclarecido Héctor tendió los brazos su hijo, y éste se recostó, ando, en el seno de la nodriz de bella cintura, por el terror que el aspecto de su padre ausaba: dábanle miedo el bronce y el terrible penacho crines de caballo, que veía ear en lo alto del yelmo. Sonriéronse el padre amoroso y la veneranda madre. Héctor presuró a dejar el refulgente casco en el suelo, besó y meció en sus manos al hijo do, y rogó así a Zeus y a los de más dioses:

¡Zeus y demás dioses! Concededme que este hijo mío sea, como yo, ilustre entre royanos a igualmente esforzado; que reine poderosamente en Ilio; que digan de él ndo vuelva de la batalla: «¡Es mucho más valiente que su padre!»; y que, cargado de ntos despojos del enemigo quien haya muerto, regocije el alma de su madre. 2 Esto dicho, puso el niño en brazos de la esposa amada, que, al recibirlo en el umado seno, sonreía con el rostro todavía bañado en lágrimas. Notólo el esposo y padecido, acaricióla con la mano y le dijo:

¡Desdichada! No en demasía tu corazón se acongoje, que nadie me enviará al es antes de lo dispuesto por el destino; y de su suerte ningún hombre, sea cobarde o ente, puede librarse una vez nacido. Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y eca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de la guerra nos cuidaremos ntos varones nacimos en Ilio, y yo el primero.

4 Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de allo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y iendo copiosas lágrimas. Pronto llegó Andrómaca al palacio, lleno de gente, de tor, matador de hombres; halló en él muchas esclavas, y a todas las movió a lágrimas. ban en el palacio a Héctor vivo aún, porque no esperaban que volviera del combate ándose del valor y de las manos de los aqueos.

3 Paris no demoró en el alto palacio; pues, así que hubo vestido las magníficas armas abrado bronce, atravesó presuroso la ciudad haciendo gala de sus pies ligeros. Como orcel avezado a bañarse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el blo, come la cebada del pesebre y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, ue orgulloso la cerviz, ondean las crines sobre su cuello, y ufano de su lozanía mueve ro las rodillas encaminándose a los acostumbrados sitios donde los caballos pacen; de el modo, Paris, hijo de Príamo, cuya armadura brillaba como un sol, descendía gozoso a excelsa Pérgamo por sus ágiles pies llevado.

Alejandro alcanzó en seguida a su hero el divino Héctor cuando éste regresaba del lugar en que había pasado el coloquio su esposa, y fue el primero en hablar diciendo:

¡Mi buen hermano! Mucho te hice esperar deteniéndote, a pesar de tu impaciencia; s no he venido oportunamente, como ordenaste.

O Respondióle Héctor, el de tremolante casco:

¡Querido! Nadie que sea justo reprenderá tu trabajo en el combate, porque eres ente; pero a veces te complaces en desalentarte y no quieres pelear, y mi corazón se ge cuando oigo que te baldonan los troyanos que tantos trabajos sufren por ti. Pero. onos y luego lo arreglaremos todo, si Zeus nos permite ofrecer en nuestro palacio la era de la libertad a los celestes sempiternos dioses, por haber echado de Troya a los eos de hermosas grebas.

## Canto vii\*



Combate singular de Héctor y Ayante

Levantamiento de los cadáveres

La segunda también se suspende inopinadamente, porque Héctor desafía a los héroes aqueos. Echadas suertes, le toca a Ayante, y luchan hasta el anochecer. Se pacta una tregua de un día, que los aqueos ovechan para enterrar a los muertos y construir un muro en torno al campamento.

Dichas estas palabras, el esclarecido Héctor y su hermano Alejandro traspusieron las tas, con el ánimo impaciente por combatir y pelear. Como cuando un dios envía un viento a navegantes que to anhelan porque están cansados de romper las olas, cuando los pulidos remos, y tienen relajados los miembros a causa de la fatiga, así, tan pronto como aparecieron aquéllos a los troyanos.

Paris mató a Menestio, que vivía en Arna y era hijo del rey Areítoo, famoso por su fuerza, y de Filomédusa, la de ojos de novilla; y Héctor con la puntiaguda lanza tiró a un bote en la cerviz, debajo del casco de bronce, y dejóle sin vigor los miembros. El hijo de Hipóloco y príncipe de los licios, arrojó en la refiada pelea un dardo a Polidamón cuando subía al carro de corredoras yeguas, y le acertó en la espalda: él cayó al suelo y sus miembros se relajaron.

Cuando Atenea, la diosa de ojos de lechuza, vio que aquéllos mataban a muchos troyanos en el duro combate, descendiendo en raudo vuelo de las cumbres del Olimpo, se aminó a la sagrada Ilíada. Pero, al advertirlo Apolo desde Pérgamo, fue a oponérsele, que deseaba que los troyanos ganaran la victoria. Encontráronse ambas deidades junto al muro; y el soberano Apolo, hijo de Zeus, habló primero diciendo:

¿Por qué, enardecida nuevamente, oh hija del gran Zeus, vienes del Olimpo? ¿Qué erosos afectos te mueven? ¿Acaso quieres dar a los dánaos la indecisa victoria? Porque los troyanos no te compadecerías, aunque estuviesen pereciendo. Si quieres descender con mi deseo -y sería lo mejor-, suspenderemos por hoy el combate y la guerra; y luego volverán a batallar hasta que logren arruinar a Ilíada, ya que os place a otras, las inmortales, destruir esta ciudad.

Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

Sea así, oh tú que hieres de lejos, con este propósito vine del Olimpo al campo de troyanos y de los aqueos. Mas ¿por qué medio has pensado suspender la batalla? Contestó el soberano Apolo, hijo de Zeus:

Hagamos que Héctor, de corazón fuerte, domador de caballos, provoque a los aqueos a pelear con él en terrible y singular combate; a indignados los aqueos, de muchas grebas, susciten a

alguien para que luche con el divino Héctor.

Así dijo; y Atenea, la diosa de ojos de lechuza, no se opuso. Héleno, hijo amado de mo, comprendió al punto lo que era grato a los dioses, que conversaban, y, llegándose éctor, le dirigió estas palabras:

¡Héctor, hijo de Príamo, igual en prudencia a Zeus! ¿Querrás hacer lo que te diga que soy tu hermano? Manda que suspendan la batalla los troyanos y los aqueos todos, ta al más valiente de éstos a luchar contigo en terrible combate, pues aún no ha uesto el hado que mueras y llegues al término fatal de tu vida. He oído sobre esto la de los sempiternos dioses.

Así dijo. Oyóle Héctor con intenso placer, y, corriendo al centro de ambos ejércitos la lanza cogida por el medio, detuvo las falanges troyanas, que al momento se que - n quietas. Agamenón contuvo a los aqueos, de hermosas grebas; y Atenea y Apolo, el arco de plata, transfigurados en buitres, se posaron en la alta encina del padre Zeus, lleva la égida, y se deleitaban en contemplar a los guerreros cuyas densas filas ecían erizadas de escudos, cascos y lanzas. Como el Céfito, cayendo sobre el mar, espas las olas, y el ponto negrea; de semejante modo sentáronse en la llanura las ras de aqueos y troyanos. Y Héctor, puesto entre unos y otros, dijo:

¡Oídmme, troyanos y aqueos, de hermosas grebas, y os diré to que en el pecho mi zón me dicta! El excelso Cronida no ratificó nuestros juramentos, y seguirá ándonos males a unos y a otros, hasta que toméis la torreada Ilio o sucumbáis junto a naves, surcadoras del ponto. Entre vosotros se hallan los más valientes aqueos; aquél a n el ánimo incite a combatir conmigo adelántese y será campeón con el divino tor. Propongo lo siguiente y Zeus sea testigo: Si aquél con su bronce de larga punta sigue quitarme la vida, despójeme de las armas, lléveselas a las cóncavas naves, y enue mi cuerpo a los míos para que los troyanos y sus esposas lo suban a la pira; y, si yo atare a él, por concederme Apolo tal gloria, me llevaré sus armas a la sagrada Ilio, las aré en el templo de Apolo, que hiere de lejos, y enviaré el cadáver a las naves de hos bancos, para que los aqueos, de larga cabellera, le hagan exequias y le erijan un ulo a orillas del espacioso Helesponto. Y dirá alguno de los futuros hombres, vesando el vinoso mar en una nave de muchos órdenes de remos: «Ésa es la tumba de varón que peleaba valerosamente y fue muerto en edad remota por el esclarecido tor.» Así hablará, y mi gloria no perecerá jamás.

Así dijo. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos, pues por vergüenza no saban el desafío y por miedo no se decidían a aceptarlo. Al fin levantóse Menelao, el corazón afligidísimo, y los apostrofó de esta manera:

¡Ay de mí, hombres jactanciosos; aqueas que no aqueos! Grande y horrible será stro oprobio si no sale ningún dánao al encuentro de Héctor. Ojalá os volvierais agua rra ahí mismo donde estáis sentados, hombres sin corazón y sin honor. Yo seré quien arme y luche con aquél, pues la victoria la conceden desde lo alto los inmortales 3 Esto dicho, empezó a ponerse la magnífica armadura. Entonces, oh Menelao, eras acabado la vida en manos de Héctor, cuya

fuerza era muy superior, si los reyes eos no se hubiesen apresurado a detenerte. El mismo Agamenón Atrida, el de vasto er, asíole de la diestra exclamando:

¡Deliras, Menelao, alumno de Zeus! Nada te fuerza a cometer tal locura. mínate, aunque estés afligido, y no quieras luchar por despique con un hombre más te que tú, con Héctor Priámida, que a todos amedrenta y cuyo encuentro en la batalla, de los varones adquieren gloria, causaba horror al mismo Aquiles, que lo aventaja o en bravura. Vuelve a juntarte con tus compañeros, siéntate, y los aqueos harán que evante un campeón tal, que, aunque aquél sea intrépido a incansable en la pelea, con o, creo, se entregará al descanso si consigue escapar de tan fiero combate, de tan lucha.

O Así dijo; y el héroe cambió la mente de su hermano con la oportuna exhortación. nelao obedeció; y sus servidores, alegres, quitáronle la armadura de los hombros. ces levantóse Néstor, y arengó a los argivos diciendo:

¡Oh dioses! ¡Qué motivo de pesar tan grande le ha llegado a la tierra aquea! ánto gemiría el anciano jinete Peleo, ilustre consejero y arengador de los mirmidones, en su palacio se gozaba con preguntarme por la prosapia y la descendencia de los vos todos! Si supiera que éstos tiemblan ante Héctor, alzaría las manos a los ortales para que su alma, separándose del cuerpo, bajara a la mansión de Hades. á, ¡padre Zeus, Atenea, Apolo!, fuese yo tan joven como cuando, encontrándose los os con los belicosos arcadios al pie de las murallas de Fea, cerca de la corriente del ano, trabaron el combate a orillas del impetuoso Celadonte. Entre los arcadios ecía en primera línea Ereutalión, varón igual a un dios, que llevaba la armadura del Areítoo; del divino Areítoo, a quien por sobrenombre llamaban el macero así los bres como las mujeres de hermosa cintura, porque no peleaba con el arco y la formie lanza, sino que rompía las falanges con la férrea maza. Al rey Areítoo matólo urgo, no empleando la fuerza, sino la astucia, en un camino estrecho, donde la férrea a no podía librarlo de la muerte: Licurgo se le adelantó, envasóle la lanza en medio cuerpo, hízolo caer de espaldas, y despojóle de la armadura, regalo del broncíneo , que llevaba en las batallas. Cuando Licurgo envejeció en el palacio, entregó dicha adura a Ereutalión, su escudero querido, para que la usara; y éste, con tales armas, fiaba entonces a los más valientes. Todos estaban amedrentados y temblando, y nadie trevía a aceptar el reto; pero mi ardido corazón me impulsó a pelear con aquel untuoso -era yo el más joven de todos- y combatí con él y Atenea me dio gloria, pues é matar a aquel hombre gigantesco y fortísimo que tendido en el suelo ocupaba un espacio. Ojalá me rejuveneciera tanto y mis fuerzas conservaran su robustez. ¡Cuán nto Héctor, el de tremolante casco, tendría combate! ¡Pero ni los que sois los más entes de los aqueos todos, ni siquiera vosotros, estáis dispuestos a it al encuentro de 1 De esta manera los increpó el anciano, y nueve por junto se levantaron. Levantóse, ho antes que los otros, el rey de hombres, Agamenón; luego el fuerte Diomedes da; después, ambos Ayantes, revestidos de impetuoso valor; tras ellos, Idomeneo y su dero Meriones, que al homicida Enialio igualaba; en seguida Eurípilo, hijo ilustre de món; y,

finalmente, Toante Andremónida y el divino Ulises: todos éstos querían ar con el ilustre Héctor. Y Néstor, caballero gerenio, les dijo:

Echad suertes, y aquél a quien le toque alegrará a los aqueos, de hermosas grebas, ntirá regocijo en el corazón si logra escapar del flero combate, de la terrible lucha. 5 Así dijo. Los nueve señalaron sus respectivas tarjas, y seguidamente las metieron l casco de Agamenón Atrida. Los guerreros oraban y alzaban las manos a los dioses. guno exclamó, mirando al anchuroso cielo:

¡Padre Zeus! Haz que le caiga la suerte a Ayante, al hijo de Tideo, o al mismo rey nas, rica en oro.

1 Así decían. Néstor, caballero gerenio, meneaba el casco, hasta que por fin saltó la que ellos querían, la de Ayante. Un heraldo llevóla por el concurso y, empezando la derecha, la enseñaba a los próceres aqueos, quienes, al no reconocerla, negaban fuese suya; pero, cuando llegó al que la había marcado y echado en el casco, al re Ayante, éste tendió la mano, y aquél se detuvo y le entregó la contraseña. El héroe conoció, con gran júbilo de su corazón, y, tirándola al suelo, a sus pies, exclamó:

¡Oh amigos! Mi tarja es, y me alegro en el alma porque espero vencer al divino tor. ¡Ea! Mientras visto la bélica armadura, orad al soberano Zeus Cronión, talmente, para que no lo oigan los troyanos; o en alta voz, pues a nadie tememos. No á quien, valiéndose de la fuerza o de la astucia, me ponga en fuga contra mi ntad; porque no creo que naciera y me criara en Salamina, tan inhábil para la lucha. 0 Tales fueron sus palabras. Ellos oraron al soberano Zeus Cronión, y algunos ron, mirando al anchuroso cielo:

¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédele a Ayante ctoria y un brillante triunfo; y, si amas también a Héctor y por él te interesas, dales a ambos igual fuerza y gloria.

6 Así hablaban. Púsose Ayante la armadura de luciente bronce; y, vestidas las armas orno de su cuerpo, marchó tan animoso como el terrible Ares cuando se encamina al bate de los hombres, a quienes el Cronión hace venir a las manos por una roedora ordía. Tan terrible se levantó Ayante, antemural de los aqueos, que sonreía con torva andaba a paso largo y blandía enorme lanza. Los argivos se regocijaron grandemente, que lo vieron, y un violento temblor se apoderó de los troyanos; al mismo Héctor itóle el corazón en el pecho; pero ya no podía manifestar temor ni retirarse a su cito, porque de él había partido la provocación. Ayante se le acercó con su escudo o una torre, broncéo, de siete pieles de buey, que en otro tiempo le hiciera Tiquio, ual habitaba en Hila y era el mejor de los curtidores. Éste formó el manejable escudo siete pieles de corpulentos bueyes y puso encima, como octava capa, una lámina de nce. Ayante Telamonio paróse, con el escudo al pecho, muy cerca de Héctor; y, nazándolo, dijo:

¡Héctor! Ahora sabrás claramente, de solo a solo, cuáles adalides pueden presentar dánaos, aun prescindiendo de Aquiles, que rompe filas de guerreros y tiene el ánimo n león. Mas el

héroe, enojado con Agamenón, pastor de hombres, permanece en las asaves surcadoras del ponto, y somos muchos los capaces de pelear contigo. Pero íe ya la lucha y el combate.

3 Respondióle el gran Héctor, el de tremolante casco:

¡Ayante Telamónio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! No me tientes cual si a un débil niño o una mujer que no conoce las cosas de la guerra. Versado estoy en combates y en las matanzas de hombres; sé mover a diestro y a siniestro la seca piel uey que llevo para luchar denodadamente; sé lanzarme a la pelea cuando en prestos os se batalla, y sé deleitar al cruel Ares en el estadio de la guerra. Pero a ti, siendo eres, no quiero herirte con alevosía, sino cara a cara, si puedo conseguirlo.

4 Dijo, y blandiendo la enorme lanza, arrojóla y atravesó el bronce que cubría como va capa el gran escudo de Ayante formado por siete boyunos cueros: la indomable a horadó seis de éstos y en el séptimo quedó detenida. Ayante, del linaje de Zeus, tiró vez su luenga lanza y dio en el escudo liso del Priámida, y la robusta lanza, pasando el terso escudo, se hundió en la labrada coraza y rasgó la túnica sobre el ijar; nóse el héroe, y evitó la negra muerte. Y arrancando ambos las luengas lanzas de los dos, acometiéronse como carniceros leones o puercos monteses, cuya fuerza es ensa. El Priámida hirió con la lanza el centro del escudo de Ayante, y el bronce no o romperlo porque la punta se torció. Ayante, arremetiendo, clavó la suya en el eso de aquél, a hizo vacilar al héroe cuando se disponía para el ataque; la punta abrióse ino hasta el cuello de Héctor, y en seguida brotó la negra sangre. Mas no por esto de combatir Héctor, el de tremolante casco, sino que, volviéndose, cogió con su usta mano un pedrejón negro y erizado de puntas que había en el campo; lo tiró, tó a dar en el bollón central del gran escudo de Ayante, de siete boyunas pieles, a resonar el bronce que lo cubría. Ayante entonces, tomando una piedra mucho mayor, espidió haciéndola voltear con una fuerza inmensa. La piedra torció el borde inferior hectóreo escudo, cual pudiera hacerlo una muela de molino, y chocando con las llas de Héctor lo hizo caer de espaldas asido al escudo; pero Apolo en seguida lo puso ie. Y ya se hubieran atacado de cerca con las espadas, si no hubiesen acudido dos lidos, mensajeros de Zeus y de los hombres, que llegaron respectivamente del campo os troyanos y del de los aqueos, de broncíneas corazas: Táltibio a Ideo, prudentes os. Éstos interpusieron sus cetros entre los campeones, a Ideo, hábil en dar sabios sejos, pronunció estas palabras:

¡Hijos queridos! No peleéis ni combatáis más; a entrambos os ama Zeus, que ntona las nubes, y ambos sois belicosos. Esto lo sabemos todos. Pero la noche ienza ya, y será bueno obedecerla.

2 Respondióle Ayante Telamónio:

¡Ideo! Ordenad a Héctor que lo disponga, pues fue él quien retó a los más entes. Sea el primero en desistir; que yo obedeceré, si él lo hiciere.

7 Díjole el gran Héctor, el de tremolante casco:

¡Ayante! Puesto que los dioses te han dado corpulencia, valor y cordura, y en el ojo de la lanza descuellas entre los aqueos, suspendamos por hoy el combate y la a, y otro día volveremos

a pelear hasta que una deidad nos separe, después de otorgar ictoria a quien quisiere. La noche comienza ya, y será bueno obedecerla. Así tú cajarás, en las naves, a todos los aqueos y especialmente a tus amigos y compañeros; o alegraré, en la gran ciudad del rey Príamo, a los troyanos y a las troyanas, de gantes peplos, que habrán ido a los sagrados templos a orar por mí. ¡Ea! Hagámonos ficos regalos, para que digan aqueos y troyanos: «Combatieron con roedor encono, separaron unidos por la amistad.»

3 Cuando esto hubo dicho, entregó a Ayante una espada guarnecida con argénteos os, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor; y Ayante regaló a Héctor un oso tahalí teñido de púrpura. Separáronse luego, volviendo el uno a las tropas aqueas otro al ejército de los troyanos. Éstos se alegraron al ver a Héctor vivo, y que reaba incólume, libre de la fuerza y de las invictas manos de Ayante, cuando ya raban de que se salvara; y lo acompañaron a la ciudad. Por su parte, los aqueos, mosas grebas, llevaron a Ayante, ufano de la victoria, a la tienda del divino menón.

3 Así que estuvieron en ella, Agamenón Atrida, rey de hombres, sacrificó al otente Cronión un buey de cinco años. Al instante to desollaron y prepararon, lo ieron todo, lo dividieron con suma habilidad en pedazos muy pequeños, lo vesaron con pinchos, to asaron cuidadosamente y lo retiraron del fuego. Terminada la y dispuesto el festín, comieron sin que nadie careciese de su respectiva porción; y oderoso héroe Agamenón Atrida obsequió a Ayante con el ancho lomo. Cuando eron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión era ada siempre como la mejor, comenzó a darles un consejo. Y, arengándolos con evolencia, así les dijo:

¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Ya que han muerto tantos enudos aqueos, cuya negra sangre esparció el cruel Ares por la ribera del Escamandro ímpida corriente y cuyas almas descendieron a la mansión de Hades, conviene que endas los combates, y mañana, reunidos todos al comenzar del día, traeremos los áveres en carros tirados por bueyes y mulos, y los quemaremos cerca de los bajeles llevar sus cenizas a los hijos de los difuntos cuando regresemos a la patria tierra! amos luego con sierra de la llanura, amontonada en torno de la pira, un túmulo ún; edifiquemos en seguida a partir del mismo una muralla con altas torres, que sea eparo para las naves y para nosotros mismos; dejemos puertas que se cierren con bien tadas tablas, para que pasen los carros, y cavemos delante del muro un profundo foso, detenga a los hombres y a los caballos si algún día no podemos resistir la acometida os altivos troyanos.

4 Así habló, y los demás reyes aplaudieron. Reuniéronse los troyanos en la acrópolis lio, cerca del palacio de Príamo, y la junta fue agitada y turbulenta. El prudente énor comenzó a arengarles de esta manera:

¡Oídmme, troyanos, dárđanos y aliados, y os manifestaré to que en el pecho mi zón me dicta! Ea, restituyamos la argiva Helena con sus riquezas y que los Atridas se even. Ahora combatimos después de quebrar la fe ofrecida en los juramentos, y no ro que alcancemos éxito alguno mientras no hagamos to que propongo.

4 Dijo, y se sentó. Levantóse el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa ellera, y, dirigiéndose a aquél, pronunció estas aladas palabras:

¡Anténor! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si mente hablas con seriedad, los mismos dioses to han hecho perder el juicio. Y a los nos, domadores de caballos, les diré to siguiente: Paladinamente lo declaro, no olveré la mujer, pero sí quiero dar cuantas riquezas traje de Argos y aun otras que diré de mi casa.

5 Dijo, y se sentó. Levantóse Príamo Dardánida, consejero igual a los dioses, y les gó con benevolencia diciendo:

¡Oídmme, troyanos, dárdanos y aliados, y os manifestaré lo que en el pecho mi zón me dicta! Cenad en la ciudad, como siempre; acordaos de la guardia, y vigilad s; al romper el alba, vaya Ideo a las cóncavas naves; anuncie a los Atridas, menón y Menelao, la proposición de Alejandro, por quien se suscitó la contienda, y anles esta prudente consulta: Si quieren, que se suspenda el horrísono combate para mar los cadáveres; y luego volveremos a pelear hasta que una deidad nos separe y gue la victoria a quien le plazca.

9 Así dijo; ellos lo escucharon y obedecieron, tomando la cena en el campo sin per las filas, y, apenas comenzó a alborear, encaminóse Ideo a las cóncavas naves y ó a los dánaos, servidores de Ares, reunidos en junta cerca de la nave de Agamenón. eraldo de voz sonora, puesto en medio, les dijo:

¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Mándanme Príamo y los ilustres anos que os participe, y ojalá os fuera acepta y grata, la proposición de Alejandro, por n se suscitó la contienda. Ofrece dar cuantas riquezas trajo a Ilio en las cóncavas

¡así hubiese perecido antes!- y aun añadir otras de su casa; pero se niega a olverla legítima esposa del glorioso Menelao, a pesar de que los troyanos se to nsejan. Me han ordenado también que os haga esta consulta: Si queréis, que se enda el horrísono combate para quemar los cadáveres; y luego volveremos a pelear a que una deidad nos separe y otorgue la victoria a quien le plazca.

8 Así habló. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Pero al fin Diomedes, ente en la pelea, dijo:

No se acepten ni las riquezas de Alejandro, ni a Helena tampoco; pues es evidente, a para el más simple, que la ruína pende sobre los troyanos.

3 Así se expresó; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de medes, domador de caballos. Y el rey Agamenón dijo entonces a Ideo:

¡Ideo! Tú mismo oyas las palabras con que responden los aqueos; ellas son de mi do. En cuanto a los cadáveres, no me opongo a que sean quemados, pues ha de rarse toda dilación para satisfacer prontamente a los que murieron, entregando sus pos a las llamas. Zeus tonante, esposo de Hera, reciba el juramento.

2 Dicho esto, alzó el cetro a todos los dioses; a Ideo regresó a la sagrada Ilio, donde speraban, reunidos en junta, troyanos y dárdanos. El heraldo, puesto en medio, dijo la uesta. En seguida

dispusiéronse unos a recoger los cadáveres, y otros a ir por leña. A ez, los argivos salieron de las naves de muchos bancos, unos para recoger los cadáveres, y otros para ir por leña.

1 Ya el sol hería con sus rayos los campos, subiendo al cielo desde la plácida y unda corriente del Océano, cuando aqueos y troyanos se mezclaron unos con otros en nura. Difícil era reconocer a cada varón; pero lavaban con agua las manchas de gre de los cadáveres y, derramando ardientes lágrimas, los subían a los carros. El gran mo no permitía que los troyanos lloraran: éstos, en silencio y con el corazón afligido, aron los cadáveres sobre la pira, los quemaron y volvieron a la sacra Ilio. Del mo modo, los aqueos, de hermosas grebas, hacinaron los cadáveres sobre la pira, los maron y volvieron a las cóncavas naves.

3 Cuando aún no despuntaba la aurora, pero ya la luz del alba se difundía, un grupo gido de aqueos se reunió en torno de la pira. Erigieron con tierra de la llanura un túo común; construyeron a partir del mismo una muralla con altas torres, que sirviese eparo a las naves y a ellos mismos; dejaron puertas, que se cerraban con bien tadas tablas, para que pudieran pasar los carros, y cavaron delante del muro un gran profundo y ancho, que defendieron con estacas.

2 De tal suerte trabajaban los melenudos aqueos; y los dioses, sentados junto a Zeus minador, contemplaban la grande obra de los aqueos, de broncéas corazas. Y Posique sacude la tierra, empezó a decirles:

¡Padre Zeus! ¿Cuál de los mortales de la vasta tierra consultará con los dioses sus amientos y proyectos? ¿No ves que los melenudos aqueos han construido delante de naves un muro con su foso, sin ofrecer a los dioses hecatombes perfectas? La fama de muro se extenderá tanto como la luz de la aurora; y se echará en olvido el que ¡abrayo y Febo Apolo cuando con gran fatiga construimos la ciudad para el héroe medonte.

4 Zeus, que amontona las nubes, respondió muy indignado:

¡Oh dioses! ¡Tú, prepotente batidor de la tierra, qué palabras proferiste! A un dios inferior en fuerza y ánimo podría asustarle tal pensamiento; pero no a ti, cuya fama xtenderá tanto como la luz de la aurora. Ea, cuando los aqueos, de larga cabellera, esen en las naves a su patria tierra, derriba el muro, arróvalo entero al mar, y enarena vez la espaciosa playa para que desaparezca la gran muralla aquea.

4 Así éstos conversaban. Al ponerse el sol los aqueos tenían la obra acabada; olaron bueyes y se pusieron a cenar en las respectivas tiendas, cuando arribaron, edentes de Lemnos, muchas naves cargadas de vino que enviaba Euneo Jasónida, de Hipsípile y de Jasón, pastor de hombres. El hijo de Jasón mandaba radamente, para los Atridas, Agamenón y Menelao, mil medidas de vino. Los medos aqueos acudieron a las naves; compraron vino, unos con bronce, otros con ente hierro, otros con pieles, otros con vacas y otros con esclavos; y prepararon un n espléndido. Toda la noche los melenudos aqueos disfrutaron del banquete, y lo mo hicieron en la ciudad los troyanos y sus aliados. Toda la noche estuvo el pródigo s meditando cómo les causaría males y tronando de un modo horrible: el pálido temor poderó de todos, derramaron a

tierra el vino de las copas, y nadie se atrevió a beber que antes hiciera libaciones al prepotente Cronión. Después se acostaron y el don del ño recibieron.

## Canto viii\*



### Batalla interrumpida

Y la tercera es favorable a los troyanos, que quedan vencedores y pernoctan en el campo en vez de irarse a la ciudad, y así poder rematar la victoria al día siguiente. Zeus, en asamblea divina había ohibido a los inmonales acudir en socorro de los hombres, y él ha ayudado a los troyanos.

La Aurora, de azafranado velo, se esparcía por toda la tierra, cuando Zeus, que se ce en lanzar rayos, reunió el ágora de los dioses en la más alta de las muchas bres del Olimpo. Y así les habló, mientras ellos atentamente lo escuchaban: ¡Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste to que en el pecho mi corazón dicta! Ninguno de vosotros, sea varón o hembra, se atreva a transgredir mi mandato; s bien, asentid todos, a fin de que cuanto antes lleve a cabo lo que pretendo. El dios intente separarse de los demás y socorrer a los troyanos o a los dánaos, como yo lo volverá afrentosamente golpeado al Olimpo; o, cogiéndolo, lo arrojaré al tenebroso aro, muy lejos, en lo más profundo del bátrato debajo de la tierra -sus puertas son de ro, y el umbral, de bronce, y su profundidad desde el Hades como del cielo a la

, y conocerá en seguida cuánto aventaja mi poder al de las demás deidades. Y, si éis, haced esta prueba, oh dioses, para que os convenzáis. Suspended del cielo áurea ena, asíos todos, dioses y diosas, de la misma, y no os será posible arrastrar del cielo a erra a Zeus, árbitro supremo, por mucho que os fatiguéis; mas, si yo me resolviese a de aquélla, os levantaría con la tierra y el mar, ataría un cabo de la cadena en la bre del Olimpo, y todo quedaría en el aire. Tan superior soy a los dioses y a los bres.

Así habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues fue mucha la emencia con que se expresó. A1 fin, Atenea, la diosa de ojos de lechuza, dijo:

¡Padre nuestro, Cronida, el más excelso de los soberanos! Bien sabemos que es ntrastable tu poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se plirá su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en el combate, si nos lo das; pero sugeriremos a los argivos consejos saludables, a fin de que no perezcan s, a causa de tu cólera.

Sonriéndose, le contestó Zeus, que amontona las nubes:

Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo ro ser complaciente.

Esto dicho, unció los corceles de pies de bronce y áureas crines, que volaban ligeros; ó la dorada túnica, tomó el látigo de oro y fina labor y subió al carro. Picó a los caos para que arrancaran; y éstos, gozosos, emprendieron el vuelo entre la tierra y el ellado cielo. Pronto llegó al Ida, abundante en fuentes y criador de fieras, al Gárgaro, de tenía un bosque sagrado y un

perfumado altar; allí el padre de los hombres y de dioses detuvo los corceles, los desenganchó del carro y los cubrió de espesa niebla. se luego en la cima, ufano de su gloria, y se puso a contemplar la ciudad troyana y naves aqueas.

Los melenudos aqueos se desayunaron apresuradamente en las tiendas, y en seguida aron las armas. También los troyanos se armaron dentro de la ciudad; y, aunque eran os, estaban dispuestos a combatir, obligados por la cruel necesidad de proteger a sus s y mujeres: abriéronse todas las puertas, salió el ejército de infantes y de los que ban en carros, y se produjo un gran tumulto.

Cuando los dos ejércitos llegaron a juntarse, chocaron entre sí los escudos, las lanzas valor de los guerreros armados de bronceas corazas, y al aproximarse las lonadas rodela se produjo un gran tumulto. Allí se oían simultáneamente los entos de los moribundos y los gritos jactanciosos de los matadores, y la tierra manaba Al amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los dardos nzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Cuando el sol hubo recorrido itad del cielo, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en ella dos destinos de la rte que tiende a lo largo -el de los troyanos, domadores de caballos, y el de los eos, de bronceas lorigas-; cogió por el medio la balanza, la desplegó y tuvo más o el día fatal de los aqueos. Los destinos de éstos bajaron hasta llegar a la fértil tierra, ntras los de los troyanos subían al espacioso cielo. Zeus, entonces, tronó fuerte desde da y envió una ardiente centella a los aqueos, quienes, al verla, se pasmaron, ecogidos de pálido temor.

Ya no se atrevieron a permanecer en el campo ni Idomeneo, ni Agamenón, ni los Ayantes, servidores de Ares; y sólo se quedó Néstor gerenio, protector de los aqueos, ra su voluntad, por tener malparado uno de los corceles, al cual el divino Alejandro, oso de Helena, la de hermosa cabellera, había herido con una flecha en lo alto de la za, donde las crines empiezan a crecer y las heridas son mortales. El caballo, al sentir olor, se encabritó, y la flecha le penetró el cerebro; y, revolcándose para sacudir el nce, espantó a los demás caballos. Mientras el anciano se daba prisa a cortar con la da las correas del caído corcel, vinieron por entre la muchedumbre los veloces allos de Héctor, tirando del carro en que iba tan audaz guerrero. Y el anciano perdiera la vida, si al punto no lo hubiese advertido Diomedes, valiente en la pelea; el cual, ferando de un modo horrible, dijo a Ulises:

¡Laertada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! ¿Adónde huyes, undido con la turba y volviendo la espalda como un cobarde? Mira que alguien, ntras huyes, no te clave la lanza en el dorso. Pero aguarda y apartaremos del anciano roz guerrero.

Así dijo, y el paciente divino Ulises pasó sin oírlo, corriendo hacia las cóncavas es de los aqueos. El Tidida, aunque estaba solo, se abrió paso por las primeras filas; y, niéndose ante el carro del viejo Nelida, pronunció estas aladas palabras:

¡Oh anciano! Los guerreros mozos te acosan y te hallas sin fuerzas, abrumado por olesta senectud; tu escudero tiene poco vigor y tus caballos son tardos. Sube a mi o para que veas cuáles son los corceles de Tros que quité a Eneas, el que pone en fuga s enemigos, y cómo saben

tanto perseguir acá y acullá de la llanura, como huir ros. De los tuyos cuiden los servidores; y nosotros dirijamos éstos hacia los troyanos, adores de caballos, para que Héctor sepa con qué furia se mueve la lanza en mis 2 Dijo; y Néstor, caballero gerenio, no desobedeció. Encargáronse de sus yeguas los os escuderos Esténelo y Eurimedonte valeroso; y habiendo subido ambos héroes al o de Diomedes, Néstor cogió las lustrosas riendas y avisó a los caballos, y pronto se aron cerca de Héctor. El hijo de Tideo arrojóle un dardo, cuando Héctor deseaba acoerlo, y si bien erró el tiro, hirió en el pecho cerca de la tetilla a Eniopeo, hijo del moso Tebeo, que, como auriga, gobernaba las riendas: Eniopeo cayó del carro, cejaron veloces corceles y a11í terminaron la vida y el valor del guerrero. Hondo pesar sintió espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque condolido del compañero, dejóle en el o y buscó otro auriga que fuese osado. Poco tiempo estuvieron los caballos sin ductor, pues Héctor encontróse con el ardido Arqueptólemo Iftída, y, haciéndole sual carro de que tiraban los ágiles corceles, le puso las riendas en la mano.

0 Entonces gran estrago a irreparables males se hubieran producido y los troyanos ían sido encerrados en Ilio como corderos, si al punto no lo hubiese advertido el e de los hombres y de los dioses. Tronando de un modo espantoso, despidió un ente rayo para que cayera en el suelo delante de los caballos de Diomedes; el azufre endido produjo una terrible llama; los corceles, asustados, acurrucáronse debajo del o; las lustrosas riendas cayeron de las manos de Néstor, y éste, con miedo en el zón, dijo a Diomedes:

¡Tidida! Tuerce la rienda a los solípedos caballos y huyamos. ¿No conoces que la ección de Zeus ya no te acompaña? Hoy Zeus Cronida otorga a ése la victoria; otro si le place, nos la dará a nosotros. Ningún hombre, por fuerte que sea, puede impedir propósitos de Zeus, porque el dios es mucho más poderoso.

5 Respondióle Diomedes, valiente en la pelea:

Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir, pero un terrible pesar me llega al zón y al alma. Quizá diga Héctor, arengando a los troyanos: «El Tidida llegó a las napuesto en fuga por mi lanza» Así se jactará; y entonces ábraseme la vasta tierra. 1 Replicóle Néstor, caballero gerenio:

¡Ay de mí! ¡Qué dijiste, hijo del belicoso Tideo! Si Héctor te llamare cobarde y o, no lo creerán ni los troyanos, ni los dardanios, ni las mujeres de los troyanos magmos, escudados, cuyos esposos florecientes derribaste en el polvo.

7 Dichas estas palabras, volvió la rienda a los solípedos caballos, y empezaron a huir re la turba. Los troyanos y Héctor, promoviendo inmenso alboroto, hacían llover e ellos dañosos tiros. Y el gran Héctor, el de tremolante casco, gritaba con voz recia:

¡Tidida! Los dánaos, de ágiles corceles, te cedían la preferencia en el asiento y te equiaban con carne y copas de vino; mas ahora te despreciarán, porque te has vuelto o una mujer. Anda, tímida doncella; ya no escalarás nuestras torres, venciéndome a ni te llevarás nuestras mujeres en las naves, porque antes to daré la muerte.

7 Así dijo. El Tidida estaba indeciso entre seguir huyendo o torcer la rienda a los eles y volver a pelear. Tres veces se le presentó la duda en la mente y en el corazón, es veces el pródigo Zeus tronó desde los montes ideos para anunciar a los troyanos suya sería en aquel combate la inconstante victoria. Y Héctor los animaba, diciendo a en grito:

¡Troyanos, licios, dárđanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, ostrad vuestro impetuoso valor. Conozco que el Cronida me concede, benévolo, la oria y una gloria inmensa y envía la perdición a los dánaos; quienes, oh necios, struyeron esos muros débiles y despreciables que no podrán contener mi arrojo, pues ballos salvarán fácilmente el cavado foso. Cuando llegue a las cóncavas naves, daos de traerme el voraz fuego para que las incendie y mate junto a ellas a los vos aturridos por el humo.

4 Dijo, y exhortó a sus caballos con estas palabras:

¿Janto, Podargo, Etón, divino Lampo! Ahora debéis pagarme el exquisito cuidado que Andrómaca, hija del magnánimo Eetión, os ofrecía el regalado trigo y os mezclainos para que pudieseis, bebiendo, satisfacer vuestro apetito antes que a mí, que me ío de ser su floreciente esposo. Seguid el alcance, esforzaos, para ver si nos deramos del escudo de Néstor, cuya fama llega hasta el cielo por ser todo de oro, sin eptuar las abrazaderas, y le quitamos de los hombros a Diomedes, domador de allos, la labrada coraza que Hefesto fabric ó. Creo que, si ambas cosas consiguiéramos, aqueos se embarcarían esta misma noche en las veleras naves.

9 Así habló, vanagloriándose. La veneranda Hera, indignada, se agitó en su trono, endo estremecer el espacioso Olimpo, y dijo al gran dios Posidón:

¡Oh dioses! ¡Prepotente Posidón que bates la tierra! ¿Tu corazón no se compadece os dánaos moribundos que tantos y tan lindos presentes lo llevan a Hélice y a Egas? ídete a darles la victoria. Si cuantos protegemos a los dánaos quisiéramos rechazar a royanos y contener al largovidente Zeus, éste se aburriría sentado solo allá en el Ida. 8 Respondióle muy indignado el poderoso dios que sacude la tierra:

¿Qué palabras proferiste, audaz Hera? Yo no quisiera que los demás dioses áramos con Zeus Cronión porque nos aventaja mucho en poder.

2 Así éstos conversaban. Cuanto espacio encerraba el foso desde la torre hasta las es llenóse de carros y hombres escudados que a11f acorraló Héctor Priámda, igual al so Ares, cuanto Zeus le dio gloria. Y el héroe hubiese pegado ardiente fuego a las es bien proporcionadas a no haber sugerido la venerable Hera a Agamenón, aunque no se descuidaba, que animara pronto a los aqueos. Fuese el Atrida hacia las tiendas s naves aqueas con el grande purpúreo manto en el robusto brazo, y subió a la ingente e negra de Ulises, que estaba en el centro, para que lo oyeran por ambos lados hasta iendas de Ayante Telamonio y de Aquiles, los cuales habían puesto sus bajeles en los emos porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Y con voz penetrante aba a los dánaos:

¡Qué vergüenza, argivos, hombres sin dignidad, admirables sólo por la figura! é es de la jactancia con que nos gloriábamos de ser valentísimos, y con que decíais untuosamente en

Lemnos, comiendo abundante carne de bueyes de erguida amenta y bebiendo cráteras coronadas de vino, que cada uno haría frente en la batalla ento y a doscientos troyanos? Ahora ni con uno podemos, con Héctor, que pronto ará ardiente fuego a las naves. ¡Padre Zeus! ¿Hiciste sufrir tamaña desgracia y aste de una gloria tan grande a algún otro de los prepotentes reyes? Cuando vine, no de largo en la nave de muchos bancos por ninguno de tus bellos altares, sino que en s quemé grasa y muslos de buey, deseoso de asolarla bien murada Troya. Por Canto, Zeus, cúmpleme este voto: déjanos escapar y librarnos de este peligro, y no permitas los troyanos maten a los aqueos.

5 Así dijo. El padre, compadecido de verle derramar lágrimas, le concedió que su blo se salvara y no pereciese; y en seguida mandó un águila, la mejor de las aves eras, que tenía en las garras el hijuelo de una veloz cierva y lo dejó caer al pie del ara mosa de Zeus, donde los aqueos ofrecían sacrificios al dios, como autor de los agios todos. Cuando ellos vieron que el ave había sido enviada por Zeus, metieron con más ímpetu contra los troyanos y sólo en combatir pensaron.

3 Entonces ninguno de los dánaos, aunque eran muchos, pudo gloriarse de haber elto sus veloces caballos para pasar el foso y resistir el ataque, antes que el Tidida. éste el primero que mató a un guerrero troyano, a Agelao Fradmónida, que, subido en arro, emprendía la fuga: hundióle la pica en la espalda, entre los hombros, y la punta ó por el pecho; Agelao cayó del carro y sus armas resonaron.

1 Siguieron a Diomedes los Atridas, Agamenón y Menelao; los Ayantes, revestidos mpetuoso valor; Idomeneo y su servidor Meriones, igual al homicida Enialio; pilo, hijo ilustre de Evemón; y en noveno lugar, Teucro, que, con el flexible arco en ano, se escondía detrás del escudo de Ayante Telamoníada. Éste levantaba el escudo; eucro, volviendo el rostro a todos lados, flechaba a uno de la turba que caía talmente herido, y al momento tornaba a refugiarse en Ayante (*como un niño en su re*), quien to cubría otra vez con el refulgente escudo.

3 ¿Cuál fue el primero, cuál el último de los que entonces mató el eximio Teucro? loco el primero, Órmeno, Ofestes, Détor, Cromio, Licofontes igual a un dios, opaón Poliemoníada y Melanipo. A tantos derribó sucesivamente al almo suelo. El rey hombres, Agamenón, se holgó de ver que Teucro destruía las falanges troyanas, arando el fuerte arco; y, poniéndose a su lado, le dijo:

¡Caro Teucro Telamonio, príncipe de hombres! Sigue arrojando flechas, por si o llegas a ser la aurora de salvación de los dánaos y honras a to padre Telamón, que ió cuando eras niño y te educó en su casa, a pesar de tu condición de bastardo; ya que lejos de aquí, cúbrele de gloria. Lo que voy a decir se cumplirá: Si Zeus, que lleva la a, y Atenea me permiten destruir la bien edificada ciudad de Ilio, te pondré en la o, como premio de honor únicamente inferior al mío, o un trípode o dos corceles con orrespondiente carro o una mujer que comparta el lecho contigo.

2 Respondióle el eximio Teucro:

¡Gloriosísimo Atrida! ¿Por qué me instigas cuando ya, solícito, hago lo que do? Desde que los rechazamos hacia Ilio mato hombres, valiéndome del arco. Ocho has de larga punta tiré, y todas se clavaron en el cuerpo de jóvenes llenos de marcial r; pero no consigo herir a ese perro rabioso.

0 Dijo; y, apercibiendo el arco, envió otra flecha a Héctor con intención de herirlo. mpoco acertó, pero la saeta se clavó en el pecho del eximio Gorgitión, valeroso hijo de mo y de la bella Castianira, oriunda de Esima, cuyo cuerpo al de una diosa semejaba. mo en un jardín inclina la amapola su tallo, combándose al peso del fruto o de los ceros primaverales, de semejante modo inclinó el guerrero la cabeza que el casco a ponderosa.

9 Teucro armó nuevamente el arco, envió otra saeta a Héctor, con ánimo de herirlo, y bien erró el tiro, por haberlo desviado Apolo; pero hirió en el pecho cerca de la tetilla rqueptólemo, osado auriga de Héctor, cuando se lanzaba a la pelea. Arqueptólemo ó del carro, cejaron los corceles de pies ligeros, y a11f terminaron la vida y el valor guerrero. Hondo pesar sintió el espíritu de Héctor por tal muerte; pero, aunque dolido del compañero, dejólo y mandó a su propio hermano Cebríones, que se hallaba a, que empuñara las riendas de los caballos. Oyóle éste y no desobedeció. Héctor ó del refulgence carro al suelo, y, vociferando de un modo espantoso, cogió una ra y encaminóse hacia Teucro con el propósito de herirlo. Teucro, a su vez, sacó del aj una acerba flecha, y ya estiraba la cuerda del arco, cuando Héctor, el de tremolante o, acertó a darle con la áspera piedra cerca del hombro, donde la clavícula separa el lo del pecho y las heridas son mortales, y le rompió el nervio: entorpecióse el brazo, cro cayó de hinojos y el arco se le fue de las manos. Ayante no abandonó al hermano o en el suelo, sino que, corriendo a defenderlo, lo cubrió con el escudo. Acudieron fieles compañeros, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor; y, cogiendo a cro, que daba grandes suspiros, to llevaron a las cóncavas naves.

5 El Olímpico volvió a excitar el valor de los troyanos, los cuales hicieron arredrar a aqueos en derechura al profundo foso. Héctor iba con los delanteros, haciendo gala de uerza. Como el perro que acosa con ágiles pies a un jabalí o a un león, lo muerde por ás, ya los muslos, ya las nalgas, y observa si vuelve la cara; de igual modo perseguía tor a los melenudos aqueos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espántados. ndo atravesaron la empalizada y el foso, muchos sucumbieron a manos de los anos; los demás no pararon hasta las naves, y a11f se animaban los unos a los otros, y los brazos levantados oraban en voz alta a todas las deidades. Héctor revolvía por artes los corceles de hermosas crines; y sus ojos parecían los de Gorgona o los de s, peste de los hombres.

0 Hera, la diosa de los niveos brazos, al ver a los aqueos compadeciólos, en seguida gió a Atenea estas aladas palabras:

¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¿No nos cuidaremos de socorrer, que tarde, a los dánaos moribundos? Perecerán, cumpliéndose su aciago destino, por rojo de un solo hombre, de Héctor Priámda, que se enfurece de intolerable modo y a causado gran estrago.

7 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

8 Tiempo ha que ése hubiera perdido fuerza y vida, muerto en su patria tierra por los eos; pero mi padre revuelve en su mente funestos propósitos, ¡cruel, siempre injusto, baratador de mis planes!, y no recuerda cuántas veces salvé a su hijo abrumado por los ajos que Euristeo le había impuesto: clamaba al cielo, llorando, y Zeus me enviaba a orrerlo. Si mi precavida mente hubiese sabido to de ahora, no hubiera escapado el hijo Zeus de las hondas corrientes de la Éstige, cuando aquél lo mandó que fuera a la sión de Hades, de sólidas puertas, y sacara del Érebo el horrendo can de Hades. Al ente Zeus me aborrece y cumple los deseos de Tetis, que besó sus rodillas y le tocó la a, suplicándole que honrase a Aquiles, asolador de ciudades. Día vendrá en que me e nuevamente su amada hija, la de ojos de lechuza. Pero unce los solipedos corceles, ntras yo, entrando en el palacio de Zeus, que lleva la égida, me armo para el combate; ro ver si el hijo de Príamo, Héctor, el de tremolante casco, se alegrará cuando ezcamos en el campo de la batalla. Alguno de los troyanos, cayendo junto a las naves eas, saciará con su grasa y con su carne a los perros y a las aves.

1 Dijo; y Hera, la diosa de los níveos brazos, no fue desobediente. La venerable diosa a, hija del gran Crono, aprestó solícita los caballos de áureos jaeces. Y Atenea, hija de s, que lleva la égida, dejó caer al suelo el hermoso peplo bordado que ella misma a tejido y labrado con sus manos; vistió la túnica de Zeus, que amontona las nubes, y rmó para la luctuosa guerra. Y subiendo al flamante carro, asió la lanza ponderosa, a, fornida, con que la hija del prepotente padre destruye filas entenas de héroes ndo contra ellos monta en cólera. Hera picó con el látigo a los corceles, y abriéronse ropio impulso rechinando las puertas del cielo de que cuidan las Horas -a ellas está iado el espacioso cielo y el Olimpo-, para remover o colocar delante la densa nube. allí, por entre las puertas, dirigieron aquellas deidades los corceles, dóciles al látigo. 7 El padre de Zeus, apenas las vio desde el Ida, se encendió en cólera; y al punto ó a Iris, la de doradas alas, para que le sirviese de mensajera:

¡Anda, ve, rápida Iris! Haz que se vuelvan y no les dejes llegar a mi presencia, que ningún beneficio les reportará luchar conmigo. Lo que voy a decir se cumplirá: ojaréles los briosos corceles; las derr ibaré del carro, que romperé luego, y ni en diez s cumplidos sanarán de las heridas que les produzca el rayo, para que conozca la de de lechuza que es con su padre contra quien combate. Con Hera no me irrito ni me olerizo tanto, porque siempre ha solido. oponerse a cuanto digo.

9 De cal modo habló. Iris, la de los pies rápidos como el huracán, se levantó para ar el mensaje; descendió de los montes ideos; y, alcanzando a las diosas en la entrada Olimpo, en valles abundoso, hizo que se detuviesen, y les transmitió la orden de Zeus:

¿Adónde corréis? ¿Por qué en vuestro pecho el corazón se enfurece? No consiente ronida que se socorra a los argivos. Ved aquí to que hará el hijo de Crono si cumple amenaza: Os encojará los briosos caballos, os derribará del carro, que romperá luego, en diez años cumplidos sanaréis de las heridas que os produzca el rayo; para que cocas tú, la de ojos de lechuza, que es con tu padre contra quien combates. Con Hera no rita ni se encoleriza tanto, porque siempre

ha solido oponerse a cuanto dice. ¡Pero tú, eraria, perra desvergonzada, si realmente to atrevieras a levantar contra Zeus la midable lanza...!

5 Cuando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros; y Hera dirigió a Atenea s palabras:

¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! Ya no permito que por los mortales emos con Zeus. Mueran unos y vivan otros, cualesquiera que fueren; y aquél sea , como le corresponde, y dé a los troyanos y a los dánaos lo que su espíritu acuerde. 2 Esto dicho, torció la rienda a los solípedos caballos. Las Horas desuncieron los eles de hermosas crines, los ataron a pesebres divinos y apoyaron el carro en el ciento muro. Y las diosas, que tenían el corazón afligido, se sentaron en áureos tronos cladamente con las demás deidades.

8 El padre Zeus, subiendo al carro de hermosas ruedas, guió los caballos desde el Ida limpo y llegó a la mansión de los dioses; y a11í el ínclito dios que sacude la tierra unció los corceles, puso el carro en el estrado y lo cubrió con un velo de lino. El ovidente Zeus tomó asiento en el áureo trono y el inmenso Olimpo tembló debajo de pies. Atenea y Hera, sentadas aparte y a distancia de Zeus, nada le dijeron ni untaron; mas él comprendió en su mente to que pensaban, y dijo:

¿Por qué os halláis tan abatidas, Atenea y Hera? No os habréis fatigado mucho en atalla, donde los varones adquieren gloria, matando troyanos, contra quienes sentís emente rencor. Son tales mi fuerza y mis manos invictas, que no me harían cambiar resolución cuantos dioses hay en el Olimpo. Pero os temblaron los hermosos mbros antes que llegarais a ver el combate y sus terribles hechos. Diré lo que en otro hubiera ocurrido: Heridas por el rayo, no hubieseis vuelto en vuestro carro al mpo, donde se halla la mansión de los inmortales.

7 Así dijo. Atenea y Hera, que tenían los asientos contiguos y pensaban en causar o a los troyanos, mordieron los labios. Atenea, aunque airada contra su padre y eída de feroz cólera, guardó silencio y nada dijo; pero a Hera la ira no le cupo en el ho, y exclamó:

¡Crudelísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Bien sabemos que es ntrastable to poder; pero tenemos lástima de los belicosos dánaos, que morirán, y se plirá su aciago destino. Nos abstendremos de intervenir en la lucha, si nos lo mandas, sugeriremos a los argivos consejos saludables para que no perezcan todos víctimas u cólera.

9 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

En la próxima mañana verás, si quieres, oh Hera veneranda, la de ojos de novilla, o el prepotente Cronión hace gran riza en el ejército de los belicosos argivos. Y el etuoso Héctor no dejará de pelear hasta que junto a las naves se levante el Pelida, el os pies ligeros, el día aquel en que combatan cerca de las popas y en estrecho espacio el cadáver de Patroclo. Así lo decretó el hado, y no me importa que te irrites. Aunque ayas a los confines de la tierra y del mar, donde moran Jápeto y Crono, que no rutan de los rayos del Sol Hiperión ni de los vientos, y se hallan rodeados por el unda Tártaro; aunque, errante, llegues hasta a11í, no me importará verte enojada, que no hay nada más impudente que tú.

4 Así dijo; y Hera, la de los níveos brazos, nada respondió. La brillante luz del sol se dió en el Océano, trayendo sobre la alma tierra la noche oscura. Contrarió a los anos la desaparición de la luz; mas para los aqueos llegó grata, muy deseada, la brosa noche.

9 El esclarecido Héctor reunió a los troyanos en la ribera del voraginoso Janto, lejos as naves, en un lugar limpio donde el suelo no aparecía cubierto de cadáveres. éllos descendieron de los carros y escucharon a Héctor, caro a Zeus, que arrimado a ma de once codos, cuya reluciente broncínea punta estaba sujeta por áureo anillo, así arengaba:

¡Oídmeme, troyanos, dárđanos y aliados! En el día de hoy esperaba volver a la osa Ilio después de destruir las naves y acabar con todos los aqueos; pero nos damos a oscuras, y esto ha salvado a los argivos y a las naves que tienen en la playa. dezcamos ahora a la noche sombría y ocupémonos en preparar la cena; desuncid de carros a los corceles de hermosas crines y echadles el pasto; traed pronto de la ciudad yes y pingües ovejas, y de vuestras casas pan y vino, que alegría el corazón; ntonad abundante leña y encendamos muchas hogueras que ardan hasta que despunte urora, hija de la mañana, y cuyo resplandor llegue al cielo: no sea que los melenudos eos intenten huir esta noche por el ancho dorso del mar. No se embarquen tranquilos y ser molestados, sino que alguno tenga que curarse en su casa una lanzada o un hazo recibido al subir a la nave, para que tema quien ose mover la luctuosa guerra a royanos, domadores de caballos. Los heraldos, caros a Zeus, vayan a la población y onen que los adolescentes y los ancianos de canosas sienes se reúnan en las torres fueron construidas por las deidades y circundan la ciudad; que las tímidas mujeres endan grandes fogatas en sus respectivas casas, y que la guardia sea continua para los enemigos no entren insidiosamente en la ciudad mientras los hombres estén fuera. ase como os to encargo, magnánimos troyanos. Dichas quedan las palabras que al ente convienen; mañana os arengaré de nuevo, troyanos domadores de caballos; y ro que, con la protección de Zeus y de las otras deidades, echaré de aquí a esos perabiosos, traídos por las parcas en los negros bajeles. Durante la noche hagamos día nosotros mismos; y mañana, al comenzar el día, tomaremos las armas para trabar combate junto a las cóncavas naves. Veré si el fuerte Diomedes Tidida me hace oceder de las naves al muro, o si lo mato con el bronce y me llevo sus cruentos pojoes. Mañana probará su valor, si me aguarda cuando lo acometa con la lanza; mas ío en que, así que salga el sol, caerá herido entre los combatientes delanteros, y con uchos de sus camaradas. Así fuera yo inmortal, no tuviera que envejecer y gozara de mismos honores que Atenea o Apolo, como este día será funesto para los argivos. 2 De este modo arengó Héctor, y los troyanos lo aclamaron. Desuncieron de debajo yugo los sudados corceles y atáronlos con correas junto a sus respectivos carros; ron pronto de la ciudad bueyes y pingües ovejas, y de las casas pan y vino, que alegría orazón, y amontonaron abundante leña. Después ofrecieron hecatombes perfectas a inmortales, y los vientos llevaban de la llanura al cielo el suave olor de la grasa mada; pero los bienaventurados diqses no quisieron aceptar la ofrenda, porque se les a hecho odiosa la sagrada Ilio y Príamo y su pueblo armado con lanzas de fresno. 3 Así, tan alentados, permanecieron toda la noche en el campo, donde ardían muchos

os. Como en noche de calma aparecen las radiantes estrellas en torno de la fulgente , y se descubren los promontorios, cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la a región etérea, vense todos los astros, y al pastor se le alegra el corazón: en tan gran ero eran las hogueras que, encendidas por los troyanos, quemaban ante Ilio entre las es y la corriente del Janto. Mil fuegos ardían en la llanura, y en cada uno se agrupaban uenta hombres a la luz de la ardiente llama. Y los caballos, comiendo cerca de los os avena y blanca cebada, esperaban la llegada de la Aurora, la de hermoso trono.

## Canto ix\*



### Embajada a Aquiles- Súplicas

Agamenón, arrepentido y lamentando su disputa con Aquiles, por consejo de su anciano asesor Néstor, spacha a Ulises, Ayante y al viejo Fénix como embajadores ante Aquiles, para solicitar su ayuda, con nos poderes para prometerle la devolución de Briseide y abundantes regalos que compensen la afrenta rida. Pero Aquiles se mantiene obstinado a inflexible.

Así los troyanos guardaban el campo. De los aqueos habíase enseñoreado la ingente , compañera del glacial terror, y los más valientes estaban agobiados por insufrible r. Como conmueven el ponto, en peces abundante, los vientos Bóreas y Céfiro, ando de improviso desde la Tracia, y las negruzcas olas se levantan y arrojan a la a multitud de algas; de igual modo les palpitaba a los aqueos el corazón en el pecho. El Atrida, en gran dolor sumido el corazón, iba de un lado para otro y mandaba a los Idos de voz sonora que convocaran al ágora, nominalmente y en voz baja, a todos los tanes, y también él los iba llamando y trabajaba como los más diligentes. Los reros acudieron afligidos. Levantóse Agamenón, llorando, como fuente profunda que de altísimo peñasco deja caer sus aguas sombrías; y, despidiendo hondos suspiros, ó de esta suerte a los argivos:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! En grave infortunio involuíme s Cronida. ¡Cruel! Me prometió y aseguró que no me iría sin destruir la bien murada y todo ha sido funesto engaño; pues ahora me manda regresar a Argos, sin gloria, pués de haber perdido tantos hombres. Así debe de ser grato al prepotente Zeus, que estruido las fortalezas de muchas ciudades y aún destruirá otras, porque su poder es enso. Ea, obremos todos como voy a decir: Huyamos en las naves a nuestra patria a, pues ya no tomaremos a Troya, la de anchas calles.

Así dijo. Enmudecieron todos y permanecieron callados. Largo tiempo duró el ncio de los afligidos aqueos, mas al fin Diomedes, valiente en el combate, dijo:

¡Atrida! Empezaré combatiéndote por tu imprudencia, como es permitido hacerlo, ey, en el ágora, pero no te irrites. Poco ha menospreciaste mi valor ante los dánaos, endo que soy cobarde y débil, lo saben los argivos todos, jóvenes y viejos. Mas a ti el del artero Crono de dos cosas te ha dado una: te concedió que fueras honrado como e por el cetro, y te negó la fortaleza, que es el mayor de los poderes. ¡Desgraciado! ees que los aqueos son tan cobardes y débiles como dices? Si tu corazón te incita a sar, parte: delante tienes el camino y cerca del mar gran copia de naves que desde enas lo siguieron; pero los demás melenudos aqueos se quedarán hasta que ruyamos la ciudad de Troya. Y, si también éstos quieren irse, huyan en los bajeles a atria; y

nosotros dos, yo y Esténelo, seguiremos peleando hasta que a Ilio le llegue su pues vinimos debajo del amparo de los dioses.

Así habló; y todos los aqueos aplaudieron, admirados del discurso de Diomedes, ador de caballos. Y el caballero Néstor se levantó y dijo:

¡Tidida! Luchas con valor en el combate y superas en el consejo a los de tu edad; ún aqueo osará vituperar ni contradecir tu discurso, pero no has llegado hasta el fin. aún joven -por tus años podrías ser mi hijo menor- y, no obstante, dices cosas retas a los reyes argivos y has hablado como se debe. Pero yo, que me vanaglorio de más viejo que tú, lo manifestaré y expondré todo; y nadie despreciará mis palabras, ni iera el rey Agamenón. Sin familia, sin ley y sin hogar debe de vivir quien apetece las endas luchas intestinas. Ahora obedezcamos a la negra noche: preparemos la cena y guardias vigilen a orillas del cavado foso que corre delante del muro. A los jóvenes se ncargo; y tú, oh Atrida, mándalo, pues eres el rey supremo. Ofrece después un quete a los caudillos, que esto es lo que te conviene y lo digno de ti. Tus tiendas están as de vino, que las naves aqueas traen continuamente de Tracia por el anchuroso o; dispones de cuanto se requiere para recibir a aquéllos, a imperas sobre muchos bres. Una vez congregados, seguirás el parecer de quien te dé mejor consejo; pues de bueno y prudente tienen necesidad los aqueos, ahora que el enemigo enciende tal ero de hogueras junto a las naves. ¿Quién lo verá con alegría? Esta noche se decidirá ina o la salvación del ejército.

Así dijo, y ellos lo escucharon atentamente y lo obedecieron. A1 punto se suraron a salir con armas, para encargarse de la guardia, Trasimedes Nestórida, or de hombres; Ascálofo y Yálmeno, hijos de Ares; Meriones, Afareo, Dépiro y el no Licomedes, hijo de Creonte. Siete eran los capitanes de los centinelas, y cada uno daba cien mozos provistos de luengas picas. Situáronse entre el foso y la muralla, endieron fuego, y todos sacaron su respectiva cena.

El Atrida llevó a su tienda a los príncipes aqueos, así que se hubieron reunido, y les un espléndido banquete. Ellos metieron mano en los manjares que tenían delante, y, ndo hubieron satisfecho el deseo de beber y de comer, el anciano Néstor, cuya opinión considerada siempre como la mejor, empezó a aconsejarles; y, arengándolos con volencia, les dijo:

¡Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres, Agamenón! Por ti acabaré y por ti enzaré también, ya que reinas sobre muchos hombres y Zeus te ha dado cetro y leyes que mires por los súbditos. Por esto debes exponer tu opinión y oír la de los demás y llevarla a cumplimiento cuando cualquiera, siguiendo los impulsos de su ánimo, proga algo bueno; que es atribución tuya ejecutar lo que se acuerde. Te diré lo que sidero más convenience y nadie concebirá una idea mejor que la que tuve y sigo endo, oh vástago de Zeus, desde que, contra mi parecer, te llevaste la joven Briseide batándola de la tienda del enojado Aquiles. Gran empeño puse en disuadirti, pero ció to ánimo fogoso y menospreciaste a un fortísimo varón honrado por los dioses, batándole la recompensa que todavía retienes. Mas veamos todavía si podremos carlo con agradables presentes y dulces palabras.

4 Respondióle el rey de hombres, Agamenón:

No has mentido, anciano, al enumerar mis faltas. Procedí mal, no lo niego; vale muchos el varón a quien Zeus ama cordialmente; y ahora el dios, queriendo honrar a ha causado la derrota de los aqueos. Mas, ya que le falté, dejándome llevar por la pasión, quiero aplacarlo y le ofrezco la muchedumbre de espléndidos presentes voy a enumerar: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez talentos de oro, veinte eras relucientes y doce corceles robustos, premiados, que en la carrera alcanzaron la ría. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien tuviera los premios que estos pedos caballos lograron. Le daré también siete mujeres lesbianas, hábiles en hacer morosas labores, que yo mismo escogí cuando tomó la bien construida Lesbos y que hermosura a las demás aventajaban. Con ellas le entregaré la hija de Briseo, que neceses le quité, y juraré solemnemente que jamás subía su lecho ni me uní con ella, o es costumbre entre hombres y mujeres. Todo esto se le presentará en seguida; mas, si dioses nos permiten destruir la gran ciudad de Príamo, entre en ella cuando los veamos partamos el botín, cargue abundantemente de oro y de bronce su nave y elija él mismo las veinte troyanas que más hermosas sean después de la argiva Helena. Y, si seguimos volver a los fértiles campos de Argos de Acaya, podrá ser mi yerno y tendrá los honores como Orestes, mi hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres si que dejé en el alcázar bien construido, Crisótemis, Laódice a Ifianasa, llévase la que quieras, sin dotarla, a la casa de Peleo; que yo la dotaré tan espléndidamente, como nadie dotado jamás a su hija: ofrezco darle siete populosas ciudades -Cardámila, Enope, la osa Hira, la divina Feras, Antea, la de los hermosos prados, la linda Epea y Pédaso, fértiles abundantes-, situadas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y adas de hombres ricos en ganado y en bueyes, que lo honrarán con ofrendas como a deidad y pagarán, regidos por su cetro, crecidos tributos. Todo esto haría yo, con tal que depusiera la cólera. Que se deje ablandar; pues, por ser implacable a inexorable, es para los mortales el más aborrecible de todos los dioses; y ceda a mí, que en mi edad de aventajarlo me glorio.

2 Contestó Néstor, caballero geranio:

¡Gloriosísimo Atrida! ¡Rey de hombres, Agamenón! No son despreciables los que ofreces al rey Aquiles. Ea, elijamos esclarecidos varones que cuanto antes vayan a la tienda del Pelida. Y, si quieres, yo mismo los designaré y ellos obedezcan: x, caro a Zeus, que será el jefe, el gran Ayante y el divino Ulises, acompañados de heraldos Odio y Eunbates. Dadnos agua a las manos e imponed silencio, para rogar a Cronida que se apiade de nosotros.

3 Así dijo, y su discurso agradó a todos. Los heraldos dieron en seguida aguamanos a caudillos, y los mancebos, coronando de bebida las crateras, distribuyéronla a todos presentes después de haber ofrecido en copas las primicias. Luego que hicieron raciones y cada cual bebió cuanto quiso, salieron de la tienda de Agamenón Atrida. Y tor, caballero geranio, fijando sucesivamente los ojos en cada uno de los elegidos, les mendaba mucho, y de un modo especial a Ulises, que procuraran persuadir al eximio 2 Fuéronse éstos por la orilla del estruendoso mar y dirigían muchos ruegos a dón, que ciñe y bate la tierra, para que les resultara fácil llevar la persuasión al altivo ritu del Eácida. Cuando hubieron llegado a las tiendas y naves de los

mirmidones, aron al héroe deleitándose con una hermosa lira labrada de argénteo puente, que había do de entre los despojos cuando destruyó la ciudad de Eetión; con ella recreaba su mo, cantando hazañas de los hombres. Patroclo, solo y callado, estaba sentado frente a esperaba que el Eácida acabase de cantar. Entraron aquéllos, precedidos por Ulises, y estuvieron delante del héroe; Aquiles, atónito, se alzó del asiento sin dejar la lira y oclo al verlos se levantó también. Aquiles, el de los pies ligeros, tendiósle la mano y

¡Salud, amigos que llegáis! Grande debe de ser la necesidad cuando venís otros, que sois para mí, aunque esté irritado, los más queridos de los aqueos todos. 9 En diciendo esto, el divino Aquiles les hizo sentar en sillas provistas de purpúreos tes, y en seguida dijo a Patroclo, que estaba cerca de él:

¡Hijo de Menecio! Saca la cratera mayor, llénala del vino más añejo y distribuye as; pues están debajo de mi techo los hombres que me son más caros.

5 Así dijo, y Patroclo obedeció al compañero amado. En un tajón que acercó a la bre puso los lomos de una oveja y de una pingüe cabra y la grasa espalda de un ulento jabalí. Automedonte sujetaba la carne; Aquiles, después de cortarla y dividirla, petaba en asadores; y el Meneciada, varón igual a un dios, encendía un gran fuego; y o, quemada la leña y muerta la llama, extendió las brasas, colocó encima los asadores urándolos con piedras y sazonó la carne con la divina sal. Cuando aquélla estuvo a y servida en la mesa, Patrocio repartió pan en hermosas canastillas; y Aquiles ibuyó la carne, sentóse frente al divino Ulises, de espaldas a la pared, y ordenó a oclo, su amigo, que hiciera la ofrenda a los dioses. Patroclo echó las primicias al o. Metieron mano a los manjares que tenían delante, y, cuando hubieron satisfecho el o de beber y de comer, Ayante hizo una seña a Fénix; y Ulises, al advertirlo, llenó de la copa y brindó a Aquiles:

¡Salve, Aquiles! De igual festín hemos disfrutado en la tienda del Atrida menón que ahora aquí, donde podríamos comer muchos y agradables manjares; pero ceres del delicioso banquete no nos halagan porque tememos, oh alumno de Zeus, nos suceda una gran desgracia: dudamos si nos será dado salvar o perder las naves de hos bancos, si tú no lo revistes de valor. Los orgullosos troyanos y sus auxiliares, dos de lejas tierras, acampan junto a las naves y al muro y han encendido una porción ogueras; y dicen que, como no podremos resistirlos, asaltarán las negras naves; Zeus relampaguea haciéndoles favorables señales, y Héctor, envanecido por su ura y confiando en Zeus, se muestra estupendamente furioso, no respeta a hombres ni oses, está poseído de cruel rabia, y pide que aparezca pronto la divina Aurora, aseguo que ha de cortar nuestras elevadas popas, quemar las naves con ardiente fuego y ar cerca de ellas a los aqueos aturridos por el humo. Mucho teme mi alma que los es cumplan sus amenazas y el destino haya dispuesto que muramos en Troya, lejos de os, criadora de caballos. Ea, levántate si deseas, aunque tarde, salvar a los aqueos, que n acosados por los troyanos. A ti mismo te ha de pesar si no lo haces, y no puede rarse el mal una vez causado; piensa, pues, cómo librarás a los dánaos de tan funesto Amigo, tu padre Peleo te daba estos consejos el día en que desde Ftía lo envió a

menón: «¡Hijo mío! La fortaleza, Atenea y Hera te la darán si quieren; tú refrena en cho el natural fogoso- la benevolencia es preferible -y abstente de perniciosas utas para que seas más honrado por los argivos jóvenes y ancianos.» Así te nestaba el anciano y tú lo olvidas. Cede ya y depón la funesta cólera; pues Agamenón frece dignos presentes si renuncias a ella. Y si quieres, oye y te referiré cuanto menón dijo en su tienda que te daría: Siete trípodes no puestos aún al fuego, diez ntos de oro, veinte calderas relucientes y doce corceles robustos, premiados, que nzaron la victoria en la carrera. No sería pobre ni carecería de precioso oro quien era los premios que estos caballos de Agamenón con sus pies lograron. Te dará bién siete mujeres lesbias, hábiles en hacer primorosas labores, que él mismo escogió ndo tomaste la bien construida Lesbos y que en hermosura a las demás aventajaban. ellas te entregará la hija de Briseo, que te ha quitado, y jurará solemnemente que ás subió a su lecho ni se unió con la misma, como es costumbre, oh rey, entre bres y mujeres. Todo esto se te presentará en seguida; mas, si los dioses nos permiten ruir la gran ciudad de Príamo, entra en ella cuando los aqueos partamos el botín, a abundantemente de oro y de bronce tu nave y elige tú mismo las veinte troyanas más hermosas sean después de la argiva Helena. Y, si conseguimos volver a los les campos de Argos de Acaya, podrás ser su yerno y tendrás tantos honores como stes, su hijo menor, que se cría con mucho regalo. De las tres hijas que dejó en el cio bien construido, Crisótemis, Laódice a Ifianasa, llévate la que quieras, sin dotarla, casa de Peleo, que él la dotará espléndidamente como nadie haya dotado jamás a su ofrece darte siete populosas ciudades - Cardámila, Énope, la herbosa Hira, la divina s, Antea, la de los amenos prados, la linda Epea y Pédaso, en viñas abundante-, adas todas junto al mar, en los confines de la arenosa Pilos, y pobladas de hombres s en ganado y en bueyes, que te honrarán con ofrendas como a un dios y pagarán, dos por tu cetro, crecidos tributos. Todo esto haría, con tal de que depusieras la ra. Y, si el Atrida y sus regalos te son odiosos, apiádate de los aqueos todos, que, bulados como están en el ejército, te venerarán como a un dios y conseguirás entre s inmensa gloria. Ahora podrías matar a Héctor, que llevado de su funesta rabia se cará mucho a ti, pues dice que ninguno de los dánaos que trajeron las naves lo iguala 7 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! Preciso es que os ifieste lo que pienso hacer para que dejéis de importunarme unos por un lado y otros el opuesto. Me es tan odioso como las puertas de Hades quien piensa una cosa y ifiesta otra. Diré, pues, lo que me parece mejor. Creo que ni el Atrida Agamenón ni dánaos lograrán convencerme, ya que para nada se agradece el combatir siempre y sin anso contra hombres enemigos. La misma recompensa obtiene el que se queda en su da, que el que pelea con bizarría; en igual consideración son tenidos el cobarde y el ente; y así muere el holgazán como el laborioso. Ninguna ventaja me ha procurado ir tantos pesares y exponer mi vida en el combate. Como el ave lleva a los implumes elos la comida que coge, privándose de ella, así yo pasé largas noches sin dormir y enteros entregado a la cruenta lucha con hombres que combatían por sus esposas. quisté doce ciudades por mar y once por tierra en la fértil región troyana; de todas ue

abundantes y preciosos despojos que di al Atrida, y éste, que se quedaba en las ras naves, recibíolos, repartió unos pocos y se guardó los restantes. Mas las mpmensas que Agamenón concedió a los reyes y caudillos siguen en poder de éstos; y í, solo entre los aqueos, me quitó la dulce esposa y la retiene aún: que goce miendo con ella. ¿Por qué los argivos han tenido que mover guerra a los troyanos? r qué el Atrida ha juntado y traído el ejército? ¿No es por Helena, la de hermosa ellera? Pues ¿acaso son los Atridas los únicos hombres, de voz articulada, que aman a esposas? Todo hombre bueno y sensato quiere y cuida a la suya, y yo apreciaba ialmente a la mía, aunque la había adquirido por medio de la lanza. Ya que me audó, arrebatándome de las manos la recompensa, no me tienta; lo conozco y no me uadirá. Delibere contigo, Ulises, y con los demás reyes cómo podrá librar a las naves fuego enemigo. Muchas cosas ha hecho ya sin mi ayuda, pues construyó un muro, endo a su pie ancho y profundo foso que defiende una empalizada; mas ni con esto de contener el arroj de Héctor, matador de hombres. Mientras combatí por los eos, jamás quiso Héctor que la pelea se trabara lejos de la muralla; sólo llegaba a las tas Esceas y a la encina; y, una vez que allí me aguardó, costóle trabajo salvarse de acometida. Y puesto que ya no deseo guerrear contra el divino Héctor mañana, pués de ofrecer sacrificios a Zeus y a los demás dioses, echaré al mar los cargados les, y verás, si quieres y te interesa, mis naves surcando el Helesponto, en peces ndoso, y en ellas hombres que remarán gustosos; y, si el glorioso agitador de la tierra concede una navegación feliz, al tercer día llegará a la fértil Ftía. En ella dejé muchas s cuando en mal hora vine y de aquí me llevaré oro, rojizo bronce, mujeres de mosa cintura y luciente hierro, que por suerte me tocaron; ya que el rey Agamenón da, insultándome, me ha quitado la recompensa que él mismo me diera. Decídselo icamente, os lo encargo, para que los demás aqueos se indignen, si con su habitual dencia pretendiese engañar a algún otro dánao. No se atrevería, por desvergonzado sea, a mirarme cara a cara, con él no deliberaré ni haré cosa alguna, y, si me engañó y ya no me embaucará más con sus palabras; séale esto bastante y corra tranquilo a erdición, puesto que el pródigo Zeus le ha quitado el juicio. Sus presentes me son sos, y hago tanto caso de él como de un cabello. Aunque me diera diez o veinte veces de lo que posee o de lo que a poseer llegare, o cuanto entra en Orcómeno, o en la cia Teba, cuyas casas guardan muchas riquezas -cien puertas dan ingreso a la ciudad or cada una pasan diariamente doscientos hombres con caballos y carros-, o tanto, tas son las arenas o los granos de polvo, ni aun así aplacarí Agamenón mi enojo, si s no me pagaba la dolorosa afrenta. No me casaré con la hija de Agamenón Atrida, que en hermosura rivalice con la dorada Afrodita y en las labores compita con nea, la de ojos de lechuza; ni siendo así me desposaré con ella; elija aquel otro aqueo le convenga y sea rey más poderoso. Si, salvándome los dioses, vuelvo a mi casa, el mo Peleo me buscará consorte. Gran número de aqueas hay en la Hélade y en Ftía, s de príncipes que gobiernan las ciudades; la que yo quiera será mi mujer. Mucho me nseja mi corazón varonil que tome legítima esposa, digna cónyuge mía, y goce allá de iquezas adquiridas por el anciano Peleo; pues no creo que valga lo que la vida ni nto dicen que se encerraba en la populosa ciudad de Ilio en tiempo de paz, antes que eran los aqueos, ni cuanto contiene el

lapídeo templo de Apolo, que hiere de lejos, en ocosa Pito. Se pueden apresar los bueyes y las pingües ovejas, se pueden adquirir los odes y los tostados alazanes; pero no es posible prender ni coger el alma humana para vuelva, una vez ha salvado la barrera que forman los dientes. Mi madre, la diosa s, de argentados pies, dice que las parcas pueden llevarme al fin de la muerte de una tas dos maneras: Si me quedo aquí a combatir en torno de la ciudad troyana, no eré a la patria tierra, pero mi gloria será inmortal; si regreso, perderé la ínclita fama, mi vida será larga, pues la muerte no me sorprenderá tan pronto. Yo os aconsejo que mbarquéis y volváis a vuestros hogares, porque ya no conseguiréis arruinar la excelsa el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella y sus hombres están llenos de ianza. Vosotros llevad la respuesta a los príncipes aqueos -que ésta es la misión de egados-, a fin de que busquen otro medio de salvar las cóncavas naves y a los aqueos hay a su alrededor, pues aquél en que pensaron no puede emplearse mientras subsista nojo. Y Fénix quédese con nosotros, acuéstese y mañana volverá conmigo a la patria a, si así to desea, que no he de llevarlo a viva fuerza.

0 Así dijo, y todos enmudecieron, asombrados de oírlo; pues fue mucha la emencia con que se negó. Y el anciano jinete Fénix, que sentía gran temor por las es aqueas, dijo después de un buen rato y saltándole las lágrimas:

Si piensas en el regreso, preclaro Aquiles, y te niegas en absoluto a defender del z fuego los veleras naves, porque la ira penetró en tu corazón, ¿cómo podría quedarsolo y sin ti, hijo querido? El anciano jinete Peleo quiso que yo te acompañase el día ue te envió desde Ftía a Agamenón, todavía niño y sin experiencia de la funesta gueni del ágora, donde los varones se hacen ilustres; y me mandó que te enseñara a hablar y a realizar grandes hechos. Por esto, hijo querido, no quería verme abandonado de unque un dios en persona me prometiera rasparme la vejez y dejarme tan joven como ndo salí de la Hélade, de lindas mujeres, huyendo de las imprecaciones de Amíntor ménida, mi padre, que se irritó conmigo por una concubina de hermosa cabellera, a n amaba con ofensa de su esposa y madre mía. Ésta me suplicaba continuamente, zando mis rodillas, que me juntara con la concubina para que aborreciese al anciano. se obedecerla y lo hice; mi padre, que no tardó en conocerlo, me maldijo repetidas es pidió a las horrendas Erinias que jamás pudiera sentarse en sus rodillas un hijo mío, s dioses -el Zeus subterráneo y la terrible Perséfone -ratificaron sus imprecaciones. nsé matar a mi padre con el agudo bronce; mas alguno de los inmortales calmó mi ra, haciendo que a mi corazón se representara la fama que tendría yo entre los bres y los muchos baldones que de ellos recibiría, a fin de que no fuese llamado icida entre los aqueos.] Desde entonces no tuve ánimo para vivir en el palacio con mi e enojado. Amigos y deudos querían retenerme allí y me dirigían insistentes súplicas:

aron gran copia de pingües ovejas y flexípedes bueyes de retorcidos cuernos; eron a asar muchos puercos grasos sobre la llama de Hefesto; bebióse bue na parte del que las tinajas del anciano contenían; y nueve noches seguidas durmieron aquéllos a ado, vigilándome por turno y teniendo encendidas dos hogueras, una en el pórtico del cercado patio y otra en el vestíbulo

ante la puerta de la habitación. Al llegar por ma vez la tenebrosa noche, salí del aposento rompiendo las tablas fuertemente unidas a puerta; salté con facilidad el muro del patio, sin que mis guardianes ni las sirvientas divirtieran, y, huyendo por la espaciosa Hélade, llegué a la fértil Ftía, madre de ovejas, casa del rey Peleo. Este me acogió benévolo; me amó como debe de amar un padre al unigénito que haya tenido en la vejez, viviendo en la opulencia; enriquecióme y ome al frente de numeroso pueblo, y desde entonces viví en un confín de la Ftía, ando sobre los dólopes. Y te crié hasta hacerte cual eres, oh Aquiles semejante a los es, con cordial cariño; y tú ni querías it con otro al banquete, ni comer en el palacio, a que, sentándote en mis rodillas, te saciaba de carne cortada en pedacitos y te caba el vino. ¡Cuántas veces durante la molesta infancia me manchaste la túnica en el ho con el vino que devolvías! Mucho padecí y trabajé por tu causa, y, considerando los dioses no me habían dado descendencia, te adopté por hijo, oh Aquiles semejante s dioses, para que un día me librases del cruel infortunio. Pero, Aquiles, refrena tu mo fogoso; no conviene que tengas un corazón despiadado, cuando los dioses mismos ejan aplacar, no obstante su mayor virtud, dignidad y poder. Con sacrificios, votos dables, libaciones y vapor de grasa quemada los desenojan cuantos infringieron su y pecaron. Pues las Súplicas son hijas del gran Zeus, y aunque cojas, arrugadas y as, cuidan de ir tras de Ofuscación: ésta es robusta, de pies ligeros, y por lo mismo se

, y, recorriendo la tierra, ofende a los hombres; y aquéllas reparan luego el daño ado. Quien acata a las hijas de Zeus cuando se le presentan, consigue gran provecho por ellas atendido si alguna vez tiene que invocarlas. Mas si alguien las desatiende y bstina en rechazarlas, se dirigen a Zeus Cronida y le piden que Ofuscación acompañe mpre a aquél para que con el daño sufra la pena. Concede tú también a las hijas de s, oh Aquiles, la debida consideración, por la cual el espíritu de otros valientes se có. Si el Atrida no te brindara esos presentes, ni te hiciera otros ofrecimientos para lo ro, y conservara pertinazmente su cólera, no te exhortaría a que, deponiendo la ira, orrieras a los argivos, aunque es grande la necesidad en que se hallan. Pero te da has cosas, te promete más y te envía, para que por él rueguen, varones excelentes, giendo en el ejército aqueo los argivos que te son más caros. No desprecies las bras de éstos, ni dejes sin efecto su venida, ya que no se te puede reprender que antes vieras irritado. Todos hemos oído contar hazañas de los héroes de antaño, y sabemos cuando estaban poseídos de feroz cólera, eran placables con dones y exorables a los os. Recuerdo lo que pasó en cierto caso, no re ciente, sino antiguo, y os lo voy a rir a vosotros, que sois todos amigos míos. Curetes y bravos etolios combatían en torde Calidón y unos a otros se mataban, defendiendo los etolios su hermosa ciudad y ando los curetes asolarla por medio de Ares. Había promovido esta contienda mis, la de áureo trono, enojada porque Eneo no le dedicó los sacrificios de la siega en rtil campo: los otros dioses regaláronse con las hecatombes, y sólo a la hija del gran s dejó aquél de ofrecerlas, por olvido o por inadvertencia, cometiendo una gran falta. da la deidad que se complace en tirar flechas, hizo aparecer un jabalí, de albos tes, que causó gran destrozo en el campo de Eneo, desarraigando altísimos árboles y ándolos por tierra cuando ya con la llor prometían el fruto. Al

fin lo mató Meleagro, de Eneo, ayudado por cazadores y perros de muchas ciudades -pues no era posible cerlo con poca gente, ¡tan corpulento era!, y ya a muchos los había hecho subir a la e pira-, y la diosa suscitó entonces una clamorosa contienda entre los curetes y los nánimos etolios por la cabeza y la hirsuta piel del jabalí. Mientras Meleagro, caro a s, combatió, les fue mal a los curetes, que no podían, a pesar de ser tantos, acercarse a muros. Pero el héroe, irritado con su madre Altea, se dejó dominar por la cólera que urba la mente de los más cuerdos y se quedó en el palacio con su linda esposa opatra, hija de Marpesa Evenina, la de hermosos tobillos, y de Idas, el más fuerte de hombres que entonces poblaban la tierra. (Atrevióse Idas a armar el arco contra el erano Febo Apolo, a causa de la joven de hermosos tobillos, y desde entonces éronle a Cleopatra su padre y su veneranda madre el sobrenombre de Alcíone, porque adre, sufriendo la suerte del sufridísimo alción, deshacíase en lágrimas mientras Febo lo, que hiere de lejos, se la llevaba.) Retirado, pues, con su esposa, devoraba eagro la acerba cólera que le causaron las imprecaciones de su madre; la cual, ngojada por la muerte violenta de un hermano, oraba mucho a los dioses, y, puesta de llas y con el seno bañado en lágrimas, golpeaba mucho el fértil suelo invocando a es y a la terrible Perséfone para que dieran muerte a su hijo. Erinias, que vaga en las blas y tiene un corazón inexorable, la oyó desde el Érebo, y en seguida creció el ulto y la gritería ante las puertas de la ciudad, las torres fueron atacadas y los etolios anos enviaron a los eximios sacerdotes de los dioses para que suplicaran a Meleagro saliera a defenderlos, ofreciéndole un rico presente: donde el suelo de la amena dón fuera más fértil, escogería él mismo un hermoso campo de cincuenta yugadas, d viña y mitad tierra labrantía. Presentóse también en el umbral del alto aposento el ano jinete Eneo; y, llamando a la puerta, dirigió a su hijo muchas súplicas. Rogáronle mismo muchas veces sus hermanas y su venerable madre. Pero él se negaba cada vez . Acudieron sus mejores y más caros amigos, y tampoco consiguieron mover su zón, ni persuadirlo a que no aguardara, para salir del cuarto, a que llegaran hasta él enemigos. Y los curetes escalaron las torres y empezaron a pegar fuego a la gran ciuEntonces la esposa, de bella cintura, instó a Meleagro llorando y refiriéndole las gracias que padecen los hombres, cuya ciudad sucumbe: Matan a los varones, le a; el fuego destruye la ciudad, y son reducidos a la esclavitud los niños y las mujeres strecha cintura. Meleagro, al oír estos males, sintió que se le conmovía el corazón; y, dose llevar por su ánimo, vistió las lucientes armas y libró del funesto día a los os; pero ya no le dieron los muchos y hermosos presentes, a pesar de haberlos de la ruina. Y ahora tú, amigo, no pienses de igual manera, ni un dios te induzca rar así; será peor que diferas el socorro para cuando las naves sean incendiadas; ve, s, por los regalos, y los aqueos te venerarán como a un dios, porque, si intervinieres a homicida guerra cuando ya no te ofrezcan dones, no alcanzarás tanta honra aunque aces a los enemigos.

6 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Fénix, anciano padre, alumno de Zeus! Para nada necesito tal honor; y espero si Zeus quiere, seré honrado en las cóncavas naves mientras la respiración no falte a pecho y mis rodillas se muevan. Otra cosa voy a decirte, que grabarás en tu memoria: me conturbes el ánimo con

llanto y gemidos por complacer al héroe Atrida, a quien bes querer si deseas que el afecto que te profeso no se convierta en odio; mejor es aflijas conmigo a quien me aflige. Ejerce el mando conmigo y comparte mis honores. s llevarán la respuesta, tú quédate y acuéstate en blanda cama, y al despuntar la aurora rminaremos si nos conviene regresar a nuestros hogares o quedarnos aquí todavía. 0 Dijo, y ordenó a Patroclo, haciéndole con las cejas silenciosa señal, que dispusiera mullida cama para Fénix, a fin de que los demás pensarán en salir cuanto antes de la da. Y Ayante Telamoníada, igual a un dios, habló diciendo:

¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardidess! ¡Vámonos! No espero ar nuestro propósito por este camino, y hemos de anunciar la respuesta, aunque sea avorable, a los dánaos que están aguardando. Aquiles tiene en su pecho un corazón z y soberbio. ¡Cruel! En nada aprecia la amistad de sus compañeros, con la cual lo rábamos en el campamento más que a otro alguno. ¡Despiadado! Por la muerte del mano o del hijo se recibe una compensación; y, una vez pagada la importante idad, el matador se queda en el pueblo, y el corazón y el ánimo airado del ofendido se ciguan con la compensación recibida, y a ti los dioses te han llenado el pecho de lacable y funesto rencor por una sola joven. Siete excelentes te ofrecemos hoy y otras has cosas; séanos tu corazón propicio y respeta tu morada, pues estamos debajo de tu o, enviados por el ejército dánao, y anhelamos ser para ti los más apreciados y los amigos de los aqueos todos.

3 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Creo que has dicho ue sientes, pero mi corazón se enciende en ira cuando me acuerdo de aquéllos y del osprecio con que el Atrida me trató en presencia de los argivos, cual si yo fuera un erable advenedizo. Id y publicad mi respuesta: No me ocuparé en la cruenta guerra a que el hijo del aguerrido Príamo, Héctor divino, llegue matando argivos a las das y naves de los mirmidones y las incendie. Creo que Héctor, aunque esté decidido, se abstendrá de combatir tan pronto como se acerque a mi tienda y a mi negra

6 Así dijo. Cada uno tomó una copa de doble asa; y, hecha la libación, los enviados, Ulises a su frente, regresaron a las naves. Patroclo ordenó a sus compañeros y a las avas que aderezaran al momento una mullida cama para Fénix; y ellas, obedeciendo andato, hiciéronla con pieles de oveja una colcha y finísima cubierta del mejor lino. descansó el viejo, aguardando la divina Aurora. Aquiles durmió en lo más retirado de ólida tienda con una mujer que se había llevado de Lesbos: con Diomede, hija de bante, la de hermosas mejillas. Y Patroclo se acostó junto a la pared opuesta, teniendo lado a Ifis, la de bella cintura, que le había regalado Aquiles al tomar la excelsa ro, ciudad de Enio.

9 Cuando los enviados llegaron a la tienda del Atrida, los aqueos, puestos en pie, les entaban áureas copas y les hacían preguntas. Y el rey de hombres, Agamenón, los rrogó diciendo:

¡Ea! Dime, célebre Ulises, gloria insigne de los aqueos. ¿Quiere librar a las naves fuego enemigo, o se niega porque su corazón soberbio se halla aún dominado por la 6 Contestó el

paciente divino Ulises:

¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! No quiere aquél deponer la ra, sino que se enciende aún más su ira y te desprecia a ti y tus dones. Manda que beres con los argivos cómo podrás salvar las naves y al pueblo aqueo, dice en son de naza que echará al mar sus corvos bajeles, de muchos bancos, al descubrirse la nueva ra, y aconseja que los demás se embarquen y vuelvan a sus hogares, porque ya no seguiréis arruinar la excelsa Ilío: el largovidente Zeus extendió el brazo sobre ella, y hombres están llenos de confianza. Así dijo, como pueden referirlo éstos que fueron migo: Ayante y los dos heraldos, que ambos son prudentes. El anciano Fénix se ó allí por orden de aquél, para que mañana vuelva a la patria tierra, si así lo desea, que no ha de llevarle a viva fuerza.

3 Así habló, y todos callaron, asombrados de sus palabras, pues era muy grave lo que baba de decir. Largo rato duró el silencio de los afligidos aqueos; mas al fin exclamó medes, valiente en el combate:

¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! No debiste rogar al eximio ón, ni ofrecerle innumerables regalos; ya era altivo, y ahora has dado pábulo a su bia. Pero dejémoslo, ya se vaya, ya se quede: volverá a combatir cuando el corazón tiene en el pecho se lo ordene y un dios le incite. Ea, obremos todos como voy a r. Acostaos después de satisfacer los deseos de vuestro corazón comiendo y bebiendo , pues esto da fuerza y vigor. Y, cuando aparezca la hermosa Aurora de rosáceos os, haz que se reúnan junto a las naves los hombres y los carros, exhorta al pueblo y a en primera fila.

0 Tales fueron sus palabras, que todos los reyes aplaudieron, admirados del discurso Diomedes, domador de caballos. Y hechas las libaciones, volvieron a sus respectivas das, acostáronse y el don del sueño recibieron.

## Canto x\*



Dolonia

Aqueos y troyanos espían los movimientos del contrario. Ulises y Diomedes apresan a Dolón, del que guen información del campamento troyano.

Los príncipes aqueos durmieron toda la noche vencidos por plácido sueño; mas no bó sus dulzuras el Atrida Agamenón, pastor de hombres, porque en su mente revolvía s cosas. Como el esposo de Hera, la de hermosa cabellera, relampaguea cuando ara una lluvia torrencial, el granizo o una nevada que cubra los campos, o quiere r en alguna parte la boca inmensa de la amarga guerra; así, tan frecuentemente, se paban del pecho de Agamenón los suspiros, que salían de lo más hondo de su zón, a interiormente le temblaban las entrañas. Cuando fijaba la vista en el campo ano, pasmábanle las muchas hogueras que ardían delante de Ilio, los sones de las y zampoñas y el bullicio de la gente; mas, cuando a las naves y al ejército aqueo la ía, arrancábase furioso los cabellos, alzando los ojos a Zeus, que mora en lo alto, y su eroso corazón lanzaba grandes gemidos. Al fin, creyendo que la mejor resolución a acudir primeramente a Néstor Nelida, el más ilustre de los hombres, por si ambos hallaban un excelente medio que librara de la desgracia a todos los dánaos, se, vistió la túnica, calzó los nítidos pies con hermosas sandalias, echóse una za piel de corpulento y fogoso león, que le llegaba hasta los pies, y asió la lanza. También Menelao estaba poseído de terror y no conseguía que se posara el sueño en párpados, temiendo que les ocurriese algún percance a los argivos que por él habían ado a Troya, atravesando el vasto mar, y promoviendo tan audaz guerra. Cubrió sus has espaldas con la manchada piel de un leopardo; púsose luego el casco de bronce, y, ando en la robusta mano una lanza, fue a despertar a su hermano, que imperaba erosamente sobre los argivos todos y era venerado por el pueblo como un dios. ólo junto a la popa de su nave, vistiendo la magnífica armadura. Grata le fue a éste su da. Y Menelao, valiente en el combate, habló el primero diciendo:

¿Por qué, hermano querido, tomas las armas? ¿Acaso deseas persuadir a algún pañero para que vaya como explorador al campo de los troyanos? Mucho temo que e se ofrezca a prestarte este servicio de ir solo durante la divina noche a espiar al migo, porque para ello se requiere un corazón muy osado.

Respondióle el rey Agamenón:

Tanto yo como tú, oh Menelao, alumno de Zeus, tenemos necesidad de un prudente sejo para defender y salvar a los argivos y las naves, pues la mente de Zeus ha biado, y en la actualidad le son más aceptos los sacrificios de Héctor. jamás he visto ído decir que un hombre

ejecutara en solo un día tantas proezas como ha hecho Héccaro a Zeus, contra los aqueos, sin ser hijo de un dios ni de una diosa. Digo que de hazañas se acordarán los argivos mucho y largo tiempo. ¡Tanto daño ha causado a los eos! Ahora, anda, encamínate corriendo a las naves y llama a Ayante y a Idomeneo; ntras voy en busca del divino Néstor y le pido que se levante por si quiere ir al ado cuerpo de los guardias y darles órdenes. Obedeceránlo a él más que a nadie, sto que los manda su hijo junto con Meriones, servidor de Idomeneo. A entrambos les os confiado de un modo especial esta tarea.

Dijo entonces Menelao, valiente en el combate:

¿Cómo me encargas y ordenas que lo haga? ¿Me quedará con ellos y te aguardaré , o he de volver corriendo cuando les haya participado tu mandato?

Contestó el rey de hombres, Agamenón:

Quédate a l l í, no sea que luego no podamos encontrarnos, porque son muchas las das que hay por entre el ejército. Levanta la voz por donde pasares y recomienda la lancia, llamando a cada uno por su nombre paterno y ensalzándolos a todos. No te stres soberbio. Trabajemos también nosotros, ya que, cuando nacimos, Zeus nos conó a padecer tamaños infortunios.

Esto dicho, despidió al hermano bien instruido ya, y fue en busca de Néstor, pastor ombres. Hallólo en su tienda, junco a la negra nave, acostado en blanda cama. A un veíanse diferentes armas -el escudo, dos lanzas, el luciente yelmo-, y el labrado eo con que se ceñía el anciano siempre que, como caudillo de su gente, se armaba ir al homicida combate, pues aún no se rendía a la triste vejez. Incorporóse Néstor, yándose en el codo, alzó la cabeza, y dirigiéndose al Atrida lo interrogó con estas bras:

¿Quién eres tú que vas solo por el ejército y las naves, durante la tenebrosa noche, ndo duermen los demás mortales? ¿Buscas acaso a algún centinela o compañero? HaNo te acerques sin responder. ¿Qué deseas?

Respondióle el rey de hombres, Agamenón:

¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Reconoce al Atrida Agamenón, a n Zeus envía y seguirá enviando sin cesar más trabajos que a nadie, mientras la iración no le falte a mi pecho y mis rodillas se muevan. Vagando voy; pues, cupado por la guerra y las calamidades que padecen los aqueos, no consigo que el e sueño se poseen mis ojos. Mucho temo por los dánaos; mi ánimo no está tranquilo, sumamente inquieto; el corazón se me arranca del pecho y tiemblan mis robustos mbros. Pero si quieres ocuparte en algo, ya que tampoco conciliaste el sueño, bajemos r los centinelas; no sea que, vencidos del trabajo y del sueño, se hayan dormido, ndo la guardia abandonada. Los enemigos se hallan cerca, y no sabemos si habrán dido acometernos esta noche.

2 Contestó Néstor, caballero gerenio:

¡Gloriosísimo Atrida, rey de hombres, Agamenón! A Héctor no le cumplirá el vido Zeus todos sus deseos, como él espera; y creo que mayores trabajos habrá de paer aún, si Aquiles depone de su corazón el enojo funesto. Iré contigo y despertaremos s demás: al Tidida, famoso

por su lanza, a Ulises, al veloz Ayante y al esforzado hijo ileo. Alguien podría ir a llamar al deiforme Ayante y al rey Idomeneo, pues sus naves stán cerca, sino muy lejos. Y reprenderé a Menelao por amigo y respetable que sea y que te me enojos, y no callaré que duerme y te ha dejado a ti el trabajo. Debía parse en suplicar a los príncipes todos, pues la necesidad que se nos presenta no es adera.

9 Dijo el rey de hombres, Agamenón:

¡Oh anciano! Otras veces te exhorté a que le riñeras, pues a menudo es indolente y uiere trabajar; no por pereza o escasez de talento, sino porque, volviendo los ojos hamí, aguarda mi impulso. Mas hoy se levantó mucho antes que yo mismo, entóseme y te envié a llamar a aquéllos que acabas de nombrar. Vayamos y los aremos delante de las puertas con la guardia; pues a11í es donde les dije que se ieran.

8 Respondió Néstor, caballero gerenio:

De esta manera ninguno de los argivos se irritará contra él, ni lo desobedecerá, ndo los exhorte o les ordene algo.

1 Apenas hubo dicho estas palabras, abrigó el pecho con la túnica, calzó los nítidos con hermosas sandalias, y abrochóse un manto purpúreo, doble, amplio, adornado lanosa felpa. Asió la fuerte lanza, cuya aguzada punta era de bronce, y se encaminó a naves de los aqueos, de broncéas corazas. El primero a quien despertó Néstor, allero gerenio, fue a Ulises, que en prudencia igualaba a Zeus. Llamólo gritando, y es, al llegarle la voz a los oídos, salió de la tienda y dijo:

¿Por qué andáis vagando así, por las naves y el ejército, solos, durante la noche ortal? ¿Qué urgente necesidad se ha presentado?

3 Respondió Néstor, caballero gerenio:

¡Laertíada, del linaje de Zeus! ¡Ulises, fecundo en ardides! No te enojos, porque es grande el pesar que abruma a los aqueos. Síguenos y llamaremos a quien convenga, tomar acuerdo sobre si es preciso huir o luchar todavía.

8 Así dijo. El ingenioso Ulises, entrando en la tienda, colgó de sus hombros el ado escudo y se juntó con ellos. Fue ron en busca de Diomedes Tidida, y lo hallaron nte de su pabellón con la armadura puesta. Sus compañeros dormían alrededor de él, las cabezas apoyadas en los escudos y las lanzas clavadas por el regatón en tierra; el de las puntas lucía a lo lejos como un relámpago del padre Zeus. El héroe ansaba sobre una piel de toro montaraz, teniendo debajo de la cabeza un espléndido te. Néstor, caballero gerenio, se detuvo a su lado to movió con el pie para que desa, y le daba prisa, increpándolo de esta manera:

¡Levántate, hijo de Tideo! ¿Cómo duermes a sueño suelto toda la noche? ¿No s que los troyanos acampan en una eminencia de la llanura, cerca de las naves, y que mente un corto espacio los separa de nosotros?

2 Así dijo. Y Diomedes, recordando en seguida del sueño, profirió estas aladas bras:

Eres infatigable, anciano, y nunca dejas de trabajar. ¿Por ventura no hay otros eos más jóvenes, que vayan por el campo y despierten a los reyes? ¡No se puede igo, anciano!

8 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Tengo hijos excelentes y muchos bres que podrían ir a llamarlos, pero es muy grande el peligro en que se hallan los

: en el filo de una navaja están ahora una muy triste muerte y la salvación de todos. y haz levantar al veloz Ayante y al hijo de Fileo, ya que eres más joven y de mí te padeces.

7 Así dijo. Diomedes cubrió sus hombros con una piel talar de corpulento y fogoso , tomó la lanza, fue a despertar a aquéllos y se los llevó consigo.

0 Cuando llegaron adonde se hallaban los guardias reunidos, no encontraron a sus s durmiendo, pues todos estaban alerta y sobre las armas. Como los canes que dan las ovejas de un establo y sienten venir del monte, por entre la selva, una terrible a con gran clamoreo de hombres y perros, se ponen inquietos y ya no pueden dormir; l dulce sueño huía de los párpados de los que hacían guardia en tan mala noche, pues aban siempre hacia la llanura y acechaban si los troyanos iban a atacarlos. El anciano os, alegróse, y para animarlos profirió estas aladas palabras:

¡Vigilad así, hijos míos! No sea que alguno se deje vencer del sueño y demos ón para que el enemigo se regocije.

4 Habiendo hablado así, atravesó el foso. Siguiéronlo los reyes argivos que habían llamados al consejo, y además Meriones y el preclaro hijo de Néstor, porque éllos los invitaron a deliberar. Pasado el foso, sentáronse en un lugar limpio donde el o no aparecía cubierto de cadáveres: allí habíase vuelto el impetuoso Héctor, después causar gran estrago a los argivos, cuando la noche los cubrió con su manto. modados en aquel sitio, conversaban; y Néstor, caballero gerenio, comenzó a hablar endo:

¡Oh amigos! ¿No sabrá nadie que, confiando en su ánimo audaz, vaya al pamento de los troyanos de ánimo altivo? Quizá hiciera prisionero a algún enemigo ande rezagado, o averiguara, oyendo algún rumor, lo que los tróyanos han decidido: esean quedarse aquí, cerca de las naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando an vencido a los aqueos. Si se enterara de esto y regresara incólume, sería grande su ia debajo del cielo y entre los hombres todos, y tendría una hermosa recompensa: a jefe de los que mandan en las naves le daría una oveja con su corderito -presente sin y se le admitiría además en todos los banquetes y festines.

8 Así habló. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos, hasta que Diomedes, ente en la pelea, les dijo:

¡Néstor! Mi corazón y ánimo valeroso me incitan a penetrar en el campo de los migos que tenemos cerca, de los troyanos; pero, si alguien me acompañase, mi conza y mi osadía serían mayores. Cuando van dos, uno se anticipa al otro en advertir lo conviene; cuando se está solo, aunque se piense, la inteligencia es más tarda y la reción más difícil.

7 Así dijo, y muchos quisieron acompañar a Diomedes. Deseáronlo los dos Ayantes, idores de Ares; quíso solo Meriones; lo anhelaba el hijo de Néstor; deseólo el Atrida nelao, famoso por su lanza; y por fin, también el sufrido Ulises quiso penetrar en el cito troyano, porque el corazón que tenía en el pecho aspiraba siempre a ejecutar aces hazañas. Y el rey de hombres, Agamenón, dijo entonces:

¡Tidida Diomedes, carísimo a mi corazón! Escoge por compañero al que quieras, ejor de los presentes; pues son muchos los que se ofrecen. No dejes al mejor y elijas peor, por respeto alguno que sientas en tu alma, ni por consideración al linaje, ni atender a que sea un rey más poderoso.

0 Habló en estos términos, porque temía por el rubio Menelao. Y Diomedes, valiente a pelea, replicó:

Si me mandáis que yo mismo designe al compañero, ¿cómo no pensaré en el no Ulises, cuyo corazón y ánimo valeroso son tan dispuestos para toda suerte de ajes, y a quien tanto ama Palas Atenea? Con él volveríamos acá aunque nos rodearan sadoras llamas, porque su puidencia es grande.

8 Respondióle el paciente divino Ulises:

¡Tidida! No me alabes en demasía ni me vituperes, puesto que hablas a los argivos osas que les son conocidas. Pero, vámonos, que la noche está muy adelantada y la ra se acerca; los astros han andado mucho, y la noche va ya en las dos partes de su ada y sólo un tercio nos resta.

4 En diciendo esto, vistieron entrambos las terribles armas. El intrépido Trasimedes al Tidida una espada de dos filos -la de éste había quedado en la nave-y un escudo; y uso un morrión de piel de toro sin penacho ni cimera, que se llama catétyx y lo usan mancebos que se hallan en la flor de la juventud para proteger la cabeza. Meriones uró a Ulises arco, carcaj y espada, y le cubrió la cabeza con un casco de piel que por ro se sujetaba con muchas y fuertes correas y por fuera presentaba los blancos dientes n jabalí, ingeniosamente repartidos, y tenía un mechón de lana colocado en el centro. casco era el que Autólico había robado en Eleón a Amíntor Orménida, horadando la d de su casa, y que luego dio en Escandia a Anfidamante de Citera; Anfidamante to ló, como presente de hospitalidad, a Molo; éste lo cedió a su hijo Meriones para que vara, y entonces hubo de cubrir la cabeza de Ulises.

2 Una vez revestidos de las terribles armas, partieron y lejaron a lllí a todos los cipes. Palas Atenea envióles una garza, y, si bien no pudieron verla con sus ojos, que la noche era oscura, oyéronla graznar a la derecha del camino. Ulises se holgó presagio y oró a Atenea:

¡Oyeme, hija de Zeus, que lleva la égida! Tú que me asistes en todos los trabajos y oces mis pasos, séme ahora propicia más que nunca, Atenea, y concede que volvamos s naves cubiertos de gloria por haber realizado una gran hazaña que preocupe a los anos.

3 Diomedes, valiente en la pelea, oró luego diciendo:

¡Ahora óyeme también a mí, hija de Zeus! ¡Indómita! Acompáñame como mpañaste a mi padre, el divino Tideo, cuando fue a Teba en representación de los eos. Dejando a los aqueos,

de bronceíneas corazas, a orillas del Asopo, llevó un dable mensaje a los cadmeos; y a la vuelta ejecutó admirables proezas con tu ayuda, elente diosa, porque benévola lo socorrías. Ahora, socórreme a mí y préstame tu aro. E inmolaré en tu honor una ternera de un año, de frente espaciosa, indómita y no ta aún al yugo, después de derramar oro sobre sus cuernos.

5 Así dijeron rogando, y los oyó Palas Atenea. Y después de rogar a la hija del gran s, anduvieron en la obscuridad de la noche, como dos leones, por el campo pues tanta icería se había hecho, pisando cadáveres, armas y denegrida sangre.

9 Tampoco Héctor dejaba dormir a los valientes troyanos pues convocó a todos los eres, a cuantos eran caudillos y príncipes de los troyanos, y una vez reunidos les uso una prudente idea:

¿Quién, por un gran premio, se ofrecerá a llevar a cabo la empresa que voy a r? La recompensa será proporcionada. Daré un carro y dos corceles de erguido lo, los mejores que haya en las veleras naves aqueas, al que tenga la osadía de carse a las naves de ligero andar -con ello al mismo tiempo ganará gloria- y averigüe tas son guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan en la a y no quieren velar durante la noche porque el cansancio abrumador los rinde. 3 Así dijo. Enmudecieron todos y quedaron silenciosos. Había entre los troyanos un o Dolón, hijo del divino heraldo Eumedes, rico en oro y en bronce; era de feo aspecero de pies ágiles, y el único hijo varón de su familia con cinco hermanas. Éste dijo nces a los troyanos y a Héctor:

¡Héctor! Mi corazón y mi ánimo valeroso me incitan a acercarme a las naves, de ro andar, para saberlo. Ea, alza el cetro y jura que me darás los corceles y el carro con nos de bronce que conducen al eximio Pelión. No te será inútil mi espionaje, ni tus ranzas se verán defraudadas; pues atravesaré todo el ejército hasta llegar a la nave de nón, que es donde deben de haberse reunido los caudillos para deliberar si huirán guirán combatiendo.

8 Así dijo. Y Héctor, tomando en la mano el cetro, prestó el juramento:

Sea testigo el mismo Zeus tonante, esposo de Hera. Ningún otro troyano será ado por estos corceles, y tú disfrutarás perpetuamente de ellos.

2 Con tales palabras, jurando lo que no había de cumplirse, animó a Dolón. Éste, sin er momento, colgó del hombro el corvo arco, vistió una pelicana piel de lobo, cubrió abeza con un morrión de piel de comadreja, tomó un puntiagudo dardo, y, saliendo ejército, se encaminó a las naves, de donde no había de volver para darle a Héctor la cia. Pues ya había dejado atrás la multitud de carros y hombres, y andaba animoso el camino, cuando Ulises, del linaje de Zeus, advirtiendo que se acercaba a ellos, ó así a Diomedes:

Ese hombre, Diomedes, viene del ejército; pero ignoro si va como espía a nuestras es o intenta despojar algún cadáver de los que murieron. Dejemos que se adelante un o más por la llanura, y echándonos sobre él lo cogeremos fácilmente; y si en correr aventajase, apártalo del ejército, acometiéndolo con la lanza, y persíguelo siempre a las naves, para que no se guarezca en la ciudad.

9 Dichas estas palabras, tendiéronse entre los muertos, fuera del camino. El incauto ón pasó con pie ligero. Mas, cuando estuvo a la distancia a que se extienden los os de las mulas - éstas son mejores que los bueyes para tirar de un sólido arado en a noval-, Ulises y Diomedes corrieron a su alcance. Dolón oyó ruido y se detuvo, endo que algunos de sus amigos venían del ejército troyano a llamarlo por encargo de tor. Pero así que aquéllos se hallaron a tiro de lanza o más cerca aún, conoció que enemigos y puso su diligencia en los pies huyendo, mientras ellos se lanzaban a eguirlo. Como dos perros de agudos dientes, adiestrados para cazar, acosan en una a a un cervato o a una liebre que huye chillando delante de ellos, del mismo modo el da y Ulises, asolador de ciudades, perseguían constantemente a Dolón después que aron apartarlo del ejército. Ya en su fuga hacia las naves iba el troyano a topar con guardias, cuando Atenea dio fuerzas al Tidida para que ninguno de los aqueos, de ncíneas corazas, se le adelantara y pudiera jactarse de haber sido el primero en herirlo llegase después. El fuerte Diomedes arremetió a Dolón, con la lanza, y le gritó: O Tente, o te alcanzará mi lanza; y no creo que pue das evitar mucho tiempo que mi o te dé una muerte terrible.

2 Dijo, y arrojó la lanza; mas de intento erró el tiro, y ésta se clavó en el suelo pués de volar por cima del hombro derecho de Dolón. Paróse el troyano dentellando dientes crujíanle en la boca-, tembloroso y pálido de miedo; Ulises y Diomedes se le caron, jadeantes, y le asieron de las manos, mientras aquél lloraba y les decia:

Hacedme prisionero y yo me redimiré. Hay en casa bronce, oro y hierro labrado: ellos os pagaría mi padre inmenso rescate, si supiera que estoy vivo en las naves

2 Respondióle el ingenioso Ulises:

Tranquilízate y no pienses en la muerte. Ea, habla y dime con sinceridad: ¿Adónde solo, separado de tu ejército y derechamente hacia las naves, en esta noche oscura, ntras duermen los demás mortales? ¿Acaso a despojar a algún cadáver? ¿Por ventura tor te envió como espía a las cóncavas naves? ¿O te dejaste llevar por los impulsos de razón?

0 Contestó Dolón, a quien le temblaban las carnes:

Héctor me hizo salir fuera de juicio con muchas y perniciosas promesas: accedió a me los solípedos corceles y el carro con adornos de bronce del eximio Pelión, para acercándome durante la rápida y oscura noche a los enemigos, averiguase si las ras naves son guardadas todavía, o los aqueos, vencidos por nuestras manos, piensan a fuga y no quieren velar porque el cansancio abrumador los rinde.

0 Díjole sonriendo el ingenioso Ulises:

Grande es el presente que tu corazón anhelaba. ¡Los corceles del aguerrido da! Difícil es que ninguno de los mortales los sujete y sea por ellos llevado, fuera de iles, que tiene una madre inmortal. Pero, ea, habla y dime con sinceridad: ¿Dónde, al r, has dejado a Héctor, pastor de hombres? ¿En qué lugar tiene las marciales armas y caballos? ¿Cómo se hacen las guardias y de qué modo están dispuestas las tiendas de royanos? Cuenta también lo que están deliberando: si

desean quedarse aquí cerca de naves y lejos de la ciudad, o volverán a ella cuando hayan vencido a los aqueos. 2 Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

De todo voy a informarte con exactitud. Héctor y sus consejeros deliberan lejos bullicio, junto a la tumba del divino Ilo; en cuanto a las guardias por que me untas, oh héroe, ninguna ha sido designada, para que vele por el ejército ni para que le. En torno de cada hoguera los troyanos, apremiados por la necesidad, velan y se ortan mutuamente a la vigilancia. Pero los auxiliares, venidos de lejas tierras, men y dejan a los troyanos el cuidado de la guardia, porque no tienen aquí a sus hijos ujeres.

3 Volvió a preguntarle el ingenioso Ulises:

¿Éstos duermen mezclados con los troyanos o separadamente? Dímelo para que lo

6 Contestó Dolón, hijo de Eumedes:

De todo voy a informarte con exactitud. Hacia el mar están los carios, los peonios, ados de corvos arcos, y los léleges, caucones y divinos pelasgos. El lado de Timbra to vieron por suerte los licios, los arrogantes misios, los frigios, que combaten en os, y los meonios, que armados de casco combaten en carros. Mas ¿por qué me hacéis preguntas? Si deseáis entraros por el ejército troyano, los tracios recién venidos están en ese extremo, con su rey Reso, hijo de Eyoneo. He visto sus corceles que son mos, de gran altura, más blancos que la nieve y tan ligeros como el viento. Su carro e lindos adornos de oro y plata, y sus armas son de oro, magníficas, encanto de la a, y más propias de los inmortales dioses que de hombres mortales. Pero llevadme ya s naves de ligero andar, o dejadme aquí, atado con recios lazos, para que vayáis y probéis si os hablé como debía.

6 Mirándolo con torva faz, le replicó el fuerte Diomedes:

No esperes escapar de ésta, Dolón, aunque tus noticias son importantes, pues has o en nuestras manos. Si te dejásemos libre o consintiéramos en el rescate, vendrías de vo a las veleras naves de los aqueos a espiar o a combatir contra nosotros; y, si por mí o pierdes la vida, no serás en adelante una plaga para los argivos.

4 Dijo; y Dolón iba, como suplicante, a tocarle la barba con su robusta mano, cuando medes, de un tajo en medio del cuello, le rompió ambos tendones; y la cabeza cayó en olvo, mientras el troyano hablaba todavía. Quitáronle el morrión de piel de adreja, la piel de lobo, el flexible arco y la ingente lanza; y el divino Ulises, éndolo todo con la mano, levantólo para ofrecerlo a Atenea, que preside los saqueos, ó diciendo:

Huélgate de esta ofrenda, ¡oh diosa! Serás tú la primera a quien invocaremos entre deidades del Olimpo. Y ahora guíanos hacia los corceles y las tiendas de los tracios. 5 Dichas estas palabras, apartó de sí los despojos y los colgó de un tamarisco, iéndolos con cañas y frondosas ramas del árbol, que fueran una señal visible para que es pasaran inadvertidos, al regresar durante la rápida y oscura noche. Luego pasaron nte por encima de las armas y de la negra sangre, y llegaron al grupo de los tracios rendidos de fatiga, dormían con las hermosas armas en el suelo, dispuestos nadamente en tres filas, y un par de caballos junto a cada guerrero. Reso

descansaba l centro, y tenía los ligeros corceles atados con correas a un extremo del carro. Ulises o el primero y lo mostró a Diomedes:

Éste es el hombre, Diomedes, y éstos los corceles de que nos habló Dolón, a quien amos. Ea, muestra tu impetuoso valor y no tengas ociosas las armas. Desata los caos, o bien mata hombres y yo me encargaré de aquéllos.

2 Así dijo, y Atenea, la de ojos de lechuza, infundió valor a Diomedes, que comenzó atar a diestro y a siniestro: sucedíanse los horribles gemidos de los que daban la vida s golpes de la espada, y su sangre enrojecía la tierra. Como un mal intencionado león mete al rebaño de cabras o de ovejas, cuyo pastor está ausente, así el hijo de Tideo se anzaba a los tracios, hasta que mató a doce. A cuántos aquél hería con la espada, el nioso Ulises, asiéndolos por un pie, los apartaba del camino, para que luego los eles de hermosas crines pudieran pasar fácilmente y no se asustasen de pisar áveres, a lo cual no estaban acostumbrados. Llegó el hijo de Tideo adonde yacía el y fue éste el decimotercio a quien privó de la dulce vida, mientras daba un suspiro; s en aquella noche el nieto de Eneo aparecía en desagradable ensueño a Reso, por n de Atenea. Durante este tiempo el paciente Ulises desató los solípedos caballos, los con las riendas y los sacó del ejército aguijándolos con el arco, porque se le olvidó ar el magnífico látigo que había en el labrado carro. Y en seguida silbó, haciendo al divino Diomedes.

3 Mas éste, quedándose aún, pensaba qué podría hacer que fuese muy arriesgado: si evaría el carro con las labradas armas, ya tirando del timón, ya levantándolo en alto; itaría la vida a más tracios. En tanto que revolvía tales pensamientos en su espíritu, entóse Atenea y habló así al divino Diomedes:

Piensa ya en volver a las cóncavas naves, hijo del magnánimo Tideo. No sea que as de llegar huyendo, si algún otro dios despierta a los troyanos.

2 Así habló. Diomedes, conociendo la voz de la diosa, montó sin dilación a caballo, y bién Ulises, que los aguijó con el arco; y volaron hacia las veleras naves aqueas. 5 Apolo, que lleva arco de plata, estaba en acecho desde que advirtió que Atenea mpañaba al hijo de Tideo; e, indignado contra ella, entróse por el ejército de los anos y despertó a Hipocoonte, valeroso caudillo tracio y sobrino de Reso. Como ocoonte, recordando del sueño, viera vacío el lugar que ocupaban los caballos y a los bres horriblemente heridos y palpitantes todavía, comenzó a lamentarse y a llamar su nombre al querido compañero. Y pronto se promovió gran clamoreo a inmenso ulto entre los troyanos, que acudían en tropel y admiraban la peligrosa aventura a que s hombres habían dado cima, regresando luego a las cóncavas naves.

6 Cuando ambos héroes llegaron al sitio en que habían dado muerte al espía de tor, Ulises, caro a Zeus, detuvo los veloces caballos; y el Tidida, apeándose, tomó los tos despojos que puso en las manos de Ulises, volvió a montar y picó a los corceles. s volaron gozosos hacia las cóncavas naves, pues a ellas deseaban llegar. Néstor fue rimero que oyó las pisadas de los caballos, y dijo:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Me engañaré o será verdad lo voy a decir? El corazón me ordena hablar. Oigo pisadas de caballos de pies ligeros. ¿Ulyses y el fuerte Diomedes trajeran del campo troyano solípedos corceles; pero he temo que a los más valientes argivos les haya ocurrido algún percance en el cito troyano.

0 Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando aquéllos llegaron y aron pie a tierra. Todos los saludaban alegremente con la diestra y con afectuosas bras. Y Néstor, caballero gerenio, les preguntó el primero:

¡Ea, dime, célebre Ulyses, gloria insigne de los aqueos! ¿Cómo hubisteis estos allos: penetrando en el ejército troyano, o recibéndolos de un dios que os salió al ino? Muy semejantes son a los rayos del sol. Siempre entro por las filas de los anos; pues, aunque anciano, no me quedo en las naves, y jamás he visto ni advertido s corceles. Supongo que los habréis recibido de algún dios que os salió al encuentro, s a entrambos os aman Zeus, que amontona las nubes, y su hija Atenea, la de ojos de

4 Respondióle el ingenioso Ulyses:

¡Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Fácil le sería a un dios, si quisiera, caballos mejores aún que éstos, pues su poder es muy grande. Los corceles por los preguntas, anciano, llegaron recientemente y son tracios: el valiente Diomedes mató ueño y a doce de sus compañeros, todos aventajados. Y cerca de las naves dimos te al decimotercio, que era un espía enviado por Héctor y otros troyanos ilustres a orar este campamento.

4 De este modo habló; y muy ufano, hizo que los solípedos caballos pasaran el foso, s demás aqueos siguiéronlo alborozados. Cuando estuvieron en la hermosa tienda del da, ataron los corceles con bien cortadas correas al pesebre, donde los caballos de medes comían el trigo dulce como la miel. Ulyses dejó en la popa de su nave los tos despojos de Dolón, para guardarlos hasta que ofrecieran un sacrificio a Atenea. bos entraron en el mar y se lavaron el abundante sudor de sus piernas, cuello y los. Cuando las olas les hubieron limpiado el abundante sudor del cuerpo y recreado orazón, metiéronse en pulimentadas pilas y se bañaron. Lavados ya y ungidos con o aceite, sentáronse a la mesa, y, sacando de una rebosante cratera vino dulce como la , en honor de Atenea to libaron.

## Canto xi\*



Principalía de Agamenón

En la batalla entre aqueos y troyanos, aquéllos llevan la peor parte: Agamenón, Diomedes y Ulises ultan heridos. Ante la clara ventaja de los troyanos, Aquiles envía a Patroclo junto a Néstor. La Aurora se levantaba del lecho, dejando al ilustre Titono, para llevar la luz a los es y a los hombres, cuando, enviada por Zeus, se presentó en las veleras naves aqueas uel Discordia con la señal del combate en la mano. Subió la diosa a la ingente nave a de Ulises, que estaba en medio de todas, para que lo oyeran por ambos lados hasta iendas de Ayante Telamonio y de Aquiles; los cuales habían puesto sus bajeles en los emos, porque confiaban en su valor y en la fuerza de sus brazos. Desde allí daba élla grandes, agudos y horrendos gritos, y ponía mucha fortaleza en el corazón de s los aqueos, a fin de que pelearan y combatieran sin descanso. Y pronto les fue más dable batallar que volver a la patria tierra en las cóncavas naves.

El Atrida alzó la voz mandando que los argivos se apercibiesen, y él mismo vistió la adura de luciente bronce. Púsose en torno de las piernas hermosas grebas sujetas con hes de plata, y cubrió su pecho con la coraza que Ciniras le había dado por presente ospitalidad. Porque hasta Chipre había llegado la noticia de que los aqueos se embaran para Troya, y Ciniras, deseoso de complacer al rey, le dio esta córaza que tenía filetes de pavonado acero, doce de oro y veinte de estaño, y a cada lado tres cerúleos nes erguidos hacia el cuello y semejantes al iris que el Cronión fija en las nubes o señal para los hombres dotados de palabra. Luego, el rey colgó del hombro la da, en la que relucían áureos clavos, con su vaina de plata sujeta por tirantes de oro. brazo después el labrado escudo, fuerte y hermoso, de la altura de un hombre, que entaba diez círculos de bronce en el contorno, tenía veinte bollos de blanco estaño y l centro uno de negruzco acero, y lo coronaba Gorgona, de ojos horrendos y torva a, con el Terror y la Fuga a los lados. Su correa era argentada, y sobre la misma scábase cerúleo dragón de tres cabezas entrelazadas, que nacían de un solo cuello. rió en seguida su cabeza con un casco de doble cimera, cuatro abolladuras y penacho rines de caballo, que al ondear en to alto causaba pavor; y asió dos fornidas lanzas de zada broncínea punta, cuyo brillo llegaba hasta el cielo. Y Atenea y Hera tronaron en lтурas para honrar al rey de Micenas, rica en oro.

Cada cual mandó entonces a su auriga que tuviera dispuestos el carro y los corceles o al foso; salieron todos a pie y armados, y levantóse inmenso viento antes que la audesputara. Delante del foso ordenáronse los infantes, y a éstos siguieron de cerca que combatían en carros. Y el Cronida promovió entre ellos funesto tumulto y dejó desde el éter sanguinoso rocío porque había de precipitar al Hades a muchas y rosas almas.

Los troyanos pusieron también en orden de batalla en una eminencia de la llanura, dedor del gran Héctor, del eximio Polidamante, de Eneas, honrado como un dios por ueblo troyano, y de los tres Antenóridas: Pólipo, el divino Agenor y el joven mante, que parecía un inmortal. Héctor, armado de un escudo liso, llegó con los meros combatientes. Cual astro funesto, que unas veces brilla en el cielo y otras se ta detrás de las pardas nubes; así Héctor, ya aparecía entre los delanteros, ya se traba entre los últimos, siempre dando órdenes y brillando por la armadura de bronce o el relámpago del padre Zeus, que lleva la égida.

Como los segadores caminan en direcciones opuestas por los surcos de un campo de o o de cebada de un hombre opulento, y los manojos de espigas caen espesos, de la ma manera, troyanos y aqueos se acometían y mataban, sin pensar en la pernicioso . Igual andaba la pelea, y como lobos se embestían. Gozábase en verlos la luctuosa cordia, única deidad que se hallaba entre los combatientes; pues los demás dioses manecían quietos en los hermosos palacios que se les había construido en los valles Olimpo y todos acusaban al Cronida, el dios de las sombrías nubes, porque queria eeder la victoria a los troyanos. Mas el padre no se cuidaba de ellos; y, sentado aparte, o de su gloria, contemplaba la ciudad troyana, las naves aqueas, el brillo del bronce, s que mataban y a los que la muerte recibían.

amanecer y mientras iba aumentando la luz del sagrado día, los tiros alcanzaban igual a unos y a otros y los hombres caían. Cuando llegó la hora en que el leñador ara el almuerzo en la espesura del monte, porque tiene los brazos cansados de cortar des árboles, siente fatiga en su corazón y el dulce deseo de la comida le ha llegado al a, los dánaos, exhortándose mutuamente por las filas y peleando con bravura, pieron las falanges teucas. Agamenón, que fue el primero en arrojar a ellas, mató meramente a Biánor, pastor de hombres, y después a su compañero Oíleo, hábil jinete. se había apeado del carro para sostener el encuentro, pero el Atrida le hundió en la te la aguzada pica, que no fue detenida por el casco del duro bronce, sino que pasó a és del mismo y del hueso, conmovióle el cerebro y postró al guerrero cuando contra él arremetía. Después de quitarles a entrambos la coraza, Agamenón, rey de hombres, los allí, con el pecho al aire, y fue a dar muerte a Iso y a Antifo, hijos bastardo y imo, respectivamente, de Príamo, que iban en el mismo carro. El bastardo guiaba y el re Antifo combatía. En otro tiempo Aquiles, habiéndolos sorprendido en un bosque Ida, mientras apacentaban ovejas, atólos con tiernos mimbres; y luego, pagado el ate, los puso en libertad. Mas entonces el poderoso Agamenón Atrida le envainó a Iso nza en el pecho, sobre la tetilla, y a Antifo lo hirió con la espada en la oreja y lo ibó del carro. Y, al ir presuroso a quitarles las magníficas armaduras, los reconoció; s los había visto en las veleras naves cuando Aquiles, el de los pies ligeros, se los ó del Ida. Bien así corno un león penetra en la guarida de una ágil cierva, se echa e los hijuelos y despedazándolos con los fuertes dientes les quita la tierna vida, y la re no puede socorrerlos, aunque esté cerca, porque le da un gran temblor, y atraviesa, ada y sudorosa, selvas y espesos encinares, huyendo de la acometida de la terrible a; tampoco los troyanos pudieron librar a aquéllos de la muerte, porque a su vez huían nte de los argivos.

2 Alcanzó luego el rey Agamenón a Pisandro y al intrépido Hipóloto, hijos del errido Antímaco (*éste, ganado por el oro y los espléndidos regalos de Alejandro, se nía a que Helena fuese devuelta al rubio Menelao*): ambos iban en un carro, y desde itio procuraban guiar los veloces corceles, pues habían dejado caer las lustrosas das y estaban aturridos. Cuando el Atrida arremetió contra ellos, cual si fuese un , arrodilláronse en el carro y así le suplicaron:

Haznos prisioneros, hijo de Atreo, y recibirás digno rescate. Muchas cosas de r tiene en su casa Antímaco: bronce, oro, hierro labrado; con ellas nuestro padre lo ría inmenso rescate, si supiera que estamos vivos en las naves aqueas.

6 Con tan dulces palabras y llorando hablaban al rey, pero fue amarga la respuesta escucharon:

Pues si sois hijos del aguerrido Antímaco que aconsejaba en el ágora de los s matar a Menelao y no dejarle volver a los aqueos, cuando vino a título de ajador con el deiforme Ulises, ahora pagaréis la insolente injuria que nos infirió stro padre.

3 Dijo, y derribó del carro a Pisandro: dióle una lanzada en el pecho y lo tumbó de lidas. De un salto apeóse Hipóloto, y ya en tierra, Agamenón le cercenó con la espada brazos y la cabeza, que tiró, haciendola rodar como un montero, por entre las filas. El da dejó a éstos, y seguido de otros aqueos, de hermosas grebas, fuese derecho al sitio de más falanges, mezclándose en montón confuso, combatían. Los infantes mataban a nfantes, que se veían obligados a huir; los que combatían desde el carro daban muerte el bronce a los enemigos que así peleaban, y a todos los envolvía la polvareda que en anura levantaban con sus sonoras pisadas los caballos. Y el rey Agamenón iba mpre adelante, matando troyanos y animando a los argivos. Como al estallar voraz ndio en un bosque, el viento hace oscilar las llamas y to propaga por todas partes, y arbustos ceden a la violencia del fuego y caen con sus mismas raíces, de igual manera n las cabezas de los troyanos puestos en fuga por Agamenón Atrida, y muchos allos de erguido cuello arrastraban con estrépito por el campo los carros va cíos y aban de menos a los eximios conductores; pero éstos, tendidos en tierra, eran ya más os a los buitres que a sus propias esposas.

3 A Héctor, Zeus le sustrajo de los tiros, el polvo, la matanza, la sangre y el tumulto; Atrida iba adelante, exhortando vehementemente a los dánaos. Los troyanos corrían la llanura, deseosos de refugiarse en la ciudad, y ya habían dejado a su espalda el ulcro del antiguo Ilo Dardánida y el cabrahígo; y el Atrida les seguía al alcance, ferando, con las invictas manos llenas de polvo y sangre. Los que primero llegaron a puertas Esceas y a la encina detuviéronse para aguardar a sus compañeros, los cuales n por la llanura como vacas aterrizadas por un león que, presentándose en la curidad de la noche, da cruel muerte a una de ellas, rompiendo su cerviz con los tes dientes y tragando su sangre y sus entrañas; del mismo modo el rey Agamenón da perseguía a los troyanos, matando al que se rezagaba, y ellos huían espantados. El da, manejando la lanza con gran furia, derribó a muchos, ya de pechos, ya de lidas, de sus respectivos carros. Mas cuando le faltaba poco para llegar al alto muro a ciudad, el padre de los

hombres y de los dioses bajó del cielo con el relámpago en la o, se sentó en una de las cumbres del Ida, abundante en manantiales, y llamó a Iris, la oradas alas, para que le sirviese de mensajera:

¡Anda, ve, rápida Iris! Dile a Héctor estas palabras: Mientras vea que Agamenón, or de hombres, se agita entre los combatientes delanteros y destroza filas de hombres, ese y ordene al pueblo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas que aquél, herido de lanza o de flecha, suba al carro, le daré fuerzas para matar ene - os hasta que llegue a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la ada noche.

5 Así dijo; y la veloz Iris, de pies ligeros como el viento, no dejó de obedecerlo. cendió de los montes ideos a la sagrada Ilio, y, hallando al divino Héctor, hijo del coso Príamo, de pie en el sólido carro, se detuvo a su lado, y le habló de esta manera:

¡Héctor, hijo de Príamo, que en prudencia igualas a Zeus! El padre Zeus me da para que te diga lo siguiente: Mientras veas que Agamenón, pastor de hombres, se a entre los combatientes delanteros y destroza sus filas, retírate de la lucha y ordena al blo que combata con los enemigos en la encarnizada batalla. Mas así que aquél, heride lanza o de flecha, suba al carro, te dará fuerzas para matar enemigos hasta que ues a las naves de muchos bancos, se ponga el sol y comience la sagrada noche. 0 Cuando Iris, la de los pies ligeros, hubo dicho esto, se fue. Héctor saltó del carro al o sin dejar las armas; y, blandiendo afiladas picas, recorrió el ejército, animóle a ar y promovió una terrible pelea. Los troyanos volvieron la cara a los aqueos para estirlos; los argivos, por su parte, cerraron las filas de las falanges; reanudóse el bate, y Agamenón acometió el primero, porque deseaba adelantarse a todos en la 8 Decidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue el primer troyano ado ilustre que a Agamenón se opuso.

1 Fue Ifidamante Antenoríada, valiente y alto de cuerpo, que se había criado en la l Tracia, madre de ovejas. Era todavía niño cuando su abuelo materno Ciseo, padre Teano, la de hermosas mejillas, to acogió en su casa; y así que hubo llegado a la iosa edad juvenil, lo conservó a su lado, dándole a su hija en matrimonio. Apenas do, Ifidamante tuvo que dejar el tálamo para ir a guerrear contra los aqueos: llegó por hasta Percote, dejó allí las doce corvas naves que mandaba y se encaminó por tierra a Tal era quien salió al encuentro de Agamenón Atrida. Cuando ambos se hallaron te a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el tiro, porque la lanza se le desvió; amante dio con la pica un bote en la cintura de Agamenón, más abajo de la coraza, y, que empujó el astil con toda la fuerza de su brazo, no logró atravesar el labrado tahalí, s la punta al chocar con la lámina de plata se torció como plomo. Entonces el eroso Agamenón asió de la pica, y tirando de ella con la furia de un león, la arrancó as manos de Ifidamante, a quien hirió en el cuello con la espada, dejándole sin vigor miembros. De este modo cayó el desventurado para dormir el sueño de bronce, ntras auxiliaba a los troyanos, lejos de su joven y legítima esposa, cuya gratitud no ó a conocer después que tanto le había dado: hábale regalado cien bueyes y metido cien mil cabras y mil ovejas de las innumerables que sus pastores apacentaban. Atrida Agamenón le quitó la magnífica armadura y se la llevó, abriéndose paso por e los aqueos.

8 Advirti6lo Co6n, var6n preclaro a hijo primog6nito de Ant6nor, y densa nube de r cubri6 sus ojos por la muerte del hermano. P6sese al lado de Agamen6n sin que to notara, di6le una lanzada en medio del brazo, en el codo, y se lo atraves6 con la a de la reluciente pica. Estremeci6se el rey de hombres, Agamen6n, mas no por esto de luchar ni de combatir; sino que arremeti6 con la impetuosa lanza a Co6n, el cual presuraba a retirar, asi6ndolo por el pie, el cad6ver de Ifidamante, su hermano de e, y a voces pedía auxilio a los m6s valientes. Mientras arrastraba el cad6ver por e la turba, cubri6ndolo con el abollonado escudo, Agamen6n le envas6 la broncínea a; dej6 sin vigor sus miembros, y le cort6 la cabeza sobre el mismo Ifidamante. Y os hijos de Ant6nor, cumpli6ndose su destino, acabaron la vida a manos del rey da y descendieron a la morada de Hades.

4 Entr6se luego Agamen6n por las filas de otros guerreros, y combati6 con la lanza, spada y grandes piedras mientras la sangre caliente brotaba de la herida; mas as6 que se sec6 y la sangre dej6 de correr, agudos dolores debilitaron sus fuerzas. Como los res agudos y acerbos que a la parturienta envían las Ilitias, hijas de Hera, las cuales den los alumbramientos y disponen de los terribles dolores del parto; tales eran los dos dolores que debilitaron las fuerzas del Atrida. De un salto subi6 al carro; con el z6n afligido mand6 al auriga que le llevase a las c6ncavas naves, y gritando fuerte a los d6naos:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Apartad vosotros de las naves adoras del ponto el funesto combate; pues a mí el pr6vido Zeus no me permite tir todo el d6a con los troyanos.

0 As6 dijo. El auriga pic6 con el látigo a los caballos de hermosas crines, gi6ndolos a las c6ncavas naves; ellos volaron gozosos, con el pecho cubierto de uma, y envueltos en una nube de polvo sacaron del campo de la batalla al fatigado rey. 4 H6ctor, al notar que Agamen6n se ausentaba, con penetrantes gritos anim6 a los anos y a los licios:

¡Troyanos, licios, d6rdanos que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, y trad vuestro impetuoso valor. El guerrero m6s valiente se ha ido, y Zeus Cronida me cede una gran victoria. Pero dirigid los sol6pedos caballos hacia los fuertes d6naos y oria que alcanzaréis ser6 mayor.

1 Con estas palabras les excit6 a todos el valor y la fuerza. Como un cazador azuza a perros de blancos dientes contra un montaraz jabal6 o contra un le6n, as6 H6ctor Pri6a, igual a Ares, funesto a los mortales, incitaba a los magn6nimos troyanos contra los eos. Muy alentado, abri6se paso por los combatientes delanteros, y cay6 en la batalla o tempestad que viene de to alto y alborota el viol6ceo ponto.

9 ¿Cu6l fue el primero, cu6l el 6ltimo de los que entonces mat6 H6ctor Pri6mida ndo Zeus le dio gloria?

1 Aseo, el primero, y despu6s Aut6noo, Opites, D6lope Cl6tida, Ofeltio, Agelao, mno, Oro y el bravo Hip6noo. A tales caudillos d6naos dio muerte, y adem6s a hos hombres del pueblo. Como el C6firo agita y se lleva en furioso torbellino las es que el veloz Noto tenía reunidas, y

gruesas olas se levantan y la espuma llega a to por el soplo del errabundo viento; de esta manera caían delante de Héctor muchas ezas de gente del pueblo.

0 Entonces gran estrago a irreparables males se hubieran próducido, y los aqueos, dose a la fuga, no habrían parado hasta las naves, si Ulises no hubiese exhortado al da Diomedes:

¡Tidida! ¿Por qué no mostramos nuestro impetuoso valor? Ea, ven aquí, amigo; e a mi lado. Vergonzoso fuera que Héctor, el de tremolante casco, se apoderase de naves.

6 Respondióle el fuerte Diomedes:

Yo me quedaré y resistiré, aunque será poco el provecho que logremos; pues Zeus, amontona las nubes, quiere conceder la victoria a los troyanos y no a nosotros. 0 Dijo, y derribó del carro a Timbreo, envasándole la pica en la tetilla izquierda;

Ulises hería al escudero del mismo rey, a Molión, igual a un dios. Dejaronlos pronto como los pusieron fuera de combate, y penetrando por la turba causaron usión y terror, como dos embravecidos jabalíes que acometen a perros de caza. Así, do vuelto a combatir, mataban a los troyanos; y en tanto los aqueos, que huían de tor, pudieron respirar placenteramente.

8 Dieron también alcance a dos hombres que eran los más valientes de su pueblo y an en un mismo carro, a los hijos de Mérope percosio: éste conocía como nadie el adivinatoria, y no quería que sus hijos fuesen a la homicida guerra; pero ellos no lo decidieron, impelidos por las parcas de la negra muerte. Diomedes Tidida, famoso por za, les quitó el alma y la vida y los despojó de las magníficas armaduras. Ulises ó a Hipódamo y a Hipéroco.

6 Entonces el Cronida, que desde el Ida contemplaba la batalla, igualó el combate en troyanos y aqueos se mataban. El hijo de Tideo dio una lanzada en la cadera al héroe strofo Peónida, que por no tener cerca los corceles no pudo huir, y ésta fue la causa u desgracia: el escudero tenía el carro algo distante, y él se revolvía furioso entre los tientes delanteros, hasta que perdió la vida. Atisbó Héctor a Ulises y a Diomedes, arremetió gritando, y pronto siguieron tras él las falanges de los troyanos. Al verlo, emecióse el valeroso Diomedes, y dijo a Ulises, que estaba a su lado:

Contra nosotros viene esa calamidad, el impetuoso Héctor. Ea, aguardémosle a pie e y cerremos con él.

9 Dijo; y apuntando a la cabeza de Héctor, blandió y arrojó la ingente lanza, y no le , pues fue a dar en la cima del yelmo; pero el bronce rechazó al bronce, y la punta no ó al hermoso cutis por impedírsele el casco de tres dobleces y agujeros a guisa de , regalo de Febo Apolo. Héctor entonces retrocedió un buen trecho, y, penetrando por ba, cayó de rodillas, apoyó la robusta mano en el suelo y oscura noche cubrió sus . Mientras el Tidida atravesaba las primeras filas para recoger la lanza que en el suelo abía clavado, Héctor tornó en su sentido, subió de un salto al carro, y, dirigiéndolo en medio de la multitud, evitó la negra muerte. Y el fuerte Diomedes, que lanza en o lo perseguía, exclamó:

¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero alvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el uendo de los dardos. Yo

acabaré contigo si más tarde to encuentro y un dios me da. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

8 Dijo; y empezó a despojar el cadáver del Peónida, famoso por su lanza. Pero andro, esposo de Helena, la de hermosa cabellera, que se apoyaba en una columna pulcro de Ilo Dardánida, antiguo anciano honrado por el pue blo, armó el arco y lo tó al hijo de Tideo, pastor de hombres. Y mientras éste quitaba al cadáver del roso Agástrofo la labrada coraza, el manejable escudo de debajo del pecho y el do casco, aquél tiró del arco y disparó; y la flecha no salió inútilmente de su mano, que le atravesó al héroe el empeine del pie derecho y se clavó en tierra. Alejandro ó de su escondite, y con grande y regocijada risa se gloriaba diciendo:

Herido estás; no se perdió el tiro. Ojalá que, acertándote en un ijar, lo hubiese ado la vida. Así los troyanos tendrían un desahogo en sus males, pues te temen como ón las baladoras cabras.

4 Sin turbarse le respondió el fuerte Diomedes:

¡Flechero, insolente, experto sólo en manejar el arco, mirón de doncellas! Si frente ente midieras conmigo las armas, no te valdría el arco ni las abundantes flechas. ra te alabas sin motivo, pues sólo me rasguñaste el empeine del pie. Tanto me cuido a herida como si una mujer o un insipiente niño me la hubiese causado, que poco e la flecha de un hombre vil y cobarde. De otra clase es el agudo dardo que yo arrojo: poco que penetre deja exánime al que to recibe, y la mujer del muerto desgarras sus llas, sus hijos quedan huérfanos, y el cadáver se pudre enrojeciendo con su sangre la a y teniendo a su alrededor más aves de rapiña que mujeres.

6 Así dijo. Ulises, famoso por su lanza, acudió y se le puso delante. Diomedes se rancó del pie la aguda flecha y un dolor terrible recorrió su cuerpo. Entonces ó al carro y con el corazón afligido mandó al auriga que lo llevase a las cóncavas 1 Ulises, famoso por su lanza, se quedó solo; ningún argivo permaneció a su lado, que el terror los poseía a todos. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu así le hablaba:

¡Ay de mí! ¿Qué me ocurrirá? Muy malo es huir, temiendo a la muchedumbre, y aún que me cojan quedándome solo, pues a los demás dánaos el Cronión los puso en . Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? Sé que los cobardes huyen combate, y quien descuella en la batalla debe mantenerse firme, ya sea herido, ya a hiera.

1 Mientras revolvía tales pensamientos en su mente y en su corazón, llegaron las stes de los escudados troyanos, y, rodeándole, su propio mal entre ellos encerraron. mo los perros y los florecientes mozos cercan y embisten a un jabalí que sale de la sa selva aguzando en sus corvas mandíbulas los blancos colmillos, y aunque la fiera a los dientes y aparezca terrible, resisten firmemente; así los troyanos acometían nces por todos lados a Ulises, caro a Zeus. Mas él dio un salto y clavó la aguda pica un hombro del eximio Deyopites; mató luego a Toón y a Ennomo; alanceó en el ligo por debajo del cóncavo escudo a Quersidamante, que se apeaba del carro y cayó l polvo y cogió el suelo con las manos; y, dejándolos a todos, envasó la lanza a ope

Hipásida, hermano carnal del noble Soco. Éste, que parecía un dios, vino a verlo, y, deteniéndose cerca de Ulises, hablóle de este modo:

¡Célebre Ulises, varón incansable en urdir engaños y en trabajar! Hoy, o podrás verte de haber muerto y despojado de las armas a ambos Hipásidas, o perderás la vida, do por mi lanza.

4 Cuando esto hubo dicho, le dio un bote en el liso escudo: la fornida lanza atravesó ciento escudo, clavóse en la labrada coraza y levantó la piel del costado; pero Palas nea no permitió que llegara a las entrañas del varón. Entendió Ulises que por el sitio erida no era mortal, y retrocediendo dijo a Soco estas palabras:

¡Ah infortunado! Grande es la desgracia que sobre ti ha caído. Lograste que cesara uchar con los troyanos, pero yo te digo que la perdición y la negra muerte te nazarán hoy; y, vencido por mi lanza, me darás gloria, y a Hades, el de los famosos eles, el alma.

6 Dijo, y como Soco se volviera para huir, clavóle la lanza en el dorso, entre los bros, y le atravesó el pecho. El guerrero cayó con estrépito, y el divino Ulises se ó de su obra:

¡Oh Soco, hijo del aguerrido Hípaso, domador de caballos! Te sorprendió la rte antes de que pudieses evitarla. ¡Ah mísero! A ti, una vez muerto, ni el padre ni la anda madre te cerrarán los ojos, sino que te desgarrarán las carnívoras aves iéndote con sus tupidas alas; mientras que a mí, si muero, los divinos aqueos me n honras fúnebres.

6 Así diciendo, arrancó de su cuerpo y del abollonado escudo la ingente lanza que o le había arrojado; brotó la sangre y afligióle el corazón. Los magnánimos troyanos, er la sangre, se exhortaron mutuamente entre la turba y embistieron todos a Ulises, y retrocedió, llamando a voces a sus compañeros. Tres veces gritó cuanto un varón de hacerlo a voz en cuello; tres veces Menelao, caro a Ares, to oyó, y al punto dijo a nte, que estaba a su lado:

¡Ayante Telamonio, del linaje de Zeus, príncipe de hombres! Oigo la voz del ente Ulises como si los troyanos, habiéndole aislado en la terrible lucha, lo estuviesen ando. Acudámosle, abriéndonos calle por la turba, pues lo mejor es llevarle socorro. mo que a pesar de su valentía le suceda alguna desgracia solo entre los troyanos, y que pués los dánaos te echen muy de menos.

z Así diciendo, partió y siguióle Ayante, varón igual a un dios. Pronto dieron con es, caro a Zeus, a quien los troyanos acometían por todos lados como los rojizos chas circundan en el monte a un cornífero ciervo herido por la flecha que un hombre le aró con el arco -sálvase el ciervo, merced a sus pies, y huye en tanto que la sangre caliente y las rodillas ágiles; póstralo luego la veloz saeta, y, cuando carnívoros cales lo despedazan en la espesura de un monte, trae la fortuna un voraz león que, ersando a los chacales, devora a aquél-; así entonces muchos y robustos troyanos metían al aguerrido y sagaz Ulises; y el héroe, blandiendo la pica, apartaba de sí la l muerte. Pero llegó Ayante con su escudo como una torre, se puso al lado de Ulises s troyanos se espantaron y huyeron a la desbandada. Y el marcial Menelao, asiendo a mano al héroe, sacólo de la turba mientras el escudero acercaba el carro.

9 Ayante, acometiendo a los troyanos, mató a Doriclo, hijo bastardo de Príamo, a ó a Pándoco, Lisandro, Píraso y Pilartes. Como el hinchado torrente que acreció la ia de Zeus baja

rebotante por los montes a la llanura, arrastra muchos pinos y encinas, y arroja al mar gran cantidad de cieno, así entonces el ilustre Ayante desordenaba y eguía por el campo a los enemigos y destrozaba corceles y guerreros. Héctor no lo advertido, porque peleaba en la izquierda de la batalla, cerca de la orilla del amandro: allí las cabezas caían en mayor número y un inmenso vocerío se dejaba oír redor del gran Néstor y del marcial Idomeneo. Entre todos revolvíase Héctor, que, eno arduas proezas con su lanza y su habilidad ecuestre, destruía las falanges de los guerreros. Y los divinos aqueos no retrocedieran aún, si Alejandro, esposo de ena, la de hermosa cabellera, no hubiese puesto fuera de combate a Macaón, pastor de bres, mientras descollaba en la pelea, hiriéndolo en la espalda derecha con trifurcada

Los aqueos, aunque respiraban valor, temieron que la lucha se inclinase, y aquél a muerto. Y al punto habló Idomeneo al divino Néstor:

¡Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! Ea, sube al carro, póngase aún junto a ti, y dirige presto a las naves los solípedos corceles. Pues un médico vale chos hombres, por su pericia en arrancar flechas y aplicar drogas calmantes. 6 Dijo; y Néstor, caballero gerenio, no dejó de obedecerlo. Subió al carro, y tan nto como Macaón, hijo del eximio médico Asclepio, lo hubo seguido, picó con el o a los caballos y éstos volaron de su grado hacia las cóncavas naves, pues les aba volver a ellas.

1 Cebríones, que acompañaba a Héctor en el carro, notó que los troyanos eran otados, y le dijo:

¡Héctor! Mientras nosotros combatimos aquí con los dánaos en un extremo de la lla horrisona, los demás troyanos son desbaratados y se agitan en confuso tropel homy caballos. Ayante Telamonio es quien los desordena; bien lo conozco por el ancho do que cubre sus espaldas. Enderecemos a aquel sitio los corceles del carro, que allí más empeñada la pelea, mayor la matanza de peones y de los que combaten en carros, mensa la gritería que se levanta.

1 Habiendo hablado así, azotó con el sonoro látigo a los caballos de hermosas crines. Ieron éstos el golpe y arrastraron velozmente por entre troyanos y aqueos el veloz capisando cadáveres y escudos; el eje tenía la parte inferior cubierta de sangre y los ndales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los cascos de los corceles y las as de las ruedas despedían. Héctor, deseoso de penetrar y deshacer aquel grupo de bres, promovía gran tumulto entre los dánaos, no dejaba la lanza quieta, recorría las de aquéllos y peleaba con la lanza, la espada y grandes piedras; solamente evitaba el uentro con Ayante Telamonio [porque Zeus se irritaba contra él cuando combatía con rrero más valiente].

4 El padre Zeus, que tiene su trono en las alturas, infundió temor en Ayante y éste se dó atónico, se echó a la espalda el escudo formado por siete boyunos cueros, paseó su ada por la turba, como una fiera, y retrocedió volviéndose con frecuencia y andando a o lento. Como los canes y los pastores del campo ahuyentan del boíl a un tostado león, igilando toda la noche, no le dejan llegar a los pingües bueyes; y el león, ávido de e, acomete furioso y nada consigue, porque caen sobre él multitud de venablos jados por robustas manos y encendidas teas que le

dan miedo, y, cuando empieza a e ar el día, se escapa la fiera con ánimo afligido; así Ayante se alejaba entonces de los anos, contrariado y con el corazón entristecido, porque temía mucho por las naves de aqueos. De la suerte que un tardo asno se acerca a un campo, y venciendo la stencia de los niños que rompen en sus espaldas muchas varas, penetra en él y roza las crecidas mieses; los muchachos lo apalean; pero, como su fuerza es poca, consiguen echarlo con trabajo, después que se ha hartado de comer; de la misma era los animosos troyanos y sus auxiliares, reunidos en gran número, perseguían al Ayante, hijo de Telamón, y le golpeaban el escudo con las lanzas. Ayante unas es mostraba su impetuoso valor, y revolviendo detenía las falanges de los troyanos, adores de caballos; otras, tornaba a huir; y, moviéndose con furia entre los troyanos y aqueos, conseguía que los enemigos no se encaminasen a las veleras naves. Las lanzas manos audaces despedían se clavaban en el gran escudo o caían en el suelo delante héroe, antes de llegar a su blanca piel, deseosas de saciarse de su carne.

5 Cuando Eurípilo, preclaro hijo de Evemón, vio que Ayante estaba tan abrumado los copiosos tiros, se colocó a su lado, arrojó la reluciente lanza y se la clavó en el hío, debajo del diafragma, a Apisaón Fausiada, pastor de hombres, dejándole sin vigor odillas. Corrió en seguida hacia él y se puso a quitarle la armadura. Pero advirtiéndolo el orme Alejandro, y disparando el arco contra Eurípilo logró herirlo en el muslo cho: la caña de la saeta se rompió, quedó colgando y apesgaba el muslo del guerrero. retrocedió al grupo de sus amigos, para evitar la muerte, y, dando grandes voces, a a los dánaos:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Deteneos, volved la cara al migo, y librad del día cruel a Ayante que está abrumado por los tiros y no creo que pe con vida del horrísono combate. Pero deteneos afrontando a los contrarios, y ad al gran Ayante, hijo de Telamón.

2 Tales fueron las palabras de Eurípilo al sentirse herido, y ellos se colocaron junto a on los escudos sobre los hombros y las picas levantadas. Ayante, apenas se juntó con compañeros, detúvose y volvió la cara a los troyanos.

6 Siguieron, pues, combatiendo con el ardor de encendido fuego; y, entre tanto, las uas de Neleo, cubiertas de sudor, sacaban del combate a Néstor y a Macaón, pastor de blos. Reconoció al último el divino Aquiles, el de los pies ligeros, que desde la popa a ingente nave contemplaba la gran derrota y deplorable fuga, y en seguida llamó, de la nave, a Patroclo, su compañero: oyólo éste, y, parecido a Ares, salió de la tienda. fue el origen de su desgracia. El esforzado hijo de Menecio habló el primero, endo:

¿Por qué me llamas, Aquiles? ¿Necesitas de mí?

7 Respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Divino Menecfada, carísimo a mi corazón! Ahora espero que los aqueos vendrán plicarme y se postrarán a mis plantas, porque no es llevadera la necesidad en que se an. Pero ve Patroclo, caro a Zeus, y pregunta a Néstor quién es el herido que saca del bate. Por la espalda tiene gran semejanza con Macaón el Asclepíada, pero no le vi el ro; pues las yeguas, deseosas de llegar

cuanto antes, pasaron rápidamente por mi lado. 6 Así dijo. Patroclo obedeció al amado compañero y se fue corriendo a las tiendas y es aqueas.

8 Cuando aquéllos hubieron llegado a la tienda del Nelida, descendieron del carro al o suelo, y Eurimedonte, servidor del anciano, desunció los corceles. Néstor y Macaón ron secar el sudor que mojaba sus corazas, poniéndose al soplo del viento en la orilla mar; y, penetrando luego en la tienda, se sentaron en sillas. Entonces les preparó una ura Hecamede, la de hermosa cabellera, hija del magnánimo Arsínoo, que el anciano abía llevado de Ténedos cuando Aquiles entró a saco en esta ciudad: los aqueos se la caron a Néstor, que a todos superaba en el consejo. Hecamede acercó una mesa nífica, de pies de acero, pulimentada; y puso encima una fuente de bronce con olla, manjar propio para la bebida, miel reciente y .sacra harina de flor, y una bella a guarnecida de áureos clavos que el anciano se había llevado de su palacio y tenía ron asas -Dada una entre dos palomas de oro- y dos sustentáculos. A otro anciano le ese sido difícil mover esta copa cuando después de llenarla se ponía en la mesa, pero tor la levantaba sin esfuerzo. En ella la mujer, que parecía una diosa, les preparó la da: echó vino de Pramnio, raspó queso de cabra con un rallo de bronce, espolvoreó la cla con blanca harina y los invitó a beber así que tuvo compuesto el potaje. Ambos eron, y, apagada la abrasadora sed, se entregaron al deleite de la conversación cuando oclo, varón igual a un dios, apareció en la puerta. Violo el anciano; y, levantándose vistoso asiento, le asió de la mano, le hizo entrar y le rogó que se sentara; pero oclo se excusó diciendo:

No puedo sentarme, anciano alumno de Zeus; no lograrás convencerme. petable y temible es quien me envía a preguntar a qué guerrero trajiste herido; pero ya é, pues estoy viendo a Macaón, pastor de hombres. Voy a llevar, como mensajero, la cia a Aquiles. Bien sabes tú, anciano alumno de Zeus, lo violento que es aquel bre y cuán pronto culparía hasta a un inocente.

5 Respondióle Néstor, caballero gerenio:

¿Cómo es que Aquiles se compadece de los aqueos que han recibido heridas? ¡No en qué aflicción está sumido el ejército! Los más fuertes, heridos unos de cerca y s de lejos, yacen en las naves. Con arma arrojadiza fue herido el poderoso Tidida medes; con la pica, Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo flecháronle l muslo, y acabo de sacar del combate a este otro, herido también por una saeta que rco despidió. Pero Aquiles, a pesar de su valentía, ni se cura de los dánaos ni se da de ellos. ¿Aguarda acaso que las veleras naves sean devoradas por el fuego migo en la orilla del mar, sin que los argivos puedan impedirlo, y que unos en pos de s sucumbamos todos? Ya el vigor de mis ágiles miembros no es el de antes. ¡Ojalá e tan joven y mis fuerzas tan robustas como cuando en la contienda levantada entre eleos y nosotros por el robo de bueyes, maté a Itimoneo, al valiente Hiperóquida, que a en la Elide, y tomé represalias! Itimoneo defendía sus vacas, pero cayó en tierra e los primeros, herido por el dardo que le arrojó mi mano, y los demás campesinos eron espantados. En aquel campo logramos un espléndido botín: cincuenta vacadas, s tantas manadas de ovejas, otras tantas piaras de cerdos,

otros tantos rebaños osos de cabras y ciento cincuenta yeguas bayas, muchas de ellas con sus potros. ella misma noche lo llevamos a Pilos, ciudad de Neleo, y éste se alegró en su corazón ue me correspondiera una gran parte, a pesar de ser yo tan joven cuando fui al com. Al alborear, los heraldos pregonaron con voz sonora que se presentaran todos ellos a quienes se les debía algo en la divina Élide, y los caudillos pilios repartieron el n. Con muchos de nosotros estaban en deuda los epeos, pues, como en Pilos éramos os, nos ofend ían; y en años anteriores había venido el fornido Heracles, que nos rató y dio muerte a los principales ciudadanos. De los doce hijos del irrepreensible eo, tan sólo yo quedé con vida; todos los demás perecieron. Engreídos los epeos, de ncíneas corazas, por tales hechos, nos insultaban y urdían contra nosotros inicuas ones.-El anciano Neleo tomó entonces un rebaño de bueyes y otro grande de cabras, giendo trescientas de éstas con sus pastores, por la gran deuda que tenía que cobrar a divina Élide: había enviado cuatro corceles, vencedores en anteriores juegos, dos a un carro, para aspirar al premio de la carrera, el cual consistía en un trípode; y as, rey de hombres, se quedó con ellos y despidió al auriga, que se fue triste por lo rido. Airado por tales insultos y acciones, el anciano escogió muchas cosas y dio lo ante al pueblo, encargando que se distribuyera y que nadie se viese privado de su ectiva porción. Hecho el reparto, ofrecimos en la ciudad sacrificios a los dioses.- Tres después se presentaron muchos epeos con carros tirados por solípedos caballos y la hueste reunida; y entre sus guerreros se hallaban ambos Molión, que entonces niños y no habían mostrado aún su impetuoso valor. Hay una ciudad llamada esa, en la cima de un monte contiguo al Alfeo, en los confines de la arenosa Pilos: los os quisieron destruirla y la sitiaron. Mas así que hubieron atravesado la llanura, nea descendió presurosa del Olimpo, cual nocturna mensajera, para que tomáramos armas, y no halló en Pilos un pueblo indolente, pues todos sentíamos vivos deseos de batir. A mí Neleo no me dejaba vestir las armas y me escondió los caballos, no éndome por suficientemente instruido en las cosas de la guerra. Y con todo eso, esalí, siendo infante, entre los nuestros, que combatían en carros; pues fue Atenea la dispuso de esta suerte el combate. Hay un río nombrado Minieo, que desemboca en mar cerca de Arene: allí los caudillos de los pilios aguardamos que apareciera la na Aurora, y en tanto afluyeron los infantes. Reunidos todos y vestida la armadura, chamos, llegando al mediodía a la sagrada corriente del Alfeo. Hicimos hermosos ificios al prepotente Zeus, inmolamos un toro al Alfeo, otro a Posidón y una gregal a a Atenea, la de ojos de lechuza; cena mos sin romper las filas, y dormimos, con la adura puesta, a orillas del río. Los magnánimos epeos estrechaban el cerco de la ad, deseosos de destruirla; pero antes de lograrlo se les presentó una gran acción de s. Cuando el resplandeciente sol apareció en to alto, trabamos la batalla, después de a Zeus y a Atenea. Y en la lucha de los pilios con los epeos, fui el primero que mató hombre, al belicoso Mulio, cuyos solípedos corceles me llevé. Era éste yerno de ías, por estar casado con la rubia Agamede, la hija mayor, que conocía cuantas gas produce la vasta tierra. Y, acercándome a él, le envasé la broncínea lanza, lo ibé en el polvo, salté a su carro y me coloqué entre los combatientes delanteros. Los nánimos epeos huyeron en desorden, aterrorizados de ver en el suelo al hombre

que daba a los que combatían en carros y tan fuerte era en la batalla. Lancéme a ellos cual curo torbellino; tomé cincuenta carros, venciendo con mi lanza y haciendo morder la a a los dos guerreros que en cada uno venían; y hubiera matado a entrambos Molión orión, si su padre, el poderoso Posidón, que conmueve la tierra, no los hubiese ado, envolviéndolos en espesa niebla y sacándolos del combate. Entonces Zeus cedió a los pilios una gran victoria. Perseguimos a los eleos por la espaciosa llanura, ando hombres y recogiendo magníficas armas, hasta que nuestros corceles nos aron a Buprasio, fértil en trigo, la roca Olenia y Alesio, al sitio llamado la colina, de Atenea hizo que el ejército se volviera. Allí dejé tendido al último hombre que é. Cuando desde Buprasio dirigieron los aqueos los rápidos corceles a Pilos, todos an gracias a Zeus entre los dioses y a Néstor entre los hombres. Tal era yo entre los reros, si todo no ha sido un sueño.- Pero del valor de Aquiles sólo se aprovechará él mo, y creo que ha de ser grandísimo su llanto cuando el ejército perezca. ¡Oh amigo! ecio to hizo un encargo el día en que to envió desde Ftía a Agamenón, estábamos ro del palacio yo y el divino Ulises y oímos cuanto aquél to encargó. Nosotros, que nces reclutábamos tropas en la fértil Acaya, habíamos llegado a la bien habitada casa eleo, donde encontramos al héroe Menecio, a ti y a Aquiles. Peleo, el anciano jinete, maba dentro del patio pingües muslos de buey en honor de Zeus, que se complace en ar rayos; y con una copa de oro vertía el negro vino en la ardiente llama del íficio, mientras vosotros preparabais carnes de buey. Nos detuvimos en el vestíbulo; iles se levantó sorprendido, y cogiéndonos de la mano nos introdujo, nos hizo sentar os ofreció presentes de hospitalidad, como se acostumbra hacer con lo s forasteros. sficimos de bebida y de comida el apetito, y empecé a exhortaros para que os erais con nosotros; ambos to anhelabais y vuestros padres os daban muchos consejos. nciano Peleo recomendaba a su hijo Aquiles que descollara siempre y sobresaliera e los demás, y a su vez Menecio, hijo de Áctor, lo aconsejaba así: «¡Hijo mío! iles te aventaja por su abolengo, pero tú le superas en edad; aquél es mucho más te, pero hazle prudentes advertencias, amonéstalo a instrúyelo y te obedecerá para su pio bien.» Así lo aconsejaba el anciano, y tú lo olvidas. Pero aún podrías recordárselo guerrido Aquiles y quizás lograras persuadirlo. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún conmoverías su corazón? Gran fuerza tiene la exhortación de un amigo. Y si se iene de combatir por algún vaticinio que su madre, enterada por Zeus, le ha revelado, a lo menos te envíe a ti con los demás mirmidones, por si llegas a ser la aurora de salón de los dánaos, y to permita llevar en el combate su magnífica armadura para que royanos te confundan con él y cesen de pelear, los belicosos aqueos que tan abatidos n se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por breve tiempo. Vosotros, no os halláis extenuados de fatiga, rechazaríais fácilmente de las naves y tiendas a la ciudad a esos hombres que de pelear están cansados.

4 Así dijo, y conmovióle el corazón dentro del pecho. Patroclo fuese corriendo por e las naves para volver a la tienda de Aquiles Eácida. Mas cuando, corriendo, llegó a bajeles del divino Ulises -allí se celebraba el ágora y se administraba justicia ante los es erigidos a los dioses- regresaba del combate, cojeando, Eurípilo Evemónida, del e de Zeus, que había recibido un

flechazo en el muslo: abundante sudor corría por su eza y sus hombros, y la negra sangre brotaba de la grave herida, pero su inteligencia manecía firme. Violo el esforzado hijo de Menecio, se compadeció de él y, irando, dijo estas aladas palabras:

¡Ah infelices caudillos y príncipes de los dánaos! ¡Así debíais en Troya, lejos de amigos y de la patria tierra, saciar con vuestra blanca grasa a los ágiles perros! Pero e, héroe Eurípilo, alumno de Zeus: ¿Podrán los aqueos sostener el ataque del ingente tor, o perecerán vencidos por su lanza?

2 Respondióle Eurípilo herido:

¡Patroclo, del linaje de Zeus! Ya no habrá defensa para los aqueos que corren a gijarse en las negras naves. Cuantos fueron hasta aquí los más valientes yacen en sus les, heridos unos de cerca y otros de lejos por mano de los troyanos, cuya fuerza va umento. Pero sálvame llevándome a la negra nave, arráncame la flecha del muslo, con agua tibia la negra sangre que fluye de la herida y ponme en ella drogas mantes y salutíferas que, según dicen, te dio a conocer Aquiles, instruido por Quirón, ás justo de los centauros. Pues de los dos médicos, Podalirio y Macaón, el uno creo está herido en su tienda, y a su vez necesita de un buen médico, y el otro sostiene combate en la llanura troyana.

7 Contestó el esforzado hijo de Menecio:

¿Cómo acabará esto? ¿Qué haremos, héroe Eurípilo? Iba a decir al aguerrido iles to que Néstor gerenio, protector de los aqueos, me encargó; pero no te dejaré así, mado por el dolor.

2 Dijo; y, cogiendo al pastor de hombres por el pecho, llevólo a la tienda. El dero, al verlos venir, extendió en el suelo pieles de buey. Patroclo recostó en ellas a pilo y sacó del muslo, con la daga, la aguda y acerba flecha; y, después de lavar con a tibia la negra sangre, espolvoreó la herida con una raíz amarga y calmante que iamente había desmenuzado con la mano. La raíz le calmó todos los dolores, secóse erida y la sangre dejó de correr.

## Canto xii\*



Combate en la muralla los troyanos asaltan con éxito la muralla y el foso del campamento aqueo. Héctor, con una gran piedra, riba la puerta de entrada al campamento y abre una vía de acceso a sus tropas.

En tanto que el fuerte hijo de Menecio curaba, dentro de la tienda, a Eurípilo herido, metíanse confusamente argivos y troyanos. Ya no había de contener a éstos ni el foso ancho muro que al borde del mismo construyeron los dánaos, sin ofrecer a los dioses atombes perfectas, para que los defendiera a ellos y las veleras naves y el mucho botín dentro se guardaba. Levantado el muro contra la voluntad de los inmortales dioses, debía subsistir largo tiempo. Mientras vivió Héctor, estuvo Aquiles irritado y la ciudad

Príamo no fue expugnada, la gran muralla de los aqueos se mantuvo firme. Pero, cuando hubieron muerto los más valientes troyanos, de los argivos unos perecieron y otros se salvaron, la ciudad de Príamo fue destruida en el décimo año, y los argivos se arcaron para regresar a su patria; Posidón y Apolo decidieron arruinar el muro con la ayuda de los ríos que corren de los montes ídeos al mar: el Reso, el Heptáporo, el Careso, odio, el Gránico, el Esepo, el divino Escamandro y el Simoente, en cuya ribera eran al polvo muchos cascos, escudos de boyuno cuero y la generación de los bres semidioses.- Febo Apolo desvió el curso de todos estos ríos y dirigió sus fuentes a la muralla por espacio de nueve días, y Zeus no cesó de llover para que más pronto se sumergiese en el mar. Iba al frente de aquéllos el mismo Posidón, que bate la arena, con el tridente en la mano, y tiró a las olas todos los cimientos de troncos y piedras con tanta fatiga echaron los aqueos, arrasó la orilla del Helesponto, de rápida fuente, enarenó la gran playa en que estuvo el destruido muro y volvió los ríos a los cursos por donde discurrían sus cristalinas aguas.

De tal modo Posidón y Apolo debían proceder más tarde. Entonces ardía el moroso combate al pie del bien labrado muro, y las vigas de las torres resonaban al caer de los dardos. Los argivos, vencidos por el azote de Zeus, encerrábanse en el fondo de las cóncavas naves por miedo a Héctor, cuya valentía les causaba la derrota, y seguía peleando y parecía un torbellino. Como un jabalí o un león se revuelve, irascible de su fuerza, entre perros y cazadores que agrupados le tiran muchos venablos, no siente en su ánimo audaz ni temor ni espanto, y su propio valor lo mata y va a un lado y a otro, probando las hileras de los hombres, y se apartan aquéllos hacia los lados que irige, de igual modo agitábase Héctor entre la turba y exhortaba a sus compañeros a entrar en el foso. Los corceles, de pies ligeros, no se atrevían a hacerlo, y parados en el borde se echaban, porque el ancho foso les daba horror. No era fácil, en efecto, salvarlo ni vesarlo, pues tenía

escarpados precipicios a uno y otro lado, y en su parte alta grandes ntiagudas estacas, que los aqueos clavarón espesas para defenderse de los enemigos. caballo tirando de un carro de hermosas ruedas difícilmente hubiera entrado en el , y los peones meditaban si podrían realizarlo. Entonces llegóse Polidamante al audaz tor, y dijo:

¡Héctor y demás caudillos de los tro yanos y sus auxiliares! Dirigimos rudentemente los veloces caballos al foso, y éste es muy difícil de pasar, porque está ado de agudas estacas y a lo largo de él se levanta el muro de los aqueos. Allí no ríamos apearnos del carro ni combatir, pues se trata de un sitio estrecho donde temo pronto seríamos heridos. Si Zeus altitonante, meditando males contra los aqueos, re destruirlos completamente para favorecer a los troyanos, deseo que lo realice nto antes y que aquéllos perezcan sin gloria en esta tierra, lejos de Argos. Pero si los eos se volviesen, y viniendo de las naves nos obligaran a repasar el profundo foso, me ro que ni un mensajero podría retornar a la ciudad huyendo de los aqueos que vamente entraran en combate. Ea, procedamos todos como voy a decir. Los escuderos an los caballos en la orilla del foso y nosotros sigamos a Héctor a pie, con armas y s reunidos; pues los aqueos no resistirán el ataque si sobre ellos pende la ruina. Así dijo Polidamante, y su prudente consejo plugo a Héctor, el cual, en seguida y sin r las armas, saltó del carro a tierra. Los demás troyanos tampoco permanecieron en carros; pues así que vieron que el divino Héctor lo dejaba, apeáronse todos, mandaron s aurigas que pusieran los caballos en línea junto al foso, y, habiéndose ordenado en o grupos, emprendieron la marcha con los respectivos jefes.

Iban con Héctor y Polidamante los más y mejores, que anhelaban romper el muro y ar cerca de las cóncavas naves; su tercer jefe era Cebríones, porque Héctor había do a otro auriga inferior para cuidar del carro. De otro grupo eran caudillos Paris, átoo y Agenor. El tercero lo mandaban Héleno y el deiforme Deífobo, hijos de mo, y el héroe Asio Hirtácida, que había venido de Arisbe, de las orillas del río ente, en un carro tirado por altos y fogosos corceles. El cuarto lo regía Eneas, ente hijo de Anquises, y con él Arquéloco y Acamante, hijos de Anténor, diestros en suerte de combates. Por último, Sarpedón se puso al frente de los ilustres aliados, endo por compañeros a Glauco y al belicoso Asteropeo, a quienes tenía por los más entes después de sí mismo, pues él descollaba entre todos. Tan pronto como hubieron razado los fuertes escudos y cerrado las filas, marcharon animosos contra los dánaos; peraban que éstos, en vez de oponerles resistencia, se refugiarían en las negras naves. 8 Todos los troyanos y sus auxiliares venidos de lejas tierras siguieron el consejo del mio Polidamante, menos Asio Hirtácida, príncipe de hombres, que, negándose a dejar arro y al auriga, se acercó con ellos a las veleras naves. ¡Insensato! No había de arse de las funestas parcas, ni volver, ufano de sus corceles y de su carro, de las naves ventosa Ilio; porque su hado infausto lo hizo morir atravesado por la lanza del ilustre meneo Deucálida. Fuese, pues, hacia la izquierda de las naves, al sitio por donde los eos solían volver de la llanura con los caballos y carros; hacia aquel lugar dirigió los eles, y no halló las puertas cerradas y aseguradas con el gran cerrojo, porque unos bres las tenían abiertas, con el fin de salvar a los compañeros que, huyendo del bate, llegaron a las naves. A aquel paraje

enderezó los caballos, y los demás tomaron dando agudos gritos, porque esperaban que los aqueos, en vez de oponer resistencia, se refugiarían en las negras naves. ¡Insensatos! En las puertas encontraron a valentísimos guerreros, hijos gallardos de los belicosos lapitas: el esforzado Petes, hijo de Pirítoo, y Leonteo, igual a Ares, funesto a los mortales. Ambos estaban frente de las altas puertas, como en el monte unas encinas de elevada copa, fijas al suelo raíces gruesas y extensas, desafían constantemente el viento y la lluvia; de igual era aquéllos, confiando en sus manos y en su valor, aguardaron la llegada del gran o y no huyeron. Los troyanos se encaminaron con gran alboroto al bien construido o, levantando los escudos de secas pieles de buey, mandados por el rey Asio, Meno, Orestes, Adamante Asíada, Toón y Enómao. Polipetes y Leonteo hallábanse rodeados a instigaban a los aqueos, de hermosas grebas, a pelear por las naves; mas, así que vieron a los troyanos atacando la muralla y a los dánaos en clamorosa fuga, salieron furiosos a combatir delante de las puertas, semejantes a montaraces jabalíes que en el monte son terror de la acometida de hombres y canes, y en curva carrera tronchan y sacan de raíz las plantas de la selva, dejando oír el crujido de sus dientes, hasta que los bres, tirándoles venablos, les quitan la vida; de parecido modo resonaba el luciente bronce en el pecho de los héroes a los golpes que recibían, pues peleaban con gran ruido, confiando en los guerreros de encima de la muralla y en su propio valor. Desde torres bien construidas los aqueos tiraban para defenderse a sí mismos, las tiendas y naves de ligero andar. Como caen al suelo los copos de nieve que impetuoso viento, cuando las pardas nubes, derrama en abundancia sobre la fértil tierra, así llovían los os que arrojaban aqueos y troyanos, y los cascos y abollonados escudos sonaban fuertemente al chocar con ellos las ingentes piedras. Entonces Asio Hirtácida, dando un grito y golpeándose el muslo, exclamó indignado:

¡Padre Zeus! Muy falaz te has vuelto, pues yo no esperaba que los héroes aqueosieran resistencia a nuestro valor a invictas manos. Como las abejas o las flexibles pas que han anidado en fragoso camino y no abandonan su hueca morada al acercarse cazadores, sino que luchan por los hijuelos, así aquéllos, con ser dos solamente, no se retiran de las puertas mientras no perezcan, o la libertad no pierdan.

3 Así dijo; pero sus palabras no cambiaron la mente de Zeus, que deseaba conceder gloria a Héctor.

5 Otros peleaban delante de otras puertas, y me sería difícil, no siendo un dios, verlo todo. Por doquiera ardía el combate al pie del lapídeo muro; los argivos, aunque asidos de angustia, veíanse obligados a defender las naves; y estaban apesados todos los espartanos que en la guerra protegían a los dánaos. Entonces fue cuando los lapitas cesaron el combate y la refriega.

2 El fuerte Polipetes, hijo de Pintoo, hirió a Dámaso con la lanza por el casco de encéneas carrilleras: el casco de bronce no detuvo a aquélla cuya punta, de bronce bien, rompió el hueso; conmovióse el cerebro y el guerrero sucumbió mientras batía con desnudo. Aquél mató luego a Pilón y a órmeno. Leonteo, hijo de Antímaco ástago de Ares, arrojó un dardo a Hipómaco y se lo clavó junto al ceñidor; luego envainó la aguda espada, y, acometiendo por en medio de la

muchedumbre a fates, lo hirió y lo tiró de espaldas; y después derribó sucesivamente a Menón, Yáo y Orestes, que fueron cayendo al almo suelo.

5 Mientras ambos héroes quitaban a los muertos las lucientes armas, adelantaron la cha con Polidamante y Héctor los más y más valientes de los jóvenes, que sentían un deseo de romper el muro y pegar fuego a las naves. Pero detuviéronse indecisos en rilla del foso, cuando ya se disponían a atravesarlo, por haber aparecido encima de s, y dejando el pueblo, a la izquierda, un ave agorera: un águila de alto vuelo, ando en las garras un enorme dragón sangriento, vivo, que se estremecía y no se había dado de la lucha, pues encorvándose hacia atrás hirióla en el pecho, cerca del cuello. guila, penetrada de dolor, dejó caer el dragón en medio de la turba; y, chillando, voló la rapidez del viento. Los troyanos estremeciéronse al ver en medio de ellos la chada sierpe, prodigio de Zeus, que lleva la égida. Entonces acercóse Polidamante al az Héctor, y le dijo:

¡Héctor! Siempre me increpas en las juntas, aunque lo que proponga sea bueno; no es decoroso que un ciudadano hable en las reuniones o en la guerra contra lo de, sólo para acrecentar tu poder. También ahora he de manifestar lo que considero veniente. No vayamos a combatir con los dánaos cerca de las naves. Creo que nos rirá lo que diré, si vino realmente para los troyanos, cuando deseaban atravesar el , esta ave agorera: un águila de alto vuelo, que dejaba el pueblo a la izquierda y aba en las garras un enorme dragón sangriento y vivo, y lo hubo de soltar presto antes legar al nido y darlo a sus polluelos. De semejante modo, si con gran ímpetu pemos ahora las puertas y el muro, y los aqueos retroceden, luego no nos será posible er de las naves en buen orden por el mismo camino; y dejaremos a muchos troyanos idos en el suelo, a los cuales los aqueos, combatiendo en defensa de sus naves, án muerto con las broncíneas armas. Así lo interpretaría un augur que, por ser muy ndido en prodigios, mereciera la confianza del pueblo.

0 Encarándole la torva vista, respondió Héctor, el de tremolante casco:

¡Polidamante! No me place lo que propones y podías haber pensado algo mejor. Si mente hablas con seriedad, los mismos dioses te han hecho perder el juicio; pues me nsejas que, olvidando las promesas que Zeus tonante me hizo y ratificó luego, dezca a las aves aliabiertas, de las cuales no me cuido ni en ellas paro mientes, sea vayan hacia la derecha por donde aparecen la aurora y el sol, sea que se dirijan a la ierda, al tenebroso ocaso. Confiemos en las promesas del gran Zeus, que reina sobre s, mortales a inmortales. El mejor agüero es éste: combatir por la patria. ¿Por qué te miedo el combate y la pelea? Aunque los demás fuéramos muertos en las naves vas, no debieras temer por to vida; pues ni tu corazón es belicoso, ni te permite ardar a los enemigos. Y si dejas de luchar, o con tus palabras logras que otro se enga, pronto perderás la vida, herido por mi lanza.

1 Así, habiendo hablado, echó a andar. Siguiéronlo todos con fuerte gritería, y Zeus, se complace en lanzar rayos, enviando desde los montes ideos un viento borrascoso, ntó gran polvareda en las naves, abatió el ánimo de los aqueos, y dio gloria a los anos y a Héctor, que, fiados en las prodigiosas señales del dios y en su propio valor, taban romper la gran muralla

aquea. Arrancaban las almenas de las torres, demolían parapetos y derribaban los zócalos salientes que los aqueos habían hecho estribar en el o para que sostuvieran las torres. También tiraban de éstas, con la esperanza de per el muro de los aqueos. Mas los dánaos no les dejaban libre el camino, y, egiendo los parapetos con boyunas pieles, herían desde allí a los enemigos que al pie a muralla se encontraban.

5 Los dos Ayantes recorrían las torres, animando a los aqueos y excitando su valor; a s partes iban, y a uno le hablaban con suaves palabras y a otro le reñían con duras es porque flojeaba en el combate:

¡Oh amigos, ya entre los argivos seáis los preeminentes, los mediocres o los es, pues no todos los hombres son iguales en la guema! Ahora el trabajo es común a s y vosotros mismos to conocéis. Nadie se vuelva atrás, hacia los bajeles, por oír las nazas de un troyano; id adelante y animaos mutuamente, por si Zeus olímpico, dor, nos permite rechazar el ataque y perseguir a los enemigos hasta la ciudad. 7 Dando tales voces animaban a los aqueos para que combatieran. Cuan espesos caen copos de nieve cuando en un día de invierno Zeus decide nevar, mostrando sus armas s hombres, y, adormeciendo los vientos, nieva incesantemente hasta que cubre las as y los riscos de los montes más altos, las praderas cubiertas de loto y los fértiles pos cultivados por el hombre, y la nieve se extiende por los puertos y playas del umoso mar, y únicamente la detienen las olas, pues todo lo restante queda cubierto ndo arrecia la nevada de Zeus, así, tan espesas, volaban las piedras por ambos lados, unas hacia los troyanos y las otras de éstos a los aqueos, y el estrépito se elevaba sotodo el muro.

0 Mas los troyanos y el esclarecido Héctor no habrían roto aún las puertas de la alla y el gran cerrojo, si el pródigo Zeus no hubiese incitado a su hijo Sarpedón ra los argivos, como a un león contra bueyes de retorcidos cuernos. Sarpedón levantó eguida el escudo liso, hermoso, protegido por planchas de bronce, obra de un ncista que sujetó muchas pieles de bue y con varitas de oro prolongadas por ambos s hasta el borde circular; alzando, pues, la rodela y blandiendo un par de lanzas, se o en marcha como el montaraz león que en mucho tiempo no ha probado la carne y su mo audaz le impele a acometer un rebaño de ovejas yendo a la alquería sólidamente struida; y, aunque en ella encuentre pastores que, armados con venablos y provistos erros, guardan las ovejas, no quiere que lo echen del establo sin intentar el ataque, a que, saltando dentro, o consigue hacer presa o es herido por un venablo que ágil o le arroja; del mismo modo, el deiforme Sarpedón se sentía impulsado por su ánimo altar el muro y destruir los parapetos. Y en seguida dijo a Glauco, hijo de Hipóloco:

¡Glauco! ¿Por qué a nosotros nos honran en la Licia con asientos preferentes, jares y copas de vino, y todos nos miran como a dioses, y poseemos campos grandes níficos a orillas del Janto, con viñas y tierras de pan llevar? Preciso es que ahora sostengamos entre los más avanzados y nos lancemos a la ardiente pelea, para que guno de los licios, armados de fuertes corazas: «No sin gloria imperan nuestros s en la Licia; y si comen pingües ovejas y beben exquisito vino, dulce como la miel, bién son esforzados, pues combaten al frente de los licios».

¡Oh amigo! Ojalá que, endo de esta batalla, nos libráramos para siempre de la vejez y de la muerte, pues ni me batiría en primera fila, ni to llevaría a la lid, donde los varones adquieren gloria; , como son muchas las clases de muerte que penden sobre los mortales, sin que éstos dan huir de ellas ni evitarlas, vayamos y daremos gloria a alguien, o alguien nos la a nosotros.

9 Así dijo; y Glauco ni retrocedió ni fue desobediente. Ambos fueron adelante en a recta, siguiéndoles la numerosa hueste de los licios. Estremeciósse al advertirlo nesteo, hijo de Péteo, pues se encaminaban hacia su torre, llevando consigo la ruína. ó la cohorte de los aqueos, por si divisaba a algún jefe que librara del peligro a los pañeros, y distinguió a entrambos Ayantes, incansables en el combate, y a Teucro, én salido de la tienda, que se hallaban cerca. Pero no podía hacerse oír por más que ara, porque era tanto el estrépito, que el ruido de los escudos al parar los golpes, el de ascos guarnecidos con crines de caballo, y el de las puertas, llegaba al cielo; todas las tas se hallaban cerradas, y los troyanos, detenidos por las mismas, intentaban pear rompiéndolas a viva fuerza. Y Menesteo decidió enviar a Tootes, el heraldo, para llamase a Ayante:

Ve, divino Tootes, y llama corriendo a Ayante, o mejor a los dos; esto sería erible, pues pronto habrá aquí gran estrago. ¡Tal carga dan los caudillos licios, que mpre han sido sumamente impetuosos en las encarnizadas peleas! Y si también a11í se promovido recio combate, venga por lo menos el esforzado Ayante Telamonio y lo Teucro, excelente arquero.

1 Así dijo; y el heraldo oyólo y no desobedeció. Fuese corriendo a lo largo del muro os aqueos, de broncíneas corazas, se detuvo cerca de los Ayantes, y les habló en estos minos:

—¡Ayantes, jefes de los argivos, de broncíneas corazas! El caro hijo de Péteo, mno de Zeus, os ruega que vayáis a tener parte en la refriega, aunque sea por breve po. Que fuerais los dos, sería preferible; pues pronto habrá a11í gran estrago. ¡Tal a dan los caudillos licios, que siempre han sido sumamente impetuosos en las arnizadas peleas! Y si también aquí se ha promovido recio combate, vaya por lo meel esforzado Ayante Telamonio y sígalo Teucro, excelente arquero.

4 Así habló; y el gran Ayante Telamonio no fue desobediente. En el acto dijo al ada estas aladas palabras:

¡Ayante! Vosotros, tú y el fuerte Licomedes, seguid aquí y alentad a los dánaos que peleen con denuedo. Yo voy a11á, combatiré con aquéllos, y volveré tan pronto o los haya socorrido.

0 Así habiendo hablado, Ayante Telamonio partió y con él fueron Teucro, su o de padre, y Pandión, que llevaba el corvo arco de Teucro. Llegaron a la torre del nánimo Menesteo, y, penetrando en el muro, se unieron a los defensores que ya se n acosados; pues los caudillos y esforzados príncipes de los licios asaltaban los petos como un oscuro torbellino. Trabaron el combate y se produjo gran vocerío. 8 Fue Ayante Telamonio el primero que mató a un hombre, al magnánimo Epicles, pañero de Sarpedón, arrojándole una piedra grande y áspera que había dentro del en la parte más alta, cerca del parapeto. Difícilmente habríá podido sospesarla con as manos uno de los actuales jóvenes, y aquél la levantó y, tirándola desde lo alto acles, rompióle el casco de cuatro abolladuras y aplastóle los huesos de la cabeza; el ano cayó de la elevada torre

como salta un buzo, y el alma separóse de los miembros. cayo, desde to alto de la muralla, disparó una flecha a Glauco, esforzado hijo de óloco, que valeroso acometía; y, dirigiéndola adonde vio que el brazo aparecía nudo, to puso fuera de combate. Saltó Glauco y se alejó del muro, ocultándose para ningún aqueo, al advertir que estaba herido, profririera jactanciosas palabras. sadumbróse Sarpedón al notario; mas no por esto se olvidó de la pelea, pues, endo alcanzado a Alcmaón Testórida, le envasó la lanza, que al punto volvió a sacar: uerrero, siguiendo la lanza, dio de cara en el suelo, y las bronceínas labradas armas naron. Después, cogiendo con sus robustas manos un parapeto, tiró del mismo y lo ncó entero; quedó el muro desguarnecido en su parte superior y con ello se abrió ino para muchos.

0 Pero en el mismo instante acertáronle a Sarpedón Ayante y Teucro: éste atravesó una flecha el lustroso correón del gran escudo, cerca del pecho; mas Zeus apartó de igo las parcas, para que no sucumbiera junto a las naves; Ayante, arremetiendo, dio un de lanza en el escudo: la punta no lo atravesó, pero hizo vacilar al héroe cuando se onía para el ataque. Sarpedón se apartó un poco del parapeto, pero no se retiró del , porque en su ánimo deseaba alcanzar gloria. Y volviéndose a los licios, iguales a los es, los exhortó diciendo:

¡Oh licios! ¿Por qué se afloja tanto vuestro impetuoso valor? Difícil es que yo , aunque haya roto la muralla y sea valiente, pueda abrir camino hasta las naves.

me todos, pues la obra de muchos siempre resulta mejor.

3 Así habló. Los licios, temiendo la reconvención del rey, junto con éste y con ores bríos que antes, cargaron a los argivos; quienes, a su vez, cerraron las filas de las nges dentro del muro, porque era grande la acción que se les presentaba. Y ni los os licios, a pesar de haber roto el muro de los dánaos, lograban abrirse paso hasta las es; ni los belicosos dánaos podían rechazar de la muralla a los licios desde que a la ma se habían acercado. Como dos hombres altercan, con la medida en la mano, sobre indés de campos contiguos y se disputan un pequeño espacio, así, licios y dánaos ban separados por los parapetos, y por cima de los mismos hacían chocar delante de pechos las rodela de boyuno cuero y los ligeros broqueles. Ya muchos combatientes an sido heridos con el cruel bronce, unos en la espalda, que al volverse dejaron fensa, otros por entre el mismo escudo. Por doquiera torres y parapetos estaban dos con sangre de troyanos y aqueos. Mas ni aun así los troyanos podían hacer volver spalda a los aqueos. Como una honrada obrera coge un peso y lana y los pone en los llos de una balanza, equilibrándolos hasta que quedan iguales, para llevar a sus hijos miserable salario, así el combate y la pelea andaban iguales para unos y otros, hasta Zeus quiso dar excelsa gloria a Héctor Priámida, el primero que asaltó el muro eo. El héroe, con pujante voz, gritó a los troyanos:

¡Acometed, troyanos domadores de caballos! Romped el muro de los argivos y jad a las naves el fuego abrasador.

2 Así dijo para excitarlos. Escucháronlo todos; y reunidos fuéronse derechos al muro, eron y pasaron por encima de las almenas, llevando siempre en las manos las afiladas 5 Héctor cogió entonces una piedra de ancha base y aguda punta que había delante de uerta: dos de los más

forzudos hombres del pueblo, tales como son hoy, con dificultad eran podido cargarla en un carro; pero aquél la manejaba fácilmente porque el hijo artero Crono la volvió liviana. Bien así como el pastor lleva en una mano el vellón de arnero, sin que el peso lo fatigue, Héctor, alzando la piedra, la conducía hacia las as que fuertemente unidas formaban las dos hojas de la alta puerta y estaban uradas por dos cerrojos puestos en dirección contraria, que abría y cerraba una sola e. Héctor se detuvo delante de la puerta, separó los pies, y, estribando en el suelo para el golpe no fuese débil, arrojó la piedra al centro de aquélla: rompiéronse ambos iales, cayó la piedra dentro por su propio peso, recrujieron las tablas, y, como los jos no ofrecieron bastante resistencia, desuniéronse las hojas y cada una fue por su , al impulso de la piedra. El esclarecido Héctor, que por su aspecto a la rápida noche ejaba, saltó al interior: el bronce relucía de un modo terrible en torno de su cuerpo, y a mano llevaba dos lanzas. Nadie, a no ser un dios, hubiera podido salirle al encuentro tenerlo cuando traspuso la puerta. Sus ojos brillaban como el fuego. Y volviéndose a urba, alentaba a los troyanos para que pasaran la muralla. Obedecieron, y mientras s asaltaban el muro, otros afluían a las bien construidas puertas. Los dánaos giáronse en las cóncavas naves y se promovió un gran tumulto.

## Canto xiii\*



Batalla junto a las naves

Zeus, cuya voluntad dirigía los acontecimientos, abandona de momento sus planes, y Posidón ovecha la circunstancia para organizar la resistencia en el bando aqueo. Al sufrir la presión de los yanos por la izquierda y por el centro, inician el contraataque por la derecha.

Cuando Zeus hubo acercado a Héctor y los troyanos a las naves, dejó que sostuvieran abajo y la fatiga de la batalla, y, volviendo a otra parte sus ojos refulgentes, miraba a jos la tierra de los tracios, diestros jinetes; de los misios, que combaten de cerca; de lustres hipomolgos, que se alimentan con leche; y de los abios, los más justos de los bres. Y ya no volvió a poner los brillantes ojos en Troya, porque su corazón no temía inmortal alguno fuera a socorrer ni a los troyanos ni a los dánaos.

Pero no en vano el poderoso Posidón, que bate la tierra, estaba al acecho en la bre más alta de la selvosa Samotracia contemplando la lucha y la pelea. Desde allí ívisaba todo el Ida, la ciudad de Príamo y las naves aqueas. En aquel sitio habíase ido Posidón al salir del mar; y compadecía a los aqueos, vencidos por los troyanos, a ez que cobraba gran indignación contra Zeus.

Pronto Posidón bajó del escarpado monte con ligera planta; las altas colinas y las as temblaban debajo de los pies inmortales, mientras el dios iba andando. Dio tres os, y al cuarto arribó al término de su viaje, a Egeas; allí, en las profundidades del tenía palacios magníficos, de oro, resplandecientes a indestructibles. Luego que o llegado, unció al carro un par de corceles de cascos de bronce y áureas crines que ban ligeros; y seguidamente envolvió su cuerpo en dorada túnica, tomó el látigo de hecho con arte, subió al carro y lo guió por cima de las olas. Debajo saltaban los ceos, que salían de sus escondrijos, reconociendo al rey; el mar abría, gozoso, sus as, y los ágiles caballos con apresurado vuelo y sin dejar que el eje de bronce se ara conducían a Posidón hacia las naves de los aqueos.

Hay una vasta gruta en lo hondo del profundo mar entre Ténedos y la escabrosa ros; y, al llegar a ella, Posidón, que bate la tierra, detuvo los corceles, desunciólos del o, dioles a comer un pasto divino, púsoles en los pies trabas de oro indestructibles a solubles, para que sin moverse de aquel sitio aguardaran su regreso, y se fue al cito de los aqueos.

Los troyanos, enardecidos y semejantes a una llama o a una tempestad, seguían ados a Héctor Priámda con alboroto y vocerío; y tenían esperanzas de tomar las es de los aqueos y matar entre ellas a todos sus caudillos.

Mas Posidón, que ciñe y bate la tierra, asemejándose a Calcante en el cuerpo y en la infatigable, incitaba a los argivos desde que salió del profundo mar, y dijo a los tes, que ya estaban deseosos de combatir:

¡Ayantes! Vosotros salvaréis a los aqueos si os acordáis de vuestro valor y no de la horrenda. No me ponen en cuidado las audaces manos de los troyanos que asaltaron opel la gran muralla, pues a todos resistirán los aqueos, de hermosas grebas; pero es emer, y mucho, que padezcamos algún daño en esta parte donde aparece a la cabeza os suyos el rabioso Héctor, semejante a una llama, el cual blasona de ser hijo del otente Zeus. Una deidad levante el ánimo en vuestro pecho para resistir firmemente y ortar a los demás; con esto podríais rechazar a Héctor de las naves, de ligero andar, furioso que estuviera y aunque fuese el mismo Olímpico quien to instigara.

Dijo así Posidón, que ciñe y bate la tierra; y, tocando a entrambos con el cetro, ólos de fuerte vigor y agilitóles todos los miembros y especialmente los pies y las os. Y como el gavilán de ligeras alas se arroja, después de elevarse a una altísima y pta peña, enderezando el vuelo a la llanura para perseguir a un ave, de aquel modo tóse de ellos Posidón, que bate la tierra. El primero que le reconoció fue el ágil nte de Oileo, quien dijo al momento a Ayante, hijo de Telamón:

¡Ayante! Un dios del Olimpo nos instiga, transfigurado en adivino, a pelear cerca as naves; pues ése no es Calcante, el inspirado augur: he observado las huellas que n sus plantas y su andar, y a los dioses se les reconoce fácilmente. En mi pecho el zón siente un deseo más vivo de luchar y combatir, y mis manos y pies se mueven impaciencia.

Respondió Ayante Telamonio:

También a mí se me enardecen las audaces manos en torno de la lanza y mi fuerza enta y mis pies saltan, y deseo pelear yo solo con Héctor Priámida, cuyo furor es ciable.

Así éstos conversaban, alegres por el bélico ardor que una deidad puso en sus zones; en tanto, Posidón, que ciñe la tierra, animaba a los aqueos de las últimas filas, junto a las veleras naves reparaban las fuerzas. Tenían los miembros relajados por el oso cansancio, y se les llenó el corazón de pesar cuando vieron que los troyanos ban en tropel la gran muralla: contemplábanlo con los ojos arrasados de lágrimas y reían escapar de aquel peligro. Pero Posidón, que bate la tierra, intervino y reanimó mente las esforzadas falanges. Fue primero a incitar a Teucro, Leito, el héroe éleo, Toante, Deípiro, Meriones y Antíloco, agueridos campeones, y, para alentarlos, dijo estas aladas palabras:

¡Qué vergüenza, argivos jóvenes adolescentes! Figurábame que peleando seguiríais salvar nuestras naves; pero, si cejáis en el funesto combate, ya luce el día en sucumbiremos a manos de los troyanos. ¡Oh dioses! Veo con mis ojos un prodigio de y terrible que jamás pensé que llegara a realizarse. ¡Venir los troyanos a nuestros les! Parecíanse antes a las medrosas ciervas que vagan por el monte, débiles y sin za para la lucha, y son el pasto de chacales, panteras y lobos; semejantes a ellas, ca querrán los troyanos afrontar a los aqueos, aunque fuese un instante, ni osaban stir su valor y sus manos. Y ahora pelean lejos de la ciudad, junto a las naves, por la a del

caudillo y la indolencia de los hombres que, no obrando de acuerdo con él, se an a defender los bajeles, de ligero andar, y reciben la muerte cerca de los mismos. , aunque el héroe Atrida, el poderoso Agamenón, sea el verdadero culpable de todo, que ultrajó al Pelida de pies ligeros, en modo alguno nos es lícito dejar de combatir. mediemos con presteza el mal, que la mente de los buenos es aplacable. No es oroso que decaiga vuestro impetuoso valor, siendo como sois los más valientes del cito. Yo no increparía a un hombre tímido porque se abstuviera de pelear; pero contra otros se enciende en ira mi corazón. ¡Oh cobardes! Con vuestra indolencia haréis que nto se agrave el mal. Poned en vuestros pechos vergüenza y pundonor, ahora que se mueve esta gran contienda. Ya el fuerte Héctor, valiente en la pelea, combate cerca de ves y ha roto las puertas y el gran cerrojo.

5 Con tales amonestaciones, el que ciñe la tierra instigó a los aqueos. Rodeaban a os Ayantes fuertes falanges que hubieran declarado irreprehensibles Ares y Atenea, que dece a los guerreros, si por ellas se hubiesen entrado. Los tenidos por más valientes ardaban a los troyanos y al divino Héctor, y las astas y los escudos se tocaban en las adas filas: la rodela apoyábase en la rodela, el yelmo en otro yelmo, cada hombre en ecino, y chocaban los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los os cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apiñadas estaban las filas! Cruzábanse amas, que blandían audaces manos, y ellos deseaban arremeter a los enemigos y ar la pelea.

6 Los troyanos acometieron unidos, siguiendo a Héctor, que deseaba ir en derecha a aqueos. Como la piedra insolente que cae de una cumbre y lleva consigo la ruina, que se ha desgajado, cediendo a la fuerza de torrencial avenida causada por la mucha ia, y desciende dando tumbos con ruido que repercute en el bosque, corre segura a el llano, y a11f se detiene, a pesar de su ímpetu, de igual modo Héctor amenazaba atravesar fácilmente por las tiendas y naves aqueas, matando siempre, y no detenerse a el mar; pero encontró las densas falanges, y tuvo que hacer alto después de un ento choque. Los aqueos le afrontaron; procuraron herirlo con las espadas y lanzas de e filo, y apartáronle de ellos, de suerte que fue rechazado, y tuvo que retroceder. Y voz penetrante gritó a los troyanos:

¡Troyanos, licios, dárdanos que cuerpo a cuerpo peleáis! Persistid en el ataque; s los aqueos no me resistirán largo tiempo, aunque se hayan formado en columna ada; y creo que mi lanza les hará retroceder pronto, si verdaderamente me impulsa el más poderoso, el tonante esposo de Hera.

5 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entre los troyanos iba ufano Déffobo Priámida, que se adelantaba ligero y se cubría con el liso escudo. iones arrojóle una reluciente lanza, y no erró el tiro: acertó a dar en la rodela hecha de es de toro, sin conseguir atravesarla, porque aquélla se rompió en la unión del asta el hierro. Déffobo apartó de sí el escudo de pieles de toro, temiendo la lanza del errido Meriones; y este héroe retrocedió al grupo de sus amigos, muy disgustado, así la victoria perdida, como por la rotura del arma, y luego se encaminó a las tiendas y es aqueas para tomar otra lanza grande de las que en su bajel tenía.

9 Los demás combatían, y una vocería inmensa se dejaba oír. Teucro Telamón fue rimero que mató a un hombre, al belicoso Imbrio, hijo de Méntor, rico en caballos. es de llegar los aqueos, Imbrio moraba en Pedeo con su esposa Medesicasta, hija arda de Príamo; mas así que llegaron las corvas naves de los dánaos, volvió a Ilio, olló entre los troyanos y vivió en el palacio de Príamo, que le honraba como a sus pios hijos. Entonces el hijo de Telamón hirióle debajo de la oreja con la gran lanza, retiró en seguida; y el guerrero cayó como el fresno nacido en una cumbre que desde s se divisa, cuando es cortado por el bronce y vienen al suelo sus tiernas hojas. Así ó Imbrio, y sus armas, de labrado bronce, resonaron. Teucro acudió corriendo, ido por el deseo de quitarle la armadura; pero Héctor le tiró una reluciente lanza; o aquél y hurtó el cuerpo, y la broncínea punta se clavó en el pecho de Anfímaco, hijo Ctéato Actorión, que acababa de entrar en combate. El guerrero cayó con estrépito, y armas resonaron. Héctor fue presuroso a quitarle al magnánimo Anfímaco el casco llevaba adaptado a las sienas; Ayante levantó, a su vez, la reluciente lanza contra tor, y si bien no pudo hacerla llegar a su cuerpo, protegido todo por horrendo bronce, e un bote en medio del escudo, y rechazó al héroe con gran ímpetu; éste dejó los áveres, y los aqueos los retiraron. Estiquio y el divino Menesteo, caudillos atenienses, aron a Anfímaco al campamento aqueo; y los dos Ayantes, que siempre anhelaban la etuosa pelea, levantaron el cadáver de Imbrio. Como dos leones que, habiendo batado una cabra a unos perros de agudos dientes, la llevan en la boca por los espesos orrales, en alto, levantada de la tierra, así los belicosos Ayantes, alzando el cuerpo de rio, lo despojaron de las armas; y el Oiláda, irritado por la muerte de Anfímaco, le ró la cabeza del tierno cuello y la hizo rodar por entre la turba, cual si fuese una bola, a que cayó en el polvo a los pies de Héctor.

6 Entonces Posidón, airado en el corazón porque su nieto había sucumbido en la ble pelea, se fue hacia las tiendas y naves de los aqueos para reanimar a los dánaos y ar males a los troyanos. Encontróse con él Idomeneo, famoso por su lanza, que ía de acompañar a un amigo a quien sacaron del combate porque los troyanos le an herido en la corva con el agudo bronce. Idomeneo, una vez to hubo confiado a los icos, se encaminaba a su tienda, con intención de volver a la batalla. Y el poderoso dón, que bate la tierra, díjole, tomando la voz de Toante, hijo de Andremón, que en rón entera y en la excelsa Calidón reinaba sobre los etolios y era honrado por el blo cual si fuese un dios:

¡Idomeneo, príncipe de los cretenses! ¿Qué se hicieron las amenazas que los eos hacían a los troyanos?

1 Respondió Idomeneo, caudillo de los cretenses:

¡Oh Toante! No creo que ahora se pueda culpar a ningún guerrero, porque todos mos combatir y nadie está poseído del exánime terror, ni deja por flojedad la funesta lla; sin duda debe de ser grato al prepotente Cronida que los aqueos perezcan sin ia en esta tierra, lejos de Argos. Mas, oh Toante, puesto que siempre has sido coso y sueles animar al que ves remiso, no dejes de pelear y exhorta a los demás 1 Contestó Posidón, que bate la tierra:

¡Idomeneo! No vuelva desde Troya a su patria y venga a ser juguete de los perros ni en el día de hoy deje voluntariamente de combatir. Ea, toma las armas y ven a mí; apresurémonos por sí, a pesar de estar solos, podemos hacer algo provechoso. Nace fuerza de la unión de los hombres, aunque sean débiles; y nosotros somos capaces de ar con los valientes.

9 Dichas estas palabras, el dios se entró de nuevo por el combate de los hombres; a meneo, yendo a la bien construida tienda, vistió la magnífica armadura, tomó un par anzas y volvió a salir, semejante al encendido relámpago que el Cronión agita en su o desde el resplandeciente Olimpo para mostrarlo a los hombres como señal, tanto aba el bronce en el pecho de Idomeneo mientras éste corría. Encontróse con él, no lejos de la tienda, el valiente escudero Meriones, que iba en busca de una lanza; y el te Diomedes dijo:

¡Meriones, hijo de Molo, el de los pies ligeros, mi compañero más querido! ¿Por vienes, dejando el combate y la pelea? ¿Acaso estás herido y te agobia puntiaguda ha? ¿Me traes, quizás, alguna noticia? Pues no deseo quedarme en la tienda, sino 4 Respondióle el prudente Meriones:

¡Idomeneo, príncipe de los cretenses, de bronceíneas corazas! Vengo por una lanza, hay en tu tienda; pues la que tenía se ha roto al dar un bote en el escudo del feroz 9 Contestó Idomeneo, caudillo de los cretenses:

Si la deseas, hallarás, en la tienda, apoyadas en el lustroso muro, no una, sino te lanzas, que he quitado a los troyanos muertos en la batalla; pues jamás combato a ancía del enemigo. He aquí por qué tengo lanzas, escudos abollonados, cascos y cientos corazas.

6 Replicó el prudente Meriones:

7 También poseo yo en la tienda y en la negra nave muchos despojos de los troyanos, no están cerca para tomarlos; que nunca me olvido de mi valor, y en el combate, de los hombres se hacen ilustres, aparezco siempre entre los delanteros desde que se a la batalla. Quizá algún otro de los aqueos de bronceíneas corazas no habrá fijado su ción en mi persona cuando peleo, pero no dudo que tú me has visto.

4 Idomeneo, caudillo de los cretenses, díjole entonces:

Sé cuán grande es tu valor. ¿Por qué me refieres estas cosas? Si los más señalados reuniéramos junto a las naves para armar una celada, que es donde mejor se conoce la ura de los hombres y donde fácilmente se distingue al cobarde del animoso -el arde se pone demudado, ya de un modo, ya de otro; y, como no sabe tener firme áni en el pecho, no permanece tranquilo, sino que dobla las rodillas y se sienta sobre los y el corazón le da grandes saltos por el temor de las parcas y los dientes le crujen; y nimoso no se inmuta ni tiembla, una vez se ha emboscado, sino que desea que cuanto s principie el funesto combate---, ni a11í podrían baldonarse to valor y la fuerza de brazos. Y, si peleando te hirieran de cerca o de lejos, no sería en la nuca o en la lda, sino en el pecho o en el vientre, mientras fueras hacia adelante con los guerreros avanzados. Mas, ea, no hablemos de estas cosas, permaneciendo ociosos como unos ples; no sea que alguien nos increpe duramente. Ve a la tienda y toma la fornida 5 Así dijo; y Meriones, igual al

veloz Ares, entrando en la tienda, cogió en seguida bronceada lanza y fue en seguimiento de Idomeneo, muy deseoso de volver al combate. Como va a la guerra Ares, funesto a los mortales, acompañado de la Fuga, su hija ida, fuerte e intrépida, que hasta el guerrero valeroso causa espanto; y los dos se van saliendo de la Tracia enderezan sus pasos hacia los éfitos y los magnánimos flegios, escuchan los ruegos de ambos pueblos, sino que dan la victoria a uno de ellos, de la misma manera, Meriones a Idomeneo, caudillos de hombres, se encaminaban a la batalla, adornados de luciente bronce. Y Meriones fue el primero que habló, diciendo:

¡Deucálida! ¿Por dónde quieres que penetremos en la turba: por la derecha del cito, por en medio o por la izquierda? Pues no creo que los melenudos aqueos dejen elegir en parte alguna.

1 Respondióle Idomeneo, caudillo de los cretenses:

Hay en el centro quienes defiendan las naves: los dos Ayantes y Teucro, el más tro arquero aqueo y esforzado también en el combate a pie firme; ellos se bastan para azar a Héctor Priámda por fuerte que sea y por incitado que esté a la batalla. Difícil, aunque tenga muchos deseos de pelear, que, triunfando del valor y de las manos íneas de aquéllos, llegue a incendiar los bajeles; a no ser que el mismo Cronión arroje tea encendida en las ligeras naves. El gran Ayante Telamón no cedería a ningún hombre mortal que coma el fruto de Deméter y pueda ser herido con el bronce o con des piedras; ni siquiera se retiraría a vista de Aquiles, que rompe las filas de los griegos, en un combate a pie firme; pues en la carrera Aquiles no tiene rival. Vamos, sí, a la izquierda del ejército, para ver si presto daremos gloria a alguien, o alguien nos dará a nosotros.

8 Así dijo; y Meriones, igual al veloz Ares, echó a andar hasta que llegaron al cito por donde Idomeneo le aconsejaba.

10 Cuando los troyanos vieron a Idomeneo, que por su impetuosidad parecía una ave, y a su escudero, ambos revestidos de labradas armas, animáronse unos a otros por el la turba y arremetieron todos contra aquél. Y se trabó una refriega, sostenida con el tesón por ambas partes, junto a las popas de las naves. Como aparecen de repente pestadas, suscitadas por los sonoros vientos un día en que los caminos están llenos de olivo y se levanta una gran nube del mismo, así entonces unos y otros vinieron a las armas, deseando en su corazón matarse recíprocamente con el agudo bronce por entre la ave. La batalla, destructora de hombres, se presentaba horrible con las largas picas que garran la carne y que los guerreros manejaban; cegaba los ojos el resplandor del brillo de los lucientes cascos, de las corazas recientemente bruñidas y de los escudos brillantes de cuantos iban a encontrarse; y hubiera tenido corazón muy audaz quien al empujar aquella acción se hubiese alegrado en vez de afligirse.

5 Los dos hijos poderosos de Crono, disintiendo en el modo de pensar, preparaban orables males a los héroes. Zeus quería que triunfaran Héctor y los troyanos para gloriarse a Aquiles, el de los pies ligeros; mas no por eso deseaba que el ejército aqueo ciera totalmente delante de Ilio, pues sólo intentaba honrar a Tetis y a su hijo, deániesforzado. Posidón había salido ocultamente del espumoso mar, recorría las filas y daba a los argivos, porque le afligía que fueran vencidos por los troyanos, y se indigna mucho contra Zeus. Igual era el origen de ambas deidades y una

misma su prosapia; Zeus había nacido primero y sabía más, por esto Posidón evitaba el socorrer rramente a aquéllos, y, transfigurado en hombre, discurría, sin darse a conocer, por el cito y le amonestaba. Y los dioses inclinaban alternativamente en favor de unos y de s la refida pelea y el indeciso combate; y tendían sobre ellos una cadena ebrantable a indisoluble que a muchos les quebró las rodillas.

1 Entonces Idomeneo, aunque ya semicano, animó a los dánaos, arremetió contra los anos, llenándoles de pavor, y mató a Otrioneo. Éste había acudido de Cabeso a Ilio do tuvo noticia de la guerra y pedido en matrimonio a Casandra, la más hermosa de hijas de Príamo, sin obligación de dotarla; pero ofreciendo una gran cosa: que echaría Troya a los aqueos. El anciano Príamo accedió y consintió en dársela; y el héroe batía, confiando en la promesa. Idomeneo tiróle la reluciente lanza y le hirió mientras lantaba con arrogante paso, la coraza de bronce que llevaba no resistió, clavóse élla en medio del vientre, cayó el guerrero con estrépito, a Idomeneo dijo con ancía:

¡Otrioneo! Te ensazaría sobre todos los mortales si cumplieras lo que ofreciste a mo Dardánida cuando te prometió a su hija. También nosotros te haremos promesas intención de cumplirlas: traeremos de Argos la más bella de las hijas del Atrida y te aremos por mujer, si junto con los nuestros destruyes la populosa ciudad de Ilio. Pero eme, y en las naves surcadoras del ponto nos pondremos de acuerdo sobre el miento; que no somos malos suegros.

3 Hablóle así el héroe Idomeneo, mientras le asía de un pie y le arrastraba por el po de la dura batalla; y Asio se adelantó para vengarlo, presentándose como peón nte de su carro, cuyos corceles, gobernados por el auriga, sobre los mismos hombros guerrero resoplaban. Asio deseaba en su corazón herir a Idomeneo, pero anticipósele y le hundió la pica en la garganta, debajo de la barba, hasta que el bronce salió al lado. Cayó el troyano como en el monte la encina, el álamo o el elevado pino que s artífices cortan con afiladas hachas para convertirlo en mástil de navío; así yacía él, tendido delante de los corceles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con manos el polvo ensangrentado. Turbóse el escudero, y ni siquiera se atrevió a torcer la da a los caballos para escapar de las manos de los enemigos. Y el belicoso Antíloco egó a él y le atravesó con la lanza, pues la broncínea coraza no pudo evitar que se la ase en el vientre. El auriga, jadeante, cayó del bien construido carro; y Antíloco, hijo magnánimo Néstor, sacó los caballos de entre los troyanos y se los llevó hacia los eos, de hermosas grebas.

2 Deífobo, irritado por la muerte de Asio, se acercó mucho a Idomeneo y le arrojó la ciento lanza. Mas Idomeneo advirtiélo y burló el golpe encongiéndose debajo de su escudo, que estaba formado por boyunas pieles y una lámina de bruñido bronce con abrazaderas, la broncínea lanza resbaló por la superficie del escudo, que sonó ronente, y no fue lanzada en balde por el robusto brazo de aquél, pues fue a clavarse en ígado, debajo del diafragma, de Hipsenor Hipásida, pastor de hombres, haciéndole ar las rodillas. Y Deífobo se jactaba así, dando grandes voces:

Asio yace en tierra, pero ya está vengado. Figúrome que, al descender a la morada ólidas puertas del terrible Hades, se holgará su espíritu de que le haya procurado un pañero.

7 Así habló. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el zón del belicoso Antíloco; pero éste, aunque afligido, no abandonó a su compañero, que corriendo se puso cerca de él y le cubrió con el escudo. E introduciéndose por ajo dos amigos fieles, Mecisteo, hijo de Equio, y el divino Alástor, llevaron a señor, que daba hondos suspiros, hacia las cóncavas naves.

4 Idomeneo no dejaba que desfalleciera su gran valor y deseaba siempre o sumir a n troyano en tenebrosa noche, o caer él mismo con estrépito, librando de la ruina a aqueos. Posidón dejó que sucumbiera a manos de Idomeneo, el hijo querido de tes, alumno de Zeus, el héroe Alcátoo (era yerno de Anquises y tenía por esposa a odamía, la hija primogénita, a quien el padre y la veneranda madre amaban ialmente en el palacio porque sobresalía en hermosura, destreza y talento entre todas de su edad, y a causa de esto casó con ella el hombre más ilustre de la vasta Troya): el ofuscó los brillantes ojos y paralizó sus hermosos miembros, y el héroe no pudo ni evitar la acometida de Idomeneo, que le envainó la lanza en medio del pecho, ntras estaba inmóvil como una columna o un árbol de alta copa, y le rompió la coraza siempre le había salvado de la muerte, y entonces produjo un sonido ronco al brarse por el golpe de la lanza. El guerrero cayó con estrépito; y, como la lanza se a clavado en el corazón, movíanla las palpitaciones de éste; pero pronto el arma etuosa perdió su fuerza. E Idomeneo con gran jactancia y a voz en grito exclamó:

¡Deífobo! Ya que tanto te glorías, ¿no te parece que es una buena compensación er muerto a tres, por uno que perdimos? Ven, hombre admirable, ponte delante y s quién es este descendiente de Zeus que aquí ha venido; porque Zeus engendró a os, protector de Creta, Minos fue padre del eximio Deucalión, y de éste nací yo, que bre muchos hombres en la vasta Creta y vine en las naves para ser una plaga para ara to padre y para los demás troyanos.

5 Así dijo; y Deífobo vacilaba entre retroceder para que se le juntara alguno de los nánimos troyanos o atacar él solo a Idomeneo. Parecióle lo mejor ir en busca de as, y le halló entre los últimos; pues siempre estaba irritado con el divino Príamo, que e honraba como por su bravura merecía. Y deteniéndose a su lado, le dijo estas aladas bras:

¡Eneas, príncipe de los troyanos! Es preciso que defiendas a tu cuñado, si por él tes algún interés. Sígueme y vayamos a combatir por tu cuñado Alcátoo, que te crió eras niño y ha muerto a manos de Idomeneo, famoso por su lanza.

8 Así dijo. Eneas sintió que en el pecho se le conmovía el corazón, y se fue hacia meneo con grandes deseos de pelear. Éste no se dejó vencer del temor, cual si fuera un , sino que to aguardó como el jabalí que, confiando en su fuerza, espera en un paraje erto del monte el gran tropel de hombres que se avecina, y con las cerdas del lomo adas y los ojos brillantes como ascuas aguza los dientes y se dispone a rechazar la tida de perros y cazadores, de igual manera Idomeneo, famoso por su lanza, ardaba sin arredrarse a Eneas, ágil en la lucha, que le salía al encuentro;

pero llamaba s compañeros, poniendo los ojos en Ascálafo, Afareo, Deípiro, Meriones y Antífloco, erridos campeones, y los exhortaba con estas aladas palabras:

Venid, amigos, y ayudadme; pues estoy solo y temo mucho a Eneas, ligero de , que contra mí arremete. Es muy vigoroso para matar hombres en el combate, y se a en la flor de la juventud, cuando mayor es la fuerza. Si con el ánimo que tengo, emos de la misma edad, pronto o alcanzaría él una gran victoria sobre mí, o yo la nzana sobre él.

7 Así dijo; y todos con el mismo ánimo en el pecho y los escudos en los hombros se eron al lado de Idomeneo. También Eneas exhortaba a sus amigos, echando la vista a obo, Paris y el divino Agenor, que eran asimismo capitanes de los troyanos. ediatamente marcharon las tropas detrás de los jefes, como las ovejas siguen al cuando después del pasto van a beber, y el pastor se regocija en el alma; así se ró el corazón de Eneas en el pecho, al ver el grupo de hombres que tras él seguía. 6 Pronto trabaron alrededor del cadaver de Alcátoo un combate cuerpo a cuerpo, endo grandes picas; y el bronce resonaba de horrible modo en los pechos al darse s de lanza los unos a los otros. Dos hombres belicosos y señalados entre todos, Eneas omeneo, iguales a Ares, deseaban herirse recíprocamente con el cruel bronce. Eneas jó el primero la lanza a Idomeneo; pero, como éste la viera venir, evitó el golpe: la ncínea punta clavóse en tierra, vibrando, y el arma fue echada en balde por el robusto o. Idomeneo hundió la suya en el vientre de Enómao y el bronce rompió la cavidad de la coraza y desgarró las entrañas: el troyano, caído en el polvo, asió el o con las manos. Acto continuo, Idomeneo arrancó del cadaver la ingente lanza, pero e pudo quitar de los hombros la magnífica armadura, porque estaba abrumado por los . Como ya no tenía seguridad en sus pies para recobrar la lanza que había arrojado, ni librarse de la que le arrojasen, evitaba la cruel muerte combatiendo a pie firme; y, no endo tampoco huir con ligereza, retrocedía paso a paso. Deífobo, que constantemente diaba, le tiró la lanza reluciente y erró el golpe, pero hirió a Ascálafo, hijo de Enialio; mpetuosa lanza se clavó en la espalda, y el guerrero, caído en el polvo, asió el suelo las manos. Y el ruidoso y robusto Ares no se enteró de que su hijo hubiese umbido en el duro combate porque se hallaba detenido en la cumbre del Olimpo, jo de áureas nubes, con otros dioses inmortales por la voluntad de Zeus, el cual no mitía que intervinieran en la batalla.

6 La pelea cuerpo a cuerpo se encendió entonces en torno de Ascálafo, a quien obo logró quitar el reluciente casco, pero Meriones, igual al veloz Ares, dio a obo una lanzada en el brazo y le hizo soltar el casco con agujeros a guisa de ojos, que ó al suelo produciendo ronco sonido. Meriones, abalanzándose a Deífobo con la ridad del buitre, arrancóle la impetuosa lanza de la parte superior del brazo y ocedió hasta el grupo de sus amigos. A Deífobo sacóle del horrisono combate su mano carnal Polites: abrazándole por la cintura, to condujo adonde tenía los rápidos eles con el labrado carro, que estaban algo distantes de la lucha y del combate, ernados por un auriga. Ellos llevaron a la ciudad al héroe, que se sentía agotado, daba dos suspiros y le manaba sangre de la herida que en el brazo acababa de recibir. 0 Los demás combatían y alzaban una gritería inmensa. Eneas, acometiendo a Afareo etórida, que contra él venía, hirióle en la

garganta con la aguda lanza: la cabeza se nó a un lado, arrastrando el casco y el escudo, y la muerte destructora rodeó al rero. Antíloco, como advirtiera que Toón volvía pie atrás, arremetió contra él y le ó: cortóle la vena que, corriendo por el dorso, llega hasta el cuello, y el troyano cayó spaldas en el polvo y tendía los brazos a los compañeros queridos. Acudió Antíloco y uitó de los hombros la armadura, mirando a todos lados, mientras los troyanos iban ándole ya por éste, ya por aquel lado, a intentaban herirle; mas el ancho y labrado do paró los golpes, y ni aun consiguieron rasguñar la tierna piel del héroe con el l bronce, porque Posidón, que bate la tierra, defendió al hijo de Néstor contra los hos tiros. Antíloco no se apartaba nunca de los enemigos, sino que se agitaba en io de ellos; su lanza, lamas ociosa, siempre vibrante, se volvía a todas partes, y él saba en su mente si la arrojaría a alguien, o acometería de cerca.

0 No se le ocultó a Adamante Asíada lo que Antíloco meditaba en medio de la turba; cercándosele, le dio con el agudo bronce un bote en medio del escudo; pero Posidón, e cerúlea cabellera, no permitió que quitara la vida a Antíloco, a hizo vano el golpe piendo la lanza en dos partes, una de las cuales quedó clavada en el escudo, como ca consumida por el fuego, y la otra cayó al suelo. Adamante retrocedió hacia el po de sus amigos, para evitar la muerte; pero Meriones corrió tras él y arrojóle la a, que penetró por entre el ombligo y las partes verendas, donde son muy peligrosas heridas que reciben en la guerra los míseros mortales. Allí, pues, se hundió la lanza, y mante, cayendo encima de ella, se agitaba como un buey a quien los pastores han o en el monte con recias cuerdas y llevan contra su voluntad; así aquél, al sentirse do, se agitó algún tiempo, que no fue de larga duración porque Meriones se le acercó, ncóle la lanza del cuerpo y las tinieblas velaron los ojos del guerrero.

6 Héleno dio a Deípiro un tajo en una sien con su gran espada tracia, y le rompió el o. Éste, sacudido por el golpe, cayó al suelo, y rodando fue a parar a los pies de un rero aqueo que to alzó de tierra. A Deípiro tenebrosa noche le cubrió los ojos. 1 Gran pesar sintió por ello el Atrida Menelao, valiente en el combate; y, blandiendo guda lanza, arremetió, amenazador, contra el héroe y príncipe Héleno, quien, a su vez, ó el arco. Ambos fueron a encontrarse, deseosos el uno de alcanzar al contrario con la da lanza, y el otro de herir a su enemigo con una flecha arrojada por el arco. El mida dio con la saeta en el pecho de Menelao, donde la coraza presentaba una cavidad; pero la cruel flecha fue rechazada y voló a otra parte. Como en la espaciosa saltan del biello las negruzcas habas o los garbanzos al soplo sonoro del viento y al ulso del aventador, de igual modo, la amarga flecha, repelida por la coraza del ioso Menelao, voló a to lejos. Por su parte Menelao Atrida, valiente en la pelea, hirió eno en la mano en que lleva ba el pulimentado arco: la broncínea lanza atravesó la ma y penetró en el arco. Héleno retrocedió hasta el grupo de sus amigos, para evitar la rte; y su mano, colgando, arrastraba el asta de fresno. El magnánimo Agenor se la ncó y le vendó la mano con una honda de lana de oveja, bien tejida, que les facilitó el dero del pastor de hombres.

1 Pisandro embistió al glorioso Menelao. El hado funesto le llevaba al fin de su vida, ujándole para que fuese vencido por ti, oh Menelao, en la terrible pelea. Así que enmbos se

hallaron frente a frente, acometiéronse, y el Atrida erró el golpe porque la a se le desvió; Pisandro dio un bote en el escudo del glorioso Menelao, pero no pudo vesar el bronce: resistió el ancho escudo y quebróse la lanza por el asta cuando aquél egocijaba en su corazón con la esperanza de salir victorioso. Pero el Atrida desnudó la da guarnecida de argéteos clavos y asaltó a Pisandro, quien, cubriéndose con el do, aferró una hermosa hacha, de bronce labrado, provista de un largo y liso mango madera de olivo. Acometiéronse, y Pisandro dio un golpe a Menelao en la cimera del mo, adornado con crines de caballo, debajo del penacho; y Menelao hundió su espada la frente del troyano, encima de la nariz: crujieron los huesos, y los ojos, ngrentados, cayeron en el polvo, a los pies del guerrero, que se encorvó y vino a a. El Atrida, poniéndole el pie en el pecho, le despojó de la armadura; y, blasonando riunfo, dijo:

¡Así dejaréis las naves de los aqueos, de ágiles corceles, oh troyanos soberbios a ciabes de la pelea horrenda! No os basta haberme inferido una vergonzosa afrenta, mes perros, sin que vuestro corazón temiera la ira terrible del tonante Zeus pitalario, que algún día destruirá vuestra ciudad excelsa. Os llevasteis, además de has riquezas, a mi legítima esposa, que os había recibido amigablemente; y ahora áis arrojar el destructor fuego en las naves surcadoras del ponto, y dar muerte a los es aqueos; pero quizás os hagamos renunciar al combate, aunque tan enardecidos os tréis. ¡Padre Zeus! Dicen que superas en inteligencia a los demás dioses y hombres, y esto procede de ti. ¿Cómo favoreces a los troyanos, a esos hombres insolentes, de ritu siempre perverso, y que nunca se pueden hartar de la guerra a todos tan funesta? odo llega el hombre a saciarse: del sueño, del amor, del dulce canto y de la agradable za, cosas más apetecibles que la pelea; pero los troyanos no se cansan de combatir. 0 En diciendo esto, el eximio Menelao quitóle al cadáver la ensangrentada armadura; ntregándola a sus amigos, volvió a pelear entre los combatientes delanteros.

3 Entonces le salió al encuentro Harpalión, hijo del rey Pilémenes, que fue a Troya su padre a combatir y no había de volver a la patria tierra: el troyano dio un bote de a en medio del escudo del Atrida, pero no pudo atravesar el bronce y retrocedió hacia rupo de sus amigos para evitar la muerte, mirando a todos lados, no fuera alguien a rlo con el bronce. Mientras él se iba, Meriones le asestó el arco, y la broncínea saeta undió en la nalga derecha del troyano, atravesó la vejiga por debajo del hueso y salió ro lado. Y Harpalión, cayendo a11f en brazos de sus amigos, dio el alma y quedó ido en el suelo como un gusano; de su cuerpo fluía negra sangre que mojava la tierra. éronse a su alrededor los magnánimos paflagones, y, colocando el cadáver en un o, lleváronlo, afligidos, a la sagrada Ilio; el padre iba con ellos derramando lágrimas, nguna venganza pudo tomar de aquella muerte.

0 Paris, muy irritado en su espíritu por la muerte de Harpalión, que era su huésped en opulosa Paflagonia, arrojó una broncínea flecha. Había un cierto Euquenor, rico y ente, que era vástago del adivino Poliido, habitaba en Corinto y se embarcó para ya, no obstante saber la funesta suerte que a11f le aguardaba. El buen anciano Poliido le dicho repetidas veces que moriría en penosa dolencia en el palacio o sucumbiría a os de los troyanos en las naves aqueas, y

él, queriendo evitar los baldones de los os y la enfermedad odiosa con sus dolores, decidió ir a Ilio. A éste, pues, Paris le ó la flecha por debajo de la quijada y de la oreja: la vida huyó de los miembros del rero, y la obscuridad horrible le envolvió.

3 Así combatían con el ardor de encendido fuego. Héctor, caro a Zeus, aún no se a enterado, a ignoraba por entero que sus tropas fuesen destruidas por los argivos a la ierda de las naves. Pronto la victoria hubiera sido de los aqueos. ¡De tal suerte dón, que ciñe y sacude la tierra, los alentaba y hasta los ayudaba con sus propias zas! Estaba Héctor en el mismo lugar adonde había llegado después que pasó las tas y el muro y rompió las cerradas filas de los escudados dánaos. A11í, en la playa espumoso mar, habían sido colocadas las naves de Ayante y Protesilao; y se ha bía ntado para defenderlas un muro bajo, porque los hombres y corceles acampados en el paraje eran muy valientes en la guerra.

5 Los beocios, los jonios, de rozagante vestidura, los locrios, los ptiotas y los ilustres os detenían al divino Héctor, que, semejante a una llama, porfiaba en su empeño de ir a las naves; pero no conseguían que se apartase de ellos. Los atenienses habían sido gnados para las primeras filas y los mandaba Menesteo, hijo de Péteo, a quien sen Fidante, Estiquio y el valeroso Biante. De los epeos eran caudillos Meges Filida, ión y Dracio. Al frente de los ptiotas estaban Medonte y el belicoso Podarces: aquél hijo bastardo del divino Oileo y hermano de Ayante, y vivía en Fílace, lejos de su ia, por haber dado muerte a un hermano de Eriópide, su madrastra y mujer de Oileo; y tro era hijo de Ificlo Filácida. Ambos se habían armado y puesto al frente de los nánimos ptiotas, y combatían en unión con los beocios para defender las naves. 1 El ágil Ayante de Oileo no se apartaba un instante de Ayante Telamonio: como en a noval dos negros bueyes tiran con igual ánimo del sólido arado, abundante sudor a en torno de sus cuernos, y sólo los separa el pulimentado yugo mientras andan por surcos para abrir el hondo seno de la tierra, así, tan cercanos el uno del otro, estaban Ayantes. A1 Telamonio seguíanle muchos y valientes hombres, que tomaban su do cuando la fatiga y el sudor llegaban a las rodillas del héroe. Mas al Oilfada, de zón valiente, no le acompañaban los locrios, porque no podían sostener una lucha a firme: no llevaban broncéneos cascos, adornados con crines de caballo, ni tenían las ni lanzas de fresno; habían ido a Ilio, confiando en sus arcos y en sus hondas de rcida lana de oveja, y disparando a menudo destrozaban las falanges teucras. éllos peleaban al frente con Héctor y los suyos; éstos, ocultos detrás, disparaban; y royanos apenas pensaban en combatir, porque las flechas los ponían en desorden. 3 Entonces los troyanos hubieran vuelto en deplorable fuga de las naves y tiendas a entosa Ilio, si Polidamante no se hubiese acercado al audaz Héctor para decirle:

¡Héctor! Eres reacio en seguir los pareceres ajenos. Porque un dios te ha dado esa erioridad en las cosas de la guerra, ¿crees que aventajas a los demás en prudencia? No osible que tú solo lo reúnas todo. La divinidad a uno le concede que sobresalga en las ones bélicas, a otro en la danza, al de más a11á en la cítara y el canto, y el ovidente Zeus pone en el pecho de algunos un espíritu prudente que aprovecha a gran ero de hombres, salva las ciudades y to aprecia

particularmente quien to posee. Pero a decir lo que considero más conveniente. Alrededor de ti arde la pelea por todas es; pero de los magnánimos troyanos que pasaron la muralla, unos se han retirado con armas, y otros, dispersos por las naves, combaten con mayor número de hombres. ocede y llama a los más valientes caudillos para deliberar si nos conviene arrojarlos ves, de muchos bancos, por si un dios nos da la victoria, o alejarnos de ellas antes seamos heridos. Temo que los aqueos se desquiten de lo de ayer, porque en las naves un varón incansable en la pelea, y me figuro que no se abstendrá de combatir. 8 Así habló Polidamante, y su prudence consejo plugo a Héctor, que saltó en seguida carro a tierra, sin dejar las armas, y le dijo estas aladas palabras:

¡Polidamante! Reúne tú a los más valientes caudillos, mientras voy a la otra parte talla y vuelvo tan pronto como haya dado las conveniences órdenes.

4 Dijo; y, semejante a un monte cubierto de nieve, partió volando y profiriendo gritos entre los troyanos y sus auxiliares. Todos los caudillos se encaminaron hacia el bravo mante Pantoida así que oyeron las palabras de Héctor. Éste buscaba en los batientes delanteros a Deífobo, al robusto rey Héleno, a Adamante Asíada, y a Asio, de Hírtaco; pero no los halló ilesos ni a todos salvados de la muerte: los unos yacían, rtos por los argivos, junto a las naves aqueas; y los demás, heridos, quién de cerca, n de lejos, estaban dentro de los muros de la ciudad. Pronto se encontró, en la ierda de la batalla luctuosa, con el divino Alejandro, esposo de Helena, la de hermosa ellera, que animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear; y, deteniéndose a su , djfóle estas injuriosas palabras:

¡Miserable Paris, el de más hermosa figura, mujeriego, seductor! ¿Dónde están obo, el robusto rey Héleno, Adamante Asíada y Asio, hijo de Hírtaco? ¿Qué es de neo? Hoy la excelsa Ilio se arruina desde la cumbre; hoy te aguarda a ti horrible 4 Respondióle a su vez el deiforme Alejandro:

¡Héctor! Ya que tienes intención de culparme sin motivo, quizás otras veces fui remiso en la batalla, aunque no del todo pusilánime me dio a luz mi madre. Desde al frente de los compañeros promoviste el combate junto a las naves, peleamos sin r contra los dánaos. Los amigos por quienes preguntas han muerto, menos Deífobo y busto rey Héleno; los cuales, heridos en el brazo por ingentes lanzas, se fueron, y el nión les salvó la vida. Llénanos adonde el corazón y el ánimo to ordenen; nosotros to uiremos presurosos, y no han de faltarnos bríos en cuanto lo permitan nuestras zas. Más a11á de lo que éstas permiten, nada es posible hacer en la guerra, por decido que uno esté.

8 Así diciendo, cambió el héroe la mente de su hermano. Enderezaron al sitio donde más ardiente el combate y la pelea; a11í estaban Cebríones, el eximio Polidamante, es, Orteo, Polifetes, igual a un dios, Palmis, Ascanio y Mores, hijos los dos últimos Hipotión; todos los cuales habían llegado el día anterior de la fértil Ascania para mplazar a otros, y entonces Zeus les impulsó a combatir. A la manera que un ellino de vientos impetuosos desciende a la llanura, acompañado del trueno del padre s, y al caer en el mar con ruido inmenso levanta grandes y

espumosas olas que se van diendo, así los troyanos seguían en filas cerradas a los caudillos, y el bronce de sus as relucía. Iba a su frente Héctor Priámida, cual si fuese Ares, funesto a los mortales: aba por delante un escudo liso, formado por muchas pieles de buey y una gruesa de bronce, y el refulgence casco temblaba en sus sienes. Movíase Héctor, ndiéndose con la rodela, y probaba por codas partes si las falanges cedían, pero no ó turbar el ánimo en el pecho de los aqueos. Entonces Ayante adelantóse con ligero provocóle con estas palabras:

¡Varón admirable! ¡Acércate! ¿Por qué quieres ame drentar de este modo a los vos? No somos inexpertos en la guerra, sino que los aqueos sucumben debajo del l azote de Zeus. Tú esperas destruir las naves, pero nosotros tenemos los brazos ntos para defenderlas; y mucho antes que to consigas, vuestra populosa ciudad será ada y destruida por nuestras manos. Yo to aseguro que está cerca el momento en que ismo, puesto en fuga, pedirás al padre Zeus y a los demás inmortales que tus corceles mosas crines sean más veloces que los gabilanes; y los caballos to llevarán a la ad, levantando gran polvareda en la llanura.

1 Así que acabó de hablar, pasó por cima de ellos, hacia la derecha, un águila de alto o; y los aqueos gritaron, animados por el agüero. El esclarecido Héctor respondió:

¡Ayante lenguaz y fanfarrón! ¿Qué dijiste? Así fuera yo para siempre hijo de Zeus, lleva la égida, y me hubiese dado a luz la venerable Hera y gozara de los mismos res que Atenea o Apolo, como este día será funesto para todos los argivos. Tú bién serás muerto entre ellos si tienes la osadía de aguardar mi larga pica: ésta te garrará el delicado cuerpo; y tú, cayendo junto a las naves aqueas, saciarás a los os de los troyanos y a las aves con to grasa y tus carnes.

3 En diciendo esto, pasó adelante; los otros capitanes le siguieron con vocerío enso; y detrás las tropas gritaban también. Los argivos movían por su parte gran roto y, sin olvidarse de su valor, aguardaban la acometida de los más valientes anos. Y el estruendo que producían ambos ejércitos llegaba al éter y a la morada landeciente de Zeus.

## Canto xiv\*



### Engaño de Zeus

Zeus, por una atigaza de Hera, cae rendido por el suerto, y Posidón se pone al frente de los aqueos. ante pone fuera de combate a Héctor, y sus hombres tienen que retorcer más allá del muro y del o del campamento aqueo.

Néstor, aunque estaba bebiendo, no dejó de advertir la gritería; y hablando al lepiada, pronunció estas aladas palabras:

¿Cómo crees, divino Macaón, que acabarán estas cosas? junto a las naves es cada mayor el vocerío de los robustos jóvenes. Tú, sentado aquí, bebe el negro vino, ntras Hecamede, la de hermosas trenzas, pone a calentar el agua del baño y te lava pues la sangrienta herida; y yo subiré prestamente a un altozano para ver lo que Dijo; y, después de embrazar el labrado escudo de reluciente bronce, que su hijo imedes, domador de caballos, había dejado allá por haberse llevado el del anciano, la fuerte lanza de bronceína punta y salió de la tienda. Pronto se detuvo ante el onzoso espectáculo que se ofreció a sus ojos: los aqueos eran derrotados por los ces troyanos y la gran muralla aquea estaba destruida. Como el piélago inmenso ienza a rizarse con sordo ruido y purpúrea, presagiando la rápida venida de los sonoros tos, pero no mueve las olas hasta que Zeus envía un viento determinado; así el ano hallábase perplejo entre encaminarse a la turba de los dánaos, de ágiles corceles, derezar sus pasos hacia el Atrida Agamenón, pastor de hombres. Parecióle que sería mejor ir en busca del Atrida, y así lo hizo; mientras los demás, combatiendo, se aban unos a otros, y el duro bronce resonaba alrededor de sus cuerpos a los golpes de espadas y de las lanzas de doble filo.

Encontráronse con Néstor los reyes, alumnos de Zeus, que antes fueron heridos con ronce - el Tidida, Ulises y el Atrida Agamenón-, y entonces venían de sus naves. Éstas an sido colocadas lejos del campo de batalla, en la orilla del espumoso mar: ronlas a la llanura las primeras, y labraron un muro delante de las popas. Porque la ra, con ser vasta, no hubiera podido contener todos los bajeles en una sola fila, y más el ejército se hubiera sentido estrecho; y por esto los pusieron escalonados y aron con ellos el gran espacio de costa que limitaban altos promontorios. Los reyes juntos, con el ánimo abatido, apoyándose en las lanzas, porque querían presenciar el bate y la clamorosa pelea; y, cuando vieron venir al anciano Néstor, se les sobresaltó orazón en el pecho. Y el rey Agamenón, dirigiéndole la palabra, exclamó:

¡Oh Néstor Nelida, gloria insigne de los aqueos! ¿Por qué vienes, dejando la icida batalla? Temo que el impetuoso Héctor cumpla la amenaza que me hizo en su ga a los troyanos: Que no regresaría a Ilio antes de pegar fuego a las naves y matar a aqueos. Así decía, y todo se va

cumpliendo. ¡Oh dioses! Los aqueos, de hermosas as, tienen, como Aquiles, el ánimo poseído de ira contra mí y no quieren combatir o a las naves.

Respondió Néstor, caballero gerenio:

Patente es lo que dices, y ni el mismo Zeus altitonante puede modificar to que ya ha dado. Derribado está el muro que esperábamos fuese indestructible reparo para las ras naves y para nosotros mismos; y junto a ellas los troyanos sostienen vivo a sante combate. No conocerías, por más que to miraras, hacia qué parte van los aqueos ados y puestos en desorden: en montón confuso reciben la muerte, y la gritería llega a el cielo. Deliberemos sobre lo que puede ocurrir, por si nuestra mente da con alguna a provechosa; y no propongo que entremos en combate, porque es imposible que en los que están heridos.

Díjole el rey de hombres, Agamenón:

¡Néstor! Puesto que ya los troyanos combaten junto a las popas de las naves y de una utilidad ha sido el muro con su foso que los dánaos construyeron con tanta ga, esperando que fuese indestructible reparo para las naves y para ellos mismos; sin a debe de ser grato al prepotente Zeus que los aqueos perezcan sin gloria aquí, lejos Argos. Antes yo veía que el dios auxiliaba, benévolo, a los dánaos, mas al presente da ia a los troyanos, cual si fuesen dioses bienaventurados, y encadena nuestro valor y stros brazos. Ea, procedamos todos como voy a decir. Arrastremos las naves que se an más cerca de la orilla, echémoslas al mar divino y que estén sobre las anclas hasta vengá la noche inmortal, y, si entonces los troyanos se abstienen de combatir, remos echar las restantes. No es reprehensible evitar una desgracia, aunque sea durante oche. Mejor es librarse huyendo, que dejarse coger.

El ingenioso Ulises, mirándole con torva faz, exclamó:

¡Atrida! ¿Qué palabras se te escaparon del cerco de los dientes? ¡Hombre funesto! ieras estar al frente de un ejército de cobardes y no mandarnos a nosotros, a quienes oncedió llevar al cabo arriesgadas empresas bélicas desde la juventud a la vejez, a que perezcamos. ¿Quieres que dejemos la ciudad troyana de anchas calles, después mos padecido por ella tantas fatigas? Calla y no oigan los aqueos esas palabras, las es no saldrían de la boca de ningún varón que supiera hablar con espíritu prudente, ara cetro y fuera obedecido por tantos hombres cuanto son los argivos sobre quienes eras. Repruebo del todo la proposición que hiciste: sin duda nos aconsejas que emos al mar las naves de muchos bancos durante el combate y la pelea, para que más to se cumplan los deseos de los troyanos, ya al presente vencedores, y nuestra ición sea inminente. Porque los aqueos no sostendrán el combate si las na ves son adas al mar; sino que, volviendo los ojos adonde puedan huir, cesarán de pelear, y tu sejo, príncipe de hombres, habrá sido dañoso.

3 Contestó el rey de hombres, Agamenón:

¡Ulises! Tu dura reprensión me ha llegado al alma; pero yo no mandaba que los eos arrastraran al mar, contra su voluntad, las naves de muchos bancos. Ojalá que aln, joven o viejo, propusiera una cosa mejor, pues le oiría con gusto.

9 Y entonces les dijo Diomedes, valiente en la pelea:

Cerca tenéis a tal hombre -no habremos de buscarle mucho-, si os halláis uestos a obedecer; y no me vituperéis ni os irritéis contra mí, recordando que soy más n que vosotros, pues me glorió de haber tenido por padre al valiente Tideo, cuyo po está enterrado en Teba. Engendró Porteo tres hijos ilustres que habitaron en rón y en la excelsa Calidón: Agrio, Melas y el caballero Eneo, mi abuelo paterno, era el más valiente. Eneo quedóse en su país; pero mi padre, después de vagar algún po, se estableció en Argos, porque así to quisieron Zeus y los demás dioses, casó con hija de Adrasto y vivió en una casa abastada de riqueza: poseía muchos trigales, no as plantaciones de árboles en los alrededores y copiosos rebaños, y aventajaba a todos aqueos en el manejo de la lanza. Tales cosas las habréis oído referir como ciertas que No sea que, figurándoos quizás que por mi linaje he de ser cobarde y débil, preciéis lo bueno que os diga. Ea, vayamos a la batalla, no obstante estar heridos, pues ecesidad apremia; pongámonos fuera del alcance de los tiros para no recibir herida e herida; animemos a los demás y hagamos que entren en combate cuantos, cediendo ánimo indolente, permanecen alejados y no pelean.

3 Así se expresó, y ellos le escucharon y obedecieron. Echaron a andar, y el rey de bres, Agamenón, iba delante.

5 El ilustre Posidón, que sacude la tierra, estaba al acecho; y, transfigurándose en un o, se dirigió a los reyes, tomó la diestra de Agamenón Atrida y le dijo estas aladas pa-

¡Atrida! Aquiles, al contemplar la matanza y la derrota de los aqueos, debe de ir que en el pecho se le regocija el corazón pernicioso, porque está totalmente falto de o. ¡Así pereciera y una deidad le cubriese de ignominia! Pero los bienaventurados es no se hallan irritados del todo contigo, y los caudillos y príncipes de los troyanos n puestos en fuga y levantarán nubes de polvo en la llanura espaciosa; tú mismo los s huir desde las tiendas y naves a la ciudad.

7 Cuando así hubo hablado, dio un gran alarido y empezó a correr por la llanura. l es la gritería de nueve o diez mil guerreros al trabarse la contienda de Ares, tan pue fue la voz que el soberano Posidón, que bate la tierra, arrojó de su pecho. Y el dios ndió valor en el corazón de todos los aqueos para que lucharan y combatieran sin des3 Hera, la de áureo trono, miró con sus ojos desde la cima del Olimpo, conoció a su mano y cuñado, que se movía en la batalla donde se hacen ilustres los hombres, y se cijó en el alma; pero vio a Zeus sentado en la más alta cumbre del Ida, abundante en antiales, y se le hizo odioso en su corazón. Entonces Hera veneranda, la de ojos de lla, pensaba cómo podría engañar a Zeus, que lleva la égida. A l fin parecióle que la or resolución sería ataviarse bien y encaminarse al Ida, por si Zeus, abrasándose en r, quería dormir a su lado y ella lograba derramar dulce y placentero sueño sobre los ados y el prudente espíritu del dios. Sin perder un instante, fuese a la habitación ada por su hijo Hefesto - la cual tenía una sólida puerta con cerradura oculta que una otra deidad sabía abrir-, entró, y, habiendo entornado la puerta, lavóse con rosía el cuerpo encantador y lo untó con un aceite craso, divino, suave y tan oloroso al moverlo en el palacio de Zeus, erigido sobre bronce, su fragancia se difundió por elo y la tierra. Ungido el hermoso cutis, se compuso el cabello y con

sus propias orló los rizos lustrosos, bellos, divinales, que colgaban de la cabeza inmortal. óse en seguida el manto divino, adornado con muchas bordaduras, que Atenea le a labrado, y sujetólo al pecho con broche de oro. Púsose luego un ceñidor que tenía borlones, y colgó de las perforadas orejas unos pendientes de tres piedras preciosas des como ojos, espléndidas, de gracioso brillo. Después, la divina entre las diosas se ió con un velo hermoso, nuevo, tan blanco como el sol, y calzó sus nítidos pies con as sandalias. Y cuando hubo ataviado su cuerpo con todos los adornos, salió de lancia, y, llamando a Afrodita aparte de los dioses, hablóle en estos términos:

¿Querrás complacerme, hija querida, en lo que yo te diga, o te negarás, irritada en nimo, porque yo protejo a los dánaos y tú a los troyanos?

3 Respondióle Afrodita, hija de Zeus:

¡Hera, venerable diosa, hija del gran Crono! Di qué quieres; mi corazón me ulsa a efectuarlo, si puedo hacerlo y ello es factible.

7 Contestóle dolosamente la venerable Hera:

Dame el amor y el deseo con los cuales rindes a todos los inmortales y a los tales hombres. Voy a los confines de la fértil tierra para ver a Océano, padre de los es, y a la madre Tetis, los cuales me recibieron de manos de Rea y me criaron y caron en su palacio, cuando el largovidente Zeus puso a Crono debajo de la tierra y mar estéril. Iré a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del r y del tálamo, porque la cólera anidó en sus corazones. Si apaciguara con mis bras su ánimo y lograra que reanudasen el amoroso consorcio, me llamarían siempre ida y venerable.

1 Respondió de nuevo la risueña Afrodita:

No es posible ni sería conveniente negarte lo que Aides, pues duermes en los os del poderosísimo Zeus.

4 Dijo; y desató del pecho el cinto bordado, de variada labor, que encerraba todos los antos: hallábanse a11í el amor, el deseo, las amorosas pláticas y el lenguaje seductor hace perder el juicio a los más prudentes. Púsolo en las manos de Hera, y pronunció s palabras:

Toma y esconde en tu seno el bordado ceñidor donde todo se halla. Yo te aseguro no volverás sin haber logrado lo que tu corazón desea.

2 Así dijo. Sonrióse Hera veneranda, la de ojos de novilla; y, sonriente aún, escondió eñidor en el seno.

4 Afrodita, hija de Zeus, volvió a su morada y Hera dejó en raudo vuelo la cima del mpo, y, pasando por la Pieria y la deleitosa Ematia, salvó las altas y nevadas cumbres as montañas donde viven los jinetes tracios, sin que sus pies tocan la tierra endió por el Atos al fluctuoso ponto y llegó a Lemnos, ciudad del divino Toante. Allí ncontró con el Sueño, hermano de la Muerte, y, asiéndole de la diestra, le dijo estas bras:

¡Sueño, rey de todos los dioses y de todos los hombres! Si en otra ocasión chaste mi voz, obedéceme también ahora, y mi gratitud será perenne. Adormece los antes ojos de Zeus debajo

de sus párpados, tan pronto como, vencido por el amor, se este conmigo. Te daré como premio un trono hermoso, incorruptible, de oro; y mi hijo esto, el cojo de ambos pies, te hará un escabel que te sirva para apoyar las nítidas tas, cuando asistas a los festines.

2 Respondióle el dulce Sueño:

¡Hera, venerable diosa, hija del gran Crono! Fácilmente adormecería a cualquier de los sempiternos dioses y aun a las corrientes del río Océano, del cual son oriundos s, pero no me acercaré ni adormeceré a Zeus Cronión, si él no lo manda. Me hizo do tu mandato el día en que el muy animoso hijo de Zeus se embarcó en Ilio, después estruir la ciudad troyana. Entonces sumí en grato sopor la mente de Zeus, que lleva la a, difundíendome suave en torno suyo; y tú, que intentabas causar daño a Heracles, seguiste que los vientos impetuosos soplaran sobre el ponto y lo llevaran a la ulosa Cos, lejos de sus amigos. Zeus despertó y encendiós en ira: maltrataba a los es en el palacio, me buscaba a mí, y me hubiera hecho desaparecer, arrojándome del al ponto, si la Noche, que rinde a los dioses y a los hombres, no me hubiese salvado; uéme a ella huyendo, y aquél se contuvo, aunque irritado, porque temió hacer algo a la rápida Noche desagradara. Y ahora me mandas realizar otra cosa peligrosísima. 3 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

Oh Sueño, ¿por qué en la mente revuelves tales cosas? ¿Crees que el largovidente s favorecerá tanto a los troyanos, como en la época en que se irritó protegía a su hijo acles? Ea, ve y prometo darte, para que te cases con ella y lleve el nombre de esposa , la más joven de las Gracias [Pasitea, de la cual estás deseoso todos los días]. 0 Así habló. Alegróse el Sueño, y respondió diciendo:

Ea, jura por el agua inviolable de la Éstige, tocando con una mano la fértil tierra y la otra el brillante mar, para que sean testigos los dioses de debajo de la tierra que n con Crono, que me darás la más joven de las Gracias, Pasitea, de la cual estoy oso todos los días.

7 Así dijo. No desobedeció Hera, la diosa de los níveos brazos, y juró, como se le a, nombrando a todos los dioses subtartáreos, llamados Titanes. Prestado el mento, partieron ocultos en una nube, dejaron atrás a Lemnos y la ciudad de Imbros, guiendo con rapidez el camino llegaron a Lecto, en el Ida, abundante en manantiales y dor de fieras; allí pasaron del mar a tierra firme, y anduvieron haciendo estremecer ajo de sus pies la cima de los árboles de la selva. Detúvose el Sueño antes que los ojos eus pudieran verlo, y, encaramándose en un abeto altísimo que había nacido en el Ida or el aire llegaba al éter, se ocultó entre las ramas como la montaraz ave canora ada por los dioses calcis y por los hombres cymindis.

2 Hera subió ligera al Gárgaro, la cumbre más alta del Ida; Zeus, que amontona las es, la vio venir; y apenas la distinguió, enseñoreóse de su prudente espíritu el mismo o que, cuando gozaron las primicias del amor, acostándose a escondidas de sus es. Y así que la tuvo delante, le habló diciendo:

¡Hera! ¿Adónde vas, que tan presurosa vienes del Olimpo, sin los caballos y el o que podrían conducirte?

Respondióle dolosamente la venerable Hera:

Voy a los confines de la fértil tierra, a ver a Océano, origen de los dioses, y a la re Tetis, que me recibieron de manos de Rea y me criaron y educaron en su palacio. a visitarlos para dar fin a sus rencillas. Tiempo ha que se privan del amor y del mo, porque la cólera invadió sus corazones. Tengo al pie del Ida, abundante en antiales, los corceles que me llevarán por tierra y por mar, y vengo del Olimpo a icipártelo; no fuera que to irritaras si me encaminase, sin decírtelo, al palacio del ano, de profunda corriente.

2 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

¡Hera! Allá se puede ir más tarde. Ea, acostémonos y gocemos del amor. Jamás la ón por una diosa o por una mujer se difundió por mi pecho, ni me avasalló como a: nunca he amado así, ni a la esposa de Ixión, que parió a Pintoo consejero igual a dioses; ni a Dánae Acrisiona, la de bellos talones, que dio a luz a Perseo, el más re de los hombres; ni a la celebrada hija de Fénix, que fue madre de Minos y de amantis igual a un dios; ni a Sémele, ni a Alcmena en Teba, de la que tuve a acles, de ánimo valeroso, y de Sémele a Dioniso, alegría de los mortales; ni a méter, la soberana de hermosas trenzas; ni a la gloriosa Leto; ni a ti misma: con tal a te amo en este momento y tan dulce es el deseo que de mí se apodera.

29 Replicóle dolosamente la venerable Hera:

¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! ¡Quieres acostarte y gozar del r en las cumbres del Ida, donde todo es patente! ¿Qué ocurriría si alguno de los piternos dioses nos viese dormidos y lo manifestara a todas las deidades? Yo no ería a tu palacio al levantarme del lecho; vergonzoso fuera. Mas, si lo deseas y a tu zón le es grato, tienes la cámara que tu hijo Hefesto labró, cerrando la puerta con das tablas que encajan en el marco. Vamos a acostarnos allí, ya que el lecho apetece. 1 Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

¡Hera! No temas que nos vea ningún dios ni hombre: te cubriré con una nube da que ni el Sol, con su luz, que es la más penetrante de todas, podría atravesar paraarnos.

6 Dijo, y el hijo de Crono estrechó en sus brazos a la esposa. La divina tierra produjo e hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. stáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada, de la cual caían lucientes s de rocío.

2 Tan tranquilamente dormía el padre sobre el alto Gárgaro, vencido por el sueño y mor y abrazado con su esposa. El dulce Sueño corrió hacia las naves aqueas para ar la noticia al que ciñe y bate la tierra; y, deteniéndose cerca de él, pronunció estas as palabras:

¡Posidón! Socorre pronto a los dánaos y dales gloria, aunque sea breve, mientras me Zeus, a quien he sumido en dulce letargo, después que Hera, engañándole, logró se acostara para gozar del amor.

1 Dicho esto, fuese hacia las ínclitas tribus de los hombres. Y Posidón, más incitado antes a socorrer a los dánaos, saltó en seguida a las primeras filas y les exhortó endo:

¡Argivos! ¿Cederemos nuevamente la victoria a Héctor Priámida, para que se dere de los bajeles y alcance gloria? Así se lo figura él y de ello se jacta, porque iles permanece en las

cóncavas naves con el corazón irritado. Pero Aquiles no hará falta, si los demás procuramos auxiliarnos mutuamente. Pero, ea, procedamos todos o voy a decir. Embrazad los escudos mayores y más fuertes que haya en el ejército, íos la cabeza con el refulgente casco, coged las picas más largas, y pongámonos en cha: yo iré delante, y no creo que Héctor Priámda, por enardecido que esté, se atreva perarnos. Y el varón, que siendo bravo, tenga un escudo pequeño para proteger sus bros, déselo al menos valiente y tome otro mejor.

8 Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Los mismos reyes -el Tidida, Ulises Atrida Agamenón-, sin embargo de estar heridos, los pusieron en orden de batalla, y, rriendo las hileras, hacían el cambio de las marciales armas. El esforzado tomaba las fuertes y daba las peores al que le era inferior. Tan pronto como hubieron vestido el ente bronce, se pusieron en marcha: precedíales Posidón, que sacude la tierra, ando en la robusta mano una espada terrible, larga y puntiaguda, que parecía un mpago; y a nadie le era posible luchar con el dios en el funesto combate, porque el or se to impedía a todos.

8 Por su parte, el esclarecido Héctor puso en orden a los troyanos. Y Posidón, el de lea cabellera, y el preclaro Héctor, auxiliando éste a los troyanos y aquél a los vos, extendieron el campo de la terrible pelea. El mar, agitado, llegó hasta las tiendas ves de los argivos, y los combatientes se embistieron con gran alboroto. No braman o las olas del mar cuando, levantadas por el sopro terrible del Bóreas, se rompen en la a; ni hace tanto estrépito el ardiente fuego en la espesura del monte, al quemarse una a; ni suena tanto el viento en las altas copas de las encinas, si arreciando muge; nto fue el griteno de troyanos y aqueos en el momento en que, vociferando de un o espantoso, vinieron a las manos.

2 El preclaro Héctor arrojó el primero la lanza a Ayante, que contra él arremetía, y e erró; pero acertó a darle en el sitio en que se cruzaban sobre el pecho la correa del do y el tahalí de la espada, guarnecida con argénteos clavos, y ambos protegieron el cado cuerpo. Irritóse Héctor porque la lanza había sido arrojada inútilmente por su o, y retrocedió hacia el grupo de sus amigos para evitar la muerte. El gran Ayante monio, al ver que Héctor se retiraba, cogió una de las muchas piedras que servían calzar las naves y rodaban entonces entre los pies de los combatientes, y con ella le ó en el pecho, por cima del escudo, junto a la garganta; la piedra, lanzada con ímpetu, ba como un torbellino. Como viene a tierra la encina arrancada de raíz por el rayo del e Zeus, despidiendo un fuerte olor de azufre, y el que se halla cerca desfallece, pues yo del gran Zeus es formidable, de igual manera, el robusto Héctor dio consigo en el o y cayó en el polvo: la pica se le fue de la mano, quedaron encima de él escudo y o, y la armadura de labrado bronce resonó en torno del cuerpo. Los aqueos corrieron a Héctor, dando recías voces, con la esperanza de arrastrarlo a su campo; mas, que arrojaron muchas lanzas, no consiguieron herir al pastor de hombres, ni de cerca e lejos, porque fue rodeado por los más valientes troyanos -Polidamante, Eneas, el no Agenor, Sarpedón, caudillo de los licios, y el eximio Glauco -, y los otros tampoco bandonaron, pues se pusieron delante con sus rodela. Los amigos de Héctor lo ntaron en brazos, sacáronlo del combate, condujéronle adonde tenía los

ágiles eles con el labrado carro y el auriga, y se lo llevaron hacia la ciudad, mientras daba undos suspiros.

3 Mas, al llegar al vado del voraginoso Janto, río de hermosa corriente que el ortal Zeus engendró, bajaron a Héctor del carro y le rociaron el rostro con agua: el e cobró los perdidos espíritus, miró a lo alto, y, poniéndose de rodillas, tuvo un ito de negra sangre; luego cayó de espaldas, y la noche oscura cubrió sus ojos, que aún tenía débil el ánimo a consecuencia del golpe recibido.

0 Los argivos, cuando vieron que Héctor se ausentaba, arremetieron con más ímpetu s troyanos, y sólo pensaron en combatir. Entonces el veloz Ayante de Oileo fue el prio que, acometiendo con la puntiaguda lanza, hirió a Satnio Enópida, a quien una ade había tenido de Énope, mientras éste apacentaba rebaños a orillas del Satnioente; nte Oilfada, famoso por su lanza, llegóse a él, le hirió en el ijar y le tumbó de lidas; y, en torno del cadáver, troyanos y dánaos trabaron un duro combate. Fue a garle Polidamante Pantoida, hábil en blandir la lanza; e hirió en el hombro derecho a oenor, hijo de Areflico: la impetuosa lanza atravesó el hombro, y el guerrero, endo en el polvo, cogió el suelo con sus manos. Y Polidamante exclamó con gran ancia y a voz en grito:

No creo que el brazo robusto del valeroso Pantoida haya despedido la lanza en o; algún argivo la recibió en su cuerpo, y me figuro que le servirá de báculo para apon ella y descender a la morada de Hades.

8 Así dijo. Sus jactanciosas palabras apesadumbraron a los argivos y conmovieron el zón del aguerrido Ayante Telamoníada, a cuyo lado cayó Protoenor. En el acto arrojó nte una reluciente lanza a Polidamante, que se retiraba; éste dio un salto oblicuo y óla, librándose de la negra muerte; pero en cambio la recibió Arquéloco, hijo de Antéa quien los dioses habían destinado a morir: la lanza se clavó en la unión de la eza con el cuello, en la extremidad de la vértebra, y cortó ambos ligamentos; cayó el rero, y cabeza, boca y narices llegaron al suelo antes que las piernas y las rodillas. Y nte, vociferando, al eximio Polidamante le decía:

Reflexiona, oh Polidamante, y dime sinceramente: ¿La muerte de ese hombre no pensa la de Protoenor? No parece vil, ni de viles nacido, sino hermano o hijo de nor, domador de caballos, pues tiene el mismo aire de familia.

5 Así dijo, porque le conocía bien; y a los troyanos se les llenó el corazón de pesar. onces Acamante, que se hallaba junto al cadáver de su hermano para protegerlo, asó la lanza a Prómaco, el beocio, cuando éste cogía por los pies al muerto a intentaba árselo. Y en seguida jactóse Acamante grandemente, dando recias voces:

¡Argivos que sólo con el arco sabéis combatir y nunca os cansáis de proferir nazas! El trabajo y los pesares no han de ser solamente para nosotros, y algún día biréis la muerte de este mismo modo. Mirad a Prómaco, que yace en el suelo, vencido mi lanza, para que la venganza por la muerte de un hermano no sufra dilación. Por el hombre que es víctima de alguna desgracia, anhela dejar un hermano que pueda garle.

6 Así dijo. Sus jactanciosas frases apesadumbraron a los argivos y conmovieron el zón del aguerrido Penéleo, que arremetió contra Acamante; el cual no aguardó la metida del rey Penéleo. Éste hirió a Ilioneo, hijo único que a Forbante - hombre rico vejas y amado sobre todos los troyanos por Hermes, que le dio muchos bienes- su osa le había parido: la lanza, penetrando por debajo de una ceja, le arrancó la pupila, ravesó el ojo y salió por la nuca, y el guerrero vino al suelo con los brazos abiertos. éleo, desnudando la aguda espada, le cercenó la cabeza, que cayó a tierra con el o; y, como la fornida lanza seguía clavada en el ojo, cogiÓla, levantó la cabeza cual si e una flor de adormidera, la mostró a los troyanos y, blasonando del triunfo, dijo:

¡Teucros! Decid en mi nombre a los padres del ilustre Ilioneo que le lloren en su cio; ya que tampoco la esposa de Prómaco Alegenórida recibirá con alegre rostro a su ido cuando, embarcándonos, nos vayamos de Troya los aqueos.

6 Así habló. A todos les temblaban las carnes de miedo, y cada cual buscaba adónde para librarse de una muerte espantosa.

8 Decidme ahora, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cuál fue el primer aqueo alzó del suelo cruentos despojos, cuando el ilustre Posidón, que bate la tierra, inclinó ombate en favor de los aqueos.

1 Ayante Telamonio, el primero, hirió a Hirtio Girtíada; Antíloco hizo perecer a es y a Mérmero, despojándolos luego de las armas; Meriones mató a Moris a otión; Teucro quitó la vida a Protoón y Perifetes; y el Atrida hirió en el ijar a erenor, pastor de hombres: el bronce atravesó los intestinos, el alma salió presurosa la herida, y la obscuridad cubrió los ojos del guerrero. Y el veloz Ayante, hijo de o, mató a muchos; porque nadie le igualaba en perseguir a los guerreros rorizados, cuando Zeus los ponía en fuga.

## Canto xv\*



Nueva ofensiva desde las naves

Zeus se despierta, y Apolo lleva a los troyanos a las posiciones de antes de la intervención de Posidón: ntro del campamento aqueo. Guiados por Zeus atacan las naves aqueas y les ponen en fuga. Cuando los troyanos hubieron atravesado en su huida el foso y la estacada, muriendo hos a manos de los dánaos, llegaron al sitio donde tenían los corceles a hicieron alto drentados y pálidos de miedo. En aquel instante despertó Zeus en la cumbre del Ida, do de Hera, la de áureo trono. Levantóse y vio a los troyanos perseguidos por los eos, que los ponían en desorden, y, entre éstos, al soberano Posidón. Vio también a tor tendido en la llanura y rodeado de amigos, jadeante, privado de conocimiento, vondo sangre; que no fue el más débil de los aqueos quien le causó la herida. El padre os hombres y de los dioses, compadeciéndose de él, miró con torva y terrible faz a así le dijo:

Tu engaño, Hera maléfica a incorregible, ha hecho que Héctor dejara de combatir y sus tropas se dieran a la fuga. No sé si castigarte con azotes, para que seas la primera ozar de tu funesta astucia. ¿Por ventura no te acuerdas de cuando estuviste colgada en lto y puse en tus pies sendos yunques, y en tus manos áureas a inquebrantables osas? Te hallabas suspendida en medio del éter y de las nubes, los dioses del vasto mpo te rodeaban indignados, pero no podían desatarte -si entonces llego a coger a alo, le arrojé de estos umbrales y llega a la tierra casi sin vida- y yo no lograba echar corazón el continuo pesar que sentía por el divino Heracles, a quien tú, promoviendo tempestad con el auxilio del viento Bóreas, arrojaste con perversa intención al mar ril y llevaste luego a la populosa Cos; a11f le libré de los peligros y le conduje vamente a Argos, criadora de caballos, después que hubo padecido muchas fatigas. Te cuerdo para que pongas fin a tus engaños y sepas si to será provechoso haber venido a mansión de los dioses a burlarme con los goces del amor.

Así dijo. Estremecióse Hera veneranda, la de ojos de novilla, y hablándole nunció estas aladas palabras:

Sean testigos la Tierra y el anchuroso Cielo y el agua de la Éstige, de subterránea iente -que es el juramento mayor y más terrible para los bienaventurados dioses-, y tu eza sagrada y nuestro tálamo nupcial, por el que nunca juraría en vano: No es por mi sejo que Posidón, el que sacude la tierra, daña a los troyanos y a Héctor y auxilia a los s; quizás su mismo ánimo le incita a impele, y ha debido compadecerse de los aqueos er que son derrotados junto a las naves. Mas yo aconsejana a Posidón que fuera por de tú, el de las sombrías nubes, le mandaras.

Así dijo. Sonrióse el padre de los hombres y de los dioses, y le respondió con estas palabras:

Si tú, Hera veneranda, la de ojos de novilla, cuando te sientas entre los inmortales vieras de acuerdo conmigo, Posidón, aunque otra cosa mucho deseara, acomodaría pronto su modo de pensar al nuestro. Pero, si en este momento hablas franca y eramente, ve a la mansión de los dioses y manda venir a Iris y a Apolo, famoso por su ; para que aquélla, encaminándose al ejército de los aqueos, de corazas de bronce, al soberano Posidón que cese de combatir y vuelva a su palacio; y Febo Apolo incite éctor a la pelea, le infunda valor y le haga olvidar los dolores que le oprimen el

, a fin de que rechace nuevamente a los aqueos, los cuales llegarán en cobarde a las naves, de muchos bancos, del Pelida Aquiles. Éste enviará a la lid a su pañero Patroclo, que morirá, herido por la lanza del preclaro Héctor, cerca de Ilio, pues de quitar la vida a muchos jóvenes, y entre ellos al divino Sarpedón, mi hijo. ado por la muerte de Patroclo, el divino Aquiles matará a Héctor. Desde aquel ante haré que los troyanos sean perseguidos continuamente desde las naves, hasta que aqueos tomen la excelsa Ilio. Y no cesará mi enojo, ni dejaré que ningún inmortal orra a los dánaos, mientras no se cumpla el voto del Pelida, como lo prometí, tiendo con la cabeza, el día en que la diosa Tetis abrazó mis rodillas y me suplicó que rase a Aquiles, asolador de ciudades.

Así dijo. Hera, la diosa de los núdeos brazos, no fue desobediente, y pasó de los tes ideos al vasto Olimpo. Como corre veloz el pensamiento del hombre que, habienaijado por muchas tierras, las recuerda en su reflexivo espíritu, y dice «estuve aquí o » y revuelve en la mente muchas cosas, tan rápida y presurosa volaba la venerable a, y pronto llegó al excelso Olimpo. Los dioses inmortales, que se hallaban reunidos l palacio de Zeus, levantáronse al verla y le ofrecieron copas de néctar. Y Hera, sando las demás, aceptó la que le presentaba Temis, la de hermosas mejillas, que fue rimera que corrió a su encuentro, y hablándole le dijo estas aladas palabras:

¡Hera! ¿Por qué vienes con esa cara de espanto? Sin duda te atemorizó tu esposo, el de Crono.

Respondióle Hera, la diosa de los núdeos brazos:

No me lo preguntes, diosa Temis; tú misma sabes cuán soberbio y despiadado es el mo de Zeus. Preside tú en el palacio el festín de los dioses, y oirás con los demás tales qué desgracias anuncia Zeus; figúrome que nadie, sea hombre o dios, se cijará en el alma por más alegre que esté en el banquete.

0 Dichas estas palabras, sentóse la venerable Hera. Afigiéronse los dioses en la ada de Zeus. Aquélla, aunque con la sonrisa en los labios, no mostraba alegría en la te, sobre las negras cejas. E indignada, exclamó:

¡Cuán necios somos los que tontamente nos irritamos contra Zeus! Queremos carnos a él y contenerlo con palabras o por medio de la violencia; y él, sentado te, ni de nosotros hace caso,

ni se le da nada, porque dice que en fuerza y poder es superior a todos los dioses inmortales. Por tanto sufrid los infortunios que etivamente os envíe. Creo que al impetuoso Ares le ha ocurrido ya una desgracia; se murió en la pelea Ascálafo, a quien amaba sobre todos los hombres y reconocía por 3 Así habló. Ares bajó los brazos, golpeóse los muslos, y suspirando dijo:

No os irritéis conmigo, vosotros los que habitáis olímpicos palacios, si voy a las es de los aqueos para vengar la muerte de mi hijo; iría, aunque el destino hubiese uesto que me cayera encima el rayo de Zeus, dejándome tendido con los muertos, sangre y polvo.

9 Dijo, y mandó al Terror y a la Fuga que uncieran los caballos, mientras vestía las lgentes armas. Mayor y más terrible hubiera sido entonces el enojo y la ira de Zeus ra los inmortales; pero Atenea, temiendo por todos los dioses, se levantó del trono, ó por el vestíbulo y, quitándole a Ares de la cabeza el casco, de la espalda el escudo y a robusta mano la pica de bronce, que apoyó contra la pared, dirigió al impetuoso dios s palabras:

¡Loco, insensato! ¿Quieres perecer? En vano tienes oídos para oír, o has perdido la n y la vergüenza. ¿No oyes lo que dice Hera, la diosa de los níveos brazos, que acaba er a Zeus olímpico? ¿O deseas, acaso, tener que regresar al Olimpo a viva fuerza, e y habiendo padecido muchos males, y causar gran daño a los otros dioses? Porque s dejará en seguida a los altivos troyanos y a los aqueos, vendrá al Olimpo a mover tumulto entre nosotros, y castigará así al culpable como al inocente. Por esta n te exhorto a templar tu enojo por la muerte del hijo. Algún otro superior a él en r y fuerza ha muerto o morirá, porque es difícil conservar todas las familias de los bres y salvar a todos los individuos.

2 Dicho esto, condujo a su asiento al furibundo Ares. Hera llamó afuera del palacio a lo y a Iris, la mensajera de los inmortales dioses, y les dijo estas aladas palabras:

Zeus os manda que vayáis al Ida lo antes posible y, cuando hubiereis llegado a su encia, haced lo que os encargue y ordene.

9 La venerable Hera, apenas acabó de hablar, volvió al palacio y se sentó en su trono. s bajaron en raudo vuelo al Ida, abundante en manantiales y criador de fieras, y hallaal largovidente Cronida sentado en la cima del Gárgaro, debajo de olorosa nube. Al ar a la presencia de Zeus, que amontona las nubes, se detuvieron; y Zeus, al verlos, no rritó, porque habían obedecido con presteza las órdenes de la querida esposa. Y, ando primero con Iris, profirió estas aladas palabras:

¡Anda, ve, rápida Iris! Anuncia esto al soberano Posidón y no seas mensajera z: Mándale que, cesando de pelear y combatir, se vaya a la mansión de los dioses o al divino. Y si no quiere obedecer mis palabras y las desprecia, reflexione en su mente su corazón si, aunque sea poderoso, se atreverá a esperarme cuando me dirija contra ues le aventajo mucho en fuerza y edad, por más que en su ánimo no tema decirse l a mí, a quien todos temen.

8 Así dijo. La veloz Iris, de pies veloces como el viento, no desobedeció; y bajó de montes ideos a la sagrada Ilio. Como cae de las nubes la nieve o el helado granizo, a ulso del Bóreas,

nacido en el éter; tan rápida y presurosa volaba la ligera Iris; y, niéndose cerca del ínclito Posidón, así le dijo:

Vengo, oh Posidón, el de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, a traerte un mensaje arte de Zeus, que lleva la égida. Te manda que, cesando de pelear y combatir, te as a la mansión de los dioses o al mar divino. Y si no quieres obedecer sus palabras y desprecias, te amenaza con venir a luchar contigo y te aconseja que evites sus manos; que dice que te supera mucho en fuerza y edad, por más que en tu ánimo no temas rte igual a él, a quien todos temen.

4 Respondióle muy indignado el ínclito Posidón, que bate la tierra:

¡Oh dioses! Con soberbia habla, aunque sea valiente, si dice que me sujetará por za y contra mi querer a mí, que disfruto de sus mismos honores. Tres somos los heros hijos de Crono, a quienes Rea dio a luz: Zeus, yo y el tercero Hades, que reina en nfiernos. Todas las cosas se agruparon en tres porciones, y cada uno de nosotros paró del mismo honor. Yo saqué a la suerte habitar constantemente en el espumoso mar, ronle a Hades las tinieblas sombrías, correspondió a Zeus el anchuroso cielo en io del éter y las nubes; pero la tierra y el alto Olimpo son de todos. Por tanto, no ederé según lo decida Zeus; y éste, aunque sea poderoso, permanezca tranquilo en la a parte que le pertenece. No pretenda asustarme con sus manos como si tratase con obarde. Mejor fuera que con esas vehementes palabras riñese a los hijos a hijas que endró, pues éstos tendrían que obedecer necesariamente to que les ordenare. 0 Replicó la veloz Iris, de pies veloces como el viento:

¿He de llevar a Zeus, oh Posidón, de cerúlea cabellera, que ciñes la tierra, una uesta tan dura y fuerte? ¿No querrías modificarla? La mente de los sensatos es flexiYa sabes que las Erinias se declaran siempre por los de más edad.

5 Contestó Posidón, que sacude la tierra:

¡Diosa Iris! Muy oportuno es cuanto acabas de decir. Bueno es que el mensajero prenda to que es conveniente. Pero el pesar me llega al corazón y al alma, cuando quiere increpar con iracundas voces a quien el hado hizo su igual en suerte y ino. Ahora cederé, aunque estoy irritado. Mas to diré otra cosa y haré una amenaza: despecho de mí, de Atenea, que impera en las batallas, de Hera, de Hermes y del rey esto, conservare la excelsa Ilio a impidiere que, destruyéndola, alcancen los argivos gran victoria, sepa que nuestra ira será implacable.

8 Cuando esto hubo dicho, el dios que bate la tierra desamparó a los aqueos y se ergió en el mar; pronto los héroes aqueos le echaron de menos. Entonces Zeus, que ntona las nubes, dijo a Apolo:

Ve ahora, querido Febo, a encontrar a Héctor, el de broncíneo casco. Ya el que y bate la tierra se fue al mar divino, para librarse de mi terrible cólera; pues hasta los es que están en torno de Crono, debajo de la tierra, hubieran oído el estrépito de stro combate. Mucho mejor es para mí y para él que, temeroso, haya cedido a mi za, porque no sin sudor se hubiera efectuado la lucha. Ahora, toma en tus manos la a floqueada, agítala, y espanta a los héroes aqueos, y luego, cuídate, oh tú que hieres jos, del esclarecido Héctor a infúndele gran vigor,

hasta que los aqueos lleguen, endo, a las naves y al Helesponto. Entonces pensaré to que fuere conveniente hacer o r para que los aqueos respiren de sus cuitas.

6 Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos, ejante al gavilán que mata a las palomas y es la más veloz de las aves, y halló al no Héctor, hijo del belicoso Príamo, ya no postrado en el suelo, sino sentado: iba ando ánimo y aliento, y reconocía a los amigos que le circundaban, porque el ahogo sudor habían cesado desde que Zeus, que lleva la égida, decidió animar al héroe. lo, el que hiere de lejos, se detuvo a su lado y le dijo:

¡Héctor, hijo de Príamo! ¿Por qué te encuentro sentado, lejos de los demás y allecido? ¿Te abruma algún pesar?

6 Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

Quién eres tú, oh el mejor de los dioses, que vienes a mi presencia y me rrogas? ¿No sabes que Ayante, valiente en la pelea, me hirió en el pecho con una ra, mientras yo mataba a sus compañeros junto a las naves de los aqueos, a hizo allecer mi impetuoso valor? Figurábame que vena hoy mismo a los muertos y la ada de Hades, porque ya iba a exhalar el alma.

3 Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

Cobra ánimo. El Cronión te manda desde el Ida como defensor, para asistirte y darte, a Febo Apolo, el de la áurea espada; a mí, que ya antes protegía tu persona y tu elsa ciudad. Ea, ordena a tus muchos caudillos que guíen los veloces caballos hacia cóncavas naves; y yo, marchando a su frente, allanaré el camino a los corceles y ponen fuga a los héroes aqueos.

2 Dijo, a infundió un gran vigor al pastor de hombres. Como el corcel avezado a arse en la cristalina corriente de un río, cuando se ve atado en el establo come la cebael pesebre, y rompiendo el ronzal sale trotando por la llanura, yergue orgulloso la iz, ondean las crines sobre su cuello y ufano de su lozanía mueve ligero las rodillas aminándose al sitio donde los caballos pacen, tan ligeramente movía Héctor pies y llas, exhortando a los capitanes, después que oyó la voz de Apolo. Así como, cuando os y pastores persiguen a un cornífero ciervo o a una cabra montés que se refugia en rpada roca o umbría selva, porque no estaba decidido por el hado que el animal fuese do; si, atraído por la gritería, se presenta un melenudo león, a todos los pone en fuga esar de su empeño; así también los dánaos avanzaban en tropel, hiriendo a sus migos con espadas y lanzas de doble filo; mas, al notar que Héctor recorna las hileras os suyos, turbáronse y a todos se les cayó el alma a los pies.

1 Entonces Toante, hijo de Andremón y el más señalado de los etolios -era diestro en jar el dardo, valiente en el combate a pie firme y pocos aqueos vencíanle en el ágora ndo los jóvenes contendían sobre la elocuencia-, benévolo les arengó diciendo:

¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. ¡Cómo Héctor, ándose de las parcas, se ha vuelto a levantar! Gran esperanza teníamos de que hubiese muerto por Ayante Telamónada; pero algún dios protegió y salvó nuevamente a tor, que ha quebrado las rodillas de muchos dánaos, como ahora volverá a hacerlo bién, pues no sin la voluntad de Zeus tonante aparece tan resuelto al frente de sus as. Ea, procedamos todos como voy a decir. Ordenemos a la

muchedumbre que va a las naves, y cuantos nos gloriamos de ser los más valientes permanezcamos aquí echácmosle, yendo a su encuentro con las picas levantadas. Creo que, por ravecido que tenga el corazón, temerá penetrar por entre los dánaos.

0 Así dijo, y ellos le escucharon y obedecieron. Ayante, el rey Idomeneo, Teucro, iones y Meges, igual a Ares, llamando a los más valientes, los dispusieron para la lla contra Héctor y los troyanos; y la turba se retiró a las naves aqueas.

6 Los troyanos acometieron apiñados, siguiendo a Héctor, que marchaba con gante paso. Delante del héroe iba Febo Apolo, cubierto por una nube, con la égida etuosa, terrible, hirsuta, magnífica, que Hefesto, el bronceista, diera a Zeus para que ándola amedrentara a los hombres. Con ella en la mano, Apolo guiaba a las tropas. 1 Los argivos, apiñados también, resistieron el ataque. Levantóse en ambos ejércitos da gritería, las flechas saltaban de las cuerdas de los arcos y audaces manos arrojaban n número de lanzas, de las cuales unas pocas se hundían en el cuerpo de los jóvenes eídos de marcial furor, y las demás clavábanse en el suelo; entre los dos campos, antes egar a la blanca carne de que estaban codiciosas. Mientras Febo Apolo tuvo la égida óvil, los tiros alcanzaban por igual a unos y a otros, y los hombres caían. Mas así que gitó frente a los dánaos, de ágiles corceles, dando un fortísimo grito, debilitó el ánimo os pechos de los aqueos y logró que se olvidaran de su impetuoso valor. Como ponen esorden una vacada o un hato de ovejas dos fieras que se presentan muy entrada la cura noche, cuando el guardián está ausente, de la misma manera, los aqueos huían nimados, porque Apolo les infundió terror y dio gloria a Héctor y a los troyanos. 8 Entonces, ya extendida la batalla, cada caudillo troyano mató a un hombre. Héctor muerte a Estiquio y a Arcesilao: éste era caudillo de los beocios, de broncéneas zas; el otro, compañero fiel del magnánimo Menesteo. Eneas hizo perecer a Medonte aso; de los cuales el primero era hijo bastardo del divino Oíleo y hermano de Ayante, bitaba en Fílace, lejos de su patria, por haber muerto a un hermano de su madrastra pide, y Jaso, caudillo de los atenienses, era conocido como hijo de Esfelo Bucólida. damante quitó la vida a Mecisteo, Polites a Equio al trabarse el combate, y el divino nor a Clonio. Y Paris arrojó su lanza a Defoco, que huía por entre los combatientes nteros; le hirió en la extremidad del hombro, y el bronce salió al otro lado.

3 En tanto que los troyanos despojaban de las armas a los muertos, los aqueos, jándose al foso y a la estacada, huían por todas partes y penetraban en el muro, streñidos por la necesidad. Y Héctor exhortaba a los troyanos, diciendo a voz en grito:

Arrojaos a las naves y dejad los cruentos despojos. Al que yo encuentre lejos de bajeles, a11í mismo le daré muerte, y luego sus hermanos y hermanas no le egarán a las llamas, sino que lo despedazarán los perros fuera de la ciudad.

2 En diciendo esto, azotó con el látigo el lomo de los caballos; y, mientras atravesaba ilas, animaba a los troyanos. Éstos, dando amenazadores gritos, guiaban los corceles os carros con fragor inmenso; y Febo Apolo, que iba delante, holló con sus pies las as del foso profundo, echó la tierra dentro y formó un camino largo y tan ancho como stancia que media entre el hombre

que arroja una lanza para probar su fuerza y el donde la misma cae. Por allí se extendieron en buen orden; y Apolo, que con la a preciosa iba a su frente, derribaba el muro de los aqueos, con la misma facilidad que un niño, jugando en la playa, desbarata con los pies y las manos to que de arena a construido. Así tú, Febo, que hieres de lejos, destruías la obra que había costado a aqueos muchos trabajos y fatigas, y a ellos los ponías en fuga.

7 Los aqueos no pararon hasta las naves, y allí se animaban unos a otros, y con los os alzados, profiriendo grandes voces, imploraban el auxilio de las deidades. Y cialmente Néstor gerenio, protector de los aqueos, oraba levantando las manos al ellado cielo:

¡Padre Zeus! Si alguien en Argos, abundante en trigales, quemó en to obsequio ües muslos de buey o de oveja, y to pidió que lograra volver a su patria, y tú se lo metiste asintiendo; acuérdate de ello, oh Olímpico, aparta de nosotros el día funesto, y ermitas que los aqueos sucumban a manos de los troyanos.

7 Así dijo rogando. El pródigo Zeus atendió las preces del anciano Nelida, y tronó temente.

9 Los troyanos, al oír el trueno de Zeus, que lleva la égida, arremetieron con más a a los argivos, y sólo en combatir pensaron. Como las olas del vasto mar salvan el ado de una nave y caen sobre ella, cuando el viento arrecia y las levanta a gran altura, os troyanos pasaron el muro, e, introduciendo los carros, peleaban junto a las popas zas de doble filo; mientras los aqueos, subidos en las negras naves, se defendían pértigas largas, fuertes, de punta de bronce, que para los combates navales llevaban quéllas.

0 Mientras aqueos y troyanos combatieron cerca del muro, lejos de las veleras naves, lo permaneció en la tienda del bravo Eurípilo, entreteniéndole con la conversación rándole la grave herida con drogas que mitigaron los acerbos dolores. Mas, al ver que troyanos asaltaban con ímpetu el muro y se producía clamoreo y fuga entre los aos, gimió; y, bajando los brazos, golpeóse los muslos, suspiró y dijo:

¡Eurípilo! Ya no puedo seguir aquí, aunque me necesites, porque se ha trabado gran batalla. Te cuidará el escudero, y yo volveré presuroso a la tienda de Aquiles incitarle a pelear. ¿Quién sabe si con la ayuda de algún dios conmoveré su ánimo? n fuerza tiene la exhortación de un compañero.

5 Dijo, y salió. Los aqueos sostenían firmemente la acometida de los troyanos, pero, que éstos eran menos, no podían rechazarlos de las naves; y tampoco los troyanos loan romper las falanges de los dánaos y entrar en sus tiendas y bajeles. Como la mada nivela el mástil de un navío en manos del hábil constructor que conoce bien su por habérselo enseñado Atenea, de la misma manera andaba igual el combate y la a, y unos luchaban en torno de unas naves y otros alrededor de otras.

5 Héctor fue a encontrar al glorioso Ayante; y, luchando los dos por una nave, ni él conseguía arredrar a éste y pegar fuego a los bajeles, ni éste lograba rechazar a él, a quien un dios había acercado al campamento. Entonces el esclarecido Ayante dio lanzada en el pecho a Calétor, hijo de Clito, que iba a echar fuego en un barco: el ano cayó con estrépito, y la tea

desprendióse de su mano. Y Héctor, como viera con ojos que su primo caía en el polvo delante de la negra nave, exhortó a troyanos y s, diciendo a grandes voces:

¡Troyanos, licios, dármanos, que cuerpo a cuerpo peleáis! No dejéis de combatir en angostura; defended el cuerpo del hijo de Clito, que cayó en la pelea junto a las naves que los aqueos no lo despojen de las armas.

9 Dichas estas palabras, arrojó a Ayante la luciente pica y erró el tiro; pero, en bio, hirió a Licofrón de Citera, hijo de Mástor y escudero de Ayante, en cuyo palacio a desde que en aquella ciudad mató a un hombre: el agudo bronce penetró en la eza por encima de una oreja; y el guerrero, que se hallaba junto a Ayante, cayó de Idas desde la nave al polvo de la tierra, y sus miembros quedaron sin vigor. emecióse Ayante, y dijo a su hermano:

¡Querido Teucro! Nos han muerto al Mastórida, el compañero fiel a quien rábamos en el palacio como a nuestros padres, desde que vino de Citera. El ánimo Héctor le quitó la vida. Pero ¿dónde tienes las mortíferas flechas y el arco to dio Febo Apolo?

2 Así dijo. Oyóle Teucro y acudió corriendo, con el flexible arco y el carcaj lleno de has; y una vez a su lado, comenzó a disparar saetas contra los troyanos. E hirió a o, preclaro hijo de Pisénor y compañero del ilustre Polidamante Pantoida, que con las das en la mano dirigía los corceles adonde más falanges en montón confuso se aban, para congraciarse con Héctor y los troyanos; pero pronto ocurrióle la desgracia, ue nadie, por más que lo deseara, pudo librarle: la dolorosa flecha se le clavó en el lo por detrás; el guerrero cayó del carro, y los corceles retrocedieron arrastrando con épito el carro vacío. Al notarlo Polidamante, su dueño, se adelantó y los detuvo; ególos a Astínoo, hijo de Protiaón, con el encargo de que los tuviera cerca, y se mezde nuevo con los combatientes delanteros.

8 Teucro sacó otra flecha para tirarla a Héctor, armado de bronce; y, si hubiese seguido herirlo y quitarle la vida mientras peleaba valerosamente, con ello diera final bate que junto a las naves aqueas se sostenía. Mas no dejó de advertirlo en su te el pródigo Zeus, y salvó la vida a Héctor, a la vez que privaba de gloria a Teucro monio, rompiéndole a éste la cuerda del magnífico arco cuando to tendía: la flecha, el bronce hacía ponderosa, torció su camino, y el arco cayó de las manos del rero. Estremecióse Teucro, y dijo a su hermano:

Oh dioses! Alguna deidad que quiere frustrar nuestros medios de combate me ó el arco de la mano y rompió la cuerda recién torcida, que até esta mañana para que era despedir, sin romperse, multitud de flechas.

1 Respondióle el gran Ayante Telamonio:

¡Oh amigo! Deja quieto el arco con las abundantes flechas, ya que un dios lo ilizó por odio a los dánaos; toma una larga pica y un escudo que cubra tus hombros, a contra los troyanos y anima a la tropa. Que aun siendo vencedores, no tome n sin ajo las naves de muchos bancos. Sólo en combatir pensemos.

8 Así dijo. Teucro dejó el arco en la tienda, colgó de sus hombros un escudo formado cuatro pieles, cubrió la robusta cabeza con un labrado casco, cuyo penacho de crines caballo ondeaba

terriblemente en la cimera, asió una fuerte lanza de aguzada ncínea punta, salió y volvió corriendo al lado de Ayante.

4 Héctor, al ver que las saetas de Teucro quedaban inútiles, exhortó a los troyanos y s licios, gritando recio:

¡Troyanos, licios, dárdanos, que cuerpo a cuerpo combatís! Sed hombres, amigos, ostrad vuestro impetuoso valor junto a las cóncavas naves; pues acabo de ver con mis que Zeus ha dejado inútiles las flechas de un eximio guerrero. El influjo de Zeus lo nocen fácilmente así los que del dios reciben excelsa gloria, como aquéllos a quienes e y no quiere socorrer: ahora debilita el valor de los argivos y nos favorece a otros. Combatid juntos cerca de los bajeles; y quien sea herido mortalmente, de cerca lejos, cumpliéndose su destino, muera; que será honroso para él morir combatiendo la patria, y su esposa a hijos se verán salvos, y su casa y hacienda no padecerán oscabo, si los aqueos regresan en las naves a su patria tierra.

0 Así diciendo les excitó a todos el valor y la fuerza. Ayante, a su vez, exhortó mismo a sus compañeros:

¡Qué vergüenza, argivos! Ya llegó el momento de mo rir o de salvarse rechazando as naves a los troyanos. ¿Esperáis acaso volver a pie a la patria tierra, si Héctor, el de molante casco, toma los bajeles? ¿No oís cómo anima a todos los suyos y desea mar las naves? No les manda que vayan a un baile, sino que peleen. No hay mejor samiento o consejo para nosotros que éste: combatir cuerpo a cuerpo y valerosamente el enemigo. Es preferible morir de una vez o asegurar la vida, a dejarse matar atina a infructuosamente en la terrible contienda, junto a las naves, por guerreros que son inferiores.

4 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Héctor mató a uedio, hijo de Perimedes y caudillo de los focios; Ayante quitó la vida a Laodamante, ilustre de Anténor, que mandaba los peones, y Polidamante acabó con Oto de Cilene, pañero del Filida y jefe de los magnánimos epeos. Meges, al verlo, arremetió con la a a Polidamante; pero éste hurtó el cuerpo -Apolo no quiso que el hijo de Pántoo umbiera entre los combatientes delanteros-, y aquél hirió en medio del pecho a smo, que cayó con estrépito, y el aqueo le despojó de la armadura que cubría sus bros. En tanto, Dólope Lampétida, hábil en manejar la lanza (*Lampo Laomedontiada a engendrado este hijo bonísimo, que estuvo dotado de impetuoso valor*), se lanzó ra el Filida y, acometiéndole de cerca, dióle un bote en el centro del escudo; pero el da se salvó, gracias a una fuerte coraza que protegía su cuerpo, la cual había sido lada en otro tiempo a Fileo en Éfira, a orillas del río Seleente, por su huésped el rey

, para que en la guerra le defendiera de los enemigos, y entonces libró de la muersu hijo Meges. Éste, a su vez, dio una lanzada a Dólope en la parte inferior de la era del bronceíneo casco, adornado con crines de caballo, rompióla y derribó en el o el penacho recién teñido de vistosa púrpura. Y mientras Dólope seguía batiendo con la esperanza de vencer, el belicoso Menelao fue a ayudar a Meges; y, éndose a su lado sin ser visto, clavó la lanza en la espalda de aquél: la punta etuosa salió por el pecho, y el guerrero cayó de cara. Ambos caudillos corrieron

a arle la bronceína armadura de los hombros; y Héctor exhortaba a todos sus deudos a epaba especialmente al esforzado Melanipo Hicetaónida; el cual, antes de presentarse enemigos, apacentaba flexipedes bueyes en Percote, y, cuando llegaron los dánaos en encorvadas naves, fuese a llio, sobresalió entre los troyanos y habitó el palacio de mo, que le honraba como a sus hijos. A Melanipo, pues, le reprendía Héctor, endo:

3 ¿Seremos tan indolentes, Melanipo? ¿No te conmueve el corazón la muerte del mo? ¿No ves cómo tratan de llevarse las armas de Dólope? Sígueme; que ya es esario combatir de cerca con los argivos, hasta que los destruyamos o arruinen e llos la elsa llio desde su cumbre y maten a los ciudadanos.

9 Habiendo hablado así, echó a andar, y siguióle el varón, que parecía un dios. A su el gran Ayante Telamonio exhortó a los argivos:

¡Oh amigos! ¡Sed hombres, mostrad que tenéis un corazón pundonoroso, y gonzao de parecer cobardes en el duro combate! De los que sienten este temor, son los que se salvan que los que mueren; los que huyen no alcanzan gloria ni socorro 5 Así dijo; y ellos, que ya antes deseaban derrotar al enemigo, pusieron en su corazón ellas palabras y cercaron las naves con un muro de bronce. Zeus incitaba a los troyacontra los aqueos. Y Menelao, valiente en la pelea, exhortó a Antíloco:

¡Antíloco! Ningún aqueo de los presentes es más joven que tú, ni más ligero de , ni tan fuerte en el combate. Si arremetieses a los troyanos a hirieras a alguno... 2 Así dijo, y alejose de nuevo. Antíloco, animado, saltó más a lla de los batientes delanteros; y, revolviendo el rostro a todas partes, arrojó la luciente lanza. verlo, huyeron los troyanos. No fue vano el tiro, pues hirió en el pecho, cerca de la la, a Melanipo, animoso hijo de Hicetaón, que acababa de entrar en combate: el ano cayó con estrépito, y la obscuridad cubrió sus ojos. Como el perro se abalanza al ato herido por una flecha que al saltar de la madriguera le tira un cazador, dejándole vigor los miembros, así el belicoso Antíloco se arrojó sobre ti, oh Melanipo, para arte la armadura. Mas no pasó inadvertido para el divino Héctor; el cual, corriendo el campo de batalla, fue al encuentro de Antíloco; y éste, aunque era luchador brioso, ó sin esperarle, parecido a la fiera que causa algún daño, como matar a un perro o a pastor junto a sus bueyes, y huye antes que se reúnan muchos hombres; así huyó el tórda; y sobre él, los troyanos y Héctor, promoviendo inmenso alboroto hacían llover rosos tiros. Y Antíloco, tan pronto como llegó a juntarse con sus compañeros, se dey volvió la cara al enemigo.

2 Los troyanos, semejantes a carniceros leones, asaltaban las naves y cumplían los gnios de Zeus, el cual les infundía continuamente gran valor y les excitaba a batir, y al propio tiempo abatía el ánimo de los argivos, privándoles de la gloria del nfo, porque deseaba en su corazón dar gloria a Héctor Priámda, a fin de que éste jase el abrasador y voraz fuego en las corvas naves, y se efectuara de todo en todo la sta súplica de Tetis. El pródigo Zeus sólo aguardaba ver con sus ojos el resplandor de nave incendiada, pues desde aquel instante haría que los troyanos fuesen perseguidos de las naves y dana gloria a los dánaos. Pensando en tales cosas, el dios incitaba a tor

Priámda, ya de por sí muy enardecido, a encaminarse hacia las cóncavas naves. mo se enfurece Ares blandiendo la lanza, o se embravece el pernicioso fuego en la sura de poblada selva, así se enfurecía Héctor: su boca estaba cubierta de espuma, los le centelleaban debajo de las torvas cejas y el casco se agitaba terriblemente en sus es mientras peleaba. Y desde el éter Zeus protegía únicamente a Héctor, entre tantos bres, y le daba honor y gloria; porque el héroe debía vivir poco, y ya Palas Atenea suraba la llegada del día fatal en que había de sucumbir a manos del Pelida. Héctor aba romper las filas de los combatientes, y probaba por donde veía mayor turba y ores armas; mas, aunque ponía gran empeño, no pudo conseguirlo, porque los dánaos, uestos en columna cerrada, hicieron frente al enemigo. Cual un peñasco escarpado y de, que en la ribera del espumoso mar resiste el ímpetu de los sonoros vientos y de ngentes olas que a11í se rompen, así los dánaos aguardaban a pie firme a los troyanos huían. Y Héctor, resplandeciente como el fuego, saltó al centro de la turba como la mpetuosa levantada por el viento cae desde to alto sobre la ligera nave, llenándola de uma, mientras el sopro terrible del huracán brama en las velas y los marineros tiemamedrentados porque se hallan muy cerca de la muerte, de tal modo vacilaba el mo en el pecho de los aqueos. Como dañino león acomete un rebaño de muchas vacas pacen a orillas de extenso lago y son guardadas por un pastor que, no sabiendo luchar las fieras para evitar la muerte de alguna vaca de retorcidos cuernos, va siempre con primeras o con las últimas reses; y el león salta al centro, devora una vaca y las demás en espantadas, así los aqueos todos fueron puestos en fuga por Héctor y el padre s, pero Héctor mató a uno solo, a Perifetes de Micenas, hijo de aquel Copreo que aba los mensajes del rey Euristeo al fornido Heracles. De este padre oscuro nació tal que superándole en toda clase de virtudes, en la carrera y en el combate, campeó por alento entre los primeros ciudadanos de Micenas y entonces dio a Héctor gloria elsa. Pues al volverse tropezó con el borde del escudo que le cubría de pies a cabeza y llevaba para defenderse de los tiros, y, enredándose con él, cayó de espaldas, y el o resonó de un modo horrible en torno de las sienes. Héctor to advirtió en seguida, dió corriendo, metió la pica en el pecho de Perifetes y le mató cerca de sus mismos pañeros que, aunque afligidos, no pudieron socorrerle, pues temían mucho al divino 3 Por fin llegaron a las naves. Defendíanse los argivos detrás de las que se habían do primero a la playa, y los troyanos fueron a perseguirlos: Aquéllos, al verse gados a retirarse de las primeras naves, se colocaron apiñados cerca de las tiendas, sin ersarse por el ejército porque la vergüenza y el temor se to impedían, y mutua a santemente se exhortaban. Y especialmente Néstor, protéctor de los aqueos, dirigíase los guerreros, y en nombre de sus padres así les suplicaba:

¡Oh amigos! Sed hombres y mostrad que tenéis un corazón pundonoroso delante os demás varones. Acordaos de los hijos, de las esposas, de los bienes, y de los pa, vivan aún o hayan fallecido. En nombre de estos ausentes os suplico que resistáis emente y no os entreguéis a la fuga.

7 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Entonces Atenea les quitó os ojos la densa y divina nube que los cubría, y apareció la luz por ambos lados, en naves y en la lid

sostenida por los dos ejércitos con igual tesón. Vieron a Héctor, ente en la pelea, y a sus propios compañeros, así a cuantos estaban detrás de los les y no combatían, como a los que junto a las veleras naves daban batalla al migo.

4 No le era grato al corazón del magnánimo Ayante permanecer donde los demás eos se habían retirado; y el héroe, andando a paso largo, iba de nave en nave llevando a mano una gran percha de combate naval que medía veintidós codos y estaba rzada con clavos. Como un diestro cabalgador escoge cuatro caballos entre muchos, guía desde la llanura a la gran ciudad por la carretera, muchos hombres y mujeres le iran, y él salta continuamente y con seguridad del uno al otro, mientras los corceles an; así Ayante, andando a paso seguido, recorría las cubiertas de muchas naves y su llegaba al éter. Sin cesar daba horribles gritos, para exhortar a los dánaos a defender es y tiendas. Tampoco Héctor permanecía en la turba de los troyanos, armados de tes corazas: como el águila negra se echa sobre una bandada de alígeras aver - gansos, las o cisnes cuellilargos- que están comiendo a orillas de un río; así Héctor corría en chura a una nave de negra proa, empujado por la mano poderosa de Zeus, y el dios aba también a la tropa para que le acompañara.

6 De nuevo se trabó un reñido combate al pie de los bajeles. Hubieras dicho que, sin r cansado ni fatigados, comenzaban entonces a pe lear. ¡Con tal desnudo luchaban! He cuáles eran sus respectivos pensamientos: los aqueos no creían escapar de aquel stre, sino perecer; los troyanos esperaban en su corazón incendiar las naves y matar a roes aqueos. Y con estas ideas asaltábanse unos a otros.

4 Héctor llegó a tocar la popa de una nave surcadora del ponto, bella y de curso do; aquélla en que Protesilao llegó a Troya y que luego no había de llevarle otra vez atria tierra. Por esta nave se mataban los aqueos y los troyanos: sin aguardar desde s los tiros de flechas y dardos, combatían de cerca y con igual ánimo, valiéndose de das hachas, segures, grandes espadas y lanzas de doble filo. Muchas hermosas dagas, obscuro recazo, provistas de mango, cayeron al suelo, ya de las manos, ya de los bros de los combatientes; y la negra tierra manaba sangre. Héctor, desde que cogió la a, no la soltaba y, teniendo entre sus manor la parte superior de la misma, animaba a royanos:

¡Traed fuego, y todos apiñados, trabad la batalla! Zeus nos concede un día que lo pensa todo, pues vamos a tomar las naves que vinieron contra la voluntad de los es y nos han ocasionado muchas calamidades por la cobardía de los viejos, que no me ban pelear cerca de aquéllas y detenían al ejército. Mas, si entonces el largovidente s ofuscaba nuestra razón, ahora él mismo nos impele y anima.

6 Así dijo; y ellos acometieron con mayor ímpetu a los argivos. Ayante ya no stió, porque estaba abrumado por los tiros: temiendo morir, dejó la cubierta, ocedió hasta un banco de remeros que tenía siete pies, púsose a vigilar, y con la pica taba del navío a cuantos llevaban el voraz fuego, en tanto que exhortaba a los dánaos espantosos gritos:

¡Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Sed hombres y mostrad vuestro etuoso valor. ¿Creéis, por ventura, que hay a nuestra espalda otros defensores o un o más sólido que libre a los hombres de la muerte? Cerca de aquí no existe ciudad na defendida con torres, en la que halleemos refugio y cuyo pueblo nos dé auxilio para nzar ulterior victoria; sino que nor hallamos en la llanura de los troyanos, de fuertes zas, a orillas del mar y lejos de la patria tierra. La salvación, por consiguiente, está en puños; no en ser flojos en la pelea.

2 Dijo, y acometió furioso con la aguda lanza. Y cuantos troyanos, movidos por las taciones de Héctor, quisieron llevar ardiente fuego a las cóncavas naves, a todos los ó Ayante con su larga pica. Doce fueron los que hirió de cerca, delante de los bajeles.

## Canto xvi\*



Patroclea

Al advertirlo, Patroclo suplica a Aquiles que rechace al enemigo; y, no consiguiéndolo, le ruega que, r lo menos, le preste sus armas y le permita ponerse al frente de los mirmídones para ahuyentar a los yanos. Accede Aquiles, y le recomienda que se vuelva atrás cuando los haya echado de las naves, pues no no le tiene reservada la gloria de apoderarse de Troya. Mas Patroclo, enardecido por sus zañas, entreellas la de dar muerte a Sarpedón, hijo de Zeus, persigue a los troyanos por la llanura hasta e Apolo le desata la coraza. Euforbo lo hiere y Héctor lo mata.

Así peleaban por la nave de muchos bancos. Patroclo se presentó a Aquiles, pastor de bres, derramando ardientes lágrimas como fuente profunda que vierte sus aguas soms por escarpada roca. Tan pronto como le vio el divino Aquiles, el de los pies ligeros, padeciósse de él y le dijo estas aladas palabras:

¿Por qué lloras, Patroclo, como una niña que va con su madre y deseando que la e en brazos, la tira del vestido, la detiene a pesar de que lleva prisa, y la mira con ojos osos para que la levante del suelo? Como ella, oh Patrocio, derramas tiernas lágrimas. enes a participarnos algo a los mirmídones o a mí mismo? ¿Supiste tú solo alguna cia de Ftía? Dicen que Menecio, hijo de Áctor, existe aún; vive también Peleo Eácida e los mirmídones, y es la muerte dé aquél o de éste to que más nos podría afligir. ¿O as quizás porque los argivos parecen, cerca de las cóncavas naves, por la injusticia cometieron? Habla, no me ocultes lo que piensas, para que ambos lo sepamos. Dando profundos suspiros, respondiste así, caballero Patroclo:

¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de los aqueos! No te irrites, porque es grande el pesar que los abruma. Los que antes eran los más fuertes, heridos unos de a y otros de lejos, yacen en las naves -con arma arrojadiza fue herido el poderoso medes Tidida; con la pica Ulises, famoso por su lanza, y Agamenón; a Eurípilo háronle en el muslo-, y los médicos, que conocen muchas drogas, ocúpanse en rles las heridas. Tú, Aquiles, eres implacable. jamás se apodere de mí rencor como el guardas! ¡Oh tú, que tan mal empleas el valor! ¿A quién podrás ser útil más tarde, si a no salvas a los argivos de muerte indigna? ¡Despiadado! No fue tu padre el jinete o, ni Tetis tu madre; el glauco mar o las escarpadas rocas debieron de engendrarte, que tu espíritu es cruel. Si te abstienes de combatir por algún vaticinio que tu eranda madre, enterada por Zeus, te haya revelado, envíame a mí con los demás midones, por si llego a ser la aurora de la salvación de los dánaos; y permite que cubra hombros con tu armadura para que los troyanos me confundan contigo y cesen de ar, los belicosos dánaos que tan abatidos están se reanimen y la

batalla tenga su uia, aunque sea por breve tiempo. Nosotros, que no nos hallamos extenuados de ga, rechazaríamos fácilmente de las naves y de las tiendas hacia la ciudad a esos bres que de pelear están cansados.

Así le suplicó el muy insensato; y con ello llamaba a la terrible muerte y a la parca. iles, el de los pies ligeros, le contestó muy indignado:

¡Ay de mí, Patroclo, del linaje de Zeus, qué dijiste! No me abstengo por ningún cinio que sepa y tampoco la veneranda madre me dijo nada de parte de Zeus, sino que me oprime el corazón y el alma cuando un hombre, porque tiene más poder, quiere ar a su igual de lo que le corresponde y le quita la recompensa. Tal es el gran pesar go, a causa de las contrariedades que mi ánimo ha padecido. La joven que los eos me adjudicaron como recompensa y que había conquistado con mi lanza, al tomar bien murada ciudad, el rey Agamenón Atrida me la quitó como si yo fuera un erable advenedizo. Mas dejemos lo pasado, no es posible guardar siempre la tra en el zón, aunque había resuelto no deponer la cólera hasta que la gritería y el combate aran a mis bajeles. Cubre tus hombros con mi magnífica armadura, ponte al frente de belicosos mirmidones y llévalos a la pelea; pues negra nube de troyanos cerca ya las es con gran ímpetu, y los argivos, acorralados en la orilla del mar, sólo disponen de orto espacio. Toda la ciudad de los troyanos ha comparecido confiadamente, porque ven mi reluciente casco. Pronto huirían llenando de muertos los fosos, si el rey menón fuera justo conmigo; mientras que ahora combaten alrededor de nuestro cito. Ya la mano de Diomedes Tidida no blande furiosamente la lanza para librar a los aos de la muerte, ni he oído un solo grito que viniera de la odiosa cabeza del Atrida: resuena la voz de Héctor, matador de hombres, animando a los troyanos, que con eno ocupan toda la llanura y vencen en la batalla a los aqueos. Pero tú, Patroclo, ate impetuosamente sobre ellos y aparta de las naves esa peste; no sea que, pegando ente fuego a los bajeles, nos priven de la deseada vuelta. Haz cuanto te voy a decir, que me procures mucha honra y gloria ante todos los dánaos, y éstos me devuelvan muy hermosa joven y me hagan además espléndidos regalos. Tan luego como los es de las naves, vuelve atrás; y, aunque el tonante esposo de Hera te dé gloria, no ras luchar sin mí contra los belicosos troyanos, pues contribuirías a mi deshonra. Y poco, estimulado por el combate y la pelea, te encamines, matando enemigos, a Ilio; ea que alguno de los sempiternos dioses baje del Olimpo, pues a los troyanos los re mucho Apolo, el que hiere de lejos. Retrocede tan pronto como hayas hecho brillar z de la salvación en las naves, y deja que se siga peleando en la llanura. Ojalá, ¡padre s, Atenea, Apolo!, ninguno de los troyanos ni de los argivos escape de la muerte, y libremos de ella nosotros dos, para que podamos derribar las almenas sagradas de

1 Así éstos conversaban. Ayante ya no resistía: vencíanle el poder de Zeus y los mosos troyanos que le arrojaban dardos; su refulgence casco resonaba de un modo ible en torno de las sienes, golpeado continuamente en las hermosas abolladuras; y el e tenía cansado el hombro derecho de sostener con firmeza el versátil escudo, pero ograbán hacerle mover de su sitio por más tiros que le enderezaban. Ayante estaba mado por continuo y fatigoso jadeo, abundance

sudor manaba de todos sus miembros enas podía respirar: por todas partes a una desgracia sucedía otra.

2 Decidme, Musas, que poseéis olímpicos palacios, cómo por vez primera cayó el o en las naves aqueas.

4 Héctor, que se hallaba cerca de Ayante, le dio con la gran espada un golpe en la de fresno y se la quebró por la juntura del asta con el hierro. Quiso Ayante blandir la da pica, y la bronceína punta cayó a to lejos con gran ruido. Entonces el eximio nte reconoció en su espíritu irreprochable la intervención de los dioses, estremeciéndose que Zeus altitonante les frustraba todos los medios de combate y quería dar la victoria s troyanos, y se puso fuera del alcance de los tiros. Los troyanos arrojaron voraz o a la velera nave, y pronto se extendió por la misma una llama inextinguible. Así el fuego rodeó la popa, Aquiles, golpeándose el muslo, dijo a Patroclo:

¡Sus, Patroclo, del linaje de Zeus, hábil jinete! Ya veo en las naves la impetuosa a del fuego destructor: no sea que se apoderen de ellas, y ni medios para huir tenos. Apresúrate a vestir las armas, y yo entre tanto reuniré la gente.

Así dijo, y Patroclo vistió la armadura de luciente bronce: púsose en las piernas antes grebas, ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza labrada, lgente, del Eácida, de pies ligeros; colgó al hombro una espada de bronce, guarnecida rgénteos clavos; embrazó el grande y fuerte escudo; cubrió la fuerte cabeza con un moso casco, cuyo penacho, de crines de caballo, ondeaba terriblemente en la cimera, y dos lanzas fuertes que su mano pudiera blandir. Solamente dejó la lanza pesada, de y fornida del eximio Eácida, porque Aquiles era el único aqueo capaz de ejarla: había sido cortada de un fresno de la cumbre del Pelio y regalada por Quirón adre de Aquiles, para que con ella matara héroes. Luego, Patroclo mandó a omedonte - el amigo a quien más honraba después de Aquiles, destructor de hombres. más fiel en resistir a su lado la acometida del enemigo en las batallas- que anchara en seguida los caballos. Automedonte unció debajo del yugo a Janto y Balio, eles ligeros que volaban como el viento y tenían por madre a la harpía Podarga, la , paciendo en una pradera junto a la corriente del Océano, los concibió del Céfiro. Y ellos puso al excelente Pédaso, que Aquiles se llevó de la ciudad de Etión cuando la ó; corcel que, no obstante su condición de mortal, seguía a los caballos inmortales. 5 Aquiles, recorriendo las tiendas, hacía tomar las armas a todos los mirmidones. mo carniceros lobos dotados de una fuerza inmensa despedazan en el monte un grande ígero ciervo que han matado y sus mandíbulas aparecen rojas de sangre, luego van en el a lamer con las tenues lenguas el agua de un profundo manantial, eructando por la gre que han bebido, y su vientre se dilata, pero el ánimo permanece intrépido en el ho, de igual manera los jefes y príncipes de los mirmidones se reunían presurosos dedor del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Y en medio de todos el coso Aquiles animaba así a los que combatían en carros, como a los peones armados cudos.

8 Cincuenta fueron las veleras naves en que Aquiles, caro a Zeus, condujo a Illo sus as; en cada una embarcáronse cincuenta hombres; y el héroe nombró cinco jefes para los rigieran,

reservándose el mando supremo. Del primer cuerpo era caudillo nestio, el de labrada coraza, hijo del río Esperqueo, que las celestiales lluvias entan: habíale dado a luz la bella Polidora, hija de Peleo, que siendo mujer se acostó una deidad, con el infatigable Esperqueo; aunque se creyera que to había tenido de o, hijo de Perieres, el cual se desposó públicamente con ella y le constituyó una gran

Mandaba la segunda sección el belicoso Eudoro, nacido de una soltera, de la mosa Polimela, hija de Filante; de la cual enamoróse el poderoso Argicida al verla con ojos entre las que danzaban al son del canto en un coro de Artemis, la diosa que lleva de oro y ama el bullicio de la caza; el benéfico Hermes subió en seguida al aposento a joven, uniéronse clandestinamente y ella le dio un hijo ilustre, Eudoro, ligero en el er y belicoso. Cuando Ilitfa, que preside los partos, sacó a luz al infante y éste vio los s del sol, el fuerte Equecles Actórida la tomó por esposa, constituyéndole una gran , y el anciano Filante crió y educó al niño con tanto amor como si hubiera sido hijo

Estaba al frente de la tercera división el belicoso Pisandro Memálida, que, después compañero del Pelión, era entre todos los mirmidones quien descollaba más en comr con la lanza.- La cuarta línea estaba a las órdenes de Fénix, aguijador de caballos; y uinta tenía por jefe al eximio Alcimedonte, hijo de Laerces. Cuando Aquiles los hubo sto a todos en orden de batalla con sus respectivos capitanes, les dijo con voz pujante:

¡Mirmidones! Ninguno de vosotros olvide las amenazas que en las veleras naves gíais a los troyanos mientras duró mi cólera, ni las acusaciones con que todos me minabais: «¡Inflexible hijo de Peleo! Sin duda tu madre te nutrió con hiel. spiadado, pues retienes a tus compañeros en las naves contra su voluntad! barquémonos en las naves surcadoras del ponto y volvamos a la patria, ya que la ra funesta anidó de tal suerte en to corazón.» Así acostumbrabais hablarme cuando os fais. Pues a la vista tenéis la gran empresa del combate que tanto habéis anhelado. Y a cada uno pelee con valeroso corazón contra los troyanos.

O Así diciendo, les excitó a todos el valor y la fuerza; y ellos, al oír a su rey, cerraron las filas. Como el obrero junta grandes piedras al construir la pared de una elevada , para que resista el ímpetu de los vientos, así, tan unidos, estaban los cascos y los lonados escudos: la rodela se apoyaba en la rodela, el yelmo en el yelmo, cada bre en su vecino, y los penachos de crines de caballo y los lucientes conos de los os se juntaban cuando alguien inclinaba la cabeza. ¡Tan apretadas eran las filas! Dee de todos se pusieron dos hombres armados, Patroclo y Automedonte; los cuales an igual ánimo y deseaban combatir al frente de los mirmidones. Aquiles entró en su da y alzó la tapa de un arca hermosa y labrada que Tetis, la de argentados pies, había sto en la nave del héroe después de llenarla de túnicas y mantos, que le abrigasen ra el viento, y de afelpados cobertores. A11f tenía una copa de primorosa labor que saba nadie para beber el negro vino ni para ofrecer libaciones a otro dios que al padre s. Sacóla del arca, y, purificándola primero con azufre, la limpió con agua cristalina; continuo lavóse las manos,

llenó la copa, y, puesto en medio del recinto con los ojos ntados al cielo, libó el negro vino y oró a Zeus, que se complace en lanzar rayos, sin al dios le pasara inadvertido:

¡Zeus soberano, Dodoneo, Pelásgico, que vives lejos y reinas en Dodona, de frío erno, donde moran los selos, tus intérpretes, que no se lavan los pies y duermen en el o! Escuchaste mis palabras cuando to invoqué, y para honrarme oprimiste duramente ueblo aqueo. Pues también ahora cúpleme este voto: Yo me quedo donde están reus las naves y mando al combate a mi compañero con muchos mirmidones: haz que le la victoria, largovidente Zeus, a infúndele valor en el corazón para que Héctor vea si escudero sabe pelear solo, o si sus manos invictas únicamente se mueven con furia ndo va conmigo a la contienda de Ares. Y cuando haya apartado de los bajeles la ería y la pelea, vuelva incólume con todas las armas y con los compañeros que de a combaten.

9 Así dijo rogando. El pródigo Zeus le oyó; y de las dos cosas el padre le otorgó una: cedióle que apartase de las naves el combate y la pelea, y nególe que volviera ileso de atalla. Hecha la libación y la rogativa al padre Zeus, entró Aquiles en la tienda, dejó la a en el arca y apareció otra vez delante de la tienda, porque deseaba en su corazón enciar la terrible lucha de troyanos y aqueos.

7 Los mirmidones seguían con armas y en buen orden al magnánimo Patroclo, hasta alcanzaron a los troyanos y les arremetieron con grandes bríos, esparciéndose como avispas que moran en el camino, cuando los muchachos, siguiendo su costumbre de estarlas, las irritan y consiguen con su imprudencia que dañen a buen número de peras, pues, si algún caminante pasa por a11í y sin querer las mueve, vuelan y defienden ánimo valeroso a sus hijuelos; con un corazón y ánimo semejantes, se esparcieron los midones desde las naves, y levantóse una gritería inmensa. Y Patroclo exhortaba a sus pañeros, diciendo con voz recia:

¡Mirmidones compañeros del Pelida Aquiles! Sed hombres, amigos, y mostrad stro impetuoso valor para que honremos al Pelida, que es el más valiente de cuantos vos hay en las naves, como to son también sus guerreros, que de cerca combaten; y ozca el poderoso Atrida Agamenón la falta que cometió no honrando al mejor de los 3 Con estas palabras les excitó a todos el valor y la fuerza. Los mirmidones cayeron ados sobre los troyanos y en las naves resonaron de un modo horrible los gritos de aqueos.

8 Cuando los troyanos vieron al esforzado hijo de Menecio y a su escudero, ambos lucientes armaduras, a todos se les conturbó el ánimo y sus falanges se agitaron.

banse que, junto a las naves, el Pelida, ligero de pies, había renunciado a su cólera bía preferido volver a la amistad. Y cada uno miraba adónde podría huir para librarse na muerte terrible.

4 Patroclo fue el primero que tiró la reluciente lanza en medio de la pelea, a11í donde hombres se agitaban en confuso montón, junto a la nave del magnánimo Protesilao; e ó a Pirecmes, que había conducido desde Amidón, sita en la ribera del Axio de ancha iente, a los peonios, que combatían en carros: la lanza se clavó en el hombro derecho; uerrero, dando un

gemido, cayó de espaldas en el polvo, y los peonios compañeros os huyeron, porque Patroclo les infundió pavor al matar a su jefe, que tanto sobresalía al combate. De este modo Patroclo echó de los bajeles y apagó el ardiente fuego. Aves quedó allí medio quemada, los troyanos huyeron con gran alboroto, los dánaos se rieron por las cóncavas naves, y se produjo un gran tumulto. Como cuando Zeus minador quita una espesa nube de la elevada cumbre de una gran montaña y aparecen los promontorios y las cimas y valles, porque en el cielo se ha abierto la vasta ón etérea; así los dánaos respiraron un poco después de librar a las naves del fuego ructor; pero no por eso hubo tregua en el combate. Pues los troyanos no huían a era abierta desde las negras naves, perseguidos por los belicosos aqueos; sino que aún están, y sólo cediendo a la necesidad se retiraban de las naves.

6 Entonces, ya extendida la batalla, cada jefe mató a un hombre. El esforzado hijo de necio, el primero, hirió con la aguda lanza a Areílco, que había vuelto la espalda para : el bronce atravesó el muslo y rompió el hueso, y el troyano dio de ojos en el suelo. Elicoso Menelao hirió a Toante en el pecho, donde éste quedaba sin defensa al lado escudo, y dejó sin vigor sus miembros. El Filida, observando que Anficlo iba a meterlo, se le adelantó y logró envasarle la pica en la parte superior de la pierna, de más grueso es el músculo: la punta desgarró los nervios, y la obscuridad cubrió los del guerrero. De los Nestóridas, Antíloco traspasó con la bronceína lanza a Atimnio, ándosela en el ijar, y el troyano cayó a sus pies; el hermano de Atimnio, Maris, adorado por tal muerte, se puso delante del cadáver y arremetió con la lanza a Antíloco; y nces el otro Nestórida, Trasimedes, igual a un dios, le previno y antes que Maris pua herir a Antíloco le acertó él en la espalda: la punta desgarró el tendón de la parte erior del brazo y rompió el hueso; el guerrero cayó con estrépito, y la obscuridad ió sus ojos. De tal suerte, estos dos esforzados compañeros de Sarpedón, hábiles doctores, a hijos de Amisodaro, el que alimentó a la indomable Quimera, causa de males muchos hombres, fueron vencidos por los dos hermanos y descendieron al Érebo.- nte Oilfada acometió y cogió vivo a Cleobulo, atropellado por la turba, y le quitó la , hiriéndole en el cuello con la espada provista de empuñadura: la hoja entera se ntó con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del guerrero.- éleo y Licón fueron a encontrarse, y, habiendo arrojado sus lanzas en vano, pues os erraron el tiro, se acometieron con las espadas: Licaón dio a su enemigo un tajo en mera del casco, que adornaban crines de caballo; pero la espada se le rompió junto a mpuñadura; Penéleo hundió la suya en el cuello de Licón, debajo de la oreja, y se lo ó por entero: la cabeza cayó a un lado, sostenida tan sólo por la piel, y los miembros ieron su vigor.- Meriones dio alcance con sus ligeros pies a Acamante, cuando subía arro, y le hirió en el hombro derecho: el troyano cayó en tierra, y las tinieblas ieron sus ojos.- A Erimante metióle Idomeneo el cruel bronce por la boca: la lanza vesó la cabeza por debajo del cerebro, rompió los blancos huesos y conmovió los tes; los ojos llenáronse con la sangre que fluía de las narices y de la boca abierta, y la rte, cual si fuese oscura nube, envolvió al guerrero.

1 Cada uno de estos caudillos dánaos mató, pues, a un hombre. Como los voraces s acometen a corderos o cabritos, arrebatándolos de un hato que se dispersa en el te por la impericia del pastor, pues así que aquéllos los ven se los llevan y pedazan por tener los últimos un corazón tímido; así los dánaos cargaban sobre los anos, y éstos, pensando en la fuga horrrisona, olvidábanse de su impetuoso valor. 8 El gran Ayante deseaba constantemente arrojar su lanza a Héctor, armado de nce; pero el héroe, que era muy experto en la guerra, cubriendo sus anchos hombros un escudo de pieles de toro, estaba atento al silbo de las flechas y al ruido de los os. Bien conocía que la victoria se inclinaba del lado de los enemigos, pero resistía y procuraba salvar a sus compañeros queridos.

4 Como se va extendiendo una nube desde el Olimpo al cielo, después de un día no, cuando Zeus prepara una tempestad, así los troyanos huyeron de las naves, dando os, y ya no fue con orden como repasaron el foso. A Héctor le sacaron de a11í, con armas, los corceles de ligeros pies; y el héroe desamparó la turba de los troyanos, a nes detenía, mal de su grado, el profundo foso. Muchos veloces corceles, rompiendo carros de los caudillos por el extremo del timón, a11í los dejaron.- Patroclo iba ante, exhortando vehementemente a los dánaos y pensando en causar daño a los anos; los cuales, una vez puestos en desorden, llenaban todos los caminos huyendo gran clamoreo; la polvareda llegaba a to alto debajo de las nubes, y los solípedos allos volvían a la ciudad desde las naves y las tiendas. Patroclo, donde veía más gente pueblo desordenada, a11í se encaminaba vociferando; los guerreros ca ían de cara ajo de los ejes de sus carros, y éstos volcaban con gran estruendo. A1 llegar al foso, caballos inmortales que los dioses habían regalado a Peleo como espléndido presente alvaron de un salto, deseosos de seguir adelante; y, cuando a Patroclo el ánimo le ulsó a ir hacia Héctor para herirlo, ya los veloces corceles de éste se to habían ado. Como en el otoño descarga una tempestad sobre la negra tierra, cuando Zeus a violenta lluvia, irritado contra los hombres que en el foro dan sentencias inicuas y an a la justicia, no temiendo la venganza de los dioses; y todos los ríos salen de madre s torrentes cortan muchas colinas, braman al correr desde lo alto de las montañas al purpúreo y destruyen las labores del campo; de semejante modo corrían las yeguas anas, dando lastimeros relinchos.

4 Patroclo, cuando hubo separado de los demás enemigos a los que formaban las mas falanges, les obligó a volver hacia los bajeles, en vez de permitirles que subiesen ciudad; y, acometiéndoles entre las naves, el río y el alto muro, los mataba para gar a muchos de los suyos. Entonces envasóle a Prónoo la brillante lanza en el pecho, de éste quedaba sin defensa al lado del escudo, y le dejó sin vigor los miembros: el ano cayó con estrépito. Luego acometió a Téstor, hijo de Enope, que se hallaba ogido en el lustroso asiento y en su turbación había dejado que las riendas se le fuesen a mano: clavóle desde cerca la lanza en la mejilla derecha, se la hizo pasar por los tes y to levantó por cima del barandal. Como el pescador sentado en una roca proente saca del mar un pez enorme, valiéndose de la cuerda y del reluciente bronce, así oclo, alzando la brillante lanza, sacó del carro a Téstor con la boca abierta y le arrojó ara al suelo; el troyano, al caer, perdió la vida.- Después hirió de una pedrada en io de la cabeza a Erilao, que a acometerle

venía, y se la partió en dos dentro del casco: el troyano dio de manos en el suelo, y le envolvió la destructora muerte.- Y sivamente fue derribando en la fértil tierra a Erimante, Anfótero, Epaltes, Tlepólemo mastórida, Equio, Piris, Ifeo, Evipo y Polimelo Argéada.

9 Sarpedón, al ver que sus compañeros, de corazas sin cintura, sucumbían a manos atroclo Menecíada, increpó a los deiformes licios:

¡Qué vergüenza, oh licios! ¿Adónde huís? Sed esforzados. Yo saldré al encuentro se hombre, para saber quién es el que así vence y tantos males causa a los troyanos, s ya a muchos valientes les ha quebrado las rodillas.

6 Dijo; y saltó del carro al suelo sin dejar las armas. A su vez Patroclo, al verlo, se ó del suyo. Como dos buitres de corvas uñas y combedo pico riñen, dando chillidos, evada roca; así aquéllos se acometieron vociferando. Violos el hijo del artero no; y, compadecido, dijo a Hera, su hermana y esposa:

¡Ay de mí! La parca dispone que Sarpedón, a quien amo sobre todos los hombres, muerto por Patroclo Menecíada. Entre dos propósitos vacila en mi pecho el corazón: arrebataré vivo de la luctuosa batalla, para llevarlo al opulento pueblo de la Licia, o ré que sucumba a manos del Menecíada?

9 Respondióle Hera veneranda, la de ojos de novilla:

¡Terribilísimo Cronida, qué palabras proferiste! ¿Una vez más quieres librar de la rte horrífona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el hado condenó a morir? lo, pero no todos los dioses to to aprobaremos. Otra cosa voy a decirte, que fijarás en emoria: Piensa que, si a Sarpedón le mandas vivo a su palacio, algún otro dios querrá r a su hijo del duro combate, pues muchos hijos de los inmortales pelean en torno de an ciudad de Príamo, y harás que sus padres se enciendan en terrible ira. Pero, si Sarón te es caro y tu corazón le compadece, deja que muera a manos de Patroclo necíada en reñido combate; y cuando el alma y la vida le abandonen, ordena a la erte y ál dulce Sueño que lo lleven a la vasta Licia, para que sus hermanos y amigos le an exequias y le erijan un túmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los 8 Así dijo. El padre de los hombres y de los dioses no desobedeció, a hizo caer sobre erra sanguinolentas gotas para honrar al hijo amado, a quien Patroclo había de matar a fértil Troya, lejos de su patria.

2 Cuando ambos héroes se hallaron frente a frente, Patrocio arrojó la lanza, y tando a dar en el empeine del ilustre Trasimelo, escudero valeroso del rey Sarpedón, le sin vigor los miembros. Sarpedón acometió a su vez; y, despidiendo la reluciente a, erró el tiro; pero hirió en el hombro derecho al corcel Pédaso, que relinchó ntras perdía el vital aliento. El caballo cayó en el polvo, y el ánimo voló de su cuerpo. cejearon los otros dos corceles por separarse, crujió el yugo y enredáronse las riendas usa de que el caballo lateral yacía en el polvo. Pero Automedonte, famoso por su a, halló el remedio: desenvainando la espada de larga punta, que llevaba junto al ido muslo, cortó apresuradamente los tirantes del caballo lateral, y los otros dos se erezaron y obedecieron a las riendas. Y los héroes volvieron a acometerse con roedor

7 Entonces Sarpedón arrojó otra reluciente lanza y erró el tiro, pues aquella pasó por a del hombro izquierdo de Patroclo sin herirlo. Patroclo despidió la suya y no en bala que acertó a Sarpedón y le hirió en el tejido que al denso corazón envuelve. Cayó éroe como la encina, el álamo o el elevado pino que en el monte cortan con afiladas has los artífices para hacer un mástil de navío; así yacía aquél, tendido delante de los eles y del carro, rechinándole los dientes y cogiendo con las manos el polvo ngrentado. Como el rojizo y animoso toro, a quien devora un león que se ha entado entre los fexípedes bueyes, brama al morir entre las mandíbulas del león, así audillo de los licios escudados, herido de muerte por Patrocio, se enfurecía; y, ando al compañero, le hablaba de este modo:

¡Caro Glauco, guerrero afamado entre los hombres! Ahora debes portarte como te y audaz luchador; ahora to ha de causar placer la batalla funesta, si eres valiente. por todas partes, exhorta a los capitanes licios a que combatan en torno de Sarpedón y éndeme tú mismo con el bronce. Constantemente, todos los días, seré para ti motivo güenza y oprobio, si, sucumbiendo en el recinto de las naves, los aqueos me pojan de la armadura. ¡Pelea, pues, denodadamente y anima a todo el ejército! 2 Así dijo; y el velo de la muerte le cubrió los ojos y las narices. Patroclo, tándole el pecho con el pie, le arrancó el asta, con ella siguió el dñafagma, y salieron vez la punta de la lanza y el alma del guerrero. Y los mirmidones detuvieron los eles de Sarpedón, los cuales anhelaban y querían huir desde que quedó vacío el carro us dueños.

9 Glauco sintió hondo pesar al oír la voz de Sarpedón y se le turbó el ánimo porque podía socorrerlo. Apretóse con la mano el brazo, pues le abrumaba una herida que cro le había causado disparándole una llecha cuando él asaltaba el altó muro y el eo defendía a los suyos; y oró de esta suerte a Apolo, el que hiere de lejos:

Oyeme, oh soberano, ya te halles en el opulento pueblo de Licia, ya te encuentres Troya; pues desde cualquier lugar puedes atender al que está afligido, como lo estoy a. Tengo esta grave herida, padezco agudos dolores en el brazo y la sangre no se ; el hombro se entorpece, y me es imposible manejar firmemente la lanza y pelear los enemigos. Ha muerto un hombre fortísimo, Sarpedón, hijo de Zeus, el cual ya ni a role defiende. Cúrame, oh soberano, la grave herida, adormece mis dolores y dame aleza para que mi voz anime a los licios a combatir y yo mismo luche en defensa del

7 Así dijo rogando. Oyóle Febo Apolo y en seguida calmó los dolores, secó la negra gre de la grave herida a infundió valor en el ánimo del troyano. Glauco, al notarlo, se ó de que el gran dios hubiese escuchado su ruego. En seguida fue por todas partes y ortó a los capitanes licios para que combatieran en torno de Sarpedón. Después, eninóse a paso largo hacia los troyanos; buscó a Polidamante Pantoida, al divino nor, a Eneas y a Héctor armado de broncé; y, deteniéndose cerca de los mismos, dijo s aladas palabras:

¡Héctor! Te olvidas del todo de los aliados que por ti pierden la vida lejos de los gos y de la patria tierra, y ni socorrerles quieres. Yace en tierra Sarpedón, e l rey de los s escudados, que con su justicia y su valor gobernaba a Licia. El broncéneo Ares to matado con la lanza de Patroclo.

Oh amigos, venid a indignaos en vuestro corazón: no que los mirmidones le quiten la armadura a insulten el cadáver, irritados por la muerte os dánaos, a quienes dieron muerte nuestras picas junto a las veleras naves.

8 Así dijo. Los troyanos sintieron grande a inconsolable pena, porque Sarpedón, que forastero, era un baluarte para la ciudad; había llevado a ella a muchos hombres y a pelea los superaba a todos. Con grandes bríos dirigieronse aquéllos contra los aios, y a su frente marchaba Héctor, irritado por la muerte de Sarpedón. Y Patroclo neciada, de corazón valiente, animó a los aqueos; y dijo a los Ayantes, que ya de batir estaban deseosos:

¡Ayantes! Poned empeño en rechazar al enemigo y mostraos tan valientes como éis sido hasta aquí o más aún. Yace en tierra Sarpedón, el que primero asaltó nuestra alla. ¡Ah, si apoderándonos del cadáver pudiésemos ultrajarlo, quitarle la armadura os hombros y matar con el cruel bronce a alguno de los compañeros que lo deden!...

2 Así dijo, aunque ellos ya deseaban rechazar al enemigo. Y troyanos y licios por una e, y mirmidones y aqueos por otra, cerraron las falanges, vinieron a las manos y eizaron a pelear con horrenda gritería en torno del cadáver. Crujían las armaduras de guerreros, y Zeus cubrió con una dañosa obscuridad la refida contienda, para que prose mayor estrago el combate que por el cuerpo de su hijo se empeñaba.

9 En un principio, los troyanos rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, porque fue do un varón que no era ciertamente el más cobarde de los mirmidones: el divino Epihijo de Agacles magnánimo; el cual reinó en otro tiempo en la populosa Budeo; o, por haber dado muerte a su valiente primo, se presentó como suplicante a Peleo y a s, la de argéteos pies, y ellos le enviaron a Ilio, abundante en hermosos corceles, con s, destructor de las filas de guerreros, para que combatiera contra los troyanos. geo echaba mano al cadáver cuando el esclarecido Héctor le dio una pedrada en la eza y se la partió en dos dentro del fuerte casco: el guerrero cayó boca abajo sobre el po de Sarpedón, y a su alrededor esparcióse la destructora muerte. Apesadumbróse olo por la pérdida del compañero y atravesó al instante las primeras filas, como el z gavilán persigue a unos grajos o estorninos: de la misma manera acometiste, oh l jinete Patroclo, a los licios y troyanos, airado en to corazón por la muerte del amigo. ogiendo una piedra, hirió en el cuello a Estenelao, hijo querido de Itémenes, y le pió los tendones. Retrocedieron los combatientes delanteros y el esclarecido Héctor. nto espacio recorre el luengo venablo que lanza un hombre, ya en el juego para citarse, ya en la guerra contra los enemigos que la vida quitan, otro tanto se retiraron royanos, cediendo al empuje de los aqueos. Glauco, capitán de los escudados licios, el primero que volvió la cara y mató al magnánimo Baticles, hijo amado de Calcón, tenía su casa en la Hélade y se señalaba entre los mirmidones por sus bienes y ezas: escapábase Glauco, y Baticles iba a darle alcance, cuando aquél se volvió ntinamente y le hundió la pica en medio del pecho. Baticles cayó con estrépito, los eos sintieron hondo pesar por la muerte del valiente guerrero, y los troyanos, muy res, rodearon en tropel el cadáver; pero los aqueos no se olvidaron de su impetuoso r y arremetieron denodadamente al enemigo. Entonces

Meriones mató a un batiente troyano, a Laógono, esforzado hijo de Onétor y sacerdote de Zeus Ideo, a n el pueblo veneraba como a un dios: hirióle debajo de la quijada y de la oreja, la huyó de los miembros del guerrero, y la obscuridad horrible le envolvió. Eneas jó la bronceína lanza, con el intento de herir a Meriones, que se adelantaba protegido el escudo. Pero Meriones la vio venir y evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la te lanza se clavó en el suelo detrás de él y el regatón temblaba; pero pronto la etuosa arma perdió su fuerza. Penetró, pues, la vibrante punta en la tierra, y la lanza echada en vano por el robusto brazo. Eneas, con el corazón irritado, dijo:

¡Meriones! Aunque eres ágil saltador, mi lanza to habría apartado para siempre del bate, si to hubiese herido.

9 Respondióle Meriones, célebre por su lanza:

¡Eneas! Difícil lo será, aunque seas valiente, aniquilar la fuerza de cuantos bres salgan a pelear contigo. También tú eres mortal. Si lograra herirte en medio del po con el agudo bronce, en seguida, a pesar de to vigor y de la confianza que tienes o brazo, me darías gloria, y a Hades, el de los famosos corceles, el alma.

6 Así dijo; y el valeroso hijo de Menecio le reprendió, diciendo:

¡Meriones! ¿Por qué, siendo valiente, to entretienes en hablar así? ¡Oh amigo! Con bras injuriosas no lograremos que los troyanos dejen el cadáver; preciso será que no de ellos baje antes al seno de la tierra. Las batallas se ganan con los puños, y las bras sirven en el consejo. Conviene, pues, no hablar, sino combatir.

2 En diciendo esto, echó a andar y siguióle Meriones, varón igual a un dios. Como el uendo que producen los leñadores en la espesura de un monte y que se deja oír a to s, tal era el estrépito que se elevaba de la tierra espaciosa al ser golpeados el bronce, uero y los bien contruidos escudos de pieles de buey por las espadas y las lanzas de e filo. Y ya ni un hombre perspicaz hubiera conocido al divino Sarpedón, pues los os, la sangre y el polvo to cubrían completamente de pies a cabeza. Agitábanse todos dedor del cadáver como en la primavera zumban las moscas en el establo por cima de scudillas llenas de leche, cuando ésta hace rebosar los tarros: de igual manera bullían ellos en torno del muerto. Zeus no apartaba los refulgentes ojos de la dura contienda; ontemplando a los guerreros, revolvía en su ánimo muchas cosas acerca de la muerte atroclo: vacilaba entre si en la encarnizada contienda el esclarecido Héctor debería ar con el bronce a Patroclo sobre Sarpedón, igual a un dios, y quitarle la armadura de hombros, o convendría extender la terrible pelea. Y considerando como to más conente que el bravo escudero del Pelida Aquiles hiciera arredrar a los troyanos y a tor, armado de bronce, hacia la ciudad y quitara la vida a muchos guerreros, comenzó diendo timidez primeramente a Héctor, el cual subió al carro, se puso en fuga y ortó a los demás troyanos a que huyeran, porque había conocido hacia qué lado se naba la balanza sagrada de Zeus. Tampoco los fuertes licios osaron resistir, y eron todos al ver a su rey herido en el corazón y echado en un montón de cadáveres; s cayeron muchos hombres a su alrededor cuando el Cronión avivó el duro combate. aqueos quitáronle a Sarpedón la reluciente armadura de bronce y el esforzado hijo de io la

entregó a sus compañeros para que la llevaran a las cóncavas naves. Y enes Zeus, que amontona las nubes, dijo a Apolo:

¡Ea, querido Febo! Ve y después de sacar a Sarpedón de entre los dardos, límpiale egra sangre, condúcele a un sitio lejano y lávale en la corriente de un río, úngele con rosía, ponle vestiduras divinas y entrégalo a los veloces conductores y hermanos ellos: el Sueño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, lo dejarán en el pueblo de la vasta Licia. Allí sus hermanos y amigos le harán exequias y le erigirán úmulo y un cipo, que tales son los honores debidos a los muertos.

6 Así dijo, y Apolo no desobedeció a su padre. Descendió de los montes ideos a la batalla, y en seguida levantó al divino Sarpedón de entre los dardos, y, duciéndole a un sitio lejano, lo lavó en la corriente de un río; ungiólo con ambrosía, ole vestiduras divinas y entrególo a los veloces conductores y hermanos gemelos: el ño y la Muerte. Y éstos, transportándolo con presteza, to dejaron en el rico pueblo de asta Licia.

4 Patroclo animaba a los corceles y a Automedonte y perseguía a los troyanos y s, y con ello se atrajo un gran infortunio. ¡Insensato! Si se hubiese atendido a la orden Pelida, se hubiera visto libre de la funesta parca, de la negra muerte. Pero siempre el samiento de Zeus es más eficaz que el de los hombres (*aquel dios pone en fuga al forzado y le quita fácilmente la victoria, aunque él mismo le haya incitado a tir*), y entonces alentó el ánimo en el pecho de Patroclo.

2 ¿Cuál fue el primero y cuál el último que mataste, oh Patroclo, cuando los dioses to aron a la muerte?

4 Fueron primeramente Adrasto, Autónoo, Equeclo, Périmo Mégada, Epístor y anipo; y después, Élaso, Mulio y Pilartes. Mató a éstos, y los demás se dieron a la 8 Entonces los aqueos habrían tomado Troya, la de altas puertas, por las manos de oclo, que manejaba con gran furia la lanza, si Febo Apolo no se hubiese colocado en ien construida torre para dañar a aquél y ayudar a los troyanos. Tres veces aminóse Patroclo a un ángulo de la elevada muralla; tres veces rechazóle Apolo, ando con sus manos inmortales el refulgence escudo. Y cuando, semejante a un dios, aba por cuarta vez, increpóle la deidad terriblemente con estas aladas palabras:

¡Retírate, Patroclo del linaje de Zeus! El hado no ha dispuesto que la ciudad de los os troyanos sea destruida por to lanza, ni por Aquiles, que tanto te aventaja. 0 Así dijo, y Patroclo retrocedió un gran trecho, para no atraerse la cólera de Apolo, ue hiere de lejos.

2 Héctor se hallaba con el carro y los solípedos corceles en las puertas Esceas, y ba indeciso entre guiarlos de nuevo hacia la turba y volver a combatir, o mandar a es que las tropas se refugiasen en el muro. Mientras reflexionaba sobre esto, entósele Febo Apolo, que tomó la figura del valiente joven Asio, el cual era tío erno de Héctor, domador de caballos, hermano carnal de Hécuba a hijo de Dimante, y taba en la Frigia, junto a la corriente del Sangario. Así transfigurado, exclamó Apolo, de Zeus:

¡Héctor! ¿Por qué te abstienes de combatir? No debes hacerlo. Ojalá te superara o en bravura, cuanto te soy inferior: entonces te sería funesto el retirarte de la batalla. , ea, guía los

corceles de duros cascos hacia Patroclo, por si puedes matarlo y Apolo a gloria.

6 En diciendo esto, el dios volvió a la batalla. El esclarecido Héctor mandó a ríones que picara a los corceles y los dirigiese a la pelea; y Apolo, entrándose por la a, suscitó entre los argivos funesto tumulto y dio gloria a Héctor y a los troyanos. tor dejó entonces a los demás dánaos, sin que fuera a matarlos, y enderezó a Patroclo caballos de duros cascos. Patroclo, a su vez, saltó del carro a tierra con la lanza en la ierda; cogió con la diestra una piedra Blanca y erizada de puntas que llenaba la o; y, estribando en el suelo, la arrojó, hiriendo en seguida a un combatiente, pues el no salió vano: dio la aguda piedra en la frente de Cebríones, auriga de Héctor, que era bastardo del ilustre Príamo, y entonces gobernaba las riendas de los caballos. La ra se llevó ambas cejas; el hueso tampoco resistió; los ojos cayeron en el polvo a los de Cebríones; y éste, cual si fuera un buzo, cayó del asiento bien construido, porque da huyó de sus miembros. Y burlándose de él, oh caballero Patroclo, exclamaste:

¡Oh dioses! ¡Muy ágil es el hombre! ¡Cuán fácilmente salta a lo buzo! Si se ara en el ponto, en peces abundance, ese hombre saltaría de la nave, aunque el mar viera tempestuoso, y podría saciar a muchas personas con las ostras que pescara. n tanta facilidad ha dado la voltereta del carro a la llanura! Es indudable que también royanos tienen buzos.

1 En diciendo esto, corrió hacia el héroe con la impetuosidad de un león que devasta establos hasta que es herido en el pecho y su mismo valor lo mata; de la misma era, oh Patroclo, te arrojaste enardecido sobre Cebríones. Héctor, por su parte, saltó carro al suelo sin dejar las armas. Y entrambos luchaban en torno de Cebríones como hambrientos leones que en la cumbre de un monte pelean furiosos por el cadáver de cierva, así los dos aguerridos campeones, Patroclo Meneciada y el esclarecido tor, deseaban herirse el uno al otro con el cruel bronce. Héctor ha bía cogido al muerto la cabeza y no lo soltaba; Patroclo lo asía de un pie, y los demás troyanos y dánaos enían encarnizado combate.

5 Como el Euro y el Noto contienen en la espesura de un monte, agitando la ada selva, y las largas ramas de los fresnos, encinas y cortezudos cornejos chocan e sí con inmenso estrépito, y se oyen los crujidos de las que se rompen, de semejante o troyanos y aqueos se acometían y mataban, sin acordarse de la perniciosa fuga. dedor de Cebríones se clavaron en tierra muchas agudas lanzas y aladas flechas que aban de los arcos; buen número de grandes piedras herían los escudos de los que batían en torno suyo; y el héroe yacía en el suelo, sobre un gran espacio, envuelto en orbellino de polvo y olvidado del arte de guiar los carros.

7 Hasta que el sol hubo recorrido la mitad del cielo, los tiros alcanzaban por igual a s y a otros, y los hombres caían. Cuando aquél se encaminó al ocaso, los aqueos eran cedores, contra to dispuesto por el destino; y, habiendo arrastrado el cadáver del héroe ríones fuera del alcance de los dardos y del tumulto de los troyanos, le quitaron la arura de los hombros.

3 Patroclo acometió furioso a los troyanos: tres veces los acometió, cual si fuera el do Ares, dando horribles voces; tres veces mató nueve hombres. Y cuando, semejante dios, arremetiste, oh Patroclo, por cuarta vez, viose claramente que ya llegabas al mino de to vida, pues el terrible

Febo salió a to encuentro en el duro combate. Mas oculo no vio al dios; el cual, cubierto por densa nube, atravesó la turba, se le puso y, alargando la mano, le dio un golpe en la espalda y en los anchos hombros. Al o los ojos del héroe padecieron vértigos. Febo Apolo le quitó de la cabeza el casco agujeros a guisa de ojos, que rodó con estrépito hasta los pies de los caballos; y el acho se manchó de sangre y polvo. Jamás aquel casco, adornado con crines de allo, se había manchado cayendo en el polvo, pues protegía la cabeza y hermosa te del divino Aquiles. Entonces Zeus permitió también que to llevara Héctor, porque a muerte se iba acercando a este caudillo. A Patroclo se le rompió en la mano la pica a, pesada, grande, fornida, armada de bronce; el ancho escudo y su correa cayeron al o, y el soberano Apolo, hijo de Zeus, desató la coraza que aquél llevaba. El estupor se deró del espíritu del héroe, y sus hermosos miembros perdieron la fuerza. Patroclo se vo atónico, y entonces desde cerca clavó aguda lanza en la espalda, entre los bros, el dárdano Euforbo Pantoida; el cual aventajaba a todos los de su edad en el ojo de la pica, en el arte de guiar un carro y en la veloz carrera, y la primera vez que resentó con su carro para aprender a combatir derribó a veinte guerreros de sus carros ectivos. Éste fue, oh caballero Patroclo, el primero que contra ti despidió su lanza, aún no to hizo sucumbir. Euforbo arrancó la lanza de fresno; y, retrocediendo, se cló con la turba, sin esperar a Patroclo, aunque le viera desarmado; mientras éste, cido por el golpe del dios y la lanzada, retrocedía al grupo de sus compañeros para ar la muerte.

8 Cuando Héctor advirtió que el magnánimo Patroclo se alejaba y que lo habían do con el agudo bronce, fue en su seguimiento, por entre las filas, y le envainó la a en la parte inferior del vientre, que el hierro pasó de parte a parte; y el héroe cayó estrépito, causando gran aflicción al ejército aqueo. Como el león acosa en la lucha al mito jabalí cuando ambos pelean arrogantes en la cima de un monte por un escaso antial donde quieren beber, y el león vence con su fuerza al jabalí, que respira elante, así Héctor Priámida privó de la vida, hiriéndolo de cerca con la lanza, al rzado hijo de Menecio, que a tantos había dado muerte. Y blasonando del triunfo, irió estas aladas palabras:

¡Patroclo! Sin duda esperabas destruir nuestra ciudad, hacer cautivas a las mujeres anas y llevártelas en los bajeles a to patria tierra. ¡Insensato! Los veloces caballos de tor vuelan al combate para defenderlas; y yo, que en manejar la pica sobresalgo entre belicosos troyanos, aparto de los míos el día de la servidumbre, mientras que a ti to erán los buitres. ¡Ah, infeliz! Ni Aquiles, con ser valiente, to ha socorrido. Cuando te de las naves, donde él se ha quedado, debió de hacerte muchas recomendaciones, y arte de este modo: «No vuelvas a las cóncavas naves, caballero Patroclo, antes de er roto la coraza que envuelve el pecho de Héctor, matador de hombres, teñida de gre». Así te dijo, sin duda; y tú, oh necio, te dejaste persuadir.

3 Con lánguida voz le respondiste, caballero Patroclo:

4 ¡Héctor! Jáctate ahora con altaneras palabras, ya que te han dado la victoria Zeus nida y Apolo; los cuales me vencieron fácilmente, quitándome la armadura de los bros. Si. veinte guerreros como tú me hubiesen hecho frente, todos habrían muerto cidos por mi lanza.

Matáronme la parca funesta y el hijo de Leto, y, entre los bres, Euforbo, y tú llegas el tercero, para despojarme de las armas. Otra cosa voy a rte, que fijarás en la memoria. Tampoco tú has de vivir largo tiempo, pues la muerte parca cruel se te acercan, y sucumbirás a manos del eximio Aquiles Eácida. 5 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los mbros y descendió al Hades, llorando su suerte porque dejaba un cuerpo vigoroso y n. Y el esclarecido Héctor le dijo, aunque muerto le veía:

¡Patroclo! ¿Por qué me profetizas una muerte terrible? ¿Quién sabe si Aquiles, hijo Tetis, la de hermosa cabellera, no perderá antes la vida, herido por mi lanza?

2 Dichas estas palabras, puso un pie sobre el cadáver, arrancó la bronceína lanza y lo bó de espaldas. Inmediatamente se encaminó, lanza en mano, hacia Automedonte, el orme servidor del Eácida, de pies ligeros, pues deseaba herirlo, pero los veloces allos inmortales, que a Peleo le dieron los dioses como espléndido presente, ya to ban de la batalla.

## Canto xvii\*



Principalía de Menelao e entabla un encarnizado combate entre aqueos y troyanos para apoderarse de las arenas y el cadáver Patroclo. Por fin, Menelao y Meriones, protegidos por los dos Ayante, cargan a sus espaldas con el dáver de Patroclo y se lo llevan al campamento.

No dejó de advertir el Atrida Menelao, caro a Ares, que Patroclo había sucumbido en d a manos de los troyanos; y, armado de luciente bronce, se abrió camino por los batientes delanteros y empezó a moverse en torno del cadáver para defenderlo. Como aca primeriza da vueltas alrededor de su becerrillo mugiendo tiernamente, porque angoraba lo que era el parto, de semejante manera bullía el rubio Menelao cerca de oclo. Y colocándose delante del muerto, enhiesta la lanza y embrazado el liso escudo, prestaba a matar a quien se le opusiera. Tampoco Euforbo, el hábil lancero hijo de oo, se descuidó al ver en el suelo al eximio Patroclo, sino que se detuvo a su lado y a Menelao, caro a Ares:

¡Atrida Menelao, alumno de Zeus, príncipe de hombres! Retírate, suelta el cadáver sampara estos sangrientos despojos; pues, en la reñida pelea, ninguno de los troyanos e los auxiliares ilustres envasó su lanza a Patroclo antes que yo lo hiciera. Déjame nzar inmensa gloria entre los troyanos. No sea que, hiriéndote, te quite la dulce vida. Respondióle muy indignado el rubio Menelao:

¡Padre Zeus! No es bueno que nadie se vanaglorie con tanta soberbia. Ni la pantera, león, ni el dañino jabalí que tienen gran ánimo en el pecho y están orgullosos de su a se presentan tan osados como los hábiles lanceros hijos de Pántoo. Pero el fuerte erenor, domador de caballos, no siguió gozando de su juventud cuando me aguardó, pués de injuriarme diciendo que yo era el más cobarde de los guerreros dánaos, y no que haya podido volverse con sus pies para regocijar a su esposa y a sus venerandos es. Del mismo modo te quitaré la vida a ti, si osas afrontar me, y te aconsejo que vas a tu ejército y no te pongas delante, pues el necio sólo conoce el mal cuando ya hecho.

Así habló, sin persuadir a Euforbo, que contestó diciendo:

Menelao, alumno de Zeus, ahora pagarás la muerte de mi hermano, de que canto te as. Dejaste viuda a su mujer en el reciente tálamo; causaste a nuestros padres llanto y r profundo. Yo conseguiría que aquellos infelices cesaran de llorar, si, llevándome to eza y tus armas, las pusiera en las manos de Pántoo y de la divina Frontis. Pero no se rirá mucho tiempo el combate, ni quedará sin decidir quién haya de ser el vencedor y n el vencido.

Dicho esto, dio un bote en el escudo liso del Atrida, pero no pudo romper el bronce, que la punta se torció al chocar con el fuerte escudo. El Atrida Menelao acometió, a su con la pica,

orando al padre Zeus, y, al ver a Euforbo retroceder, se la clavó en la parte superior de la garganta, empujó el asta con la robusta mano y la punta atravesó el delicado lomo. Euforbo cayó con estrépito, resonaron sus armas y se mancharon de sangre sus elmos, semejantes a los de las Gracias, y los rizos, que llevaba sujetos con anillos de oro y plata. Cual frondoso olivo que, plantado por el Labrador en un lugar solitario donde no llega el agua, crece hermoso, es mecido por vientos de toda clase y se cubre de blancas espinas; y, viniendo de repente el huracán, te arranca de la tierra y te tiende en el suelo; así tridá Menelao dio muerte a Euforbo, hijo de Pantoos y hábil lancero, y en seguida envió a quitarle la armadura.

Como un montaraz león, confiado en su fuerza, coge del rebaño que está paciendo la oveja o vaca, le rompe la cerviz con los fuertes dientes, y, despedazándola, traga la sangre desde las entrañas; y así los perros como los pastores gritan mucho a su alrededor, pero ellos, sin atreverse a ir contra la fiera porque el pálido temor los domina, de la misma era ninguno tuvo bastante ánimo en su pecho para salir al encuentro del glorioso nelao. Y el Atrida se habría llevado fácilmente las magníficas armas del Pantoida, si no hubiese impedido Febo Apolo; el cual, tomando la figura de Menes, caudillo de los reyes, suscitó contra aquél a Héctor, igual al veloz Ares, con estas aladas palabras:

¡Héctor! Tú corres ahora tras lo que no es posible alcanzar: los corceles del errido Eécida. Difícil es que ninguno ni de los hombres ni de los dioses los sujete y por ellos llevado, fuera de Aquiles, que tiene una madre inmortal. Y en tanto, nelao, belicoso hijo de Atreo, que defiende el cadáver de Patroclo, ha muerto a uno de más esforzados troyanos, a Euforbo Pantoida, acabando con el impetuoso valor de caudillo.

El dios, habiendo hablado así, volvió a la batalla. Héctor sintió profundo dolor en las espaldas, ojeó las hileras y vio en seguida al Atrida que despojaba de la espléndida armadura a Euforbo, y a éste tendido en el suelo y vertiendo sangre por la herida. Acto inusual, armado como se hallaba de luciente bronce y dando agudos gritos, abrióse paso los combatientes delanteros cual si fuese una llama inextinguible encendida por esto. No le pasó inadvertido al hijo de Atreo, que gimió al oír las voces, y a su nánimo espíritu así le dijo:

¡Ay de mí! Si abandono estas magníficas armas y a Patroclo, que por vengarme en aquí tendido, temo que se irritará cualquier dánao que te presencie. Y si por fuerza peleo con Héctor y los troyanos, como ellos son muchos y yo estoy solo, cómo me cerquen; pues Héctor, el de tremolante casco, trae aquí a todos los troyanos. ¿por qué el corazón me hace pensar en tales cosas? Cuando, oponiéndose a la multitud, el hombre lucha con un guerrero protegido por algún dios, pronto le viene grave daño. Así, pues, ninguno de los dánaos se irritará conmigo porque me niegue a Héctor, que combate amparado por los dioses. Pero, si a mis oídos oye la voz de Ayante, valiente en la pelea, volvería aquí con él y sólo pensaríamos en morir, aunque fuese contra un dios, para ver si lográbamos arrastrar el cadáver y echarlo al Pelida Aquiles. Sería esto lo mejor para hacer llevaderos los presentes. Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegaron las voces de los troyanos, acaudilladas por Héctor. Menelao dejó el cadáver y

retrocedió, dose de cuando en cuando. Como el melenudo león, a quien alejan del establo los es y los hombres con gritos y venablos, siente que el corazón audaz se le encoge y na de mala gana el redil; de la misma suerte apartábase de Patroclo el rubio nelao, quien, al juntarse con sus amigos, se detuvo, volvió la cara a los troyanos y có con los ojos al gran Ayante, hijo de Telamón. Pronto le distinguió a la izquierda de atalla, donde animaba a sus compañeros y les incitaba a pelear, pues Febo Apolo les a infundido un gran terror. Corrió a encontrarle; y, poniéndose a su lado, le dijo estas bras:

¡Ayante! Ven, amigo; apresurémonos a combatir por Patroclo muerto, y quizás amos llevar a Aquiles el cadáver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el delante casco.

3 Así dijo; y conmovió el corazón del aguerrido Ayante, que a través al momento las meras filas junto con el rubio Menelao. Héctor había despojado a Patroclo de las magcas armas y se lo llevaba arrastrando, para separarle con el agudo bronce la cabeza de hombros y entregar el cadáver a los perros de Troya. Pero acercósele Ayante con su do como una torre; y Héctor, retrocediendo, llegó al grupo de sus amigos, saltó al o y entregó las magníficas armas a los troyanos para que las llevaran a la ciudad, de habían de causarle inmensa gloria. Ayante cubrió con su gran escudo al Menecíada mantuvo firme. Como el león anda en torno de sus cachorros cuando llevándolos por osque le salen al encuentro los cazadores, y, haciendo gala de su fuerza, baja los ados ocultando sus ojos, de aquel modo corría Ayante alrededor del héroe Patroclo. a parte opuesta hallábase el Atrida Menelao, caro a Ares, en cuyo pecho el dolor iba iendo.

0 Glauco, hijo de Hipóloco, caudillo de los licios, dirigió entonces la torva faz a tor, y le increpó con estas palabras:

¡Héctor, el de más hermosa figura, muy falto estás del valor que la guerra anda! Inmerecida es tu buena fama, cuando solamente sabes huir. Piensa cómo en ante defenderás la ciudad y sus habitantes, solo y sin más auxilio que los hombres dos en Ilio. Ninguno de los licios ha de pelear ya con los dánaos en favor de la ad, puesto que para nada se agradece el combatir siempre y sin descanso contra el migo. ¿Cómo, oh cruel, salvarás en la turba a un oscuro combatiente, si dejas que pedón, huésped y amigo tuyo, llegue a ser presa y botín de los argivos? Mientras esvivo, prestó grandes servicios a la ciudad y a ti mismo; y ahora no to atreves a tar de su cadáver a los perros. Por esto, si los licios me obedecieren, volveríamos a stra patria, y la ruina más espantosa amenazaría a Troya. Mas, si ahora tuvieran los anos el valor audaz a intrépido que suelen mostrar los que por la patria sostienen iendas y luchas con los enemigos, pronto arrastraríamos el cadáver de Patroclo hasta Y en seguida que el cuerpo de éste fuera retirado del campo y conducido a la gran ad del rey Príamo, los argivos nos entregarían, para rescatarlo, las hermosas armas de pedón, y también podríamos llevar a Ilio el cadáver del héroe; pues Patroclo fue dero del argivo más valiente que hay en las naves, como asimismo to son sus tropas, combaten cuerpo a cuerpo. Pero tú no osaste esperar al magnánimo Ayante, ni resistir mirada en la lucha, ni combatir con él, porque to aventura en fortaleza.

9 Mirándole con torva faz, respondió Héctor, el de tremolante casco:

¡Glauco! ¿Por qué, siendo cual eres, hablas con tanta soberbia? ¡Oh dioses! Te sideraba como el hombre de más seso de cuantos viven en la fértil Licia, y ahora he prenderte por to que pensaste y dijiste al asegurar que no puedo sostener la metida del ingente Ayante. Nunca me espantó la batalla, ni el ruido de los caballos; siempre el pensamiento de Zeus, que lleva la égida, es más eficaz que el de los bres, y el dios pone en fuga al varón esforzado y le quita fácilmente la victoria, que él mismo le haya incitado a combatir. Mas, ea, ven acá, amigo, ponte a mi lado, empla mis hechos, y verás si seré cobarde en la batalla, como has dicho, aunque dure el día; o si haré que alguno de los dánaos, no obstante su ardimiento y valor, cese de nder el cadáver de Patroclo.

3 Cuando así hubo hablado, exhortó a los troyanos, dando grandes voces:

¡Troyanos, licios, dánaos, que cuerpo a cuerpo peleáis! Sed hombres, amigos, y trad vuestro impetuoso valor, mientras visto las armas hermosas del eximio Aquiles, ue despojé al fuerte Patroclo después de matarlo.

8 Dichas estas palabras, Héctor, el de tremolante casco, salió de la funesta lid, y, iendo con ligera planta, alcanzó pronto y no muy lejos a sus amigos que llevaban a la ciudad las magníficas armas del hijo de Peleo. Allí, fuera del luctuoso combate etuvo y cambió de armadura: entregó la propia a los belicosos troyanos, para que la ran en la sacra Ilio, y vistió las armas divinas del Pelida Aquiles, que los dioses stiales dieron a Peleo, y éste, ya anciano, cedió a su hijo, quien no había de usarlas o tiempo que llegara a la vejez llevándolas todavía.

8 Cuando Zeus, que amontona las nubes, vio que Héctor, apartándose, vestía las as del divino Pelida, moviendo la cabeza, habló consigo mismo y dijo:

1 «¡Ah, mísero! No piensas en la muerte, que ya se halla cerca de ti, y vistes las as divinas de un hombre valentísimo a quien todos temen. Has muerto a su amigo, tan no como fuerte, y le has quitado ignominiosamente la armadura de la cabeza y de los bros. Mas todavía dejaré que alcances una gran victoria como compensación de que maca no recibirá de tus manos, volviendo tú del combate, las magníficas armas del 9 Dijo el Cronión, y bajó las negras cejas en señal de asentimiento. La armadura de iles le vino bien a Héctor, apoderóse de éste un terrible furor bélico, y sus miembros igozaron y fortalecieron; y el héroe, dando recias voces, enderezó sus pasos a los dos ilustres y se les presentó con las resplandecientes armas del magnánimo Pelión. Y cándose a cada uno para animarlos con sus palabras -a Mestles, Glauco, Medonte, floco, Asteropeo, Disénor, Hipótoo, Forcis, Cromio y el augur Énnomo-, los instigó estas aladas palabras:

¡Oíd, tribus innúmeras de aliados que habitáis alrededor de Troya! No ha sido por eseo ni por la necesidad de reunir una muchedumbre por lo que os he traído de stras ciudades, sino para que defendáis animosamente de los belicosos aqueos a las osas y a los tiernos infantes de los troyanos. Con este pensamiento abrumo a mi blo y le exijo dones y víveres para excitar vuestro valor. Ahora cada uno haga frente y ista al enemigo, ya muera, ya se salve, que tales son los lances de la guerra. Al que stre el cadáver de Patrocio hasta las filas de los troyanos,

domadores de caballos, y a ceder a Ayante, le daré la mitad de los despojos, reservándome la otra mitad, y su ía será tan grande como la mía.

3 Así dijo. Todos arremetieron con las picas levantadas y cargaron sobre los dánaos, s tenían grandes esperanzas de arrancar el cuerpo de Patroclo de las manos de Ayante moníada. ¡Insensatos! Sobre el mismo cadáver, Ayante hizo perecer a muchos de s. Y este héroe dijo entonces a Menelao, valiente en la pelea:

¡Oh amigo, oh Menelao, alumno de Zeus! Ya no espero que salgamos con vida de batalla. Ni temo tanto por el cadáver de Patroclo, que pronto saciará en Troya a los os y aves de rapiña, cuanto por tu cabeza y por la mía; pues el nublado de la guerra, tor, todo to cubre, y a nosotros nos espera una muerte cruel. Ea, llama a los más va - es dánaos, por si alguno to oye.

6 Así dijo. Menelao, valiente en la pelea, no desobedeció; y, alzando recio la voz, a los dánaos:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos, los que bebéis en la tienda de los das Agamenón y Menelao el vino que el pueblo paga, mandáis las tropas y os viene eus el honor y la gloria! Me es difícil ver a cada uno de los caudillos. ¡Tan grande es ombate que aquí se ha empeñado! Pero acercaos vosotros, indignándoos en vuestro zón de que Patroclo llegue a ser juguete de los perros troyanos.

6 Así dijo. Oyóle en seguida el veloz Ayante de Oileo, y acudió antes que nadie, o a través del campo. Siguiéronle Idomeneo y su escudero Meriones, igual al cida Enialio. ¿Y quién podría retener en la memoria y decir los nombres de cuantos eos fueron llegando para reanimar la pelea?

2 Los troyanos acometieron apinados, con Héctor a su frente. Como en la mbocadura de un río que las celestiales lluvias alimentan, las ingentes olas chocan mando contra la corriente del mismo, refluyen al mar y las altas orillas resuenan en o; con una gritería tan grande marchaban los troyanos. Mientras tanto, los aqueos manecían firmes alrededor del cadáver del Menecíada, conservando el mismo ánimo y ndiéndose con los escudos de bronce; y el Cronión rodeó de espesa niebla sus cientos cascos, porque nunca había aborrecido al Menecíada mientras vivió y fue idor del Eácida, y entonces veía con desagrado que el cadáver pudiera llegar a ser ete de los perros troyanos. Por esto el dios incitaba a los compañeros a que lo ndieran.

4 En un principio, los troyanos rechazaron a los aqueos, de ojos vivos, y éstos, mparando al muerto, huyeron espantados. Y si bien los altivos troyanos no siguieron matar con sus lanzas a ningún aqueo, como deseaban, empezaron a arrastrar adáver. Poco tiempo debían los aqueos permanecer alejados de éste, pues los hizo er Ayante; el cual, así por su figura, como por sus obras, era el mejor de los dánaos, pués del eximio Pelión. Atravesó el héroe las primeras Filas, y parecido por su ura al jabalí que en el monte dispersa fácilmente, dando vueltas por los matorrales, arros y a los florecientes mancebos, de la misma manera el esclarecido Ayante, hijo ilustre Telamón, acometió y dispersó las falanges de troyanos que se agitaban en o de Patroclo con el decidido propósito de llevarlo a la ciudad y alcanzar gloria. 8 Hipótoo, hijo preclaro del

pelasgo Leto, había atado una correa a un tobillo de oculo, alrededor de los tendones; y arrastraba el cadáver por el pie, a través del reñido bate, para congraciarse con Héctor y los troyanos. Pronto le ocurrió una desgracia, de nadie, por más que to deseara, pudo librarlo. Pues el hijo de Telamón, acometiéndole entre la turba, le hirió de cerca por el casco de bronceínas carrilleras: el casco, necido de un penacho de crines de caballo, se quebró al recibir el golpe de la gran a manejada por la robusta mano; el cerebro fluyó sanguinolento por la herida, a lo o del asta; el guerrero perdió las fuerzas, dejó escapar de sus manos al suelo el pie del nánimo Patroclo, y cayó de pechos, junto al cadáver, lejos de la fértil Larisa; y así no o pagar a sus progenitores la crianza, ni fue larga su vida, porque sucumbió vencido la lanza del magnánimo Ayante. A su vez, Héctor arrojó la reluciente lanza a Ayante, éste, al notarlo, hurtó un poco el cuerpo, y la bronceína arma alcanzó a Esquedio, del magnánimo ífito y el más valiente de los focios, que tenía su casa en la célebre opeo y reinaba sobre muchos hombres: clavóse la bronceína punta debajo de la ícula y, atravesándola, salió por la extremidad del hombro. El guerrero cayó con épito, y sus armas resonaron.

2 Ayante hirió en medio del vientre al aguerrido Forcis, hijo de Fénopé, que defendía adáver de Hipótoo; y el bronce rompió la cavidad de la coraza y desgarró las entrañas: royano, caído en el polvo, cogió el suelo con las manos. Arredráronse los batientes delanteros y el esclarecido Héctor; y los argivos dieron grandes voces, aron los cadáveres de Forcis y de Hipótoo, y quitaron de sus hombros las respectivas aduras.

9 Entonces los troyanos hubieran vuelto a entrar en Ilio, acosados por los belicosos eos y vencidos por su cobardía; y los argivos hubiesen alcanzado gloria, contra la voad de Zeus, por su fortaleza y su valor; pero el mismo Apolo instigó a Eneas, ando la figura del heraldo Perífante Epítida, que había envejecido ejerciendo de ro en la casa del padre del héroe y sabía dar saludables consejos. Así figurado, habló Apolo, hijo de Zeus, diciendo:

¡Eneas! ¿De qué modo podríais salvar la excelsa Ilio, hasta si un dios se opusiera? mo he visto hacerlo a otros varones que confiaban en su fuerza y vigor, en su bravura la muchedumbre de tropas formadas por un pueblo intrépido. Mas, al presente, Zeus a que la victoria quede por vosotros y no por los dánaos; y vosotros huís temblando, combatir.

3 Así dijo. Eneas, como viera delante de sí a Apolo, el que hiere de lejos, le noció, y a grandes voces dijo a Héctor:

¡Héctor y demás caudillos de los troyanos y sus aliados! Es una vergüenza que emos en Ilio, acosados por los belicosos aqueos y vencidos por nuestra cobardía. Una ad ha venido a decirme que Zeus, el árbitro supremo, será aún nuestro auxiliar en la Ila. Marchemos, pues, en derecho a los dánaos, para que no se lleven quilamente a las naves el cadáver de Patroclo.

2 Así habló; y, saltando mucho más allá de los combatientes delanteros, se detuvo. troyanos volvieron la cara y afrontaron a los aqueos. Entonces Eneas dio una lanzada ócrito, hijo de Arisbante y compañero valiente de Licomedes. Al verlo derribado en a, compadecióse Licomedes, caro a Ares; y, parándose muy cerca del enemigo, arrojó luciente lanza, hirió en el

hígado, debajo del diafragma, a Apisaón Hipásida, pastor ombres, y le dejó sin vigor las rodillas: este guerrero procedía de la fértil Peonia, y pués de Asteropeo, el que más descollaba en el combate. Vioto caer el belicoso eropeo, y, apiadándose, corrió hacia él, dispuesto a pelear con los dánaos. Mas no le posible; pues cuantos rodeaban por todas partes a Patroclo se cubrían con los escudos laban las lamas. Ayante recorría las filas y daba muchas órdenes: mandaba que uno retrocediese, abandonando el cadáver, ni combatiendo se adelantara a los demás eos, sino que todos rodearan al muerto y pelearan de cerca. Así se lo encargaba el nte Ayante. La tierra estaba regada de purpúrea sangre y caían muertos, unos en pos otros, muchos troyanos, poderosos auxiliares, y dánaos; pues estos últimos no aban sin derramar sangre, aunque perecían en mucho menor número porque cuidaban mpre de defenderse recíprocamente en medio de la turba, para evitar la cruel muerte. 6 Así combatían, con el ardor del fuego. No hubieras dicho que aún subsistiesen el y luna, pues hallábanse cubiertos por la niebla todos los guerreros ilustres que aban alrededor del cadáver del Menecíada. Los restantes troyanos y aqueos, de mosas grebas, libres de la obscuridad, luchaban al cielo sereno: los vivos rayos del sol an el campo, sin que apareciera ninguna nube sobre la tierra ni en las montañas, y s combatían y descansaban alternativamente, hallándose a gran distancia unos de s y procurando librarse de los dolorosos tiros que les dirigían los contrarios. Y en o, los del centro padecían muchos males a causa de la niebla y del combate, y los más entes estaban dañados por el cruel bronce. Dos varones insignes, Trasimedes y Ano, ignoraban aún que el eximio Patroclo hubiese muerto y creían que, vivo aún, aba con los troyanos en la primera fila. Ambos, aunque estaban en la cuenta de que compañeros eran muertos o derrotados, peleaban separadamente de los demás; que e to había ordenado Néstor, cuando desde las negras naves los envió a la batalla. 4 Todo el día sostuvieron la gran contienda y el cruel combate. Cansados y sudosos an las rodillas, las piernas y más abajo los pies, y manchados de polvo las manos y los , cuantos peleaban en torno del valiente servidor del Eácida, de pies ligeros. Como un bre da a los obreros, para que la estiren, una piel grande de toro cubierta de grasa, y s, cogiéndola, se distribuyen a su alrededor, y tirando todos sale la humedad, penetra rasa y la piel queda perfectamente extendida por todos lados, de la misma manera ban aquéllos del cadáver acá y acullá, en un reducido espacio, y tenían grandes ranzas de arrastrarlo los troyanos hacia Ilio, y los aqueos a las cóncavas naves. Un ulto feroz se producía alrededor del muerto; y ni Ares, que enardece a los guerreros, Atenea por airada que estuviera, habrían hallado nada que baldonar, si to hubiesen nciado: tare funesto combate de hombres y caballos suscitó Zeus aquel día sobre el áver de Patroclo. El divino Aquiles ignoraba aún la muerte del héroe, porque la pelea abía empeñado muy lejos de las veleras naves, al pie del muro de Troya. No se raba que hubiese muerto, sino que después de acercarse a las puertas volvería vivo; que tampoco esperaba que llegara a tomar la ciudad, ni solo, ni con él mismo. Así se abía oído muchas veces a su madre cuando, hablándole separadamente de los demás, ba el pensamiento del gran Zeus. Pero entonces la diosa no le anunció la gran gracia que acababa de ocurrir: la muerte del compañero a quien más amaba.

2 Los combatientes, blandiendo afiladas lanzas, se acometían continuamente dor del cadáver; y unos a otros se mataban. Y hubo quien entre los aqueos, de cóncavas corazas, habló de esta manera:

¡Oh amigos! No sería para nosotros acción gloriosa la de volver a las cóncavas es. Antes la negra tierra se nos trague a todos; que preferible fuera, si hemos de mitir a los troyanos, domadores de caballos, que arrastren el cadáver a la ciudad y ncen gloria.

0 Y a su vez alguno de los magnánimos troyanos así decía:

¡Oh amigos! Aunque la parca haya dispuesto que sucumbamos todos junto a ese bre, nadie abandone la batalla.

3 Con tales palabras excitaban el valor de sus compañeros. Seguía el combate, y el eo estrépito llegaba al cielo de bronce, a través del infecundo éter.

6 Los corceles de Aquiles lloraban, fuera del campo de la batalla, desde que supieron su auriga había sido postrado en el polvo por Héctor, matador de hombres. Por más Automedonte, hijo valiente de Diores, los agujaba con el flexible látigo y les dirigía bras, ya suaves, ya amenazadoras; ni querían volver atrás, a las naves y al vasto esponto, ni encaminarse hacia los aqueos que estaban peleando. Como la columna se tiene firme sobre el túmulo de un varón difunto o de una matrona, tan inmóviles manecían aquéllos con el magnífico carro. Inclínaban la cabeza al suelo, de sus ados caían a tierra ardientes lágrimas con que lloraban la pérdida del auriga, y las nas crines estaban manchadas y caídas a ambos lados del yugo.

1 A1 verlos llorar, el Cronión se compadeció de ellos, movió la cabeza, y, hablando sigo mismo, dijo:

3 «¡Ah, infelices! ¿Por qué os entregamos al rey Peleo, a un mortal, estando vosotros ntos de la vejez y de la muerte? ¿Acaso para que tuvieseis penas entre los míseros tales? Porque no hay un ser más desgraciado que el hombre, entre cuantos respiran y mueven sobre la tierra. Héctor Priámida no será llevado por vosotros en el labrado o; no lo permitiré. ¿Por ventura no es bastante que se haya apoderado de las armas y íe de esta manera? Daré fuerza a vuestras rodillas y a vuestro espíritu, para que éis salvo a Automedonte desde la batalla a las cóncavas naves; y concederé gloria a troyanos, los cuales seguirán matando hasta que lleguen a las naves de muchos cos, se ponga el sol y la sagrada obscuridad sobrevenga.»

6 Así diciendo, infundió gran vigor a los caballos: sacudieron éstos el polvo de las es y arrastraron velozmente el ligero carro hacia los troyanos y los aqueos. omedonte, aunque afligido por la suerte de su compañero, quería combatir desde el o, y con los corceles se echaba sobre los enemigos como el buitre sobre los ánsares; y la misma facilidad huía del tumulto de los troyanos, que arremetía a la gran turba de s para seguirles el alcance. Pero no mataba hombres cuando se lanzaba a perseguir, que, estando solo en el sagrado asiento, no le era posible acometer con la lanza y tar al mismo tiempo los veloces caballos. Viole al fin su compañero Alcimedonte, de Laerces Hemónida; y, poniéndose detrás del carro, dijo a Automedonte:

¡Automedonte! ¿Qué dios te ha sugerido tan inútil propósito dentro del pecho y to rivado de te buen juicio? ¿Por qué, estando solo, combates con los troyanos en la pria fila? Tu compañero recibió la muerte, y Héctor se vanagloria de cubrir sus hombros las armas del Eácida.

4 Respondióle Automedonte, hijo de Diores:

¡Alcimedonte! ¿Cuál otro aqueo podría sujetar o aguijar estos caballos inmortales or que tú, si no fuera Patroclo, consejero igual a los dioses, mientras estuvo vivo? o ya la muerte y la parca to alcanzaron. Recoge el látigo y las lustrosas riendas, y yo ré del carro para combatir.

1 Así dijo. Alcimedonte, subiendo en seguida al veloz carro, empuñó el látigo y las das, y Automedonte saltó a tierra. Advirtiólo el esclarecido Héctor; y al momento dijo eas, que a su lado estaba:

¡Eneas, consejero de los troyanos, de broncéneas corazas! Advierto que los eles del Eácida, ligero de pies, aparecen nuevamente en la lid guiados por aurigas les. Y creo que me apoderaría de los mismos, si tú quisieras ayudarme; pues, metiendo nosotros a los aurigas, éstos no se.. atreverán a resistir ni a pelear frente a 1 Así dijo; y el valeroso hijo de Anquises no dejó de obedecerle. Ambos pasaron ante, protegiendo sus hombros con sólidos escudos de pieles secas de buey, cubiertas gruesa capa de bronce. Siguiéronles Cromio y el deiforme Areto, que tenían grandes ranzas de matar a los aurigas y llevarse los corceles de erguido cuello. ¡Insensatos! sin derramar sangre habían de escapar de Automedonte. Éste, orando al padre Zeus, ó de fuerza y vigor las negras entrañas; y en seguida dijo a Alcimedonte, su fiel añero:

¡Alcimedonte! No tengas los caballos lejos de mí; sino tan cerca, que sienta su ello sobre mi espalda. Creo que Héctor Priámida no calmará su ardor hasta que suba arro de Aquiles y gobierne los corceles de hermosas crines, después de darnos muerte sotros y desbaratar las filas de los guerreros argivos; o él mismo sucumba, peleando los combatientes delanteros.

7 Así habiendo hablado, llamó a los dos Ayantes y a Menelao:

¡Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Menelao! Dejad a los más fuertes el cuidado oðear al muerto y defenderlo, rechazando las haces enemigas; y venid a librarnos del cruel a nosotros que aún vivimos, pues se dirigen a esta parte, corriendo por el uoso combate, Héctor y Eneas, que son los más valientes de los troyanos. En la mano os dioses está to que haya de ocurrir. Yo arrojaré mi lanza, y Zeus se cuidará del 6 Dijo; y, blandiendo la ingente lanza, acertó a dar en el escudo liso de Areto, que no ó detener a aquélla: atravesólo la punta de bronce, y rasgando el cinturón se clavó en mpeine del guerrero. Como un joven hiere con afilada segura un buey montaraz por ás de las astas, le corta el nervio y el animal da un salto y cae, de esta manera el ano saltó y cayó boca arriba y la lanza aguda, vibrando aún en sus entrañas, dejóle sin r los miembros.- Héctor arrojó la reluciente lanza contra Automedonte, pero éste, o la viera venir, evitó el golpe inclinándose hacia adelante: la fornida lanza se clavó l suelo detrás de él, y el regatón temblaba; pero pronto la impetuosa arma perdió su za. Y se atacaron de cerca con las espadas, si no les hubiesen obligado a separarse los Ayantes; los cuales, enardecidos, abriéronse

paso por la turba y acudieron a las voces u amigo. Temiéronlos Héctor, Eneas y el deiforme Cromio, y, retrocediendo, dejaron reto, que yacía en el suelo con el corazón traspasado. Automedonte, igual al veloz s, despojóle de las armas y, gloriándose, pronunció estas palabras:

El pesar de mi corazón por la muerte del Menecíada se ha aliviado un poco; que le es inferior el varón a quien he dado muerte.

0 Así diciendo, tomó y puso en el carro los sangrientos despojos; y en seguida subió ismo, con los pies y las manos ensangrentados como el león que ha devorado un toro. 3 De nuevo se trabó una pelea encarnizada, funesta, luctuosa, en torno de Patroclo. itó la lid a Atenea, que vino del cielo, enviada a socorrer a los dánaos por el ovidente Zeus, cuya mente había cambiado. De la suerte que Zeus tiende en el cielo urpúreo arco iris, como señal de una guerra o de un invierno tan frío que obliga a ender las labores del campo y entristece a los rebaños, de este modo la diosa, uelta en purpúrea nube, penetró por las tropas aqueas y animó a cada guerrero. mero enderezó sus pasos hacia el fuerte Menelao, hijo de Atreo, que se hallaba cerca; mando la figura y voz infatigable de Fénix, le exhortó diciendo:

Sería para ti, oh Menelao, motivo de vergüenza y de oprobio que los veloces os despedazaran cerca del muro de Troya el cadáver de quien fue compañero fiel del re Aquiles. ¡Combate denodadamente y anima a todo el ejército!

o Respondióle Menelao, valiente en la pelea:

¡Padre Fénix, anciano respetable! Ojalá Atenea me infundiese vigor y me librase mpetu de los tiros. Yo quisiera ponerme al lado de Patroclo y defenderlo, porque su rte conmovió mucho mi corazón; pero Héctor tiene la terrible fuerza de una llama, y esa de matar con el bronce, protegido por Zeus, que le da gloria.

7 Así dijo. Atenea, la diosa de ojos de lechuza, holgándose de que aquél la invocara rimera entre todas las deidades, le vigorizó los hombros y las rodillas, a infundió en echo la audacia de la mosca, la cual, aunque sea ahuyentada repetidas veces, vuelve a r porque la sangre humana le es agradable; de una audacia semejante llenó la diosa negras entrañas del héroe. Encaminóse Menelao hacia el cadáver de Patroclo y pidió la reluciente lanza. Hallábase entre los troyanos Podes, hijo de Eetión, rico y ente, a quien Héctor honraba mucho en la ciudad porque era su compañero querido en festines; a éste, que ya emprendía la fuga, atravesólo el rubio Menelao con la nea lanza que se clavó en el ceñidor, y el troyano cayó con estrépito. A1 punto, el da Menelao arrastró el cadáver desde los troyanos adonde se hallaban sus amigos. 2 Apolo incitó a Héctor, poniéndose a su lado después de tomar la figura de Fénope ada; éste tenía la casa en Abides, y era para el héroe el más querido de sus huéspedes. transfigurado, dijo Apolo, el que hiere de lejos:

¡Héctor! ¡Cuál otro aqueo te temerá, cuando huyes temeroso ante Menelao, que mpre fue guerrero débil y ahora él solo ha levantado y se lleva fuera del alcance de los anos el cadáver de tu fiel amigo a quien mató, del que peleaba con denuedo entre los batientes delanteros, de Podes, hijo de Eetión?

1 Así dijo, y negra nube de pesar envolvió a Héctor, que en seguida atravesó las meras filas, cubierto de reluciente bronce. Entonces el Cronida tomó la esplendorosa a floqueada, cubrió de nubes el Ida, relampagueó y tronó fuertemente, agitó la égida, e la victoria a los troyanos, poniendo en fuga a los aqueos.

7 El primero que huyó fue Penéleo, el beocio, per haber recibido, vuelto siempre de a los troyanos, una herida leve en el hombre; y Polidamante, acercándose a él, le jó la lanza, que desgarró la piel y llegó hasta el hueso.- Héctor, a su vez, hirió en la eca y dejó fuera de combate a Leito, hijo del magnánimo Alección; el cual huyó ntado y mirando en torno suyo, porque ya no esperaba que con la lanza en la mano ese combatir con los troyanos.- Contra Héctor, que perseguía a Leito, arrojó meneo su lanza y le dio un bote en el peto de la coraza, junto a la tetilla; pero pióse aquélla en la unión del asta con el hierro; y los troyanos gritaron. Héctor pidió su lama contra Idomeneo Deucálida, que iba en un carro; y por poco no acertó a rlo; pero el bronce se clavó en Cérano, escudero y auriga de Meriones, a quien acomaba desde que partieron de la bien construida Licto. Idomeneo salió aquel día de las as naves al campo, como infante; y hubiera procurado a los troyanos un gran triunfo, o hubiese llegado Cérano guiando los veloces corceles: éste fue su salvador, porque le ó del día cruel al perder la vida a manos de Héctor, matador de hombres. A Cérano, rióle Héctor debajo de la quijada y de la oreja: la punta de la lanza hizo saltar los tes y atravesó la lengua. El guerrero cayó del carro, y dejó que las riendas vinieran al o. Meriones, inclinándose, recogiólas, y dijo a Idomeneo:

Aquija con el látigo los caballos hasta que llegues a las veleras naves; pues ya tú mo conoces que no serán los aqueos quienes alcancen la victoria.

4 Así habló; a Idomeneo fustigó los corceles de hermosas crines, guiándolos hacia óncavas naves, porque el temor había entrado en su corazón.

6 No les pasó inadvertido al magnánimo Ayante y a Menelao que Zeus otorgaba a los anos la inconstante victoria. Y el gran Ayante Telamonio fue el primero en decir:

¡Oh dioses! Ya hasta el más simple conocería que el padre Zeus favorece a los anos. Los tiros de todos ellos, sea cobarde o valiente el que dispara, no yerran el co, porque Zeus los encamina; mientras que los nuestros caen al suelo sin dañar a e. Ea, pensemos cómo nos será más fácil sacar el cadáver y volvernos, para regocijar estros amigos; los cuales deben de atligirse mirando hacia acá, y sin duda piensan ya no podemos resistir la fuerza y las invictas ma nes de Héctor, matador de hombres, onto tendremos que caer en las negras naves. Ojalá algún amigo avisara rápidamente elida, pues no creo que sepa la infausta nueva de que ha muerto su compañero amado. o no puedo distinguir entre los aqueos a nadie capaz de hacerlo, cubiertos como están densa niebla hombres y caballos. ¡Padre Zeus! ¡Libra de la espesa niebla a los eos, serena el cielo, concede que nuestros ojos vean, y destrúyenos en la luz, ya que e place!

8 Así dijo; y el padre, compadecido de verle derramar lágrimas, disipó en el acto la curidad y apartó la niebla. Brilló el sol y toda la batalla quedó alumbrada. Y entonces Ayante a Menelao, valiente en la pelea:

Mira ahora, Menelao, alumno de Zeus, si ves a Antíloco, hijo del magnánimo tor, vivo aún; y envíale para que vaya corriendo a decir al belicoso Aquiles que ha rto su compañero más amado.

5 Así dijo; y Menelao, valiente en la pelea, obedeció y se fue, como se aleja del blo un león después de irritar a los canes y a los hombres que, vigilando toda la he, no le han dejado comer los pingües bueyes -el animal, ávido de carne, acomete, nada consigue porque audaces manos le arrojan muchos venablos y teas encendidas le hacen temer, aunque está enfurecido-; y al despuntar la aurora se va con el corazón ido: de tan mala gana, Menelao, valiente en la pelea, se apartaba de Patroclo, porque ía gran temor de que los aqueos, vencidos por el fuerte miedo, lo dejaran y fuera a de los enemigos. Y se lo recomendó mucho a Meriones y a los Ayantes, éndoles:

¡Ayantes, caudillos de los argivos! ¡Meriones! Acordaos ahora de la mansedumbre mísero Patroclo, el cual supo ser amable con todos mientras gozó de vida. Pero ya la te y la parca le alcanzaron.

3 Dicho esto, el rubio Menelao partió mirando a todas partes como el águila (*el ave, ún dicen, de vista más perspicaz entre cuantas vuelan por el cielo*), a la cual, aun ndo en las alturas, no le pasa inadvertida una liebre de pies ligeros echada debajo de rbusto frondoso, y se abalanza a ella y en un instante la coge y le quita la vida; del mo modo, oh Menelao, alumno de Zeus, tus brillantes ojos dirigiánse a todos lados, la turba numerosa de los compañeros, para ver si podrías hallar vivo al hijo de Néstor. nto le distinguió a la izquierda del combate, donde animaba a sus compañeros y les aba a pelear. Y deteniéndose a su lado, hablóle así el rubio Menelao:

¡Ea, ven acá, Antíloco, alumno de Zeus, y sabrás una infausta nueva que ojalá no era dartel! Creo que tú mismo conocerás, con sólo tender la vista, que un dios nos da la derrota a los dánaos y que la victoria es de los troyanos. Ha muerto el más ente aqueo, Patroclo, y los dánaos le echan muy de menos. Corre hacia las naves eas y anúncialo a Aquiles; por si, dándose prisa en venir, puede llevar a su bajel el áver desnudo, pues las armas las tiene Héctor, el de tremolante casco.

4 Así dijo. Estremeciósse Antíloco al oírle, estuvo un buen rato sin poder hablar, áronse de lágrimas sus ojos y la voz sonora se le cortó. Mas no por esto descuidó de plir la orden de Menelao: entregó las armas a Laódoco, el eximio compañero que a su regía los solípedos caballos, y echó a correr.

0 Llevado por sus pies fuera del combate, fuese llorando a dar al Pelida Aquiles la e noticia. Y a ti, oh Menelao, alumno de Zeus, no te aconsejó el ánimo que te daras a11í para socorrer a los fatigados compañeros de Antíloco, aunque los pilios aban muy de menos a su jefe. Envióles, pues, el divino Trasimedes; y volviendo a la era hacia el cadáver del héroe Patroclo, se detuvo junto a los Ayantes, y en seguida

Ya he enviado a aquél a las veleras naves, para que se presente a Aquiles, el de los ligeros; pero no creo que Aquiles venga en seguida, por más airado que esté con el no Héctor, porque

sin armas no podrá combatir con los troyanos. Pensemos nosotros cómo nos será más fácil sacar el cadáver y librarnos, en la lucha con los aqueos, de la muerte y la parca.

5 Respondióle el gran Ayante Telamónio:

Oportuno es cuanto dijiste, ínclito Menelao. Tú y Meriones introducidos juntamente, levantad el cadáver y sacadlo de la lid. Y nosotros dos, que tenemos igual mo, llevamos el mismo nombre y siempre hemos sostenido juntos el vivo combate, os uiremos, peleando a vuestra espalda con los troyanos y el divino Héctor.

2 Así dijo. Aquéllos cogieron al muerto y alzaronlo muy alto; y gritó el ejército aqueo al ver que los aqueos levantaban el cadáver. Arremetieron los troyanos como los que, adelantándose a los jóvenes cazadores, persiguen al jabalí herido; así como se corren detrás del jabalí y anhelan despedazarlo, pero, cuando el animal, fiado en su fuerza, se vuelve, retroceden y espantados se dispersan; del mismo modo los troyanos ufan en tropel y herían a los aqueos con las espadas y lanzas de doble filo; pero, viendo los Ayantes volvieron la cara y se detuvieron, a todos se les mudó el color del blanco y ninguno osó adelantarse para disputarles el cadáver.

3 De tal manera ambos caudillos llevaban presurosos el cadáver desde la batalla a las cóncavas naves. Tras ellos suscitóse feroz combate: como el fuego que prende en la ciudad, se levanta de pronto y resplandece, y las casas se arruinan entre grandes as que el viento, enfurecido, mueve; de igual suerte, un horrísono tumulto de caballos erreros acompañaba a los que se iban retirando. Así como mulos vigorosos sacan del monte y arrastran por áspero camino una viga o un gran tronco destinado a mástil de nave, y apresuran el paso, pero su ánimo está abatido por el cansancio y el sudor: de la misma manera ambos caudillos transportaban animosamente el cadáver. Detrás de ellos, Ayantes contenían a los troyanos como el valladar selvoso extendido por gran parte a llanura refrena las corrientes perjudiciales de los ríos de curso arrebatado, les hace perder el camino y les señala el cauce por donde han de correr, y jamás los ríos den romperlo con la fuerza de sus aguas; de semejante modo, los Ayantes apartaban a los troyanos que les seguían peleando, especialmente Eneas Anquísida y el preclaro tor. Como vuela una bandada de estorninos o grajos, dando horribles chillidos, cuando ven al gavilán que trae la muerte a los pajarillos, así entonces los aqueos, seguidos por Eneas y Héctor, corrían chillando horriblemente y se olvidaban de batir. Muchas armas hermosas de los dánaos fugitivos cayeron en el foso o en sus as, y la batalla continuaba sin intermisión alguna.

## Canto xviii \*



Fabricación de las armas

Aquiles, al enterarse de la noticia de la muerte de su amigo Patroclo, ansía vengarlo. Su madre, Tetis, e a Hefesto que fabrique un escudo que reemplace al que Héctor tomó como botín del cadáver de roclo.

Mientras los troyanos y los aqueos combatían con el ardor de abrasadora llama, loco, mensajero de veloces pies, fue en busca de Aquiles. Hallóle junto alas naves, de s popas, y ya el héroe presentía lo ocurrido; pues, gimiendo, a su magnánimo espíritu e hablaba:

¡Ay de mí! ¿Por qué los melenudos aqueos vuelven a ser derrotados, y corren didos por la llanura con dirección a las naves? Temo que los dioses me hayan ado la desgracia cruel para mi corazón, que me anunció mi madre diciendo que el valiente de los mirmidones dejaría de ver la luz del sol, a manos de los troyanos, s de que yo falleciera. Sin duda ha muerto el esforzado hijo de Menecio. ¡Infeliz! Yo mandé que, tan pronto como apartase el fuego enemigo, regresara a los bajeles y no iera pelear valerosamente con Héctor.

Mientras tales pensamientos revolvía en su mente y en su corazón, llegó el hijo del re Néstor; y, derramando ardientes lágrimas, dióle la triste noticia:

¡Ay de mí, hijo del aguerrido Peleo! Sabrás una infausta nueva, una cosa que no era de haber ocurrido. Patroclo yace en el suelo, y troyanos y aqueos combaten en o del cadáver desnudo, pues Héctor, el de tremolante casco, tiene la armadura. Así dijo; y negra nube de pesar envolvió a Aquiles. El héroe cogió ceniza con ambas os, derramóla sobre su cabeza, afeó el gracioso rostro y la negra ceniza manchó la ditúnica; después se tendió en el polvo, ocupando un gran espacio, y con las manos se ncaba los cabellos. Las esclavas que Aquiles y Patroclo habían cautivado salieron gidas; y, dando agudos gritos, fueron desde la puerta a rodear a Aquiles; todas se eaban el pecho y sentían desfallecer sus miembros. Antíloco también se lamentaba, ía lágrimas y tenía de las manos a Aquiles, cuyo gran corazón deshacía en suspiros, el temor de que se cortase la garganta con el hierro. Dio Aquiles un horrendo gemido; e su veneranda madre, que se hallaba en el fondo del mar, junto al padre anciano, y rumpió en sollozos; y cuantas diosas nereidas había en aquellas profundidades, todas onregaron a su alrededor. Allí estaban Glauce, Tálfa, Cimódoce, Nesea, Espío, Toe, a, la de ojos de novilla, Cimótoe, Actea, Limnorea, Mélite, Yera, Anfítoe, Ágave, o, Proto, Ferusa, Dinámene, Dexámene, Anfínome, Calianira, Dóride, Pánope, la bre Galatea, Nemertes, Apseudes, Calianasa, Clímene, Yanira, Yanasa, Mera, Oritía, atía, la de hermosas trenzas, y las restantes nereidas que habitan en el hondo del mar.

quecina gruta se llenó de ninfas, y todas se golpeaban el pecho. Y Tetis, dando cipio a los lamentos, exclamó:

Oíd, hermanas nereidas, para que sepáis cuántas penas sufre mi corazón. ¡Ay de mí, graciada! ¡Ay de mí, madre infeliz de un valiente! Parí a un hijo ilustre, fuerte a gne entre los héroes, que creció semejante a un árbol; le crié como a una planta en eno fértil y to mandé a Ilio en las corvas naves para que combatiera con los troyanos; no le recibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras y ve la luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle orro. Iré a ver al hijo querido y me dirá qué pesar le aflige ahora que no interviene en batallas.

Así diciendo, salió de la gruta; las nereidas la acompañaron llorosas, y las olas del se rompían en torno de ellas. Cuando llegaron a la fértil Troya, subieron todas a la a donde las muchas naves de los mirmidones habían sido colocadas junto a la del z Aquiles. La veneranda madre se acercó al héroe, que suspiraba profundamente; y, piendo el aire con agudos clamores, abrazóle la cabeza, y en tono lastimero anunció estas aladas palabras:

¡Hijo! ¿Por qué lloras? ¿Qué pesar te ha llegado al alma? Habla; no me to ocultes. s ha cumplido lo que tú, levantando las manos, le pediste: que todos los aqueos, ados de ti, fueran acorralados junto a las naves y padecieran vergonzosos desastres. Exhalando profundos suspiros, contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Madre mía! El Olímpico, efectivamente, lo ha cumplido; pero ¿qué placer puede ducirme, habiendo muerto Patroclo, el fiel amigo a quien apreciaba sobre todos los pañeros y tanto como a mi propia cabeza? Lo he perdido, y Héctor, después de arlo, le despojó de las armas prodigiosas, encanto de la vista, magníficas, que los es regalaron a Peleo, como espléndido presente, el día en que lo colocaron en el mo de un hombre mortal. Ojalá hubieras seguido habitando en el mar con las ortales ninfas, y Peleo hubiese tomado esposa mortal. Mas no sucedió así, para que inmenso el dolor de tu alma cuando muera tu hijo, a quien ya no recibirás vuelto a la ia, pues mi ánimo no me incita a vivir, ni a permanecer entre los hombres, si Héctor ierde la vida, atravesado por mi lanza, recibiendo de este modo la condigna pena por uerte de Patroclo Menecíada.

Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

Breve será tu existencia, a juzgar por lo que dices, pues la muerte te aguarda así que tor perezca.

Contestó muy afligido Aquiles, el de los pies ligeros:

Muera yo en el acto, ya que no pude socorrer al amigo cuando lo mataron: ha cido lejos de su país y sin tenerme al lado para que le librara de la desgracia. Ahora, sto que no he de volver a la patria tierra, ni he salvado a Patroclo ni a los muchos gos que murieron a manos del divino Héctor, permanezco en las naves cual inútil o de la tierra, siendo tal en la batalla como ninguno de los aqueos, de broncíneas zas, pues en el ágora otros me superan. Ojalá pereciera la discordia para los dioses y los hombres, y con ella la ira, que encruelece hasta al hombre sensato cuando

más e que la miel se introduce en el pecho y va creciendo como el humo. Así me irritó el de hombres, Agamenón. Pero dejemos to pasado, aunque afligidos, pues es preciso enar el furor del pecho. Iré a buscar al matador del amigo querido, a Héctor; y yo biré la muerte cuando lo dispongan Zeus y los demás dioses inmortales. Pues ni el ido Heracies pudo librarse de ella, con ser carísimo al soberano Zeus Cronida, sino la parca y la cólera funesta de Hera le hicieron sucumbir. Así yo, si he de tener igual rte, yaceré en la tumba cuando muera; mas ahora ganaré gloriosa fama y haré que nas de las matronas troyanas o dardanias, de profundo seno, den fuertes suspiros y ambas manos se enjuguen las lágrimas de sus tiernas mejillas. Conozcan que durante o tiempo me he abstenido de combatir. Y tú, aunque me ames, no me prohíbas que e, que no lograrás persuadirme.

7 Respondióle Tetis, la de argénteos pies:

Sí, hijo, es justo, y no puede reprobarse que libres a los afligidos compañeros de muerte terrible; pero to magnífica armadura de luciente bronce la tienen los troyanos, éctor, el de tremolante casco, se vanagloria de cubrir con ella sus hombros. Con todo me figuro que no durará mucho su jactancia, pues ya la muerte se le avecina. Tú no etres en la contienda de Ares hasta que con tus ojos me veas volver; y mañana, al per el alba, vendré a traerte una hermosa armadura fabricada por Hefesto.

8 Cuando así hubo hablado, dejó a su hijo; y volviéndose a sus hermanas de la mar,

Bajad vosotras al anchuroso seno del mar para ver al anciano marino y el palacio padre, a quien se lo contaréis todo; y yo subiré al elevado Olimpo para que Hefesto, el re artífice, dé a mi hijo una magnífica y reluciente armadura.

s Así habló. Las nereidas se sumergieron prestamente en las olas del mar, y Tetis, la a de argénteos pies, enderezó sus pasos al Olimpo para procurar a su hijo las magnífiamas.

8 Mientras la diosa se encaminaba al Olimpo, los aqueos, de hermosas grebas, endo con gritería inmensa a vista de Héctor, matador de hombres, llegaron a las naves Helesponto; y ya no podían sacar fuera de los tiros el cadáver de Patroclo, escudero Aquiles, porque de nuevo los alcanzaron los troyanos con sus carros y Héctor, hijo de mo, que por su vigor parecía una llama. Tres veces el esclarecido Héctor asió a oculo por los pies a intentó arrastrarlo, exhortando con horrendos gritos a los troyanos; veces los dos Ayantes, revestidos de impetuoso valor, le rechazaron. Héctor, condo en su fuerza, unas veces se arrojaba a la pelea, otras se detenía y daba grandes es, pero nunca se retiraba del todo. Como los pastores pasan la noche en el campo y siguen apartar de la presa a un fogoso león muy hambriento; de semejante modo, belicosos Ayantes no lograban ahuyentar del cadáver a Héctor Priámida. Y éste to strara, consiguiendo inmensa gloria, si no se hubiese presentado al Pelión, para nsejarle que tomase las armas, la veloz Iris, de pies ligeros como el viento; a la cual aba Hera, sin que to supieran Zeus ni los demás dioses. Colocóse la diosa cerca de iles y pronunció estas aladas palabras:

¡Levántate, Pelida, el más portentoso de los hombres! Ve a defender a Patroclo, cuyo cuerpo se ha trabado un vivo combate cerca de las naves. Mátanse a11í los eos defendiendo el cadáver, y

los troyanos acometiendo con el fin de arrastrarlo a la osa Ilio. Y el que más empeño tiene en llevárselo es el esclarecido Héctor, porque su mo le incita a cortarle la cabeza del tierno cuello para clavarla en una estaca. ántate, no yazgas más; avergüéncese tu corazón de que Patroclo llegue a ser juguete os perros troyanos; pues será para ti motivo de afrenta que el cadáver reciba algún 1 Respondióle el divino Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Diosa Iris! ¿Cuál de las deidades te envía como mensajera?

3 Díjole la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

Me manda Hera, la ilustre esposa de Zeus, sin que lo sepan el excelso Cronida ni demás dioses inmortales que habitan el nevado Olimpo.

7 Replicó Aquiles, el de los pies ligeros:

¿Cómo puedo ir a la batalla? Los troyanos tienen mis armas, y mi madre no me mite entrar en combate hasta que con estos ojos la vea volver, pues aseguré que me ría una hermosa armadura fabricada por Hefesto. Entre tanto no sé de cuál guerrero ría vestir las armas, a no ser que tomase el escudo de Ayante Telamoníada; pero creo éste se halla entre los combatientes delanteros y pelea con la lanza por el cadáver de oclo.

6 Contestóle la veloz Iris, de pies ligeros como el viento:

Bien sabemos nosotros que aquéllos tienen tu magnífica armadura; pero muéstrate s troyanos en la orilla del foso para que, temiéndote, cesen de pelear; los belicosos eos, que tan abatidos están, se reanimen, y la batalla tenga su tregua, aunque sea por e tiempo.

2 En diciendo esto, fuese Iris, ligera de pies. Aquiles, caro a Zeus, se levantó, y nea cubrióle los fornidos hombros con la égida floqueada, y además la divina entre las as circundóle la cabeza con áurea nube, en la cual ardía resplandeciente llama. Como e desde lejos el humo que, saliendo de una isla donde se halla una ciudad sitiada por enemigos, llega al éter, cuando sus habitantes, después de combatir todo el día en enda batalla, fuera de la ciudad, al ponerse el sol encienden muchos fuegos, cuyo landor sube a to alto, para que los vecinos los vean, se embarquen y les libren del o, de igual modo el resplandor de la cabeza de Aquiles llegaba al éter. Y acercándose orilla del foso, fuera de la muralla, se detuvo, sin mezclarse con los aqueos, porque etaba el prudente mandato de su madre. Allí dio recias voces y a alguna distancia s Atenea vociferó también y suscitó un inmenso tumulto entre los troyanos. Como se la voz sonora de la trompeta cuando vienen a cercar la ciudad enemigos que la vida an, tan sonora fue entonces la voz del Eácida. Cuando se dejó oír la voz de bronce de l e, a todos se les conturbó el corazón, y los caballos, de hermosas crines, volvíanse a atrás con los carros porque en su ánimo presentían desgracias. Los aurigas se daron atónitos al ver el terrible a incesante fuego que en la cabeza del magnánimo ón hacía arder Atenea, la diosa de ojos de lechuza. Tres veces el divino Aquiles gritó llas del foso, y tres veces se turbaron los troyanos y sus ínclitos auxiliares; y doce de más valientes guerreros murieron atropellados por sus carros y heridos por sus propias as. Y los aqueos, muy alegres, sacaron a Patroclo fuera del alcance de los tiros y cáronlo en un lecho. Los amigos le rodearon llorosos, y con ellos iba Aquiles, el de pies ligeros, derramando ardientes

lágrimas, desde que vio al fiel compañero garrado por el agudo bronce y tendido en el féretro. Habíale mandado a la batalla con arro y sus corceles, y ya no podía recibirlo, porque de ella no tornaba vivo.

9 Hera veneranda, la de ojos de novilla, obligó al sol infatigable a hundirse, mal de rado, en la corriente del Océano. Y una vez puesto, los divinos aqueos suspendieron nconada pelea y el general combate.

3 Los troyanos, por su parte, retirándose de la dura contienda, desuncieron de los os los veloces corceles y se reunieron en el ágora antes de preparar la cena. ebraron el ágora de pie y nadie osó sentarse; pues a todos les hacía temblar el que iles se presentara después de haber permanecido tanto tiempo apartado del funesto te. Fue el primero en arengarles el prudente Polidamante Pantoida, el único que ocía to futuro y to pasado: era amigo de Héctor, y ambos nacieron en la misma noche; Polidamante superaba a Héctor en la elocuencia, y éste descollaba más que él en el ojo de la lanza. Y arengándoles benévolo, así les dijo:

Pensadlo bien, amigos, pues yo os exhorto a volver a la ciudad en vez de aguardar divinal aurora en la llanura, junto a las naves, y tan lejos del muro como al presente hallamos. Mientras ese hombre estuvo irritado con el divino Agamenón, fue más fácil batir contra los aqueos; y también yo gustaba de pernoctar junto a las veleras naves, rando que acabaríamos tomando los corvos bajeles. Ahora temo mucho al Pelida, de igeros, que con su ánimo arrogante no se contentará con quedarse en la lla nura, de troyanos y aqueos sostienen el furor de Ares, sino que luchará para apoderarse de udad y de las mujeres. Volvamos a la población; seguid mi consejo, antes de que ra to que voy a decir. La noche inmortal ha detenido al Pelida, de pies ligeros; pero, mañana nos acomete armado y nos encuentra aquí, conoceréis quién es, y llegará oso a la sagrada Illo el que logre escapar, pues a muchos de los troyanos se los eran los perros y los buitres. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Si, aunestéis afligidos, seguís mi consejo, tendremos el ejército reunido en el ágora durante oche, pues la ciudad queda defendida por las torres y las altas puertas con sus tablas des, labradas, sólidamente unidas. Por la mañana, al apuntar la aurora, subiremos ados a las torres; y si aquél viniere de las naves a combatir con nosotros al pie del o, peor para él; pues habrá de volverse después de cansar a los caballos, de erguido lo, con carreras de todas clases, llevándolos errantes en torno de la ciudad. Pero no rá ánimo para entrar en ella, y nunca podrá destruirla; antes se to comerán los veloces 4 Mirándole con torva faz, exclamó Héctor, el de tremolante casco:

¡Polidamante! No me place lo que propones de volver a la ciudad y encerrarnos en ¿Aún no os cansáis de vivir dentro de los muros? Antes todos los hombres dotados alabra llamaban a la ciudad de Príamo rica en oro y en bronce, pero ya las hermosas s desaparecieron de las casas: muchas riquezas han sido llevadas a la Frigia y a la enadora Meonia para ser vendidas, desde que Zeus se irritó contra nosotros. Y ahora el hijo del artero Crono me ha concedido alcanzar gloria junto a las naves y acorralar ra el mar a los aqueos, no des, ¡oh necio!, tales consejos al pueblo. Ningún troyano to decerá, porque no lo permitiré. Ea, procedamos todos como voy a decir.

Cenad en el pamento, sin romper las filas; acordaos de la guardia y vigilad todos. Y el troyano sienta gran temor por sus bienes, júntelos y entréguelos al pueblo para que en común onsuman; pues es mejor que los disfrute éste que no los aqueos. Mañana, al apuntar la ra, vestiremos la armadura y suscitaremos un reñido combate junto alas cóncavas naY si verdaderamente el divino Aquiles pretende salir del campamento, le pesará o más, cuanto más se arriesgue. Porque intento no huir de él, sino afrontarle en la horrisona; y alcanzará una gran victoria, o seré yo quien la consiga. Que Enialio todos común y suele causar la muerte del que matar deseaba.

0 Así se expresó Héctor, y los troyanos le aclamaron, ¡oh necios!, porque Palas nea les quitó el juicio. ¡Aplaudían todos a Héctor por sus funestos propósitos y ni uno iera a Polidamante, que les daba un buen consejo! Tomaron, pues, la cena en el pamento; y los aqueos pasaron la noche dando gemidos y llorando a Patroclo. El da, poniendo sus manos homicidas sobre el pecho del amigo, dio comienzo a las idas lamentaciones, mezcladas con frecuentes sollozos. Como el melenudo león a n un cazador ha quitado los cachorros en la poblada selva, cuando vuelve a su riguera se aflige y, poseído de vehemente cólera, recorre los valles en busca de aquel bre, de igual modo, y despidiendo profundos suspiros, dijo Aquiles entre los midones:

¡Oh dioses! Vanas fueron las palabras que pronuncié un día en el palacio para quilizar al héroe Menecio, diciendo que a su ilustre hijo le llevaría otra vez a Opunte pronto como, tomada Ilio, recibiera su parte de botín. Zeus no les cumple a los bres todos sus deseos; y el hado ha dispuesto que nuestra sangre enrojezca una ma tierra, aquí en Troya; porque ya no me recibirán en su palacio ni el anciano allero Peleo, ni Tetis, mi madre, sino que esta tierra me contendrá en su seno. Ahora, ue tengo de penetrar en la tierra, oh Patroclo, después que tú, no to haré las honras bres hasta que traiga las armas y la cabeza de Héctor, tu magnánirno matador. ollaré ante la pira, para vengar to muerte, doce hijos de ilustres troyanos. Y en tanto manezcas tendido junto a las corvas naves, te rodearán, llorando noche y día, las s y dardanias de profundo seno que conquistamos con nuestro valor y la ingente a, al entrar a saco opulentas ciudades de hombres de. voz articulada.

3 Cuando esto hubo dicho, el divino Aquiles mandó a sus compañeros que pusieran uego un gran trípode para que cuanto antes le lavaran a Patroclo las manchas de sanY ellos colocaron sobre el ardiente fuego una caldera propia para baños, sostenida un trípode; llenáronla de agua, y metiendo leña debajo la encendieron: el fuego rodeó aldera y calentó el agua. Cuando ésta hirvió en la caldera de bronce reluciente, ron el cadáver, ungiéronlo con pingüe aceite y taparon las heridas con un unguento nía nueve años; después, colocándolo en el lecho, lo envolvieron de pies a cabeza ina tela de lino y lo cubrieron con un velo blanco. Los mirmidones pasaron la noche dedor de Aquiles, el de los pies ligeros, dando gemidos y llorando a Patroclo. Y Zeus ó de este modo a Hera, su hermana y esposa:

Lograste al fin, Hera veneranda, la de ojos de novilla, que Aquiles, ligero de pies, iera a la batalla. Sin duda nacieron de tí los melenudos aqueos.

0 Respondió Hera veneranda, la de ojos de novilla:

¡Terribilísimo Cronida! ¡Qué palabras proferiste! Si un hombre, no obstante su dición de mortal y no saber Canto, puede realizar su propósito contra otro hombre, mo yo, que me considero la primera de las diosas por mi abolengo y por llevar el bre de esposa tuya, de ti que reinas sobre los inmortales todos, no había de causar es a los troyanos estando irritada contra ellos?

8 Así éstos conversaban. Tetis, la de argénteos pies, llegó al palacio imperecedero de esto, que brillaba como una estrella, lucía entre los de las deidades, era de bronce y alo edificado el cojo en persona. Halló al dios bañado en sudor y moviéndose en o de los fuelles, pues fabricaba veinte trípodes que debían permanecer arrimados a la d del bien construido palacio y tenían ruedas de oro en los pies para que de propio lso pudieran entrar donde los dioses se congregaban y volver a la casa. ¡Cosa irable! Estaban casi terminados, faltándoles tan sólo las labradas asas, y el dios araba los clavos para pegárselas. Mientras hacía tales obras con sabia inteligencia, ó Tetis, la diosa de argénteos pies. La bella Caris, que llevaba luciente diadema y era osa del ilustre cojo, viola venir, salió a recibirla, y, asíndola por la mano, le dijo:

¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? es no solías frecuentarlo. Pero sígueme, y to ofreceré los dones de la hospitalidad. 8 Dichas estas palabras, la divina entre las diosas introdujo a Tetis y la hizo sentar en hermoso trono labrado, tachonado con clavos de plata y provisto de un escabel para pies. Y, llamando a Hefesto, ilustre artífice, le dijo:

¡Hefesto! Ven acá, pues Tetis to necesita para algo.

3 Respondió el ilustre cojo de ambos pies:

Respetable y veneranda es la diosa que ha venido a este palacio. Fue mi salvadora ndo me tocó padecer, pues vime arrojado del cielo y caí a lo lejos por la voluntad de nsolente madre, que me quería ocultar a causa de la cojera. Entonces mi corazón era tenido que soportar terribles penas, si no me hubiesen acogido en su seno nome y Tetis; Eurínome, hija del retluyente Océano. Nueve años viví con ellas icando muchas piezas de bronce -broches, redondos brazaletes, sortijas y collares- en cueva profunda, rodeada por la inmensa, murmurante y espumosa corriente del ano. De todos los dioses y los mortales hombres, sólo to sabían Tetis y Eurínome, las mas que antes me salvaron. Hoy que Tetis, la de hermosas trenzas, viene a mi casa, o que pagarle el beneficio de haberme conservado la vida. Sírvele hermosos entes de hospitalidad, mientras recojo los fuelles y demás herramientas.

0 Dijo; y levantóse de cabe al yunque el gigantesco e infatigable numen que al andar aba arrastrando sus gráciles piernas. Apartó de la llama los fuelles y puso en un arcón lata las herramientas con que trabajaba; enjugóse con una esponja el sudor del rostro, as manos, del vigoroso cuello y del velludo pecho, vistió la túnica, tomó el fornido o, y salió cojeando, apoyado en dos estatuas de oro que eran semejantes a vivientes nes, pues tenían inteligencia, voz y fuerza, y hallábanse ejercitadas en las obras pias de los inmortales dioses. Ambas sostenían

cuidadosamente a su señor, y éste, ando, se sentó en un trono reluciente cerca de Tetis, asió la mano de la deidad, y le

¿Por qué, oh Tetis, la de largo peplo, venerable y cara, vienes a nuestro palacio? es no solías frecuentarlo. Di qué deseas; mi corazón me impulsa a ejecutarlo, si puedo tarlo y es hacedero.

8 Respondióle Tetis, derramando lágrimas:

¡Hefesto! ¿Hay alguna entre las diosas del Olimpo que haya sufrido en su ánimo os y tan graves pesares como a mí me ha enviado el Cronida Zeus? De las ninfas del únicamente a mí me sujetó a un hombre, a Peleo Eácida, y tuve que tolerar, contra mi voluntad, el tálamo de un hombre que yace ya en el palacio, rendido a la triste z. Ahora me envía otros males: concedióme que pariera y alimentara un hijo insigne e los héroes, que creció semejante a un árbol, to crié como a una planta en terreno l y to mandé a Ilío en las corvas naves, para que combatiera con los troyanos; y ya no cibiré otra vez, porque no volverá a mi casa, a la mansión de Peleo. Mientras vive y a luz del sol está angustiado, y no puedo, aunque a él me acerque, llevarle socorro. aqueos le habían asignado, como recompensa, una joven, y el rey Agamenón se la ó de las manos. Apesadumbrado por tal motivo, consumía su corazón, pero los anos acorralaron a los aqueos junto a los bajeles y no les dejaban salir del pamento, y los próceres argivos intercedieron con Aquiles y le ofrecieron espléndidos los. Entonces, aunque se negó a librarles de la ruina, hizo que vistiera sus armas oclo y envióle a la batalla con muchos hombres. Combatieron todo el día en las tas Esceas; y los aqueos hubieran destruido la ciudad, a no haber sido por Apolo, el mató entre los combatientes delanteros al esforzado hijo de Menecio, que tanto estraasaba, y dio gloria a Héctor. Y yo vengo a abrazar tus rodillas por si quieres dar a ijo, cuya vida ha de ser breve, escudo, casco, hermosas grebas ajustadas con broches, oraza; pues las armas que tenía las perdió su fiel amigo al morir a manos de los anos, y Aquiles yace en tierra con el corazón afligido.

2 Contestóle el ilustre cojo de ambos pies:

Cobra ánimo y no to apures por las armas. Ojalá pudiera ocultarlo a la muerte ísona cuando el terrible destino se le presence, como tendrá una hermosa armadura admirarán cuantos la vean.

8 Así habló; y, dejando a la diosa, encaminóse a los fuelles, los volvió hacia la llama s mandó que trabajasen. Estos soplaban en veinte hornos, despidiendo un aire que avia el fuego y era de varias clases: unas veces fuerte, como lo necesita el que trabaja de a, y otras al contrario, según Hefesto lo deseaba y la obra to requería. El dios puso al o duro bronce, estaño, oro precioso y plata; colocó en el tajo el gran yunque, y cogió na mano el pesado martillo y con la otra las tenazas.

8 Hizo lo primero de todo un escudo grande y fuerte, de variada labor, con triple efa brillante y reluciente, provisto de una abrazadera de plata. Cinco capas tenía el do, y en la superior grabó el dios muchas artísticas figuras, con sabia inteligencia. 3 A11f puso la tierra, el cielo, el mar, el sol infatigable y la luna llena; a11f las ellas que el cielo coronan, las Pléyades, las

Híades, el robusto Orión y la Osa, llamada sobrenombre el Carro, la cual gira siempre en el mismo sitio, mira a Orión y es la que deja de bañarse en el Océano.

0 Allí representó también dos ciudades de hombres dotados de palabra. En la una se braban bodas y festines: las novias salían de sus habitaciones y eran acompañadas por udad a la luz de antorchas encendidas, oíanse repetidos cantos de himeneo, jóvenes zantes formaban ruedas, dentro de los cuales sonaban flautas y cítaras, y las matronas iraban el espectáculo desde los vestíbulos de las casas.- Los hombres estaban idos en el ágora, pues se había suscitado una contienda entre dos varones acerca de la ta que debía pagarse por un homicidio: el uno, declarando ante el pueblo, afirmaba ya la tenía satisfecha; el otro negaba haberla recibido, y ambos deseaban terminar el o presentando testigos. El pueblo se hallaba dividido en dos bandos, que aplaudían sivamente a cada litigante; los heraldos aquietaban a la muchedumbre, y los anos, sentados sobre pulimentadas piedras en sagrado círculo, tenían en las manos los os de los heraldos, de voz potente, y levantándose uno tras otro publicaban el juicio habían formado. En el centro estaban los dos talentos de oro que debían darse al que or demostrara la justicia de su causa.

9 La otra ciudad aparecía cercada por dos ejércitos cuyos individuos, revestidos de entes armaduras, no estaban acordes: los del primero deseaban arruinar la plaza, y los s querían dividir en dos partes cuantas riquezas encerraba la agradable población. o los ciudadanos aún no se rendían, y preparaban secretamente una emboscada. eres, niños y ancianos subidos en la muralla la defendían. Los sitiados marchaban ando al frente a Ares y a Palas Atenea, ambos de oro y con áureas vestiduras, mosos, grandes, armados y distinguidos, coino dioses; pues los hombres eran de ra menor. Luego en el lugar escogido para la emboscada, que era a orillas de un río rca de un abrevadero que utilizaba todo el ganado, sentábanse, cubiertos de reluciente ce, y ponían dos centinelas avanzados para que les avisaran la llegada de las ovejas y os bueyes de retorcidos cuernos. Pronto se presentaban los rebaños con dos pastores se recreaban tocando la zampoña, sin presentir la asechanza. Cuando los emboscados veían venir, corrían a su encuentro y al punto se apoderaban de los rebaños de bueyes los magníficos hatos de blancas ovejas y mataban a los guardianes. Los sitiadores, se hallaban reunidos en junta, oían el vocerío que se alzaba en torno de los bueyes, y, tando ágiles corceles, acudían presurosos. Pronto se trababa a orillas del río una lla en la cual heríanse unos a otros con bronceíneas lanzas. Allí se agitaban la cordia, el Tumulto y la funesta Parca, que a un tiempo cogía a un guerrero vivo y entemente herido y a otro ileso, y arrastraba, asiéndolo de los pies, por el campo de la lla a un tercero que ya había muerto; y el ropaje que cubría su espalda estaba teniño sangre humana. Movíanse todos como hombres vivos, peleaban y retiraban los 1 Representó también una blanda tierra noval, un campo fértil y vasto que se labraba tercera vez: acá y acullá muchos labradores guiaban las yuntas, y, al llegar al confín campo, un hombre les salía al encuentro y les daba una copa de dulce vino; y ellos ían atrás, abriendo nuevos surcos, y deseaban llegar al otro

extremo del noval undó. Y la tierra que dejaban a su espalda negreaba y parecía labrada, siendo toda de to cual constituía una singular maravilla.

0 Grabó asimismo un campo real donde los jóvenes se gaban las mieses con hoces das: muchos manojos cafar al suelo a lo largo del surco, y con ellos formaban gavilla: atadores. Tres eran éstos, y unos rapaces cogían los manojos y se los llevaban a ados. En medio, de pie en un surco, estaba el rey sin desplegar los labios, con el zón alegre y el cetro en la mano. Debajo de una encina, los heraldos preparaban para anquete un corpulento buey que habían matado. Y las mujeres aparejaban la comida os trabajadores, haciendo abundantes puches de blanca harina.

1 También entalló una hermosa viña de oro, cuyas cepas, cargadas de negros mos, estaban sostenidas por rodrigones de plata. Rodeábanla un foso de negruzco o y un seto de estaño, y conducía a ella un solo camino por donde pasaban los readores ocupados en la vendimia. Doncellas y mancebos, pensando en cosas tiernas, aban el dulce fruto en cestos de mimbre; un muchacho tañía suavemente la moniosa cítara y entonaba con tenue voz un hermoso lino, y todos le acompañaban ando, profiriendo voces de júbilo y golpeando con los pies el suelo.

3 Puso luego un rebaño de vacas de erguida cornamenta: los animales eran de oro y ño, y salían del establo, mugiendo, para pastar a orillas de un sonoro río, junto a un ible cañaveral. Cuatro pastores de oro guiaban a las vacas y nueve canes de pies ros los seguían. Entre las primeras vacas, dos terribles leones habían sujetado y ducían a un toro que daba fuertes mugidos. Perseguiólos mancebos y perros. Pero los es lograban desgarrar la piel del corpulento toro y tragaban los intestinos y la negra gre; mientras los pastores intentaban, aunque inútilmente, estorbarlo, y azuzaban a los es canes: éstos se apartaban de los leones sin morderlos, ladraban desde cerca y ían el encuentro de las fieras.

7 Hizo también el ilustre cojo de ambos pies un gran prado en hermoso valle, donde an las cándidas ovejas, con establos, chozas techadas y apriscos.

0 El ilustre cojo de ambos pies puso luego una danza como la que Dédalo concertó a vasta Cnosó en obsequio de Ariadna, la de lindas trenzas. Mancebos y doncellas de dote, cogidos de las manos, se divertían bailando: éstas llevaban vestidos de sutil lino nitas guirnaldas, y aquéllos, túnicas bien tejidas y algo lustrosas, como frotadas con te, y sables de oro suspendidos de argénteos taháltes. Unas veces, moviendo los tros pies, daban vueltas a la redonda con la misma facilidad con que el alfarero, ándose, aplica su mano al torno y to prueba para ver si corre, y en otras ocasiones se caban por hileras y bailaban separadamente. Gentío inmenso rodeaba el baile y se a en contemplarlo. Entre ellos un divino aedo cantaba, acompañándose con la a; y así que se oía el prelude, dos saltadores hacían cabriolas en medio de la hedumbre.

6 En la orla del sólido escudo representó la poderosa corriente del río Océano. 9 Después que construyó el grande y fuerte escudo, hizo para Aquiles una coraza reluciente que el resplandor del fuego; un sólido casco, hermoso, labrado, de áurea era, y que a sus sienes se adaptara, y unas grebas de dúctil estaño.

4 Cuando el ilustre cojo de ambos pies hubo fabricado todas las armas, entrególas a adre de Aquiles. Y Tetis saltó, como un gavián desde el nevado Olimpo, llevando la ciento armadura que Hefesto había construido.

## Canto xix\*



### Renunciamiento de la cólera

Penrechado con la armadura que le había fabricado Hefesto, Aquiles se reconcilia con Agamenón. Se lamenta la muerte de Patroclo y el ejército aqueo se prepara para la batalla que va a tener lugar. La Aurora, de azafranado velo, se levantaba de la corriente del Océano para llevar la a los dioses y a los hombres, cuando Tetis llegó a las naves con la armadura que esto le había entregado. Halló al hijo querido reclinado sobre el cadáver de Patroclo, ando ruidosamente y en torno suyo a muchos amigos que derramaban lágrimas. La dientre las diosas se puso en medio, asió la mano de Aquiles y hablóle de este modo: ¡Hijo mío! Aunque estamos afligidos, dejemos que ése yazga, ya que sucumbió por voluntad de los dioses; y tú recibe la armadura fabricada por Hefesto, tan excelente y a como jamás varón alguno la haya llevado para proteger sus hombros.

La diosa, apenas acabó de hablar, colocó en el suelo delante de Aquiles las labradas as, y éstas resonaron. A todos los mirmidones les sobrevino temblor; y, sin atreverse irarlas de frente, huyeron espantados. Mas Aquiles, así que las vio, sintió que se le udecía la cólera; los ojos le centellearon terriblemente, como una llama, debajo de los ados; y el héroe se gozaba teniendo en las manos el espléndido presente de la deidad. uando bubo deleitado su ánimo con la contemplación de la labrada armadura, dirigió madre estas aladas palabras:

¡Madre mía! El dios te ha dado unas armas como es natural que sean las obras de nmortales y como ningún hombre mortal las hiciera. Ahora me armaré, pero temo mientras tanto penetren las moscas por las heridas que el bronce causó al esforzado de Menecio, engendren gusanos, desfiguren el cuerpo -pues le falta la vida- y compan todo el cadáver.

Respondióle Tetis, la diosa de argénteos pies:

Hijo, no te turbe el ánimo tal pensamiento. Yo procuraré apartar los importunos mbres de moscas, que se ceban en la carne de los varones muertos en la guerra. Y, que estuviera tendido un año entero, su cuerpo se conservaría igual que ahora o mejor vía. Tú convoca al ágora a los héroes aqueos, renuncia a la cólera contra Agamenón, or de pueblos, ármate en seguida para el combate y revístete de valor.

Dicho esto, infundióle fortaleza y audacia, y echó unas gotas de ambrosía y rojo ar en la nariz de Patroclo, para que el cuerpo se hiciera incorruptible.

El divino Aquiles se encaminó a la orilla del mar, y, dando horribles voces, convocó s héroes aqueos. Y cuantos solían quedarse en el recinto de las naves, y hasta los piloque las gobernaban, y como dispenseros distribuían los víveres, fueron entonces al a, porque Aquiles se presentaba,

después de haber permanecido alejado del triste bate durante mucho tiempo. El intrépido Tídida y el divino Ulises, servidores de s, acudieron cojeando, apoyándose en el arrimo de la lanza -aún no tenían curadas las es heridas-, y se sentaron delante de todos. Agamenón, rey de hombres, llegó el mo y también estaba herido, pues Coón Antenórida habíale clavado su bronceína pica nte la encarnizada lucha. Cuando todos los aqueos se hubieron congregado, ntándose entre ellos dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Atrida! Mejor hubiera sido para entrambos, para ti y para mí, continuar unidos que ener, con el corazón angustiado, roedora disputa por una joven. Así la hubiese muerto mis en las naves con una de sus flechas el mismo día que la cautivé al tomar a eso; y no habrían mordido el anchuroso suelo tantos aqueos como sucumbieron a os del enemigo mientras duró mi cólera. Para Héctor y los troyanos fue el beneficio, e figuro que los aqueos se acordarán largo tiempo de nuestra disputa. Mas dejemos lo do, aunque nos hallemos afligidos, puesto que es preciso refrenar el furor del pecho. de ahora depongo la cólera, que no sería razonable estar siempre irritado. Mas, ea, a a los melenudos aqueos a que peleen; y veré, saliendo al encuentro de los troyanos, uerrán pasar la noche junto a los bajeles. Creo que con gusto se entregará al descanso ue logre escapar del feroz combate, puesto en fuga por mi lanza.

Así habló; y los aqueos, de hermosas grebas, holgáronse de que el magnánimo ón renunciara a la cólera. Y el rey de hombres, Agamenón, les dijo desde su asiento, vantarse en medio del concurso:

¡Oh amigos, héroes dánaos, servidores de Ares! Bueno será que escuchéis sin rrumpirme, pues lo contrario molesta hasta al que está ejercitado en hablar. ¿Cómo se ría oír o decir algo en medio del tumulto producido por muchos hombres? Turbaríase rador aunque fuese elocuente. Yo me dirigiré al Pelida; pero vosotros, los demás vos, prestadme atención y cada uno penetre bien mis palabras. Muchas veces los eos me han dirigido las mismas Palabras, increpándome por to ocurrido, y yo no soyulpable, sino Zeus, la Parca y Erinia, que vaga en las tinieblas; los cuales hicieron ecer a mi alma, durante el ágora, cruel ofuscación el día en que le arrebaté a Aquiles ecompensa. Mas, ¿qué podía hacer? La divinidad es quien lo dispone todo. Hija eranda de Zeus es la perniciosa Ofuscación, a todos tan funesta: sus pies son cados y no los acerca al suelo, sino que anda sobre las cabezas de los hombres, a nes causa daño, y se apodera de uno, por lo menos, de los que contienden. En otro po fue aciaga para el mismo Zeus, que es tenido por el más poderoso de los hombres los dioses; pues Hera, no obstante ser hembra, le engañó cuando Alcmena había de r al fornido Heracles en Teba, ceñida de hermosas murallas. El dios, gloriándose, dijo ante todas las deidades: «Oídme todos, dioses y diosas, para que os manifieste lo que l pecho mi corazón me dicta. Hoy Ilitia, la que preside los partos, sacará a luz un n que, perteneciendo a la familia de los hombres engendrados de mi sangre, reinará e todos sus vecinos.» Y hablándole con astucia, le replicó la venerable Hera: entirás, y no llevarás al cabo to que dices. Y si no, ea, Olímpico, jura solemnemente reinará sobre todos sus vecinos el niño que, perteneciendo a la familia de los hombres endrados de to sangre, caiga hoy entre los

pies de una mujer.» Así dijo; Zeus, no echando el dolo, prestó el gran juramento que tan funesto le había de ser. Pues Hera en raudo vuelo la cima del Olimpo, y pronto llegó a Argos de Acaya, donde vivía la osa ilustre de Esténelo Persida; y, como ésta se hallara encinta de siete meses plidos, la diosa sacó a luz el niño, aunque era prematuro, y retardó el parto de mena, deteniendo a las Ilitias. Y en seguida participóselo a Zeus Cronida, diciendo: adre Zeus, fulminador! Una noticia tengo que darte. Ya nació el noble varón que ará sobre los argivos: Euristeo, hijo de Esténelo Persida, descendiente tuyo. No es gno de reinar sobre aquéllos.» Así dijo, y un agudo dolor penetró el alma del dios, irritado en su corazón, cogió a Ofuscación por los nítidos cabellos y prestó solemne mento de que Ofuscación, tan funesta a todos, jamás volvería al Olimpo y al cielo ellado. Y, volteándola con la mano, la arrojó del cielo. En seguida llegó Ofuscación a campos cultivados por los hombres. Y Zeus gemía por causa de ella, siempre que emplaba a su hijo realizando los penosos trabajos que Euristeo le iba imponiendo. esto, cuando el gran Héctor, el de tremolante casco, mataba a los argivos junto a las as de las naves, yo no podía olvidarme de Ofuscación, cuyo funesto influjo había erimentado. Pero ya que falté y Zeus me hizo perder el juicio, quiero aplacarte y erte muchos regalos, y tú ve al combate y anima a los demás guerreros. Voy a darte nto ayer lo ofreció en tu tienda el divino Ulises. Y si quieres, aguarda, áunque estés aciente por combatir, y mis servidores traerán de la nave los presentes para que veas n capaces de apaciguar tu ánimo los que te brindo.

s Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! Luego podrás regalarme estas s, como es justo, o retenerlas. Ahora pensemos solamente en la batalla. Preciso es no perdamos el tiempo hablando, ni difiramos la acción - la gran empresa está aún por

, para que vean nuevamente a Aquiles entre los combatientes delanteros, uilando con su broncínea lanza las falanges teucas. Y vosotros pensad también en batir con los enemigos.

4 Contestó el ingenioso Ulises:

Aunque seas valiente, deiforme Aquiles, no exhortes a los aqueos a que peleen en nas con los troyanos, cerca de Ilio; que no durará poco tiempo la batalla cuando las nges vengan a las manos y la divinidad excite el valor de ambos ejércitos. Ordénales, el contrario, a los aqueos que en las veleras naves se harten de manjares y vino, pues da fuerza y valor. Estando en ayunas no puede el varón combatir todo el día, hasta la sta del sol, con el enemigo; aunque su corazón lo desee, los miembros se le necen sin que él lo advierta, le rinden el hambre y la sed, y las rodillas se le doblan al ar. Pero el que pelea todo el día con los enemigos, saciado de vino y de manjares, e en el pecho un corazón audaz y sus miembros no se cansan hasta que todos se han ado de la lid. Ea, despide las tropas y manda que preparen el desayuno; el rey de bres, Agamenón, traiga los regalos en medio del ágora para que los vean todos los eos con sus propios ojos y to regocijes en el corazón; jure el Atrida, de pie entre los vos, que nunca subió al lecho de Briseide ni se juntó con ella, como es costumbre, oh entre hombres y mujeres; y tú, Aquiles, procura tener en el pecho un ánimo benigno.

go se te ofrezca en el campamento un espléndido banquete de reconciliación, para nada falte de lo que se te debe. Y el Atrida sea en adelante más justo con todos; pues e puede reprender que se apacigue a un rey, a quien primero se injurió.

4 Dijo entonces el rey de hombres, Agamenón:

Con agrado escuché tus palabras, Laertiada, pues en todo lo que narraste y usiste has sido oportuno. Quiero hacer el juramento; mi ánimo me lo aconseja, y no para un perjurio ni invocación a la divinidad. Aquiles aguarde, aunque esté aciente por combatir, y los demás continuad reunidos aquí hasta que traigan de mí los presentes y consagremos con un sacrificio nuestra fiel amistad. A ti mismo lo encargo y ordeno: escoge entre los jóvenes aqueos los más principales; y, aminorándolos a mi nave, traed cuanto ayer ofrecimos a Aquiles, sin dejar las mujeres. Y ibio, atravesando el anchuroso campamento aqueo, vaya a buscar y prepare un jabalí inmolable a Zeus y al Sol.

8 Replicó Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Atrida gloriosísimo, rey de hombres, Agamenón! Todo esto debierais hacerlo si suspenda el combate y no sea tan grande el ardor que inflama mi pecho. ¿cen insepultos los que mató Héctor Priámda cuando Zeus le dio gloria, y vosotros aconsejáis que comamos! Yo mandaba a los aqueos que combatieran en ayunas, sin ar nada; y que a la puesta del sol, después de vengar la afrenta, celebraran un gran quete. Hasta entonces no han de entrar en mi garganta ni manjares ni bebidas, a causa de la muerte de mi compañero; el cual yace en la tienda, atravesado por el agudo bronce, los pies hacia el vestíbulo y rodeado de amigos que le lloran. Por esto, aquellas cosas nada interesan a mi espíritu, sino tan sólo la matanza, la sangre y el triste gemir de los reros.

5 Respondióle el ingenioso Ulises:

¡Oh Aquiles, hijo de Peleo, el más valiente de todos los aqueos! Eres más fuerte yo y me superas no poco en el manejo de la lanza, pero to ventaja mucho en el sar, porque nací antes y mi experiencia es mayor. Acceda, pues, to corazón a to que a decir. Pronto se cansan los hombres de pelear, si, haciendo caer el bronce muchas gas al suelo, la mieses escasa, porque Zeus, el árbitro de la guerra humana, inclina al lado la balanza. No es justo que los aqueos lloren al muerto con el vientre, pues do tantos los que sucumben unos en pos de otros todos los días, ¿cuándo podríamos irar sin pena? Se debe enterrar con ánimo firme al que muere y llorarle un día, y o cuantos hayan escapado del combate funesto piensen en comer y beber para vestir vez el indomable bronce y pelear continuamente y con más tesón aún contra los migos. Ningún guerrero deje de salir aguardando otra exhortación, que para su daño la hará quien se quede junto a las naves argivas. Vayamos todos juntos y excitemos al l Ares contra los troyanos, domadores de caballos.

8 Dijo; mandó que le siguiesen los hijos del glorioso Néstor, Meges Filida, Toante, Iones, Licomedes Creontíada y Melanipo, y encaminóse con ellos a la tienda de Menón Atrida. Y apenas hecha la proposición, ya estaba cumplida. Lleváronse de la da los siete trípodes que el

Atrida había ofrecido, veinte calderas relucientes y doce allos; a hicieron salir siete mujeres, diestras en primorosas labores, y a Briseide, la de las mejillas, que fue la octava. Al volver, Ulises iba delante con los diez talentos de que él mismo había pesado, y le seguían los jóvenes aqueos con los presentes. Puonio todo en medio del ágora; alzóse Agamenón, y al lado del pastor de hombres se o Taltibio, cuya voz parecía la de una deidad, sujetando con la mano a un jabalí. El da sacó el cuchillo que llevaba colgado junto a la gran vaina de la espada, cortó por micias algunas cerdas del jabalí y oró, levantando las manos a Zeus; y todos los vos, sentados en silencio y en buen orden, escuchaban las palabras del rey. Éste, ndo los ojos al anchuroso cielo, hizo esta plegaria:

Sean testigos Zeus, el más excelso y poderoso de los dioses, y luego la Tierra, el y las Erinias que debajo de la tierra castigan a los muertos que fueron perjuros, de que ás he puesto la mano sobre la joven Briseide para yacer con ella ni para otra cosa na, sino que en mi tienda ha permanecido intacta. Y si en algo perjuraré, envíenme ses los muchísimos males con que castigan al que, jurando, contra ellos peca. 6 Dijo; y con el cruel bronce degolló el jabalí que Taltibio arrojó, haciéndole dar tas, a gran abismo del espumoso mar para pasto de los peces. Y Aquiles, ntándose entre los belicosos argivos, habló en estos términos:

¡Zeus padre! Grandes son los infortunios que mandas a los hombres. Jamás el da me hubiera suscitado el enojo en el pecho, ni hubiese tenido poder para arrebatar a joven contra mi voluntad; pero sin duda quería Zeus que muriesen muchos aqueos. ra id a comer para que luego trabemos el combate.

6 Así se expresó; y al momento disolvió el ágora. Cada uno volvió a su respectiva e. Los magnánimos mirmidones se hicieron cargo de los presentes, y, llevándolos a , el bajel del divino Aquiles, dejáronlos en la tienda, dieron sillas a las mujeres, y y idores ilustres guiaron a los caballos al sitio en que los demás estaban.

2 Briseide, que a la áurea Afrodita se asemejaba, cuando vio a Patroclo atravesado el agudo bronce, se echó sobre el mismo y prorrumpió en fuertes sollozos, mientras las manos se golpeaba el pecho, el delicado cuello y el f lindo rostro. Y, llorando ella mujer semejante a una diosa, así decía:

Oh Patroclo, amigo carísimo al corazón de esta desventurada! Vivo te dejé al ir de la tienda, y te encuentro difunto al volver, oh príncipe de hombres. ¡Cómo me gue una desgracia tras otra! Vi al hombre a quien me entregaron mi padre y mi able madre, atravesado por el agudo bronce al pie de los muros de la ciudad; y los manos queridos que una misma madre me diera murieron también. Pero tú, ndo el ligero Aquiles mató a mi esposo y tomó la ciudad del divino Mines, no me bas llorar, diciendo que lograrías que yo fuera la mujer legítima del divino Aquiles, éste me llevaría en su nave a Ftía y que allí, entre los mirmidones, celebraríamos el quete nupcial. Y ahora que has muerto no me cansaré de llorar por ti, que siempre has afable.

1 Así dijo llorando, y las mujeres sollozaron, aparentemente por Patroclo, y en dad por sus propios males. Los caudillos aqueos se reunieron en torno de Aquiles y plicaron que comiera;

pero él se negó, dando suspiros:

Yo os ruego, si alguno de mis compañeros quiere obedecerme aún, que no me téis a saciar-el deseo de comer o de beber; porque un grave dolor se apodera de mí. ardaré hasta la puesta del sol y soportaré la fatiga.

9 Así diciendo, despidió a los demás reyes, y sólo se quedaron los dos Atridas, el no Ulises, Néstor, Idomeneo y el anciano jinete Fénix para distraer a Aquiles, que ba profundamente afligido. Pero nada podía alegrar el corazón del héroe, mientras no ara en sangriento combate. Y acordándose de Patroclo, daba hondos y frecuentes i ros, y así decía:

En otro tiempo, tú, infeliz, el más amado de los compañeros, me servías en esta da, diligente y solícito, el agradable desayuno cuando los aqueos se daban prisa por l luctuoso combate con los troyanos, domadores de caba llos. Y ahora yaces, vesado por el bronce, y yo estoy ayuno de comida y de bebida, a pesar de no faltarme, la soledad que de ti siento. Nada peor me puede ocurrir; ni que supiera que ha muerto adre, el cual quizás llora allá en Ftía por no tener a su lado un hijo como yo, mientras o con los troyanos en país extranjero a causa de la odiosa Helena; ni que falleciera mi amado que se cría en Esciro, si el deiforme Neoptólemo vive todavía. Antes el zón abrigaba en mi pecho la esperanza de que sólo yo perecería aquí en Troya, lejos Argos, criador de caballos, y de que tú, volviendo a Ftía, irías en una veloz nave negra sciro, recogerías a mi hijo y le mostrarías todos mis bienes: las posesiones, los avos y el palacio de elevado techo. Porque me figuro que Peleo ya no existe; y, si le da un poco de vida, estará afligido, se verá abrumado por la odiosa vejez y temerá mpre recibir la triste noticia de mi muerte.

8 Así dijo, llorando, y los caudillos gimieron, porque cada uno se acordaba de ellos a quienes había dejado en su respectivo palacio. El Cronión, al verlos sollozar, ompadeció de ellos, y al instante dirigió a Atenea estas aladas palabras:

¡Hija mía! Desamparas de todo en todo a ese eximio varón. ¿Acaso tu espíritu ya e cuida de Aquiles? Hállase junto a las naves de altas popas, llorando a su compañero do; los demás se fueron a comer, y él sigue en ayunas y sin probar bocado. Ea, ve y ama en su pecho un poco de néctar y ambrosía para que el hambre no le atormente. 9 Con tales palabras instigóle a hacer to que ella misma deseaba. Atenea emprendió uelo, cual si fuese un halcón de anchas alas y aguda voz, desde el cielo a través del Ya los aqueos se armaban en el ejército, cuando la diosa derramó en el pecho de iles un poco de néctar y de ambrosía deliciosa, para que el hambre molesta no hiciera uear las rodillas del héroe; y en seguida regresó al sólido palacio del prepotente e. Los guerreros afluyeron a un lugar algo distante de las veleras naves. Cuan erosos caen los copos de nieve que envía Zeus y vuelan helados al impulso del eas, nacido en el éter, en tan gran número veíanse salir del recinto de las naves los lgentes cascos, los abollonados escudos, las fuertes corazas y las lanzas de fresno. El o llegaba hasta el cielo; toda la tierra se mostraba risueña por los rayos que el bronce pedía, y un gran ruido se levantaba de los pies de los guerreros. Armábase entre éstos ivino Aquiles: rechinándole los dientes, con los ojos centelleantes como encendida a

y el corazón traspasado por insoportable dolor, lleno de ira contra los troyanos, ía el héroe la armadura regalo del dios Hefesto, que la había fabricado. Púsose en las nas elegantes grebas ajustadas con broches de plata; protegió su pecho con la coraza; ó del hombro una espada de bronce guarnecida con argénteos clavos y abrazó el de y fuerte escudo cuyo resplandor semejaba desde lejos al de la luna. Como aparece ego encendido en un sitio solitario en to alto de un monte a los navegantes que vagan el mar, abundante en peces, porque las tempestades los alejaron de sus amigos; de la ma manera, el resplandor del hermoso y labrado escudo de Aquiles llegaba al éter. rió después la cabeza con el fornido yelmo de crines de caballo que brillaba como un o; y a su alrededor ondearon las áureas y espesas crines que Hefesto había colocado a cimera. El divino Aquiles probó si la armadura se le ajustaba, y si, llevándola sta, movía con facilidad los miembros; y las armas vinieron a ser como alas que ntaban al pastor de hombres. Sacó del estuche la lanza paterna, pesada, grande y usta, que entre todos los aqueos solamente él podía manejar: había sido cortada de un no de la cumbre del Pelio y regalada por Quirón al padre de Aquiles para que con ella ara héroes. En tanto, Automedonte y Álcimo se ocupaban en uncir los caballos: táronlos con hermosas correas, les pusieron el freno en la boca y tendieron las riendas a atrás, atándolas al fuerte asiento. Sin dilación cogió Automedonte el magnífico o y saltó al carro. Aquiles, cuya armadura relucía como el fúlgido Hiperión, subió bien y exhortó con horribles voces a los caballos de su padre:

¿Janto y Balio, ilustres hijos de Podarga! Cuidad de traer salvo a la muchedumbre os dánaos al que hoy os guía cuando nos hayamos saciado de combatir, y no le dejéis rto allá como a Patroclo.

4 Y Janto, el corcel de ligeros pies, bajó la cabeza -sus crines, cayendo en torno de la emidad del yugo, llegaban al suelo, y, habiéndole dotado de voz Hera, la diosa de los os brazos, respondió desde debajo del yugo:

Hoy te salvaremos aún, impetuoso Aquiles; pero está cercano el día de tu muerte, s culpables no seremos nosotros, sino un dios poderoso y la Parca cruel. No fue por stra lentitud ni por nuestra pereza que los troyanos quitaron la armadura de los bros de Patroclo; sino que el más fuerte de los dioses, a quien parió Leto, la de mosa cabellera, matóle entre los combatientes delanteros y dio gloria a Héctor. otros correríamos tan veloces como el soplo del Céfito, que es tenido por el más do. Pero también tú estás destinado a sucumbir a manos de un dios y de un hombre. 8 Dichas estas palabras, las Erinias le cortaron la voz. Y muy indignado, Aquiles, el os pies ligeros, le dijo:

¿Janto! ¿Por qué me vaticinas la muerte? Ninguna necesidad tienes de hacerlo. Ya ue mi destino es perecer aquí, lejos de mi padre y de mi madre; mas, con todo eso, no e descansar hasta que harte de combate a los troyanos.

4 Dijo; y, dando voces, dirigió los solípedos caballos por las primeras filas.

## Canto xx \*



### Combate de los dioses

Los dioses, en asamblea extraordinaria, no se ponen de acuerdo sobre a quién había que favorecer. iracundo, enfurecido, vuelve al combate y mata a tantos troyanos que los cadáveres obstruyen la corriente río Janto.

Mientras los aqueos se armaban junto a los corvos bajeles, alrededor de ti, oh hijo de o, incansable en la batalla, los troyanos se apercebían también para el combate en una necia de la llanura.

Zeus ordenó a Temis que, partiendo de las cumbres del Olimpo, en valles abundante, vocase al ágora a los dioses, y ella fue de un lado para otro y a todos les mandó que dieran al palacio de Zeus. No faltó ninguno de los ríos, a excepción del Océano; y de ninfas habitan los bellos bosques, las fuentes de los ríos y los herbosos prados, una dejó de presentarse. Tan luego como llegaban al palacio de Zeus, que amontona nubes, sentábanse en bruñidos pórticos, que para el padre Zeus había construido esto con sabia inteligencia.

í, pues, se reunieron. Tampoco el que bate la tierra desobedeció a la diosa, sino dirigiéndose desde el mar a los dioses, se sentó en medio de todos y exploró la voluntad de Zeus:

¿Por qué, oh tú que lanzas encendidos rayos, llamas de nuevo a los dioses al ágora? aso tienes algún propósito acerca de los troyanos y de los aqueos? El combate y la guerra vuelven a encenderse entre ambos pueblos.

Respondióle Zeus, que amontona las nubes:

Entendiste, tú que bates la tierra, el designio que encierra mi pecho y por el cual os he unido. Me cuido de ellos, aunque van a perecer. Yo me quedaré sentado en la brecha del Olimpo y recrearé mi espíritu contemplando la batalla; y los demás irán hacia troyanos y los aqueos y cada uno auxilie a los que quiera. Pues, si Aquiles combatiese con los troyanos, éstos no resistirían ni un instante la acometida del Pelión, el de los ligeros. Ya antes huían espantados al verlo; y temo que ahora, que tan enfurecido es el ánimo por la muerte de su compañero, destruya el muro de Troya contra la voluntad del hado.

Así habló el Cronida y promovió una gran batalla. Los dioses fueron al combate divididos en dos bandos: encamináronse a las naves Hera, Palas Atenea, Posidón, que la tierra, el benéfico Hermes de prudente espíritu, y con ellos Hefesto, que, orgulloso de su fuerza, cojeaba arrastrando sus gráciles piernas; y enderezaron sus pasos a los iracundos Ares, el de tremolante casco, el intonso Febo, Ártemis, que se complace en tirar

Leto, el río Janto y la risueña Afrodita.

Mientras los dioses se mantuvieron alejados de los hombres, mostráronse los aqueos ufanos porque Aquiles volvía a la batalla después del largo tiempo en que se había enido de tener parte en la triste guerra, y los troyanos se espantaron y un fuerte blor les ocupó los miembros, tan pronto como vieron al Pelión, ligero de pies, que con luciente armadura semejaba al dios Ares, funesto a los mortales. Mas, luego que las mpicas deidades penetraron por entre la muchedumbre de los guerreros, levantóse la ble Discordia, que enardece a los varones; Atenea daba fuertes gritos, unas veces a as del foso cavado al pie del muro, y otras en los altos y sonoros promontorios; y s, que parecía un negro torbellino, vociferaba también y animaba vivamente a los anos, ya desde el punto más alto de la ciudad, ya corriendo por la Bella Colina, a as del Simoente.

De este modo los felices dioses, instigando a unos y a otros, los hicieron venir a las os y promovieron una reñida contienda. El padre de los hombres y de los dioses tronó iblemente en las alturas; Posidón, por debajo, sacudió la inmensa tierra y las excelsas bres de los montes; y retemblaron así las laderas y las cimas del Ida, abundante en antiales, como la ciudad troyana y las naves aqueas. Asustóse Aidoneo, rey de los ernos, y saltó del trono gritando; no fuera que Posidón, que sacude la tierra, la garrase y se hicieran visibles las mansiones horrendas y tenebrosas que las mismas ades aborrecen. ¡Tanto estrépito se produjo cuando los dioses entraron en combate! soberano Posidón le hizo frente Febo Apolo con sus aladas flechas; a Enialio, Atenea, osa de ojos de lechuza; a Hera, Ártemis, que lleva arco de oro, ama el bullicio de la , se complace en tirar saetas y es hermana del que hiere de lejos; a Leto, el poderoso néfeco Hermes; y a Hefesto, el gran río de profundos vórtices, llamado por los dioses o y por los hombres Escamandro.

Así los dioses salieron al encuentro los unos de los otros. Aquiles deseaba romper el gentío en derechura a Héctor Priámda, pues el ánimo le impulsaba a saciar con la gre del héroe a Ares, infatigable luchador. Mas Apolo, que enardece a los guerreros, ió a Eneas a oponerse al Pelión, infundiéndole gran valor y hablándole así, después omar la voz y la figura de Licaón, hijo de Príamo:

¡Eneas, consejero de los troyanos! ¿Qué es de aquellas amenazas hechas por ti en banquetes de los reyes troyanos, de que saldrías a combatir con el Pelida Aquiles? Y a su vez Eneas le respondió diciendo:

¡Priámda! ¿Por qué me ordenas que luche, sin desearlo mi voluntad, con el moso Pelión? No fuera la primera vez que me viese frente a Aquiles, el de los pies ros: en otro tiempo, cuando vino adonde pacían nuestras vacas y tomó a Lirneso y a aso, persiguióme por el Ida con su lanza; y Zeus me salvó, dándome fuerzas y zando mis rodillas. Sin su ayuda hubiese sucumbido a manos de Aquiles y de nea, que le precedía, le daba la victoria y le animaba a matar léleges y troyanos con la ncínea lanza. Por eso ningún hombre puede combatir con Aquiles, porque a su lado e siempre alguna deidad que le libra de la muerte. En cambio, su lanza vuela recta y e

detiene hasta que ha atravesado el cuerpo de un enemigo. Si un dios igualara las diciones del combate, Aquiles no me vencería fácilmente; aunque se gloriase de ser de bronce.

3 Replicó el soberano Apolo, hijo de Zeus:

¡Héroe! Ruega tú también a los sempiternos dioses, pues dicen que naciste de odita, hija de Zeus, y aquél es hijo de una divinidad inferior. La primera descende de s, ésta tuvo por padre al anciano del mar. Levanta el indomable bronce y no to dres por oír palabras duras o amenazas.

0 Apenas acabó de hablar, infundió grandes bríos al pastor de hombres; y éste, que aba una reluciente armadura de bronce, se abrió paso por los combatientes delanteros. a, la de los níveos brazos, no dejó de advertir que el hijo de Anquises atravesaba la hedumbre para salir al encuentro del Pelión; y, llamando a otros dioses, les dijo:

Considerad en vuestra mente, Posidón y Atenea, cómo esto acabará; pues Eneas, ado de reluciente bronce, se encamina en derechura al Pelión por excitación de Febo lo. Ea, hagámosle retroceder, o alguno de nosotros se ponga junto a Aquiles, le nda gran valor y no deje que su ánimo desfallezca; para que conozca que le quieren nmortales más poderosos, y que son débiles los dioses que en el combate y la pelea egen a los troyanos. Todos hemos bajado del Olimpo a intervenir en esta batalla, para Aquiles no padezca hoy ningún daño de parte de los troyanos; y luego sufrirá to que arca dispuso, hilando el lino, cuando su madre te dio a luz. Si Aquiles no se enter a la voz de los dioses, sentirá temor cuando en el combate le salga al encuentro alguna ad; pues los dioses, en dejándose ver, son terribles.

2 Respondióle Posidón, que sacude la tierra:

¡Hera! No te irrites más de to razonable, pues no te es preciso. Ni yo quisiera que otros, que somos los más fuertes, promoviéramos la contienda entre los dioses. Vayáos de este camino y sentémonos en aquella altura, y de la batalla cuidarán los bres. Y si Ares o Febo Apolo dieren principio a la pelea o detuvieren a Aquiles y no ren combatir, iremos en seguida a luchar con ellos, y me figuro que pronto tendrán retirarse y volver al Olimpo, a la reunión de los demás dioses, vencidos por la fuerza uestros brazos.

4 Dichas estas palabras, el dios de los cerúleos cabellos llevólos al alto terraplén que royanos y Palas Atenea habían levantado en otro tiempo para que el divino Heracles brara de la ballena cuando, perseguido por ésta, pasó de la playa a la llanura. Allí dón y los otros dioses se sentaron, extendiendo en derredor de sus hombros una trable nube; y al otro lado, en la cima de la Bella Colina, en torno de ti, oh Febo, hieres de lejos, y de Ares, que destruye las ciudades, acomodáronse las deidades ectoras de los troyanos.

3 Así unos y otros, sentados en dos grupos, deliberaban y no se decidían a empezar el sto combate. Y Zeus desde lo alto les incitaba a comenzarlo.

6 Todo el campo, lleno de hombres y caballos, resplandecía con el lucir del bronce; y erra retumbaba debajo de los pies de los guerreros que a luchar salían. Dos varones, lados entre los más valientes, deseosos de combatir, se adelantaron a los suyos para ontrarse entre ambos ejércitos: Eneas, hijo de Anquises, y el divino Aquiles. entóse primero Eneas, amenazador,

tremolando el sólido casco: protegía el pecho con erte escudo y vibraba bronceína lanza. Y el Pelida desde el otro lado fue a oponérsele o un voraz león, para matar al cual se reúnen los hombres de todo un pueblo; y el al principio sigue su camino despreciándolos; mas, así que uno de los belicosos nes le hiere con un venablo, se vuelve hacia él con la boca abierta, muestra los tes cubiertos de espuma, siente gemir en su pecho el corazón valeroso, se azota con ola muslos y caderas para animarse a pelear, y con los ojos centelleantes arremete o hasta que mata a alguien o él mismo perece en la primera fila; así le instigaban a iles su valor y ánimo esforzado a salir al encuentro del magnánimo Eneas. Y tan to como se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, habló endo:

¡Eneas! ¿Por qué te adelantas tanto a la turba y me aguardas? ¿Acaso el ánimo te a a combatir conmigo por la esperanza de reinar sobre los troyanos, domadores de allos, con la dignidad de Príamo? Si me matases, no pondría Príamo en tu mano tal mpensa; porque tiene hijos, conserva entero el juicio y no es insensato. ¿O quizás te prometido los troyanos acotarte un hermoso campo de frutales y sembradío que a los ás aventaje, para que puedas cultivarlo, si me quitas la vida? Me figuro que te será cil conseguirlo. Ya otra vez te puse en fuga con mi lanza. ¿No recuerdas que, ándote solo, te aparté de tus bueyes y te perseguí por el monte Ida corriendo con ra planta? Entonces huías sin volver la cabeza. Luego te refugiaste en Lirneso y yo é la ciudad con la ayuda de Atenea y del padre Zeus, y me llevé las mujeres éndolas esclavas; mas a ti te salvaron Zeus y los demás dioses. No creo que ahora te den, como espera tu corazón; y te aconsejo que vuelvas a tu ejército y no te quedes te a mí, antes que padezcas algún daño; que el necio sólo conoce el mal cuando ha 9 Y a su vez Eneas le respondió diciendo:

¡Pelida! No creas que con esas palabras me asustarás como a un niño, pues bién sé proferir injurias y baldones. Conocemos el linaje de cada uno de nosotros y es fueron nuestros respectivos padres, por haberlo oído contar a los mortales bres; que ni tú viste a los míos, ni yo a los tuyos. Dicen que eres prole del eximio o y tienes por madre a Tetis, ninfa marina de hermosas trenzas; mas yo me glorío de hijo del magnánimo Anquises y mi madre es Afrodita: aquéllos o éstos tendrán que ar hoy la muerte de su hijo, pues no pienso que nos separemos sin combatir, después irigirnos pueriles insultos. Si deseas saberlo, to diré cuál es mi linaje, de muchos ocido. Primero Zeus, que amontona las nubes, engendró a Dárdano, y éste fundó la dania al pie del Ida, en manantiales abundoso; pues aún la sacra Ilio, ciudad de bres de voz articulada, no había sido edificada en la llanura. Dárdano tuvo por hijo al tonio, que fue el más opulento de los mortales hombres: poseía tres mil yeguas ufanas de sus tiernos potros, pacían junto a un pantano.- El Bóreas enamoróse de nas de las que vio pacer, y, transfigurado en caballo de negras crines, hubo de ellas e potros que en la fértil tierra saltaban por encima de las mieses sin romper las espigas el ancho dorso del espumoso mar corrían sobre las mismas olas.- Erictonio fue padre Tros, que reinó sobre los troyanos; y éste dio el ser a tres hijos irrepreensibles: Ilo, raco y el deiforme Ganimedes, el más hermoso de los hombres, a quien arrebataron dioses a causa de su belleza para que escanciara el néctar a Zeus y viviera con los

ortales. Ilo engendró al eximio Laomedonte, que tuvo por hijos a Titono, Príamo, po, Clitio a Hicetaón, vástago de Ares. Asáraco engendró a Capis, cuyo hijo fue uises. Anquises me engendró a mí, y Príamo al divino Héctor. Tal alcornia y tal gre me glorió de tener. Pero Zeus aumenta o disminuye el valor de los guerreros como ace, porque es el más poderoso. Ea, no nos digamos más palabras como si fuésemos s, parados así en medio del campo de batalla. Fácil nos sería inferimos tantas rias, que una nave de cien bancos de remeros no podría llevarlas. Es voluble la lengua os hombres, y de ella salen razones de todas clases; hállanse muchas palabras acá y á, y cual hablares tal oírás la respuesta. Mas ¿qué necesidad tenemos de altercar, utando a injuriándonos, como mujeres irritadas, las cuales, movidas por roedor ono, salen a la calle y se zahieren diciendo muchas cosas, verdaderas unas y falsas s, que la cólera les dicta? No lograrás con tus palabras que yo, estando deseoso de atir, pierda el valor antes de que con el bronce y frente a frente peleemos. Ea, metámonos en seguida con las bronceínas lanzas.

9 Dijo; y, arrojando la fornida lanza, clavóla en el terrible y horrendo escudo de iles, que resonó grandemente en torno de ella. El Pelida, temeroso, apartó el escudo la robusta mano, creyendo que la luenga lanza del magnánimo Eneas lo atravesaría mente. ¡Insensato! No pensó en su mente ni en su espíritu que los eximios presentes os dioses no pueden ser destruidos con facilidad por los mortales hombres, ni ceder a fuerzas. Y así la pesada lanza de Eneas no perforó entonces la rodela por haberlo imdo la lámina de oro que el dios puso en medio, sino que atravesó dos capas y dejó intactas, porque eran cinco las que el dios cojo había reunido: las dos de bronce, dos riores de estaño, y una de oro, que fue donde se detuvo la lanza de fresno.

3 Aquiles despidió luego la ingente lanza, y acertó a dar en el borde del liso escudo neas, sitio en que el bronce era más delgado y el boyuno cuero más tenue: el fresno Pelión atravesólo, y todo el escudo resonó. Eneas, amedrentado, se encogió y levantó scudo; la lanza, deseosa de proseguir su curso, pasóle por cima del hombro, después omper los dos círculos de la rodela, y se clavó en el suelo; y el héroe, evitado ya el e, quedóse inmóvil y con los ojos muy espantados de ver que aquélla había caído tan a. Aquiles desnudó la aguda espada; y, profiriendo horribles voces, arremetió contra as; y éste, a su vez, cogió una gran piedra que dos de los hombres actuales no podrían ar y que él manejaba fácilmente. Y Eneas tirara la piedra a Aquiles y le acertara en el o o en el escudo que habríá apartado del héroe la triste muerte, y el Pelida privara de ida a Eneas, hiriéndole de cerca con la espada, si al punto no lo hubiese advertido dón, que sacude la tierra, el cual dijo entre los dioses inmortales:

¡Oh dioses! Me causa pesar el magnánimo Eneas, que pronto, sucumbiendo a os del Pelión, descenderá al Hades por haber obedecido las palabras de Apolo, que e de lejos. ¡Insensato! El dios no le libraré de la triste muerte. Mas ¿por qué ha de ecer, sin ser culpable, las penas que otros merecen, habiendo ofrecido siempre gratos entes a los dioses que habitan el anchuroso cielo? Ea, librémosle de la muerte, no sea el Cronida se enoje si Aquiles lo mata, pues el destino quiere que se salve a fin de no perezca sin descendencia ni se extinga del todo el linaje de Dárdano, que fue do por el Cronida con preferencia a los demás hijos que tuvo de mujeres

mortales. Ya roni3n aborrece a los descendientes de Pr3mo; pero el fuerte Eneas reinar3 sobre los anos, y luego los hijos de sus hijos que sucesivamente nazcan.

9 Respondi3le Hera veneranda, la de ojos de novilla:

¡Oh t3 que sacudes la tierra! Resuelve t3 mismo si has de salvar a Eneas o permitir no obstante su valor, sea muerto por el Pelida Aquiles. Pues as3 Palas Atenea como emos jurado repetidas veces a vista de los inmortales todos, que jam3s librar3amos a royanos del d3a funesto, aunque Troya entera fuese pasto de las voraces llamas por erla incendiado los belicosos aqueos.

8 Cuando Posid3n, que sacude la tierra, oy3 estas palabras, fuese; y andando por la entre el estruendo de las lanzas, lleg3 adonde estaban Eneas y el ilustre Aquiles. Al mento cubri3 de niebla los ojos del Pelida Aquiles, arranc3 del escudo del magn3nimo as la lanza de fresno con punta de bronce que deposit3 a los pies de aqu3l, y arrebat3 oyano alz3ndolo de la tierra. Eneas, sostenido por la mano del dios, pas3 por cima de las filas de h3roes y caballos hasta llegar al otro extremo del impetuoso combate, de los caucones se armaban para pelear. Y entonces Posid3n, que sacude la tierra, se resent3, y le dijo estas aladas palabras:

¡Eneas! ¿Cu3l de los dioses te ha ordenado que cometieras la locura de luchar po a cuerpo con el animoso Pel3n, que es m3s fuerte que t3 y m3s caro a los ortales? Ret3rate cuantas veces le encuentres, no sea que lo haga descender a la ada de Hades antes de lo dispuesto por el hado. Mas, cuando Aquiles haya muerto, haberse cumplido su destino, pelea con fiadamente entre los combatientes delanteros, no te matar3 ning3n otro aqueo.

0 As3 diciendo, dej3 a Eneas all3, despu3s que le hubo amonestado y apart3 la cura niebla de los ojos de Aquiles. 3ste volvi3 a ver con claridad, y, gimiendo, a su nimo esp3ritu le dec3a:

¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece: esta lanza yace en el o y no veo al var3n contra quien la arroj3, con intenci3n de matarle. Ciertamente a as le aman los inmortales dioses; ¡y yo cre3a que se jactaba de ello vanamente! ase, pues; que no tendr3 3nimo para medir de nuevo sus fuerzas con m3go, quien a huy3 gustoso de la muerte. Exhortar3 a los belicosos d3naos y probar3 el valor de dem3s enemigos, sali3ndoles al encuentro.

3 Dijo; y, saltando por entre las filas, animaba a los guerreros:

¡No permanezc3is alejados de los troyanos, div3nos aqueos! Ea, cada hombre ista a otro y sienta anhelo por pelear. Dif3cil es que yo solo, aunque sea valiente, iga a tantos guerreros y con todos luche; y ni a Ares, que es un dios inmortal, ni a nea, les ser3a posible recorrer un campo de batalla tan vasto y combatir en todas es. En to que puedo hacer con mis manos, mis pies o mi fuerza, no me muestro iso. Entrar3 por todos lados en las hileras de las falariges enemigas, y me figuro que e alegrar3n los troyanos que a mi lanza se acerquen.

4 Con estas palabras los animaba. Tambi3n el esclarecido H3ctor exhortaba a los anos, dando gritos, y aseguraba que saldr3a al encuentro de Aquiles:

¡Animosos troyanos! ¡No tem3is al Pel3n! Yo de palabra combatir3a hasta con los ortales; pero es dif3cil hacerlo con la lanza, siendo, como son, mucho m3s fuertes. iles no llevar3 al cabo todo cuanto dice, sino que en parte lo cumplir3 y en parte lo r3 a medio hacer. Ir3 a

encontrarlo, aunque por sus manos se parezca a la llama; sí, que por sus manos se parezca a la llama, y por su fortaleza al reluciente hierro 3 Con tales voces los excitaba. Los troyanos calaron las lanzas; trabóse el combate y rodujo gritería, y entonces Febo Apolo se acercó a Héctor y le dijo:

¡Héctor! No te adelantes para luchar con Aquiles; espera su acometida mezclado la muchedumbre, confundido con la turba. No sea que consiga herirte desde lejos con a arrojadiza, o de cerca con la espada.

9 Así habló. Héctor se fue, amedrentado, por entre la multitud de guerreros apenas bó de oír las palabras del dios. Aquiles, con el corazón revestido de valor y dando ibles gritos, arremetió a los troyanos, y empezó por matar al valeroso Ifitión ntida, caudillo de muchos hombres, a quien una ninfa náyade había tenido de nteo, asolador de ciudades, en el opulento pueblo de Hida, al pie del nevado Tmolo: vino Aquiles acertó a darle con la lanza en medio de la cabeza, cuando arremetía ra él, y se la dividió en dos partes. El troyano cayó con estrépito, y el divino Aquiles lorió diciendo:

¡Yaces en el suelo, Otrintida, el más portentoso de todos los hombres! En este r te sorprendió la muerte; a ti, que habías nacido a orillas del lago Gigeo, donde es la heredad paterna, junto al Hilo, abundante en peces, y el Hermo voraginoso. 3 Así dijo jactándose. Las tinieblas cubrieron los ojos de Ifitión, y los carros de los os lo despedazaron con las llantas de sus ruedas en el primer reencuentro. Aquiles ó, después, en la sien, atravesándole el casco de bronceínas carrilleras, a Demoleonte, ente adalid en el combate, hijo de Anténor; y el casco de bronce no detuvo la lanza, s la punta entró y rompió el hueso, conmovióse interiormente el cerebro, y el troyano umbió cuando peleaba con ardor. Luego, como Hipodamante saltara del carro y se e a la fuga, le envasó la pica en la espalda: aquél exhalaba el aliento y bramaba como ro que los jóvenes arrastran a los altares del soberano Heliconio y el dios que sacude erra se goza al verlo; así bramaba Hipodamante cuando el alma valerosa dejó sus sos. Seguidamente acometió con la lanza al deiforme Polidoro Priámida, a quien su e no permitía que fuera a las batallas porque era el menor y el predilecto de sus hijos. ie vencía a Polidoro en la carrera; y entonces, por pueril petulancia, haciendo gala de gereza de sus pies, agitábase el troyano entre los combatientes delanteros, hasta que ió la vida: al verlo pasar, el divino Aquiles, ligero de pies, hundióle la lanza en medio a espalda, donde los anillos de oro sujetaban el cinturón y era doble la coraza, y la a salió al otro lado cerca del ombligo; el joven cayó de rodillas dando lastimeros os; oscura nube le envolvió; e, inclinándose, procuraba sujetar con sus manos los stinos, que le salían por la herida.

9 Tan pronto como Héctor vio a su hermano Polidoro cogiéndose las entrañas y orvado hacia el suelo, se le puso una nube ante los ojos y ya no pudo combatir a ancia; sino que, blandiendo la aguda lanza a impetuoso como una llama, se dirigió al uentro de Aquiles. Y éste, al advertirlo, saltó hacia él, y dijo muy ufano estas bras:

Cerca está el hombre que ha inferido a mi corazón la más grave herida, el que ó a mi compañero amado. Ya no huiremos asustados, el uno del otro, por los senderos combate.

8 Dijo; y mirando con torva faz al divino Héctor, le gritó:

¡Acércate para que más pronto llegues de tu perdición al término!

0 Sin turbarse, le respondió Héctor, el de tremolante casco:

¡Pelida! No esperes amedrentarme con palabras como a un niño; también yo sé erir injurias y baldones. Reconozco que eres valiente y que te soy muy inferior. Pero a mano de los dioses está si yo, siendo inferior, te quitaré la vida con mi lanza; pues bién tiene afilada punta.

8 En diciendo esto, blandió y arrojó su lanza; pero Atenea con un tenue soplo tóla del glorioso Aquiles, y el arma volvió hacia el divino Héctor y cayó a sus pies. les acometió, dando horribles gritos, a Héctor, con intención de matarlo; pero Apolo bató al troyano, haciéndolo con gran facilidad por ser dios, y to cubrió con densa la. Tres veces el divino Aquiles, ligero de pies, atacó con la bronceína lanza, tres es dio el golpe en el aire. Y cuando, semejante a un dios, arremetía por cuarta vez, epó el héroe a Héctor con voz terrible, dirigiéndole estas aladas palabras:

¡Otra vez te has librado de la muerte, perro! Muy cerca tuviste la perdición, pero alvó Febo Apolo, a quien debes de rogar cuando sales al campo antes de oír el uendo de los dardos. Yo acabaré contigo si más tarde te encuentro y un dios me da. Y ahora perseguiré a los demás que se me pongan al alcance.

3 Así dijo; y con la lanza hirió en medio del cuello a Dríope, que cayó a sus pies. óle, y al momento detuvo a Demuco Filetórída, valeroso y alto, a quien p inchó con la a en una rodilla, y luego quitóle la vida con la gran espada. Después acometió a gono y a Dárdano, hijos de Biante: habiéndolos derribado del carro en que iban, a él le hizo perecer arrojándole la lanza, y a éste hiriéndole de cerca con la espada. mbién mató a Tros Alastórída, que vino a abrazarle las rodillas por si padeciéndose de él, que era de la misma edad del héroe, en vez de matarlo le hacía nero y to dejaba vivo. ¡Insensato! No conoció que no podría persuadirle, pues iles no era hombre de condición benigna y mansa, sino muy violento. Ya aquél le ba las rodillas con intención de suplicarle, cuando le hundió la espada en el hígado: amóse éste, llenando de negra sangre el pecho, y las tinieblas cubrieron los ojos del ano, que quedó exánime. Inmediatamente Aquiles se acercó a Mulio; y, metiéndole la a en una oreja, la bronceína punta salió por la otra. Más tarde hirió en medio de la eza a Equeclo, hijo de Agenor, con la espada provista de empuñadura: la hoja entera alentó con la sangre, y la purpúrea muerte y la parca cruel velaron los ojos del rero. Posteriormente atravesó con la bronceína lanza el brazo de Deucalión, en el donde se juntan los tendones del codo; y el troyano esperóle, con la mano rpecida y viendo que la muerte se le acercaba: Aquiles le cercenó de un tajo la eza, que con el casco arrojó a to lejos, la medula salió de las vértebras y el guerrero dó tendido en el suelo. Dirigióse acto seguido contra Rigmo, ilustre hijo de Píroo, què a llegado de la fértil Tracia, y le hirió en medio del cuerpo: clavóle la bronceína lanza l pulmón, y le derribó del carro. Y, como viera que su escudero

Areítoo torcía la da a los caballos, envasóle la aguda lanza en la espalda, y también le derribó en tierra, ntras los corceles huían espantados.

0 De la suerte que, al estallar abrasador incendio en los hondos valles de árida taña, arde la poblada selva, y el viento mueve las llamas que giran a todos lados; de isma manera, Aquiles se revolvía furioso con la lanza, persiguiendo, cual una deidad, s que estaban destinados a morir; y la negra tierra manaba sangre. Como, uncidos al o dos bueyes de ancha frente para que trillen la blanca cebada en una era bien uesta, se desmenuzan presto las espigas debajo de los pies de los mugientes bueyes; os solípedos corceles, guiados por el magnánimo Aquiles, hollaban a un mismo po cadáveres y escudos; el eje del carro tenía la parte inferior cubierta de sangre y los ndales estaban salpicados de sanguinolentas gotas que los casos de los corceles y las as de las ruedas despedían. Y el Pelida deseaba alcanzar gloria y tenía las invictas os manchadas de sangre y polvo.

## Canto xxi \*



Batalla junto al río

Este río pide ayuda al río Simoente y quiere sumergir a Aquiles, pero el dios Hefesto le obliga a volver a su cauce. Apolo se transfigura en troyano y se hace perseguir por el héroe para que los demás puedan entrar en la ciudad; conseguido su objeto, el dios se descubre.

Así que los troyanos llegaron al vado del vortiginoso Janto, río de hermosa corriente afluente al río inmortal Zeus engendró, Aquiles los dividió en dos grupos. A los del primero él el héroe por la llanura hacia la ciudad, por donde los aqueos huían espantados del anterior, cuando el esclarecido Héctor se mostraba furioso; por allí se derramaron entonces los troyanos en su fuga, y Hera, para detenerlos, los envolvió en una densa niebla. Los otros rodaron al caudaloso río de argenteos vórtices, y cayeron en él con gran pito: resonaba la corriente, retumbaban ambas orillas y los troyanos nadaban acá y allá, gritando, mientras eran arrastrados en torno de los remolinos. Como las langostas caídas por la violencia de un fuego que estalla de repente vuelan hacia el río y se echan rosas en el agua, de la misma manera la corriente sonora del Janto de profundos remolinos se llenó, por la persecución de Aquiles, de hombres y caballos que en el mismo se hundieron.

Aquiles, vástago de Zeus, dejó su lanza arrimada a un tamariz de la orilla, saltó al cual si fuese una deidad, con sólo la espada y meditando en su corazón acciones malas, y comenzó a herir a diestro y a siniestro: al punto levantóse un horrible clamor entre los que recibían los golpes, y el agua bermejó con la sangre. Como los peces huyen del delfín, y, temerosos, llenan los senos del hondo puerto, porque aquél devora a los otros, coge, de la misma manera los troyanos iban por la impetuosa corriente del río y caían, temblando, debajo de las rocas. Cuando Aquiles tuvo las manos cansadas matar, cogió vivos, dentro del río, a doce mancebos para inmolarlos más tarde en acción de la muerte de Patroclo Menecíada. Sacólos atónitos como cervatos, les ató manos por detrás con las correas bien cortadas que llevaban en las flexibles túnicas y argó a los amigos que los condujeran a las cóncavas naves. Y el héroe acometió de nuevo a los troyanos, para hacer en ellos gran destrozo.

Allí se encontró Aquiles con Licaón, hijo de Príamo Dardánida; el cual, huyendo, a salir del río. Ya anteriormente le había hecho prisionero encaminándose de noche a campo de Príamo: Licaón cortaba con el agudo bronce los ramos nuevos de un ahigo para hacer los barandales de un carro, cuando el divino Aquiles, presentándose imprevista calamidad, se lo llevó mal de su grado. Transportólo luego en una nave a Ien construida en Lemnos, y allí lo puso en venta: el hijo de Jasón pagó el precio. pues Etión de Imbros, que era huésped del troyano, dio por él un

cuantioso rescate y ólo a la divina Arisbe. Escapóse Licaón, y, volviendo a la casa paterna, estuvo brando con sus amigos durance once días su regreso de Lemnos; mas, al duodécimo, ios le hizo caer nuevamente en manos de Aquiles, que debía mandarle al Hades, sin Licaón to deseara. Como el divino Aquiles, el de los pies ligeros, le viera inerme -sin o, escudo ni lanza, porque todo to había tirado al suelo- y que salía del río con el po abatido por el sudor y las rodillas vencidas por el cansancio, sorprendióse, y a su nánimo espíritu así le habló:

¡Oh dioses! Grande es el prodigio que a mi vista se ofrece. Ya es posible que los anos a quienes maté resuciten de las sombrías tinieblas; cuando éste, librándose del cruel, ha vuelto de la divina Lemnos, donde fue vendido, y las olas del espumoso mar a tantos detienen no han impedido su regreso. Mas, ea, haré que pruebe la punta de anza para ver y averiguar si volverá nuevamente o se quedará en el seno de la fértil a que hasta a los fuertes retiene.

Pensando en tales cosas, Aquiles continuaba inmóvil. Licaón, asustado, se le acercó carle las rodillas; pues en su ánimo sentía vivo deseo de lfbrarse de la triste muerte y a negra Parca. El divino Aquiles levantó en seguida la enorme lanza con intención de rlo, pero Licaón se encogió y corriendo le abrazó las rodillas; y aquélla, pasándole cima del dorso, se clavó en el suelo, codiciosa de cebarse en el cuerpo de un hombre. tanto Licaón suplicaba a Aquiles; y, abrazando con una mano sus rodillas y tándole con la otra la aguda lanza, sin que la soltara, estas aladas palabras le decía:

Te lo ruego abrazado a tus rodillas, Aquiles: respétame y apiádate de mí. Has de rme, oh alumno de Zeus, por un suplicante digno de consideración; pues comí en to da el fruto de Deméter el día en que me hiciste prisionero en el campo bien cultivado, ndome lejos de mi padre y de mis amigos, me vendiste en Lemnos: cien bueyes te ó mi persona. Ahora te daría el triple por rescatarme. Doce días ha que, habiendo ecido mucho, volvía Ilio; y otra vez el hado funesto me pone en tus manos. Debo de so al padre Zeus, cuando nuevamente me entrega a ti. Para darme una vida corta, parió Laótoe, hija del anciano Altes, que reina sobre los belicosos léleges y posee la elsa Pédaso junto al Satnioente. A la hija de aquél la tuvo Príamo por esposa con otras has; de la misma nacimos dos varones y a entrambos nos habrás dado muerte. Ya ste sucumbir entre los infantes delanteros al deiforme Polidoro, hiriéndole con la da pica; y ahora la desgracia llegó para mí, pues no espero escapar de tus manos pués que un dios me ha echado en ellas. Otra cosa to diré que fijarás en la memoria: me mates; pues no soy del mismo vientre que Héctor, el que dio muerte a to dulce y rzado amigo.

Con tales palabras el preclaro hijo de Príamo suplicaba a Aquiles, pero fue amarga spuesta que escuchó:

¡Insensato! No me hables del rescate, ni to menciones siquiera. Antes que a oculo le llegara el día fatal, me era grato abstenerme de matar a los troyanos y fueron hos los que cogí vivos y vendí luego; mas ahora ninguno escapará de la muerte, si un lo pone en mis manos delante de Ilio y especialmente si es hijo de Príamo. Por Canmigo, muere tú también. ¿Por qué te lamentas de este modo? Murió Patroclo, que o te aventajaba. ¿No ves cuán gallardo y alto de cuerpo soy

yo, a quien engendró un e ilustre y dio a luz una diosa? Pues también me aguardan la muerte y la Parca cruel. drá una mañana, una tarde o un mediodía en que alguien me quitará la vida en el bate, hiriéndome con la lanza o con una flecha despedida por el arco.

4 Así dijo. Desfallecieron las rodillas y el corazón del troyano que, soltando la lanza, entó y tendió ambos brazos. Aquiles puso mano a la tajante espada a hirió a Licaón en avícula, junto al cuello: metióle dentro toda la hoja de dos filos, el troyano dio de por el suelo y su sangre fluía y mojaba la tierra. El héroe cogió el cadáver por el pie, lo al río para que la corriente se to llevara, y profirió con jactancia estas aladas bras:

Yaz ahí entre los peces que tranquilos te lamerán la sangre de la herida. No te cará tu madre en un lecho para llorarte, sino que serás llevado por el voraginoso amandro al vasto seno del mar. Y algún pez, saliendo de las olas a la negruzca y espada superficie, comerá la blanca grasa de Licaón. Así perezcáis los demás anos hasta que lleguemos a la sacra ciudad de Ilio, vosotros huyendo y yo detrás hado gran riza. No os salvará ni siquiera el río de hermosa corriente y argéteos olinos, a quien desde antiguo sacrificáis muchos toros y en cuyós vórtices echáis los solípedos caballos. Así y todo, pereceréis miserablemente unos en pos de otros, a que hayáis expiado la muerte de Patrocio y el estrago y la matanza que hicisteis en aqueos junto a las naves, mientras estuve alejado de la lucha.

6 Así habló, y el río, con el corazón irritado, revolvía en su mente cómo haría cesar vinal Aquiles de combatir y libraría de la muerte a los troyanos. En tanto, el hijo de o dirigió su ingente lanza a Asteropeo, hijo de Pelegón, con ánimo de matarlo. A gón le habían engendrado el Axio, de ancha corriente, y Peribea, la hija mayor de sámeneo; que con ésta se unió aquel río de profundos remolinos. Encaminóse, pues, iles hacia Asteropeo, el cual salió a su encuentro llevando dos lanzas; y el Janto, do por la muerte de los jóvenes a quienes Aquiles había hecho perecer sin pasión en la misma corriente, infundió valor en el pecho del troya-no. Cuando ambos reros se hallaron frente a frente, el divino Aquiles, el de los pies ligeros, fue el mero en hablar, y dijo:

¿Quién eres tú y de dónde, que osas salirme al encuentro? Infelices de aquéllos os hijos se oponen a mi furor.

2 Respondióle el preclaro hijo de Pelegón:

¡Magnánimo Pelida! ¿Por qué sobre el abolengo me interrogas? Soy de la fértil nia, que está lejos; vine mandando a los peonios, que combaten con largas picas, y e once días que llegué a Ilio. Mi linaje trae su origen del Axio de ancha corriente, del o que esparce su hermosísimo raudal sobre la tierra: Axio engendró a Pelegón, oso por su lanza, y de éste dicen que he nacido. Pero peleemos ya, esclarecido

1 Así habló, en son de amenaza. El divino Aquiles levantó el fresno del Pelión, y el e Asteropeo, que era ambidextro, tiróle a un tiempo las dos lanzas: la una dio en el do, pero no to atravesó porque la lámina de oro que el dios puso en el mismo la vo; la otra rasguñó el brazo derecho del héroe, junto al codo, del cual brotó negra gre; mas el arma pasó por encimá y se

clavó en el suelo, codiciosa de la carne. Iles arrojó entonces la lanza, de recto vuelo, a Asteropeo con intención de matarlo, y el tiro: la lanza de fresno cayó en la elevada orilla y se hundió hasta la mitad del . El Pelida, desnudando la aguda espada que llevaba junto al muslo, arremetió decidido a Asteropeo, quien con la mano robusta intentaba arrancar del escarpado de la lanza de Aquiles: tres veces la meneó para arrancarla, y otras tantas careció de ella. Y cuando, a la cuarta vez, quiso doblar y romper la lanza de fresno del Eácida, cósele Aquiles y con la espada le quitó la vida: hirióle en el vientre, junto al ombligo; amáronse en el suelo todos los intestinos, y las tinieblas cubrieron los ojos del año, que cayó anhelante. Aquiles se abalanzó a su pecho, le quitó la armadura; y, onando del triunfo, dijo estas palabras:

Yaz ahí. Difícil era que tú, aunque engendrado por un río, pudieses disputar la oría a los hijos del prepotente Cronión. Dijiste que tu linaje procede de un río de ha corriente; mas yo me jacto de pertenecer al del gran Zeus. Engendrómelo un varón reina sobre muchos mirmidones, Peleo, hijo de Éaco; y este último era hijo de Zeus. Como Zeus es más poderoso que los ríos, que corren al mar, así también los endientes de Zeus son más fuertes que los de los ríos. A tu lado tienes uno grande, si puedes auxiliarte. Mas no es posible combatir con Zeus Cronión. A éste no le lanzan ni el fuerte Aqueloo, ni el grande y poderoso Océano de profunda corriente del nacen todos los ríos, todo el mar y todas las fuentes y grandes pozos; pues también el año teme el rayo del gran Zeus y el espantoso trueno, cuando retumba desde el cielo. O Dijo; arrancó del escarpado borde la bronceína lanza y abandonó a Asteropeo allí, ido en la arena, tan pronto como le hubo quitado la vida: el agua turbia bañaba el áver, y anguilas y peces acudieron a comer la grasa que cubría los riñones. Aquiles se para los peonios que peleaban en carros; los cuales huían por las márgenes del vonoso río, desde que vieron que el más fuerte caía en el duro combate, vencido por las os y la espada del Pelida. Éste mató entonces a Tersíloco, Midón, Astípilo, Mneso, io, Enio y Ofelestes. Y a más peonios diera muerte el veloz Aquiles, si el río de undos remolinos, irritado y transfigurado en hombre, no le hubiese dicho desde uno profundos vórtices:

¡Oh Aquiles! Superas a los demás hombres tanto en el valor como en la comisión ciones nefandas; porque los propios dioses te prestan constantemente su auxilio. Si hijo de Crono te ha concedido que destruyas a todos los troyanos, apártalos de mí y uta en el llano tus proezas. Mi hermosa corriente está llena de cadáveres que ruyen el cauce y no me dejan verter el agua en la mar divina; y tú sigues matando de modo atroz. Pero, ea, cesa ya; pues me tienes asombrado, oh príncipe de hombres. 2 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Se hará, oh Escamandro, alumno de Zeus, como tú lo ordenas; pero no me endré de matar a los altivos troyanos hasta que los encierre en la ciudad y, peleando Héctor, él me mate a mí o yo acabe con él.

7 Esto dicho, arremetió a los troyanos, cual si fuese un dios. Y entonces el río de undos remolinos dirigióse a Apolo:

¡Oh dioses! Tú, el del arco de plata, hijo de Zeus, no cumples las órdenes del nién, el cual te encargó muy mucho que socorrieras a los troyanos y les prestaras todo lo que, llegada la tarde, se pusiera el sol y quedara a oscuras el fértil campo. 3 Dijo. Aquiles, famoso por su lanza, saltó desde la escarpada orilla al centro del río. Y éste le atacó enfurecido: hinchó sus aguas, revolvió la corriente, y, arrastrando los cadáveres de hombres muertos por Aquiles, que había en el cauce, arrojólos a la corriente mugiendo como un toro, y en Canto salvaba a los vivos dentro de la hermosa corriente, ocultándolos en los profundos y anchos remolinos. Las revueltas olas rodeaban quiles, la corriente caía sobre su escudo y le empujaba, y el héroe ya no se podía tener firme. Asíóse entonces con ambas manos a un olmo corpulento y frondoso; pero éste, cansado de raíz, rompió el borde escarpado, oprimió la hermosa corriente con sus ramas, cayó entero al río y se convirtió en un puente. Aquiles, amedrentado, dio alto, salió del abismo y voló con pie ligero por la llanura. Mas no por esto el gran desistió de perseguirlo, sino que lanzó tras él las olas de sombría cima con el propósito hacer cesar al divino Aquiles de combatir y librar de la muerte a los troyanos. El dios salvó cerca de un tiro de lanza, dando un brinco con la impetuosidad de la rapaz la negra, que es la más forzuda y veloz de las aves; parecido a ella, el héroe corrió y ronce resonaba horriblemente sobre su pecho. Aquiles procuraba huir, desviándose a un lado; pero la corriente se iba tras él y le perseguía con gran ruido. Como el fontanero duce el agua desde el profundo manantial por entre las plantas de un huerto y con un dón en la mano quita de la reguera los estorbos; y la corriente sigue su curso, y mueve piedrecitas, pero al llegar a un declive murmura, acelera la marcha y pasa delante del guía; de igual modo, la corriente del río alcanzaba continuamente a Aquiles, que los dioses son más poderosos que los hombres. Cuantas veces el divino Aquiles, con los pies ligeros, intentaba esperarla, para ver si le perseguían todos los inmortales tienen su morada en el espacioso cielo, otras tantas, las grandes olas del río, que las estiales lluvias alimentan, le azotaban los hombros. El héroe, afligido en su corazón, andaba; pero el río, siguiéndole con la rápida y tortuosa corriente, le cansaba las rodillas y cubría el suelo a los pies donde ponía los pies. Y el Pelida, levantando los ojos al vasto cielo, gemió y dijo:

¡Zeus padre! ¿Cómo no viene ningún dios a salvarme a mí, miserando, de la condena del río, y luego sufriré cuanto sea preciso? Ninguna de las deidades del cielo es tanta culpa como mi madre, que me halagó con falsas predicciones: dijo que me arían al pie del muro de los troyanos, armados de coraza, las veloces flechas de Ión. ¡Ojalá me hubiese muerto Héctor, que es aquí el más bravo! Entonces un valiente era muerto y despojado a otro valiente. Mas ahora quiere el destino que yo perezca miserable muerte, cercado por un gran río; como el niño porquerizo a quien arrastran aguas invernales del torrente que intentaba atravesar.

4 Así se expresó. En seguida Posidón y Atenea, con figura humana, se le acercaron y tomaron de las manos mientras le animaban con palabras. Posidón, que sacude la tierra, el primero en hablar y dijo:

¡Pelida! No tiembles, ni te asustes. ¡Tal socorro vamos a darte, con la venia de los dioses, yo y Palas Atenea! Porque no dispone el hado que seas muerto el río, y éste dejará

pronto de perseguirte, como verás tú mismo. Te daremos un dente consejo, por si quieres obedecer: no descansen to brazo en la batalla funesta hasta er encerrado dentro de los ínclitos muros de Ilio a cuantos troyanos logren escapar. Y ndo hayas privado de la vida a Héctor, vuelve a las naves; que nosotros to cederemos que alcánces gloria.

8 Dichas estas palabras, ambas deidades fueron a reunirse con los demás inmortales. iles, impelido por el mandato de los dioses, enderezó sus pasos a la llanura inundada el agua del río, en la cual flotaban cadáveres y hermosas armas de jóvenes muertos en elea. El héroe caminabá derechamente, saltando por el agua, sin que el anchuroso río ase detenerlo; pues Atenea le había dado muchos bríos. Pero el Escamandro no cedía u furor; sino que, irritándose aún más contra el Pelión, hinchaba y levantaba a to alto olas, y a gritos llamaba al Simoente:

¡Hermano querido! Juntémonos para contener la fuerza de ese hombre, que pronto ará la gran ciudad del rey Príamo, pues los troyanos no le resistirán en la batalla. Ven omento en mi auxilio: aumenta to caudal con el agua de las fuentes, concita a todos arroyos, levanta grandes olas y arrastra con estrépito troncos y piedras, para que anoemos a ese feroz guerrero que ahora triunfa y piensa en hazañas propias de los dioses. o que no le valdrán ni su fuerza, ni su hermosura, ni sus magníficas armas, que han de dar en el fondo de este lago cubiertas de cieno. A él to envolveré en abundante arena, amando en torno suyo mucho cascajo; y ni siquiera sus huesos podrán ser recogidos los aqueos: tanto limo amontonaré encima. Y tendrá su túmulo aquí mismo, y no esitará que los aqueos se to erijan cuando le hagan las exequias.

4 Dijo; y, revuelto, arremetió contra Aquiles, alzándose furioso y mugiendo con la uma, la sangre y los cadáveres. Las purpúreas ondas del río, que las celestiales lluvias entan, se mantenían levantadas y arrastraban al Pelida. Pero Hera, temiendo que el río derribara a Aquiles, gritó, y dijo en seguida a Hefesto, su hijo amado:

¡Levántate, estevado, hijo querido; pues creemos que el Janto voraginoso es tu l en el combate! Socorre pronto a Aquiles, haciendo aparecer inmensa llama. Voy a tar con el Céfiro y el veloz Noto una gran borrasca, para que viniendo del mar enda el destructor incendio y se quemen las cabezas y las armas de los troyanos. Tú sa los árboles de las orillas del Janto, métele en el fuego, y no to dejes persuadir ni palabras dulces ni con amenazas. No cese tu furia hasta que yo te lo diga gritando; y nces apaga el fuego infatigable.

2 Así dijo; y Hefesto, arrojando una abrasadora llama, incendió primeramente la ura y quemó muchos cadáveres de guerreros a quienes había muerto Aquiles; secóse ampo, y el agua cristalina dejó de correr. Como el Bóreas seca en el otoño un campo én inundado y se alegra el que to cultiva, de la misma suerte, el fuego secó la llanura ra y quemó los cadáveres. Luego Hefesto dirigió al río la resplandeciente llama y eron, así los olmos, los sauces y los tamariscos, como el loto, el junco y la juncia que bundancia habían crecido junto a la hermosa corriente. Anguilas y peces padecían y n acá y allá, en los remolinos o en la corriente, oprimidos por el sopro del nioso Hefesto. Y el río, quemándose también, así habiaba:

¡Hefesto! Ninguno de los dioses te iguala y no quiero luchar contigo ni con tu ardiente. Cesa de perseguirme y en seguida el divino Aquiles arroje de la ciudad a royanos. ¿Qué interés tengo en la contienda ni en auxiliar a nadie?

1 Así habló, abrasado por el fuego; y la hermosa corriente hervía. Como en una era puesta sobre un gran fuego, la grasa de un puerco cebado se funde, hierve y sa por todas partes, mientras la leña seca arde debajo; así la hermosa corriente se maba con el fuego y el agua hervía, y, no pudiendo ir hacia adelante, paraba su curso mida por el vapor que con su arte produjera el ingenioso Hefesto. Y el río, dirigiendo has súplicas a Hera, estas aladas palabras le decía:

¡Hera! ¿Por qué tu hijo maltrata mi corriente, atacándome a mí solo entre los es? No debo de ser para ti tan culpable como todos los demás que favorecen a los nos. Yo desistiré de ayudarlos, si tú lo mandas; pero que éste cese también. Y juraré brara los troyanos del día fatal, aunque Troya entera llegue a ser pasto de las voraces as por haberla incendiado los belicosos aqueos.

7 Cuando Hera, la diosa de los nívneos brazos, oyó estas palabras, dijo en seguida a esto, su hijo amado:

¡Hefesto hijo ilustre! Cesa ya, pues no conviene que, a causa de los mortales, a un inmortal atormentemos.

1 Así dijo. Hefesto apagó la abrasadora llama, y las olas retrocedieron a la hermosa iente.

3 Y tan pronto como el ánimo del Janto fue abatido, ellos cesaron de luchar porque a, aunque irritada, los contuvo; pero una reñida y espantosa pelea se suscitó entonces e los demás dioses: divididos en dos bandos, vinieron a las manos con fuerte épito; bramó la vasta tierra, y el gran cielo resonó como una trompeta. Oyólo Zeus, ado en el Olimpo, y con el corazón alegre reía al ver que los dioses iban a embestirse. a no estuvieron separados largo tiempo; pues el primero Ares, que horada los escudos, tiendo a Atenea con la broncínea lanza, estas injuriosas palabras le decía:

¿Por qué nuevamente, oh mosca de perro, promueves la contienda entre los dioses insaciable audacia? ¿Qué poderoso afecto to mueve? ¿Acaso no te acuerdas de ndo incitabas a Diomedes Tidida a que me hiriese, y cogiendo tú misma la reluciente la enderezaste contra mí y me desgarraste el hermoso cutis? Pues me figuro que a pagarás cuanto me hiciste.

0 Apenas acabó de hablar, dio un bote en el escudo floqueado, horrendo, que ni el de Zeus rompería, allí acertó a dar Ares, manchado de homicidios, con la ingente a. Pero la diosa, volviéndose, aferró con su robusta mano una gran piedra negra y ada de puntas que estaba en la llanura y había sido puesta por los antiguos como linde n campo; e, hiriendo con ella al furibundo Ares en el cuello, dejóle sin vigor los mbros. Vino a tierra el dios y ocupó siete yeguas, el polvo manchó su cabellera y armas resonaron. Rióse Palas Atenea; y, gloriándose de la victoria, profirió estas palabras:

¡Necio! Aún no has comprendido que me jacto de ser mucho más fuerte, puesto osas oponer tu furor al mío. Así padecerás, cumpliéndose las imprecaciones de tu da madre que

maquina males contra ti porque abandonaste a los aqueos y favoreces a orgullosos troyanos.

5 Cuando esto hubo dicho, volvió a otra parte los ojos refulgentes. Afrodita, hija de s, asió por la mano a Ares y le acompañaba, mientras el dios daba muchos suspiros y nas podía recobrar el aliento. Pero la vio Hera, la diosa de los niveos brazos, y al o dijo a Atenea estas aladas palabras:

¡Oh dioses! ¡Hija de Zeus, que lleva la égida! ¡Indómita! Aquella mosca de perro ve a sacar del dañoso combate, por entre el tumulto, a Ares, funesto a los mortales. da tras ella!

3 De tal modo habló. Alegrósele el alma a Atenea, que corrió hacia Afrodita, y ndo la robusta mano descargó un golpe sobre el pecho. Desfallecieron las rodillas y razón de la diosa, y ella y Ares quedaron tendidos en la fértil tierra. Y Atenea, agloriándose, pronunció estas aladas palabras:

¡Ojalá fuesen tales cuantos auxilian a los troyanos en las batallas contra los vos, armados de coraza; así, tan audaces y atrevidos como Afrodita que vino a orrer a Ares desafiando mi furor; y tiempo ha que habríamos puesto fin a la guerra con ma de la bien construida ciudad de Ilio!

4 Así se expresó. Sonrióse Hera, la diosa de los niveos brazos. Y el soberano dón, que sacude la tierra, dijo entonces a Apolo:

¡Febo! ¿Por qué nosotros no luchamos también? No conviene abstenerse, una vez los demás han dado principio a la pelea. Vergonzoso fuera que volviésemos al Olima la morada de Zeus erigida sobre bronce, sin haber combatido. Empieza tú, pues eres menor en edad y no parecería decoroso que comenzara yo que nací primero y tengo experiencia. ¡Oh necio, y cuán irreflexivo es to corazón! Ya no te acuerdas de los hos males que en torno de Ilio padecimos los dos, solos entre los dioses, cuando ados por Zeus trabajamos un año entero para el soberbio Laomedonte; el cual, con la mesa de darnos el salario convenido, nos mandaba como señor. Yo cerqué la ciudad os troyanos con un muro ancho y hermosísimo, para hacerla inexpugnable; y tú, Febo, oreabas los flexípedes bueyes de curvas astas en los bosques y selvas del Ida, en es abundoso. Mas cuando las alegres horas trajeron el término del ajuste, el soberbio medonte se negó a pagarnos el salario y nos despidió con amenazas. A ti te amenazó venderte, atado de pies y manos, en lejanas islas; aseguraba además que con el nce nos cortarí a entrambos las orejas; y nosotros nos fuimos pesarosos y con el mo irritado porque no nos dio la paga que había prometido. ¡Y todavía se lo deces, favoreciendo a su pueblo, en vez de procurar con nosotros que todos los anos perezcan de mala muerte con sus hijos y castas esposas!

1 Contestó el soberano Apolo, que hiere de lejos:

¡Batidor de la tierra! No me tendrías por sensato si combatiera contigo por los eros mortales que, semejantes a las hojas, ya se hallan florecientes y vigorosos iendo los frutos de la tierra, ya se quedan exánimes y mueren. Pero abstengámonos eguida de combatir y peleen ellos entre sí.

8 Así diciendo, le volvió la espalda; pues por respeto no quería llegar a las manos su tío paterno. Y su hermana, la campestre Ártemis, que de las fieras es señora, lo epó duramente con injuriosas voces:

¿Huyes ya, tú que hieres de lejos, y das la victoria a Posidón, concediéndole ercida gloria? ¡Necio! ¿Por qué llevas ese arco inútil? No oiga yo que te jactes en el cio de mi padre, como hasta aquí to hiciste ante los inmortales dioses, de luchar po a cuerpo con Posidón.

8 Así dijo, y Apolo, que hierde de lejos, nada respondió. Pero la venerable esposa de s, irritada, increpó con injuriosas voces a la que se complace en tirar flechas:

¿Cómo es que pretendes, perra atrevida, oponerte a mí? Difícil to será resistir mi aleza, aunque lleves arco y Zeus to haya hecho leona entre las mujeres y te permita ar, a la que te plazca. Mejor es cazar en el monte fieras agrestes o ciervos, que luchar odadamente con quienes son más poderosos. Y, si quieres probar el combate, ieza, para que sepas bien cuánto más fuerte soy que tú; ya que contra mí quieres lear tus fuerzas.

9 Dijo; asíola con la mano izquierda por ambas muñecas, quitóle de los hombros, con erecha, el arco y el carcaj, y riendo se puso a golpear con éstos las orejas de Ártemis, volvía la cabeza, ora a un lado, ora a otro, mientras las veloces flechas se esparcían el suelo. Ártemis huyó llorando, como la paloma que perseguida por el gavián vuela giarse en el hueco de excavada roca, porque no había dispuesto el hado que aquél la ese. De igual manera huyó la diosa, vertiendo lágrimas y dejando allí arco y aljaba. Y ensajero Argicida dijo a Leto:

¡Leto! Yo no pelearé contigo, porque es arriesgado luchar con las esposas de Zeus, amontona las nubes. Játate muy satisfecha, delante de los inmortales dioses, de que venciste con to poderosa fuerza.

2 Así dijo. Leto recogió el corvo arco y las saetas que habían caído acá y acullá, en io de un torbellino de polvo; y se fue en pos de su hija. Llegó ésta al Olimpo, a la da de Zeus erigida sobre bronce; sentóse llorando en las rodillas de su padre, y el no velo temblaba alrededor de su cuerpo. El padre Cronida cogióla en el regazo; y, iendo dulcemente, le preguntó:

¿Cuál de los celestes dioses, hija querida, de tal modo te ha maltratado, como si en resencia hubieses cometido alguna falta?

1 Respondióle Ártemis, que se recrea con el bullicio de la caza y lleva hermosa ema:

Tu esposa Hera, la de los níveos brazos, me ha maltratado, padre; por ella la ordia y la contienda han surgido entre los inmortales.

4 Así éstos conversaban. En tanto, Febo Apolo entró en la sagrada Ilio, temiendo por uro de la bien edificada ciudad: no fuera que en aquella ocasión lo destruyesen los aos, contra lo ordenado por el destino. Los demás dioses sempiternos volvieron al mpo, irritados unos y envanecidos otros por el triunfo; y se sentaron junto a Zeus, el as sombrías nubes. Aquiles, persiguiendo a los troyanos, mataba hombres y solípedos allos. De la suerte que cuando una ciudad es presa de las llamas y llega el humo al roso cielo, porque los dioses se irritaron contra ella, todos los habitantes trabajan y hos padecen grandes males, de igual modo Aquiles causaba a los troyanos fatigas y 6 El anciano Príamo estaba en la sagrada torre; y, como viera al ingente Aquiles, y a troyanos puestos en confusión, huyendo espantados y sin fuerzas para resistirle, ezó

a gemir y bajó de aquélla para exhortar a los ínclitos varones que custodiaban las tas de la muralla:

1 Abrid las puertas y sujetadlas con la mano hasta que lleguen a la ciudad los reros que huyen espantados. Aquiles es quien los estrecha y pone en desorden, y o que han de ocurrir desgracias. Mas, tan pronto como aquéllos respiren, refugiados ro del muro, entornad las hojas fuertemente unidas; pues estoy con miedo de que ese bre funesto entre por el muro.

7 Así dijo. Abrieron las puertas, quitando los cerrojos, y a esto se debió la salvación as tropas. Apolo saltó fuera del muro para librar de la ruina a los troyanos. Éstos, dos por la sed y llenos de polvo, huían por el campo en derechura a la ciudad y su muralla. Y Aquiles los perseguía impetuosamente con la lanza, teniendo el corazón eído de violenta rabia y deseando alcanzar gloria.

4 Entonces los aqueos hubieran tomado a Troya, la de altas puertas, si Febo Apolo no ese incitado al divino Agenor, hijo ilustre y valiente de Anténor, a esperar a Aquiles. ios infundióle audacia en el corazón, y, para apartar de él a las crueles Parcas, se dó a su lado, recostado en una encina y cubierto de espesa niebla. Cuando Agenor vio ar a Aquiles, asolador de ciudades, se detuvo, y en su agitado corazón vacilaba sobre artido que debería tomar. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le decía:

¡Ay de mí! Si huyo del valiente Aquiles por donde los demás corren espantados y esorden, me cogerá también y me matará sin que me pueda defender. Si dejando que s sean derrotados por el Pelida Aquiles, me fuese por la llanura troyana, lejos del o, hasta llegar a los bosques del Ida, y me escondiera en los matorrales, podría volver o por la tarde, después de tomar un baño en el río para refrescarme y quitarme el or. Mas ¿por qué en tales cosas me hace pensar el corazón? No sea que aquél advierta me alejo de la ciudad por la llanura, y persiguiéndome con ligera planta me dé nce; y ya no podré evitar la muerte y las Parcas, porque Aquiles es el más fuerte de s los hombres. Y si delante de la ciudad le salgo al encuentro... Vulnerable es su po por el agudo bronce, hay en él una sola alma y dicen los hombres que el héroe es tal; pero Zeus Cronida le da gloria.

1 Esto, pues, se decía; y, encogiéndose, aguardó a Aquiles, porque su corazón rzado estaba impaciente por luchar y combatir. Como la pantera, cuando oye el ido de los perros, sale de la poblada selva y va al encuentro del cazador, sin que baten su ánimo ni el miedo ni el espanto, y si aquél se le adelanta y la hiere desde o desde lejos, no deja de luchar, aunque esté atravesada por la jabalina, hasta venir él a las manos o sucumbir, de la misma suerte, el divino Agenor, hijo del preclaro énor, no quería huir antes de entrar en combate con Aquiles. Y, cubriéndose con el escudo, le apuntaba la lanza, mientras decía con fuertes voces:

Grandes esperanzas concibe tu ánimo, esclarecido Aquiles, de tomar en el día de la ciudad de los altivos troyanos. ¡Insensato! Buen número de males habrán de paerse todavía por causa de ella. Estamos dentro muchos y fuertes varones que, ando por nuestros padres, esposas e

hijos, salvaremos a Ilio; y tú recibirás aquí mo la muerte, a pesar de ser un terrible y audaz guerrero.

0 Dijo. Con la robusta mano arrojó el agudo dardo, y no erró el tiro; pues acertó a dar a pierna del héroe, debajo de la rodilla. La greba de estaño recién construida resonó iblemente, y el bronce fue rechazado sin que lograra penetrar, porque lo impidió la adura, regalo del dios. El Pelida arremetió a su vez con Agenor, igual a una deidad; Apolo no le dejó alcanzar gloria, pues, arrebatando al troyano, le cubrió de espesa la y le mandó a la ciudad para que saliera tranquilo de la batalla.

9 Luego el que hiere de lejos apartó del ejército al Pelión, valiéndose de un engaño. mó la figura de Agenor, y se puso delante del héroe, que se lanzó a perseguirlo. MienAquiles iba tras de Apolo, por un campo paniego, hacia el río Escamandro, de undos vórtices, y corría muy cerca de él, pues el odio le engañaba con esta astucia a de que tuviera siempre la esperanza de darle alcance en la carrera, los demás troyanos, endo en tropel, llegaron alegres a la ciudad, que se llenó con los que a11í se giaron. Ni siquiera se atrevieron a esperarse los unos a los otros, fuera de la ciudad y muro, para saber quiénes habían escapado y quiénes habían muerto en la batalla, sino afluyeron presurosos a la ciudad cuantos, merced a sus pies y a sus rodillas, lograron

## Canto xxii\*



### Muerte de Héctor

Aquiles, después de decirle que se vengaría de él si pudiera, torna al campo de batalla y delante de las ertas de la ciudad encuentra a Héctor, que le esperaba; huye éste, aquél le persigue y dan tres vueltas a ciudad de Troya; Zeus coge la balanza de oro y ve que el destino condena a Héctor, el cual, engañado r Atenea se detiene y es vencido y muerto por Aquiles, no obstante saber éste que ha de sucumbir poco spués que muera el caudillo troyano.

troyanos, refugiados en la ciudad como cervatos, se recostaban en los hermosos artes, refrigeraban el sudor y bebían para apagar la sed; y en tanto los aqueos se iban cando a la muralla, con los escudos levantados encima de los hombros. La Parca sta sólo detuvo a Héctor para que se quedara fuera de Ilio, en las puertas Esceas. Y o Apolo dijo al Pelión:

¿Por qué, oh hijo de Peleo, persigues en veloz carrera, siendo tú mortal, a un dios ortal? Aún no conociste que soy una deidad, y no cesa to deseo de alcanzarme. Ya no uidas de pelear con los troyanos, a quienes pusiste en fuga; y éstos han entrado en la ación, mientras to extraviabas viniendo aquí. Pero no me matarás, porque el hado no condenó a morir.

Muy indignado le respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Oh tú, que hieres de lejos, el más funesto de todos los dioses! Me engañaste, éndome acá desde la muralla, cuando todavía hubieran mordido muchos la tierra s de llegar a Ilio. Me has privado de alcanzar una gloria no pequeña, y has salvado facilidad a los troyanos, porque no temías que luego me vengara. Y ciertamente me garía de ti, si mis fuerzas to permitieran.

Dijo y, muy alentado, se encaminó apresuradamente a la ciudad; como el corcel cedor en la carrera de carros trota veloz por el campo, tan ligeramente movía Aquiles y rodillas.

El anciano Príamo fue el primero que con sus propios ojos le vio venir por la ura, tan resplandeciente como el astro que en el otoño se distingue por sus vivos rayos e muchas estrellas durante la noche oscura y recibe el nombre de "perro de Orión", ual con ser brillantísimo constituye una señal funesta porque trae excesivo calor a los eros mortales; de igual manera centelleaba el bronce sobre el pecho del héroe, ntras éste corría. Gimio el viejo, golpeóse la cabeza con las manos levantadas y profigrandes voces y lamentos, dirigiendo súplicas a su hijo. Héctor continuaba inmóvil las puertas y sentía vehemente deseo de combatir con Aquiles. Y el anciano, tendole los brazos, le decía en tono lastimero:

¡Héctor, hijo querido! No aguardes, solo y lejos de los amigos, a ese hombre, para no mueras presto a manos del Pelión, que es mucho más vigoroso. ¡Cruel! Así fuera caro a los dioses, como a mí: pronto se lo comerían, tendido en el suelo, los perros y buitres, y mi corazón

se libraría del terrible pesar. Me ha privado de muchos y entes hijos, matando a unos y vendiendo a otros en remotas islas. Y ahora que los anos se han encerrado en la ciudad, no acierto a ver a mis dos hijos Licaón y doro, que parió Laótoe, ilustre entre las mujeres. Si están vivos en el ejército, los ataremos con bronce y oro, que todavía to hay en el palacio; pues a Laótoe la dotó éndidamente su anciano padre, el ínclito Altes. Pero, si han muerto y se hallan en la ada de Hades, el mayor dolor será para su madre y para mí que los engendramos; que el del pueblo durará menos, si no mueres tú, vencido por Aquiles. Ven adentro del o, hijo querido, para que salves a los troyanos y a las troyanas; y no quieras procurar ensa gloria al Pelida y perder tú mismo la existencia. Compadécete también de mí, de infeliz y desgraciado que aún conserva la razón; pues el padre Cronida me quitará la en la senectud y con aciaga suerte, después de presenciar muchas desventuras: muermis hijos, esclavizadas mis hijas, destruidos los tálamos, arrojados los niños por el o en el terrible combate y las nueras arrastradas por las funestas manos de los aqueos. uando, por fin, alguien me deje sin vida los miembros, hiriéndome con el agudo nce o con arma arrojadiza, los voraces perros que con comida de mi mesa crié en el cio para que lo guardasen despedazarán mi cuerpo en la puerta exterior, beberán mi gre, y, saciado el apetito, se tenderán en el pórtico. Yacer en el suelo, habiendo sido do en la lid por el agudo bronce, es decoroso para un joven, y cuanto de él pueda e todo es bello, a pesar de la muerte; pero que los perros destrocen la cabeza y la a encanecidas y las panes verendas de un anciano muerto en la guerra es to más triste uanto les puede ocurrir a los míseros mortales.

Así se expresó el anciano, y con las manos se arrancaba de la cabeza muchas canas, no logró persuadir a Héctor. La madre de éste, que en otro sitio se lamentaba llorosa, nudó el seno, mostróle el pecho, y, derramando lágrimas, dijo estas aladas palabras: ¡Héctor! ¡Hijo mío! Respeta este seno y apiádate de mí. Si en otro tiempo te daba el ho para acallar tu lloro, acuérdate de tu niñez, hijo amado; y penetrando en la muralla, aza desde la misma a ese enemigo y no salgas a su encuentro. ¡Cruel! Si te mata, no ré llorarte en tu lecho, querido pimpollo a quien parí, y tampoco podrá hacerlo tu rica osa, porque los veloces perros te devorarán muy lejos de nosotras, junto a las naves De esta manera Príamo y Hécuba hablaban a su hijo, llorando y dirigiéndole muchas icas, sin que lograsen persuadirle, pues Héctor seguía aguardando a Aquiles, que ya cercaba. Como silvestre dragón que, habiendo comido hierbas venenosas, espera ante uarida a un hombre y con feroz cólera echa terribles miradas y se enrosca en la ada de la cueva, así Héctor, con inextinguible valor, permanecía quieto, desde que mó el terso escudo a la torre prominente. Y gimiendo, a su magnánimo espíritu le

¡Ay de mí! Si traspongo las puertas y el muro, el primero en dirigirme baldones Polidamante, el cual me aconsejaba que trajera el ejército a la ciudad la noche funesn que el divino Aquiles decidió volver a la pelea. Pero yo no me dejé persuadir cho mejor hubiera sido aceptar su consejo-, y ahora que he causado la ruina del to con mi imprudencia temo a los troyanos y a las troyanas, de rozagantes peplos, y alguien menos valiente que yo exclame: «Héctor, fiado en su pujanza, perdió las as». Así hablarán; y preferible fuera volver a la

población después de matar a Iles, o morir gloriosamente delante de ella. ¿Y si ahora, dejando en el suelo el lonado escudo y el fuerte casco y apoyando la pica contra el muro, saliera al encuendel irrepreensible Aquiles, le dijera que permitía a los Atridas llevarse a Helena y las ezas que Alejandro trajo a Ilio en las cóncavas naves, que esto fue lo que originó la ra, y le ofreciera repartir a los aqueos la mitad de lo que la ciudad contiene; y más e tomara juramento a los troyanos de que, sin ocultar nada, formarían dos lotes con tantos bienes existen dentro de esta hermosa ciudad?... Mas ¿por qué en tales cosas me e pensar el corazón? No, no iré a suplicarle; que, sin tenerme compasión ni respeto, mataría inerme, como a una mujer, tan pronto como dejara las armas. Imposible es tener con él, desde una encina o desde una roca, un coloquio, como un mancebo y doncella; como un mancebo y una dondella suelen mantener. Mejor será empezar el bate cuanto antes, para que veamos pronto a quién el Olímpico concede la victoria.

1 Tales pensamientos revolvía en su mente, sin moverse de aquel sitio, cuando se le có Aquiles, igual a Enialio, el impetuoso luchador, con el terrible fresno del Pelión e el hombro derecho y el cuerpo protegido por el bronce que brillaba como el landor del encendido fuego o del sol naciente. Héctor, al verlo, se puso a temblar y ya pudo permanecer allí; sino que dejó las puertas y huyó espantado. Y el Pelida, iando en sus pies ligeros, corrió en seguimiento del mismo. Como en el monte el lán, que es el ave más ligera, se lanza con fácil vuelo tras la tímida paloma, ésta huye tortuosos giros y aquél la sigue de cerca, dando agudos graznidos y acometiéndola tantas veces, porque su ánimo le incita a cogerla, así Aquiles volaba enardecido y tor movía las ligeras rodillas huyendo azorado en torno de la muralla de Troya. rían siempre por la carretera, fuera del muro, dejando a sus espaldas la atalaya y el r ventoso donde estaba el cabrahígo; y llegaron a los dos cristalinos manantiales, que las fuentes del Escamandro voraginoso. El primero tiene el agua caliente y lo cubre el o como si hubiera allí un fuego abrasador; el agua que del segundo brota es en el como el granizo, la fría nieve o el hielo. Cerca de ambos hay unos lava deros de ra, grandes y hermosos, donde las esposas y las bellas hijas de los troyanos solían r sus magníficos vestidos en tiempo de paz, antes que llegaran los aqueos. Por a l l ron, el uno huyendo y el otro persiguiéndolo: delante, un valiente huía, pero otro más te le perseguía con ligereza; porque la contienda no era por una víctima o una piel de y, premios que suelen darse a los vencedores en la carrera, sino por la vida de Héctor, ador de caballos. Como los solípedos corceles que tomán parte en los juegos en or de un difunto corren velozmente en torno de la meta donde se ha colocado como mio importante un trípode o una mujer, de semejante modo aquéllos dieron tres veces uelta a la ciudad de Príamo, corriendo con ligera planta. Todas las deidades los emplaban. Y Zeus, padre de los hombres y de los dioses, comenzó a decir:

¡Oh dioses! Con mis ojos veo a un caro varón perseguido en torno del muro. Mi zón se compadece de Héctor, que tantos muslos de buey ha quemado en mi obsequio as cumbres del Ida, en valles abundoso, y en la ciudadela de Troya; y ahora el divino Iles le persigue con sus ligeros pies en derredor de la ciudad de Príamo. Ea, delibeoh dioses, y decidid si lo salvaremos de la muerte ó dejaremos que, a pesar de ser rzado, sucumba a manos del Pelida Aquiles.

7 Respondióle Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

¡Oh padre, que lanzas el ardiente rayo y amontonas las nubes! ¿Qué dijiste? ¿De vo quieres librar de la muerte horrísona a ese hombre mortal, a quien tiempo ha que el o condenó a morir? Hazlo, pero no todos los dioses te lo aprobaremos.

2 Contestó Zeus, que amontona las nubes:

3 Tranquilízate, Tritogenia, hija querida. No hablo con ánimo benigno, pero contigo ro ser complaciente. Obra conforme a tus deseos y no desistas.

6 Con tales voces instigóle a hacer lo que ella misma deseaba, y Atenea bajó en o vuelo de las cumbres del Olimpo.

8 Entre canto; el veloz Aquiles perseguía y estrechaba sin cesar a Héctor. Como el o va en el monte por valles y cuevas tras el cervatillo que levantó de la cama, y, si se esconde, azorado, debajo de los arbustos, corre aquél rastreando hasta que vamente lo descubre; de la misma manera, el Pelión, de pies ligeros, no perdía de a a Héctor. Cuantas veces el troyano intentaba encaminarse a las puertas Dardánias, al de las tomes bien construidas, por si desde arriba le socorrían disparando flechas; s tantas Aquiles, adelantándosele, lo apartaba hacia la llanura, y aquél volaba sin deso cerca de la ciudad. Como en sueños ni el que persigue puede alcanzar al eguido, ni éste huir de aquél; de igual manera, ni Aquiles con sus pies podía dar nce a Héctor, ni Héctor escapar de Aquiles. ¿Y cómo Héctor se hubiera librado nces de las Parcas de la muerte que le estaba destinada, si Apolo, acercándosele por ostrera y última vez, no le hubiese dado fuerzas y agilizado sus rodillas?

5 El divino Aquiles hacía con la cabeza señales negativas a los guerreros, no mitiéndoles disparar amargas flechas contra Héctor: no fuera que alguien alcanzara la ia de herir al caudillo y él llegase el segundo. Mas cuando en la cuarta vuelta llegaron s manantiales, el padre Zeus tomó la balanza de oro, puso en la misma dos suertes de uerte que tiende a lo largo - la de Aquiles y la de Héctor, domador de caballos-, cogió el medio la balanza, la desplegó, y tuvo más peso el día fatal de Héctor, que endió hasta el Hades. Al instante Febo Apolo desamparó al troyano. Atenea, la diosa jos de lechuza, se acercó al Pelión, y le dijo estas aladas palabras:

Espero, oh esclarecido Aquiles, caro a Zeus, que nosotros dos procuraremos a los eos inmensa gloria, pues al volver a las naves habremos muerto a Héctor, aunque sea tigable en la batalla. Ya no se nos puede escapar, por más cosas que haga Apolo, el hiere de lejos, postrándose a los pies del padre Zeus, que lleva la égida. Párate y ira; a iré a persuadir a Héctor para que luche contigo frente a frente.

4 Así habló Atenea. Aquiles obedeció, con el corazón alegre, y se detuvo en seguida, yándose en el arrimo de la pica de asta de fresno y bronceína punta. La diosa dejóle y a encontrar al divino Héctor. Y tomando la figura y la voz infatigable de Deífobo, óse al héroe y pronunció estas aladas palabras:

¡Mi buen hermano! Mucho te estrecha el veloz Aquiles, persiguiéndote con ligero alrededor de la ciudad de Príamo. Ea, detengámonos y rechacemos su ataque. 2 Respondióle el gran

Héctor, de tremolante casco:

¡Deífobo! Siempre has sido para mí el hermano predilecto entre cuantos somos de Hécuba y de Príamo, pero desde ahora hago cuenta detenerte en mayor aprecio, que al verme con tus ojos osaste salir del muro y los demás han permanecido dentro. 8 Contestó Atenea, la diosa de ojos de lechuza:

¡Mi buen hermano! El padre, la venerable madre y los amigos abrazábanme las llas y me suplicaban que me quedara con ellos -¡de tal modo tiemblan todos!-, pero ánimo se sentía atormentado por grave pesar. Ahora peleemos con brío y sin dar so a la pica, para que veamos si Aquiles nos mata y se lleva nuestros sangrientos pojos a las cóncavas naves, o sucumbe vencido por to lanza.

6 Así diciendo, Atenea, para engañarlo, empezó a caminar. Cuando ambos guerreros allaron frente a frente, dijo el primero el gran Héctor, el de tremolante casco:

No huiré más de ti, oh hijo de Peleo, como hasta ahora. Tres veces di la vuelta, endo, en torno de la gran ciudad de Príamo, sin atreverme nunca a esperar tu metida. Mas ya mi ánimo me impele a afrontarte, ora te mate, ora me mates tú. Ea, gamos a los dioses por testigos, que serán los mejores y los que más cuidarán de que umplan nuestros pactos: Yo no te insultaré cruelmente, si Zeus me concede la victoria gro quitarte la vida; pues tan luego como te haya despojado de las magníficas armas, les, entregaré el cadáver a los aqueos. Pórtate tú conmigo de la misma manera. 0 Mirándole con torva faz, respondió Aquiles, el de los pies ligeros:

¡Héctor, a quien no puedo olvidar! No me hables de convenios. Como no es ble que haya fieles alianzas entre los leones y los hombres, ni que estén de acuerdo obos y los corderos, sino que piensan continuamente en causarse daño unos a otros, poco puede haber entre nosotros ni amistad ni pactos, hasta que caiga uno de los dos cie de sangre a Ares, infatigable combatiente. Revístete de toda cla se de valor, porque a te es muy preciso obrar como belicoso y esforzado campeón. Ya no te puedes par. Palas Atenea te hará sucumbir pronto, herido por mi lanza, y pagarás todos os los dolores de mis amigos, a quienes mataste cuando manejabas furiosamente la

3 En diciendo esto, blandió y arrojó la fornida lanza. El esclarecido Héctor, al verla r, se inclinó para evitar el golpe: clavóse la broncínea lanza en el suelo, y Palas nea la arrancó y devolvió a Aquiles, sin que Héctor, pastor de hombres, lo advirtiese. éctor dijo al eximio Pelión:

¡Erraste el golpe, oh Aquiles, semejante a los dioses! Nada te había revelado Zeus ca de mi destino, como afirmabas; has sido un hábil forjador de engañosas palabras, que, temiéndote, me olvidara de mi valor y de mi fuerza. Pero no me clavarás la pica a espalda, huyendo de ti: atraviésame el pecho cuando animoso y frente a frente to meta, si un dios te lo permite. Y ahora guárdate de mi broncínea lanza. ¡Ojalá que ella penetrara en tu cuerpo! La guerra sería más liviana para los troyanos, si tú iese; porque eres su mayor azote.

9 Así habló; y, blandiendo la ingente lanza, despidióla sin errar el tiro, pues dio un en medio del escudo del Pelida. Pero la lanza fue rechazada por la rodela, y Héctor tó al ver que aquélla

había sido arrojada inútilmente por su brazo; paróse, bajando abeza, pues no tenía otra lanza de fresno; y con recia voz llamó a Deífobo, el de ente escudo, y le pidió una larga pica. Deífobo ya no estaba a su lado. Entonces tor comprendiólo todo, y exclamó:

¡Oh! Ya los dioses me llaman a la muerte. Creía que el héroe Deífobo se hallaba migo, pero está dentro del muro, y fue Atenea quien me engañó. Cercana tengo la perosa muerte, que ni tardará, ni puedo evitarla. Así les habrá placido que sea, desde e tiempo, a Zeus y a su hijo, el que hiere de lejos; los cuales, benévolos para conmigo, salvaban de los peligros. Ya la Parca me ha cogido. Pero no quisiera morir ardemente y sin gloria, sino realizando algo grande que llegara a conocimiento de los deros.

6 Esto dicho, desenvainó la aguda espada, grande y fuerte, que llevaba en el costado. ncogiéndose, se arrojó como el águila de alto vuelo se lanza a la llanura, atravesando pardas nubes, para arrebatar la tierna corderilla o la tímida liebre; de igual manera metió Héctor, blandiendo la aguda espada. Aquiles embistióle, a su vez, con el zón rebosante de feroz cólera: defendía su pecho con el magnífico escudo labrado, y fá el luciente casco de cuatro abolladuras, haciendo ondear las bellas y abundantes es de oro que Hefesto había colocado en la cimera. Como el Véspero, que es el lucero hermoso de cuantos hay en el cielo, se presenta rodeado de estrellas en la obscuridad a noche, de tal modo brillaba la pica de larga punta que en su diestra blandía Aquiles, ntras pensaba en causar daño al divino Héctor y miraba cuál parte del hermoso cuerpo héroe ofrecería menos resistencia. Éste lo tenía protegido por la excelente armadura ronce que quitó a Patroclo después de matarlo, y sólo quedaba descubierto el lugar en las clavículas separan el cuello de los hombros, la garganta que es el sitio por donde pronto sale el alma: por a11í el divino Aquiles envasóle la pica a Héctor, que ya lo aba, y la punta, atravesando el delicado cuello, asomó por la nuca. Pero no le cortó el uero con la pica de fresno que el bronce hacía ponderosa, para que pudiera hablar y responderle. Héctor cayó en el polvo, y el divino Aquiles se jactó del triunfo, endo:

¡Héctor! Cuando despojabas el cadáver de Patroclo, sin duda te creíste salvado y me temiste a mí porque me hallaba ausente. ¡Necio! Quedaba yo como vengador, mumás fuerte que él, en las cóncavas naves, y te he quebrado las rodillas. A ti los perros s aves te despedazarán ignominiosamente, y a Patroclo los aqueos le harán honras

6 Con lánguida voz respondióle Héctor, el de tremolante casco:

Te lo ruego por tu alma, por tus rodillas y por tus padres: ¡No permitas que los os me despedacen y devoren junto a las naves aqueas! Acepta el bronce y el oro que bundancia te darán mi padre y mi veneranda madre, y entrega a los míos el cadáver que lo lleven a mi casa, y los troyanos y sus esposas lo entreguen al fuego.

4 Mirándole con torva faz, le contestó Aquiles, el de los pies ligeros:

No me supliques, ¡perro!, por mis rodillas ni por mis padres. Ojalá el furor y el je me incitaran a cortar tus carnes y a comérmelas crudas. ¡Tales agravios me has rido! Nadie podrá

apartar de tu cabeza a los perros, aunque me traigan diez o veinte es el debido rescate y me prometan más, aunque Príamo Dardánida ordene redimirte a o de oro; ni, aun así, la veneranda madre que te dio a luz te pondrá en un lecho para arte, sino que los perros y las aves de rapiña destrozarán tu cuerpo.

5 Contestó, ya moribundo, Héctor, el de tremolante casco:

Bien lo conozco, y no era posible que te persuadiese, porque tienes en el pecho un zón de hierro. Guárdate de que atraiga sobre ti la cólera de los dioses, el día en que s y Febo Apolo te darán la muerte, no obstante tu valor, en las puertas Esceas. 1 Apenas acabó de hablar, la muerte le cubrió con su manto: el alma voló de los mbros y descendió al Hades, llorando su suerte, porque dejaba un cuerpo vigoroso y n. Y el divino Aquiles le dijo, aunque muerto lo viera:

¡Muere! Y yo recibiré la Parca cuando Zeus y los demás dioses inmortales ongan que se cumpla mi destino.

7 Dijo; arrancó del cadáver la broncínea lanza y, dejándola a un lado, quitóle de los bros las ensangrentadas armas. Acudieron presurosos los demás aqueos, admiraron s el continente y la arrogante figura de Héctor y ninguno dejó de herirlo. Y hubo n, contemplándole, habló así a su vecino:

¡Oh dioses! Héctor es ahora mucho más blando en dejarse palpar que cuando ndió las naves con el ardiente fuego.

5 Así algunos hablaban, y acercándose to herían. El divino Aquiles, ligero de pies, pronto como hubo despojado el cadáver, se puso en medio de los aqueos y pronunció s aladas palabras:

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! Ya que los dioses nos cedieron vencer a ese guerrero que causó mucho más daño que todos los otros juntos, sin dejar las armas cerquemos la ciudad para conocer cuál es el propósito de los anos: si abandonarán la ciudadela por haber sucumbido Héctor, o se atreverán a darse todavía a pesar de que éste ya no existe. Mas ¿por qué en tales cosas me hace sar el corazón? En las naves yace Patroclo muerto, insepulto y no llorado; y no lo daré, mientras me halle entre los vivos y mis rodillas se muevan; y si en el Hades se da a los muertos, aun a llí me acordaré del compañero amado. Ahora, ea, volvamos ando el peán a las cóncavas naves, y llevémonos este cadáver. Hemos ganado una victoria: matamos al divino Héctor, a quien dentro de la ciudad los troyanos dirigían s cual si fuese un dios.

5 Dijo; y, para tratar ignominiosamente al divino Héctor, le horadó los tendones de ás de ambos pies desde el tobillo hasta el talón; introdujo correas de piel de buey, y lo al carro, de modo que la cabeza fuese arrastrando; luego, recogiendo la magnífica adura, subió y picó a los caballos para que arrancaran, y éstos volaron gozosos. Gran areda levantaba el cadáver mientras era arrastrado; la negra cabellera se esparcía por uelo, y la cabeza, antes tan graciosa, se hundía toda en el polvo; porque Zeus la entrentonces a los enemigos, para que allí, en su misma patria, la ultrajaran.

5 Así toda la cabeza de Héctor se manchaba de polvo. La madre, al verlo, se ncaba los cabellos; y, arrojando de sí el blanco velo, prorrumpió en tristísimos ozos. El padre suspiraba lastimeramente, y alrededor de él y por la ciudad el pueblo ía y se lamentaba. No parecía sino que toda la excelsa Ilio fuese desde su cumbre orada por el fuego. Los guerreros apenas podían contener al anciano, que, excitado el pesar, quería salir por las puertas Dardanias; y, revolcándose en el estiércol, les icaba a todos llamando a cada varón por sus respectivos nombres:

Dejadme, amigos, por más intranquilos que estéis; permitid que, saliendo solo de udad, vaya a las naves aqueas y ruegue a ese hombre pernicioso y violento: acaso ete mi edad y se apiade de mi vejez. Tiene un padre como yo, Peleo, el cual le endró y crió para que fuese una plaga de los troyanos; pero es a mí a quien ha causado sares. ¡A cuántos hijos míos mató, que se hallaban en la flor de la juventud! Pero me lamento tanto por ellos, aunque su suerte me haya afligido, como por uno cuya ida me causa el vivo dolor que me precipitará en el Hades: por Héctor, que hubiera do morir en mis brazos, y entonces nos hubiésemos saciado de llorarle y plañirle la rtunada madre que le dio a luz y yo mismo.

9 Así habló llorando, y los ciudadanos suspiraron. Y Hécuba comenzó entre las anas el funeral lamento:

¡Oh hijo! ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Por qué, después de haber padecido terribles as, seguiré viviendo ahora que has muerto tú? Día y noche eras en la ciudad motivo gullo para mí y el baluarte de todos, de los troyanos y de las troyanas, que to daban como a un dios. Vivo, constituías una excelsa gloria para ellos; pero ya la rte y la Parca to alcanzaron.

7 Así dijo llorando. La esposa de Héctor nada sabía, pues ningún veraz mensajero le ó la noticia de que su marido se quedara fuera de las puertas; y en lo más hondo del palacio tejía una tela doble y purpúrea, que adornaba con labores de variado color. ía mandado en su casa a las esclavas de hermosas trenzas que pusieran al fuego un ode grande, para que Héctor se bañase en agua caliente al volver de la batalla. ensata! Ignoraba que Atenea, la de ojos de lechuza, le había hecho sucumbir muy s del baño a manos de Aquiles. Pero oyó gemidos y lamentaciones que venían de la e, estremeciéronse sus miembros, y la lanzadera le cayó al suelo. Y al instante dijo a esclavas de hermosas trenzas:

Venid, seguidme dos; voy a ver qué ocurre. Oí la vo z de mi venerable suegra; el zón me salta en el pecho hacia la boca y mis rodillas se entumecen: algún infortunio naza a los hijos de Príamo. ¡Ojalá que tal noticia nunca llegue a mis oídos! Pero ho temo que el divino Aquiles haya separado de la ciudad a mi Héctor audaz, le iga a él solo por la llanura y acabe con el funesto valor que siempre tuvo; porque ás en la batalla se quedó entre la turba de los combatientes, sino que se adelantaba ho y en bravura a nadie cedía.

0 Dicho esto, salió apresuradamente del palacio como una loca, palpitándole el zón, y dos esclavas la acompañaron. Mas, cuando llegó a la torre y a la multitud de e que allí se encontraba, se detuvo, y desde el muro registró el campo; en seguida a Héctor arrastrado

delante de la ciudad, pues los veloces caballos lo arrastraban piadadamente hacia las cóncavas naves de los aqueos; las tinieblas de la noche ron sus ojos, cayó de espaldas y se le desmayó el alma. Arrancóse de su cabeza los osos lazos, la diadema, la redecilla, la trenzada cinta y el velo que la áurea Afrodita le a dado el día en que Héctor se la llevó del palacio de Eetión, constituyéndole una dote. A su alrededor hallábanse muchas cuñadas y concuñadas suyas, las cuales la enían aturrida como si fuera a perecer. Cuando volvió en sí y recobró el aliento, entándose con desconsuelo dijo entre las troyanas:

¡Héctor! ¡Ay de mí, infeliz! Ambos nacimos con la misma suerte, tú en Troya, en alacio de Príamo; yo e n Teba, al pie del selvoso Placo, en el alcázar de Eetión, el cual crió cuando niña para que fuese desventurada como él. ¡Ojalá no me hubiera endrado! Ahora tú descienes a la mansión de Hades, en el seno de la tierra, y me s en el palacio viuda y sumida en triste duelo. Y el hijo, aún infante, que endramos tú y yo, infortunados... Ni tú serás su amparo, oh Héctor, pues has fallecido; l el tuyo. Si escapa con vida de la luctuosa guerra de los aqueos, tendrá siempre gas y pesares; y los demás se apoderarán de sus campos, cambiando de sitio los ones. El mismo día en que un niño queda huérfano, pierde todos los amigos; y en adee va cabizbajo y con las mejillas bañadas en lágrimas. Obligado por la necesidad, gese a los amigos de su padre, tirándoles ya del manto, ya de la túnica; y alguno, padecido, le alarga un vaso pequeño con el cual mojará los labios, pero no llegará a edecer la garganta. El niño que tiene los padres vivos le echa del festín, dándole adas a increpándole con injuriosas voces: "¡Vete, enhoramala!, le dice, que tu padre come a escote con nosotros". Y volverá a su madre viuda, llorando, el huérfano anacte, que en otro tiempo, sentado en las rodillas de su padre, sólo comía medula y a pingüe de ovejas, y, cuando se cansaba de jugar y se entregaba al sueño, dormía en da cama, en brazos de la nodriza, con el corazón lleno de gozo; mas ahora que ha rto su padre, mucho tendrá que padecer Astianacte, a quien los troyanos llamaban así ue sólo tú, oh Héctor, defendías las puertas y los altos muros. Y a ti, cuando los pese hayan saciado con tu carne, los movedizos gusanos te comerán desnudo, junto a corvas naves, lejos de tus padres; habiendo en el palacio vestiduras finas y hermosas, las esclavas hicieron con sus manos. Arrojaré todas estas vestiduras al ardiente fuego; que no te aprovechen, pues no yacerás en ellas, constituirán para ti un motivo de ia a los ojos de los troyanos y de las troyanas.

5 Así dijo llorando, y las mujeres gimieron.

## Canto xxiii \*



### Juegos en honor de Patroclo

Luego Aquiles celebra unos espléndidos funerales en honor de Patroclo, mientras ata el cadáver de dor por los pies a su carro y se lo lleva arrastrándolo por el polvo; y desde entonces todos los días, al arecer la aurora, to vuelve a arrastrar hasta dar tres vueltas alrededor del túmulo de Patroclo. Así gemían los troyanos en la ciudad. Los aqueos, una vez llegados a las naves y al esponto, se fueron a sus respectivos bajeles. Pero a los mirmidones no les permitió les que se dispersaran; y, puesto en medio de los belicosos compañeros, les dijo: ¡Mirmidones, de rápidos corceles, mis compañeros amados! No desatemos del yugo solípedos corceles; acerquémonos con ellos y los carros a Patroclo, y llorémoslo, que es el honor que a los muertos se les debe. Y cuando nos hayamos saciado de triste o, desunciremos los caballos y aquí mismo cenaremos todos.

Así habló. Ellos seguían a Aquiles en compacto grupo y gemían con frecuencia. Y ozando dieron tres vueltas alrededor del cadáver con los caballos de hermoso pelo: s se hallaba entre los guerreros y les excitaba el deseo de llorar. Regadas de lágrimas daron las arenas, regadas de lágrimas se veían las armaduras de los hombres. ¡Tal era éroe, causa de fuga para los enemigos, de quien entonces padecían soledad! Y el da comenzó entre ellos el funeral lamento colocando sus manos homicidas sobre el ho de su amigo:

¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya voy a cumplirte cuanto te metiera: he traído arrastrando el cadáver de Héctor, que entregaré a los perros para lo despedacen cruelmente; y degollaré ante tu pira a doce hijos de troyanos ilustres, la cólera que me causó tu muerte.

Dijo; y, para tratar ignominiosamente al divino Héctor, lo tendió boca abajo en el o, cabe al lecho del Menecáda. Quitáronse todos la luciente armadura de bronce, decidieron los corceles de sonoros relinchos, y sentáronse en gran número cerca de la nave Eácida, el de los pies ligeros, que les dio un banquete funeral espléndido. Muchos yes blancos, ovejas y balantes cabras palpitaban al ser degollados con el hierro; gran a de grasos puercos, de albos dientes, se asaban, extendidos sobre la llama de Heo; y en tomo del cadáver la sangre corría en abundancia por todas partes.

Los reyes aqueos llevaron al Pelida, el de los pies ligeros, que tenía el corazón gido por la muerte del compañero, a la tienda de Agamenón Atrida, después de uadirlo con mucho trabajo; ya en ella, mandaron a los heraldos, de voz sonora, que eron al fuego un gran trípode por si lograban que aquél se lavase las manchas de gre y polvo. Pero Aquiles se negó

obstinadamente, a hizo, además, un juramento: ¡No, por Zeus, que es el supremo y más poderoso de los dioses! No es justo que el o moje mi cabeza hasta que ponga a Patroclo en la pira, le erija un túmulo y me corte abellera; porque un pesar tan grande no volverá lamas a sentirlo mi corazón mientras cuente entre los vivos. Ahora celebremos el triste banquete; y, cuando se descubra la ra, manda, oh rey de hombres, Agamenón, que traigan leña y la coloquen como viene a un muerto que baja a la región sombría, para que pronto el fuego infatigable suma y haga desaparecer de nuestra vista el cadáver de Patroclo, y los guerreros van a sus ocupaciones.

Así dijo; y ellos le escucharon y obedecieron. Dispuesta con prontitud la cena, ieron todos, y nadie careció de su respectiva porción. Mas, después que hubieron fecho de comida y de bebida al apetito, se fueron a dormir a sus tiendas. Quedóse el da con muchos mirmidones, dando profundos suspiros, a orillas del estruendoso mar, n lugar limpio donde las olas bañaban la playa; pero no tardó en vencerlo el sueño, disipa los cuidados del ánimo, esparciéndose suave en torno suyo; pues el héroe a fatigado mucho sus fornidos miembros persiguiendo a Héctor alrededor de la osa Ilio. Entonces vino a encontrarle el alma del mísero Patroclo, semejante en un a éste cuando vivía, tanto por su estatura y hermosos ojos, como por las vestiduras llevaba; y, poniéndose sobre la cabeza de Aquiles, le dijo estas palabras:

¿Duermes, Aq uiles, y me tienes olvidado? Te cuidabas de mí mientras vivía, y a que he muerto me abandonas. Entiérrame cuanto antes, para que pueda pasar las tas del Hades; pues las almas, que son imágenes de los difuntos, me rechazan y no permiten que atraviese el río y me junte con ellas; y de este modo voy errante por los dedores del palacio, de anchas puertas, de Hades. Dame la mano, te lo pido llorando; s ya no volveré del Hades cuando hayáis entregado mi cadáver al fuego. Ni ya, ando de vida, conversaremos separadamente de los amigos; pues me devoró la odiosa rte que el hado, cuando nací, me deparara. Y tu destino es también, oh Aquiles ejante a los dioses, morir al pie de los muros de los nobles troyanos. Otra cosa te diré cargaré, por si quieres complacerme. No dejes mandado, oh Aquiles, que pongan tus sos separados de los míos: ya que juntos nos hemos criado en tu palacio, desde que necio me llevó de Opunte a vuestra casa por un deplorable homicidio -cuando olerizándome en el juego de la taba maté involuntariamente al hijo de Anfidamante-, caballero Peleo me acogió en su morada, me crió con regalo y me nombró tu dero; así también, una misma urna, la ánfora de oro que te dio tu veneranda madre, de nuestros huesos.

Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

¿Por qué, cabeza querida, vienes a encargarme estas cosas? Te obedeceré y lo pliré todo como lo mandas. Pero acércate y abracémonos, aunque sea por breves antes, para saciarnos de triste llanto.

En diciendo esto, le tendió los brazos, pero no consiguió asirlo: dispóse el alma cual ese humo y penetró en la tierra dando chillidos. Aquiles se levantó atónito, dio una mada y exclamó con voz lúgubre:

¡Oh dioses! Ciertamente es que en la morada de Hades quedan el alma y la imagen de que mueren, pero la fuerza vital desaparece por entero. Toda la noche ha estado cerca mí el alma del mísero Patroclo, derramando lágrimas y despidiendo suspiros, para argüirme lo que debo hacer; y era muy semejante a él cuando vivía.

8 Así dijo, y a todos les excitó el deseo de llorar. Todavía se hallaban alrededor del áver, sollozando lastimeramente, cuando despuntó la Aurora de rosáceos dedos. Entonces el rey Agamenón mandó que de todas las tiendas saliesen hombres con mulos ir por leña; y a su frente se puso un varón excelente, Meriones, escudero del valeroso menea. Los mulos iban delante; tras ellos caminaban los hombres, llevando en sus os hachas de cortar madera y sogas bien torcidas; y así subieron y bajaron cuevas, y rrieron atajos y veredas. Mas, cuando llegaron a los bosques del Ida, abundante en antiales, se apresuraron a cortar con el afilado bronce encinas de alta copa que caían estrépito. Los aqueos las partieron en rajas y las cargaron sobre los mulos. En uida éstos, midiendo con sus pasos la tierra, volvieron atrás por los espesos matorradoresos de regresar a la llanura. Todos los leñadores llevaban troncos, porque así to a ordenado Meriones, escudero del valeroso Idomeneo. Y los fueron dejando suavemente en un sitio de la orilla del mar, que Aquiles indicó para que allí se erigiera ran túmulo de Patroclo y de sí mismo.

7 Después que hubieron descargado la inmensa cantidad de leña, se sentaron todos os y aguardaron. Aquiles mandó en seguida a los belicosos mirmidones que tomaran armas y uncieran los caballos; y ellos se levantaron, vistieron la armadura, y los dillos y sus aurigas montaron en los carros. Iban éstos al frente, seguía la nube de la osa infantería, y en medio los amigos llevaban a Patroclo, cubierto de cabello que en honor se habían cortado. El divino Aquiles sostenía la cabeza, y estaba triste porque pedía para el Hades al eximio compañero.

8 Cuando llegaron al lugar que Aquiles les señaló, dejaron el cadáver en el suelo, y eguida amontonaron abundante leña. Entonces el divino Aquiles, el de los pies ros, tuvo otra idea: separándose de la pira, se cortó la rubia cabellera, que conservaba éndida para ofrecerla al río Esperqueo; y exclamó apenado, fijando los ojos en el so ponto:

¡Esperqueo! En vano mi padre Peleo te hizo el voto de que yo, al volver a la tierra ia, me cortarí la cabellera en tu honor y te inmolaría una sacra hecatombe de cinnta carneros cerca de tus fuentes, donde están el bosque y el perfumado altar a ti sagrados. Tal voto hizo el anciano, pero tú no has cumplido su deseo. Y ahora, como e de volver a la tierra patria, daré mi cabellera al héroe Patroclo para que se la lleve. 2 Habiendo hablado así, puso la cabellera en las manos del compañero querido, y a s les excitó el deseo de llorar. Y entregados al llanto los dejara el sol al ponerse, si les no se hubiese acercado a Agamenón para decirle:

¡Atrida! Puesto que la gente aquea to obedecerá más que a nadie, y tiempo habrá saciarse de llanto, aparta de la pira a los guerreros y mándales que preparen la cena; to que resta nos cuidaremos nosotros, a quienes corresponde de un modo especial rar al muerto. Quédense tan sólo los caudillos.

1 Al oírlo, el rey de hombres, Agamenón, despidió la gente para que volviera a las es bien proporcionadas; y los que cuidaban del funeral amontonaron leña, levantaron pira de cien pies por lado, y, con el corazón alligido, pusieron en lo alto de ella el po de Patrocio. Delante de la pira mataron y desollaron muchas pingües ovejas y des bueyes de curvas astas; y el magnánimo Aquiles tomó la grasa de aquéllas y stos, cubrió con la misma el cadáver de pies a cabeza, y hacinó alrededor los cuerpos ollados. Llevó también a la pira dos ánforas, llenas respectivamente de miel y de te, y las abocó al lecho; y, exhalando profundos suspiros, arrojó a la hoguera cuatro eles de erguido cuello. Nueve perros tenía el rey que se alimentaban de su mesa, y, ollando a dos, echólos igualmente en la pira. Siguiéronles doce hijos valientes de anos ilustres, a quienes mató con el bronce, pues el héroe meditaba en su corazón ones crueles. Y entregando la pira a la violencia indomable del fuego para que la orara, gimió y nombró al compañero amado:

¡Alégrate, oh Patroclo, aunque estés en el Hades! Ya te cumplo cuanto te prometí. uego devora contigo a doce hijos valientes de troyanos ilustres; y a Héctor Priámda e entregaré a la hoguera para que to consuma, sino a los perros.

4 Así dijo en son de amenaza. Pero los canes no se acercaron a Héctor. La diosa odita, hija de Zeus, los apartó día y noche, y ungió el cadáver con un divino aceite do para que Aquiles no lo lacerase al arrastrarlo. Y Febo Apolo cubrió el espacio pado por el muerto con una sombna nube que hizo pasar del cielo a la llanura, a fin de dor del sol no secara el cuerpo, con sus nervios y miembros.

2 En tanto, la pira en que se hallaba el cadáver de Patroclo no ardía. Entonces el no Aquiles, el de los pies ligeros, tuvo otra idea: apartóse de la pira, oró a los vientos eas y Céfiro y votó ofrecerles solemnes sacrificios; y, haciéndoles repetidas ciones con una copa de oro, les rogó que acudieran para que la leña ardiese bien y los áveres fueran consumidos prestamente por el fuego. La veloz Iris oyó las súplicas, y isar a los vientos, que estaban reunidos celebrando un banquete en la morada del etuoso Céfiro. Iris llegó corriendo y se detuvo en el umbral de piedra. Así que la on, levantáronse todos, y cada uno la llamaba a su lado. Pero ella no quiso sentarse, y nunció estas palabras:

No puedo sentarme; porque voy, por cima de la corriente del Océano, a la tierra de etíopes, que ahora ofrecen hecatombes a los inmortales, para entrar a la parte en los ificios. Aquiles ruega al Bóreas y al estruendoso Céfiro, prometiéndoles solemnes ificios, que vayan y hagan arder la pira en que yace Patroclo, por el cual gimen los os todos.

2 Habló así y fuese. Los vientos se levantaron con inmenso ruido, esparciendo las es; pasaron por cima del ponto, y las olas crecían al impulso del sonoro soplo, aron, por fin, a la fértil Troya, cayeron en la pira y el fuego abrasador bramó demente. Durante toda la noche, los dos vientos, soplando con agudos silbidos, aron la llama de la pira, durante toda la noche, el veloz Aquiles, sacando vino de una era de oro, con una copa de doble asa, to vertió y regó la tierra, a invocó el alma del ero Patroclo. Como solloza un padre, quemando los huesos del hijo

recién casado, a muerte ha sumido en el dolor a sus progenitores, de igual modo sollozaba Aquiles al mar los huesos del amigo; y, arrastrándose en torno de la hoguera, gemía sin cesar. 6 Cuando el lucero de la mañana apareció sobre la tierra anunciando el día, y poco pués la aurora, de azafanado velo, se esparció por el mar, apagábase la hoguera y ía la llama. Los vientos regresaron a su morada por el ponto de Tracia, que gemía a a de la hinchazón de las olas alborotadas, y el Pelida, habiéndose separado un poco ira, acostóse, rendido de cansancio, y el dulce sueño le venció. Pronto los caudillos eunieron en gran número alrededor del Atrida; y el alboroto y ruido que hacían al ar despertaron a Aquiles. Incorporóse el héroe; y, sentándose, les dijo estas palabras:

¡Atrida y demás príncipes de los aqueos todos! Primeramente apagad con negro cuanto de la pira alcanzó la violencia del fuego; recojamos después los huesos de clo Menecíada, distinguiéndolos bien - fácil será reconocerlos, porque el cadáver ba en medio de la pira y en los extremos se quemaron confundidos hombres y

—, y pongámoslos en una urna de oro, cubiertos por doble capa de grasa donde se den hasta que yo descienda al Hades. Quiero que le erijáis un túmulo no muy grande, cual corresponde al muerto; y más adelante, aqueos, los que estéis vivos en las naves muchos bancos cuando yo muera, hacedlo anchuroso y alto.

9 Así dijo, y ellos obedecieron al Pelión, de pies ligeros. Primeramente apagaron con vino la parte de la pira a que alcanzó la llama, y la ceniza cayó en abundancia; dess recogieron, llorando, los blancos huesos del dulce amigo y los encerraron en una de oro, cubiertos por doble capa de grasa; dejaron la urna en la tienda, tendiendo e la misma un sutil velo; trazaron el ámbito del túmulo en torno de la pira, echaron cimientos, a inmediatamente amontonaron la tierra que antes habían excavado. Y, ido el túmulo, volvieron a su sitio. Aquiles detuvo al pueblo y le hizo sentar, mando un gran circo; y al momento sacó de las naves, para premio de los que cieren en los juegos, calderas, trípodes, caballos, mulos, bueyes de robusta cabeza, eres de hermosa cintura y luciente hierro.

2 Empezó exponiendo los premios destinados a los veloces aurigas: el que primero ara se llevaría una mujer diestra en primorosas labores y un trípode con asas, de veins medidas; para el segundo ofreció una yegua de seis años, indómita, que llevaba en ientre un feto de mulo; para el tercero, una hermosa caldera no puesta al fuego y lute aún, cuya capacidad era de cuatro medidas; para el cuarto, dos talentos de oro; y el quinto, un vaso con dos asas no puesto al fuego todavía. Y, estando en pie, dijo a argivos:

¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Estos premios que en medio he cado son para los aurigas. Si los juegos se celebraran en honor de otro difunto, me aría a mi tienda los mejores. Ya sabéis cuánto mis caballos aventajan en ligereza a los ás, porque son inmortales: Posidón se los regaló a mi padre Peleo, y éste me los ha o a mí. Pero yo me quedaré, y también los solípedos corceles, porque perdieron al re y benigno auriga que tantas veces derramó aceite sobre sus crines, después de rlos con agua pura. Ambos, habiéndose quedado quietos, sienten soledad de

él; y con crines colgando hasta tocar la tierra permanecen en pie y afligidos en su corazón. lantaos, pues, los aqueos que confiéis en vuestros corceles y sólidos carros! 7 Así hablo el Pelida, y los veloces aurigas se reunieron. Levantóse mucho antes que e el rey de hombres Eumelo, hijo amado de Admeto, que descollaba en el arte de r el carro. Presentóse después el fuerte Diomedes Tidida, el cual puso el yugo a los eles de Tros, que había quitado a Eneas cuando Apolo salvó a este héroe. Alzóse o el rubio Menelao Atrida, del linaje de Zeus, y unció al carro una yegua y un caballo ces: Eta, propia de Agamenón, y Podargo, que era suyo. Había dado la yegua a menón, como presente, Equepolo, hijo de Anquises, por no seguirle a la ventosa Ilio zar tranquilo en la vasta Sición, donde moraba, de la abundante riqueza que Zeus le a concedido; ésta fue la yegua que Menelao unció al yugo, la cual estaba deseosa de

Fue el cuarto en aparejar los corceles de hermoso pelo Antíloco, hijo ilustre del nánimo rey Néstor Nelida: de su carro tiraban caballos de Pilos, de pies ligeros. Y su e se le acercó y empezó a darle buenos consejos, aunque no le faltaba inteligencia:

¡Antíloco! Si bien eres joven, Zeus y Posidón to quieren y to han enseñado todo el del auriga. No es preciso, por tanto, que yo lo instruya. Sabes perfectamente cómo caballos deben dar la vuelta en torno de la meta, pero tus corceles son los más lentos correr, y temo que algún suceso desagradable ha de ocurrirte. Empero, si otros allos son más veloces, sus conductores no to aventajan en obrar sagazmente. Ea, pues, ido, piensa en emplear toda clase de habilidades para que los premios no se to pen. El leñador más hace con la habilidad que con la fuerza; con su habilidad el to gobierna en el vinoso ponto la veloz nave combatida por los vientos; y con su lidad puede un auriga vencer a otro. El que confía en sus caballos y en su carro les e dar vueltas imprudentemente acá y acullá, y luego los corceles divagan en la carrera los puede sujetar, mas el que conoce los arbitrios del arte y guía caballos inferiores a los ojos continuamente en la meta, da la vuelta cerca de la misma, y no le pasa vertido cuándo debe aguijar a aquéllos con el látigo de piel de buey: así los domina pre, a la vez que observa a quien le precede. La meta de ahora es muy fácil de ocer, y voy a indicártela para que no dejes de verla. Un tronco seco de encina o de , que la lluvia no ha podrido aún, sobresale un codo de la tierra; encuéntrense a uno y lado del mismo, cuando el camino acaba, sendas piedras blancas; y luego el terreno o por todas partes y propio para las carreras de carros: el tronco debe de haber enecido a la tumba de un hombre que ha tiempo murió, o fue puesto como mojón por antiguos; y ahora el divino Aquiles, el de los pies ligeros, to ha elegido por meta. rcate a ésta y den la vuelta casi tocándola carro y caballos; y tú inclínate en el fuerte nto hacia la izquierda y anima con imperiosas voces al corcel del otro lado afojándole iendas. El caballo izquierdo se aproxime tanto a la meta, que parezca que el cubo de en construida rueda haya de llegar al tronco, pero guárdate de chocar con la piedra: ea que hieras a los corceles, rompas el carro y causes el regocijo de los demás y la usión de ti mismo. Procura, oh querido, ser cauto y prudente. Pero, si aguijando los allos, logras dar la vuelta a la meta, ya nadie se to podrá anticipar ni alcanzarte iera, aunque gué al divino Arión -el veloz caballo de Adrasto, que descendía de un o sea arrastrado por los corceles de

Laomedonte, que se criaron aquí tan excelentes. 9 Así dijo Néstor Nelida, y volvió a sentarse cuando hubo enterado a su hijo de to importante de cada cosa.

1 Meriones fue el quinto en aparejar los caballos de hermoso pelo. Subieron los gas a los carros y echaron suertes en un casco que agitaba Aquiles. Salió primero la Antíloco Nestórida; después, la del rey Eumelo; luego, la de Menelao Atrida, famoso su lanza; en seguida, la de Meriones; y por último, la del Tidida, que era el más hábil. éronse en fila, y Aquiles les indicó la meta a to lejos, en el terreno llano; y encargó a x, escudero de su padre, que se sentara cerca de aquélla como observador de la era, a fin de que, reteniendo en la memoria cuanto ocurriese, les dijese luego la

2 Todos a un tiempo levantaron el látigo, dejáronlo caer sobre los caballos y los maron con ardientes voces. Y éstos, alejándose de las naves, corrían por la llanura con a rapidez; la polvareda que levantaban envolvíaes el pecho como una nube o un ellino, y las crines ondeaban al soplo del viento. Los carros unas veces tocaban al l suelo, y otras daban saltos en el aire; los aurigas permanecían en los asientos con el zón palpitante por el deseo de la victoria; cada cual animaba a sus corceles, y éstos ban, levantando polvo, por la llanura.

3 Mas, cuando los veloces caballos llegaron a la segunda mitad de la carrera y ya fán hacia el espumoso mar, entonces se mostró la pericia de cada conductor, pues quéllos empezaron a galopar. Venían delante las yeguas, de pies ligeros, de melo Feretíada. Seguíanlas los caballos de Diomedes, procedentes de los de Tros; y ban tan cerca del primer carro, que parecía que iban a subir en él: con su aliento an la espalda y anchos hombros de Eumelo, y volaban poniendo la cabeza sobre ismo. Diomedes le hubiera pasado delante, o por to menos hubiera conseguido que la oria quedase indecisa si Febo Apolo, que estaba irritado con el hijo de Tideo, no le ese hecho caer de las manos el lustroso látigo. Afligióse el héroe, y las lágrimas edecieron sus ojos al ver que las yeguas corrían más que antes, y en cambio sus allos aflojaban, porque ya no sentían el azote. No le pasó inadvertido a Atenea que lo jugara esta treta al Tidida; y, corriendo hacia el pastor de hombres, devolvióle el o, a la vez que daba nuevos bríos a sus caballos. Y la diosa, irritada, se encaminó al mento hacia el hijo de Admeto y le rompió el yugo: cada yegua se fue por su lado, a de camino; el timón cayó a tierra, y el héroe vino al suelo, junto a una rueda, hirióse os codos, boca y narices, se rompió la frente por encima de las cejas, se le arrasaron ojos de lágrimas, y la voz, vigorosa y sonora, se le cortó. El Tidida guió los solípedos allos, desviándolos un poco, y se adelantó un gran espacio a todos los demás; porque nea dio vigor a sus corceles y le concedió a él la gloria del triunfo. Seguíale el rubio nelao Atrida. E inmediato a él iba Antíloco, que animaba a los caballos de su padre:

Corred y alargad el paso cuanto podáis. No os mando que compitáis con aquéllos, los caballos del aguerrido Tidida, a los cuales Atenea dio ligereza, concediéndole a él loria del triunfo. Mas alcanzad pronto a los corceles del Atrida y no os quedéis gados para que no os avergüencie Eta con ser hembra. ¿Por qué os atrasáis, excelentes allos? Lo que os voy a decir se cumplirá: se acabarán para vosotros los cuidados en el cio de Néstor, pastor de hombres, y éste

os matará en seguida con el agudo bronce si vuestra desidia nos llevamos el peor premio. Seguid y apresuraos cuanto podáis. Y yo saré cómo, valiéndome de la astucia, me adelanto en el lugar donde se estrecha el no; no se me escapará la ocasión.

7 Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más gentemente un breve rato. Pronto el belicoso Antíloco alcanzó a descubrir el punto estrecho del camino -había allí una hendedura de la tierra, producida por el agua ncada durante el invierno, la cual robó parte de la senda y cavó el suelo-, y por aquel guiaba Menelao sus corceles, procurando evitar el choque con los demás carros. o Antíloco, torciendo la rienda a sus caballos, sacó el carro fuera del camino, y por un y de cerca seguía a Menelao. El Atrida temió un choque, y le dijo gritando:

¡Antíloco! De temerario modo guías el carro. Detén los corceles; que ahora el ino es angosto, y en seguida, cuando sea más ancho, podrás ganarme la delantera. No que choquen los carros y seas causa de que recibamos daño.

9 Así dijo. Pero Antíloco, como si no le oyese, hacía correr más a sus caballos ndolos con el aguijón. Cuanto espacio recorre el disco que tira un joven desde lo alto u hombro para probar la fuerza, tanto aquéllos se adelantaron. Las yeguas del Atrida ron, y él mismo, voluntariamente, dejó de avivarlas; no fuera que los solípedos allos, tropezando los unos con los otros, volcaran los fuertes carros, y ellos cayeran en olvo por el anhelo de alcanzar la victoria. Y el rubio Menelao, reprendiendo a loco, exclamó:

¡Antíloco! Ningún mortal es más funesto que tú. Ve enhoramala; que los aqueos stábamos en to cierto cuando to tenía mos por sensato. Pero no te llevarás el premio que antes jures.

2 Después de hablar así, animó a sus caballos con estas palabras:

No aflojéis el paso, ni tengáis el corazón afligido. A aquéllos se les cansarán los y las rodillas antes que a vosotros, pues ya ambos pasaron de la edad juvenil. 6 Así dijo. Los corceles, temiendo la amenaza de su señor, corrieron más gentemente, y pronto se hallaron cerca de los otros.

8 Los argivos, sentados en el circo, no quitaban los ojos de los caballos; y éstos ban, levantando polvo por la llanura. Idomeneo, caudillo de los cretenses, fue quien guió antes que nadie los primeros corceles que llegaban; pues era el que estaba en el más alto por haberse sentado en un altozano, fuera del circo. Oyendo desde lejos la del auriga que animaba a los corceles, la reconoció; y al momento vio que corría, antándose a los demás, un caballo magnífico, todo bermejo, con una mancha en la te, blanca y redonda como la luna. Y poniéndose en pie, dijo estas palabras a los

¡Oh amigos, capitanes y príncipes de los argivos! ¿Veo los caballos yo solo o bién vosotros? Paréceme que no son los mismos de antes los que vienen delanteros, ni mo el auriga: deben de haberse lastimado en la llanura las yeguas que poco ha eran cedoras. Las vi cuando doblaban la meta; pero ahora no puedo distinguir las, aunque stro con mis ojos todo el campo troyano. Quizá las riendas se le fueron al auriga, y, dole imposible gobernar las yeguas al llegar a la meta, no dio felizmente la vuelta: me ro que habrá caído, el carro estará roto, y las yeguas, dejándose

llevar por su ánimo decido, se habrán echado fuera del camino. Pero levantaos y mirad, pues yo no lo ngo bien: paréceme que el que viene delante es un va rón etolio, el fuerte Diomedes, de Tideo, domador de caballos, que reina sobre los argivos.

3 Y el veloz Ayante de Oileo increpóle con injuriosas voces:

¡Idomeneo! ¿Por qué charlas antes de to debido? Las voladoras yeguas vienen iendo a lo lejos por la llanura espaciosa. Tú no eres el más joven de los argivos, ni tu a es la mejor, pero siempre hablas mucho y sin substancia. Preciso es que no seas tan ulo, estando presentes otros que to son superiores. Esas yeguas que aparecen las ras son las de antes, las de Eumelo, y él mismo viene en el carro y tiene las riendas. 2 El caudillo de los cretenses le respondió enojado:

Ayante, valiente en la injuria, detractor; pues en todo lo restante estás por debajo os argivos a causa de tu espíritu perverso. Apostemos un trípode o una caldera y nommos árbitro al Atrida Agamenón para que manifieste cuáles son las yeguas que vienen nte y tú lo aprendas perdiendo la apuesta.

8 Así habló. En seguida el veloz Ayante de Oileo se alzó colérico para contestarle palabras duras. Y la contienda habría pasado más adelante entre ambos, si el propio les, levantándose, no les hubiese dicho:

¡Ayante a Idomeneo! No alterquéis con palabras duras y pesadas, porque no es oroso; y vosotros mismos os irritaríais contra el que así to hiciera. Sentaos en el circo ad la. vista en los caballos, que pronto vendrán aquí por el anhelo de alcanzar la oria, y sabréis cuáles corceles argivos son los delanteros y cuáles los rezagados. 9 Así dijo; el Tidida, que ya se había acercado un buen trecho, aguijaba a los eles, y constantemente les azotaba la espalda con el látigo, y ellos, levantando en alto pies, recorrían velozmente el camino y rociaban de polvo al auriga. El carro, necido de oro y estaño, corría arrastrado por los veloces caballos y las llantas casi no ban huella en el tenue polvo. ¡Con tal ligereza volaban los corceles! Cuando medes llegó al circo, detuvo el luciente carro; copioso sudor corría de la cerviz y del ho de los corceles hasta el suelo, y el héroe, saltando a tierra, dejó el látigo colgado yugo. Entonces no anduvo remiso el esforzado Esténelo, sino que al instante tomó el mio y to entregó a los magnánimos compañeros; y mientras éstos conducían la cautiva tienda y se llevaban el trípode con asas, desunció del carro a los corceles.

4 Después de Diomedes llegó Antíloco, descendiente de Neleo, el cual se había cipado a Menelao por haber usado de fraude y no por la mayor ligereza de su carro; , así y todo, Menelao guiaba muy cerca de él los veloces caballos. Cuando el corcel a de las ruedas del carro en que lleva a su señor por la llanura (*las últimas cerdas de la tocan la llanta y un corto espacio los separa mientras aquél corre por el campo enso*): tan rezagado estaba Menelao del eximio Antíloco; pues, si bien al principio se dó a la distancia de un tiro de disco, pronto volvió a alcanzarle porque el fuerte vigor a yegua de Agamenón, de Etá, de hermoso pelo, iba aumentando. Y si la carrera ese sido más larga, el Atrida se le habría adelantado, sin dejar dudosa la victoria.- iones, el buen escudero de Idomeneo, seguía al ínclito Menelao, como a un tiro de a; pues sus corceles, de hermoso pelo, eran más tardos y él muy poco diestro en guiar arro en un certamen.- Presentóse,

por último, el hijo de Admeto tirando de su hermoso o y conduciendo por delante los caballos. Al verlo, el divino Aquiles, el de los pies ros, se compadeció de él, y dirigió a los argivos estas aladas palabras:

Viene el último con los solípedos caballos el varón que más descuelle en guiarlos. démosle, como es justo, el segundo premio, y llévase el primero el hijo de Tideo. 9 Así habló y todos aplaudieron lo que proponía. Y le hubiese entregado la yegua es los aqueos lo aprobaban-, si Antíloco, hijo del magnánimo Néstor, no se hubiera ntado para decir con razón al Pelida Aquiles:

¡Oh Aquiles! Mucho me irritaré contigo si llevas a cabo to que dices. Vas a arme el premio, atendiendo a que recibieron daño su carño y los veloces corceles y él sforzado, pero tenía que rogar a los inmortales y no habría llegado el último de todos. compadeces y es grato a to corazón, como hay en tu tienda abundante oro y posees nce, rebaños, esclavas y solípedos caballos, entrégale, tomándolo de estas cosas, un mio aún mejor que éste, para que los aqueos to alaben. Pero la yegua no la dará, y be de quitármela quien desee llegar a las manos conmigo.

5 Así habló. Sonrióse el divino Aquiles, el de los pies figeros, holgándose de que loco se expresara en tales términos, porque era amigo suyo; y en respuesta, díjole s aladas palabras:

¡Antíloco! Me ordenas que dé a Eumelo otro premio, sacándolo de mi tienda, y así aré. Voy a entregarle la coraza de bronce que quité a Asteropeo, la cual tiene en sus as una franja de luciente estaño, y constituirá para él un presente de valor.

3 Dijo, y mandó a Automedonte, el compañero querido, que la sacara de la tienda; éste y llévsela; y Aquiles la puso en las manos de Eumelo, que la recibió alegre-

6 Pero levantóse Menelao, afligido en su corazón y muy irritado contra Antíloco. El ldo le dio el cetro, y ordenó a los argivos que callaran. Y el varón igual a un dios ó diciendo:

¡Antíloco! Tú, que antes eras sensato, ¿qué has hecho? Desluciste mi habilidad y pellaste mis corceles, haciendo pasar delante a los tuyos, que son mucho peores. ¡Ea, tanes y príncipes de los argivos! Juzgadnos imparcialmente a entrambos: no sea que no de los aqueos, de broncíneas corazas, exclame: "Menelao, violentando con tiras a Antíloco, ha conseguido llevarse la yegua, a pesar de la inferioridad de sus eles, por ser más valiente y poderoso." Y si queréis, yo mismo lo decidiré; y creo que ún dánao me podrá reprender, porque el fallo será justo. Ea, Antíloco, alumno de s, ven aquí y, puesto, como es costumbre, delante de los caballos y el carro, teniendo a mano el flexible látigo con que los guiabas y tocando los corceles, jura, por el que y sacude la tierra, que si detuviste mi carro fue involuntariamente y sin dolo. 6 Respondióle el prudente Antíloco:

Perdóname, oh rey Menelao, pues soy más joven y tú eres mayor y más valiente. e son desconocidas las faltas que comete un mozo, porque su pensamiento es rápido juicio escaso. Apacígüese, pues, tu corazón: yo mismo te cedo la yegua que he bido; y, si de cuanto tengo me pidieras algo de más valor que este premio, preferina lo en seguida, oh alumno de Zeus, a perder para siempre tu afecto y ser culpable nte de los dioses.

6 Así habló el hijo del magnánimo Néstor, y, conduciendo la yegua adonde estaba el da, se la puso en la mano. A éste se le alegró el alma: como el rocío cae en torno de espigas cuando las mieses crecen y los campos se erizan, del mismo modo, oh nelao, tu espíritu se bañó en gozo. Y, respondiéndole, pronunció estas aladas palabras:

¡Antíloco! Aunque estaba irritado, seré yo quien ceda; porque hasta aquí no has imprudente ni ligero y ahora la juventud venció a la razón. Absténate en lo sucesivo rer engañar a los que to son superiores. Ningún otro aqueo me ablandaría tan nto, pero has padecido y trabajado mucho por mi causa, y tu padre y tu hermano bién; accederé, pues, a tus súplicas y te daré la yegua, que es mía, para que éstos n que mi corazón no fue nunca ni soberbio ni cruel.

2 Dijo; entregó a Noemón, compañero de Antíloco, la yegua para que se la llevara, y ó la reluciente caldera. Meriones, que había llegado el cuarto, recogió los dos talentos ro. Quedaba el quinto premio, el vaso con dos asas; y Aquiles levantólo, atravesó el o y lo ofreció a Néstor con estas palabras:

Toma, anciano; sea tuyo este presente como recuerdo de los funerales de Patroclo, ien no volverás a ver entre los argivos. Te doy el premio porque no podrás ser parte n el pugilato, ni en la lucha, ni en el certamen de los dardos, ni en la carrera, que ya to ma la vejez penosa.

4 Así diciendo, se to puso en las manos. Néstor recibiólo con alegría, y respondió estas aladas palabras:

Sí, hijo, oportuno es cuanto acabas de decir. Ya mis miembros no tienen el vigor ntes, ni mis pies, ni mis brazos se mueven ágiles a partir de los hombros. Ojalá fuese joven y mis fuerzas tan robustas como cuando los epeos enterraron en Buprasio al eroso Amarinceo, y los hijos de éste sacaron premios para los juegos que debían brarse en honor del rey. Allí ninguno de los epeos, ni de los pilios, ni de los nánimos etolios, pudo igualarse conmigo. Vencí en el pugilato a Clitomedes, hijo de pe, y en la lucha a Anceo Pleuronio, que osó affrontarme; en la carrera pasé delante de o, que era robusto; y en arrojar la lanza superé a Fileo y a Polidoro. Sólo los hijos de or mé dejaron atrás con su carro porque eran dos; y me disputaron la victoria a ca usa haberse reservado los mejores premios para este juego. Eran aquéllos hermanos ellos, y el uno gobernaba con firmeza los caballos, sí, gobernaba con firmeza los allos, mientras el otro con el látigo los aguijaba. Así era yo en aquel tiempo. Ahora los jóvenes entren en las luchas; que ya debo ceder a la triste senectud, aunque entonces esaliera entre los héroes. Ve y continúa celebrando los juegos fúnebres de tu amigo. pto gustoso el presente, y se me alegra el corazón al ver que to acuerdas siempre del n Néstor y nó dejas de advertir con qué honores he de ser honrado entre los aqueos. deidades to concedan por ello abundantes gracias.

1 Así habló; y el Pelida, oído todo el elogio que de él hizo el Nelida, fuese por entre uchedumbre de los aqueos. En seguida sacó los premios del duro pugilato: condujo al o y ató en medio de él una mula de seis años, cerril, difícil de domar, que había de ser idora del trabajo; y puso para el vencido una copa de doble asa. Y, estando en pie, a los argivos:

¡Atrida y demás aqueos de hermosas grebas! Invitémos a los dos varones que sean diestros, a que levanten los brazos y combatan a puñadas por estos premios. Aquél a n Apolo conceda la victoria, reconociéndolo así todos los aqueos, conduzca a su da la mula sufridora del trabajo; el vencido se llevará la copa de doble asa.

4 Así habló. Levantóse al instante un varón fuerte, alto y experto en el pugilato: o, hijo de Panopeo. Y, poniendo la mano sobre la mula paciente en el trabajo, dijo:

Acérquese el que haya de llevarse la copa de doble asa, pues no creo que ningún eo consiga la mula, si ha de vencerme en el pugilato. Me glorió de mantenerlo mejor nadie. ¿No basta acaso que sea inferior a otros en la batalla? No es posible que un bre sea diestro en todo. Lo que voy a decir se cumplirá: al campeón que se me nga le rasgaré la piel y le aplastaré los huesos; los que de él hayan de cuidar quédense reunidos, para llevárselo cuando sucumba a mis manos.

6 Así se expresó. Todos enmudecieron y quedaron silenciosos. Y tan sólo se levantó luchar con él Euríalo, varón igual a un dios, hijo del rey Mecisteo Talayónida, el fue a Teba cuando murió Edipo y en los juegos fúnebres venció a todos los cadmeos. idida, famoso por su lanza, animaba a Euríalo con razones, pues tenía un gran deseo ue alcanzara la victoria, y le ayudaba a disponerse para la lucha: atóle el cinturón y le unas bien cortadas correas de piel de buey salvaje. Ceñidos ambos contendientes, parecieron en medio del circo, levantaron las robustas manos, acometiéronse y los idos brazos se entrelazaron. Crujían de un modo horrible las mandíbulas y el sudor aba de todos los miembros. El divino Epeo, arremetiendo, dio un golpe en la mejilla u rival que le espiaba; y Euríalo no siguió en pie largo tiempo, porque sus hermosos mbros desfallecieron. Como, encrespándose la mar al soplo del Bóreas, salta un pez a orilla poblada de algas y las negras olas to cubren en seguida, así Euríalo, al recibir olpe, dio un salto hacia atrás. Pero el magnánimo Epeo, cogiéndole por las manos, lo ntó; rodeáronle los compañeros y se to llevaron del circo -arrastraba los pies, escupía sa sangre y la cabeza se le inclinaba a un lado; sentáronle entre ellos, desvanecido, y on a recoger la copa doble.

0 El Pelida sacó después otros premios para el tercer juego, la penosa lucha, y se los tró a los dánaos: para el vencedor un gran trípode, apto para ponerlo al fuego, que los eos apreciaban en doce bueyes; para el vencido, una mujer diestra en muchas labores lorada en cuatro bueyes, que sacó en medio de ellos. Y, estando en pie, dijo a los ar-

Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

8 Así habló. Alzóse en seguida el gran Ayante Telamonio y luego el ingenioso es, fecundo en ardid. Puesto el ceñidor, fueron a encontrarse en medio del circo y ogieron con los robustos brazos como se enlazan las vigas que un ilustre artífice une, onstruir alto palacio, para que resistan el embate de los vientos. Sus espaldas crujían, echadas fuertemente por los vigorosos brazos; copioso sudor les brotaba de todo el po; muchos cruentos cardenales iban apareciendo en los costados y en las espaldas; y os contendientes anhelaban siempre alcanzar la victoria y con ella el bien construido ode. Pero ni Ulises lograba hacer caer y derribar por el suelo a Ayante, ni

éste a aquél, que la gran fuerza de Ulises se to impedía. Y cuando los aqueos mosas grebas ya ezaban a cansarse de la lucha, dijo el gran Ayante Telamónio:

¡Laertíada, del linaje de Zeus, Ulises, fecundo en ardides! Levántame, o te ntaré yo; y Zeus se cuidará del resto.

5 Habiendo hablado así, lo levantaba; mas Ulises no se olvidó de sus ardides, pues, dole por detrás un golpe en la corva, dejóle sin vigor los miembros, le hizo venir al o, de espaldas, y cayó sobre su pecho: la muchedumbre quedó admirada y atónita al emplarlo. Luego, el divino y paciente Ulises alzó un poco a Ayante, pero no siguió sóstenerlo en vilo; porque se le doblaron las rodillas y ambos cayeron al suelo, no cerca del otro, y se mancharon de polvo. Levantáronse, y hubieran luchado por era vez, si Aquiles, poniéndose en pie, no los hubiese detenido:

No luchéis ya, ni os hagáis más daño. La victoria que dó por ambos. Recibid igual mio y retiraos para que entren en los juegos otros aqueos.

8 Así dijo. Ellos le escucharon y obedecieron; pue s en seguida, después de haberse piado el polvo, vistieron la túnica.

0 El Pelida sacó otros premios para la velocidad en la carrera. Expuso primero una era de plata labrada, que tenía seis medidas de capacidad y superaba en hermosura a las de la tierra. Los sidonios, eximios artífices, la fabricaron primorosa; los fenicios, pués de llevarla por el sombrío ponto de puerto en puerto, se la regalaron a Toante; tarde, Euneo Jasónida la dio al héroe Patroclo para rescatar a Licaón, hijo de Príamo; tonces Aquiles la ofreció como premio, en honor del difunto amigo, al que fuese más z en correr con los pies ligeros. Para el que llegase el segundo señaló un buey ulento y pingüe, y para el último, medio talento de oro. Y estando en pie, dijo a los

Levantaos, los que hayáis de entrar en esta lucha.

4 Así habló. Levantóse al instante el veloz Ayante de Oíleo, después el ingenioso es, y por fin Antíloco, hijo de Néstor, que en la carrera vencía a todos los jóvenes. ronse en fila y Aquiles les indicó la meta. Empezaron a correr desde el sitio lado, y el Oílada se adelantó a los demás, aunque el divino Ulises le seguía de cerca. nto dista del pecho el huso que una mujer de hermosa cintura revuelve en su mano, ntras devana el hilo de la trama, y tiene constantemente junto al seno, tan inmediato a nte corría el divinal Ulises: pisaba las huellas de aquél antes de que el polvo cayera orno de las mismas y le echaba el aliento a la cabeza, corriendo siempre con suma dez. Todos los aqueos aplaudían los esfuerzos que realizaba Ulises por el deseo de nzar la victoria, y le animaban con sus voces. Mas cuando les faltaba poco para minar la carrera, Ulises oró en su corazón a Atenea, la de ojos de lechuza:

Óyeme, diosa, y ven a socorrerme propicia, dando a mis pies más ligereza. 1 Así dijo rogando. Palas Atenea le oyó, y agilitóle los miembros todos y cialmente los pies y las manos. Ya iban a coger el premio, cuando Ayante, corriendo, un resbalón -pues Atenea quiso perjudicarle- en el lugar que habían llenado de ércol los bueyes mugidores sacrificados por Aquiles, el de los pies ligeros, en honor clo; y el héroe llenóse de boñiga la boca y las narices. El divino y paciente

Ulises asó delante y se llevó la craters; y el preclaro Ayante se detuvo, tomó el buey estre, y, asiéndolo por el asta, mientras escupía el estiércol, habló así a los argivos:

¡Oh dioses! Una diosa me dañó los pies; aquélla que desde antiguo acorre y rece a Ulises cual una madre.

4 Así dijo, y todos rieron con gusto. Antíloco recibió, sonriente, el último premio; y giró estas palabras a los argivos:

Os diré, argivos, aunque todos lo sabéis, que los dioses honran a los hombres de edad, hasta en los juegos. Ayante es un poco mayor que yo; Ulises pertenece a la generación precedente, a los hombres antiguos, dicen que es ya de edad provecta, pero roso, y contender con él en la carrera es muy difícil para cualquier aqueo que no sea 3 Así dijo, ensalzando al Pelida, de pies ligeros. Aquiles respondióle con estas bras:

¡Antíloco! No en balde me habrás elogiado, pues añadido a tu premio medio talento 7 Así diciendo, se lo puso en la mano, y Antíloco lo recibió con alegría. Acto inu el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica, un escudo y un casco, que las armas que Patroclo había quitado a Sarpedón. Y puesto en pie, dijo a los argivos: 2 Invitemos a los dos varones que sean más esforzados, a que, vistiendo las armas y nido el tajante bronce, pongan a prueba su valor ante el concurso. A1 primero que e tocar el gallardo cuerpo de su adversario, le rasguñe el vientre atrevesándole la adura y le haga brotar la negra sangre, darle esta magnífica espada tracia, tachonada clavos de plata, que quité a Asteropeo. Ambos campeones se llevarán las restantes as y les daremos un espléndido banquete en nuestra tienda.

1 Así dijo. Levantóse en seguida el gran Ayante Telamonio y luego el fuerte medes Tidida. Tan pronto como se hubieron armado, separadamente de la hedumbra, fueron a encontrarse en medio del circo, deseosos de combatir y ándose con torva faz; y todos los aqueos se quedaron atónitos. Cuando se hallaron te a frente, tres veces se acometieron y tres veces procuraron herirse de cerca. Ayante un bote en el escudo liso del adversario, peor no pudo llegar a su cuerpo, porque la za lo impidió. El Tidida intentaba alcanzar con la punta de la luciente lanza el cuello qué, por cima del gran escudo. Y los aqueos, temiendo por Ayante, mandaron que ra la lucha y ambos contendientes se llevaran igual premio; pero el héroe dio al da la gran espada, ofreciéndosela con la vaina y el bien cortado ceñidor.

6 Luego el Pelida sacó la bola de hierro sin bruñir que en otro tiempo lanzaba el udo Eetiön: el divino Aquiles, el de los pies ligeros, mató a este príncipe y se llevó en naves la bola con otras riquezas. Y, puesto en pie, dijo a los argivos:

¡Levantaos los que hayáis de entrar en esta lucha! La presente bola procurará al venciene cuanto hierro necesite durante cinco años, aunque sean muy extensos sus les campos; y sus pastores y labradores no tendrán que ir por hierro a la ciudad. 6 Así habló. Levantóse en seguida el intrépido Polipetes; después, el vigoroso nteo, igual a un dios; luego, Ayante Telamónada, y, por fin, el divino Epeo. éronse en fila, y el divino Epeo cogió la bola y la arrojó, después de voltearla, y todos aqueos se rieron. La tiró el segundo, Leonteo, vástago de Ares. El

gran Ayante monio la despidió también, con su robusta mano, y logró pasar las señales de los riores tiros. Tomóla entonces el intrépido Polipetes y cuanta es la distancia a que a el cayado cuando to lanza el pastor y voltea por cima de la vacada, tanto pasó la el espacio del circo; aplaudieron los aqueos, y los amigos del esforzado Polipetes, ntándose, llevaron a las cóncavas naves el premio que su rey había ganado.

0 Luego sacó Aquiles azulado hierro para los arqueros, colocando en el circo diez has grandes y otras diez pequeñas. Clavó en la arena, a lo lejos, un mástil de navío pués de atar en su punta, por el pie y con delgado cordel, una tímida paloma; a tóles a tirarle saetas, diciendo:

El que hiera a la tímida paloma llévase a su casa Codas las hachas grandes; el que rte a dar en la cuerda sin tocar al ave, como más inferior, tomará las hachas pequeñas. 9 Así dijo. Levantóse en seguida el robusto caudillo Teucro y luego Meriones, rzado escudero de Idomeneo. Echaron dos suertes en un casco de bronce, y, ándolas, salió primero la de Teucro. Éste arrojó al momento y con vigor una flecha, ofrecer a Apolo una hecatombe perfecta de corderos primogénitos; y, si bien no tocó negóselo Apolo-, la amarga saeta rompió el cordel muy cerca de la pata por la se había atado a la paloma: ésta voló al cielo, el cordel quedó colgando y los aqueos udieron. Meriones arrebató apresuradamente el arco de las manos de Teucro, acercó a uerda la flecha que de antemano tenía preparada, votó a Apolo sacrificarle una atombe de corderos primogénitos; y, viendo a la tímida paloma que daba vueltas a11á o alto del aire, cerca de las nubes, disparó y le atravesó una de las alas. La flecha vino uelo, a los pies de Meriones; y el ave, posándose en el mástil del navío de negra proa, nó el cuello y abatió las tupidas alas, la vida huyó veloz de sus miembros y aquélla ó del mástil a lo lejos. La gente lo contemplaba con admiración y asombro. Meriones ó, por tanto, todas las diez hachas grandes, y Teucro se llevó a las cóncavas naves las ueñas.

4 Luego el Pelida sacó y colocó en el circo una larga pica y una caldera no puesta al fuego, que era del valor de un buey y estaba decorada con flores. Dos hombres tros en arrojar la lanza se levantaron: el poderoso Agamenón Atrida y Meriones, dero esforzado de Idomeneo. Y el divino Aquiles, el de los pies ligeros, les dijo:

¡Atrida! Pues sabemos cuánto aventajas a todos y que así en la fuerza como en jar la lanza eres el más señalado, toma este premio y vuelve a las cóncavas naves. Y egaremos la pica al héroe Meriones, si te place lo que te propongo.

5 Así habló. Agamenón, rey de hombres, no dejó de obedecerle. Aquiles dio a iones la pica de bronce, y el héroe Atrida tomó el magnífico premio y se lo entregó al ldo Taltibio.

## Canto xxiv \*



### Rescate de Héctor

\* Los dioses se apiadan de Héctor, y Zeus encarga a Tetis que amoneste a su hijo para que devuelva el cadáver, a la vez que manda a Priamo, por medio de Iris, que con un solo heraldo vaya con magníficos presentes a la tienda de Aquileo para rescatar el cuerpo de Héctor. Príamo obedece y parte con el heraldo ideo y dos carros; antes de llegar al campamento se les aparece Hermes, que los guía hasta la tienda del héroe; entra Príamo y, echándose a los pies de Aquiles, le dirige la súplica más conmovedora; Aquiles entrega el cadáver, los dos ancianos lo conducen a Troya y se celebran con toda solemnidad las honras fúnebres de Héctor, que era el principal sostén de la ciudad asediada. Disolvióse la junta y los guerreros se dispersaron por las veloces naves, tomaron la a y se regalaron con el dulce sueño. Aquiles lloraba, acordándose del compañero ido, sin que el sueño, que todo lo rinde, pudiera vencerlo: daba vueltas acá y allá, y amargura traía a la memoria el vigor y gran ánimo de Patroclo, to que de mancomún él había llevado al cabo y las penalidades que ambos habían padecido, ora batiendo con los hombres, ora surcando las temibles ondas. Al recordarlo, rompía en abundantes lágrimas; ya se echaba de lado, ya de espaldas, ya de pechos; y n, levantándose, vagaba inquieto por la orilla del mar. Nunca le pasaba inadvertido el puntar de la aurora sobre el mar y sus riberas: entonces uncía al carro los ligeros cors y, atando al mismo el cadáver de Héctor, arrastrábalo hasta dar tres vueltas al ulo del difunto Menecíada; acto continuo volvía a reposar en la tienda, y dejaba el áver tendido de cara al polvo. Mas Apolo, apiadándose del varón aun después de rto, le libraba de toda injuria y lo protegía con la égida de oro para que Aquiles no rase el cuerpo mientras lo llevaba por el suelo.

De tal manera Aquiles, enojado, insultaba al divino Héctor. Al contemplarlo, padecíanse los bienaventurados dioses a instigaban al vigilante Argicida a que ase el cadáver. A todos les gustaba tal propósito, menos a Hera, a Posidón y a la en de ojos de lechuza, que odiaban como antes a la sagrada Ilio, a Príamo y a su blo por la injuria que Alejandro había inferido a las diosas cuando fueron a su cabaña claró vencedora a la que le había ofrecido funesta liviandad. Cuando, después de la rte de Héctor, llegó la duodécima aurora, Febo Apolo dijo a los inmortales: Sois, oh dioses, crueles y maléficos. ¿Acaso Héctor no quemaba en vuestro honor los de bueyes y de cabras escogidas? Ahora, que ha perecido, no os atrevéis a salvar adáver y ponerlo a la vista de su esposa, de su madre, de su hijo, de su padre Príamo y pueblo, que al momento to entregarían a las llamas y le harían honras fúnebres; por el rio, oh dioses, queréis favorecer al pernicioso Aquiles, el cual concibe samientos no razonables, tiene en su pecho un

ánimo inflexible y medita cosas ces, como un león que, dejándose llevar por su gran fuerza y espíritu soberbio, se amina a los rebaños de los hombres para aderezarse un festín, de igual modo perdió iles la piedad y ni siquiera conserva el pudor que tanto favorece o daña a los varones. él a quien se le muere un ser amado, como el hermano carnal o el hijo, al fin cesa de r y lamentarse, porque las Parcas dieron al hombre un corazón paciente. Mas iles, después que quitó al divino Héctor la dulce vida, ata el cadáver al carro y lo tra alrededor del túmulo de su compañero querido; y esto ni a aquél le aprovecha, ni coroso. Tema que nos irrite contra él, aunque sea valiente, porque reciéndose insulta a to que tan sólo es ya insensible tierra.

Respondióle irritada Hera, la de los niveos brazos:

Sería como dices, oh tú que llevas arco de plata, si a Aquiles y a Héctor los erais en igual estima. Pero Héctor fue mortal y diole el pecho una mujer; mientras que iles es hijo de una diosa a quien yo misma alimenté y crié y casé luego con Peleo, n cordialmente amado por los inmortales. Todos lo s dioses presenciasteis la boda; y ulsaste la cítara y con los demás tuviste parte en el festín; joh amigo de los malos, mpre pérfido!

Replicó Zeus, el que amontona las nubes:

¡Hera! No te irrites tanto contra las deidades. No será el mismo el aprecio en que tengamos; pero Héctor era para los dioses, y también para mí, el más querido de ntos mortales viven en Ilio, porque nunca se olvidó de dedicamos agradables ndas, jamás mi altar careció ni de libaciones ni de víctimas, que tales son los honores se nos deben. Desechemos la idea de robar el cuerpo del audaz Héctor: es imposible se haga a hurto de Aquiles, porque siempre, de noche y de día, le acompaña su re. Mas, si alguno de los dioses llamase a Tetis para que se me acercara, yo le diría a lo que fuere oportuno para que Aquiles, recibiendo los dones de Príamo, restituyera adáver.

Así se expresó. Levantóse Iris, de pies rápidos como el huracán, para llevar el saje; saltó al negro ponto entre Samos y la escarpada Imbros, y resonó el estrecho. La a se lanzó a lo profundo, como descende el plomo asido al cuerno de un buey taraz que lleva la muerte a los voraces peces. En la profunda gruta halló a Tetis y a s muchas diosas marinas que la rodeaban: la ninfa lloraba, en medio de ellas, la suerte u hijo irreprochable, que había de perecer en la fértil Troya, lejos de la patria. Y, cándosele Iris, la de los pies ligeros, así le dijo:

Ven, Tetis, pues to llama Zeus, el conocedor de los eternos decretos.

Respondióle la diosa Tetis, de argénteos pies:

¿Por qué aquel gran dios me ordena que vaya? Me da vergüenza juntarme con los ortales, pues son muchas las penas que conturban mi corazón. Esto no obstante, iré que sus palabras no resulten vanas y sin efecto.

En diciendo esto, la divina entre las diosas tomó un velo tan oscuro que no había que fuese más negro. Púsose en camino, precedida por la veloz Iris, de pies rápidos o el viento, y las olas del mar se abrían al paso de ambas deidades. Salieron éstas a la a, ascendieron al cielo y hallaron al largovidente Cronida con los demás felices nos dioses congregados en torno suyo.

Sentóse Tetis al lado de Zeus, porque nea le cedió el sitio, y Hera púsole en la mano una copa de oro y la consoló con bras. Tetis devolvió la copa después de haber bebido. Y el padre de los hombres y de dioses comenzó a hablar de esta manera:

Vienes al Olimpo, oh diosa Tétis, afligida y con el ánimo agobiado por vehemente r. Lo sé. Pero, aun así y todo, voy a decirte por qué to he llamado. Hace nueve días se suscitó entre los inmortales una contienda acerca del cadáver de Héctor, y de iles, asolador de ciudades, a instigaban al vigilante Argicida a que hurtase el muerto, yo prefiero dar a Aquiles la gloria de devolverlo, y conservar así tu respeto y stad. Ve en seguida al ejército y amonesta a tu hijo. Dile que los dioses están muy ados contra él y yo más indignado que ninguno de los inmortales, porque enfureciéne retiene a Héctor en las corvas naves y no permite que to rediman; por sí, éndome, consiente que el cadáver sea rescatado. Y enviaré la diosa Iris al nánimo Príamo para que vaya a las naves de los aqueos y redima a su hijo, llevando a iles dones que aplaquen su enojo.

0 Así se expresó; y Tetis, la diosa de argénteos pies no fue desobediente. Bajando en o vuelo de las cumbres del Olimpo, llegó a la tienda de su hijo: éste gemía sin cesar, s compañeros se ocupaban diligentemente en preparar la comida, habiendo inmolado ro de la tienda una grande y lanuda oveja. La veneranda madre se sentó muy cerca héroe, le acarició con la mano y hablóle en estos términos.

¡Hijo mío! ¿Hasta cuándo dejarás que el llanto y la tristeza roan tu corazón, sin darte ni de la comida ni de la cama? Bueno es que goces del amor con una mujer, s ya no has de vivir mucho tiempo; la muerte y el hado cruel se te avecinan. Y ahora tame atención, pues vengo como mensajera de Zeus. Dice que los dioses están muy ados contra ti, y él más indignado que ninguno de los inmortales, porque reciéndote retienes a Héctor en las corvas naves y no permites que lo rediman. Ea, ega el cadáver y acepta su rescate.

8 Respondióle Aquiles, el de los pies ligeros:

Sea así. Quien traiga el rescate se lleve el muerto, ya que con ánimo benévolo el mo Olímpico lo ha dispuesto.

1 De este modo, dentro del recinto de las naves, pasaban de madre a hijo muchas as palabras. Y en tanto, el Cronida envió a Iris a la sagrada Ilio:

¡Anda, ve, rápida Iris! Deja to asiento del Olimpo, entra en Ilio y di al magnánimo mo que se encamine a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles es que aplaquen su enojo. Vaya solo, sin que ningún troyano se le junte, y mpáñele un heraldo más viejo que él, para que gué los mulos y el carro de hermosas as y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el divino iles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe su ánimo, pues le daremos guía el Argicida, el cual le llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando haya ado en la tienda del héroe, éste no to matará, a impedirá que los demás to hagan. Pues iles no es insensato, ni temerario ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar a un icante.

9 Así dijo. Levantóse Iris, la de pies rápidos como el huracán, para llevar el mensaje; n llegando al palacio de Príamo, oyó llantos y alaridos. Los hijos, sentados en el patio dedor del padre, bañaban sus vestidos con lágrimas, y el anciano aparecía en medio, uelto en un manto muy ceñido, y tenía en la cabeza y en el cuello abundante estiércol al revolcarse por el suelo había recogido con sus manos. Las hijas y nueras se entaban en el palacio, recordando los muchos varones esforzados que yacían en la ura por haber dejado la vida en manos de los argivos. Detúvose la mensajera de Zeus a de Príamo, y hablándole quedo, mientras al anciano un temblor le ocupaba los mbros, así le dijo:

Cobra ánimo, Príamo Dardánida, y no te espantes; que no vengo a presagiarte es, sino a participarte cosas buenas: soy mensajera de Zeus, que, aun estando lejos, se resa mucho por ti y te compadece. El Olímpico te manda rescatar al divino Héctor, ando a Aquiles dones que aplaquen su enojo. Ve solo, sin que ningún troyano se te e, acompañado de un heraldo más viejo que tú, para que guíe los mulos y el carro de mosas ruedas, y conduzca luego a la población el cadáver de aquél a quien mató el no Aquiles. Ni la idea de la muerte ni otro temor alguno conturbe to ánimo, pues rás por guía el Argicida, el cual te llevará hasta muy cerca de Aquiles. Y cuando as entrado en la tienda del héroe, éste no te matará a impedirá que los demás lo hagan. s Aquiles no es insensato, ni temerario, ni perverso, y tendrá buen cuidado de respetar plicante.

8 Cuando esto hubo dicho, fuese Iris, la de los pies ligeros. Príamo mandó a sus hijos prepararan un carro de mulas, de hermosas ruedas, pusieran encima un arca y la suan con sogas. Bajó después al perfumado tálamo, que era de cedro, tenía elevado o y guardaba muchas preciosidades; y, llamando a su esposa Hécuba, hablóle en minos:

¡Oh infeliz! La mensajera del Olimpo ha venido, por orden de Zeus, a encargarme vaya a las naves de los aqueos y rescate al hijo, llevando a Aquiles dones que aplan su enojo. Ea, dime: ¿qué piensas acerca de esto? Pues mi mente y mi corazón me gan vivamente a ir a llá, a las naves, al campamento vasto de los aqueos.

0 Así dijo. La mujer prorrumpió en sollozos y respondió diciendo:

¡Ay de mí! ¿Qué es de la prudencia que antes to hizo célebre entre los extranjeros re aquéllos sobre los cuales reinas? ¿Cómo quieres ir solo a las naves de los aqueos esentarte ante los ojos del hombre que te mató tantos y tan valientes hijos? De hierro es el corazón. Si ese guerrero cruel y pérfido llega a verte con sus propios ojos y te e, ni se apiadará de ti, ni te respetará en lo más mínimo. Lloremos a Héctor desde s, sentados en el palacio; ya que, cuando le di a luz, el hado poderoso hiló de esta te el estambre de su vida: que habría de saciar con su carne a los veloces perros, lejos us padres y junto al hombre violento cuyo hígado ojalá pudiera yo comer hincándole dientes. Entonces quedarían vengados los insultos que ha hecho a mi hijo; que éste, ndo aquél to mató, no se portaba cobardemente, sino que a pie firme defendía a los anos y a las troyanas de profundo seno, no pensando ni en huir ni en evitar el bate.

7 Contestó el anciano Príamo, semejante a un dios:

No te opongas a mi resolución, ni me seas ave de mal agüero en el palacio. No me uadirás. Si me diese la orden uno de los que viven en la tierra, aunque fuera adivino, pice o sacerdote, la creeríamos falsa y desconfiaríamos aún más; pero ahora, como yo me he oído a la diosa y la he visto delante de mí, iré y no serán ineficaces sus paas. Y si mi destino es morir en las naves de los aqueos, de bronceíneas corazas, to pto: máteme Aquiles tan luego como abraze a mi hijo y satisfaga el deseo de llorarle. 8 Dijo, y, levantando las hermosas tapas de las arcas, cogió doce magníficos peplos, e mantos sencillos, doce tapetes, doce palios blancos, y otras tantas túnicas. Pesó o diez talentos de oro. Y, por fin, sacó dos trípodes relucientes, cuatro calderas y una nífica copa que los tracios le dieron cuando fue, como embajador, a su país, y era un erbio regalo; pues el anciano no quiso dejarla en el palacio a causa del vehemente o que tenía de rescatar a su hijo. Y volviendo al pórtico, echó afuera a los troyanos, pándolos con injuriosas palabras:

¡Idos ya, hombres infames y vituperables! ¿Por ventura no hay llanto en vuestra , que venías a afligirme? ¿O creéis que son pocos los pesares que Zeus Cronida me a, con hacerme perder un hijo valiente? También los probaréis vosotros. Muerto él, mucho más fácil que los argivos os maten. Pero antes que con estos ojos vea la ad tomada y destruida, descienda yo a la mansión de Hades.

7 Dijo, y con el cetro echó a los hombres. Éstos salieron apremiados por el anciano. n seguida Príamo reprendió a sus hijos Héleno, Paris, Agatón divino, Pamón, fono, Polites valiente en la pelea, Deífobo, Hipótoo y el conspicuo Dío; a los nueve ncrepó y les dio órdenes, diciendo:

¡Daos prisa, malos hijos, ruines! Ojalá que en lugar de Héctor hubieseis muerto s en las veleras naves. ¡Ay de mí, desventurado, que engendré hijos valentísimos en ta Troya, y ya puedo decir que ninguno me queda! Al divino Méstor, a Troilo, que batía en carro, y a Héctor, que era un dios entre los hombres y no parecía hijo de un tal, sino de una divinidad, Ares les dio muerte; y restan los que son indignos, usteros, danzarines, señalados únicamente en los coros y hábiles en robar al pueblo eros y cabritos. Pero ¿no me prepararéis al instante el carro, poniendo en él todas s cosas, para que emprendamos el camino?

3 Así dijo. Ellos, temiendo la reconvencción del padre, sacaron un carro de mulas, de mosas ruedas, magnífico, recién construido; pusieron encima el arca, que ataron bien; olgaron del clavo el corvo yugo de madera de boj, provisto de anillos, y tomaron una ea de nueve codos que servía para atarlo. Colgaron después el yugo sobre la parte rior de la lanza, metieron el anillo en su clavija, y sujetaron a aquél, atándolo con la ea, a la cual hicieron dar tres vueltas a cada lado y cuyos extremos reunieron en un o. Luego fueron sacando de la cámara y acomodando en el pulimentado carro los merables dones para el rescate de Héctor; uncieron las mulas de tiro, de fuertes os, que en otro tiempo habían regalado los misios a Príamo como espléndido ente, y acercaron al yugo dos corceles, a los cuales el anciano en persona daba de er en pulimentado pesebre.

1 Mientras el heraldo y Príamo, prudentes ambos, uncían los caballos en el alto cio, acercóseles Hécula, con ánimo abatido, llevando en su diestra una copa de oro, a de dulce vino, para que hicieran la libación antes de partir; y, deteniéndose delante carro, dijo a Príamo:

oma, haz la libación al padre Zeus y suplícale que puedas volver del campamento os enemigos a to casa; ya que tu ánimo lo incita a ir a las naves contra mi deseo. Rue - pues, al Cronión Ideo, el dios de las sombrías nubes que desde lo alto contempla a ya entera, y pídele que haga aparecer a tu derecha su veloz mensajera, el ave que le es querida y cuya fuerza es inmensa, para que, en viéndola con tus propios ojos, vayas, tado por el agüero, a las naves de los dánaos, de rápidos corceles. Y si el largovidente s no te enviase su mensajera, yo no te aconsejaría que fueras a las naves de los vos por mucho que lo desees.

9 Respondióle Príamo, semejante a un dios:

¡Oh mujer! No dejaré de hacer lo que me recomiendas. Bueno es levantar las os a Zeus, para que de nosotros se apiade.

2 Dijo así el anciano, y mandó a la esclava dispensera que le diese agua limpia a las os. Presentóse la cautiva con una fuente y un jarro. Y Príamo, así que se hubo lavado, bió la copa de manos de su esposa; oró, de pie, en medio del patio; libó el vino, ndo los ojos al cielo, y pronunció estas palabras:

¡Padre Zeus, que reinas desde el Ida, gloriosísimo, máximo! Concédeme que al ar a la tienda de Aquiles le sea yo grato y de mí se apiade; y haz que aparezca a mi cha to veloz mensajera, el ave que to es más querida y cuya fuerza es inmensa, para después de verla con mis propios ojos vaya, alentado por el agüero, a las naves de los aos, de rápidos corceles.

4 Así dijo rogando. Oyóle el pródigo Zeus, y al momento envió la mejor de las aves eras, un águila rapaz de color obscuro, conocida con el nombre de percnón. Cuanta hura suele tener en la casa de un rico la puerta de la cámara de alto techo, bien ptada al marco y asegurada por un cerrojo, tanto espacio ocupaba con sus alas, desde no al otro extremo, el águila que apareció volando a la derecha por cima de la ciudad. verla, todos se alegraron y la confianza renació en sus pechos.

2 El anciano subió presuroso al carro y to guió a la calle, pasando por el vestíbulo y órtico sonoro. Iban delante las mulas que tiraban del carro de cuatro ruedas, y eran nadas por el prudente Ideo; seguían los caballos que el viejo aguijaba con el látigo que atravesaran prestamente la ciudad; y todos los amigos acompañaban al rey, amando abundantes lágrimas, como si a la muerte caminara. Cuando hubieron bajado a ciudad al campo, hijos y yernos regresaron a Ilio. Mas, al atravesar Príamo y el ldo la llanura, no dejó de advertirlo el largovidente Zeus, que vio al anciano y se padeció de él. Y, llamando en seguida a su hijo Hermes, le habló diciendo:

¡Hermes! Puesto que te es grato acompañar a los hombres y oyes las súplicas del ieres, anda, ve y conduce a Príamo a las cóncavas naves aqueas, de suerte que ún dánao le vea ni le descubra hasta que haya llegado a la tienda del Pelida. 9 Así habló. El mensajero Argicida no fue

desobediente: calzóse al instante los os divinos talares que le llevaban sobre el mar y la tierra inmensa con la rapidez del to, y tomó la vara con la cual adormece los ojos de cuantos quiere o despierta a los duermen. Llevándola en la mano, el poderoso Argicida emprendió el vuelo, llegó ronto a Troya y al Helesponto, y echó a andar, transfigurado en un joven príncipe a n comienza a salir el bozo y está graciosísimo en la flor de la juventud.

9 Cuando Príamo y el heraldo llegaron más allá del gran túmulo de Ilo, detuvieron mulas y los caballos para que bebiesen en el río. Ya se iba haciendo noche sobre la a. Advirtió el heraldo la presencia de Hermes, que estaba junto a él, y hablando a mo dijo:

Atiende, Dardánida, pues el lance que se presenta requiere prudencia. Veo a un bre y me figuro que al punto nos ha de matar. Ea, huyamos en el carro, o supliquéle, abrazando sus rodillas, para ver si se compadece de nosotros.

d Así dijo. Turbóse al anciano la razón, sintió un gran terror, se le erizó el pelo en flexibles miembros y quedó estupefacto. Entonces el benéfico Hermes se llegó al o, tomóle por la mano y le interrogó diciendo:

¿Adónde, padre mío, diriges estos caballos y mulas durante la noche divina, ntras duermen los demás mortales? ¿No temes a los aqueos, que respiran valor, los es to son malévolos y enemigos y se hallan cerca de nosotros? Si alguno de ellos to a conducir tantas riquezas en. esta oscura y rápida noche, ¿qué resolución tomarías? no eres joven, éste que te acompaña es también anciano, y no podríais rechazar a n os ultrajara. Pero yo no te causaré ningún daño y, además, te defendería de cualr hombre, porque te encuentro semejante a mi querido padre.

2 Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

Así es, como dices, hijo querido. Pero alguna deidad extiende la mano sobre mí, ndo me hace salir al encuentro un caminante de tan favorable augurio como tú, que es cuerpo y aspecto dignos de admiración y espíritu prudente, y naciste de padres 8 Díjole a su vez el mensajero Argicida:

Sí, anciano, oportuno es cuanto acabas de decir. Pero, ea, habla y dime con eridad: ¿mandas a gente extraña tantas y tan preciosas riquezas a fin de ponerlas en o; o ya todos abandonáis, amedrentados, la sagrada Ilio, por haber muerto el varón fuerte, to hijo, que a ninguno de los aqueos cedía en el combate?

6 Contestóle el anciano Príamo, semejante a un dios:

¿Quién eres, hombre excelente, y cuáles los padres de que naciste, que con tanta rtunidad has mencionado la muerte de mi hijo infeliz?

9 Replicó el mensajero Argicida:

Me quieres probar, oh anciano, y por eso me hablas del divino Héctor. Muchas es le vieron estos ojos en la batalla, donde los varones se hacen ilustres, y también ndo llegó a las naves matando argivos, a quienes hería con el agudo bronce. Nosotros dmirábamos sin movernos, porque Aquiles estaba irritado contra el Atrida y no nos ba pelear. Pues yo soy servidor de Aquiles, con quien vine en la misma nave bien struida; desciendo de mirmidones y tengo por

padre a Políctor, que es rico y anciano o tú. Soy el más joven de sus siete hijos y, como lo decidiéramos por suerte, tocóme acompañar al héroe. Y ahora he venido de las naves a la llanura, porque mañana los eos, de ojos vivos, presentarán batalla en los contornos de la ciudad: se aburren de ser ociosos, y los reyes aqueos no pueden contener su impaciencia por entrar en bate.

5 Respondióle el anciano Príamo, semejante a un dios:

Si eres servidor del Pelida Aquiles, ea, dime toda la verdad: ¿mi hijo yace aún a de las naves, o Aquiles lo ha desmembrado y entregado a sus perros?

0 Contestóle el mensajero Argicida:

¡Oh anciano! Ni los perros ni las aves lo han devorado, y todavía yace junto a la e de Aquiles, dentro de la tienda. Doce días lleva de estar tendido, y ni el cuerpo se re, ni lo comen los gusanos que devoran a los hombres muertos en la guerra. Cuando nta la divinal aurora, Aquiles lo arrastra sin piedad alrededor del túmulo de su compaquerido; pero ni aun así lo desfigura, y tú mismo, si a él te acercaras, lo admirarías er cuán fresco está: la sangre le ha sido lavada, no presenta mancha alguna, y cuantas das recibió -pues fueron muchos los que le envasaron el bronce- todas se han cerrado. al modo los bienaventurados dioses cuidan de to buen hijo, aun después de muerto, que era muy caro a su corazón.

4 Así habló. Alegróse el anciano, y respondió diciendo:

¡Oh hijo! Bueno es ofrecer a los inmortales los debidos dones. jamás mi hijo, si no ido un sueño que haya existido, olvidó en el palacio a los dioses que moran en el mpo, y por esto se acordaron de él en el fatal trance de la muerte. Mas, ea, recibe de manos esta linda copa, para que la guardes, y guíame con el favor de los dioses hasta llegue a la tienda del Pelida.

2 Díjole a su vez el mensajero Argicida:

Quieres tentarme, anciano, porque soy más joven; pero no me persuadirás con tus os a que acepte el regalo sin saberlo Aquiles. Le temo y me da mucho miedo dedarle: no fuera que después se me siguiese algún daño. Pero te acompañaría adosamente en una velera nave o a pie, aunque fuera hasta la famosa Argos, y nadie ía acometerte, despreciando al guía.

0 Dijo; y, subiendo el benéfico Hermes al carro, recogió al instante el látigo y las das a infundió gran vigor a los corceles y mulas. Cuando llegaron al foso y a las es que protegían las naves, los centinelas comenzaban a preparar la cena, y el sajero Argicida los adormeció a todos; en seguida abrió la puerta, descorriendo los ojos, a introdujo a Príamo y el carro que llevaba los espléndidos regalos. Llegaron, fin, a la elevada tienda que los mirmidones habían construido para el rey con troncos beto, cubriéndola con un techo inclinado de frondosas cañas que cortaron en la era; rodeábala una gran cerca de muchas estacas y tenía la puerta asegurada por una a de abeto que quitaban o ponían tres aqueos juntos, y sólo Aquiles la descorna sin da. Entonces el benéfico Hermes abrió la puerta a introdujo al anciano y los presentes el Pelida, el de los pies ligeros. Y apeándose del carro, dijo a Príamo:

¡Oh anciano! Yo soy un dios inmortal, soy Hermes; y mi padre me envió para que e tu guía. Me vuelvo antes de llegar a la presencia de Aquiles, pues sería indecoroso un dios inmortal se tomara públicamente tanto interés por los mortales. Entra tú, za las rodillas del Pelida y suplícale por su padre, por su madre de hermosa cabellera r su hijo, para que conmuevas su corazón.

8 Cuando esto hubo dicho, Hermes se encaminó al vasto Olimpo. Príamo saltó del o a tierra, dejó a Ideo con el fin de que cuidase de los caballos y mulas, y fue derecho tienda en que moraba Aquiles, caro a Zeus. Hallóle dentro y sus amigos estaban ados aparte; sólo dos de ellos, el héroe Automedonte y Álcimo, vástago de Ares, le fan, pues acababa de cenar; y, si bien ya no comía ni bebía, aun la mesa continuaba sta. El gran Príamo entró sin ser visto, acercóse a Aquiles, abrazóle las rodillas y besó ellas manos terribles, homicidas, que habían dado muerte a tantos hijos suyos. Como dan atónitos los que, hallándose en la casa de un rico, ven llegar a un hombre que, éido de la cruel Ofuscación, mató en su patria a otro varón y ha emigrado a país año, de igual manera asombróse Aquiles de ver al deiforme Príamo; y los demás se rindieron también y se miraron unos a otros. Y Príamo suplicó a Aquiles, giéndole estas palabras:

6 Acuérdate de tu padre, Aquiles, semejante a los dioses, que tiene la misma edad yo y ha llegado al funesto umbral de la vejez. Quizá los vecinos circunstantes le men y no hay quien te salve del infortunio y de la ruina; pero al menos aquél, endo que tú vives, se alegra en su corazón y espera de día en día que ha de ver a su llegado de Troya. Mas yo, desdichadísimo, después que engendré hijos excelentes spaciosa Troya, puedo decir que de ellos ninguno me queda. Cincuenta tenía ndo vinieron los aqueos: diez y nueve procedían de un solo vientre; a los restantes rentes mujeres los dieron a luz en el palacio. A los más el furibundo Ares les quebró odillas; y el que era único para mí, pues defendía la ciudad y sus habitantes, a ése tú ataste poco ha, mientras combatía por la patria, a Héctor, por quien vengo ahora a las es de los aqueos, a fin de redimirlo de ti, y traigo un inmenso rescate. Pero, respeta a dioses, Aquiles, y apiádate de mí, acordándote de to padre; que yo soy todavía más o de piedad, puesto que me atreví a lo que ningún otro mortal de la tierra: a llevar a boca la mano del hombre matador de mis hijos.

7 Así habló. A Aquiles le vino deseo de llorar por su padre; y, asiendo de la mano a mo, apartóle suavemente. Entregados uno y otro a los recuerdos, Príamo, caído a los de Aquiles, lloraba copiosamente por Héctor, matador de hombres; y Aquiles lloraba s veces a su padre y otras a Patroclo; y el gemir de entrambos se alzaba en la tienda. así que el divino Aquiles se hartó de llanto y el deseo de sollozar cesó en su alma y us miembros, alzóse de la silla, tomó por la mano al viejo para que se levantara, y, ando compasivo su blanca cabeza y su blanca barba, djfóle estas aladas palabras:

¡Ah, infeliz! Muchos son los infortunios que tu ánimo ha soportado. ¿Cómo osaste r solo a las naves de los aqueos, a los ojos del hombre que te mató tantos y tan entes hijos? De hierro tienes el corazón. Mas, ea, toma asiento en esta silla; y, aunque dos estamos afligidos, dejemos

reposar en el alma las penas, pues el triste llanto para a aprovecha. Los dioses destinaron a los míseros mortales a vivir en la tristeza, y sólo s están descuitados. En los umbrales del palacio de Zeus hay dos toneles de dones que os reparte: en el uno están los males y en el otro los bienes. Aquél a quien Zeus, que omplace en lanzar rayos, se los da mezclados, unas veces topa con la desdicha y otras la buena ventura; pero el que tan sólo recibe penas vive con afrenta, una gran hambre ersigue sobre la divina tierra y va de un lado para otro sin ser honrado ni por los es ni por los hombres. Así las deidades hicieron a Peleo claros dones desde su miento: aventajaba a los demás hombres en felicidad y riqueza, reinaba sobre los midones, y, siendo mortal, le dieron por mujer una diosa. Pero también la divinidad le uso un mal: que no tuviese hijos que reinaran luego en el palacio. Tan sólo engendró a mí, cuya vida ha de ser breve; y no le cuido en su vejez, porque permanezco en ya, muy lejos de la patria, para contristarte a ti y a tus hijos. Y dicen que también tú, no, fuiste dichoso en otro tiempo; y que en el espacio que comprende Lesbos, de reinó Mácar, y más arriba la Frigia hasta el Helesponto inmenso, descollabas entre s por tu riqueza y por to prole. Mas, desde que los dioses celestiales to trajeron e sta a, sucédense alrededor de la ciudad las batallas y las matanzas de hombres. Súfrela gnado y no dejes que de to corazón se apodere incesante pesar, pues nada conseguirás dote por to hijo, ni lograrás que se levante, antes tendrás que padecer un nuevo 2 Respondió en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

No me hagas sentar en esta silla, alumno de Zeus, mientras Héctor yace insepulto a tienda. Entrégamelo cuanto antes para que lo contemple con mis ojos, y tú recibe el ntioso rescate que te traemos. Ojalá puedas disfrutar de él y volver al patrio suelo, ya ahora me has dejado vivir y ver la luz del sol.

9 Mirándole con torva faz, le dijo Aquiles, el de los pies ligeros:

¡No me irrites más, oh anciano! Tengo acordado entregarte a Héctor, pues para Zeus me envió como mensajera la madre que me dio a luz, la hija del anciano del Comprendo también, oh Príamo, y no se me oculta, que un dios te trajo a las veleras es de los aqueos; porque ningún mortal, aunque estuviese en la flor de la juventud, se ría a venir al ejército, ni entraría sin ser visto por los centinelas, ni desatrancana con idad nuestras puertas. Absténate, pues, de exacerbar los dolores de mi corazón; no sea a ti, oh anciano, no to respete en mi tienda, aunque siendo mi suplicante, y viole las nes de Zeus.

1 Así dijo. El anciano sintió temor y obedeció el mandato. El Pelida, saltando como eón, salió de la tienda, y no se fue solo, pues le siguieron dos de sus servidores: el e Automedonte y Álcimo, que eran los compañeros a quienes más apreciaba desde había muerto Patroclo. En seguida desengancharon caballos y mulas, introdujeron el ldo, vocero del anciano, haciéndole sentar en una silla, y quitaron del lustroso carro nmenso rescates de la cabeza de Héctor. Tan sólo dejaron dos mantos y una túnica tejida, para envolver el cadáver antes que lo entregara para que lo llevaran a casa. iles llamó entonces a las esclavas y les mandó que lo lavaran y ungieran, adándolo a otra parte para que Príamo no viese a su hijo; no fuera que, afligiéndose erlo, no

pudiese reprimir la cólera en su pecho a irritase el corazón de Aquiles, y éste atara, quebrantando las órdenes de Zeus. Lavado ya y ungido con aceite, las esclavas ubrieron con la túnica y el hermoso palio, después el mismo Aquiles lo levantó y có en un lecho, y por fin los compañeros lo subieron al lustroso carro. Y el héroe iró y dijo, nombrando a su amigo:

No te enojos conmigo, oh Patroclo, si en el Hades te enteras de que he entregado ivino Héctor a su padre; pues me ha traído un rescate digno, y de él te dedicaré la da parte.

6 Habló así el divino Aquiles y volvió a la tienda. Sentóse en la silla, labrada con ho arte, de que antes se había levantado y que se hallaba adosada al muro, y en uida dirigió a Príamo estas palabras:

Tu hijo, oh anciano, rescatado está, como pedías: yace en un lecho, y al despuntar urora podrás verlo y llevártelo. Ahora pensemos en cenar, pues hasta Níobe, la de mosas trenzas, se acordó de tomar alimento cuando en el palacio murieron sus dos agos: seis hijas y seis hijos florecientes. A éstos Apolo, airado contra Níobe, los mató arando el arco de plata; a aquéllas dioles muerte Ártemis, que se complace en tirar has; porque la madre osaba compararse con Leto, la de hermosas mejillas, y decía que sólo había dado a luz dos hijos, y ella había tenido muchos; y los de la diosa, no do más que dos, acabaron con todos los de Níobe. Nueve días permanecieron idos en su sangre, y no hubo quien los enterrara porque el Cronión a la gente la había to de piedra; pero, al llegar el décimo, los dioses celestiales los sepultaron. Y Níobe, ndo se hubo cansado de llorar, pensó en el alimento. Hállase actualmente en las rocas os montes yermos de Sípilo, donde, según dice, están las grutas de las ninfas que an junto al Aqueloo, y aunque convertida en piedra, devora aún los dolores que las ades le causaron. Mas, ea, divino anciano, cuidemos también nosotros de comer, y tarde, cuando hayas transportado el hijo a Ilio, podrás hacer llanto sobre el mismo, y por ti muy llorado.

6 En diciendo esto, el veloz Aquiles levantóse y degolló una blanca oveja; sus pañeros la desollaron y prepararon bien como era debido; la descuartizaron con arte, ogiendo con pinchos los pedazos, los asaron cuidadosamente y los retiraron del fuego. omedonte repartió pan en hermosas cestas, y Aquiles distribuyó la carne. Ellos garon la diestra a los manjares que tenían delante; y, cuando hubieron satisfecho el o de comer y de beber, Príamo Dardánida admiró la estatura y el aspecto de Aquiles, s el héroe parecía un dios; y, a su vez, Aquiles admiró a Príamo Dardánida, conplando su noble rostro y escuchando sus palabras. Y, cuando se hubieron deleitado, ándose el uno al otro, el anciano Príamo, semejante a un dios, dijo el primero:

Mándame ahora, sin tardanza, a la cama, oh alumno de Zeus, para que, tándonos, gocemos del dulce sueño. Mis ojos no se han cerrado desde que mi hijo ió a tus manos, pues continuamente gimo y devoro innumerables congojas, lcándome por el estiércol en el recinto del patio. Ahora he probado la comida y ado con el negro vino la garganta, pues desde entonces nada había probado.

3 Dijo. Aquiles mandó a sus compañeros y a las esclavas que pusieran camas debajo pórtico, las proveyesen de hermosos cobertores de púrpura, extendiesen sobre ellos tes y dejasen encima

afelpadas túnicas para abrigarse. Las esclavas salieron de la da llevando antorchas en sus manos, y aderezaron diligentemente dos lechos. Y iles, el de los pies ligeros, chanceándose, dijo a Príamo:

Acuéstate fuera de la tienda, anciano querido; no sea que alguno de los caudillos eos venga, como suelen, a consultarme sobre sus proyectos; si alguno de ellos lo viera nte la veloz y oscura noche, podría decirlo en seguida a Agamenón, pastor de blos, y quizás se diferina la entrega del cadáver. Mas, ea, habla y dime con sinceridad nte cuántos días quieres hacer honras al divino Héctor, para, mientras tanto, manecer yo mismo quieto y contener el ejército.

9 Respondióle en seguida el anciano Príamo, semejante a un dios:

Si quieres que yo pueda celebrar los funerales del divino Héctor, haciendo lo que a decirte, oh Aquiles, me dejarías complacido. Ya sabes que vivimos encerrados en iudad; y la leña hay que traerla de lejos, del monte, y los troyanos tienen mucho do. Durante nueve días to lloraremos en el palacio, el décimo to sepultaremos y el blo celebrará el banquete fúnebre, el undécimo le erigiremos un túmulo y el décimo volveremos a pelear, si necesario fuere.

8 Contestóle el divino Aquiles, el de los pies ligeros:

Se hará como dispones, anciano Príamo, y suspenderé la guerra tanto tiempo como pides.

1 Así, pues, diciendo, estrechó por el puño la diestra del anciano para que no sintiera lma temor alguno. El heraldo y Príamo, prudentes ambos, se acostaron, allí en el íbulo de la mansión. Aquiles durmió en el interior de la tienda, sólidamente struida, y a su lado descansó Briseide, la de hermosas mejillas.

7 Las demás deidades y los hombres que combaten en carros durmieron toda la he, vencidos del dulce sueño; pero éste no se apoderó del benéfico Hermes, que ba cómo sacaría del recinto de las naves al rey Príamo sin que lo advirtiesen los ados guardianes de las puertas. E, inclinándose sobre la cabeza del rey, así le dijo:

¡Oh anciano! No te inquieta el peligro cuando duermes así, en medio de los migos, después que Aquiles te ha respetado. Acabas de rescatar a tu hijo, dando hos presentes; pero los otros hijos que allí se quedaron tendrían que dar tres veces para redimirte vivo, si llegaran a descubrirte Agamenón Atrida y los aqueos todos. 9 Así dijo. El anciano sintió temor y despertó al heraldo. Hermes unció caballos y as, y acto continuo los guió por entre el ejército sin que nadie to advirtiera.

2 Mas, al llégar al vado del vorraaginoso Janto, río de hermosa corriente que el ortal Zeus había engrendrado, Hermes se fue al vasto Olimpo. La Aurora de ranado velo se esparcía por toda la tierra, cuando ellos, gimiendo y lamentándose, ban los corceles hacia la ciudad, y les seguían las mulas con el cadáver. Ningún bre ni mujer de hermosa cintura los vio llegar antes que Casandra, semejante a la a Afrodita; pues, subiendo a Pérgamo, distinguió el carro y en él a su padre y al ldo, pregonero de la ciudad, y vio detrás a Héctor, tendido en un lecho que las mulas ducían. En seguida prorrumpió en sollozos y fue clamando por toda la ciudad:

Venid a ver a Héctor, troya nos y troyanas, si otras veces os alegrasteis de que íese vivo del combate; pues era el regocijo de la ciudad y de todo el pueblo. 7 Así dijo, y ningún hombre ni mujer se quedó allí, en la ciudad. Todos sintieron lerable congoja y fueron a juntarse cerca de las puertas con el que les traía el cadáver. esposa querida y la veneranda madre, echándose las primeras sobre el carro de mosas ruedas y tocando con sus manos la cabeza de Héctor, se arrancaban los ellos; y la turba las rodeaba llorando. Y hubieran permanecido delante de las puertas el día, hasta la puesta del sol, derramando lágrimas por Hector, si el anciano no les ese dicho desde el carro:

Haceos a un lado para que yo pase con las mulas; y, una vez to haya conducido al cio, os hartaréis de llanto.

8 Así habló; y ellos, apartándose, dejaron que pasara el carro. Dentro ya del nífico palacio, pusieron el cadáver en torneado lecho a hicieron sentar a su alrededor ores que preludiaban el treno: éstos cantaban dolientes querellas, y las mujeres ondían con gemidos. Y en medio de ellas Andrómaca, la de níneos brazos, que enía con las manos la cabeza de Héctor, matador de hombres, dio comienzo a las entaciones exclamando:

¡Marido! Saliste de la vida cuando aún eras joven, y me dejas viuda en el palacio. ijo que nosotros ¡infelices! hemos engendrado es todavía infante y no creo que llegue mocedad; antes será la ciudad arruinada desde su cumbre, porque has muerto tú que su defensor, el que la salvaba, el que protegía a las venerables matronas y a los nos infantes. Pronto se las llevarán en las cóncavas naves y a mí con ellas. Y tú, hijo o me seguirás y tendrás que ocuparte en oficios viles, trabajando en provecho de un uel; o algún aqueo to cogerá de la mano y to arrojará de lo alto de una torre, erte horrenda!, irritado porque Héctor le matara el hermano, el padre o el hijo; pues hos aqueos mordieron la vasta tierra a manos de Héctor. No era blando tu padre en la sta batalla, y por esto le lloran todos en la ciudad. ¡Oh Héctor! Has causado a tus es llanto y dolor indecibles, pero a mí me aguardan las penas más graves. Ni siquiera ste, antes de morir, tenderme los brazos desde el lecho, ni hacerme saludables ertencias que hubiera recordado siempre, de noche y de día, con lágrimas en los ojos. 6 Así dijo llorando, y las mujeres gimieron. Y entre ellas, Hécuba empezó a su vez el ral lamento:

¡Héctor, el hijo más amado de mi corazón! No pue de dudarse de que en vida as caro a los dioses, pues no se olvidaron de ti en el fatal trance de la muerte. Aquiles, e los pies ligeros, a los demás hijos míos que logró coger vendióslos al otro lado del estéril, en Samos, Imbros o Lemnos, de escarpada costa; a ti, después de arrancarte el a con el bronce de larga punta, lo arrastraba muchas veces en torno del sepulcro de su pañero Patroclo, a quien mataste, mas no por esto resucitó a su amigo. Y ahora yaces l palacio, tan fresco como si acabaras de morir y semejante al que Apolo, el del nteo arco, mata con sus suaves flechas.

0 Así habló, derramando lágrimas, y excitó en todos vehemente llanto. Y Helena fue rcera en dar principio al funeral lamento:

¡Héctor, el cuñado más querido de mi corazón! Mi marido, el deiforme Alejandro, trajo a Troya, ¡ojalá me hubiera muerto antes!; y en los veinte años que van scurridos desde que vine y abandoné la patria, jamás he oído de to boca una palabra siva o grosera; y si en el palacio me increpaba alguno de los cuñados, de las cuñadas las esposas de aquéllos, o la suegra -pues el suegro fue siempre cariñoso como un

, contenías su enojo aquietándolos con tu afabilidad y tus suaves palabras. Con el zón afligido lloro a la vez por ti y por mí, desgraciada; que ya no habrá en la vasta ya quien me sea benévolo ni amigo, pues todos me detestan.

6 Así dijo llorando, y la inmensa muchedumbre prorrumpió en gemidos. Y el amo Príamo dijo al pueblo:

Ahora, troyanos, traed leña a la ciudad y no temáis ninguna emboscada por parte os argivos; pues Aquiles, al despedirme en las negras naves, me prometió no causardañó hasta que llegue la duodécima aurora.

2 Así dijo. Pronto la gente del pueblo, unciendo a los carros bueyes y mulas, se ió fuera de la ciudad. Por espacio de nueve días acarrearón abundante leña; y, cuando décima vez apuntó la aurora, que trae la luz a los mortales, sacaron llorando el áver del audaz Héctor, lo pusieron en lo alto de la pira y le prendieron fuego. 8 Mas, así que se descubrió la hija de la mañana, la Aurora de rosáceos dedos, gregóse el pueblo en torno de la pira del ilustre Héctor. Y cuando todos acudieron y bieron reunido, apagaron con negro vino la parte de la pira a que la violencia del o había alcanzado; y seguidamente los hermanos y los amigos, gimiendo y iéndoles las lágrimas por las mejillas, recogieron los blancos huesos y los colocaron na urna de oro, envueltos en fino velo de púrpura. Depositaron la urna en el hoyo, cubrieron con muchas y grandes piedras, y erigieron el túmulo. Habían puesto inelas por todos lados, para no ser sorprendidos si los aqueos, de hermosas grebas, acometían. Levantado el túmulo, volviéronse; y, reunidos después en el palacio del Príamo, alumno de Zeus, celebraron un espléndido banquete fúnebre.

4 Así hicieron las honras de Héctor, domador de caballos.

## Fin de iliada

